Centenari de la revolució russa

1917-2017

Andreu Mayayo
José Manuel Rúa
Antoni Segura (eds.)

Centenario de la revolución rusa

Centenary of the Russian Revolution

UBe

Centenari de la revolució russa

Centenari de la revolució russa

1917-2017

Andreu Mayayo
José Manuel Rúa
Antoni Segura (eds.)

Centenario de la revolución rusa

Centenary of the Russian Revolution

Universitat de Barcelona
Edicions

Col·lecció Centre d'Estudis Històrics Internacionals (CEHI-UB)

© Edicions de la Universitat de Barcelona
Adolf Florensa, s/n
08028 Barcelona
Tel.: 934 035 430
www.edicions.ub.edu
comercial.edicions@ub.edu

ISBN 978-84-9168-714-6

Aquest document està subjecte a la llicència de Reconeixement-NoComercial-SenseObraDerivada de Creative Commons, el text de la qual està disponible a: http://creative commons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/.

Aquest llibre forma part del projecte de recerca «La Guerra Civil española y tres décadas de guerra en Europa: herencias y consecuencias (1914-1945/2014)» (HAR2013-41460-P).

Sumari

Presentación. Que cien años no es nada... Octubre (1917-2017): la Revolución que dio forma al siglo xx, *por Andreu Mayayo i Artal, José Manuel Rúa Fernández, Antoni Segura i Mas* 11

PONÈNCIES

Álvaro Soto Carmona, Entre el miedo y la esperanza. El impacto de la revolución rusa en España 17

Alberto Pellegrini, La última aventura del zarismo: Rusia y la Primera Guerra Mundial 41

José Manuel Rúa Fernández, Revolución y mundo del trabajo: del taylorismo soviético al estajanovismo estalinista 73

Serge Wolikow, La révolution russe et l'Internationale communiste 1919-1929 91

Andreu Mayayo i Artal, Las miradas sobre la Revolución 113

Paola Lo Cascio, El miedo a la Revolución y el anticomunismo 131

Antoni Segura i Mas, Les conseqüències de la desaparició de l'URSS 147

Francisco Veiga, En busca de un nuevo lugar en la historia. La Revolución en Rusia un siglo después, 1917-2017 161

COMUNICACIONS

Juan Manuel Alonso Gutiérrez, La didáctica de la revolución rusa a través del film *Rojos* (1981) 179

Leonor Amaro Cano, Prejuicios liberales en Cuba contra la revolución bolchevique, 1917 y 1930 191

Ramon Arnabat Mata, Els testimoniatges vilafranquins de la revolució soviètica, 1931-1938 203

Carlos Javier Avilés López, Un flamenco en la revolución rusa: la mirada desmitificadora en *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, de Manuel Chaves Nogales 217

Xavier Baró i Queralt, «Los albaneses son peores que animales»: interpretaciones divergentes en Albania y en la URSS con motivo del LX aniversario de la revolución rusa 229

Igor Barrenetxea Marañón, Declive y fin de la utopía socialista: *La casa Rusia* (1990) de Fred Schepisi 241
Soledad Bengoechea, María Cruz Santos, Las mujeres en la revolución rusa 253
Cynthia Luz Burgueño Leiva, La revolución de las mujeres en la revolución rusa 263
Josep Maria Caparrós Lera, *Octubre* y *Rojos*: dos miradas sobre la Revolución, basadas en un mismo relato 275
Raül Digón, Un futur socialista entre les runes de 1989: Gerald Cohen i la implosió soviètica 287
María Paula Gago, Mercedes Saborido, De los ideales de «libertad y democracia» al «caos». El posicionamiento del diario argentino *La Nación* frente a la revolución rusa (1917) 299
Magdalena Garrido Caballero, Aproximación a la «emigración blanca» en Europa: fuentes y organismos de ayuda 313
Alfonso González Quesada, La Unión Soviética en la gráfica mural de la revolución cubana 325
Edgar Hernández Espinoza, «Cara al campo»: campañas comunistas en el medio rural mexicano durante la década de 1920 341
Gennadi Kneper, El mito y el creador: Serguéi Eisenstein y la representación cinematográfica de la historia 353
José Ángel López Jiménez, El factor nacional en la implosión de la Unión Soviética: el caso moldavo (1989-1994) 365
Juan Cristóbal Marinello Bonnefoy, La revolución rusa y los otros 1917 europeos 377
Juan Vicente Martínez Bautista, Sobre el significado histórico-social y la naturaleza de la revolución rusa de 1917 y de la URSS 389
Marc Medir Navarro i Tarroja, Ernst Thälmann i l'impacte de la revolució russa a Alemanya 397
Miguel Montero Fernández, Carlota Álvarez Maylín, La educación femenina en la revolución soviética 409
David Moreno Muñoz, El ressò de la revolució russa als carrers de Barcelona 421
César Navarro Gallegos, Miradas de la revolución rusa desde la revolución mexicana 431
Gerard Pedret Otero, La recepció del cinema soviètic en l'obrerisme català: el cas de l'anarcosindicalisme (1930-1936) 443
Andrea Revelant, The Spectre of «Red China»: The Northern Expedition and Japanese Public Opinion, 1926–1927 455

Carolina Rúa Fernández, Cuando la amenaza llegó del cielo. Una aproximación al cine de ciencia ficción en Estados Unidos durante la guerra fría 467
Francesc Sánchez Barba, La guerra civil russa a través del cinema de Nikita Mikhalkov 481
Iván Sánchez-Moreno, El canto de las sirenas. Influencia de la psicología en la construcción de un gusto musical soviético 493
Carles Viñas Gracia, Diplomàcia i propaganda. El futbol com a eina al servei de la revolució russa 505
Elisabet Vives i Requena, Els miralls del 1917: problemes historiogràfics i comparativa de les Revolucions de Febrer i Octubre 517
Arturo Zoffmann Rodríguez, «El bolchevique ruso era un semidiós»: el anarcosindicalismo español ante la revolución rusa, 1917-1923 529

Presentación
Que cien años no es nada... Octubre (1917-2017): la Revolución que dio forma al siglo XX

Andreu Mayayo i Artal
José Manuel Rúa Fernández
Antoni Segura i Mas
Centre d'Estudis Històrics Internacionals
Universitat de Barcelona

El pasado siglo fue, sin duda alguna, el siglo de la Revolución y más concretamente de la revolución rusa. Así lo ha recogido hace poco Josep Fontana en su último libro —*El siglo de la Revolución*— y, en buena medida, así lo entendía Eric Hobsbawm cuando hablaba del corto siglo XX, comprendido entre la Primera Guerra Mundial y la disolución de la URSS: dos extremos que también enmarcan a la propia Revolución, con la chispa —o, mejor dicho, la llamarada bélica— que la provocó y el ocaso de su obra, con la desaparición de la denominada patria del socialismo. A partir de 1917, todo lo acontecido en el antiguo imperio zarista traspasará fronteras y sacudirá los cimientos de todo tipo de sociedades, con independiencia de su identidad nacional, credo religioso, estructura económica o institucionalización política. Los sucesos de Octubre servirán tanto de modelo como de fantasma al que se combatirá, e inspirarán y alentarán los conflictos, reformas, revoluciones y contrarrevoluciones que han dado forma al corto siglo XX.

De acuerdo con lo anterior, el Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la Universitat de Barcelona (CEHI-UB), en colaboración con la Comissió del Centenari de la Revolució Russa de 1917, concibió el pasado año 2017 la conmemoración del centenario del inicio de la Revolución como una magnífica oportunidad para recoger las aportaciones historiográficas relativas a dicho proceso, con la perspectiva histórica que nos brindan los cien años transcurridos, y ello dio lugar a la celebración de un congreso internacional, entre los días 25 y 27 del mes de octubre de 2017, en la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de Barcelona.

Las aportaciones se enmarcaron dentro de siete líneas de trabajo que, además de poner de relieve la multitud de enfoques y factores que concurrieron en

la caída del zarismo, la creación de la URSS y su impacto a nivel internacional, sirvieron para estructurar el propio congreso. Todas ellas contaron con una serie de ponentes que, al contextualizar históricamente los diferentes ámbitos, introdujeron las ideas fuerza de cada temática y dieron paso al posterior debate, con el concurso de las respectivas comunicaciones. De este modo nos encontramos con los apartados sobre «Primera Guerra Mundial y Revolución» (con la ponencia a cargo de Alberto Pellegrini), «Revolución y mundo del trabajo» (José Manuel Rúa), «Mujer y Revolución» (Gemma Torres), «Las miradas cinematográficas de la Revolución» (Magí Crusells), «Las miradas sobre la Revolución» (Andreu Mayayo), «El miedo a la Revolución» (Paola Lo Cascio) y «La implosión de la Unión Soviética» (Antoni Segura).

El listado de participantes que enviaron sus comunicaciones incluía investigadores procedentes de universidades y centros de estudios de Portugal, México, Brasil, Argentina, Italia y Cuba, además de españoles. En la inmensa mayoría de los casos, los trabajos sobre la revolución rusa presentados y debatidos mostraban un desplazamiento del foco de interés hacia el impacto de los acontecimientos en realidades geográficamente alejadas del mundo soviético. Cien años después de Octubre, el congreso evidenció un interés creciente, no tanto por las causas, el contexto o el desarrollo del proceso revolucionario ruso, sino por las repercusiones de su onda expansiva en todo tipo de ámbitos y entre los colectivos más diversos, como podría ser el caso de los campesinos mexicanos o los anarquistas españoles, tal y como refleja el apartado sobre el mundo del trabajo. Más que estudiar la revolución rusa, el objeto de estudio se centraría actualmente en examinar cómo la revolución rusa cambió el mundo del siglo xx.

En consecuencia, no resulta extraño que el apartado con más aportaciones haya sido el de «Las miradas de la revolución»: cómo vieron y cómo se vivieron los días que estremecieron al mundo desde los lugares y las perspectivas más variadas. El volumen de comunicaciones en este campo nos obligó —para poder desarrollar un debate en condiciones— a crear una nueva división dentro de este apartado, con un ámbito relativo a las miradas cinematográficas de la Revolución, que incluía estudios de películas de carácter histórico de directores como Serguéi Eisenstein, Warren Beatty o Nikita Mikhalkov, así como trabajos sobre la recepción del cine soviético en los círculos anarcosindicalistas durante la II República española o las producciones de ciencia ficción norteamericanas durante la guerra fría, como metáforas en pantalla de la «amenaza roja». De este modo, para el ámbito original de «Las miradas sobre la Revolución» quedaron aquellas aportaciones sobre la recepción de la Revolución en ámbitos tan diversos como Cuba (con la representación que la gráfica mural de

la Cuba revolucionaria hizo de la experiencia soviética), México (con un intercambio de miradas entre las dos revoluciones), Argentina (analizando el posicionamiento del diario *La Nación* ante el proceso revolucionario ruso), Albania (a partir de las interpretaciones divergentes con motivo del LI aniversario de la Revolución en comparación con la URSS y Bulgaria), Alemania (tomando como protagonista la figura de Ernst Thälmann, el dirigente comunista durante la República de Weimar) o Barcelona (partiendo del nomenclátor de la ciudad durante los períodos democráticos). En este apartado también encontraremos los estudios sobre los testimonios de visitantes procedentes de la localidad catalana de Vilafranca del Penedès en la Unión Soviética de los años treinta, o del bailaor flamenco Juan Martínez durante la guerra civil rusa, así como sobre la influencia de la psicología en la configuración de un gusto musical soviético por parte de las nuevas autoridades, y sobre la utilización del fútbol como instrumento al servicio de la diplomacia soviética. Finaliza este ámbito con las aportaciones en forma de ensayo sobre el significado histórico-social y la naturaleza de la Revolución y de la URSS, y sobre los problemas historiográficos derivados de la comparación entre las revoluciones de febrero y de octubre.

Por lo que respecta al resto de los apartados, en el primero de ellos, «Primera Guerra Mundial y Revolución», encontramos una comunicación que sitúa la crisis del zarismo en el contexto de «los otros 1917 europeos», dentro una amplia oleada de movilizaciones que afectaron tanto a países beligerantes como neutrales. En el apartado relativo al papel de la mujer en la Revolución, destacan trabajos que inciden en las conquistas revolucionarias de las mujeres en todo tipo de ámbitos, como el político (con la primera constitución soviética y el derecho al voto femenino), el social (con legislación sobre el derecho al divorcio y al aborto) o el educativo (en consonancia con el nuevo papel de la mujer en la sociedad socialista). Dentro del campo de «El miedo a la Revolución», podemos constatar desde los prejuicios de los liberales cubanos a las ideas bolcheviques, hasta el anticomunismo desatado en Japón con motivo de la Expedición del Norte (1926-1928), llevada a cabo por nacionalistas y comunistas chinos, con el apoyo soviético, contra los señores de la guerra; pasando por las vicisitudes de los exiliados rusos de 1917 en Europa y su contribución al discurso antibolchevique y al miedo del contagio revolucionario.

Finalmente, el último apartado, «La implosión de la Unión Soviética», incluye la radiografía final de la época soviética, a partir de la adaptación cinematográfica de Fred Schepisi de la novela de John Le Carré *La casa Rusia*; las reflexiones sobre el impacto de 1989 para el futuro de la izquierda, dentro de la tradición de la escuela de marxismo analítico y en especial del filósofo Gerald

Cohen, y la importancia del factor nacional en la desintegración de la URSS tomando como ejemplo el caso moldavo (1989/1994).

El programa también contó con la intervención de reconocidos especialistas que contribuyeron a los debates congresuales con una serie de conferencias —que reproducimos junto a las ponencias y comunicaciones— focalizadas en aspectos más concretos pero imprescindibles para calibrar el alcance geográfico y temporal de la revolución rusa, como fueron el impacto de las revoluciones rusas en España (Álvaro Soto), el papel de la Internacional Comunista (Serge Wolikow) y la perspectiva de la Revolución en la Rusia actual (Francisco Veiga). Como actividades complementarias debemos destacar la conferencia precongresual a cargo de los profesores Jorge Saborido y Mercedes Saborido sobre la influencia de la revolución rusa en la izquierda argentina y uruguaya, el cinefórum sobre la película *Octubre* (1927) de Serguéi Eisenstein, una mesa redonda —a cargo de Mariano Aragón, Martí Caussa y Miquel Izard— sobre el peso de la revolución rusa en particular, y el concepto de revolución en general, en la militancia política de la izquierda del siglo xx; y finalmente la presentación del libro *Y el mundo cambió de base. Una mirada histórica a la revolución rusa* (editorial Yulca, 2017), editado por Andreu Mayayo y José Manuel Rúa, y resultado de un trabajo coral —participa un total de nueve historiadores de la Universitat de Barcelona— con capítulos que combinan la clásica narración de historia política, militar y económica del período con originales apartados dedicados a aspectos menos trabajados por la bibliografía tradicional sobre el tema como los roles de género, la aparición del anticomunismo como ideología política, la cuestión judía en el seno del proceso revolucionario o el papel del fútbol como arma propagandística y diplomática de los bolcheviques.

Estamos, por tanto, ante una recopilación de los trabajos congresuales presentados y debatidos en el marco del centenario de la revolución rusa que, entre muchas otras cosas, pone de manifiesto la acertada intuición del cineasta Serguéi Eisenstein cuando, en el momento final de *Octubre*, su película conmemorativa con motivo del décimo aniversario de la toma del poder por parte de los bolcheviques, tras el asalto al Palacio de Invierno, nos muestra la hora señalada en los relojes de diferentes ciudades del mundo como Nueva York, Berlín, Londres, París... Un momento que quedaría marcado para siempre no solo en el antiguo imperio zarista, sino también en los lugares más remotos. La onda expansiva de la Revolución daría la vuelta al mundo, y cien años después podemos afirmar que la historia de la Revolución de Octubre va más allá de la historia de Rusia. Y este libro pretende contribuir a profundizar y divulgar esta parte de la historia del corto siglo xx. Esta parte de nuestra historia.

PONÈNCIES

Entre el miedo y la esperanza. El impacto de la revolución rusa en España

Álvaro Soto Carmona
Universidad Autónoma de Madrid

La revolución rusa de octubre de 1917 constituyó el suceso histórico más influyente del siglo xx, tanto en el ámbito internacional como en las políticas nacionales o en los movimientos sociales y culturales, así como en la forma de asignar los recursos productivos en la economía. Su influencia fue decisiva en numerosos acontecimientos y estuvo presente en muchos otros.

Al conocerse en 1917 —pese a las dificultades en las comunicaciones— el triunfo de los revolucionarios, se acrecentaron las esperanzas de millones de trabajadores que veían más cerca la emancipación y la ruptura de las cadenas que los sujetaban a la explotación. Por su parte, las clases conservadoras y reaccionarias comenzaron a sentir el terror, el miedo, el peligro comunista. Aunque lo cierto era que no se valoraba adecuadamente la importancia de lo sucedido, con la excepción de Gran Bretaña. Un periodista norteamericano, William G. Shepherd, publicó un artículo en el *Everybody's Magazine* en el que sintetizaba el significado de la palabra «bolchevique» como «todo lo que el mundo teme».[1]

Setenta y dos años después, con la caída del muro de Berlín (1989), se visualizaba el desplome del amplio poder que habían obtenido los partidos comunistas en todo el mundo. Aunque desde los años cincuenta era evidente la crisis del pensamiento comunista entre algunos intelectuales,[2] las denuncias de los disidentes,[3] las dificultades de los partidos comunistas para mantenerse en el

1 Rappaport, Helen. *Atrapados en la revolución rusa, 1917*. Madrid: Ediciones Palabra, 2017, p. 191.

2 Para el caso de Francia es imprescindible el libro de Judt, Tony. *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*. Madrid: Taurus, 2007. También debe consultarse Aron, Raymond. *Memorias. Medio siglo de reflexión política.* Barcelona: RBA, 2013. Entre los comunistas españoles causó gran impacto el libro de Claudín, Fernando. *La crisis del movimiento comunista. Tomo I: De la Komintern al Kominform.* Colombes: Ruedo Ibérico, 1970. Más tardío, aunque venía a sintetizar lo que se había ido poniendo de manifiesto, se publicó por Courtois, Stéphane; Werth, Nicolas; Panné, Jean-Louis; Packowski, Andrej; Bartosek, Karel y Margolin, Jean-Louis. *El libro negro del comunismo*. Madrid: Espasa Calpe; Barcelona: Planeta, 1998.

3 Sin duda, la obra clave fue la escrita por Solzhenitsyn, Alexandr, *Archipiélago Gulag*, 2 vols., Barcelona: Tusquets, 2005. La primera parte fue publicada en Francia en 1973 y las demás en 1975 y 1978, respectivamente.

poder y su escaso atractivo en un mundo que tendía a la globalización y en el que la democracia representativa iba ganando terreno y el mercado se imponía como la forma de asignar los recursos productivos.

Cien años después de la toma del poder por los bolcheviques, la historiografía e investigaciones referidas al tema ponen el acento en el fracaso de la experiencia soviética. Se han reducido considerablemente los libros que hablaban de éxito, y quedan como clásicos de la ciencia política y la historia algunas descripciones y análisis de gran interés realizados por protagonistas de la época, como es el caso de la *Historia de la revolución rusa* de León Trotsky. Lo cierto es que las voces a favor o en contra de lo sucedido estaban muy condicionadas por el momento en que se vivía. Así, durante el período de entreguerras convivieron la esperanza y el terror; en los años de la guerra fría, se le daba apoyo y propaganda o era el enemigo por batir; por último, desde 1989, se ha venido insistiendo en el fracaso y se presenta como experiencia que no se debería repetir.

> Hoy en día el comunismo está muerto. La URSS y la mayoría de [los] Estados y sociedades construidos sobre su modelo, hijos de la Revolución de Octubre de 1917 que fue nuestra fuente de inspiración, se han derrumbado completamente, dejando tras de sí un paisaje de ruina económica y moral, de tal manera que ahora resulta evidente que el fracaso formaba parte de esa empresa desde un principio.[4]

Nuestro objetivo no es describir lo sucedido en Rusia durante 1917, pero sí la difusión e internacionalización de la Revolución, concretamente en España. Aunque debemos mencionar cuál fue el factor —a nuestro entender, decisivo— que permitió el triunfo de la revolución en octubre de 1917.

Es evidente que los presupuestos anunciados por Karl Marx no se ajustaban a la situación de Rusia, por lo que *a posteriori* se elaboró una explicación que adecuaba lo sucedido a dichos planteamientos.[5] El país revolucionario por excelencia, según Marx, sería un país industrializado y, aunque la economía rusa había tenido un crecimiento espectacular desde 1870, en especial la industria (8% anual entre 1870-1914), todavía se mantenía muy alejada de países como Gran Bretaña o Alemania. Era una recién llegada al mundo del desarrollo, y su modernización industrial se concentraba en sectores como el petróleo y el acero, donde tenía tasas de crecimiento más altas que Estados Unidos, Gran Bretaña o Alemania.

4 Hobsbawm, Eric. *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*. Barcelona: Crítica, 2002, p. 125.

5 Fusi, Juan Pablo. «El mito de la revolución soviética». *Política Exterior*, vol. v, núm. 22, otoño de 1991, pp. 122-132.

Llamaba la atención la elevada concentración del proletariado industrial, mayor que en Estados Unidos, lo que sin lugar a dudas facilitó la influencia de los agitadores, las repercusiones de las huelgas y la toma de conciencia de clase. Este hecho favoreció el incremento del movimiento huelguístico desde 1912 y dio lugar a la utilización de la represión por parte de las autoridades, lo que convirtió la presencia de la violencia en un hecho estructural. Entre enero de 1908 y mayo de 1910 fueron asesinados más de setecientos funcionarios. En la primavera de 1912, una huelga en los yacimientos de oro de la cuenca del Lena, en Siberia suroriental, fue reprimida por las tropas del ejército zarista, con un resultado de quinientos muertos o heridos.[6] A ello se añadía que el liderazgo del movimiento obrero no era unitario (social-revolucionarios, anarquistas, mencheviques o bolcheviques competían entre sí), sino esporádico, y recogía demandas anticapitalistas de forma muy puntual.

La gran mayoría de los trabajadores pertenecían a un sector agrario atrasado, pese a las ambiciosas reformas emprendidas por Stolypin, que supusieron un fracaso al no lograr la formación de granjeros acomodados sobre los que el régimen zarista pudiese apoyarse. Un tercio del campesinado no poseía tierra alguna, la tracción mecánica era prácticamente desconocida, en más de una tercera parte de las granjas no había ningún tipo de herramienta agrícola y en el 30% de ellas no había ni una sola cabeza de ganado.[7]

Las desigualdades sociales eran muy profundas. Desde el punto de vista político, las medidas liberalizadoras se fueron limitando tras la revolución de 1905 (giro autocrático de 1907) y más tras el inicio de la Primera Guerra Mundial, cuando se potenció el protagonismo de la figura del zar, lo que incrementó el autoritarismo y el rechazo de la población hacia el soberano, su familia y el entorno corrupto en el que este confiaba.

La Revolución de Febrero de 1917 no puede calificarse como una revolución democrático-burguesa, ya que sus planteamientos estaban desvirtuados por una situación de hambre generalizada, descomposición del ejército y de la policía y un liderazgo muy débil en una situación marcada por una dinámica de doble poder: la Duma y el sóviet de Petrogrado, al que se añadió el de Moscú. Fue una revolución popular, espontánea, que dio el poder a fuerzas políticas muy diversas —conservadores, liberales y socialistas moderados—, donde el solitario e irregular liderazgo de Aleksandr Kerensky fue capaz de alargar la

6 Gerwarth, Robert. *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017, p. 50.

7 Deutscher, Isaac. «La revolución soviética». En Mowat, C. L. (dir.), *Historia del mundo moderno. XII Los grandes conflictos mundiales 1898-1945*. Barcelona: Ramón Sopena, 1980, p. 304.

situación de provisionalidad, pero sin poder hacer frente a los problemas del hambre, el reparto de tierras, la descomposición de la policía y las fuerzas armadas o las derrotas en los campos de batalla de Europa.

Desde el inicio de la guerra, con la «gran retirada» en la frontera occidental, el descontento entre los soldados fue en aumento, y se asistió a continuos amotinamientos o al rechazo al reclutamiento forzoso en las zonas rurales. A ello se añadía el malestar en los núcleos urbanos, donde las huelgas en sectores como el textil o la metalurgia fueron numerosas. En el distrito fabril de Viborg, en Petrogrado, los disturbios eran frecuentes y cada vez era mayor la oposición de los soldados a disparar contra los manifestantes.

La guerra se convirtió en combustible que alimentaba la revolución. Ya lo había denunciado Rosa Luxemburgo, que anunciaba la podredumbre de la sociedad burguesa —con un «insoportable olor a cadáver», según Lenin—, cuyo dilema era el caos y la anarquía o la revolución. La guerra «imperialista exacerbó las contradicciones, arrancó a las masas atrasadas de su inmovilidad», en palabras de Trotsky. A la guerra se unió el descontento de los campesinos, que sufrieron continuas confiscaciones, las movilizaciones y revueltas de los obreros y la indisciplina de los soldados. El lema bolchevique respondía plenamente a dichos problemas: «Pan, tierra y paz».

La guerra se convirtió en una actividad donde toda la población participaba (el servicio militar obligatorio, excepto en Gran Bretaña, se había extendido a todos los países europeos), era protagonista de ella y sufría sus consecuencias. La guerra mundial hizo cierta más que nunca la afirmación de Carl von Clausewitz de que la guerra era la continuación de la política por otros medios; y no era solo producto de las contradicciones del imperialismo a nivel mundial, como afirmaban los bolcheviques, sino de las políticas internas de cada uno de los países participantes. El conflicto bélico originó o hizo emerger numerosos problemas internos en todos los países, y en algunos de ellos se presentó como un «conflicto de clases». Fue el caso de Rusia, donde la guerra se convirtió en un «catalizador social». Pero también hubo «conflictos nacionalistas» entre países con distintas identidades, radicalizadas en un contexto de recomposición de fronteras, o «conflictos étnicos», como el habido entre los turcos contra los armenios, o la utilización del antisemitismo al culpar a los judíos tanto de la contrarrevolución como de la revolución, y por último conflictos religiosos con una fuerte carga anticlerical.[8]

La guerra fue devastadora como nunca lo había sido antes. Murieron entre ocho y nueve millones y medio de soldados, a los que habría que sumar los

8 Rey, Fernando y Álvarez Tardío, Manuel (dirs.). *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras*. Madrid: Tecnos, 2017, pp. 9-38.

muertos civiles, especialmente numerosos en Rusia, el imperio otomano y Alemania. Si incluimos también a los heridos, habría que añadir más de quince millones de personas.[9] En el caso de Rusia, la cifra oscila entre un millón setecientos mil y dos millones de soldados muertos, según las fuentes, más un millón y medio de civiles fallecidos. Esta situación, unida a la incapacidad del Estado Mayor ruso para hacer frente en el campo de batalla al ejército alemán, generó una intensa frustración.

Los partidos políticos en Rusia no cuestionaban la guerra, y menos aún el apoyo a las potencias que formaban la Triple Entente. Los únicos que vieron que la guerra podía ser decisiva para inclinar la balanza a su favor fueron los bolcheviques. Estos últimos la entendieron como la causa que conduciría al fin del Estado zarista, que podía ser reemplazado por los bolcheviques y los sóviets que se iban constituyendo. Aquí sí es importante manifestar que la dinámica de doble poder, descrita por Trotsky y apoyada por Lenin en las *Tesis de abril*, abría un espacio político que, unido a la iniciativa y a la agresividad de los grupos bolcheviques, permitió la toma del poder en octubre de 1917. De lo que se trataba era, una vez tomado el poder, de consolidarlo, para lo cual era necesaria la salida de la guerra, la cesión de importantes espacios territoriales y la extensión de la revolución a otros países. Así se manifestaba el gobierno revolucionario:

> A los ciudadanos de Rusia. El Gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del sóviet de diputados, obreros y soldados de Petrogrado [...]. Los objetivos por los que ha luchado el pueblo —la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un gobierno soviético— están asegurados.[10]

El triunfo bolchevique fue recibido con júbilo en Alemania. Los países aliados subestimaron tanto la viabilidad del régimen bolchevique como la amenaza que suponía para el orden europeo. Solo los británicos advirtieron dichos peligros.

El nuevo gobierno revolucionario se enfrentaba a dos retos: por un lado, la convocatoria de la asamblea constituyente; por otro, salir de la guerra. El primero lo afrontaron en minoría, por lo que, una vez que los bolcheviques vieron que no podían controlarla, no dudaron en disolverla. El segundo fue un tema

9 Artola, Ricardo. *La I Guerra Mundial. De Lieja a Versalles*. Madrid: Alianza, 2014, p. 158.

10 Lenin, V. I. «A los ciudadanos de rusia», *Obras Escogidas en Tres Tomos de V. I. Lenin*. Moscú: Editorial Progreso, vol. II, 1960, p. 480.

que ocasionó discrepancias internas. Los bolcheviques confiaban en la internalización de la revolución y ello era vital para no tener que realizar importantes concesiones a sus enemigos, pero el deterioro de las relaciones con los aliados los condujo a considerar imprescindible una paz por separado con Alemania, en una clara posición de inferioridad.[11] A ello también contribuyó la continua presión de los ejércitos alemanes y la cada vez mayor desintegración del ejército ruso.

La paz —con importantes cesiones territoriales— se concretó el 3 de marzo de 1918 con la firma del tratado de Brest-Litovsk, en el que se declaraba el fin de la guerra y Rusia renunciaba a Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Ucrania y Besarabia. Fue firmado por el imperio alemán, Bulgaria, el imperio austro-húngaro y el imperio otomano, por una parte, y la Rusia revolucionaria, por otra. «El tratado pasó a los anales de la historia como un clásico ejemplo de paz draconiana y de castigo».[12]

El período que siguió tras el final de la guerra mundial se constituyó como una «era de las catástrofes», en acertada calificación de Eric Hobsbawm, o de «guerra civil europea».[13] A ello contribuyó de forma decisiva lo ocurrido en Rusia. La toma del poder por los bolcheviques dio inicio a una etapa de inestabilidad marcada por la guerra civil y el «comunismo de guerra» como política económica, sustituida a comienzos de los años veinte por la Nueva Política Económica, una especie de capitalismo de Estado, y por la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) a finales de 1922.

En el resto de los países del Viejo Continente se abrió un período de intensa inestabilidad caracterizado por el fin de los imperios, con la consiguiente reordenación de fronteras, reajustes económicos y crisis social. Esta última se debió a la irrupción de las masas en el juego político y a la posibilidad, cierta en este caso, de que el ideario de la izquierda revolucionaria se pudiera extender, al contar con una referencia idealizada de Rusia, que pasó a ser una amenaza real presente durante todo el período de entreguerras. Así, el comunismo se convirtió en un modelo de encuadramiento de las masas ante su demanda de participación en el juego político.

El viejo modelo de poder establecido a lo largo del siglo XIX —la alianza entre los propietarios de la tierra y las emergentes clases empresariales, apoyada en la desmovilización o exclusión de los sectores populares— entró en crisis

11 Pipes, Richard. *La revolución rusa*. Barcelona: Penguin Random House, 2017, pp. 665-666.

12 Kennan, George. «La Unión Soviética de 1917 a 1939». En Mowat, C. L. (dir.), *Historia del mundo moderno...*, *op. cit.*, p. 327.

13 Nolte, Ernest. *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*. México: FCE, 2011; Traverso, Enzo. *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*. Valencia: PUV, 2009.

y fue sustituido por otros modelos donde se aceptaba el papel activo de las masas con la extensión del sufragio o el control del Estado/partido del conjunto de los sectores populares (campesinos y clase obrera).

La democracia fue otro de los modelos. Esta se presentaba como una solución débil, sobre todo en algunos países de Europa, pues estaba condicionada por la denominada «crisis del parlamentarismo». Eran los casos del Reino Unido o Francia, donde la III República vivió un período de intensa inestabilidad política. En cambio, se reforzó con el modelo socialdemócrata en los países nórdicos y se implantó en la recién creada Checoslovaquia. Estados Unidos vivió un período de repliegue durante los años veinte, para resurgir con fuerza con la llegada a la presidencia de Franklin D. Roosevelt y su política de New Deal.

El fascismo en Italia y el nazismo en Alemania fueron otras de las respuestas dadas al creciente protagonismo de las masas. Su aparición y desarrollo tuvo que ver con el descrédito de la sociedad liberal, su inestabilidad económica y social como consecuencia de la Gran Guerra y la debilidad de la sociedad burguesa. Sus planteamientos se centraban en un nacionalismo exacerbado, la omnipotencia del Estado, el elitismo, el principio de jerarquía (*Duce* y *Führerprinzip*), la concepción maniquea del mundo (amigo vs. enemigo) y la exaltación de la violencia. Tanto el fascismo como el nazismo eran anticomunistas, y en el caso alemán se elaboró toda una teoría sobre la supuesta superioridad de la raza aria.

La movilización de los sectores populares puso de manifiesto la ausencia de canales legítimos de mediación y moderación, la debilidad de las instituciones y la ruptura de los patrones tradicionales de cohesión social. Ante esta crisis y con la intención de retrasar la integración de las masas en el juego político, numerosos países acudieron al militarismo de extrema derecha y establecieron regímenes autoritarios. Fue el caso de Hungría, Polonia, Yugoslavia, Grecia, España, Portugal o Rumania.

En todas estas situaciones, la clase obrera tuvo su protagonismo, o bien por ser integrada en el sistema democrático, o bien por ser reprimida por el militarismo de extrema derecha, o tratándola de encuadrar en los movimientos fascistas, o directamente siendo la protagonista en el movimiento comunista.

Tras el triunfo de la Revolución de Octubre y el final de la Gran Guerra, los dirigentes bolcheviques, inmersos en una guerra civil, vieron en la extensión e internacionalización de la revolución un factor decisivo para su propia consolidación. Por ello, junto a diversas organizaciones obreras, en distintos países se puso en marcha un plan de asalto al poder en un clima favorable, debido a la intensa crisis social que se vivía.

El mismo día en que fue tomado Petrogrado por los bolcheviques, aprobaron su Decreto de Paz, que exhortaba a los trabajadores en el extranjero a

alzarse y dar apoyo al gobierno de los sóviets, para que este «concluya con éxito [...] la tarea de liberar a las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y toda explotación».

Para Lenin, la etapa que se iniciaba iba a ser muy conflictiva, ya que el choque con los gobiernos burgueses e imperialistas era inevitable, por lo que se hacía necesaria la formación del Ejército Rojo:

> La existencia de la República Soviética junto a los Estados imperialistas es impensable a largo plazo. En última instancia, la una o los otros se impondrán. Y, hasta que llegue ese momento final, una sucesión de terribilísimos conflictos entre la República Soviética y los gobiernos burgueses es inevitable. Esto significa que la clase dirigente, el proletariado, si tiene voluntad de dirigir y para que pueda hacerlo, debe demostrarlo también a través de su organización militar.[14]

A partir de este momento surgen numerosos escenarios que muestran los intentos de la conquista del poder por parte de la izquierda revolucionaria. Así, en Finlandia se produjo una guerra civil entre enero y mayo de 1918, en la que se enfrentaron el Ejército Blanco y los Guardias Rojos, con el triunfo de los primeros.

En el marco de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania, iniciada tras el motín de los marineros de Kiel, se forzó la abdicación del káiser Guillermo II (9 de noviembre), y los socialdemócratas (SPD) con Friedrich Ebert a la cabeza buscaron la conciliación y sentaron las bases para fundar la República de Weimar. En esta coyuntura surgieron dos movimientos revolucionarios con cierto parecido a los soviéticos. En primer lugar, la República de los Consejos de Baviera o República Soviética de Baviera, entre finales de 1918 y mayo de 1919. En esta región se instauró una administración revolucionaria controlada por consejos de obreros, campesinos y soldados. Lograron la abdicación del rey Luis III de Baviera, pero fueron reprimidos por el gobierno del SPD. Finalizó con la toma de Múnich. En segundo lugar, el levantamiento espartaquista[15] ocurrido en Berlín entre el 5 y el 12 de enero de 1919. Este movimiento contó con el apoyo y la simpatía de los comunistas, aunque también fueron críticos con él en algunos momentos. Se trató de una huelga general en Berlín, con duros enfrentamientos, dirigida por un Consejo de Trabajadores y Soldados. Durante la «semana sangrienta» destacaron los líderes Rosa Luxemburgo y

14 Citado por Pipes, Richard. *La Revolución...*, *op. cit.*, p. 661.

15 Badia, Gilbert. *Los espartaquistas*, 2 vols. Barcelona: Mateu, 1971; Broué, Pierre. *Revolución en Alemania. 1. De la guerra a la revolución. Victoria y derrota del 'izquierdismo'*. Barcelona: A. Redondo, 1973.

Karl Liebnecht, que fueron detenidos y asesinados. Fue sofocada por el ejército con el gobierno del SPD.

Los fracasos revolucionarios continuaron en Hungría, donde Bela Kun fundó la República Soviética Húngara, que duró 133 días. En Italia (*biennio rosso*), la ola de huelgas revolucionarias en Turín, el Piamonte y Lombardía también fracasó, al igual que el movimiento obrero polaco durante el otoño de 1920. Lo que había sido considerado por los principales dirigentes bolcheviques como una necesidad ineludible para que sobreviviera la revolución en Rusia, su extensión internacional, se desvaneció: el aislamiento era evidente. Así, la «revolución rusa debe sobrevivir e intentar conservar el terreno conquistado en las mismas condiciones que sus dirigentes habían considerado de todo punto incompatibles con su supervivencia».[16]

Al intento de extender la revolución se sumó la III Internacional (Internacional Comunista), creada en marzo de 1919 por iniciativa de los bolcheviques. Su objetivo era organizar y controlar los partidos comunistas de todos los países, a fin de crear un partido mundial que implantara el nuevo modelo revolucionario, e internacionalizar la revolución para que sirviera de defensa a Rusia. «La meta final que la Internacional Comunista persigue es la sustitución de la economía capitalista mundial por el sistema mundial del comunismo» (Programa de la III Internacional, VI Congreso).

La creación de dicha organización no solo mostró el estado crítico de la II Internacional (socialista), sino que dio lugar a la división entre los partidos comunistas y los partidos socialistas, hecho de una enorme trascendencia por lo que supuso de debilitamiento del movimiento obrero, a la vez que favorecía el ascenso del fascismo. Pese a ello, no se pudo evitar el fracaso de la extensión de la revolución y se introdujo un factor fuertemente distorsionador en la dinámica del movimiento obrero mundial, que, al estar controlado desde Moscú, no fue capaz de entender las dinámicas nacionales y creó una estructura burocratizada, con lo que perdió el impulso transformador.

El impacto de la Revolución de Octubre de 1917 en España

Históricamente, las relaciones entre España y Rusia no han sido importantes, dada la distancia geográfica entre ambos países, aunque en algunos momentos

16 Broué, Pierre. *El Partido Bolchevique*. Madrid: Ayuso, 1973, p. 196.

los intereses de los zares coincidieron con los de la España más reaccionaria representada por Fernando VII. Mayores fueron las referencias culturales o las crónicas de los viajeros.

El impacto de las revoluciones de febrero y de octubre en Occidente fue escaso, debido al hecho de que lo que en realidad preocupaba en ese momento era la guerra mundial. En el periódico *El Socialista* se vieron con agrado los cambios habidos en febrero, pero no los de octubre, ya que implicaba la salida de Rusia de la guerra. Las publicaciones anarquistas (*Tierra y Libertad* o *Solidaridad Obrera*), en cambio, opinaban favorablemente sobre la caída del régimen zarista y la llegada de los bolcheviques al poder.

La escasa reacción a lo que sucedía en aquel lejano país, debido a la falta de noticias, se pone de manifiesto en la opinión del catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca y diputado en Cortes Tomás Elorrieta, que hablaba de noticias «vagas, contradictorias y confusas» y se ponía en alerta por el afán del régimen comunista de exterminar a la aristocracia y burguesía rusa. Esta línea fue la seguida por el diario monárquico *ABC*, que se convirtió en el medio español con más abundante información sobre el tema, debido a la presencia en Petrogrado de la periodista Sofía Casanova, que desde los primeros momentos enviaba sus crónicas, muy críticas con lo que estaba sucediendo.[17] De hecho, se la puede considerar como la precursora de la introducción en España de los conceptos de «peligro comunista» y «terror rojo».

Se subestimó inicialmente la Revolución de Octubre, no se supo valorar la inestabilidad que iba a causar ni el efecto imitación que iba a tener en sectores del movimiento obrero. A esto último no fue ajena la creciente radicalización de las organizaciones obreras,[18] aunque, en nuestra opinión, tanto la huelga general de 1917 como el incremento de la actividad huelguística entre los campesinos y los obreros industriales tienen más que ver con factores internos, como el final del período de expansión económica («crisis de subsistencias») o la «crisis política» derivada del agotamiento del sistema de la Restauración.

Junto a esta radicalización, también se fue asistiendo a un creciente temor de la derecha española por el incremento de la conflictividad social, lo que contribuyó a prácticas políticas de contenido autoritario. Un buen ejemplo de ello fue la creciente preocupación de las autoridades españolas por la presencia de refugiados rusos. Así, cuando en diciembre de 1918 el conde de Romanones accedió a la presidencia del gobierno, en una de sus primeras declaraciones mos-

17 Casanova, Sofía. *De la revolución rusa en 1917*. Madrid: Renacimiento, 1917, p. 34.

18 Avilés Farré, Juan. «El impacto de la revolución rusa en España, 1917-1922». En VV. AA., *La política exterior de España en el siglo xx*. Madrid: UNED, 2000, p. 133.

tró su disconformidad con lo que estaba sucediendo en Rusia y, haciéndose de la presencia de refugiados bolcheviques en Barcelona, anunció su expulsión, junto a súbditos de otros países. Decenas de rusos procedentes de distintas provincias fueron trasladados a la cárcel Modelo de Barcelona. En esta ciudad estaba preparado el buque *Manuel Calvo* para deportar a los detenidos, como finalmente sucedió. La travesía resultó especialmente complicada, pues un accidente no aclarado en el mar Egeo provocó la muerte de 71 refugiados.[19]

Las expulsiones fueron denunciadas por *Solidaridad Obrera*, la Agrupación Socialista Madrileña y el diario liberal *El Sol*. Este último publicó un artículo de Julio Camba que describía con nitidez lo que sucedía:

> Entonces (antes de la guerra) nadie creía a los rusos. Ahora, en cambio, todos los hombres le parecen un poco rusos a la gente. En el *Manuel Calvo* de Barcelona acaban de hacerse a la mar, expulsados por el Gobierno, rusos de Turquía, rusos de Bulgaria, rusos franceses, rusos ingleses y hasta rusos españoles. Y es que la palabra ruso ha evolucionado. Antes tenía un concepto geográfico. Ahora tiene un concepto político [...]. Se es algo ruso o se es terriblemente ruso. Todo hombre que proteste contra el caciquismo o contra la carestía de la vida es un ruso presunto.[20]

La derecha entre el «peligro comunista» y el «terror rojo»

Desde que se tuvo conocimiento de lo sucedido en Rusia, la derecha conservadora en España se puso en guardia contra los acontecimientos que ocurrían en aquel lejano país. Es cierto que fue a remolque de lo que decían en otras derechas europeas como la alemana, la francesa o la británica. Hasta dicho momento, el enemigo que había que batir en España era el movimiento anarquista, que se había venido reforzando desde la constitución de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1910.

En un primer momento, la prensa conservadora como *ABC* relacionó el movimiento sindicalista existente en Andalucía y Cataluña con los «bolcheviques», y extendió el rumor de que Lenin había llegado a Barcelona en enero de 1919.[21] Dichas denuncias se repiten durante la huelga de La Canadiense en Bar-

19 Aizpuru Murua, Mikel. «La expulsión de refugiados extranjeros desde España en 1919: exiliados rusos y de otros países». *Revista de Migraciones y Exilios*, núm. 11, 2010, pp. 107-126.

20 *El Sol*, 23 de marzo de 1919.

21 *El Sol*, 16 de enero de 1919. González Calleja, Eduardo. *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración*. Madrid: CSIS, 1999, p. 68.

celona (febrero-marzo de 1919), cuando se acusa a los líderes sindicalistas Ángel Pestaña y Salvador Seguí de querer el «comunismo» siguiendo el «modelo ruso».[22] O en la celebración del 1 de Mayo en Madrid, donde se coreó «¡Viva Rusia!» y el mitin pro bolchevique fue el «más impresionante de la posguerra».[23]

Las críticas desde el mundo de la derecha[24] a lo sucedido en Rusia van a seguir dos orientaciones que en algunos momentos se confunden: por un lado, una orientación en la que se señalaban las amenazas del «peligro comunista»; por otro, el relato sobre la violencia y la represión que se venían dando allí donde los comunistas controlaban el poder o tenían influencia: el «terror rojo».

En un marco intelectual influido por la publicación en 1918 del primer tomo de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, el triunfo del comunismo y su amenaza sobre el mundo venían a confirmar la última etapa de la cultura occidental, es decir, la decadencia, la barbarie. En los ambientes conservadores, lo ocurrido en Rusia servía para explicar el incremento de la movilización social de la conflictividad.

El concepto de «peligro comunista» nacía a finales de 1918 y comienzos de 1919, y se extendió rápidamente. Un año después ya se habla de «terror rojo». Ambos conceptos se mantendrán hasta el final de la guerra fría, y en España tienen su máximo desarrollo durante la dictadura franquista. Pero eso no implica que no estén presentes durante la crisis de la Restauración, la dictadura de Miguel Primo de Rivera o la II República.[25] La precursora de la introducción de ambos conceptos fue Sofía Casanova, en cuyos artículos se mezclan ideas antisemitas y otras defensoras del darwinismo social.

A la hora de describir el régimen bolchevique lo califica como «sanguinario», y habla de los soldados convertidos en «prófugos»:

> [...] bandas furiosas de hambre y desnudez entran en los pueblecitos que saquean, incendian, llevándose el botín y las mujeres que han mancillado a las selvas inmediatas donde la orgía termina con una querella por un sorbo de alcohol, por el cuerpo exánime de una adolescente...[26]

22 «El peligro del sindicalismo». *ABC*, 26 de marzo de 1919; «Viva Rusia». *ABC*, 9 de mayo de 1919.

23 Meaker, G. H. *La izquierda revolucionaria en España.* Barcelona: Ariel, 1978, p. 276.

24 Un artículo orientativo sobre el tema es el de García, Hugo, «Historia de un mito político: el "peligro comunista" en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», *Historia Social*, núm. 51, 2005, pp. 3-20.

25 Agradezco a Roberto Muñoz Bolaños la entrega de un original titulado «La construcción de la imagen del terror rojo en España», que nos sirve de orientación en el presente texto.

26 «Del ciclo infernal». *ABC*, 4 de marzo de 1918, pp. 3-4.

No existía justicia, el «terror rojo» era arbitrario:

> La terrible orden de fusilar sin previo enjuiciamiento, extensivo[a] a otros muchísimos delitos, deja cuerpos inertes en las estepas, en las ciudades, en las calles de San Petersburgo. La acción represiva de los Tribunales revolucionarios se presta al abuso, a la venganza personal, al crimen impune.[27]

Todo ello contribuía a hacer más fuertes a los bolcheviques, consolidaba su poder. Por tanto, el «terror» era parte de una estrategia, no una actividad descontrolada; estaba planificado y dirigido desde el partido y el Estado, pues con él se eliminaba a enemigos y se atemorizaba a los dudosos.

Máximo Gorki, intelectual de izquierda autor de *La madre*, fue muy crítico con la violencia utilizada por los bolcheviques[28] y especialmente con Lenin, aunque posteriormente mantuvo una relación de amistad con José Stalin. Esta posición crítica contra la violencia bolchevique permitió que en *ABC* se publicasen varios de sus artículos que avalaban la descripción de Sofía Casanova.

El discurso de los políticos de los partidos gobernantes en España sobre lo que sucedía en Rusia se fue haciendo cada vez más duro, y se culpaba a los bolcheviques de organizar un complot internacional para intentar derribar a la monarquía y favorecer la «revolución social», como hizo en 1919 el ministro de gobernación, Manuel Burgos Mazo. En un sentido similar se manifestó el político conservador Antonio Goicoechea al considerar España el país «mejor preparado para el género de procedimientos que en Rusia se han empleado».

La dictadura de Primo de Rivera fue un régimen anticomunista, que respondía a la incapacidad de integrar a las masas en el juego político. El mismo 13 de septiembre de 1923, día del golpe de Estado, la primera columna de *ABC* afirmaba:

> Si no se operaba el tumor infeccioso de la vieja política española, extirpándole sin contemplaciones, la gangrena mortal que corría a todo el organismo social del país [...] la dictadura militar nos ha salvado por ahora de la revolución sangrienta y de la anarquía.

El ideario del «cirujano de hierro», en este caso autoritario, establecido por Joaquín Costa se planteaba como el camino necesario para la rehabilitación de

27 «La era del terror». *ABC*, 15 de enero de 1918, p. 3.

28 En 1920 se publica en Barcelona el libro de Gorki *El terror bolchevique (La cultura de la Revolución)*, por B. Bauzas editores.

España. Se ponía en marcha a través de un modelo no democrático, como una forma de entender, por una parte mayoritaria de la derecha española, el modelo de gobernanza que tras el paréntesis de la II República se asentaría durante largo tiempo en España con la dictadura del general Francisco Franco.

A lo largo de la dictadura de Primo de Rivera, esta utilizó el «complot comunista» para justificar la represión contra los anarquistas, la crítica al republicanismo representado por Vicente Blasco Ibáñez e incluso la lucha contra el líder rifeño Abd-el-Krim. Influyentes intelectuales apoyaron a la dictadura, como Ramiro de Maeztu, que se había posicionado claramente contra lo que sucedía en Rusia, al defender la «civilización» y el «orden social».

El régimen autoritario suscribió —a cuenta del erario público— a militares influyentes, como los generales Emilio Mola o Francisco Franco, al boletín de la Entente Internationale contre la Troisième Internationale, publicación anticomunista dirigida por un grupo de exiliados zaristas de Ginebra (Suiza). Sus principales artículos se traducían y publicaban en el boletín *El Somatén*. Se nombró como director general de Seguridad al general de división Pedro Bazán Esteban, se establecieron acuerdos con Alemania, Francia e Italia para perseguir el comunismo y durante el mandato de Emilio Mola, director general de Seguridad, se creó, en abril de 1930, la Junta Central contra el Comunismo, para coordinar la política anticomunista. Dicha política fue continuada por Manuel Azaña, cuando era ministro de la Guerra, al crear la Oficina de Investigación Comunista en el seno de las Fuerzas Armadas con el fin de evitar la infiltración comunista en ellas.[29]

En este ambiente se publicaron dos obras dirigidas al público español en las cuales el «terror rojo» era su protagonista. Nos referimos a la de Georg K. Popoff, *La Inquisición roja. La cheka: el Estado dentro del Estado*, y la de Serguéi P. Melgunov, *El Terror Rojo.*[30]

El primero de ellos, antiguo oficial ruso, afirmaba que la Checa era un «Estado dentro del Estado» que utilizaba la tortura, detenía arbitrariamente y disponía de un importante sistema exterior, sobre todo en Alemania y Francia, que operaba desde las embajadas y las agregadurías comerciales para crear un sistema de vigilancia y control sobre los rusos que vivían en el extranjero. Melgunov, doctor en Historia que había sido social-revolucionario, fue condenado a muerte, pena conmutada por diez años de prisión, y más tarde despojado de su nacio-

29 González Quiroga, Eduardo y Rey Reguillo, Fernando. *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las guardias cívicas en la España del siglo xx*. Madrid: CSIC, 1995, p. 23.

30 Ambas fueron editadas en Madrid, la primera por Aguilar en 1924 y la segunda por Carro Raggio en 1927.

nalidad. Dos ideas están presentes en su denuncia: por un lado, que el «terror» es un elemento básico para la consolidación del poder de los bolcheviques; y, por otro lado, que se convierte en la base del sistema dictatorial soviético.

Con la llegada de la II República se intensificaron las denuncias de entrada del comunismo en España. Así, el principal diario católico (*El Debate*) hablaba de «invasión de bárbaros»; Maeztu anunciaba en *Ahora* una «horrorosa guerra civil» y Niceto Alcalá Zamora fue calificado como «el Kerensky español», que estaba abriendo el camino hacia el caos bolchevique. Dicha acusación fue luego utilizada contra Manuel Azaña o Santiago Casares Quiroga.

Serían los monárquicos, tanto carlistas como alfonsinos, los que más utilizarían el «peligro comunista» y el «terror rojo» como arma política. Publicaciones de *Acción Española*, el opúsculo anónimo *Judaísmo-Comunismo-Nacionalismo* (1932) o el libro de Mauricio Carlavilla y Luis Fernando Saavedra *El comunismo en España* (1932), y del primero a solas, *El enemigo: Marxismo, anarquismo, masonería* (1934), apoyaban dicha postura. En las elecciones constituyentes, la Unión Monárquica Española denunció la «bárbara ofensiva comunista».

También los fascistas insistieron en «el peligro comunista». Es el caso de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas fundadas en 1931 por Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo, que denunciaban constantemente en su semanario *Libertad* que «la República parlamentaria-socialista tiene por único fin sumirnos en el pozo negro del socialismo rojo, donde no hay otra norma que el *soviet*», y a principios de 1932 proponían la constitución de «milicias anticomunistas».

A partir de 1934 el discurso anticomunista se hizo más fuerte. Por dos motivos: la creciente bolchevización del Partido Socialista Obrero Español —PSOE— (Francisco Largo Caballero se convertía en el «Lenin español») y la vuelta a la escena política de antiguos intelectuales de derecha como Ramiro de Maeztu o políticos como José Calvo Sotelo.

Los sucesos de Asturias en octubre de 1934 fueron utilizados por la prensa de la derecha (*ABC*, *El Debate*, *La Nación* o *Diario de Madrid*) para denunciar y describir con minuciosidad relatos sobre curas crucificados, monjas violadas e hijos de guardias civiles con los ojos arrancados por los revolucionarios: «seguramente ni en Rusia, cuando la gran revolución, ni en otras épocas anteriores, ha habido hechos tan terribles, vandálicos y sanguinarios como los ocurridos en algunos días de esta revolución».

Durante la campaña de las elecciones del Frente Popular, la derecha volvió a utilizar el miedo, afirmando que el líder revolucionario húngaro Bela Kun estaba en Barcelona. El Frente Popular era considerado el «caballo de Troya soviético», que seguía las instrucciones del Comintern.

Entre la llegada al poder de la coalición de centro izquierda (febrero de 1936) y la sublevación militar del 18 de julio se intensificaron las acusaciones de infiltración comunista. Las críticas se centraron más sobre el PSOE que sobre el Partido Comunista de España (PCE), debido al escaso peso político de este último. Calvo Sotelo, jefe del Bloque Nacional, hizo suya la tesis del «peligro comunista». Buena muestra de ello fue el duro enfrentamiento que tuvo con Azaña en el Congreso de los diputados el 15 de abril. Para el diputado derechista, el Frente Popular era como «el santo y seña soviético», mientras se asistía a «la bolchevización progresiva» de los socialistas. Renegaba de un Azaña «burgués» que dejaba que España fuera una tragedia como en Rusia y en Hungría.

A partir de la guerra civil y tras la victoria de los sublevados, España se convirtió en una dictadura pro fascista hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y autoritaria hasta 1975, y una de sus señas de identidad fue el anticomunismo, propiciado por el contexto de guerra fría que se vivía en el mundo.

Los republicanos ante una revolución extraña

Tal y como señala Ángel Duarte,[31] para el complejo mundo del republicanismo en España, la revolución rusa no solo remite a un país lejano con el que no han tenido ningún tipo de relación, sino que sobre todo le resulta extraña por la naturaleza política del proyecto que sostiene. Los planteamientos de la revolución se encuentran alejados de las políticas reformistas que el republicanismo defendía.

El republicanismo se había mantenido a favor de los aliados en la Guerra Mundial frente a los imperios centrales. Una vez que se produjo la Revolución de Febrero de 1917, la vio con simpatía por la abdicación del zar y el establecimiento de un gobierno provisional con planteamientos políticos similares, además de comprobar el mantenimiento de Rusia en la guerra.

La deriva hacia el movimiento de octubre sí les preocupó, por las consecuencias que el triunfo bolchevique podía tener en la guerra, aunque existía cierto desconocimiento de lo que suponía el programa revolucionario de cambio político y social. Cuando se tuvo noticias del asalto al Palacio de Invierno no hubo críticas: la revolución era atractiva para los jóvenes republicanos, que veían en ella a rebeldes dispuestos a cambiar un mundo que no compartían.

31 Duarte, Ángel. «"No hay más que futuro". El republicanismo español y el 1917 bolchevique». En Andrade, Juan y Hernández Sánchez, Fernando (eds.), *1917. La revolución rusa cien años después*. Madrid: Akal, 2017, pp. 305-330.

De hecho, republicanos lerrouxistas o de la izquierda jacobina, como Marcelino Domingo, mostraron sus simpatías por el proceso ruso. Pero esas simpatías se convertirán en poco tiempo en críticas, desengaño y frustración.

En realidad, la democracia liberal continúa siendo el objetivo principal de la gran mayoría de los republicanos, por lo que estos pronto consideran que la nueva autoridad revolucionaria, con su creciente poder absoluto, es un peligro para las libertades. El republicanismo es burgués, no nos engañemos; podrá haber gente más a la izquierda, como Manuel Azaña, pero también hay gente más de derechas como Niceto Alcalá Zamora o Miguel Maura. Las huelgas de Andalucía o Cataluña en el denominado trienio bolchevique o la creación de la Internacional Comunista son pruebas de que lo que sucede no se ajusta a sus planteamientos políticos.

Por eso, ven como una buena solución la República de Weimar en Alemania, no aceptan la solución militar autoritaria de Portugal o España y ven el futuro en el camino democrático-reformista que conducirá a la II República en España. Hay que hacer oposición a la dictadura, hay que enfrentarse a la monarquía por ser corresponsable de la dictadura de Primo de Rivera y hay que pactar con un PSOE reformista, para hacer posible la llegada de la democracia (pacto de San Sebastián).

El éxtasis y la fiesta popular del 14 de abril de 1931 es visto por los republicanos como el triunfo del reformismo político, que tenía que conducir a la reforma social para evitar la revolución. Se trataba de lograr lo que Kerenski no había logrado. Había que humanizar el capitalismo a través de una mayor participación del Estado en la economía, pero no plantear un sistema alternativo; había que hacer política de izquierda para mejorar las condiciones de vida y de trabajo, había que repartir la propiedad de la tierra o afrontar una descentralización efectiva de los poderes del Estado, pero todo ello no se debía apoyar en «la ascensión del proletariado». El modelo bolchevique no era el de los republicanos.

Entre los republicanos hubo también personas que admiraban lo que estaba sucediendo en Rusia y los cambios que estaban llevando a cabo. Es el caso de Diego Hidalgo, miembro del Partido Republicano Radical, ministro de la Guerra en 1934 y socio de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética. Admirador de las nuevas instituciones políticas —como los sóviets—, de la sociedad y la cultura rusa, realizó un viaje a dicho país, y mostró la humildad de los hogares, su vasta cultura y los valores humanos de su población.[32] Aunque

32 Hidalgo, Diego. *Un notario español en Rusia*. Madrid: Alianza, 1985. (Publicado por primera vez en la editorial Cénit en 1929.)

alejado en el campo político, manifestaba la existencia de una pluralidad de visiones dentro de partidos de claro significado reformista y de mayoritaria composición burguesa.

La izquierda en el laberinto

El triunfo de la revolución rusa fue lentamente asimilado en la izquierda.[33] En un primer momento hubo actitudes de simpatía y de imitación que condujeron a movimientos escasamente organizados y a acciones fracasadas. Se intensificaba la crisis de la II Internacional, que se había iniciado en 1914 tras las votaciones a favor de los créditos de guerra. Se hacía cada vez más evidente la división del movimiento obrero; pero, hasta que se hizo efectiva la creación de la III Internacional en 1919, hubo momentos de duda, vacilaciones y confusión.

Los socialistas españoles se sumaron a la mayoría de la II Internacional en las decisiones sobre la posición que se debía mantener frente a la guerra, abandonando sus posturas pacifistas anteriores a favor de la Entente anglo-francesa. Ello supuso la aparición de una minoría que discrepaba (José Verde Montenegro, Antonio García Quejido, Manuel Núñez Arenas, Juventudes Socialistas...), antibelicista y solidaria con las resoluciones de la conferencia de Zimmerwald (septiembre de 1915) a favor de la paz. Dicha corriente de izquierda también se mostraba crítica con la alianza con los republicanos en la Conjunción Republicano Socialista y con la política sindical, y acusaba a la Unión General de Trabajadores (UGT) de ser reformista. El enfrentamiento sindical se visualizaba en las posturas enfrentadas en la Federación Nacional de Minería entre el vizcaíno Facundo Perezagua,[34] que acabaría militando en el Partido Comunista de España (PCE), y el asturiano Manuel Llaneza.

Por tanto, la guerra, la política de alianzas interclasista y la estrategia sindical eran los ejes centrales del debate interno de los socialistas, cuando vinieron a sumarse los acontecimientos de 1917 en Rusia. El PSOE vio con expectativa la Revolución de Febrero; en cambio, la Revolución de Octubre fue vista por *El Socialista* con «amargura», dada la radicalidad de sus planteamientos y la posibilidad efectiva de que Rusia firmara una paz por separado con Alemania.

33 Faber, Sebastián. «"Es hora de la claridad dogmática". El impacto de la revolución rusa en la cultura política española». En Andrade, Juan y Hernández Sánchez, Fernando (eds.), *1917. La Revolución...*, *op. cit.*, pp. 263-288.

34 Ibáñez, Noberto y Pérez, José Antonio. *Facundo Perezagua. El primer líder obrero en Bizkaia (1860-1935)*. Bilbao: Fundación BBK, 2004.

Lo que sucedería en el socialismo español no es original, ya que la revolución rusa afectó de lleno a todo el movimiento socialista internacional.

En el mundo anarquista y anarcosindicalista se había apostado por la paz en la Gran Guerra y se condenaba la traición de los partidos socialistas, a la vez que se apoyaban las resoluciones de Zimmerwald y el contenido revolucionario de los bolcheviques. Por tanto, la Revolución de Octubre fue vista con esperanza y simpatía.[35] Fue el caso del anarcosindicalista Manuel Buenacasa o del pro bolchevique Joaquín Maurín. El primero de ellos expresaba su opinión en el II Congreso de la CNT celebrado en Madrid el mes de diciembre de 1919:

> Nosotros, que somos enemigos del Estado, como lo hemos demostrado en algunas de las mociones aprobadas por este Congreso, entendemos que la revolución rusa, por el hecho de ser una revolución que ha trastornado los valores económicos o, mejor dicho, por el hecho de ser una revolución que ha dado al proletariado el Poder, los instrumentos de producción y la tierra, debe interesarnos siquiera sea este aspecto y para impedir que esta revolución, que ese gobierno de los soviets quede estrangulado por los Estados capitalistas...[36]

A la CNT, la experiencia bolchevique le era afín, por lo que en los primeros momentos tuvo su apoyo. Durante la celebración del II Congreso de la CNT hubo propuestas favorables a la integración en la Internacional Comunista (IC), como la realizada por Hilario Arlandis, pero también en contra. Así, Eleuterio Quintanilla rechazaba la «dictadura rusa» y negaba que respondiese al ideario del sindicalismo revolucionario. Por su parte, Salvador Seguí se mostraba escéptico sobre la preparación de la clase obrera rusa para la revolución. Finalmente se aprobó una declaración de principios acorde con el pensamiento bakuninista y la I Internacional, y una adhesión provisional a la III Internacional por el carácter revolucionario que esta tenía.

En este contexto se produce el viaje de Ángel Pestaña a Rusia para asistir al II Congreso de la IC.[37] Sus críticas a lo que ve son rotundas: denuncia la manipulación del Congreso por los comunistas rusos, la forma de ejercer el poder de los bolcheviques (dictadura del proletariado), el papel de la policía rusa, la Checa y la falta de libertad en dicho país. Sintonizando sus críticas con la mayoría de los anarquistas, se negó a firmar cualquier documento. Su informe fue

35 Avilés Farré, Juan. *La fe que vino de Rusia: La revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*. Madrid: UNED, 1999, p. 40.

36 Recogido por Peirats, José. *Los anarquistas en la crisis política de España.* Madrid: Júcar, 1977.

37 Pestaña, Ángel. *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*. Barcelona: Tipografía Cosmos, sin fecha.

presentado al Comité Nacional de la CNT en 1922, y se tomó la decisión de no incorporarse a la III Internacional e impulsar la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en Berlín en 1922.

La CNT estaba dividida entre sindicalistas revolucionarios (Salvador Seguí y Ángel Pestaña), anarcosindicalistas (Manuel Buenacasa) y una minoría pro bolchevique (Andreu Nin y Joaquín Maurín). Estos últimos se hicieron con la dirección provisionalmente, por la ola de detenciones que sufrió la organización, y eso los llevó a estar cada vez más cerca de los bolcheviques. En julio de 1921 asistieron al congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja (ISR), donde coincidieron con los dos partidos comunistas existentes en España.

Andreu Nin, un apasionado defensor de las conquistas de la revolución rusa, afirmó en diciembre de 1919 en el congreso de la CNT:

> [...] yo soy un fanático de la acción, de la revolución; creo en los actos más que en las ideologías lejanas y en las cuestiones abstractas. Soy admirador de la revolución rusa porque ella es una realidad. Soy partidario de la III Internacional porque ella es una realidad, porque por encima de las ideologías representa un principio de acción, un principio de coexistencia de todas las fuerzas netamente revolucionarias que aspiran a implantar el comunismo de una manera inmediata.[38]

Tras la detención de Maurín fue elegido Juan Peiró, de la línea anarcosindicalista, y en la conferencia de Zaragoza (1922) se cancelarían los acuerdos del congreso de Madrid y se rechazaría la adhesión a la ISR. Se había producido el distanciamiento definitivo con Moscú, aunque un pequeño grupo de cenetistas, disidentes con la mayoría, se irían al PCE.

La decisión de mantenerse al margen de las organizaciones controladas por los comunistas no solo tuvo que ver con su forma de entender la política, sino también con sucesos como el aplastamiento de la revolución macknovista o del movimiento de los marineros en Kronstadt (1921), contrarios a la dictadura comunista y más en una línea anarquista o de autogestión. Poco después, en 1923, se publicó en Estados Unidos el libro de Emma Goldman *Mi desilusión en Rusia*, donde definitivamente los anarquistas se alejaban del modelo soviético.

En el caso de los socialistas, el interés mostrado por la revolución rusa fue menor que el de los anarquistas. Dos eran los motivos: por un lado, la política de colaboración de clase que se mantenía en la Conjunción Republicano So-

38 Confederación Nacional del Trabajo. *Memoria del Congreso celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de diciembre de 1919*. Barcelona: Tipografía Cosmos, 1932, pp. 373-374; también se debe consultar Nin, Andreu. *La revolución rusa*. Barcelona: Fontamara, 1979.

cialista; por otro lado, el apoyo a los aliados. Consideraron la Revolución de Octubre como un retroceso frente a las conquistas de febrero de 1917.

Eso no impidió que se organizara un grupo de militantes en apoyo a la Revolución y poco después como partidarios de su inclusión en la III Internacional. El semanario *Nuestra Palabra*, dirigido por Mariano García Cortes, les servía de portavoz. En él se ensalzaban las políticas bolcheviques, se criticaba la vía parlamentaria y se convocaban actos, mítines y manifestaciones a favor de la revolución.[39]

Pero poco a poco fue mayor el interés por lo que sucedía en Rusia. Así, tanto en el XIII Congreso de la UGT (septiembre-octubre de 1918) como en el XI Congreso del PSOE (octubre de 1918) se analizó con cierto entusiasmo la revolución que se estaba llevando a cabo en Rusia, en un marco condicionado por la intensificación de la movilización social en España. A partir de este momento, los socialistas españoles entran en un proceso de idas y venidas, de crisis, de contradicciones sobre qué hacer con respecto a la revolución rusa y la III Internacional.

Entre diciembre de 1919 y abril de 1921 se celebraron tres congresos extraordinarios. En el primero de ellos se debatió la permanencia en la II Internacional o la adhesión a la III Internacional. La división existente condujo a que se aplazara la decisión, por lo que se permaneció en la II Internacional y se apoyó la propuesta de Julián Besteiro de promover la unificación de ambas organizaciones, a la vez que se proponía una fórmula alternativa a las 21 condiciones exigidas por la IC: la autonomía del PSOE con respecto a la táctica de la organización, el derecho a revisar los acuerdos de la IC y la necesidad de garantizar la unidad de todas las organizaciones socialistas. Era impensable que la IC aceptase las exigencias de un pequeño partido. En cambio, la UGT no dilató su decisión y ese mismo año acordó la no inclusión en la IC.

Siete meses después (junio de 1920), el PSOE decidió abandonar la II Internacional e integrarse en la IC, si bien era un acuerdo provisional a la espera de los informes de Fernando de los Ríos y Daniel Anguiano. Finalmente, en abril de 1921 se votó el informe de Fernando de los Ríos y se apostó por la reconstrucción de la II Internacional.

El informe de Fernando de los Ríos sobre su viaje a Rusia, que sintonizaba con la mayoría del partido, fue clave para la toma de dicha decisión. Describía la situación de miseria que se vivía en dicho país:

39 Forcadell, Carlos. *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918.* Barcelona: Crítica, 1978, pp. 250-257.

> Casi todo el mundo lleva un saco a la espalda; esta imagen de hombres, mujeres y jóvenes con un bulto de tela tosca, de yute o cáñamo, no podrá fácilmente olvidarla quien haya visitado la Rusia actual. En muchas personas, especialmente señoras no acostumbradas y de alguna edad, se observa a menudo un gesto de fatiga y dolor que impresiona.[40]

A ello añadía la falta de libertades y la destrucción de los sóviets por el Partido Comunista:

> La necesidad del partido de conservar el Poder ha viciado toda la estructura del régimen, y el comité de fábrica como el Soviet de la aldea, el económico como el político, están plenamente subvertidos; desde el instante en que el grito de asalto de noviembre de 1917, «Todo el poder para los soviets», fue sustituido por todo el poder para el partido comunista...[41]

Y concluía que los principios políticos establecidos, como la dictadura del proletariado, no formaban parte de la cultura socialista, por lo que se debían rechazar. Dicho informe fue apoyado por Pablo Iglesias, y finalmente los socialistas rechazaron su integración en la IC y se sumaron a la Unión de Viena.[42]

Durante todos estos debates dentro del PSOE existían grupos simpatizantes con la revolución rusa, aunque eran un frente muy heterogéneo, con núcleos procedentes de las Juventudes Socialistas, el Grupo Socialista de Madrid o la Escuela Nueva. A nivel nacional defendían el abandono de los pactos con los republicanos, a los que consideraban izquierda burguesa, y apostaban por la incorporación a la IC. Tenían un discurso maximalista, radicalizado, ajeno a la práctica reformista que imperaba en la política socialista.[43]

El choque entre las diversas tendencias era inevitable, y en el Congreso Extraordinario del PSOE de diciembre de 1919, mientras que Julián Besteiro celebraba la reconstrucción de la II Internacional, Daniel Anguiano proponía el ingreso en la IC. Entre tanto, las Juventudes Socialistas (14-18 de diciembre de 1918) votaban por la adhesión incondicional a la III Internacional. Dentro del

40 Ríos, Fernando. *Mi viaje a la Rusia sovietista*. Madrid: Alianza, 1970, pp. 52-53.

41 *Ibid.,* p. 199.

42 Fundada el 27 de febrero de 1921, fue también conocida como Internacional Dos y medio. Estuvo formada por diez partidos socialistas, entre los que se encontraban la USPD (Alemania), SFIS (Francia) y el Partido Laborista Independiente (Reino Unido).

43 Erice, Francisco. «El impacto de la revolución rusa en el movimiento obrero español: el surgimiento del PCE». En Andrade, Juan y Hernández Sánchez, Fernando (eds.), *1917. La Revolución...*, *op. cit*., pp. 331-356.

partido se constituía un Grupo pro III Internacional compuesto, entre otros, por Anguiano, Virginia González, Núñez Arenas y García Cortes.

Los jóvenes más impacientes por la lentitud del PSOE decidieron, el 15 de abril de 1920, crear el Partido Comunista Español.[44] De los 7.000 afiliados que tenían las Juventudes Socialistas, tan solo 2.000 pasan a formar parte del nuevo partido. En esta coyuntura, y en un nuevo congreso extraordinario, los terceristas lograron un avance, sin desplazar a Pablo Iglesias de la presidencia, al conseguir la mayoría en la dirección con Daniel Anguiano en la secretaría y Antonio García Quejido como vicepresidente. Pero las derrotas de los terceristas fueron continuas y acabaron por perder la dirección del partido en Madrid, a la vez que la UGT se adscribía a la Federación Sindical de Ámsterdam. Por último, tras el decisivo informe de Fernando de los Ríos, se descartó definitivamente la posibilidad del triunfo de los favorables a la IC.

A los terceristas ya solo les quedaba un camino: salirse del PSOE y constituir un nuevo partido comunista, el Partido Comunista Obrero Español (PCOE). Así pues, la crisis del PSOE se saldó con dos nuevos partidos, denominados comunistas, cuyo rasgo más sobresaliente fue su debilidad, escasa implantación territorial y radicalización en sus planteamientos políticos.

El Partido Comunista Español y el PCOE tenían escasos afiliados, entre 4.000 y 5.000 cada uno, cuando iniciaron su andadura. A partir de dicho momento, el número de militantes se fue reduciendo y, cuando se produjo la fusión de ambos grupos en marzo de 1922, el nuevo Partido Comunista de España (PCE) contaba con unos 6.500 militantes.

El PCE era la sección del Comintern más débil; por ejemplo, el Partido Comunista Francés llegó a contar, a comienzos de los años veinte, con 200.000 militantes. Esa debilidad se intensificó aún más debido a la represión sufrida durante la dictadura del general Primo de Rivera. La clandestinidad reforzó los rasgos de «radicalización y sectarismo» y situó al PCE en la marginalidad.

Como afirmaba Juan Andrade, uno de los fundadores del Partido Comunista de España, en 1927 el PCE no existía en España. Su peso electoral a partir de 1931 fue marginal; en las elecciones municipales del 12 de abril tan solo obtuvieron un alcalde, en la segunda vuelta, en una pequeña localidad de Toledo (La Villa de Don Fadrique). En las elecciones legislativas de 1933 consiguieron un escaño por Málaga, y en las elecciones del Frente Popular en 1936 lograron 17 escaños, lo que representaba el 3,5% del total de diputados. Por tanto, su peso electoral fue muy pequeño; su peso político aumentó un tanto, pero

44 Cruz, Rafael. *El Partido Comunista de España y la II República*. Madrid: Alianza, 1987.

fue siempre escaso, muy condicionado por la hegemonía que los socialistas mantenían en la izquierda y por estar subordinados a los dictados de Moscú.[45]

Los rasgos distintivos del PCE durante la II República fueron una creciente radicalización, justificada en la necesidad de ocupar un espacio político que desplazase hacia la derecha a los socialistas y en el ascenso del fascismo. Una actividad marcada por el voluntarismo, el activismo y la propaganda, que cada vez era más efectiva pero tenía límites en cuanto a su repercusión práctica. Su militancia, aunque fue creciendo, no fue importante. Habría que esperar a la guerra civil para que el PCE adquiera un mayor protagonismo gracias a la URSS.

La presencia de la URSS en España fue en aumento durante la República, con su reconocimiento y el establecimiento de relaciones diplomáticas, aunque hubo que esperar a la guerra civil (1936-1939) para hacer efectivo el intercambio de embajadores. También se fue mejorando la imagen de la URSS con libros como los de Ramón J. Sender, que describían la extensión de los «derechos de los pueblos de Rusia» y las mejoras en la cultura y en la educación.[46] A ello se añadía la labor propagandística llevada a cabo por dirigentes del PCE, como Dolores Ibárruri (la Pasionaria) o José Díaz, el secretario general del partido, que consideraban a la URSS como el ejemplo que se debía seguir.[47]

45 Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta. *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España*. Barcelona: Planeta, 1999.

46 Sender, Ramón J. *Madrid – Moscú. Notas de viaje (1933-1934).* Madrid: Juan Pueyo, 1934, pp. 145-146.

47 Díaz, José. *Tres años de lucha. Por el Frente. Por la libertad. Por la independencia de España*. París: Colección Ebro, 1970.

La última aventura del zarismo: Rusia y la Primera Guerra Mundial

Alberto Pellegrini
Universitat de Barcelona

Son las primeras horas de un caluroso día estival en la región de Volinia, en la que es la actual Ucrania occidental, entre los pantanos de Pripet y las primeras estribaciones de los montes Cárpatos. En aquellos páramos —en los que pocas ciudades, como Lutsk o Ternópil, se encuentran aisladas en medio de las vastas llanuras—,[1] decenas de miles de soldados rusos, bien equipados y bien dirigidos, llevan días avanzando desde oriente bajo el ensordecedor estruendo de los cañones, en el marco de una operación bélica de una magnitud nunca vista hasta la fecha en la región. Por su parte, sus desventurados enemigos germánicos, cuando no están siendo aplastados por el implacable martilleo de la artillería o por las acertadas descargas de fusilería, se están rindiendo masivamente, o están huyendo hacia occidente en una fuga desesperada, después de padecer una derrota de proporciones catastróficas.

Tal vez, la imagen que acabamos de describir podría dar la impresión, a algunos de los lectores más interesados en la historia militar del siglo xx, de que nos encontráramos en el marco de las colosales operaciones bélicas de la Segunda Guerra Mundial en el frente oriental, durante el enfrentamiento entre la Wehrmacht nazi y el Ejército Rojo soviético. En este caso específico, las referencias geográficas apuntarían a la Ofensiva Leópolis-Sandomierz, de julio de 1944, cuando las tropas de Iván Konev lograron derrotar de forma aplastante a sus enemigos, hasta alcanzar el río Vístula.

Y, a pesar de las referencias, dicha impresión se revelaría falsa. El año es 1916, no 1944, y el conflicto no es la Segunda Guerra Mundial, sino la Primera. Los rusos que avanzan desde oriente no son soldados del Ejército Rojo, sino del Ejército Imperial Ruso, y no los lidera Konev, sino Aleksei Brusilov; por su parte, sus adversarios no son integrantes de la Wehrmacht, sino del Ejército

1 En el texto se ha procurado transliterar los topónimos según la versión más utilizada en los años de la Primera Guerra Mundial: así, por ejemplo, se hablará de Königsberg y no de Kaliningrad. En contados casos, para mayor facilidad de lectura, se dejarán algunos topónimos en castellano si existe su traducción: así hablaremos de Leópolis y no de Lemberg.

austrohúngaro, que, una vez más, está experimentando en sus propias carnes todo el peso del «rodillo» ruso.

Sin embargo, justo un año después del mencionado triunfo contra los austrohúngaros, el mismo victorioso ejército se disgregaba en medio del caos revolucionario, con miles de soldados más preocupados por ocupar las tierras de los aristócratas que por seguir luchando contra los imperios centrales. Mientras las deserciones, estimuladas también por la incesante propaganda de los bolcheviques, desintegraban la ya baja moral de los combatientes, el colapso del frente interno —especialmente en la hambrienta capital imperial— frustraba los últimos intentos del gobierno provisional republicano por mantener Rusia dentro del conflicto en nombre de la solidaridad con los aliados de la Entente y de una nueva vocación democrática y revolucionaria de la guerra.

La descomposición de las fuerzas armadas rusas en 1917, de hecho, acostumbra ser uno de los elementos ineludibles en cualquier relato acerca de la revolución rusa, una revolución que —en muchas interpretaciones historiográficas— se habría visto facilitada por los fracasos militares y por las colosales pérdidas humanas en el marco de la trágica participación en la Primera Guerra Mundial. Como consecuencia, la imagen de un ejército ruso capaz de obtener consistentes victorias, y de un Estado que, a pesar de todo, logra abastecer y armar a millones de hombres aún en 1916, no encaja demasiado bien con la visión estereotipada de una Rusia zarista cuyo colapso definitivo, según algunos, empezaría con la fatídica entrada en el conflicto en el verano de 1914.

El problema de fondo, a nuestra manera de ver, radica en el limitado interés historiográfico que, a lo largo de muchas décadas, ha despertado la Gran Guerra en el frente oriental y, en el caso específico, la participación rusa en la contienda: la «guerra desconocida», según la célebre definición de Winston Churchill, ha sido siempre poco entendida y aún menos investigada.[2] Así, en la historiografía soviética, la guerra del zarismo contra los imperios centrales, a menudo tachada de aventura imperialista, servía casi exclusivamente de preludio a los mucho más relevantes acontecimientos revolucionarios; por otra parte, los historiadores occidentales solían dedicar a los grandes combates del Este europeo un espacio bastante reducido en sus obras, mientras que se concentraban en la lucha de trincheras y en los baños de sangre del frente occidental. No es, pues, de extrañar que, aún hoy en día, los nombres de Verdún,

2 Churchill, Winston. *The unknown war: The Eastern Front*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1931.

el Somme y el Marne resulten familiares a millones de personas, que en cambio difícilmente han oído hablar de Przemyśl, Gorlice-Tarnów o Gumbinnen.

Por suerte, en los últimos años, esta tendencia se ha revertido —cuanto menos en parte—, y los especialistas occidentales se han mostrado capaces de articular un discurso historiográfico más coherente y argumentado, y menos ligado a los estereotipos, acerca de la participación rusa en la Primera Guerra Mundial.[3] Al mismo tiempo, también los historiadores rusos se han desmarcado de las interpretaciones pasadas y estudian con vigor los aspectos de dicha participación para contribuir al debate historiográfico internacional, como en el caso de la controversia acerca de los orígenes de la contienda.[4] Sin embargo, como ha señalado de manera acertada Victor Jeifets en un reciente artículo, el estudio de la Gran Guerra rusa se mueve todavía entre dos peligros: la persistente amenaza del olvido y, contemporáneamente, la aparición de nuevos mitos historiográficos —surgidos tanto entre los académicos como en la sociedad— que dificultan desentrañar la complejidad de este tema.[5]

Por esta razón, consideramos oportuno, en el breve espacio de esta contribución, trazar un relato de la participación rusa en la Primera Guerra Mundial que permita definir con cierta precisión en qué consistió dicha intervención y cómo se llevó a cabo entre 1914 y 1917. Nos centraremos, entonces, en las operaciones militares en las que se vieron involucradas las fuerzas armadas rusas, y en las dinámicas diplomáticas que —a partir de los días de la crisis de julio de 1914— guiaron la intervención de Rusia en el conflicto; prescindiremos, sin embargo, de un detallado análisis de la evolución del frente interior, así como de las grandes consecuencias sociales y económicas del conflicto que la guerra ocasionó a la población, ya que dichas temáticas han gozado siempre de mayor relevancia historiográfica en cuanto introducción necesaria a los acontecimientos revolucionarios de 1917.

3 Para un resumen de las últimas tendencias historiográficas rusas y occidentales, véase Cigliano, Giovanna, «La Russia nella Prima guerra mondiale: percorsi della storiografia russa e anglo-americana sul fronte orientale», *Ricerche di Storia Politica*, año 18, núm. 3, diciembre de 2015, pp. 303-321.

4 Véase Sanborn, Joshua A. «Russian historiography on the origins of the First World War since the Fischer controversy». *Journal of Contemporary History*, vol. 48, núm. 2, abril de 2013, pp. 350-362.

5 Jeifets, Victor. «Reflexiones sobre el centenario de la participación rusa en la Primera Guerra Mundial: entre el olvido histórico y los mitos modernos». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 42, núm. 2, 2015, p. 185.

Rusia y la crisis de julio

Uno de los puntos más discutidos en el estudio de la participación rusa en la Primera Guerra Mundial ha sido siempre el de la responsabilidad de San Petersburgo en el desencadenamiento del conflicto, y del papel desempeñado por el gobierno zarista a lo largo de la crisis de julio de 1914. Es cierto que, en el marco del infinito debate acerca de las causas de la Gran Guerra, la mayor parte de los historiadores sigue siendo hoy propensa a señalar las culpas de Alemania y de Austria-Hungría, y en menor grado de Serbia, en la cadena de decisiones que llevaron el continente a la catástrofe. De hecho, después del atentado de Sarajevo del 28 de junio, los alemanes garantizaron a sus aliados austríacos, el 6 de julio, el famoso «cheque en blanco» para el castigo de Serbia, y fueron también los alemanes los que abrieron las hostilidades contra Rusia y contra Francia;[6] por su parte, el gobierno de Viena, estimulado por halcones como Franz Conrad, su jefe del Estado Mayor, envió a Belgrado un ultimátum inaceptable para poder así acabar con la amenaza de sus agresivos vecinos;[7] y, finalmente, tampoco pueden olvidarse las maquinaciones de Serbia y de sus intrigantes gobernantes a lo largo de los meses anteriores a la crisis y, sobre todo, en la preparación del fatídico atentado.[8]

Sin embargo, en los últimos años otros especialistas —sin olvidarse del papel desempeñado por alemanes, austríacos y serbios— han puesto el acento en las relevantes responsabilidades de los políticos rusos en los treinta días que transcurrieron entre el atentado de Sarajevo y el inicio de las hostilidades; unas responsabilidades que, según dichos especialistas, podrían garantizar a Rusia un sitio entre los «sospechosos habituales» siempre mencionados a la hora de individuar al culpable del desastre.[9] Estas nuevas interpretaciones, a pesar de

6 La tesis de la responsabilidad alemana en el inicio de la Primera Guerra Mundial ha sido ampliamente estudiada por Fritz Fischer. Véase Fischer, Fritz. *Germany's aims in the First World War*. Nueva York: W. W. Norton, 1967. Más recientemente, también Max Hastings ha indicado que Alemania «merece casi toda la culpa» del conflicto: Hastings, Max. *1914 El año de la catástrofe*. Barcelona: Crítica, 2013, p. 141.

7 Véase, por ejemplo, Stevenson, David. *1914-1918: The history of the First World War*. Londres: Penguin, 2005, pp. 10-11 y 15. Para un exhaustivo análisis de las aproximaciones historiográficas a la responsabilidad austríaca en el inicio de la Gran Guerra, véase Williamson, Samuel R. «Austria and the origins of the Great War: A selective historiographical survey». En Bischof, Günther; Karlhofer, Ferdinand y Williamson, Samuel R. (eds.). *1914: Austria-Hungary, the origins, and the first year of World War I*. Nueva Orleans: UNO Press, 2014, pp. 21-33.

8 Las responsabilidades serbias han sido subrayadas, entre otros, por Christopher Clark: Clark, Christopher. *I sonnambuli. Come l'Europa arrivò alla Grande Guerra*. Roma-Bari: Laterza, 2013, cap. 1.

9 Dicha interpretación ha sido desarrollada sobre todo por el británico Dominic Lieven y, de forma bastante más polémica, por el norteamericano Sean McMeekin; en España ha sido retomada,

haber sido discutidas y, a veces, incluso criticadas, han tenido el mérito de poner bajo los focos de la historiografía todas las ambigüedades, las incertidumbres y los errores de perspectiva que caracterizaron la toma de decisiones del grupo dirigente zarista en el verano de 1914, así como la fundamental importancia revestida por Rusia en todas las complejas dinámicas que llevaron al continente a la guerra, una guerra que, en palabras de Dominic Lieven, «was first and foremost an eastern European conflict».[10]

Si examinamos la actitud del gobierno de San Petersburgo a lo largo de la crisis de julio, merece la pena destacar algunos puntos fundamentales para poder entender la dinámica de las acciones rusas y sus causas. En primer lugar, cabe señalar la apreciable incoherencia que caracterizaba, en general, a la política exterior rusa ya en los últimos años y meses de paz. Rusia, con su enorme extensión territorial, sus colosales recursos naturales, su población en fuerte aumento y su reciente —y acelerado— crecimiento económico, formaba parte del selecto grupo de las grandes potencias europeas, y sus dirigentes eran del todo conscientes de ello. No es de extrañar que la mayor parte de los políticos zaristas albergara importantes ilusiones respecto al destino de su país: los más prudentes deseaban mantener las posiciones conquistadas —aprovechándose de un *statu quo* diplomáticamente favorable obtenido gracias a la alianza con Francia y Gran Bretaña— para seguir fortaleciendo el imperio; al mismo tiempo, otros dirigentes, más ambiciosos se mostraban proclives a llevar a cabo una agresiva política expansionista que diera satisfacción a las tradicionales aspiraciones rusas en áreas fundamentales en cuanto a estrategia como los Balcanes y el imperio otomano.

Por otro lado, estas ambiciones convivían con un persistente temor, rasgo distintivo de la política exterior de Rusia a lo largo de su historia: el miedo a perder el rango de gran potencia y a verse superada y amenazada por el ascenso de otros países (sobre todo, Alemania, cuya creciente penetración en los territorios otomanos despertaba los peores temores). Este miedo, incrementado por algunos recientes fracasos militares y diplomáticos —desde la derrota contra Japón en la guerra de 1905 a la humillación padecida en la crisis de Bosnia de 1908—,[11] reflejaba la conciencia, evidente para muchos dirigentes zaristas, de la debilidad del país respecto a sus potenciales rivales europeos.

---

entre otros, por Francisco Veiga y Pablo Martín. Véanse Lieven, Dominic. *Towards the flame: empire, war and the end of tsarist Russia*. Londres: Penguin, 2016; McMeekin, Sean. *The Russians origins of the First World War*. Cambridge-Londres: Harvard University Press, 2011, pp. 41-75; Veiga, Francisco y Martín, Pablo. *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*. Madrid: Catarata, 2014, pp. 24-32.

10 Lieven, Dominic. *Towards the flame...*, *op. cit*., p. 2.

11 Sobre la crisis de Bosnia y las reacciones rusas, véase MacMillan, Margaret. *1914. De la paz a la guerra*. Madrid: Turner, 2013, pp. 516-526.

En esta delicada coyuntura, resultaron también decisivas, a lo largo de la crisis de julio, las ambigüedades del undívago e intrigante ministro de Exteriores ruso Sazonov. Este se veía constreñido entre el miedo a un conflicto generalizado —que muchos políticos, como el mismo zar Nicolás II, no deseaban, y para el que no creían que Rusia estuviera suficientemente preparada— y las ambiciones de los halcones, más favorables a una guerra europea que, actuando también como factor de cohesión interna, pudiera reafirmar el estatus de gran potencia del país, y que permitiera revitalizar el expansionismo imperial a expensas, entre otros y sobre todo, del imperio otomano (cuya capital, Constantinopla, representaba, desde hacía tiempo, el objeto del deseo de los nacionalistas más codiciosos).[12] Si añadimos a este cuadro la presión ejercida sobre el gobierno ruso por la prensa más chovinista, que favorecía la difusión de sentimientos antialemanes entre la población, y el papel desempeñado por el embajador zarista en Belgrado, el fanáticamente filoserbio Nicholas Hartwig, nos percataremos de la complicada situación en la que se hallaban los hombres que, por último, conducirían a Rusia al abismo; unos hombres que, al igual que muchos de sus colegas europeos, actuaron de forma inconsciente y finalmente suicida —como sonámbulos, según la feliz definición de Christopher Clark— en los días que precedieron a la catástrofe.

De hecho, en aquellas decisivas jornadas de principios de verano, la actitud de San Petersburgo fue fundamental en la preparación del desastre: si bien no existen pruebas fehacientes de que Rusia conspirara de manera abierta en contra de la paz, lo cierto es que se pueden hallar indicios suficientes de la importante contribución rusa al cortocircuito generalizado de la diplomacia europea. Rusia, que quizá pudo enterarse —por sus servicios secretos— del complot de Sarajevo, y que no pareció mostrarse demasiado afligida por el asesinato del heredero austríaco, no solo no intentó rebajar casi nunca la tensión actuando de forma conciliadora entre Viena y Belgrado, sino que también dio repetidas muestras de inflexibilidad, especialmente cuando conoció los duros términos del ultimátum austríaco a Serbia. En la visita oficial del presidente francés Poincaré a San Petersburgo, el 20 de julio, rusos y franceses adoptaron un tono desafiante y agresivo, reafirmaron la solidez de su alianza y se mostraron muy poco comprensivos hacia las exigencias de Viena, que todos intuían deseosa de aplastar a su rival.[13]

12 Para algunos dirigentes rusos, como el jefe de la inteligencia militar Yuri Danilov, «el camino por Constantinopla pasaba por Viena y por Berlín». Véase McMeekin, Sean. *The Russians origins...*, *op. cit.*, p. 26. Merece la pena subrayar que, en muchos documentos rusos, la capital otomana era conocida con el evocativo nombre de «Zargrado», la ciudad del zar.

13 Clark, Christopher. *I sonnambuli...*, *op. cit.*, pp. 479-487. Es interesante recordar que no se han encontrado nunca las actas oficiales relativas a la visita de Poincaré a San Petersburgo.

Convencidos de la inminencia de un conflicto entre Austria-Hungría y Serbia, y temerosos de padecer una nueva humillación diplomática si no hubieran actuado con intransigencia ante el ultimátum enviado a un país que gozaba de las simpatías de la opinión pública, los políticos rusos adoptaron, el 24 de julio, una decisión trascendental, apostando por la premovilización de sus fuerzas armadas. Dicha decisión, impulsada por Yanushkevich, jefe del Estado Mayor, y apoyada por un Sazonov que había vencido sus anteriores titubeos, se ratificó en el consejo ministerial celebrado el día siguiente, con lo que se inició el «período preparatorio a la guerra» contemplado por los planes militares, y fue clave para convertir la disputa austro-serbia en un enfrentamiento internacional entre grandes potencias.[14] Los políticos rusos, víctimas de la implacable lógica militar de las movilizaciones —unos mecanismos que, una vez puestos en marcha, no se podían desactivar— y atrapados entre el miedo y la ambición, no supieron ver que con su resolución habían dado un paso determinante hacia el precipicio, y habían ofrecido una excusa perfecta a Alemania para presentar a Rusia como agresor.[15] Llegados a este punto, y mientras Austria y Serbia empezaban oficialmente las hostilidades el 28 de julio, de nada sirvieron las últimas vacilaciones ni el famoso intercambio de cartas entre Nicolás II y su primo el káiser Guillermo: el 1 de agosto, Rusia se hallaba en estado de guerra contra Alemania.[16]

Desilusión: la guerra rusa en 1914

A pesar de las precedentes incertidumbres, el inicio del conflicto en Rusia, como también en los otros países europeos, fue acompañado por el optimismo y por el fácil entusiasmo, compartido también por parte de la población y estimulado por la propaganda:[17] como apunta Orlando Figes, «in those first heady weeks of August there was every outward sign of ralliement».[18] Los dirigentes políticos y militares pensaban en una guerra rápida, que se solucionaría

14 Hart, Peter. *La Gran Guerra (1914-1918. Historia militar de la Primera Guerra Mundial)*. Barcelona: Crítica, 2013, pp. 47-48.

15 Para la actitud rusa durante la crisis de julio, véase Lieven, Dominic. *Towards the flame...*, *op. cit.*, pp. 313-342.

16 Aunque no, de momento, contra Austria-Hungría. Curiosamente, Viena declaró la guerra al imperio ruso solamente unos días después, el 6 de agosto, cuando los combates ya habían empezado en toda Europa.

17 Sobre la propaganda de guerra rusa, véase Jahn, Hubertus F. *Patriotic culture in Russia during World War I*. Ithaca: Cornell University Press, 2005.

18 Figes, Orlando. *A people's tragedy. The Russian Revolution 1891-1924*. Nueva York: Penguin, 1998, p. 251.

con pocas batallas decisivas y que acabaría antes de la Navidad: el colosal tamaño de las fuerzas armadas zaristas, con sus casi cuatro millones de hombres movilizados en los primeros días de guerra, hechizaba tanto a sus enemigos como a sus aliados —que imaginaban la «apisonadora rusa» abriéndose paso hacia el corazón de Europa— y hacía suponer un simple paseo militar hasta Berlín.[19]

Desafortunadamente para Rusia, ninguno de sus líderes —al igual que nadie en los demás países beligerantes— había logrado entender la naturaleza de los modernos conflictos industriales, caracterizados por la presencia de nuevas armas destructivas (como las ametralladoras) que concedían una decisiva superioridad a la defensa incluso en caso de inferioridad numérica respecto al atacante. Asimismo, nadie se había percatado de la relevancia de los problemas logísticos causados por la necesidad de abastecer y alimentar a colosales masas de combatientes; así como tampoco nadie se había fijado en la importancia de disponer de suficientes reservas humanas y materiales para sacar provecho de las eventuales ventajas iniciales derivadas de la superioridad numérica. Todos estos errores se revelaron bastante graves para el ejército de Nicolás II, que, si bien monumental en tamaño, adolecía de graves defectos estructurales que comprometían seriamente su capacidad combativa. El tan temido «rodillo ruso» estaba formado por una gran cantidad de soldados sin apenas instrucción ni entrenamiento que, en algunos casos, carecían incluso del equipamiento básico para la guerra; la artillería pesada —cuyo papel, en más de una ocasión, resultaría decisivo a lo largo de los sucesivos combates— destacaba por su escasez;[20] las reservas de materiales eran muy limitadas; las líneas de comunicación telefónicas, casi inexistentes; y la red de ferrocarriles, demasiado caótica y mal organizada para transportar reemplazos y abastecimientos a las tropas de primera línea.[21] Por si todo esto no fuera suficiente, los comandantes militares de este coloso con pies de barro brillaban por su incompetencia, su ancianidad y su incapacidad;[22] en palabras de Barbara W. Tuchman, la oficialidad rusa estaba repleta de

19 Sanborn, Joshua A. *Imperial Apocalypse. The Great War and the destruction of the Russian empire*. Oxford: Oxford University Press, 2014, p. 23.

20 En los años anteriores a 1914, y bajo fuertes presiones del mismo zar, Rusia había destinado grandes presupuestos a la reconstrucción de su flota del Báltico, por lo que tuvo que posponer la prevista modernización de la artillería. Véase Lieven, Dominic, *Towards the flame...*, *op. cit.*, p. 103.

21 Para un análisis del ejército ruso a la vigilia de la guerra, véase Stone, David R. *The Russian Army in the Great War: The Eastern Front, 1914-1917*. Lawrence: Kansas University Press, 2015, pp. 32-53.

22 La oficialidad zarista ha sido analizada en profundidad en Steinberg, John W. *All the tsar's men. Russia's general staff and the fate of the empire, 1898-1914*. Baltimore: Johns Hopkins University Press; Washington D.C.: Woodrow Wilson Center Press, 2010.

> [...] generales ya viejos, cuyo ejercicio intelectual más pesado era jugar a los naipes, y que para salvar su prestigio y posiciones en la corte eran mantenidos en el Ejército sin pasar a la reserva, a pesar de su falta de actividad. Los oficiales eran nombrados y ascendidos por recomendación, social o financiera, y aunque entre ellos había soldados valientes y capaces, el sistema que imperaba impedía que fueran los mejores los que ocuparan los cargos de mayor responsabilidad.[23]

Para empeorar las cosas, los planificadores militares rusos —ante la necesidad de luchar simultáneamente contra Alemania y Austria-Hungría— se enfrentaban a una serie de importantes dilemas estratégicos. La lógica militar habría aconsejado concentrar el grueso de las fuerzas zaristas contra el más débil ejército austríaco, para asestarle así un golpe devastador ya en las primeras fases de la guerra y evitar al mismo tiempo la invasión de Serbia por las tropas de Viena; en cuanto a Alemania, los planes concebidos en un principio sugerían un planteamiento defensivo, incluso con una posible retirada del saliente polaco (cuya posición estratégica se antojaba difícilmente defendible). Sin embargo, la lógica militar entraba en conflicto con los imperativos diplomáticos: sabiendo que, al inicio de la guerra, Alemania habría dirigido el grueso de sus fuerzas contra Francia, adoptando, en cambio, una actitud defensiva en su frontera oriental, las exigencias de la Entente franco-rusa dictaban que los soldados zaristas habrían tenido que acudir en auxilio de su aliado, lanzando una dura ofensiva también contra los alemanes. Así las cosas, en el verano de 1914, la Stavka, el alto mando ruso, optó por seguir una variante del plan elaborado en 1910, con una división de sus fuerzas que destinaba dos ejércitos —el I y el II— a la invasión de la poco defendida Prusia Oriental, y cuatro más —el III, el IV, el V y el VIII— alineados a lo largo de la frontera austríaca y preparados para el ataque a Galitzia: por desgracia para los rusos, esta decisión contribuiría de forma decisiva a los desastres sucesivos.[24]

No obstante, al principio de las operaciones, Rusia pareció poder conseguir sus ambiciosos objetivos, especialmente en Prusia Oriental. El VIII ejército alemán de Prittwitz —después de una victoriosa escaramuza inicial en Stallüponen— se lanzó al ataque del I ejército ruso de Rennenkampf, quien había empezado la invasión del territorio enemigo desde el este con más rapidez que

23 Tuchman, Barbara W. *Los cañones de agosto. Treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo*. Barcelona: Península, 2004, p. 98.

24 Sobre la planificación militar rusa antes del conflicto, véase Sergeev, Evgenii Iur'evich. «Prewar military planning (Russian Empire)». En *1914-1918-online. International Encyclopedia of the First World War* [online], Berlín: Freie Universität Berlin, 2014 [último acceso: 22-02-2018]. encyclopedia.1914-1918-online.net/article/pre-war_military_planning_russian_empire?version=1.0.

en las previsiones. En la batalla de Gumbinnen del 20 de agosto, a pesar de las carencias en las municiones de artillería, los 200.000 hombres de Rennenkampf detuvieron el ataque alemán y forzaron una imprevista retirada de Prittwitz, en la que fue la primera victoria rusa en la guerra.[25]

Este combate inicial tuvo importantes consecuencias tanto a nivel moral como a nivel estratégico para ambos contendientes. Gumbinnen desencadenó el pánico en la cúpula militar alemana, que por un momento vislumbró la posibilidad de abandonar a los invasores todo el territorio de Prusia Oriental, retirándose detrás del Vístula y cediendo la importante plaza de Königsberg; por otra parte, la victoria del 20 de agosto elevó de forma notable la moral rusa, y pareció reafirmar las convicciones acerca de un fácil triunfo. Aún más importantes fueron, sin embargo, las consecuencias estratégicas. Ante la terrible opción de perder el territorio prusiano, el jefe del Estado Mayor alemán, Von Moltke, sustituyó al conmocionado Prittwitz por los hombres que se convertirían en la pesadilla de los rusos en los años siguientes, Ludendorff y Von Hindenburg. Los nuevos comandantes descartaron la retirada y se prepararon para enfrentarse a los rusos, mientras Moltke decidía retirar algunas fuerzas del frente occidental para que acudieran en auxilio del VIII ejército. Esta decisión, por mucho tiempo considerada fundamental —por haber retrasado el avance alemán en Francia y, en definitiva, por haber permitido la victoria aliada en el Marne—, careció de importancia operacional efectiva: los cuerpos enviados llegaron demasiado tarde para contribuir de manera significativa a la posterior batalla de Tannenberg, y el fracaso alemán en Occidente se debió sobre todo a la excesiva ambición del original plan Schlieffen. Por la parte rusa, la invasión de Prusia siguió adelante, ahora con el II ejército de Samsonov, que avanzaba con sus 230.000 hombres desde el sur. A pesar de no contar con el apoyo de Rennenkampf, cuyo avance prácticamente se había detenido y se encontraba separado del II ejército por la región de los lagos Masurianos, el comandante en jefe del frente noroccidental ruso, Zhilinskiy, presionó a Samsonov —quien también deseaba su cuota de gloria militar— para que acabara de destrozar a las fuerzas germánicas en Prusia Oriental.

Por desgracia para los rusos, el II ejército distaba mucho de ser una fuerza organizada de manera coherente y lista para enfrentarse a unos alemanes tácticamente mucho más ágiles: los cuerpos que lo integraban marchaban de forma lenta y descoordinada, la red logística era deficitaria y las comunicaciones insuficientes y a menudo no encriptadas. Así, cuando los alemanes interceptaron

25 Hastings, Max. *1914...*, *op. cit.*, p. 313.

dichas comunicaciones y se enteraron de la falta de coordinación entre los ejércitos invasores, volvieron a desplegar sus efectivos tendiendo una trampa perfecta a Samsonov, quien pensaba dirigirse hacia una fácil victoria.[26] El destino del II ejército ruso se cumplió entre el 26 y el 30 de agosto, en la que se dio a conocer como la batalla de Tannenberg: Samsonov y sus hombres fueron rodeados y más tarde aniquilados por la magistral maniobra ideada por Hindenburg, Ludendorff y, sobre todo, por el inteligente jefe de Estado Mayor del VIII ejército, Max Hoffmann. Al finalizar la batalla, el ejército de Samsonov —quien se suicidó en la noche entre el 29 y el 30 de agosto— había dejado de existir como fuerza de combate, después de perder a más de 170.000 hombres, y los rusos habían padecido una derrota de manual que frustró su plan de invasión del territorio alemán (que no volverían a pisar en el resto del conflicto) y que lastró de gravedad la confianza de sus comandantes, a pesar de ser convenientemente ocultada a los aliados francobritánicos.[27]

Pocos días después, para acabar por completo con la amenaza que se cernía sobre sus regiones orientales, Alemania se dispuso a enfrentarse también a las fuerzas de Rennenkampf, detenido ante las defensas de Königsberg. En una serie de combates que recibieron el nombre de primera batalla de los lagos Masurianos, entre el 7 y el 14 de septiembre, los alemanes hicieron valer, una vez más, su mayor habilidad táctica e infligieron graves pérdidas a los rusos. Ante la posibilidad de verse rodeado, Rennenkampf optó por retirarse del todo de Prusia Oriental, y únicamente la velocidad de su repliegue lo salvó de la destrucción total. Así, para finales de septiembre, la invasión rusa de Alemania, que en un principio había despertado tantos temores en Berlín, se había saldado con un absoluto fracaso ruso: más de 250.000 bajas totales, la destrucción completa del frente noroccidental, y la poco halagüeña perspectiva de tener que enfrentarse a unos enemigos mucho más fuertes, rápidos y entrenados en los combates que seguirían.

Si la moral rusa no se vino abajo por entero tras Tannenberg, y si los aliados occidentales siguieron albergando cierta confianza en la capacidad combativa de los ejércitos de Nicolás II, se debió en buena parte al desarrollo de las operaciones en el otro sector del frente oriental, donde las fuerzas zaristas se enfrentaban a los soldados austrohúngaros en Polonia meridional y Galitzia. En

26 Walsh, Stephen. «The Russian Army and the conduct of operations in 1914». *British Journal for Military History*, vol. 2, núm. 2, febrero de 2016, pp. 74-77.

27 Stone, Norman. *The Eastern Front 1914-1917*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1975, pp. 63-67. Sobre la batalla de Tannenberg, véase también el más reciente Sweetman, John. *Tannenberg 1914*. Londres: Cassell, 2002.

un frente muy extenso, caracterizado por la dispersión de las tropas y la carencia de líneas de comunicación adecuadas, el inepto jefe de Estado Mayor austríaco Conrad decidió emprender la invasión de la Polonia rusa con dos de sus ejércitos —el I y el IV— sin consultar su estrategia con su aliado alemán. Los austríacos, a finales de agosto, lograron obtener algunos éxitos parciales (en Kraśnik y Komarów), ayudados también por la incompetencia de los mandos zaristas, ejemplificada por los contrastes entre la Stavka, liderada por el gran duque Nicolás, y el comandante en jefe del frente suroccidental, Nikolai Ivanov.

Sin embargo, Conrad se mostró aún más incapaz que sus rivales: después de haber ya dividido sus fuerzas iniciales, ordenándoles atacar simultáneamente a Serbia y Rusia, el líder austríaco, envalentonado tras el primer avance de sus soldados hacia el norte, forzó su III ejército y el Grupo Kovess a moverse hacia el este, donde fueron vapuleados por el VIII ejército ruso de Brusilov y el III de Ruzsky en Gnila Lipa.[28] Frente a la dramática situación que se creó en su flanco oriental, con los rusos entrando en Leópolis (la cuarta ciudad del imperio) el 3 de septiembre, Conrad cometió otro error garrafal retirando sus fuerzas septentrionales, al creer erróneamente que el V ejército enemigo de Plehve había sido derrotado del todo. El resultado fue otro desastre: en la batalla de Rawa Russka, Plehve y sus hombres obtuvieron una decisiva victoria que hizo colapsar las líneas austríacas en Galitzia, y que llevó a la ocupación rusa de toda la provincia.[29]

Así, en la menos conocida y estudiada de las tres grandes campañas terrestres que caracterizaron la guerra en 1914 (las otras dos son la del Marne y la de Prusia Oriental), los rusos lograron conseguir una victoria de considerable envergadura que hizo olvidar por un momento el desastre de Tannenberg. El ejército zarista había padecido tremendas pérdidas humanas y materiales —casi 250.000 bajas— en la campaña de Galitzia, pero había mostrado una discreta capacidad combativa y había sabido reaccionar a tiempo ante las primeras dificultades, sobre todo gracias al hábil liderazgo de algunos de sus comandantes, como Plehve y Brusilov. Por su parte, Austria-Hungría había recibido un golpe devastador del que nunca se recuperaría por completo, al haber perdido a sus

28 Para un análisis detallado de la estrategia de Conrad y de sus errores, véase Wavro, Geoffrey. *A mad catastrophe: The outbreak of World War I and the collapse of the Habsburg empire.* Nueva York: Basic Books, 2014.

29 Sobre la caída de Leópolis y la batalla de Rawa Russka, véase Schindler, John R. *Fall of the double eagle: the battle for Galicia and the demise of Austria-Hungary*. Lincoln: Potomac Books, 2015, pp. 213-244.

mejores divisiones y haberse visto obligada a ceder a los rusos una parte consistente de su territorio nacional (con graves consecuencias para la población civil, y, de manera especial, para los judíos, víctimas de la brutal violencia de los invasores).[30]

A pesar de todo esto, el buen resultado obtenido ante los austríacos no nos puede hacer prescindir del fracaso general de la ambiciosa estrategia rusa en los primeros meses de la guerra. Según lo previsto por la Stavka, el ejército zarista habría tenido que ejecutar al unísono dos grandes operaciones: en el sur, con un ataque a Galitzia que sucesivamente habría llevado a la irrupción en las llanuras húngaras; y en el norte, con una penetración en el territorio alemán oriental, en teoría poco defendido, que habría permitido obtener una victoria en principio decisiva en la fase inicial del conflicto. Y, sin embargo, ambas opciones se malograron por su excesiva ambición, por la insuficiencia de las fuerzas a ellas destinadas y por los colosales fallos logísticos.[31]

A pesar del consistente triunfo inicial en los combates contra los austríacos, los intentos rusos de penetrar en las líneas enemigas se vieron frustrados con la llegada del otoño: en unas batallas, como la de Limanowa, llevadas a cabo en condiciones climáticas y geográficas especialmente difíciles —que costaron a ambos bandos miles de bajas—, los austríacos lograron rechazar a los soldados zaristas y les obligaron a detenerse en las estribaciones de los Cárpatos, con lo que impidieron tanto la captura de la importante plaza de Cracovia como el avance hacia Hungría. Más al norte, en el centro de Polonia, el recién formado IX ejército alemán, junto con el I ejército austrohúngaro, protagonizaron los enfrentamientos otoñales contra los rusos. En octubre, Hindenburg decidió anticiparse al asalto enemigo previsto contra Silesia lanzando una ofensiva en el sector central del frente; a pesar de la derrota sufrida en la batalla del río Vístula, el ataque logró retardar el enfrentamiento en las provincias alemanas orientales, gracias sobre todo a la destrucción de la red de ferrocarriles alrededor de Varsovia. Más tarde, en una sangrienta batalla cerca de Lodz que acabó sin un claro vencedor, el IX ejército alemán frenó una vez más a los rusos y acabó por estabilizar la línea del frente, con lo que anuló cualquier posibilidad de invasión de Silesia, como mínimo hasta la llegada de la primavera.[32]

30 Kershaw, Ian. *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*. Barcelona: Crítica, 2016, pp. 113-117. Para un cuadro general de la campaña de Galitzia desde la perspectiva austríaca, véase Lein, Richard. «A train ride to disaster: The Austro-Hungarian Eastern Front in 1914». En Bischof, Günther; Karlhofer, Ferdinand y Williamson, Samuel R. (eds.). *1914...*, *op. cit.*, pp. 110-119.

31 Walsh, Stephen. «The Russian Army...», art. cit., pp. 87-88.

32 Sobre la batalla de Lodz, véase Buttar, Prit. *Collision of empires: the war on the Eastern Front in 1914*. Londres: Osprey Publishing, 2014, pp. 356-387.

Rusia había desaprovechado así la oportunidad de conseguir una victoria decisiva, había perdido a cientos de miles de soldados y, sobre todo, había evidenciado una característica que se mantendría constante a lo largo de todo el conflicto en el frente oriental: las fuerzas zaristas estaban más que capacitadas para derrotar a los austríacos, incluso de forma contundente, pero no podían ni sabían vencer a los mucho más hábiles, rápidos y expertos alemanes. No nos ha de extrañar entonces que, en los meses sucesivos, fueran precisamente las fuerzas de Hindenburg y Ludendorff las que se encargarían de asestarles los golpes más duros, con una serie de victorias que, en el verano de 1915, estuvieron a punto de provocar el colapso total de Rusia y arrastraron profundas consecuencias desde un punto de vista político.

Nuevo enemigo, nuevo frente: el Cáucaso, 1914-1915

Cuando, el 29 de octubre de 1914, la armada otomana del mar Negro —obedeciendo al plan concebido por el ministro de la Guerra Enver Pachá y por el almirante alemán Souchon— lanzó una incursión que, sin previo aviso, llevó al bombardeo de una serie de ciudades rusas (entre las cuales se hallan Odesa y Sebastopol), se concretó finalmente la entrada prevista en la guerra del imperio otomano al lado de las potencias centrales, ratificada pocos días después por las declaraciones formales de guerra. El ataque otomano no constituyó ninguna sorpresa para los países de la Entente, pues era una consecuencia lógica del acercamiento diplomático entre Berlín y Constantinopla, y de las políticas llevadas a cabo por los gobernantes turcos en los años previos al conflicto:[33] Alemania llevaba tiempo interesándose por el escenario oriental, en el que había empezado una penetración comercial y económica consistente, y, a los ojos de los líderes otomanos, representaba la única potencia capaz de garantizar la supervivencia del agotado imperio ante las amenazas provenientes de sus agresivos vecinos.[34]

El inicio de las hostilidades contra el imperio otomano fue recibido, en Rusia, con cierta ambivalencia por parte de las autoridades. Por un lado, la guerra contra los turcos se reveló de inmediato popular entre buena parte de la población, lo que contribuyó a reforzar la moral del frente interior justo mientras se iban desvaneciendo las esperanzas de una rápida victoria en las fronteras occi-

33 Reynolds, Michael A. *Shattering empires. The clash and collapse of the Ottoman and Russian empires 1908-1918*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011, pp. 108-113.

34 Strachan, Hew. *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica, 2004, pp. 105-111.

dentales. Además, para muchos de los más agresivos halcones del gobierno, la guerra representaba la ocasión para ajustar cuentas contra el eterno rival, adueñándose de los codiciados estrechos turcos (y de amplias porciones de Armenia) y eliminando la amenaza representada por la creciente intromisión alemana en el imperio otomano. En este sentido, la misión militar del general alemán Liman von Sanders, quien a partir de 1913 recibió el encargo de organizar y modernizar las defensas turcas en los estrechos, y la expansión de la armada otomana del mar Negro —potenciada por la posterior llegada de dos cruceros alemanes (el *Goeben* y el *Breslau*) a Constantinopla, donde se pusieron de inmediato al servicio de los turcos— habían constituido una fuente de innumerables preocupaciones para los militares zaristas, que ya antes del conflicto habían planificado un ataque sorpresa a la capital otomana para resolver la difícil coyuntura estratégica que se estaba fraguando en Oriente Medio.[35]

Por otro lado, sin embargo, la entrada en guerra de los turcos representaba también una nueva y consistente amenaza. En primer lugar, la apertura de un nuevo frente de combate en el Cáucaso llegaba en un momento poco oportuno para las fuerzas armadas rusas, ya sometidas a una dura presión en Polonia y Galitzia; además, la necesidad de defender las fronteras ante el probable ataque otomano impedía reforzar como estaba previsto los ejércitos desplegados ante austríacos y alemanes. En segundo lugar, la beligerancia turca llevó al cierre definitivo de los estrechos, lo que aisló a Rusia de sus aliados occidentales y, sobre todo, asestó un golpe muy duro a las exportaciones, que en buena parte pasaban justo por esa ruta. Finalmente, hay que destacar que el previsto desembarco en Constantinopla, que habría garantizado a Rusia el control de esa posición estratégica fundamental, no podía de momento llevarse a cabo, dada la inferioridad de las fuerzas zaristas en el escenario del mar Negro; esto, a pesar de que dicha operación hubiese centrado las discusiones en la importante conferencia ministerial celebrada en San Petersburgo el 21 de febrero de 1914.[36]

A pesar de estas dificultades, los rusos fueron los primeros en mover ficha en el Cáucaso, empezando una penetración en territorio enemigo el 2 de noviembre con la llamada ofensiva Bergmann, destinada —en las previsiones— a ocupar algunos territorios fronterizos cerca de Köpruköy para evitar posibles incursiones de los irregulares kurdos en la Armenia rusa. Sin embargo, los otomanos opusieron una resistencia más dura que en las optimistas previsiones del alto mando zarista, y derrotaron a la fuerza invasora, que se vio obligada a

35 Sobre la misión de Liman von Sanders y sus implicaciones, véase Kerner, Robert J. «The mission of Liman von Sanders. II. The crisis». *The Slavonic Review*, vol. 6, núm. 17, 1927, pp. 344-363.

36 McMeekin, Sean. *The Russians origins...*, *op. cit.*, pp. 33-35.

replegarse. La victoria estimuló los apetitos de Enver, que lanzó a su III ejército al ataque de las posiciones rusas: a pesar de las elevadas pérdidas padecidas, los turcos consiguieron seguir adelante, cruzar la frontera y, a finales de diciembre, llegaron a ocupar Ardahan, a la vez que amenazaban la crucial ciudad de Sarikamish.[37] La magnitud del ataque turco cogió completamente por sorpresa a los comandantes rusos, y el pánico —aumentado por las noticias relativas a un levantamiento de la población musulmana en las regiones afectadas por los combates— se difundió con rapidez entre los altos mandatarios zaristas, que se enfrentaban a la temida posibilidad de una invasión de todo el territorio caucásico.

Por fortuna para los rusos, los otomanos cometieron un error de consecuencias trascendentales en la planificación de su ataque: aunque sus soldados no contaban con suficiente y adecuado equipamiento invernal, Enver hizo caso omiso a las advertencias de sus colaboradores y, el 26 de diciembre, en unas condiciones climáticas y ambientales prohibitivas, ordenó lanzarse sobre las posiciones enemigas. El comandante en jefe del ejército ruso del Cáucaso, Nikolai Yudenich, decidió resistir para impedir el ataque sobre Kars. Entre finales de diciembre y principios de enero, Yudenich logró asestar un golpe tremendo a los invasores, ya diezmados por las enfermedades y el frío, y recuperar el territorio perdido en el anterior avance turco. En la batalla de Sarikamish, Rusia aniquiló las fuerzas del III ejército otomano, que sufrió pérdidas espantosas —unas 80.000 bajas, sobre los 100.000 hombres alineados al inicio— y que no volvió nunca a recuperarse del desastre; al desaparecer como fuerza militar operativa, dejó abierta la puerta para sucesivas ofensivas rusas hacia Anatolia.[38]

El desastre otomano en Sarikamish conllevó también otras importantes consecuencias estratégicas y políticas, que afectaron profundamente al curso de las operaciones en el teatro de Oriente Medio y que acabaron por provocar atroces padecimientos para la población civil. En el ámbito militar, la victoria rusa despertó el optimismo de franceses y británicos acerca de la posibilidad de conseguir un fácil triunfo contra los turcos: ante la parálisis en Occidente, los líderes de París y Londres apostaron por abrir nuevos frentes y, de paso, poner fuera de combate al que consideraban el más débil entre los aliados de Alemania. Por parte rusa, a lo largo de todo el invierno de 1915 —de hecho, ya desde finales de 1914—, se prodigaron los intentos para que los franco-británicos pu-

37 Reynolds, Michael A. *Shattering empires...*, *op. cit.*, pp. 123-124.

38 Sobre la batalla de Sarikamish, véase Rogan, Eugene. *La caída de los otomanos. La Gran Guerra en el Oriente Próximo*. Barcelona: Crítica, 2015, pp. 195-202.

dieran aliviar la presión que las fuerzas zaristas soportaban en el Cáucaso; por ejemplo, planificando una operación marítima contra Constantinopla. La posterior —y desastrosa— campaña de la Entente en Gallípoli ha de verse precisamente en un contexto en el que las estrategias occidentales se conciliaron, de forma decisiva, con las ambiciones rusas: los diplomáticos y los políticos zaristas —a través de alusiones y sutiles amenazas sobre la posibilidad de firmar una paz separada con Alemania— lograron ver reconocido el interés fundamental de su país en el control de Constantinopla, y obtuvieron que Francia y Gran Bretaña se encargasen de aquella operación anfibia contra los estrechos que los mismos rusos no estaban en condiciones de realizar.[39] Las maniobras de los políticos de Petrogrado,[40] en especial de Sazonov, se vieron así coronadas por el éxito diplomático en marzo de 1915, cuando tanto británicos como franceses ratificaron oficialmente el plan ruso para desmembrar el imperio otomano, plan que —una vez finalizada la contienda— habría dejado en manos zaristas toda la zona de los estrechos turcos y un consistente trozo de Armenia (sin olvidarse de las ambiciones sobre Silesia, Prusia y Galitzia).[41] Desde el punto de vista militar, y tras aceptarse las peticiones de Sazonov para la posguerra, el desenlace del ataque a Gallípoli, a ojos de Petrogrado, resultaba de interés relativo, hasta el punto de que —a pesar de las promesas— la ayuda rusa prevista para desembarque fue mínima.

Sin embargo, el baño de sangre en el que se convirtió la operación de Gallípoli fue ampliamente superado, en horror, por el apocalipsis que se desencadenó en las turbulentas regiones fronterizas del imperio otomano, donde las rivalidades étnicas entre armenios, kurdos y turcos —que ya llevaban décadas provocando atroces matanzas de civiles— llegaron a un punto de no retorno con la guerra.[42] Si bien son innegables, en el cóctel letal que desembocó en el genocidio armenio, las tremendas responsabilidades de los gobernantes otomanos, sobre los cuales recae la culpa de lo acontecido, vale la pena recordar que la insurgencia de los armenios fue apoyada y convenientemente estimulada por los rusos, quienes los utilizaron para debilitar la resistencia enemiga prometiéndoles, en palabras del mismo zar Nicolás II, la liberación del yugo

39 McMeekin, Sean. *The Russians origins...*, *op. cit.*, pp. 120-140.

40 La capital rusa cambió de nombre —de San Petersburgo a Petrogrado— el 31 de agosto de 1914, al considerarse el nombre original demasiado germánico.

41 Frankopan, Peter. *El corazón del mundo. Una nueva historia universal*. Barcelona: Crítica, 2016, pp. 383-385.

42 Sobre las tensiones y las rivalidades en la frontera ruso-turca, véase, por ejemplo, Reynolds, Michael A. *Shattering empires...*, *op. cit.*, pp. 46-72.

otomano.[43] Así, el 20 de abril de 1915, las milicias armenias empezaron un levantamiento cerca de la línea del frente y, atrincherándose en Van, esperaron la llegada de las tropas de Yudenich: una acción que proporcionó entonces la excusa para que las autoridades otomanas procedieran con sus planes de reorganización genocida de las poblaciones de Anatolia. Por su parte, los rusos se aprovecharon de la insurrección para lanzar, a principios de mayo, una ofensiva en su flanco izquierdo con el objetivo de asegurar su retaguardia en Persia y de facilitar ayuda a los armenios. Inicialmente, el ataque tuvo éxito, y hacia finales de mayo, las tropas zaristas pudieron desalojar a los turcos de la región y rescatar a los defensores sitiados en Van. No obstante, mientras decenas de miles de refugiados armenios se concentraban en la ciudad liberada, los rusos se toparon con una feroz resistencia otomana; después de unos primeros enfrentamientos favorables, el avance inicial de Yudenich fue frenado en la batalla de Manzikert, que acabó en una imprevista derrota en la segunda mitad de julio. Ante el negativo desenlace de la ofensiva, Rusia optó por abandonar las posiciones conquistadas en primavera, y se retiró de Van. A pesar de los anteriores llamamientos a la liberación de los armenios, los comandantes rusos hicieron muy poco para evitar que otra tragedia golpeara a los civiles: emprendiendo la retirada, obstaculizaron cualquier intento organizado de evacuación y acabaron por provocar finalmente una huida masiva de armenios que se saldó con decenas de miles de víctimas. En el fondo, como ha sido subrayado por muchos historiadores, Rusia jugó sus cartas en el Cáucaso siguiendo sobre todo sus ambiciones: la liberación de los armenios oprimidos representaba un eficaz recurso propagandístico para la opinión pública interna e internacional, pero no podía condicionar las estrategias militares ni los verdaderos intereses diplomáticos.[44]

Después de la evacuación de Van, los combates en el Cáucaso entraron en una fase de pausa, necesaria para la reorganización tanto de las fuerzas otomanas como de las rusas, que duró hasta 1916. Dicha pausa no nos tiene que sorprender demasiado, puesto que el Cáucaso siempre fue un frente secundario en la estrategia zarista: a nadie, en Petrogrado, se le podía escapar que los destinos del conflicto se decidirían en Europa, frente a Alemania y Austria-Hungría. Y justo en las llanuras de Europa Oriental, el imperio ruso atravesó en 1915 una crisis potencialmente devastadora frente a sus más peligrosos enemigos.

43 Especialmente polémica, en este sentido, es la interpretación de McMeekin, quien destaca las culpas rusas en el inicio del genocidio armenio. Véase McMeekin, Sean. *The Russians origins...*, *op. cit.*, pp. 141-174.

44 Reynolds, Michael. *Shattering empires...*, *op. cit.*, pp. 141-142.

La Gran Retirada de 1915

A lo largo del crudo invierno de 1915, el frente oriental no sufrió variaciones de importancia después de los duros combates otoñales: aunque no faltaran los enfrentamientos, las batallas del primer trimestre del año resultaron poco concluyentes y se vieron muy condicionadas por las discusiones estratégicas que se dieron en los altos mandos. En la Stavka, los militares seguían enzarzados en disputas sobre el próximo destino de las ofensivas rusas: el líder del frente noroeste, Ruzsky, apostaba por dirigirse contra Silesia o Prusia, mientras que su colega Ivánov, al mando del frente suroeste, se mostraba partidario de seguir atacando a los austríacos para forzar su colapso definitivo. En el bando alemán, a pesar de las perplejidades del nuevo jefe de Estado Mayor Falkenhayn (quien se mostraba más proclive a dar prioridad al frente occidental), Hindenburg presionaba para asestar a los rusos un duro golpe en Polonia, para completar la liberación definitiva de Prusia Oriental y, sucesivamente, provocar el derrumbamiento de las posiciones enemigas.[45] Así, en febrero, el VIII y el X ejército alemanes se anticiparon a la Stavka y se lanzaron al ataque de las líneas rusas, defendidas por el X ejército de Sievers, en la segunda batalla de los lagos Masurianos: a pesar del hielo y de las tormentas de nieve, los alemanes lograron avanzar más de cien kilómetros e, infligiendo casi cien mil bajas a los enemigos, se adentraron en territorio contrario hasta Augustów. Sin embargo, la victoria alemana no logró romper las líneas defensivas a las que se retiró el grueso de las fuerzas rusas, ni fue en grado de forzar una retirada general de Polonia, por lo que se convirtió en una más de las victorias tácticas que no alcanzaban resultados estratégicos relevantes. Y tampoco sirvió para ayudar a los movimientos austríacos en los Cárpatos: las ofensivas invernales de Conrad causaron espantosas bajas a su ejército y se saldaron con un visible fracaso, sin por otra parte poder rescatar la consistente guarnición sitiada en la fortaleza de Przemyśl, que acabó por capitular el 22 de marzo, y que costó a Austria-Hungría la pérdida de 203.000 hombres.[46]

La dramática situación en la que se encontraban las fuerzas del viejo imperio de los Habsburgo —que había perdido a más de la mitad de los efectivos desde el verano de 1914, y que vislumbraba la inminente declaración de guerra italiana en el sur (declaración que finalmente se produciría en mayo)— forzó a Falkenhayn a reconsiderar sus opciones estratégicas, y a aparcar su hostilidad

45 Hart, Peter. *La Gran Guerra...*, *op. cit*., pp. 179-180.

46 Para la guerra invernal en los Cárpatos, véase Tunstall, Graydon A. *Blood on the snow: the Carpathian winter war of 1915*. Lawrence: University Press of Kansas, 2010.

hacia Hindenburg y Ludendorff y sus grandiosos planes de ofensiva en el Este. En las intenciones de Falkenhayn, se trataba de salvar a los austríacos y de proporcionarles la ayuda solicitada con urgencia por el mismo Conrad; además, si las cosas hubiesen salido según las previsiones, Alemania habría podido forzar a Rusia a retirarse de la guerra a través de una paz separada, para poder entonces concentrar sus fuerzas en el paralizado frente occidental. Así, a lo largo del mes de abril, sin que los rusos se enteraran de los movimientos enemigos, Falkenhayn ultimó sus preparativos: forzó a Conrad a aceptar un mando unificado bajo el comandante del nuevo XI ejército alemán, Von Mackensen, y se aseguró una gran superioridad material en el sector cercano a Cracovia, donde sus tropas descargarían el ataque inicial (352.000 soldados contra 219.000 rusos, 1.272 piezas de artillería de campaña contra 675, y 430 cañones pesados y morteros contra 4).[47]

El 2 de mayo, los altos mandos zaristas, quienes habían ignorado todas las advertencias acerca de una concentración de tropas enemigas en el sector elegido para el ataque, se vieron sorprendidos por la contundencia de la ofensiva, ejecutada por los austro-alemanes «con precisión germánica».[48] El formidable bombardeo de la artillería destrozó casi de inmediato las frágiles posiciones rusas, y la batalla de Gorlice-Tarnów se convirtió en una estrepitosa victoria para los imperios centrales: el III ejército de Dimitriev, literalmente aplastado por el imparable avance enemigo, cesó en la práctica de existir, y las tropas bajo el mando de Mackensen penetraron en profundidad en las posiciones rusas hasta alcanzar el río San hacia mitad de mayo. Acosadas por la violencia del ataque, las fuerzas rusas no lograron oponer una resistencia organizada, y empezaron a retirarse del territorio ocupado antes: en junio, los austríacos pudieron así reconquistar Przemyśl y, a continuación, la misma Leópolis.[49]

Ante la magnitud del éxito, el alto mando alemán volvió a tomar en consideración las ideas de Hindenburg para que, mientras se seguía con la ofensiva desde el sur en dirección a Brest-Litovsk, se pusieran en marcha otras operaciones en distintas zonas del frente: en concreto, en el sector septentrional, para dirigirse hacia los países bálticos y hacia el corazón de Polonia, intentando así envolver al grueso del ejército ruso. Si bien, finalmente, Falkenhayn optó por

47 Stevenson, David. *1914-1918...*, *op. cit.*, p. 154.

48 Veiga, Francisco; Martín, Pablo y Sánchez Monroe, Juan. *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*. Madrid: Alianza, 2017, p. 213.

49 Sobre la batalla de Gorlice-Tarnów y las operaciones entre mayo y junio en el frente oriental, véase DiNardo, Richard L. *Breakthrough: the Gorlice-Tarnów campaign, 1915*. Santa Barbara: Prager, 2010, pp. 69-101.

un enfoque más prudente, prefiriendo batallas más limitadas apoyadas en su superioridad material, y trató de no aventurarse demasiado en el corazón de Rusia; lo cierto es que a lo largo de julio de 1915, los ejércitos de los imperios centrales siguieron machacando a los soldados del zar, lastrados por la espantosa carencia de municiones y de fusiles. Ante el inminente peligro, la Stavka se decidió por fin a ordenar la retirada general de Polonia, y consintió la ocupación alemana de Varsovia el 4 de agosto; la posterior caída de la fortaleza de Novo Georgievsk, teóricamente poderosa con sus ingentes depósitos de municiones y sus cañones, aceleró el movimiento de repliegue ruso, una colosal maniobra que se conoció como Gran Retirada y que concluyó hacia mitad de septiembre, después de que los alemanes hubiesen ocupado también Brest-Litovsk y Vilna.[50] La llegada del otoño, sin embargo, detuvo el avance austro-alemán: la Gran Retirada, ejecutada, por último, con cierto criterio por el mando zarista, había reposicionado las fuerzas rusas a lo largo de una línea mucho más lógica, corta y fácil de defender, y apoyada en obstáculos naturales —como los pantanos de Pripet, entre Bielorrusia y Ucrania— difícilmente franqueables. Además, la progresiva extensión de las líneas de abastecimiento, el agotamiento, las pérdidas humanas y el barro otoñal se encargaron de frustrar ulteriores avances de los imperios centrales, lo que fijó el frente de forma más o menos estable a lo largo de los meses sucesivos.

El desastre del verano de 1915 conllevó una serie de tremendas consecuencias para Rusia, que afectaron en gran medida al Estado zarista a todos los niveles y que concurrieron a su posterior colapso en 1917. En primer lugar, las fuerzas armadas rusas padecieron pérdidas humanas espantosas en el curso de los combates y de la retirada: más o menos un millón y medio de bajas, entre muertos (151.000), heridos (683.000) y prisioneros (895.000), especialmente entre los oficiales más entrenados.[51] No menos graves, por otra parte, fueron las pérdidas de material bélico: miles de cañones y grandes cuantidades de municiones acabaron en manos enemigas, sobre todo después de la caída de fortalezas como las de Novo Georgievsk y Kovno. La Gran Retirada significó, además, abandonar a los alemanes vastas regiones (Polonia, Lituania, Curlandia) ricas en recursos económicos y materiales: en pocas semanas, Rusia perdió un tercio de sus fábricas, el 12,4% de sus ingresos nacionales prebélicos, el 10% de su producción de hierro y acero y el 23,3% de su población europea.[52]

50 Stone, Norman. *World War One: a short history*. Londres: Allen Lane, 2007, pp. 87-88.

51 Ferro, Marc. *La Gran Guerra 1914-1918*. Madrid: Alianza, 2014, p. 136.

52 Gatrell, Peter. *Russia's First World War. A social and economic history*. Harlow: Pearson Longman, 2005, pp. 29-30.

Sin embargo, aún más importantes que las pérdidas humanas y materiales fueron las consecuencias sociales y políticas provocadas por el desastre. La moral rusa se vino abajo de golpe, en especial entre las poblaciones más afectadas directamente por los combates y la retirada, que padecieron, además, la decisión del alto mando ruso de aplicar una política de tierra quemada en las regiones evacuadas ante el avance enemigo. Cientos de miles de civiles tuvieron que emprender, así, un éxodo desesperado hacia el interior del territorio ruso: no solo agravaron con ello la crisis de confianza de muchos ciudadanos, afectados por la visión de estos refugiados hambrientos en las calles de Moscú o Petrogrado, sino que —al abarrotar los trenes en su trágica huida— contribuyeron al caos generalizado del deficitario sistema de transporte ruso, que se vio cada vez más incapaz de garantizar el abastecimiento de alimentos a la población de los grandes núcleos urbanos.[53] Por último, la Gran Retirada fue el motor decisivo para causar importantes movimientos políticos en el Estado zarista. La oposición liberal-demócrata, ante una guerra que se suponía mal dirigida por las autoridades, empezó a reclamar mayor energía en la dirección del conflicto, y —en medio de rumores y sospechas sobre la supuesta simpatía de la aristocracia rusa y de la familia imperial hacia los alemanes— pidió con insistencia, pero sin grandes resultados, la convocación de la Duma y la marginalización o incluso el alejamiento de Nicolás II del poder.[54] Por su parte, mientras las autoridades estimulaban el discurso nacionalista ruso ante el peligro, con ataques y violencias contra las comunidades judías y alemanas, a finales de agosto el zar reaccionó al desastre destituyendo al gran duque Nicolás y asumiendo personalmente el mando del ejército. La decisión, que tuvo el mérito de insuflar cierto optimismo entre los soldados en un momento en especial grave, y que pareció reafirmar el compromiso de los Romanov con la victoria, fue, no obstante, poco efectiva —al carecer el zar de suficientes capacidades militares para dirigir sus tropas— y, sobre todo, poco inteligente desde el punto de vista político. Aislado en el cuartel general de Mogilev, Nicolás perdió el control de la capital y dejó todas las decisiones en manos de su incompetente esposa, la zarina Alejandra, y de su protegido Rasputín, con el resultado de que, en los meses siguientes, aumentó la desconfianza de la población.[55]

53 Sobre los refugiados, véase Gatrell, Peter. *A whole Empire walking. Refugees in Russia during World War I*. Bloomington: Indiana University Press, 1999.

54 Veiga, Francisco; Martín, Pablo y Sánchez Monroe, Juan. *Entre dos octubres...*, *op. cit.*, pp. 217-219.

55 Figes, Orlando. *A people's tragedy...*, *op. cit.*, pp. 269-278.

Frente a todos estos desastres, podría resultar cuanto menos curioso argumentar que la Gran Retirada de 1915, desde el punto de vista militar, no fue tan catastrófica como a primera vista podría parecer; sin embargo, existen abundantes factores que corroboran esta interpretación. En primer lugar, la retirada —estratégicamente hablando— resultó provechosa para los ejércitos zaristas: se abandonó el complicado saliente de Polonia, se establecieron nuevas y más sensatas posiciones defensivas, que incluso facilitaban la creación de reservas estratégicas en la retaguardia, y se logró evitar el completo cerco de los soldados por el simultáneo avance de Mackensen y Hindenburg.[56] Los alemanes, por su parte, habían obtenido una consistente victoria, pero no habían alcanzado sus objetivos más ambiciosos: ni habían destrozado el grueso de las fuerzas enemigas, ni podían seguir adentrándose en las profundidades del territorio ruso. Un éxito táctico, en resumen, pero no decisivo para ganar la guerra, tampoco desde el punto de vista diplomático. De hecho, y a pesar de no poder contar con una ayuda efectiva de sus aliados occidentales, Rusia hizo caso omiso de todas las aproximaciones intentadas por las potencias centrales y por algunos intermediarios neutrales, se negó a firmar una paz separada con Viena y Berlín y reafirmó su compromiso con la Entente, oficialmente ratificado por Nicolás II el 3 de agosto.[57]

Además, la Gran Retirada obligó a los mandos rusos a emprender una profunda racionalización y reorganización de sus fuerzas armadas y de su industria bélica, para evitar ulteriores desastres y para volver a convertir su ejército en una eficiente maquinaria de combate. Así, a partir de la segunda mitad de 1915, mientras nuevos reclutamientos incrementaron el tamaño del ejército, y mientras se reorganizaban las líneas de mando, la industria rusa se sometió a un durísimo esfuerzo productivo, a través de una movilización total de las fábricas.[58] La producción de proyectiles para la artillería se multiplicó cada mes, pasando de 852.000 cartuchos en julio de 1915 a 1,5 millones en noviembre; los proyectiles totales pasaron de 11,2 millones de cartuchos en 1915 a 28,3 millones en 1916; el ejército, entre tanto, aumentó de 3,9 millones de hombres en septiembre de 1915 a 6,2 millones en febrero de 1916.[59] El difícil 1915 llegaba a su fin, y las fuerzas de Rusia se preparaban para un esfuerzo decisivo, un esfuerzo que, a lo largo del año siguiente, dio lugar a algunos éxitos más que notables en los frentes de combate.

56 Hart, Peter. *La Gran Guerra...*, *op. cit.*, p. 185.
57 Veiga, Francisco y Martín, Pablo. *Las guerras de la Gran Guerra...*, *op. cit.*, pp. 81-82.
58 Gatrell, Peter. *Russia's First World War...*, *op. cit.*, pp. 108-131.
59 Strachan, Hew. *La Primera Guerra Mundial...*, *op. cit.*, pp. 153-154.

El canto del cisne de la Rusia imperial: las operaciones militares de 1916

Al finalizar el verano de 1915, el frente oriental entró en una fase de pausa, sin significativos combates entre los dos bandos a lo largo del último trimestre del año. Mientras Austria-Hungría y Alemania se dedicaron a aplastar la resistencia de Serbia, ocupada completamente a finales de noviembre, Rusia seguía concentrada en la difícil reorganización de su ejército tras los desastres anteriores. En los acuerdos alcanzados en la conferencia de Chantilly de diciembre, los aliados pactaron para el verano de 1916 una serie de operaciones coordinadas para presionar a los imperios centrales en todos los frentes, con el objetivo de impedir una respuesta rápida y eficaz de sus enemigos. Pero los planes previstos se frustraron a raíz del violento ataque alemán sobre las posiciones francesas de Verdún: ante la imposibilidad de obtener una decisiva victoria en el frente occidental, Falkenhayn había apostado por desgastar a Francia en una sangrienta batalla de fricción, hasta conseguir su retirada de la guerra.

La difícil situación de Verdún motivó la petición de ayuda que el comandante francés Joffre envió al alto mando zarista: para ayudar a su aliado en apuros, Rusia tenía que pasar a la ofensiva en el frente oriental cuanto antes. La Stavka decidió entonces atacar en Bielorrusia con el II ejército de Evert, que contaba con una buena superioridad numérica ante el X ejército alemán de Von Eichhorn. El 18 de marzo de 1916, después de dos días de intenso pero muy impreciso bombardeo de artillería, las fuerzas de Evert dieron comienzo a la batalla del lago Naroch, confiando en una exitosa ruptura de las líneas enemigas. Desafortunadamente para Evert, el avance ruso, ya complicado por las severas condiciones climáticas, se frustró casi de inmediato: los atacantes solo consiguieron ganar unos diez kilómetros, pues pronto fueron detenidos por la implacable defensa alemana que no se había visto afectada por el fuego de la artillería. La batalla se saldó, así, a finales de marzo, con un rotundo fracaso, y con unas elevadas pérdidas para los rusos, cuyos asaltos masivos —basados en la táctica de la «oleada humana»— resultaron totalmente inadecuados para romper las sólidas posiciones de Von Eichhorn: una vez más, las fuerzas rusas no habían sido suficientes para derrotar a Alemania.[60]

A pesar de la importancia de la derrota del lago Naroch, 1916 se inició con consistentes éxitos para las armas zaristas en otros frentes, como por ejemplo

60 Sobre la batalla del lago Naroch, véase Buttar, Prit. *Russia's last gasp. The Eastern Front 1916-17*. Londres: Osprey Publishing, 2016, pp. 96-117.

en Persia: un territorio en el que Rusia mantenía algunas fuerzas de ocupación en la zona de Tabriz como garantía de su tutela sobre el gobierno del sah, y que se había visto involucrado en los combates entre rusos y otomanos ya desde finales de 1914. Los turcos se habían infiltrado en la región, estimulados también por las simpatías pro alemanas de una parte importante de los dirigentes de Teherán, y, después de su ocupación de Ardahan en diciembre de 1914, habían forzado la retirada de los contingentes zaristas de Tabriz, con lo que amenazaban las posiciones de la Entente en un país fundamental por sus recursos petroleros. En la segunda mitad de 1915, Yudenich encargó entonces a su I cuerpo cosaco del Cáucaso, liderado por el general Baratov, la tarea de expulsar a las fuerzas otomanas y los pequeños núcleos de soldados alemanes de Persia, para acabar con la presencia de las potencias centrales en la región y asegurar los flancos del contemporáneo avance británico en Mesopotamia. A finales de 1915, Baratov y sus tropas ocuparon Teherán —donde forzaron al sah a constituir un gobierno favorable a la Entente— y luego, a principios de 1916, completaron su acción con la ocupación de Hamadán y Kermanshah, lo que obligó a los turcos a retirarse, y, en la primavera, se situaron a poca distancia de Bagdad. Aunque en el verano una nueva incursión otomana rompió momentáneamente las líneas rusas y llevó de nuevo la guerra al interior de Persia, a finales del año Baratov contraatacó y expulsó definitivamente a los enemigos, con lo que se aseguró la victoria en una región clave para la Entente.[61]

Mientras se desarrollaban estas acciones en Persia, Rusia logró asestar otro duro golpe a sus enemigos turcos en el Cáucaso, zona en la que los combates de importancia se hallaban detenidos desde el otoño de 1915. El imperio otomano —que, a lo largo de 1915, se había visto atacado en Gallípoli y en Mesopotamia— no había podido reforzar adecuadamente su III ejército, que aún se hallaba muy debilitado tras la batalla de Sarikamish: nadie en el alto mando turco preveía un ataque ruso a lo largo del invierno de 1916, en un frente considerado menos relevante. Sin embargo, Yudenich sí había aumentado de forma consistente sus efectivos, y se había garantizado una importante superioridad numérica y material. El 10 de enero, las fuerzas zaristas se lanzaron contra sus rivales, a los que sorprendieron por completo en el inicio de la ofensiva de Erzurum. En la batalla de Köpruköy, Yudenich rompió las líneas de los turcos y les infligió tremendas pérdidas (casi un tercio de su fuerza inicial de combate): la victoria abrió a los rusos el camino hacia la posición fortificada de Er-

61 McMeekin, Sean. *The Russians origins...*, *op. cit.*, pp. 185-191. El autor, sin embargo, destaca que las operaciones rusas en Persia no sirvieron para ayudar a los británicos, que en 1916 fueron humillados en el sitio de Kut.

zurum, clave para el control de los altiplanos de Anatolia central, que cayó el 16 de febrero. Pero las fuerzas zaristas no se detuvieron en la ciudad, sino que siguieron adelante, y obtuvieron nuevas victorias a lo largo del primer semestre de 1916. En abril, una hábil operación ejecutada por fuerzas terrestres y navales dio a los rusos el control del puerto de Trebisonda; y a principios del verano, los soldados de Yudenich frenaron el desesperado contraataque otomano y lograron ocupar Bitlis y Erzincan, antes de detenerse a finales de julio. Rusia había cosechado un destacado triunfo, convenientemente subrayado por su propaganda interna: el control de Trebisonda facilitaba las tareas logísticas en la región y aseguraba a su flota el dominio naval del mar Negro, mientras que el imperio otomano se hallaba literalmente contra las cuerdas, ante el vapuleo recibido por su III ejército.[62] Las perspectivas eran muy halagüeñas para la conclusión victoriosa de la guerra contra los otomanos: desaparecidas las últimas fuerzas organizadas de sus enemigos, los rusos, desde sus nuevas posiciones, podían planificar para el año siguiente un último y decisivo asalto hacia el corazón de Anatolia, o hacia Mesopotamia.

Justo mientras se estaban desarrollando las últimas operaciones ofensivas en Anatolia, el frente oriental vio el éxito más destacado de las armas rusas en 1916, y probablemente el mayor obtenido por uno de los contendientes a lo largo de toda la Primera Guerra Mundial.[63] Según lo pactado en Chantilly, Rusia tenía que lanzar una importante operación de verano en concomitancia con el esfuerzo de sus aliados en Occidente; no obstante, después del fracaso del lago Naroch, los militares rusos no estaban demasiado convencidos de la oportunidad de una ofensiva. Los generales Kuropatkin y Evert, con sus respectivos frente septentrional y frente occidental, se mostraban muy reacios a atacar de nuevo las posiciones alemanas, y únicamente el general Brusilov, recién ascendido al mando del frente suroccidental, se declaró dispuesto a emprender la acción. El 14 de abril, la Stavka, presidida por un abúlico Nicolás II, dio su autorización al plan de Brusilov —que preveía un asalto a las posiciones austrohúngaras al sur de los pantanos de Pripet llevado a cabo por cuatro ejércitos (el VII, el VIII, el IX y el XI)—, aunque subrayando que el ataque debía ser apoyado, en el norte, por una mucho más consistente acción de Evert.

La ofensiva —que tuvo que ser anticipada a principios de junio para ayudar a los italianos, en esos momentos bajo presión austríaca en el frente alpino— fue planificada por Brusilov con mucha atención, y con un alto grado de innovación táctica. El inteligente general ruso, que había comprendido bien

62 Reynolds, Michael A. *Shattering empires...*, *op. cit.*, p. 136.
63 Ferro, Marc. *La Gran Guerra...*, *op. cit.*, p. 168.

los errores cometidos en las ofensivas anteriores, preparó un ataque sobre un frente muy amplio, para no conceder así a sus adversarios el tiempo de reorganizarse tras las primeras penetraciones, y dispuso sus reservas en una zona cercana a la primera línea, para aprovechar inmediatamente las primeras rupturas del frente. Además, llevó a cabo un concienzudo reconocimiento de las posiciones enemigas, utilizando también la aviación; mejoró la coordinación de la artillería —cuyo fuego se había demostrado a menudo demasiado impreciso—, así como la instrucción de sus soldados; y se preocupó por ocultar convenientemente a los austríacos sus intenciones ofensivas, mediante diligentes tácticas de engaño y decepción.[64]

El 4 de junio, Brusilov dio inicio a su ofensiva, precedida por un rápido, preciso y concentrado fuego de artillería que desorientó a los soldados austríacos; acto seguido, cuatro oleadas de soldados rusos se lanzaron sobre las líneas enemigas, que se derrumbaron rápidamente, a pesar de ser bien defendidas. En cuestión de un par de días, las fuerzas austrohúngaras se vieron aniquiladas a lo largo de toda la zona de ataque, superadas por el ímpetu de los atacantes: los rusos recuperaron Lutsk y Czernowitz, y capturaron a cientos de miles de soldados enemigos, en un triunfo de proporciones colosales que desencadenó el entusiasmo de la opinión pública en todos los países de la Entente. El colapso de Austria-Hungría fue total: mientras se producían rendiciones masivas de sus soldados eslavos, Conrad asistía casi impotente a la destrucción del grueso de su ejército en el frente oriental y, el 8 de junio, no tuvo más remedio que acudir a Falkenhayn para solicitar ayuda inmediata.[65]

El alto mando alemán, ante la catástrofe que amenazaba con poner fuera de combate a su maltrecho aliado, no pudo echarse atrás, pero impuso condiciones draconianas a Conrad para enviar la ayuda requerida: la suspensión de su ofensiva italiana, y el control total de Alemania sobre las fuerzas austríacas en toda Galitzia. Mientras llegaban los primeros refuerzos alemanes, los soldados rusos empezaron a ralentizar el ritmo de su avance: en la segunda mitad de junio Brusilov concedió una pausa a sus extenuadas tropas, esperando que, más al norte, Evert lanzara su previsto ataque contra las posiciones enemigas. Sin embargo, Evert siguió mostrándose titubeante y pospuso de forma obtusa y reiterada su ofensiva, con lo que perdió días importantes:[66] cuando finalmente, a principios de julio, la Stavka le ordenó atacar, su IV ejército fue rechazado

64 Hart, Peter. *La Gran Guerra...*, *op. cit.*, p. 267.

65 Buttar, Prit. *Russia's last gasp...*, *op. cit.*, pp. 139-169.

66 Orlando Figes habla de «military stupidity» en referencia a la actitud del alto mando ruso acerca de la prevista ofensiva de Evert. Véase Figes, Orlando. *A people's tragedy...*, *op. cit.*, p. 281.

en la batalla de Baranowici, donde sufrió bajas importantes, y malogró así la oportunidad de asestar un golpe decisivo a todo el frente oriental en combinación con Brusilov. El mismo Brusilov, aunque decepcionado por la falta de apoyo de su colega, volvió a la ofensiva a principios de julio: sus tropas cosecharon nuevos éxitos, acercándose a los Cárpatos, pero se toparon con una resistencia cada vez mayor por parte de los enemigos. Mientras la Stavka destinaba cada vez más tropas al sector de Brusilov,[67] con el resultado de colapsar poco a poco el sistema de transporte, el ritmo de la ofensiva se fue ralentizando a lo largo del verano: los soldados de Hindenburg (quien a finales de agosto sustituyó a Falkenhayn como jefe de Estado Mayor) detuvieron a los rusos en la batalla de Kowel, y finalmente paralizaron el avance zarista en el mes de septiembre.[68]

Además, otro problema vino a sumarse a la parálisis de la ofensiva: a finales de agosto, después de meses de incertidumbre, Rumania se unió oficialmente a la Entente, declarando la guerra a los imperios centrales con la esperanza de adueñarse de la Transilvania austríaca. Las tropas rumanas lanzaron de inmediato una mal organizada ofensiva a través de los Cárpatos, sin conseguir penetraciones decisivas, y la reacción austro-alemana no se hizo esperar demasiado. Hacia la mitad de septiembre, Alemania coordinó el contraataque, con Mackensen avanzando desde el sur con una fuerza mixta de búlgaros, otomanos y alemanes, mientras Falkenhayn lo hacía desde el norte con su IX ejército. El ejército rumano se enfrentó así a una pinza que amenazaba con destruirlo, y no tuvo más remedio que retirarse de su territorio nacional. Si bien las tropas rusas de Brusilov acudieron en ayuda de los restos del ejército rumano y lograron estabilizar el frente en Moldavia hacia finales del año, lo cierto es que la campaña de Rumania se saldó con un vistoso triunfo para los imperios centrales, que el 6 de diciembre ocuparon Bucarest.[69]

A pesar del desastre rumano, Rusia había obtenido igualmente una gran victoria con la ofensiva Brusilov: no solo había obligado a los austro-alemanes a detener sus ataques en Verdún y en el frente italiano, sino que también había eliminado casi por completo la fuerza del ejército austrohúngaro, que al finalizar la campaña había perdido una cantidad escalofriante de hombres, entre

67 Tropas que, por otra parte, eran cada vez menos formadas e instruidas. Véase Stevenson, David. *1914-1918...*, *op. cit.*, pp. 199-200.

68 Stone, Norman. *World War One...*, *op. cit.*, p. 90.

69 Sobre la campaña de Rumania, véase Barrett, Michael B. *Prelude to Blitzkrieg. The 1916 Austro-German campaign in Romania*. Bloomington: Indiana University Press, 2013.

prisioneros (400.000) y bajas en combate (600.000).[70] No obstante, hay que recordar que también las pérdidas rusas fueron cuantiosas, es posible que alrededor de un millón entre muertos, heridos y prisioneros, con unas ganancias territoriales algo limitadas que, en la óptica de muchos ciudadanos rusos, no parecían compensar el ingente esfuerzo realizado, y que planteaban incómodas preguntas sobre la duración de la guerra y sobre la posibilidad efectiva de derrotar de alguna manera a los poderosos alemanes.

En resumen, el imperio ruso seguía demostrando, desde el punto de vista militar, más que notables capacidades de combate y de resistencia; además, a finales de 1916, su situación general era tal vez más esperanzadora que la de sus aliados occidentales, si consideramos que dos de sus tres grandes enemigos —los austríacos y los otomanos— estaban casi fuera de combate, y que la producción bélica seguía aumentando de forma consistente, hasta garantizar a los soldados zaristas incluso cierta superioridad frente a sus enemigos. El problema, para Rusia, radicaba en el cada vez más frágil aguante del gobierno zarista, sometido a unas presiones crecientes por parte de una sociedad exhausta y hambrienta que, finalmente, acabaron por llevar a su colapso en la revolución de febrero de 1917.

1917: EL FINAL

El progresivo deterioro de la situación social en el imperio ruso (acompañado por huelgas, crisis políticas e incluso levantamientos armados, como en Asia central)[71] llegó a su punto de no retorno en febrero de 1917: las masas hambrientas de mujeres y de obreros de Petrogrado empezaron una serie de manifestaciones de protesta a las que se sumó la guarnición de la capital, lo que provocó el rápido derrumbamiento del régimen y la constitución del llamado gobierno provisional dominado por los liberales-demócratas. Mientras las operaciones militares se hallaban detenidas, el nuevo gobierno —convencido de la necesidad de seguir luchando al lado de la Entente hasta conseguir la victoria— reafirmaba el compromiso de Rusia con la guerra, con la esperanza de «democratizar» el conflicto para defender las conquistas revolucionarias y el territorio nacional amenazado por los alemanes. Sin embargo, la progresiva descomposición de la autoridad causada por la caída del zarismo tuvo un efecto devastador sobre la ya frágil moral de las tropas, y la famosa «Orden Núme-

70 Stevenson, David. *1914-1918...*, *op. cit.*, p. 168.
71 Gatrell, Peter. *Russia's First World War...*, *op. cit.*, pp. 188-192.

ro 1» aprobada por el sóviet de Petrogrado el 14 de marzo (que establecía que las órdenes del gobierno relativas a las fuerzas armadas debían acatarse solo si no contradecían las del sóviet) asestó un golpe tremendo a la disciplina militar. Así, mientras en todo el territorio imperial aumentaban las huelgas y las ocupaciones de tierras, y mientras los nacionalismos periféricos oponían una creciente resistencia a la continuación de la guerra, en el frente se multiplicaron los comités de soldados y crecieron las deserciones, ante unos mandos militares criticados y desafiados por sus mismas tropas.[72]

Ante esta situación, no eran pocas las voces en la Stavka que afirmaban que una nueva ofensiva contra los imperios centrales podría provocar el colapso generalizado del frente y la posible caída del mismo gobierno provisional; y no obstante, a principios del verano, las tropas rusas fueron lanzadas otra vez al ataque de las posiciones enemigas. Muchos factores influyeron en la fatídica decisión: el compromiso del gobierno con los aliados occidentales; las presiones diplomáticas y económicas de los mismos aliados; el miedo a un nuevo ataque alemán que pudiera amenazar la capital (un miedo infundado, ya que Alemania apostaba por una «ofensiva de paz» diplomática para sacar a Rusia de la guerra, y no pensaba en operaciones de envergadura); la convicción de que, para acabar con el conflicto a través de una paz general, Rusia tendría que obtener antes un éxito militar; la esperanza de revitalizar la moral de los soldados precisamente gracias a una ofensiva victoriosa.[73]

Por desgracia, los dirigentes del gobierno provisional —y en especial su nuevo hombre fuerte, Aleksandr Kerensky— no lograron entender que la decisión de continuar la guerra resultaba cada vez más impopular entre la población, y que favorecía, en cambio, la propaganda de los bolcheviques, favorables a una paz inmediata aunque significara la derrota y la más que probable renuncia a parte del territorio estatal. Así, a lo largo de la primavera, Kerensky recorrió el frente promoviendo ante los soldados la causa de la «guerra democrática» con emocionadas alocuciones, y el nuevo comandante en jefe Brusilov —a pesar de su escaso optimismo acerca de la moral de las tropas— se preparó para el ataque. La llamada ofensiva Kerensky empezó el 1 de julio de 1917, con un violento ataque de artillería contra las líneas enemigas en dirección de Leópolis: la superioridad numérica de los rusos favoreció un primer avance que creó importantes brechas en las defensas de los austríacos, pero en pocos días el avance de Brusilov se ralentizó hasta detenerse por completo el día 19. La durísima resistencia de los alemanes, así como la indisciplina y la

72 Stevenson, David. *1914-1918...*, *op. cit.*, pp. 309-310.
73 Figes, Orlando. *A people's tragedy...*, *op. cit.*, pp. 407-410.

falta de voluntad combativa entre las tropas de segunda fila, provocaron, acto seguido, el total colapso del ejército ruso, con deserciones masivas y con unidades enteras que simplemente no acataron las órdenes y rechazaron entrar en combate. El ignominioso desastre —no mitigado por la concomitante y exitosa contribución del IV ejército ruso a la defensa de las posiciones rumanas en el sur— llevó a la fulminante destitución de Brusilov, y significó, en la práctica, el final de las operaciones rusas en el conflicto, además de representar un golpe devastador para el cada vez más precario gobierno provisional. Los austro-alemanes pudieron así aprovecharse de la total desintegración del ejército enemigo —en otoño se calculaban unos tres millones de desertores— y asestar los últimos golpes a finales del verano: tras el ataque austríaco en Ternópil, que hizo retroceder las líneas rusas por decenas de kilómetros, llegó el asalto alemán a Riga, la cuarta ciudad del imperio, que cayó sin casi defenderse a principios de septiembre.[74]

La pérdida de Riga, de hecho, marcó el fin de los combates en el frente oriental: pocas semanas después, los bolcheviques pusieron fin a la agonía del gobierno provisional con su toma del poder en la Revolución de Octubre, y empezaron inmediatas negociaciones de paz con los imperios centrales, tras declarar un alto el fuego general el 15 de diciembre. Si bien dichas negociaciones siguieron arrastrándose a lo largo de casi todo el invierno, la durísima paz que acabó por firmarse en Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918 (después de una última embestida alemana, la operación Faustschlag, que no encontró ninguna resistencia organizada) representaba, para el gobierno de Lenin, la única solución practicable, ya que el ejército ruso había sencillamente dejado de existir.

Rusia y la Gran Guerra: un colapso sistémico, no militar

La participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial se saldó, en definitiva, con una derrota: una derrota ratificada en Brest-Litovsk en 1918 que, no obstante, tampoco significó una victoria definitiva para los entonces triunfantes imperios centrales, vencidos pocos meses después por los aliados occidentales. Y, sin embargo, a raíz de cuanto acabamos de explicar, la derrota rusa no fue militar, sino que tuvo otras causas, muy conocidas y estudiadas. El ejército ruso, a pesar de sus reiterados fracasos contra los alemanes, había mostrado

74 Hart, Peter. *La Gran Guerra...*, *op. cit.*, pp. 323-325.

unas más que notables capacidades bélicas a lo largo del conflicto: había infligido pérdidas considerables a sus enemigos otomanos y austríacos (mientras Italia y Gran Bretaña cosechaban fracasos en los Alpes y en Mesopotamia); había potenciado enormemente su industria bélica; y había incluso desarrollado nuevas e inteligentes tácticas de combate —más tarde estudiadas e imitadas también durante la Segunda Guerra Mundial— cuando, en cambio, en el frente occidental muchos comandantes aún apostaban por una sangrienta guerra de fricción que no lograba ningún tipo de penetración en las líneas enemigas y solo aumentaba la cantidad de bajas en los dos bandos. Como hemos subrayado, en términos estrictamente militares, la situación rusa, a la vigilia de la Revolución de Febrero, no era ni mucho menos peor que la de sus aliados, que no parecían vislumbrar la forma de derrotar a Alemania (y a sus aliados) de ninguna manera.

La derrota rusa, y la revolución, fueron, de hecho, provocadas por un colosal fallo de gobernabilidad del sistema político zarista: un sistema político demasiado frágil para aguantar las enormes tensiones ocasionadas por un conflicto de magnitud nunca vista hasta la fecha. Rusia no fue, por supuesto, el único país en el cual la guerra exacerbó las tensiones sociales entre la población —en Italia, por ejemplo, una serie de revueltas en Turín en el verano de 1917 provocaron unos sesenta muertos y cientos de heridos—, ni fue el único en el que el agotamiento de los soldados provocó motines, deserciones y protestas entre las unidades del frente —muchas divisiones francesas protagonizaron episodios de abierta rebelión, también en 1917, tras el desastre de la ofensiva Nivelle—, pero sí fue el único en el que el orden político preexistente a la guerra colapsó por completo durante el conflicto mismo. El cortocircuito que se produjo en Rusia fue en muchos aspectos la consecuencia, a lo mejor previsible, de las debilidades intrínsecas del país, unas debilidades que el zarismo intentó ocultar —y obviar— cuando apostó por la guerra. Así, a la hora de examinar detenidamente dichas debilidades, y de entender las razones que llevaron el país a la revolución, merece la pena abandonar definitivamente las interpretaciones demasiado simplistas que quieren ligar, de forma inextricable, el colapso político a un colapso militar que, en el fondo, solo se produjo en 1917, cuando ya el «Febrero glorioso» había desintegrado la autoridad estatal a lo largo y ancho del país: la Rusia zarista, en los campos de batalla, simplemente no estaba siendo derrotada de forma decisiva.

Revolución y mundo del trabajo: del taylorismo soviético al estajanovismo estalinista

José Manuel Rúa Fernández
Universitat de Barcelona

> Compare these Parisians, storming heaven, with the slave to heaven of the German-Prussian Holy Roman Empire, with its posthumous masquerades reeking of the barracks, the Church, cabbage-junkerdom and above all, of the philistine.
>
> Carta de Marx a Ludwig Kugelmann,
> Londres, 12 de abril de 1871

Los bolcheviques rusos se veían a sí mismos como los nuevos comuneros parisinos dispuestos a asaltar los cielos. El triunfo de la insurrección militar en Petrogrado parecía confirmar el éxito de la toma del cielo por asalto, que, tras la implantación del Consejo de Comisarios del Pueblo presidido por Lenin, había dado lugar a un gobierno revolucionario, listo para implementar medidas de carácter socialista. Lo sucedido en los meses posteriores al triunfo bolchevique puso de manifiesto la divergencia entre lo deseado e inicialmente previsto, y lo posible y necesario tras el choque con la realidad. Ante un escenario tanto nacional como internacional en extremo adverso, en incontables ocasiones el nuevo régimen se decantó más por «aquello que podía hacer» que por «aquello que quería hacer». Un tremendo ejercicio de realismo donde la continua adaptación —y, en ocasiones la improvisación—, obligada por las circunstancias, se abría paso como la única manera posible de mantener el poder y salvaguardar las conquistas revolucionarias iniciales.

El escenario extremadamente adverso de los primeros meses de 1918 incluía un amplio abanico de campos, desde el político (con un enfrentamiento con la Asamblea Constituyente que acabaría con su disolución) al económico (con una crisis de producción y de subsistencia que sacudía a las ciudades industriales), pasando por el militar (con una nueva ofensiva alemana y los primeros enfrentamientos de la guerra civil) y el diplomático (con el aislamiento internacional del nuevo régimen). Por la temática del presente escrito, centraremos nuestra atención en el campo económico y laboral, sin olvidar el punto de partida: las dificultades materiales para mantener el esfuerzo bélico y satisfacer

las necesidades materiales de la población. Esta se enfrentaba a un pronunciado descenso del valor real de los salarios, de resultas del cual los ingresos de un trabajador medio equivalían al 24% de su valor en 1913. La consecuencia lógica era que el porcentaje del salario dedicado a la alimentación, que en 1913 era inferior al 50%, había llegado a alcanzar el 75% en 1919. A esto cabe añadir el paro provocado por los cortes de energía y la huida de capitales, que dejaron a cerca de un millón de trabajadores industriales desempleados en la primera mitad de 1918.

Las penurias económicas estaban transformando el paisaje urbano y demográfico de las ciudades, con fábricas como Lessner y Erickson con tan solo 200 obreros, mientras que el año anterior contaban con 7.000 trabajadores cada una. Los cambios en la composición sociológica de las ciudades comportaban inevitablemente cambios en la estructura organizativa del partido de vanguardia, que pasó de los 50.000 bolcheviques en Petrogrado al inicio de la Revolución de Octubre, a tan solo 13.000 seis meses después. Como bien describía uno de sus líderes, el dirigente sindical Alexander Shliapnikov, el partido en el poder podía verse reducido a la «vanguardia de una clase que no existía».[1]

Obreros industriales, hombres del saco y trabajadores obligatorios

Ante este panorama, la única alternativa para muchos trabajadores fue convertirse en «hombres del saco» y desplazarse regularmente hasta el campo para aprovisionarse de víveres, a cambio de objetos de valor o de productos fabricados por ellos mismos. Estos ejércitos de «hombres del saco» no hacían otra cosa que aumentar el caos organizativo y la sensación de descontrol que se vivía en las fábricas, donde los comités —encargados de la gestión de las fábricas de cinco o más trabajadores desde el 14 de noviembre de 1917,[2] tras la aprobación del Decreto de Control Obrero— permitían un absentismo que llegaría a afectar a una tercera parte de la plantilla en un día normal de trabajo. Los trabajadores industriales entendieron el decreto como una traslación a las fábricas del decreto sobre la tierra: se repartirían los bienes y la producción industrial de la misma manera que los campesinos se repartían la tierra. De este modo, buena parte del tiempo de trabajo se dedicaba a la fabricación de objetos para inter-

1 Figes, Orlando. *La revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. Barcelona: Edhasa, 2010, p. 668.

2 Según el calendario juliano. Desde el 27 de noviembre según el calendario gregoriano.

cambiarlos por alimentos en el mercado negro, junto con combustible y herramientas de las fábricas: la industria proveía de productos canjeables a los «hombres del saco».

El Decreto de Control Obrero había llevado el asamblearismo a la gestión industrial. El problema era combinar la gestión asamblearia de cada centro de trabajo con la planificación colectiva de la industria. El caos provocado por la falta de coordinación entre los diferentes comités (con casos tan paradigmáticos como el del ferrocarril)[3] llevó al gobierno encabezado por Lenin a emprender, a partir de marzo de 1918, una política de nacionalizaciones en la industria que empezó por el sistema ferroviario, indispensable para superar el problema de abastecimiento que padecían las ciudades y para organizar el esfuerzo bélico, y que acabó caracterizando el famoso comunismo de guerra. Fue precisamente en el ferrocarril donde el sistema taylorista se aplicó por primera vez por parte de los bolcheviques, para racionalizar y optimizar los recursos a fin de aumentar la productividad. Respecto a cómo se plasmaron las intenciones en políticas concretas, debemos destacar dos medidas: por un lado, a instancias de Trotsky, se militarizó el trabajo ferroviario, para eliminar posibles resistencias en un sector donde los mencheviques tenían la mayoría sindical; y, por otro, se instauró el trabajo a destajo, como método para estimular el aumento de la producción. En abril de 1918, y con motivo de su discurso ante el Consejo Supremo de Economía, Lenin ya había anunciado su intención de introducir la remuneración por piezas, además del endurecimiento de las penas ante el incumplimiento de la disciplina laboral. Fue también en la red de transportes ferroviarios donde se pusieron en práctica las primeras experiencias de planificación industrial, para lo cual el Comisariado de Transportes desarrolló un plan de reconstrucción y reparación de las vías de ferrocarril a cinco años vista.

En ese contexto resulta interesante recuperar, entre los escritos de Lenin, el artículo «Las tareas inmediatas del poder soviético», de abril de 1918, en el que se impone un replanteamiento de la dinámica obrerista practicada hasta esa fecha (con todo el poder para los comités de fábrica) y la reorganización de la producción de acuerdo con un criterio de eficiencia económica. Para esto era necesario imponer una planificación centralizada desde el Estado (Consejo

3 Cada línea ferroviaria constituía su propio comité y no permitía que las locomotoras abandonaran su jurisdicción por temor a perderlas a manos de los comités vecinos, por lo que se condenaba a los convoyes a interminables esperas hasta la llegada de otras máquinas a los límites de la jurisdicción donde se encontraban parados. Es fácil deducir las enormes dificultades logísticas que acarreaba esta concepción privativa de los medios de transporte por parte de los comités, a la hora de poner en marcha un sistema de transporte ferroviario integrado a escala estatal.

Supremo de Economía) y asignar técnicos y administradores para dirigir la empresa. El carácter «burgués» de estos técnicos, sus elevados sueldos (que rompían con las concepciones igualitaristas de los primeros tiempos de la Revolución) y el principio de disciplina y autoridad que acompañó a este cambio en la gestión de las industrias fueron interpretados por muchos trabajadores como un regreso a los días previos al triunfo de Octubre. Para la dirección bolchevique, en cambio, se trataba de aprovechar los métodos, técnicas y conocimientos ligados al capitalismo más avanzado para reconstruir el tejido económico, dentro de una orientación socialista marcada por el Estado. La igualdad, como principio máximo en economía, quedaba subordinada a la eficiencia.

El nuevo rumbo adoptado en el frente económico sintonizaba con el ideario defendido por Trotsky en el frente militar: había que reunir a los mejores oficiales, aunque ello comportara en numerosas ocasiones incorporar antiguos oficiales zaristas —de la misma manera que en la industria se recuperaba a los antiguos gestores capitalistas—. Pero la coincidencia iba más allá de las necesidades del momento. Trotsky consideró la posibilidad de extender al resto de la sociedad la dirección centralizada y la férrea disciplina, y propuso métodos coercitivos que se consolidarían con la colectivización forzosa y los planes quinquenales estalinistas. En palabras de Orlando Figes, ambos planteamientos —tanto el de Trotsky como el de Stalin— jugaban con la «fantasía burocrática de imponer el comunismo por decreto».[4] Los planes de Trotsky alcanzaban incluso a los sindicatos, a los que ya consideraba prescindibles en una sociedad socialista donde el Estado obrero velaba por los intereses de los trabajadores. En este punto, Lenin atajó las pretensiones de liquidar el poder sindical, y el IX Congreso (29 de marzo - 5 de abril de 1920) del partido acordó que una parte de los administradores serían nombrados por los sindicatos. La razón de este freno a la ofensiva de Trotsky contra los sindicatos era sencilla: enfrentarse a los sindicatos supondría, según Lenin, el fin del poder soviético. Desde 1919, los sindicatos tenían asignada la tarea de gestionar la industria, pero no de forma inmediata: tan solo una vez que los trabajadores hubieran sido educados y formados convenientemente. Serán, precisamente, los sindicatos y los consejos obreros los encargados de educar políticamente a las masas (marxismo, comunismo...), dentro de las líneas marcadas por el partido.

Siguiendo con los planteamientos de Trotsky, otro de los aspectos de la militarización de la sociedad, con el Estado ejerciendo el ordeno y mando en

4 Figes, Orlando. *La revolución...*, *op. cit.*, p. 785.

el frente laboral, era la implantación del trabajo obligatorio, una implantación que solo podía significar el abandono de la libertad de elección de la mano de obra:

> The introduction of compulsory labor service is unthinkable without the application, to a greater or less degree, of the methods of militarization of labor. This term at once brings us into the region of the greatest possible superstitions and outcries from the opposition [...]. If organized economic life is unthinkable without compulsory labor service, the latter is not to be realized without the abolition of fiction of the freedom of labor, and without the substitution for it of the obligatory principle, which is supplemented by real compulsion.[5]

La idea que subyacía dentro de la promoción del trabajo obligatorio era tan sencilla como poderosa: «he who works not, neither shall he eat».[6] El propio Trotsky desarrollaba esta idea en su informe al IX Congreso del Partido:

> If the organization of the new society can be reduced fundamentally to the reorganization of labor, the organization of labor signifies in its turn the correct introduction of general labor service. This problem is in no way met by measures of a purely departamental and administrative character. It touches the very foundations of economic life and the social structure. It finds itself in conflict with the most powerful psychological habits and prejudices. The introduction of compulsory labor service presupposes, on the one hand, a colossal work of education, and, on the other, the greatest possible care in the practical method adopted. [7]

En esta tesitura, el endurecimiento de la disciplina y el empeoramiento de las condiciones de trabajo se tradujeron en un fuerte incremento de la actividad huelguística en la primera mitad de 1920, con un 75% de las fábricas que vivieron jornadas de protesta durante ese período. Habría que esperar hasta el año 1924 para asistir a un punto de inflexión en el crecimiento industrial soviético —un año después se superarían los índices industriales de 1913—, y el trabajo a destajo (cobro por pieza) sería el principal mecanismo de incentivo

5 Trotsky, León. *Dictatorship vs. democracy (terrorism and communism). A reply to Karl Kautsky*. Nueva York: Workers Party of America, 1922, pp. 137-142.

6 *Ibid*., p. 135. Lenin también insiste en esta misma idea en su texto sobre la emulación: «"He who does not work, neither shall he eat"»—this is the practical commandment of socialism» (Lenin, Vladimir I. «How to organise competition?». *Collected works*, vol. 26. Moscú: Progress Publishers, 1977, p. 414).

7 Trotsky, León. *Dictatorship...*, *op. cit*., p. 136.

para aumentar la productividad de los trabajadores, sin olvidar la promoción de la emulación y la competencia entre diferentes equipos productivos. Todos estos cambios se producirían dentro del marco de la Nueva Política Económica (NEP), iniciada en marzo de 1921. No obstante, la vuelta de los antiguos técnicos y administradores al puesto de mando en las empresas, sumada a la aparición durante este período de los *nepmen* —los nuevos ricos enriquecidos al calor de la legalización del comercio—, haría que dentro del partido se fuera gestando un «resentimiento plebeyo»[8], en palabras de Figes, que será la base de la industrialización acelerada de Stalin, que liquidará a los *nepmen* y pondrá a los técnicos en el punto de mira.

La cultura obrera, entre el Estado y la autonomía

Ante el reto mayúsculo de poner en marcha una economía socialista, los bolcheviques no vacilaron en adoptar los modelos económicos y laborales de políticos y empresarios ideológicamente alejados de sus posiciones (o en las antípodas de su proyecto político), pero que creían poder extrapolar a la realidad soviética en un sentido revolucionario. De ahí que contemporáneos como el alemán Walther Rathenau o el norteamericano Henry Ford se convirtieran en fuente de inspiración para los revolucionarios soviéticos. Del primero tomaron la materialización —durante la Primera Guerra Mundial— de la idea de planificación estatal en industrias clave como la armamentística y la de abastecimientos, y del segundo, la aplicación práctica de la organización científica del trabajo, con la cinta transportadora en la cadena de montaje. [9]

Junto a este pragmatismo político para encontrar soluciones a los problemas reales de la industria, el pilar fundamental en la configuración tanto de la economía socialista como de la nueva sociedad debía ser la educación. Fue el Narkompros, el Comisariado de Instrucción Pública, el que, bajo la dirección del comisario Anatoli Lunacharski, se encargó de la alfabetización y educación pública de acuerdo con una concepción humanista y con voluntad de superar la división entre trabajo intelectual y trabajo manual. Paralelamente a los objetivos gubernamentales en el terreno de la educación y la formación de

8 Figes, Orlando. *La revolución...*, *op. cit.*, p. 839.

9 En el caso del magnate norteamericano, «incluso los habitantes de aldeas remotas conocían el nombre de Ford (algunos de ellos pensaban que era una especie de dios que guiaba la obra de Lenin y Trotsky)» (*ibid.*, p. 809).

los trabajadores, ya existía una tradición asociativa dentro de los círculos obreristas y marxistas rusos interesada en impulsar una cultura proletaria autónoma, como el grupo Vpered (1909-1912), con Alexander Bogdanov a la cabeza —el que había sido, junto a Lenin, cofundador de los bolcheviques—. Siguiendo esta línea debemos destacar la aparición —al calor de la Revolución de Octubre— de Proletkult, una asociación de trabajadores no vinculada ni al Estado ni al partido que también pretendía acabar con la separación entre el trabajo manual y el intelectual. Para Lenin, en cambio, el objetivo primordial no era consolidar una cultura obrera con organizaciones autónomas,[10] sino erradicar el analfabetismo y formar a los trabajadores para capacitarlos en el manejo de la maquinaria industrial. De ahí el desarrollo, también a través del Narkompros, de un sistema educativo politécnico, ideado por Nadhezda Krúspskaya, para socializar los conocimientos técnicos que, siguiendo premisas tayloristas, permitieran poner en marcha una moderna economía industrial y, por extensión, tener la capacidad de dirigir las instituciones estatales.

Junto a la difusión de los saberes técnicos, tanto desde el Estado como desde las organizaciones de trabajadores, también se pretendía promover una verdadera revolución cultural en el mundo del trabajo. Tal y como apunta el magnífico trabajo de síntesis de Jorge Sgrazzutti y Antonio Oliva sobre el taylorismo soviético, se trataba de entender todo el proceso de cambios económicos y laborales dentro de una «una problemática más amplia que se inscribe en el contexto de una revolución cultural, que busca transformar de raíz el funcionamiento económico, pasando por la estructuración de un estado en transición y educando a las masas en estos nuevos desafíos».[11] Los principales medios para lograrlo, según Sgrazzutti y Oliva, eran la emulación, el cooperativismo y los sábados comunistas. En el primer caso, con la emulación se pretendía superar «the incredibly brutal suppression of the enterprise, energy and bold initiative of the mass of the population, of its overwhelming majority»[12] por culpa de la competencia en el capitalismo industrial a gran escala. La emulación socialista, por el contrario, permitiría el pleno desarrollo de las capacidades y talentos de los trabajadores. La organización de la emulación desde el poder socialista consistiría en lograr que «all “communes”» —factories, villages,

10 La desconfianza hacia este tipo de organizaciones ya podemos rastrearla en 1903, en el famoso «¿Qué hacer?» de Lenin, donde se critica la línea sindical de priorizar los objetivos económicos, que puede derivar en reformismo político.

11 Sgrazzutti, Jorge y Oliva, Antonio. «Aportes para la comprensión del taylorismo soviético de Octubre a la NEP (1917-1929)». *Anuario Digital*, núm. 29, 2017, p. 14.

12 Lenin, Vladimir I. «How to organise...», *op. cit.*, p. 404.

consumers' societies, and committees of supplies— must compete with each other as practical organisers of accounting and control of labour and distribution of products».[13]

Pasando al siguiente punto, Lenin entendía que, una vez que la clase obrera se había hecho con el poder del Estado y este poseía el control sobre los medios de producción, el desarrollo del cooperativismo era un paso fundamental en la conformación del socialismo. Un paso que no solo implicaba transformaciones de tipo económico, sino que «the entire people must go through a period of cultural development».[14] Resulta interesante la distinción que se realiza entre el cooperativismo utópico del inglés Robert Owen y sus seguidores —«they dreamed of peacefully remodelling contemporary society into socialism»[15] sin tener en cuenta cuestiones tan fundamentales como la lucha de clases o la conquista del poder político— y el cooperativismo con el Estado en manos de la clase obrera, donde «the mere growth of co-operation» es sinónimo de «the growth of socialism». En sintonía con lo anterior, Lenin concluye que «if the whole of the peasantry had been organised in co-operatives, we would by now have been standing with both feet on the soil of socialism».[16] La previsión más optimista estimaba que se requerirían entre una y dos décadas para que el cooperativismo alcanzara al conjunto de la población (dentro de los esquemas de la NEP).

Finalmente, hay que añadir los sábados comunistas o *subbotniks,* las campañas de trabajo teóricamente voluntario. La denominación de comunistas viene dada en contraste con el calificativo de socialista, que se reservaba para el trabajo social realizado bajo el control del Estado (en manos, claro está, de la clase obrera), el cual estipulaba las condiciones y la remuneración de dicho trabajo. El comunismo, en cambio, haría referencia a un régimen, todavía lejano para los protagonistas de Octubre, «under which people form the habit of performing their social duties without any special apparatus for coercion, and when unpaid work for the public good becomes a general phenomenon».[17]

13 Para Lenin, el programa de esa contabilidad y control del trabajo sería sencillo: «everyone to have bread; everyone to have sound footwear and good clothing; everyone to have warm dwellings; everyone to work conscientiously; not a single rogue (including those who shirk their work) to be allowed to be at liberty, but kept in prison, or serve his sentence of compulsory labour of the hardest kind» (*ibid.*, pp. 413-414).

14 Lenin, Vladimir I. «On co-operation». *Collected works*, vol. 33, Moscú: Progress Publishers, 1973, p. 470. En otro fragmento, Lenin habla directamente de la necesidad de una auténtica revolución cultural, para lograr «the organisation of the entire peasantry in co-operative societies» (*ibid.*, p. 474).

15 *Ibid.*, p. 473.

16 *Ibid.*, p. 474.

17 Lenin, Vladimir I. «Report on *subbotniks* delivered to a Moscow city conference of the R.C.P.(B). December 20, 1919». *Collected works*, vol. 30, Moscú: Progress Publishers, 1974, pp. 284-285.

Llegados a este punto, los sábados comunistas serían, por tanto, una experiencia verdaderamente comunista, al tratarse de «work done to meet the needs of the country as a whole, and it is organised on a broad scale and is unpaid».[18]

¿El marxismo-taylorismo como «doctrina oficial»?

Entre los máximos dirigentes revolucionarios había pocas dudas respecto a que la mejora de la eficiencia laboral y el aumento de la productividad requerían inexcusablemente adoptar las modernas técnicas tayloristas, en el marco de la organización científica del trabajo. Tanto Lenin como Bogdanov apreciaban el taylorismo como un recurso imprescindible para racionalizar la organización del trabajo, pero este último criticaba el interés de Taylor —y de sus seguidores en Rusia, como Alexei Gastev— por el trabajador especializado, pues consideraba que la atención debía centrarse en el nivel del trabajador medio y su implicación en las células de fábrica. Para Lenin, en cambio, y también para Trotsky, el taylorismo, implantado desde el Estado, era la manera de formar a los trabajadores en una moderna producción socializada. La receta era sencilla: había que tomar lo bueno del capitalismo para configurar el socialismo. Los estudios de Frederick W. Taylor del tiempo del trabajo, que buscaban eliminar los «tiempos muertos» dividiendo una actividad laboral en diferentes tareas, cronometrando cada una de ellas y suprimiendo las prescindibles, se adoptarán como el nuevo abecé del comunismo en los centros de trabajo; por extensión, ello convirtió a un perfeccionador del taylorismo como Henry Ford en un verdadero referente revolucionario. Junto a este tipo de estudios, también se incorporarán las investigaciones de Frank y Lillian Gilbreth sobre el tiempo y el movimiento, quienes, a partir de la observación de modelos y fotografías de diferentes trabajadores que realizaban la misma tarea, trataron de dilucidar qué movimientos eran más adecuados para desempeñar dicha actividad según el criterio de máxima eficiencia. Tanto los estudios de Taylor como los de Frank y Lillian Gilbreth partían de dos premisas básicas: existe una manera idónea para realizar cada trabajo, y esta manera idónea debe ser determinada tras un estudio científico. Lenin y muchos bolcheviques compartían ambas premisas, y para consolidar la difusión del taylorismo en Rusia se constituyó el Instituto Central del Trabajo, encargado de formar a los nuevos especialistas.

18 *Ibid.*, p. 286.

Resulta apropiado preguntarnos sobre los orígenes del interés de Lenin por las ideas de Taylor, que acabaría en profunda admiración. Mientras en 1913 define el taylorismo como un «scientific system of sweating»,[19] en 1918, en la version original del artículo «The immediate tasks of soviet government», sostiene que se debe aprender en el socialismo «from the trust managers, we must take a lesson in socialism from capitalism's big organisers [...] we must enlist to the service of the Soviet power a great number of bourgeois intellectuals, especially from among those who were engaged in the practical work of organising large-scale capitalist production».[20] Se trataría de un aprendizaje necesario para el desarrollo económico e industrial del nuevo país surgido del colapso del antiguo imperio de los zares:

> Big capitalism has created systems of work organisation, which, under the prevailing conditions of exploitation of the masses, represent the harshest form of enslavement by which the minority, the propertied classes, wring out of the working people surplus amounts of labour, strength, blood and nerves. At the same time they are the last word in the scientific organisation of production, and as such, have to be adopted by the Socialist Soviet Republic.[21]

Como acabamos de comprobar, Lenin no tendrá ningún problema en elogiar los resultados del trabajo de Taylor, e incluso llegará a afirmar que «we must not for a moment to forget that the Taylor system represents the tremendous progress of science, which systematically analyses the process of production and points the way towards an immense increase in the efficiency of human labour». Se trata, por tanto, de un conocimiento científico que, «properly controlled and intelligently applied by the working people themselves, will serve as a reliable means of further greatly reducing the obligatory working day for the entire working population». En otras palabras, el taylorismo es una herramienta necesaria en la configuración del socialismo. Un socialismo que, una vez instaurado, significará, gracias al sistema de Taylor, reducir la actividad laboral a «six hours of physical work daily for every adult citizen», lo que a su vez permitirá a todos los trabajadores dedicar «four hours of work in running the state».[22]

19 Lenin, Vladimir I. «A scientific system of sweating». *Pravda,* núm. 60, 13 de marzo de 1913. Publicado en Lenin, Vladimir I., *Collected works*, vol. 18, Moscú: Progress Publishers, 1978, pp. 594-595.

20 Lenin, Vladimir I. «Original version of the article "The immediate tasks of the soviet government"». *Collected works*, vol. 42, Moscú: Progress Publishers, 1977, p. 77.

21 *Ibid.*, p. 79.

22 *Ibid.*, p. 80.

La adopción del taylorismo por Lenin no sería más que una consecuencia lógica de sus planteamientos ideológicos, según James G. Scoville: si Marx había realizado un análisis científico del capitalismo y presentaba sus planteamientos como los propios de un tipo de socialismo científico, era natural que sus seguidores adoptaran el taylorismo como ciencia del trabajo.[23]

Respecto a la «conversión» de Lenin al taylorismo, Victor G. Devinatz apunta que el cambio de actitud en el dirigente bolchevique se produce de forma gradual y entendiendo la adopción del sistema de Taylor de forma temporal durante el capitalismo de Estado. Si bien en un artículo de 1914 habla del sistema de Taylor como una nueva forma de esclavitud del hombre por la máquina,[24] que ha reducido el tiempo necesario para completar las tareas en el centro de trabajo «while the capitalist increases profits and the workers have to work many times harder for slightly more pay»,[25] Lenin también disipa cualquier género de duda sobre su utilidad como recurso para aumentar la productividad bajo el control de las organizaciones de trabajadores: «The Taylor system —without its initiators knowing or wishing it— is preparing the time when the proletariat will take over all social production and appoint its own workers'committees for the purpose of properly distributing and rationalising all social labour».[26] Como se encargaría de repetir en «The immediate tasks of the soviet government», tras la Revolución de Octubre se trataba de aplicar «much of what is scientific and progressive in the Taylor system».[27] Una vez obtenido el poder, la adopción del taylorismo, acompañado del trabajo a destajo, resultaba imprescindible para superar las dificultades económicas del momento: «we must organize in Russia the study and teaching of the Taylor system and systematically try it out and adapt it to our ends».[28]

No obstante, esto no debería llevarnos a confundir el pragmatismo de Lenin con un entuasiasmo desmedido por la implementación del taylorismo. Como él mismo se encargaría de reconocer en una reunión del Comité Ejecu-

23 Scoville, James G. «The taylorization of Vladimir Ilich Lenin». *Industrial Relations*, vol. 40, núm. 4, octubre de 2001, p. 625.

24 Lenin, Vladimir I. «The Taylor system-man's enslavement by the machine». *Put Pravdi*, núm. 35, 13 de marzo de 1914. Publicado en Lenin Vladimir I. *Collected works*, vol. 20, Moscú: Progress Publishers, 1977, pp. 152-154.

25 Devinatz, Victor G. «Lenin as scientific manager under monopoly capitalism, State capitalism and socialism: a response to Scoville». *Industrial Relations*, vol. 42, núm. 3, julio de 2003, pp. 514-515.

26 Lenin, Vladimir I. «Taylor system-man's enslavament...», *op. cit.*, p. 154.

27 Lenin, Vladimir I. «Original version of the article "The immediate tasks..."», *op. cit.*, p. 258.

28 *Ibid.*, p. 259.

tivo en abril de 1918, se trataba de un «step back».[29] Para los representantes de la corriente izquierdista dentro del partido, como Yevgueni Preobrazhenski o Leonid Serebriakov, este tipo de planteamientos tan solo podían anticipar la derrota del proyecto socialista, al implicar un regreso a métodos capitalistas. Lenin, en cambio, tenía una visión menos maniquea y más dialéctica acerca del capitalismo: más marxista, en definitiva. El capitalismo no era simplemente la encarnación del mal absoluto, sino, de una forma más compleja y de acuerdo con las palabras de Devinatz, «a combination of the brutal exploitation of workers with great achievements in science and culture».[30] Según este planteamiento, el regreso de los «especialistas burgueses» a la administración (bien sea de las fábricas, bien de las instituciones estatales) no es un problema, siempre y cuando este regreso sirva para formar a los trabajadores en dichas tareas, especialmente a los obreros más conscientes (dentro de la lógica del partido de vanguardia), a fin de que ellos mismos ejerzan en un futuro este tipo de actividades. Por consiguiente, una vez implantado el socialismo, según Devinatz, correspondería a los propios trabajadores decidir sobre la continuidad de los métodos tayloristas. Siguiendo con el debate historiográfico sobre Lenin y su concepción de la organización científica del trabajo, para Scoville, en cambio, la utilización de este tipo de métodos, así como la necesidad de contar con los técnicos especialistas, concebidos como un grupo social diferenciado de la clase obrera, se alargaría algo más en el tiempo. Esto es lo que se puede desprender de la intervención de Lenin en el Consejo Supremo de Economía en abril de 1918, en que se refiere a dichos especialistas como «a separate social stratum, which will persist until whe have reached the highest stage of development of communist society».[31] En consonancia con estas palabras, al hablar de sociedad comunista y no de transición socialista o capitalismo de Estado parece claro que Taylor debería seguir siendo un aliado para los comunistas durante mucho tiempo.[32] Así lo reflejaban los veinte centros de formación e investigación dedicados a la organización científica del trabajo en 1921, por donde habían pasado medio millón de trabajadores.

29 «We, however, must tell the workers: yes, it is a step back, but we have to help ourselves to find a remedy» (Lenin, Vladimir I. «Session of the All-Russia C.E.C. April 29, 1918». *Collected works*, vol. 27, Moscú: Progress Publishers, 1974, p. 301).

30 Devinatz, Victor G. «Lenin as scientific manager...», *op. cit*., p. 517.

31 Lenin, Vladimir I. «Draft theses on the role and functions of the trade unions under the New Economic Policy». *Collected works*, vol. 42, Moscú: Progress Publishers, 1977, p. 384.

32 Scoville, James G. «Was Lenin truly taylorized? A rejoinder to Devinatz». *Industrial Relations*, vol. 43, núm. 2 (abril de 2004), p. 481.

Alexei Gastev, el Ovidio de los ingenieros

Hablar de este tipo de iniciativas respecto a la organización científica de la empresa en la Unión Soviética nos conduce obligatoriamente a referirnos a uno de sus pioneros y su representante más emblemático: el poeta y sindicalista Alexei Gastev, fundador en 1920 del Instituto Central del Trabajo, a quien el poeta ruso Nikolai Aseev calificó como el «Ovid of engineers, miners and metal workers».[33] Su pasión revolucionaria estaba estrechamente ligada a su pasión científica, y así se reflejaba en su obra poética, en la que destacan las seis ediciones de *Poeziya rabochego udara* («Poesía del golpe de trabajo», 1918), donde defiende una visión romántica de la industrialización y concibe al hombre y la máquina como un todo. Los trabajadores, con «nerves of steel» y «muscles like iron rails»,[34] tendrían en las máquinas verdaderas extensiones del cuerpo humano. Su ambicioso objetivo era transformar la sociedad y la cultura rusa de la mano no solo de Marx y Engels, sino también de Taylor, Gilbreth y Ford.

Gastev empezó su formación siguiendo los pasos de su padre, maestro de profesión, y tras pasar por la escuela de magisterio, de la que fue expulsado por su activismo revolucionario, acabaría trabajando en una empresa metalúrgica. Precisamente, el activismo revolucionario sería uno de los rasgos característicos de un hombre más ligado a la revolución que al partido (no se afiliaría hasta 1931), y que terminaría purgado bajo el estalinismo en 1938 y asesinado poco después (entre 1939 y 1941).

Cuando llegó el Decreto de Control Obrero, Gastev era secretario del sindicato del metal y promovió la implantación del sistema de pago por piezas a los trabajadores, interesado por los modernos sistemas de trabajo a destajo. Dicho interés por los aspectos científicos de la organización del centro de trabajo lo llevó a escribir en la revista de Proletkult, que a inicios de los años veinte decía que contaba con cuatrocientos mil miembros y distribuía diez millones de ejemplares de sus publicaciones. Las propuestas de Gastev llegaron hasta las más altas esferas, y la mejor prueba de ello la tenemos en junio de 1921, cuando, tras la petición a Lenin de una línea de financiación para sus proyectos en el Instituto, Gastev recibió cinco millones de rublos en oro.

Para Gastev, los trabajadores industriales podían dividirse en cinco categorías distintas, en función de la habilidad y la creatividad necesarias para poder

33 Así descrito en el poema *Gastev* de Nikolai Aseev. Citado en Bailes, Kendall E. «Alexei Gastev and the soviet controversy over taylorism, 1918-1924», *Soviet Studies*, vol. xxix, núm. 3, julio de 1977, p. 373.

34 Gastev, Alexei. *Poeziya rabochego udara.* Citado en Bailes, Kendall E., «Alexei Gastev...», *op. cit*., p. 374.

desempeñar las tareas asignadas. Según esta particular clasificación, el tipo de trabajo completamente estandarizado y absolutamente carente de subjetividad personal (al cual Gastev asignaba el número 3 dentro de su clasificación) se convertiría en el trabajo por excelencia del futuro, sustituyendo a las restantes categorías. Un futuro donde este tipo de estandarización desembocaría, según Gastev, en un mundo laboral presidido por el anonimato de sus integrantes, que pasarían a ser identificados por letras o por números. La mecanización de las relaciones laborales no sería simplemente metafórica, sino real, ya que «machines from being managed will become managers». Se trataría de un mundo presuntamente armónico presidido por la precisión, donde todos trabajarían al unísono: «the movement of these collective complexes is similar to the movement of things, in which there is no longer any individual face but only regular, uniform steps and faces devoid of expression, of a soul, of lyricism, of emotion, measured not by a shout or a smile but by a pressure gauge or a speed gauge».[35]

El particular sueño utópico de Gastev, que —según Kendall E. Bailes— revisaría posteriormente para dar cabida a una mayor creatividad individual, podría derivar con facilidad en pesadilla distópica para la inmensa mayoría, tal y como reflejó Ievgeny Zamyatin en su novela *Nosotros*, de 1920, donde describe una sociedad en la que el amor está prohibido y el colectivismo mecanizado llevado al extremo deja a los trabajadores —clasificados por números— desprovistos de vida privada. Dejando a un lado las críticas filosófico-literarias a las inquietantes fantasías futuristas de Gastev, otros coetáneos también atacaron sus ideas desde planteamientos políticos, como es el caso de Bogdanov. El histórico dirigente bolchevique pretendía, a través de Proletkult, impulsar una psicología colectivista entre los trabajadores que no apagara su creatividad. Para Bogdanov era imprescindible la existencia de una organización de los trabajadores estructurada a partir de la cooperación. Una cooperación que, en caso de que fuera necesaria la presencia de un supervisor o gestor, la permitiría mediante el reconocimiento de sus compañeros de trabajo, pero no por designación de ninguna autoridad ajena a los propios trabajadores. La idea de Bogdanov era que los roles fueran intercambiables, de modo que se pasara de organizador a ejecutor indistintamente. La crítica más contundente al papel que otorgaba Gastev a los técnicos y capataces era la que formulaba Bogdanov, quien «strongly suspected that lurking behind Gastev's description of proletarian culture was an élite of engineers, standing above the proletariat and con-

35 Gastev, Alexei. *o tendentsiyakh proletarskoi kul'tury*. Citado en Bailes, Kendall E. «Alexei Gastev...», *op. cit.*, p. 378.

trolling it completely».[36] De las filas de Proletkult también surgiría Pavel Kerzhentsev, quien en 1923 fundó la Liga del Tiempo (Liga Vremia), un movimiento de trabajadores que perseguía la máxima eficiencia laboral a partir del compromiso de los propios obreros, organizados en células de empresa (y que, según sus propias cifras, alcanzó los 20.000 integrantes en 1924). El liderazgo en la lucha por la racionalización del tiempo no debía corresponder, según la Liga, ni a los «aristocrats of the working class» ni a los «priests of scientific management».[37] Debían ser los propios obreros los que encabezaran esta campaña contra las pérdidas de tiempo y la extrapolaran a todos los ámbitos de la vida, sin contar con gratificaciones salariales o de cualquier otro tipo tan solo apelando a su orgullo proletario.

Stajanov toma el relevo

La NEP aprovechó las investigaciones relacionadas con la organización científica del trabajo para aumentar la productividad en las fábricas y las conjugó con el fenómeno de la emulación, que, al introducir este tipo de mejoras, pretendía servir de ejemplo al resto de las empresas. Siguiendo con el modelo fordista, estos cambios también fueron acompañados de mejoras salariales para incentivar su adopción por parte de los trabajadores. Pero la liquidación de la NEP y su sustitución por los planes quinquenales y la colectivización forzosa de Stalin significaron un giro radical en la forma de plantear las mejoras en la productividad. Si bien los estímulos de tipo material siguieron existiendo, se combinaron con otros factores —como el miedo a todo tipo de represalias—, dentro de un nuevo marco laboral presidido por el estajanovismo: una estrategia de incentivación de la producción impulsada desde los resortes del poder, pero bajo la apariencia propagandística de un movimiento de base. Según el discurso oficial, el movimiento había nacido entre los trabajadores ideológicamente comprometidos y dispuestos a superar los cálculos (límites) productivos derivados del conservadurismo de administradores y gerentes. Si durante la NEP el gran enemigo que la organización científica del trabajo debía vencer eran los malos hábitos laborales de los trabajadores, con el estajanovismo, surgido durante el período del segundo plan quinquenal (1933-1937), la sombra de la sospecha recaía en el técnico, susceptible de ser visto como un elemento conservador por su falta de entusiasmo ideológico o, directamente, como un contra-

36 Bailes, Kendall E. «Alexei Gastev...», *op. cit.*, p. 380.
37 *Ibid.*, p. 390.

rrevolucionario por sus presuntas acciones de sabotaje. Tal y como apunta Vladimir Shlapentokh, «the movement was closely linked to the mass terror. Along with the purges, the Stakhanovite movement was one of the most important means for legitimazing the rule of Stalin».[38]

El paso del tiempo puso al movimiento estajanovista en su sitio, incluso en la propia URSS. La *Gran Enciclopedia Soviética* es una buena muestra de la evolución conceptual por parte del régimen sobre la verdadera naturaleza del movimiento, tal y como señala el propio Shlapentokh. Mientras en el año 1947 le dedicaba once columnas laudatorias, en 1957 tan solo eran tres (obviando la presunta espontaneidad del movimiento y su manifiesta hostilidad contra los técnicos) y, en 1976, apenas dos columnas (donde ya no se mencionan los teóricos logros en comparación con los niveles de productividad capitalistas).[39] La razón del cambio es sencilla: desde la propia URSS el estajanovismo se asociaba con Stalin, en unos momentos en los que se intentaba pasar página al legado del «zar rojo».[40]

El movimiento, iniciado en el pozo Izmino de Donbass (Ucrania) por Alexei Stajanov el 31 de agosto de 1935 —quien, según el relato propagandístico, logró superar ampliamente la cuota de producción asignada—, tenía poco de espontáneo. Sin Konstantin Petrov, el secretario local del partido —que organizó la puesta en escena para el Día Internacional de la Juventud—, Stajanov difícilmente hubiera llegado a convertirse en Héroe del Trabajo Socialista en 1970. Pero tampoco podemos afirmar que se tratara de una maniobra orquestada desde las más altas esferas del politburó, ni obviar la atmósfera que se respiraba en la industria, donde se animaba de forma entusiasta a intensificar los ritmos de producción. Otra cosa es la utilización que desde la dirección del partido se hizo de las noticias que llegaban de Izmino, cuando Sergó Ordzhonikidze, comisario del pueblo de Industria Pesada de vacaciones en Kislovodsk, leyó el 1 de septiembre de 1935, en la última página de *Pravda,* la gesta de un minero llamado Stajanov, que en su turno de seis horas había extraído 102 toneladas de carbón y ganado 200 rublos. Aunque el mérito del récord no correspondía exclusivamente a Stajanov (pues había recibido la ayuda de dos mineros más), significaba multiplicar la producción individual por 5,23. A partir de este momento se puso en marcha la campaña propagandística a gran escala.

38 Shlapentokh, Vladimir. «The stakhanovite movement: changing perceptions over fifty years». *Journal of Contemporary History*, vol. 23, 1988, p. 268.

39 *Ibd.*, pp. 263-264.

40 Así descrito por Simon Sebag Montefiore en su biografía *Stalin: The court of the red tsar*. Londres: Weidenfeld and Nicolson History, 2003.

En palabras de R. W. Davies y Oleg Khlevnyuk, la idea desde la dirección del partido era «that it would lead to extraordinarily large increases in production, without any further increases in investment», además de ver en ello una oportunidad para «displaying and securing the unity of the nation».[41] La realidad fue que el partido controló en todo momento el movimiento, tanto su orientación política —para atacar a los técnicos e ingenieros y justificar las purgas estalinistas— como su propia composición interna, ya que se ocupó siempre de calcular qué porcentaje de miembros del partido, mujeres o jóvenes debían integrar sus filas.

La dinámica dirigista del movimiento estajanovista, estrechamente vinculada a las estructuras del poder político, también implicó la perversión de los propios valores que decía defender (compromiso ideológico, emulación socialista, objetivos de bienestar colectivo...) y su transformación en un foco de atracción de no pocos arribistas ansiosos de promociones y recompensas. Buena prueba de ello fue la primera conferencia de estajanovistas celebrada en Moscú en 1935, donde los asistentes disfrutaron de privilegios materiales exclusivos de la élite dirigente. Incluso el propio Stajanov aprovechó su fama para abandonar su puesto de trabajo en la mina y convertirse meses después en instructor, y acabó finalmente desempeñando tareas burocráticas y propagandísticas en el Ministerio de la Industria del Carbón.

En cuanto al aspecto económico, el estajanovismo no logró incrementos sustanciales en el rendimiento de los trabajadores, y las mejoras obtenidas en algunos sectores se contrarrestaban con los excesos en la búsqueda de saboteadores. Como apuntan los estudios al respecto, «the effects of Stakhanovism were quite short-lived. Its economic significance already began to decline in 1936, and in 1937-38 it was submerged by large-scale repression in industry».[42]

A modo de conclusión

El recorrido iniciado por los bolcheviques en el poder para salvaguardar la Revolución y avanzar en la construcción del socialismo en el antiguo imperio ruso, a la vez que tomaban el relevo de los inversores capitalistas en la industrialización del país, supuso enormes transformaciones en todos los campos, y el mundo del trabajo no fue una excepción. Allí, en un principio, las transfor-

41 Davies, R. W. y Khlevnyuk, Oleg. «Stakhanovism and the soviet economy». *Europe-Asia Studies*, vol. 54, núm. 6, septiembre de 2002, p. 897.

42 *Ibid.*, p. 898.

maciones trataron de aumentar la participación de los trabajadores en las fábricas y empresas con el Decreto de Control Obrero, pero las necesidades bélicas y logísticas de abastecer a la población en las ciudades acabaron por traducirse en un aumento del control estatal mediante las nacionalizaciones del comunismo de guerra. Para afrontar este tipo de retos mayúsculos, los métodos y técnicas tayloristas se convertirían en aliados de los revolucionarios. Así lo demuestran tanto el apoyo de Lenin y de la dirección del partido a su puesta en práctica, como el desarrollo de todo tipo de iniciativas vinculadas a la organización científica de la empresa, como el Instituto Central del Trabajo dirigido por Alexei Gastev. La búsqueda, a partir de la investigación científica, de la manera más eficiente de realizar y organizar la actividad laboral para obtener el máximo rendimiento se convirtió en un fin revolucionario. Tras el conflicto bélico, la NEP centró sus esfuerzos en recuperar —y, donde fuera posible, aumentar— los niveles de producción y productividad anteriores a la guerra. De acuerdo con este propósito, el taylorismo, sus métodos y la figura de técnicos y administradores, políticamente rehabilitada, desempeñaron un papel clave en la recuperación de la capacidad industrial. La pasión por la racionalización del tiempo como síntoma de modernidad se trasladó a otras esferas de la vida e inspiró movimientos de base entre los obreros, encaminados a lograr su empoderamiento en los centros de trabajo al capacitarlos como gestores y organizadores. El estajanovismo estalinista, si bien continuó la batalla por aumentar la productividad y mantuvo las recompensas materiales, supuso un cambio de paradigma: la discusión no era hasta qué punto los especialistas y organizadores técnicos del trabajo eran aliados en la construcción del socialismo, o cómo traspasar ese tipo de conocimientos al resto de los trabajadores. Ahora las mejoras en la productividad también iban ligadas a descubrir posibles saboteadores entre obreros reacios a los cambios y, sobre todo, entre los «técnicos burgueses», sospechosos habituales durante la época del terror estalinista. La organización científica del trabajo cedía protagonismo a la vigilancia revolucionaria. En cualquier caso, tanto el taylorismo soviético como el estajanovismo estalinista tenían un enemigo común: el tiempo perdido. La diferencia era cómo trataban de encarar el problema y resolver la cuestión, ya fuera a partir de métodos científicos o de un clima de sospecha generalizada. De lo que no cabía duda alguna era de que el tiempo perdido era contrarrevolucionario.

La révolution russe et l'Internationale communiste 1919-1929

Serge Wolikow
MSH Dijon
Université de Bourgogne – CNRS
Fondation Gabriel Peri

Revenir aujourd'hui sur cet événement et cette période, c'est aussi prendre en compte l'étude et la réflexion sur les processus révolutionnaires à l'échelle du monde. À ce niveau, la révolution russe inaugure une nouvelle époque mais bien malin celui qui pourrait nous dire que cette époque marquée par l'irruption des masses sur la scène politique est définitivement révolue... Mais aussi présomptueux ceux qui pourraient affirmer qu'il suffit de se référer à cet épisode pour y trouver la recette toute prête pour les défis des temps actuels, du 21e siècle. À l'échelle mondiale comme à l'échelle des pays européens.

Il reste que la période contemporaine a été en partie inaugurée par la révolution russe aussi bien en ce qu'elle a été initiatrice de bouleversements, d'espoirs et de déconvenues. Mais il ne suffit pas de revenir sur cette expérience historique pour en être digne ou au contraire s'en dégager. La réflexion sur 1917 laisse donc ouverte celle sur les formes contemporaines des révolutions.

Revenir sur la révolution russe répond à plusieurs soucis, en premier lien revenir sur l'événement entendu dans son sens large, c'est à dire l'ensemble du processus révolutionnaire de l'année 1917 en Russie, dans le contexte international de la Guerre Mondiale.

L'ensemble de l'organisation politique du pays qui apparait comme le plus considérable du champ de bataille, c'est un moment où le rapport de force au cours de la Première Guerre Mondiale évolue avec l'entrée en guerre des États-Unis, la dureté des combats, la crise dans les armées européennes face à la prolongation de la guerre.

Il faut évoquer l'histoire de la révolution russe d'un point de vue global et international, en brossant le tableau et le contexte de la Guerre Mondiale, ainsi que l'impact de cette révolution à l'échelle internationale. Pour autant, dire cela ne signifie pas minorer l'histoire concrète de cette révolution en Russie, la même où le processus révolutionnaire se déroule tout au long de l'année 1917. La recherche historique permet de mieux éclairer et de comprendre ce processus en s'appuyant sur la documentation et les nombreuses archives exis-

tant en Russie sur ces événements, encore faut-il qu'ils soient étudiés et pris en compte. Depuis bientôt quatre décennies, de nombreux travaux ont permis le renouvellement de l'histoire de la révolution russe.

Cette intervention vise a montrer la dimension internationale de la révolution d'octobre 1917 en prenant l'exemple de la création de l'Internationale communiste en 1919. Cette organisation mondiale fait partie du projet des révolutionnaires russes qui envisageaient la propagation de la révolution à l'échelle mondiale. L'Internationale communiste est conçue comme le parti mondial de la révolution, avec un centre qui se trouve provisoirement à Moscou. Entre la révolution russe et l'Internationale communiste, il y a une interaction qui s'accentue lorsque s'éloignent les perspectives internationales de la révolution. Le parti bolchevik devient un modèle que tous les partis doivent suivre, de même que la défense de la révolution russe devient leur mission principale. La bolchevisation des partis communistes se nourrit de l'admiration pour l'URSS au moment où sa défense devient primordiale, mais elle représente aussi le déclin du projet révolutionnaire global.

Les origines : la révolution mondiale imminente

En mars 1919, deux ans après la révolution russe, quelques mois après la fin de la Première Guerre mondiale, la proclamation du Komintern s'inscrit dans une longue série de bouleversements qui ont secoué le mouvement ouvrier international. La guerre a fait voler en éclat l'organisation socialiste internationale. Celle-ci, alors que l'agitation révolutionnaire gagne de nombreux pays européens, va-t-elle se reconstituer ? Cela paraît d'autant plus difficile que les divergences et les oppositions suscitées par la guerre ne se sont pas estompées.

Pour autant, les forces qui, au sein du socialisme, se réclament de la révolution et ont porté le drapeau de l'opposition à la guerre sont peu organisées et demeurent hétérogènes, à l'exception de la Russie, où les bolcheviks se sont imposés face aux autres courants socialistes.

Le pouvoir de Lénine et des bolcheviks est menacé en Russie par une montée des oppositions, soutenues par les puissances victorieuses désormais dégagées du conflit mondial et qu'inquiète la contagion révolutionnaire.

C'est dans ce contexte que le congrès fondateur de l'Internationale communiste s'ouvre le 2 mars 1919 à Moscou. Ainsi, après Londres, siège de l'AIT (Association Internationale des Travailleurs) fondée par Marx en 1864, et Bruxelles — siège de l'Internationale socialiste créée en 1889 —, la capitale russe devient le siège d'une troisième Internationale. En 1917, dans ses « thèses

d'avril », Lénine, avait souligné la nécessité d'adopter l'appellation de communiste, « changer la dénomination du Parti » pour désigner le parti bolchevik. Il affirmait déjà le besoin de créer une nouvelle Internationale :

> Thèse n°10**.** *Rénover* l'Internationale. Prendre l'initiative de la création d'une Internationale révolutionnaire, d'une Internationale contre les social-chauvins et contre le « centre ».[1]

Après la « faillite » de l'Internationale socialiste, consommée depuis août 1914, il n'avait cessé, sans succès, d'affirmer ces idées lors des conférences internationales qui, en 1915 et 1916, à Zimmerwald et à Kienthal, en Suisse, avaient rassemblé les socialistes minoritaires opposés à la politique dite d' « Union sacrée », mais divisés sur les perspectives.

Trotsky, dans son projet de manifeste pour la conférence de Kienthal, avait souligné la nécessité d'une régénération par une rupture au sein de la social-démocratie européenne.[2]

Tout au long de l'année 1917, Lénine a insisté sur la nécessité de construire une troisième Internationale. En 1918, l'exercice du pouvoir en Russie et la poursuite de la Guerre Mondiale retardent la mise en œuvre de ce projet, qui prend à nouveau corps après la fin du conflit mondial.

Désormais, la révolution russe paraît annoncer le début d'un processus révolutionnaire international, voire mondial : l'Allemagne et l'ancien Empire d'Autriche-Hongrie sont touchés par des mouvements révolutionnaires. Les forces révolutionnaires, encore minoritaires, s'inspirant de l'exemple russe, défendent l'idée d'une république des conseils ; le mouvement le plus important est celui des spartakistes, dirigés par Rosa Luxemburg et Karl Liebknecht. Pour les bolcheviks, l'extension de l'onde révolutionnaire en Europe est un fait au début de 1919 : « maintenant, le 12 janvier 1919, nous voyons un vigoureux mouvement " soviétique " non seulement dans les différentes parties de l'ancien empire du tsar. »

Faisant contrepoids aux premières défaites de la révolution allemande, début 1919, des soviets sont constitués en Hongrie, et en Grande-Bretagne le système des *Shop-Stewards* (délégués d'atelier) est assimilé à celui des conseils ouvriers.

Dans le même temps, la Russie révolutionnaire, en proie à la guerre civile et à l'intervention étrangère, est encerclée et isolée.

1 *Pravda*, 7 avril 1917, in Lénine, V.I. *Oeuvres complètes,* t. 24. Moscou : Editions en Langue Française, 1953, p. 14.

2 *Naché slovo*, janvier 1916.

Certains partis socialistes, une fois la guerre finie, songent à renouer les fils de l'ancienne organisation internationale et reprennent des contacts. Une réunion internationale est convoquée à Berne en février 1919 par des dirigeants socialistes européens favorables à la reconstitution de l'unité socialistes internationale. Les bolcheviks espèrent mobiliser les énergies révolutionnaires qui s'amplifient dans nombre de pays. La sympathie grandissante dont la révolution russe jouit dans les rangs du mouvement ouvrier de la plupart des pays, l'essor du mouvement révolutionnaire depuis la fin du conflit mondial, surtout en Allemagne, amènent les dirigeants russes, Lénine en premier lieu, à escompter une propagation rapide de la révolution à l'échelle mondiale.

Il s'agit d'accomplir un geste politique et symbolique proclamant la création d'une organisation destinée à impulser le mouvement révolutionnaire et à empêcher toute reconstitution à l'identique de la II[e] Internationale ; c'est le sens, en janvier 1919, de la lettre signée par les dirigeants bolcheviks et par des groupes communistes étrangers résidant en Russie, qui appelle à la tenue d'une conférence internationale fondatrice de l'Internationale communiste.[3]

Les difficultés du voyage, la faiblesse des mouvements révolutionnaires organisés expliquent le petit nombre de délégations présentes à ce congrès, dont les brefs travaux (du 2 au 6 mars 1919) sont dominés par la présence de Lénine, Trotski et Rakovski. Les interventions de Lénine comme les thèses adoptées insistent sur l'actualité de la révolution : les soviets sont présentés comme la forme concrète et la solution pratique enfin trouvées de la démocratie prolétarienne. Dans tous les pays, la question à l'ordre du jour doit être leur développement. Comme en Russie au début de l'année 1917, il convient d'agir pour que les communistes, au sien de ces conseils, convainquent la majorité des travailleurs.

La nouvelle Internationale, dont la création est précipitée par les dirigeants russes, a pour tâche de coordonner et d'impulser ces mouvements révolutionnaires dont la rapide amplification devrait donner corps à la révolution mondiale et, par là même, défendre la révolution en Russie.[4] Lénine, à l'issue de ce congrès affirme son optimisme :

> [...] ce 1[er] congrès de l'Internationale communiste, qui a établi que dans le monde entier les Soviets gagnent la sympathie des ouvriers, nous montre que la victoire de révolution communiste internationale est assurée.[5]

3 Broué, P. *Histoire de l'Internationale communiste*. Paris : Fayard, 1997, p. 77.

4 Mcdermott, Kevin; Agnew, Jeremy. *The Comintern, a history of international communism from Lenin to Stalin*. London : Mac Millan Press Ltd, 1996; Broué, P. *Histoire de l'Internationale..., op. cit.*

5 Lénine, V.I. « Discours du 6 mars 1919 ». *Oeuvres complètes*, t. 28, p. 509.

La révolution en marche semble prochaine

Le Komintern est donc né de la révolution russe et de l'ébranlement qu'elle a suscité dans un monde secoué par la I Guerre Mondiale. L'espoire d'une révolution mondiale et globale, inéluctable et proche, est à la base des textes fondateurs de l'organisation comme de tous ceux qui l'ont préparée et annoncée. Mais la représentation, de ce mouvement révolutionnaire en marche a elle-même une histoire qu'il ne faut pas ignorer si l'on veut comprendre la manière dont la stratégie de la nouvelle Internationale se met en place.

Elle est bien sûr héritière d'une réflexion qui s'est déployée, durant la guerre, au sein de l'opposition socialiste internationale, non sans tension en son sein entre les « centristes » et le courant révolutionnaire dont les bolcheviks se veulent les porte-paroles aux côté des spartakistes. Leurs leaders Karl Liebknecht et Rosa Luxembourg qui viennent d'être assassinés à Berlin sont célébrés par le congrès. La filiation est affirmée par une déclaration solennelle qui dissout l'organisation de Zimmerwald et fait de la 3e Internationale son légataire.[6]

Quand Lénine évoque la création d'une nouvelle Internationale, il met cette initiative en relation avec la situation politique qui est devenue favorable. C'est le sens de son argumentation lors de ses différentes interventions au début de l'année 1919 et surtout lors de la Conférence fondatrice au cors de laquelle ses pronostics sur l'extension de la révolution s'amplifient. Lénine accueille les congressistes en évoquant la situation internationale qui la rend possible.[7]

Les événements sociaux dans de nombreux pays européens semblent annoncer la généralisation d'un processus de décomposition du système impérialiste et de la démocratie bourgeoise marqué par la diffusion du modèle soviétique.[8] Cette imminence affirmée de la révolution justifie la création de la nouvelle Internationale et lui confère un rôle tourné en premier vers la diffusion des idées, la propagande des idées révolutionnaires. La forme de cette révolution en marche est celle d'une guerre civile internationale qui emprunte des chemins nouveaux puisqu'elle passe par des formes inédites de mobilisation, les soviets, comités diverse qui mettent à mal les formes organisées anciennes, partis et syndicats.

6 Signataires : Rakovski, Lenine, Zinoviev, Trotski, Platten. Déclaration faite par les participants de la conférence de Zimmerwald au congrès de l'I.C. in *Manifestes, thèses et résolutions des Quatre premiers congrès mondiaux de l'internationale communiste 1919-1923*. Paris : Librairie du Travail, 1934, p. 16.

7 Lénine, V.I. « Discours d'ouverture ».

8 Lénine, V.I. « Discours de conclusion ». *Oeuvres complètes,* t. 28, p. 501.

À l'échelle internationale, les états nationaux et le système parlementaire sont en passe d'être remplacés par des systèmes politiques de type soviétiques prenant place dans une république internationale des soviets. Si la tâche principale est de diffuser l'expérience russe des soviets, Lénine n'en pense pas moins que le cours des choses, en Europe occidentale sera sans doute différent et plus rapide qu'en Russie ![9]

Parmi les tâches fixées à la nouvelle Internationale il, y a la coordination du mouvement révolutionnaire en plein essor mais qui doit faire face à des ennemis déterminés. Ainsi, le Manifeste adopté par le congrès explique qu'à la différence des Internationales précédentes, la nouvelle est définie par son soutien à l'action révolutionnaire.[10]

En somme, la stratégie du Komintern naissant est de s'appuyer sur la poussée révolutionnaire dans le cadre d'une guerre civile internationale au cours de laquelle il convient en preimier lieu de coordonner les forces sans mettre l'accent sur une structure organisationnelle.[11] La question ne fait d'ailleurs l'objet que de quelques lignes dans les documents adoptés en relation aux instances de la nouvelle Internationale, tandis que rien n'est dit de précis sur les partis adhérents, si ce n'est qu'ils auront un siège au comité exécutif lorsqu'ils deviendront membres du Komintern.[12]

En somme, durant l'année 1919 et alors que la guerre civile en Russie s'intensifie, la création de l'Internationale communiste à l'initiative des dirigeants bolcheviks indique leur espoir d'une expansion de la guerre civile dans toute l'Europe. Absorbés par les enjeux internes, ils consacrent peu de moyens à l'organisation internationale, même si des antennes sont créées à Amsterdam, puis à Berlin.

1920 : Le temps de l'organisation internationale et du volontarisme

En 1920, si la perspective révolutionnaire est toujours réaffirmée avec vigueur et présentée comme proche, l'accent est désormais centré sur l'importance de

9 Lénine, V.I. *Oeuvres complètes,* t. 31, p. 499.

10 «Manifeste de l'Internationale Communiste aux prolétaires du monde entier». In *Manifestes, thèses et résolutions...*, *op. cit.*, p. 34.

11 Sur cette question, une mise au point intéressante in Getzler, Israel. «Lenin's Conception of Revolution As Civil War». *Slavonic and East European Review*, 3, 1996.

12 Pons, Silvio. *La Rivoluzione globale, Storia del communismo internazionale 1917-1991*. Torino : Einaudi, 2012, pp. 25-27.

l'activité politique organisée et sur les sections nationales.[13] Malgré la défaite des forces révolutionnaires en Hongrie et en Bavière, Lénine se félicite de la mobilisation du prolétariat occidental pour défendre la révolution russe et des grèves en Allemagne contre le putsch Kapp des militaires d'extrême-droite.

Cependant, après la victoire militaire en Russie et avec la guerre avec la Pologne, la stratégie du Komintern connaît donc un infléchissement que Zinoviev caractérise de manière schématique.[14]

Les documents adoptés lors du II[e] congrès, en 1920, les résolutions, les statuts ou encore le texte des 21 conditions, sont dominés par la certitude que le vieux monde est au bord du gouffre et qu'il faut sans tarder organiser les forces du prolétariat capables de réaliser et de diriger la révolution en marche :

> Le prolétariat mondial est à la veille d'une lutte décisive. L'*époque à laquelle nous vivons est une époque d'*action directe contre la bourgeoisie. L'heure décisive est arrivée.[15]

Même si Lénine polémique alors contre divers gauchistes allemands ou italiens, c'est surtout la tactique à suivre à l'égard des institutions politiques existantes qui est en cause et non le processus révolutionnaire en tant que tel. La critique sociale et politique nourrit une représentation de la révolution en tant que destruction et disparition d'un monde ancien irrémédiablement condamné. Le capitalisme a transformé en prolétariat l'immense majorité de l'humanité. L'impérialisme a tiré les masses de leur inertie et les a incitées au mouvement révolutionnaire.[16]

Les partis socialistes d'avant 1914 avaient coutume de dénoncer le capitalisme, ses contradictions et ses méfaits. Pour le Komintern, désormais, le capitalisme, parvenu au stade de l'impérialisme, est entré, depuis la guerre et la révolution russe, dans une crise générale irrémédiable. Les institutions parlementaires bourgeoises porteuses, un temps, de progrès, doivent être remises en cause car elles constituent le principal moyen idéologique de la contre-révolu-

13 Agosti, Aldo. «The Concept of World Revolution and the "World Party for the Revolution" (1919-1943)». In *The Internationale Newsletter of Historical Studies on Comintern, Communism and Stalinism*, vol. IV/V, 1997/98.

14 Zinoviev, Grigory. «Ce qu'a été jusqu'ici l'Internationale communiste et ce qu'elle doit être». In *Les questions le plus pressantes du mouvement ouvrier international*, Petrograd : 1920, p. 141.

15 «Résolution sur le rôle du Parti communiste dans la révolution prolétarienne». In *Manifestes, thèses et résolutions...*, *Op. cit.*, p. 49.

16 «Le monde capitaliste et l'Internationale communiste». In *Manifestes, thèses et résolutions..., op. cit.*, p. 78.

tion. Les révolutionnaires doivent à agir pour renverser le système politique de l'État bourgeois en lui substituant une nouvelle organisation étatique fondée sur les conseils d'ouvriers et de paysans.

« La guerre civile est mise à l'ordre du jour dans le monde entier. La devise en est : le pouvoir aux Soviets. » Le système des soviets n'est pas uniquement un principe abstrait que les communistes veulent opposer au système parlementaire : « Les Soviets sont un appareil du pouvoir prolétarien qui, après la lutte et seulement par le moyen de cette lutte, doit remplacer le parlementarisme. »[17]

L'instauration de nouvelles républiques des soviets, en substituant la dictature du prolétariat à celle de la bourgeoisie, est donc l'objectif central des nouveaux partis communistes dont l'action doit être dirigée et organisée par le Komintern : « L'Internationale Communiste devient l'organisateur pratique d'une grande lutte mondiale qui n'a pas son égale dans l'histoire. »[18]

Admettre les partis avec prudence - imposer les 21 conditions

De ce rôle découle une nouvelle responsabilité qui donne au Komintern une dimension inédite.

> Tant qu'un parti ou l'autre vient nous exprimer sa sympathie et qu'il ne s'agit que de cela, l'Internationale Communiste n'a rien à y perdre. Mais quand il est question du désir des partis qui, hier encore appartenaient à la IIe Internationale, d'entrer en corps dans la IIIe Internationale il nous faut être prudent.

Cette prudence débouche sur des obligations et un contrôle des candidats à l'entrée en fonction d'une conception de l'organisation internationale elle-même.

> Il faut, nous semble-t-il, que les partis susnommés[19] se fassent une idée bien nette de ce que devient maintenant la IIIe Internationale et des obligations qu'assume chaque parti en entrant dans son sein.[20]

17 «Les tâches principales de l'Internationale communiste». In *Manifestes, thèses et résolutions..., op. cit.*, p. 43.

18 *Ibid.*, p. 45.

19 Les partis cités sont « le parti indépendant d'Allemagne, le parti socialiste français, le parti socialiste américain, l'Independent Labour Party anglais, le parti socialiste suisse et quelques autres groupes ».

20 *Manifestes, thèses et résolutions...*, *op. cit.*, p. 48.

Il convient donc que ces partis communistes soient disciplinés, décidés et agissent réellement pour la révolution, d'où les 21 conditions posées pour leur admission dans l'Internationale communiste.[21] Ces conditions revêtent un aspect tactique, éliminer les réformistes et les « centristes », censés voler au-devant du succès de l'Internationale. Elles ont aussi une dimension stratégique dans la mesure où il s'agit ainsi de construire un parti mondial de la révolution organisé et centralisé, capable de jouer son rôle dans une situation internationale marquée par l'extension de la guerre civile.

La formation et le développement des partis en Europe

La constitution des partis communistes devient ainsi la question centrale lors du II^e^ congrès de l'Internationale communiste. Les discussions et les décisions qui le concluent tracent les contours de ce que doivent devenir les partis en tant que sections nationales du Komintern. Pour ce faire, elles doivent adopter la nouvelle dénomination de Parti communiste et modifier profondément l'activité qui était demeurée celle des partis socialistes. Les 21 conditions d'adhésion à la III^e^ Internationale, adoptées par le congrès, insistent avant tout sur ce qui doit caractériser désormais l'action de chaque parti. Il s'agit de constituer des partis ayant comme objectif effectif la révolution et la conquête du pouvoir politique.

Combinant activité légale et illégale, disciplinés et déterminés, les partis communistes doivent rompre avec le parlementarisme sans pour autant délaisser le terrain des élections. Il leur faut subordonner l'activité des députés et des journalistes à celle du Parti et enfin rompre avec la politique réformiste, sans renoncer à gagner aux idées communistes la majorité des anciens adhérents des partis socialistes. La nécessité d'un Parti prolétarien est réaffirmée à l'issue de longs débats.

Sur ce point, l'expérience russe n'est-elle point probante ? *A contrario*, les déboires des révolutions allemande ou hongroise ne vont-ils pas dans le même sens puisqu'ils sont expliqués par l'absence d'un véritable Parti prolétarien ?

Il convient donc d'édifier dans tous les pays de nouveaux partis qui se distingueront clairement des anciens partis socialistes dont la « faillite » est rappe-

21 La rédaction des 21 conditions est réalisée pour filtrer et finalement limiter l'adhésion des courants sociaux démocrates jugés inassimilables, comme par exemple les maximalistes italiens ou les « reconstructueurs » français.

lée en permanence. L'adoption de ces 21 conditions d'adhésion à l'Internationale communiste provoque au sien des partis socialistes de chaque pays de grandes discussions que l'on retrouve lors des congrès constitutifs des différents partis communistes construits le plus souvent autour de la minorité révolutionnaire qui affirme sa volonté d'adhérer à la IIIe Internationale et qui, exclue, décide de former un nouveau parti immédiatement désigné comme communiste. Cela dit, les situations nationales sont très diverses : en Allemagne à Halle, en France à Tours, ou en Italie à Livourne.

En somme, si la révolution a triomphé en Russie, ce n'est pas encore le cas au niveau international, malgré l'optimisme qui colore les propos et les réflexions du président du Komintern.

> La guerre civile, loin de s'affaiblir, augmente en intensité. La guerre de la Russie soviétiste contre la Pologne aristocratique a une immense portée internationale et ouvre devant la révolution internationale des perspectives singulièrement favorables.[22]

Présentée de la sorte, la stratégie du Komintern dérive de la situation internationale qui imposerait une structuration renforcée : de la coordination des mouvements on passe à une conception d'un état-major politique centralisé. Au-delà des mots qui justifient l'inflexion c'est bien une conception différente du processus révolutionnaire qui est affirmée par Zinoviev.[23]

Ainsi, la conception d'un parti mondial de la révolution structuré, ayant en charge la conduite et la direction de la révolution mondiale, est seulement formalisée en 1920 et ne surgit ni au cours de la guerre mondiale, ni même au lendemain de la prise du pouvoir par les bolcheviks.

Le congrès des peuples d'Orient à Bakou septembre 1920

Il faut tout d'abord remettre à sa place le congrès des peuples d'Orient. Il se tient à Bakou, en septembre 1920, sous l'égide du Komintern, au lendemain du IIe congrès du Komintern. Bakou, au sud de la Russie soviétique, aux confins des mondes turcs, arabes et non loin du monde indien.[24] Plusieurs

22 Zinoviev, Grigory. «Ce qu'a été jusqu'ici l'Internationale communiste...», *op. cit.*, p. 161.

23 *Ibid.*, p. 163.

24 Chabrier, Edith. «Les délégués au premier congrès des peuples d'orient». *Cahiers du monde russe et soviétique*, vol. 26, no. 1, janviers-Mars 1985, pp. 21-42.

appels avaient été rédigés par le comité exécutif avec le souci d'élargir l'appel bien au-delà des organisations ouvrières.

> Nous nous adressons en premier lieu aux ouvriers et aux paysans du Proche-Orient, mais nous nous réjouirons de voir parmi les délégués des représentants des masses populaires opprimées de pays beaucoup plus lointains — des représentants des Indes —, ainsi que des représentants des peuples musulmans, qui vivent librement en union avec la Russie soviétique.

Il rassemble plus de 2000 délégués venus en dépit des obstacles dressés par les autorités britanniques, mais aussi par l'État turc et l'Iran de sorte que plusieurs délégués trouvent la mort et ne parviennent pas au congrès tandis que d'autres connaissent le même sort à leur retour. A côté des communistes, un peu plus de la moitié des délégués, il y avait de nombreux délégués représentants des mouvements nationaux. Ils viennent en majorité du Caucase et de l'Asie centrale mais on peut noter la présence de délégations venant de Chine, d'Inde et du monde arabe. Les communistes appartiennent à de nouveaux partis à peine créés dans les zones contrôlées par l'armée rouge et les bolcheviks, mais aussi dans des pays limitrophes comme la Turquie ou l'Iran. Souvent il s'agit d'émigrés soit en Europe occidentale, soit en Amérique et le plus fréquemment en Russie. Ils sont divisés et ne représentent en tout état de cause que des mouvements embryonnaires. Pour autant on perçoit lors du congrès en même temps des convergences contre les grandes puissances occidentales, contre la Grande Bretagne en premier lieu, mais aussi des tensions entre la conception bolchevik de la révolution mondiale centrée sur la révolution prolétarienne dans les pays industrialisés et la lutte révolutionnaire pour l'indépendance nationale d'une partie notamment des mouvements musulmans de Russie et de ses confins d'Asie centrale. Zinoviev, habilement, présente les objectifs du Komintern en empruntant pour une part le vocabulaire nationaliste :

> Camarades! Frères! le temps est venu de commencer à organiser une véritable guerre sainte du peuple contre les voleurs et les oppresseurs. L'Internationale communiste se tourne aujourd'hui vers les peuples d'Orient et leur dit : Frères, nous vous appelons à la guerre sainte et d'abord contre l'impérialisme britannique... Que cette déclaration soit entendue à Londres, à Paris, dans toutes les villes où les capitalistes ont encore le pouvoir! qu'elle inspire le serment solennel par les représentants de dizaines de millions de travailleurs d'Orient, qu'en Orient le poids de l'oppression britannique, le joug capitaliste qui pèsent sur les travailleurs doivent cesser!

Malgré tout, certaines voies dissonantes s'expriment malgré l'enthousiasme qui accompagne le congrès. Des dirigeants musulmans, du Turkestan notamment, dénoncent des persécutions contre les rites religieux et mettent en cause des pratiques colonialistes. Les propos de Nabourtabekov sont les plus explicites : « débarrassez-nous de vos contre-révolutionnaires, de vos éléments étrangers qui sèment la discorde nationale, débarrassez-nous de vos colonisateurs travaillant sous le masque des communistes. » Le congrès publie deux manifestes, un conseil de propagande et d'action qui fera long feu mais qui débouche sur la création à Tachkent d'un Institut de propagande et sur l'Université des peuples d'Orient comportant des branches à Bakou et à Irkoutsk, avec bientôt plusieurs centaines d'étudiants.

Les incertitudes de la révolution mondiale : nouveau contexte international et interaction avec la situation russe dès 1921

Dès 1921 cependant, le déclin de l'engouement révolutionnaire international est amorcé : la révolution mondiale n'est plus imminente même si elle reste à l'ordre du jour. Le Komintern, créé puis organisé pour conduire le prolétariat à la victoire dans une révolution déjà amorcée, affronte une situation politique nouvelle, mais étrangement semblable à celle qu'avaient rencontrée les organisations révolutionnaires d'avant 1914 !

L'interrogation centrale porte désormais sur le chemin à suivre pour créer les conditions politiques de la révolution. Que peut être l'action politique révolutionnaire dans une situation non révolutionnaire ? Que signifie dès lors préparer la révolution ? Ces interrogations, toujours présentes dans les débats et les travaux du Komintern à partir de 1921, reçoivent des réponses variables et successives qui ont pour une part scandé l'histoire de la réflexion politique de toute l'organisation.

L'orientation de Front unique : une première tentative d'accommodation

Au début de 1921, les partis communistes, en voie de formation, ont à œuvrer pour réaliser la révolution proche. Pour réaffirmer leur identité ainsi que celle de l'Internationale, il faut donc lancer des actions révolutionnaires exemplaires. Mais les tentatives de ce genre se soldent, au cours du printemps, en Allemagne notamment, par un double échec.

Non seulement l'État bourgeois riposte et réprime le mouvement, mais les communistes, après avoir appelé à des grèves insurrectionnelles et à la mobilisation révolutionnaire, se retrouvent isolés en Pologne, en Italie et en Allemagne. Les envoyés du Komintern se trouvent impliqués dans des événements auxquels il n'est pas rare qu'ils s'opposent. C'est certainement en Allemagne que les questions stratégiques continuent à se poser avec le plus d'acuité.

La direction du PCA, assurée par Paul Levi, est critiquée pour sa politique d'alliance avec les socialistes contre l'extrême droite, au lendemain de la tentative militaire de Kapp d'occuper le pouvoir. Il a, en accord avec Radek qui représente la direction Komintern, adressé une lettre ouverte aux diverses organisations ouvrières pour la défense de revendications communes économiques et politiques contre l'extrême droite.[25] Bientôt, Levi est, personnellement, mis en cause pour son attitude auprès du parti socialiste italien, lors du congrès fondateur du parti communiste à Livourne et il est accusé d'avoir adopté un point de vue différent de l'envoyé du Komintern, Rakosi. On lui reproche d'avoir été trop conciliant avec la tendance centriste de Serrati qui voulait rejoindre le Komintern mais refusait une politique d'exclusion des réformistes. Finalement, la scission fondatrice sera minoritaire, conformément aux attentes de Zinoviev. C'est pourtant le moment où le mouvement ouvrier en Italie connaît ses premières fortes difficultés, et surtout le parti socialiste, l'un des premiers à avoir apporté son soutien à la IIIe Internationale dès 1919.

En Allemagne, les envoyés du Komintern, Bela Kun et Gouralsky, encouragent le lancement d'une grève générale contre le désarmement des milices armées du parti. Cette action de mars, critiquée par Levi, mais soutenue par la nouvelle direction du PCA, tourne à la catastrophe. Malgré tout, Paul Levi est exclu du parti et dans un premier temps le Komintern réaffirme le bien-fondé de son analyse sur la situation révolutionnaire favorable.

Le 10e congrès du PCUS : le tournant de la NEP

Enfin, en Russie, après la révolte des marins et des soldats de Cronstadt contre les bolcheviks alors que la famine est en passe d'atteindre des régions entières du pays, le 10e congrès du parti bolchevik opère un tournant radical, à l'instigation de Lénine. Celui-ci annonce et explique devant une partie des délégués stupéfaits qu'il faut changer de politique économie et abandonner l'espoir de

25 Fayet, Jean-François. *Karl Radek (1885-1939). Biographie politique*. Bern : Peter Lang 2004, p. 360.

la construction d'une société communiste sur des ruines. Il préconise notamment le retour partiel vers une économie de marché, en particulier dans le domaine agricole, la privatisation des petites entreprises et une politique d'ouverture internationale.

Si ce 10e congrès du parti bolchevik, en mars 1921, peut être lu comme celui qui atténue la stratégie révolutionnaire, avec l'adoption de la NEP, il est également celui qui met en place les principes et les modalités du monolithisme idéologique. Ces deux aspects, souvent envisagés séparément, sont imbriqués et difficilement séparables. Ils constituent le nouveau visage du communisme russe qui marque rapidement toute l'activité du Komintern.

Bien que les espérances révolutionnaires s'évanouissent, la plupart des partis communistes et nombre de dirigeants de l'Internationale voient difficilement comment, sans se renier, ils pourraient s'adapter à cet état de fait. D'où la tendance à l'extrémisme de gauche qui prône la valeur exemplaire des actions, même minoritaires, pourvu qu'elles soient marquées de l'esprit révolutionnaire, le cas allemand étant le plus significatif de ce point de vue.

Les contrecoups sur la politique de l'Internationale communiste, 1921 et 1922 : la ligne de Front unique

Lors de son III[e] congrès, en juillet 1921, le Komintern reconnaît, pour la première fois et avec précaution, que la phase révolutionnaire ouverte en 1917 est achevée :

> La première période du mouvement révolutionnaire après la guerre est caractérisée par sa violence élémentaire, par l'imprécision très significative des buts et des méthodes et par l'extrême panique qui s'empare des classes dirigeantes : elle paraît être terminée dans une large mesure.[26]

On propage une nouvelle conception de la révolution mondiale, désormais envisagée comme un processus de longue durée. Ainsi la situation du moment n'infirme pas le pronostic révolutionnaire des communistes :

> La révolution mondiale, c'est-à-dire la destruction du capitalisme, le rassemblement des énergies révolutionnaires du prolétariat et l'organisation du prolétariat

26 «Thèse sur la situation mondiale et la tâche de l'Internationale Communiste», 3[e] congrès de l'IC. In *Manifestes, thèses et résolutions...*, *op. cit.*

en une puissance agressive et victorieuse, exigera une période assez longue de combats révolutionnaires.[27]

Ces analyses sous-tendent la formulation de nouveaux mots d'ordre : « Aller aux masses », « Front unique prolétarien », puis « Gouvernement ouvrier et paysan », qui synthétisent l'orientation autour de laquelle les partis communistes doivent désormais structurer leur activité.

La critique du sectarisme et de l'extrémisme de gauche, fortement exposée par Lénine, débouche sur l'affirmation que la tâche principale du Komintern est, dès lors, d'étendre l'influence des idées révolutionnaires dans la classe ouvrière. La lutte pour les revendications immédiates, jusqu'alors négligées par les communistes et abandonnées aux sociaux-démocrates, prend une importance centrale. Il est ainsi recommandé aux communistes de ne pas « renoncer à combattre pour les revendications vitales actuelles et immédiates du prolétariat, en attendant qu'il soit en état de les défendre par sa dictature ».

Ainsi, lors du 3e congrès de l'IC, le climat n'est plus à l'exaltation révolutionnaire dans lequel baignait le précédent congrès. Le tournant de la politique intérieure russe, l'échec subi par le Parti communiste allemand alimentent les débats. En fait, la direction de l'Internationale, comme celle du parti russe, sont divisées.[28]

Le rôle de Trotski, jusqu'alors effacé dans l'IC, s'affirme durant ce congrès puisqu'il présente un volumineux et stratégique rapport sur la situation économique internationale.[29] Il analyse longuement la politique économique des principaux pays capitalistes et la stratégie de leur classe dirigeante. Soulignant le déclin des puissances européennes par rapport aux États-Unis d'Amérique, il insiste sur les contradictions nouvelles qui opposent les différents pays et les problèmes économiques auxquels ils sont confrontés, après la fin de l'économie de guerre. Le paysage international qu'il brosse met en valeur les possibilités d'action de la politique étrangère russe, mais aussi la reprise en main opérée par les différentes bourgeoisies dans chaque pays.

Dès lors, la priorité doit être accordée aux luttes économiques défensives qui seules correspondent au nouveau rapport de force. Cette analyse réaliste de la situation internationale caractérisée par l'éloignement des perspectives révolutionnaires est reprise par Lénine dans ses interventions sur les questions

27 «Thèse sur la tactique», 3e congrès de l'IC, *Manifestes, thèses et résolutions...*, *op. cit.*, p. 94.

28 Carr, Edward H. *La révolution bolchevique*. t. 3. Paris : Minuit, 1974, pp. 392-393.

29 Cf Trotsky, Léon. *La nouvelle étape*. Paris : 1922. Des extraits substantiels sont publiés dans le recueil de textes présenté par Pierre Broué Trotsky, Léon. *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*. Paris : 1967, pp. 105-112.

tactiques abordées dans un rapport général présenté par Radek. Les deux dirigeants russes polémiquent avec les tenants de la théorie dite de l'offensive.

Seul l'engagement de Lénine et de Trotsky a pu obtenir ce vote qui masque mal la persistance des divergences, notamment parmi les délégations des partis allemands, italiens, tchèques ou polonais. Ce repli stratégique et tactique, opéré non sans difficulté par l'IC concernant la politique des partis communistes européens, trouve son pendant dans le domaine de la politique coloniale et orientale. Les accents révolutionnaires du congrès de Bakou sont absents d'un congrès qui passe brièvement en revue les forces encore faibles des partis communistes d'Asie. La nouvelle politique étrangère russe qui vient d'aboutir à la signature des traités avec la Turquie, la Perse, l'Afghanistan et l'Angleterre affecte l'activité communiste au Moyen Orient ou en Asie centrale.

Explicitement ou tacitement, les dirigeants russes se sont engagés auprès de leurs partenaires diplomatiques à ne pas encourager une activité communiste qui pourrait gêner ceux-ci. Cette contradiction entre les intérêts de la diplomatie soviétique et l'activité de l'IC va dominer durablement le développement des partis communistes dans tous les pays coloniaux en paralysant en partie l'activité communiste dans nombre de pays où la question nationale constitue l'enjeu politique essentiel.

À Moscou, lors de la réunion du 1e Plenum du comité exécutif élargi, en grande partie consacré à la question du front unique, un débat vif se déroule au cours duquel montent les critiques sur la méthode et sur le fonds.

Finalement, fait exceptionnel dans l'histoire de l'IC, l'unanimité n'est pas obtenue puisque les désaccords affirmés par les partis communistes français, italiens et espagnols sont confirmés par leur vote négatif.

Pour autant, cette situation exceptionnelle ne débouche pas sur une crise ouverte. Le poids du contexte est de ce point de vue essentiel. La perspective de la prochaine conférence diplomatique, à Gênes, où la Russie a été pour la première fois officiellement invitée, domine les débats, même si la question des conférences internationales n'est abordée qu'*in fine.* En dépit de la vigueur de leurs critiques, les dirigeants de l'IC font preuve de compréhension à l'égard des partis communistes réticents.

L'essentiel pour la direction de l'IC est la réussite des initiatives internationales liées à la Conférence de Gênes. C'est Radek qui s'explique le plus largement sur le sens de ces réunions internationales proposées dès le mois de décembre par les dirigeants de la gauche socialiste et syndicale. Ces propositions reprises par les communistes doivent permettre d'affirmer la voix du monde ouvrier à côté des États : « Au moment où la bourgeoisie va se réunir pour se partager le monde, il faut unir le prolétariat dans ce qu'il a d'accord minimum. »

« Le nouveau Présidium considère que la déclaration des camarades français, italiens et espagnols peut être admise et semble tout à fait satisfaisante. »[30] Le compromis, évident, est commandé par la conjoncture internationale et les objectifs de l'IC et de l'État soviétique qui souhaitent avant tout réussir leurs grandes manœuvres diplomatiques engagées en Europe. Une certaine tolérance à l'égard de quelques sections nationales récalcitrantes est dès lors un inconvénient mineur.

En somme, la première inflexion stratégique du Komintern recèle tous les éléments qui constituent les contradictions qui ne cesseront de miner progressivement l'organisation. En effet, ce qui se joue à la fin de l'année 1921 et dans le premier semestre 1922 rassemble tous les ingrédients de l'histoire ultérieure de l'Internationale communiste. S'y trouvent imbriquées, la politique intérieure russe dominée par la N.E.P., une modification de la situation internationale marquée par un déplacement des alliances, le lien entre le Komintern et l'État soviétique, leurs rapports avec les différents partis communistes mais aussi avec les autres forces politiques des États capitalistes. C'est enfin la première fois que des relations de coopération entre les différents courants du mouvement ouvrier européen sont envisagées depuis les déchirements de la guerre et de la révolution russe.

Mais les pourparlers, engagés en 1922, entre l'Internationale communiste et les Internationales socialistes lors de la réunion qui se tient en avril à Berlin n'aboutissent pas. Les communistes mettent en avant l'action commune contre le capitalisme tandis que les socialistes soulèvent comme question préalable le sort des socialistes-révolutionnaires et des mencheviks russes, emprisonnés et jugés dans des conditions critiquables. En dépit de ces déboires, le IV^e^ congrès du Komintern, à la fin de l'année 1922, réaffirme son attachement au Front unique mais tire en même temps les conséquences de la fronde qui s'était manifestée contre l'Exécutif en affirmant son autorité sur les sections nationales récalcitrantes.

Le gouvernement ouvrier : un mot d'ordre sans lendemain

Le mot d'ordre du gouvernement ouvrier, adopté lors du 4^e^ congrès en décembre 1922, pousse à son terme logique la démarche de Front unique puisqu'il

30 *Compte-rendu de la Gestion du Comité Exécutif de l'Internationale Communiste (1920-1921)*. Moscou : 1921, p. 225.

définit l'attitude des communistes face à des gouvernements dirigés par des socialistes et qu'il donne une perspective gouvernementale aux actions communes, en envisageant même les conditions dans lesquelles les partis communistes pourraient participer à un gouvernement. Cette nouvelle orientation représente plus qu'une simple modification de l'activité communiste, elle lui donne de nouvelles dimensions, celle de la durée et de l'insertion dans les luttes politiques nationales des pays d'Europe et d'Amérique du Nord. Elle a des effets concrets sur la politique des partis communistes d'Extrême-Orient, en Chine notamment. Elle est une tentative pour enraciner politiquement les partis communistes dans des pays où il n'y a plus de perspective révolutionnaire et où le mouvement ouvrier organisé demeure majoritairement sous l'influence social-démocrate. Sur le moment, la mise en œuvre de l'orientation de Front unique reste limitée, tout au moins en Europe. Dans les différents partis communistes, les réticences sont très fortes : elles expriment d'une façon ou d'une autre la difficulté de ces partis, alors que les cicatrices de la scission ne sont pas refermées, à se situer par rapport à la social-démocratie dans le cadre d'une politique d'alliances et de lutte commune pour les revendications immédiates. Les dirigeants de l'Internationale communiste ont d'ailleurs conscience que la nouvelle orientation peut être dangereuse pour leur identité même. Lorsqu'en Allemagne, en 1922 et 1923, en Saxe et en Thuringe, les communistes sont conduits à participer à des gouvernements régionaux de coalition avec les socialistes, ils sont entraînés avec eux dans l'échec de ces expériences gouvernementales brisées par les forces conservatrices du régime de Weimar.

Au niveau syndical, cette orientation a cependant des effets positifs immédiats en permettant d'asseoir l'influence communiste dans les syndicats de certains pays, particulièrement en Tchécoslovaquie.

Mais au total, le bilan est maigre, malgré les propos des dirigeants de l'Internationale communiste, Zinoviev le premier, qui affirment la pérennité de cette orientation en dépit des difficultés rencontrées. Elle est, en fait, progressivement abandonnée au profit d'une nouvelle orientation adoptée lors du V^e^ congrès en juin 1924, le congrès dit de la bolchevisation.

Que reste-t-il de la révolution mondiale et de la révolution russe à la mort de Lénine ?

Quand Lénine meurt en janvier 1924, la situation du Komintern est difficile. La plupart des problèmes posés dès 1921 n'ont pas été résolus : si l'organisation des partis communistes est faible, leur audience également. La social-démocra-

tie européenne a reconstitué ses forces et bien souvent accru son audience. La domination mondiale des bourgeoisies européenne et américaine est installée, même si elle se heurte à des mouvements nationaux en Afrique du Nord ou au Moyen-Orient. Mais, sauf en Chine, où s'amorce un mouvement national révolutionnaire, avec les communistes, du moins jusqu'en 1927, et bien sûr en URSS, cette domination se maintient.

Le 5e congrès de l'Internationale communiste - juillet 1924 : la bolchevisation et l'abandon du front unique

Lors du Ve congrès, en juillet 1924, le premier qui se tient en l'absence de Lénine, Zinoviev accepte difficilement l'effondrement de la perspective révolutionnaire, présente aux origines de l'organisation communiste. Lors du 5e plénum du comité exécutif de l'Internationale, en avril 1925, et surtout en 1926, au cours des 6e et 7e réunions de cette même assemblée, il devient tout à fait évident que l'hypothèse optimiste de Zinoviev ne tient pas. Pourtant, celui-ci, rejoignant Trotski sur ce point, lie le sort de l'URSS à celui de la révolution mondiale.

Ce qu'il est convenu d'appeler le « tournant à gauche » du Ve congrès procède bien davantage des problèmes intérieurs à l'Internationale que des changements dans une situation internationale dont la stabilisation s'affirme à ce moment-la.[31] Officiellement, le Ve congrès de juin 1924 ne marque pas la disparition de l'orientation de Front unique. Pour autant, celle-ci est alors substantiellement modifiée et amoindrie. Apparaissent les linéaments, encore épars, d'une nouvelle orientation, à la fois gauchisante et dogmatique, alliant le volontarisme de l'analyse et de l'action avec le repli sur une organisation communiste dont la centralisation bureaucratique est renforcée.

Les procédures décisionnelles au sein de l'Internationale communiste, connaissent, dès cette époque, une sensible évolution marquée par le déclin des grandes assemblées représentatives, que ce soit les congrès, mais aussi les plénums élargis du comité exécutif, au profit des organismes restreints, présidium et secrétariat, dont le rôle grandit. Les infléchissements stratégiques, la modification des analyses ou des interventions de l'Internationale communiste sont désormais enregistrés a posteriori lors des congrès ou des plénums élargis avec un certain retard par rapport à leur mise en œuvre effective.

31 Andreu, Maurice. *L'internationale communiste contre le capital, 1919-1924*. Paris : PUF, 2003.

L'« opposition unifiée » affirme jusqu'en 1927 que le Komintern doit agir autrement pour étendre la révolution mondiale en tirant argument des défaites subies en Grande-Bretagne ou en Chine par les mouvements de masse impulsés par les communistes. Pour elle, le schéma de la révolution mondiale reste inchangé : temporairement ralentie, il faut qu'elle reparte pour permettre à l'URSS de construire le socialisme.

À l'inverse, dès la fin de 1924, Staline, puis Boukharine, développent une conception toute différente. Pour le premier, puisque à l'échelle internationale la révolution marque le pas, et comme aucun parti communiste n'a réussi à prendre le pouvoir, l'URSS est devenue l'expression concrète de la révolution mondiale. En conséquence, la construction du socialisme en URSS, c'est-à-dire dans un seul pays, devient l'objectif révolutionnaire le plus élevé de la nouvelle période. En aidant l'URSS, les divers partis communistes contribuent à défendre et consolider les positions de la révolution mondiale, assimilée au sort de l'URSS. Cette perspective a le mérite de proposer aux partis communistes une conception cohérente de la révolution mondiale, mais elle met en cause les fondements de l'identité du Komintern !

Il revient à Boukharine d'offrir une conception plus large et différenciée de la révolution mondiale qu'il précise de 1926 à 1928, du 7e plénum au VIe congrès. Il développe ainsi une idée envisagée par Lénine et Trotski, en 1921-1922, d'un processus révolutionnaire mondial de longue durée connaissant des avancées et des reculs. Brisant avec une vision homogène, il distingue trois composantes qu'il appelle les « colonnes de la révolution mondiale » : l'URSS qui construit le socialisme, le mouvement ouvrier révolutionnaire des grands pays capitalistes occidentaux, et les mouvements nationaux des pays colonisés ou dominés. Cette vision de la révolution mondiale, comme processus articulé, confère une autonomie relative à ses différentes composantes. Les partis communistes doivent, dans des situations diverses, élaborer leurs propres objectifs. La défense de l'URSS est une dimension concrète de leurs objectifs, mais ne l'épuise pas. Enfin, dans l'immédiat, Boukharine, largement sceptique sur les possibilités révolutionnaires en Europe, place ses espoirs dans les mouvements nationaux et révolutionnaires d'Orient dont on perçoit les prémisses en Extrême-Orient notamment, malgré le retournement de la situation en Chine.

Jusqu'en 1928, les conceptions de Staline et de Boukharine cohabitent et l'emportent sur celles de l'opposition parce qu'elles apparaissent plus réalistes et plus cohérentes, notamment aux fonctionnaires des partis et du Komintern. Lors du VIe congrès, même si le programme du Komintern, adopté alors, représente les idées de Boukharine, celles-ci sont critiquées et finalement rejetées

comme droitières et opportunistes parce qu'ignorant la nouvelle radicalisation révolutionnaire dans les pays capitalistes occidentaux.

C'est finalement, lors du 10e plénum, en juin 1929, que les conceptions boukhariniennes laissent la place à la conception stalinienne centrée sur l'URSS, mais qui reprend cependant les idées de l'ancienne opposition sur une vague révolutionnaire imminente liée à la détérioration de la situation internationale.

La survenue de la révolution mondiale est désormais subordonnée à l'arrivée d'un nouveau cycle de guerre et de révolution. La défense de la Russie révolutionnaire tient désormais lieu d'horizon révolutionnaire pour les partis communistes et pour l'Internationale communiste, dont la subordination à la politique extérieure de l'URSS s'affirme.

Las miradas sobre la Revolución

Andreu Mayayo i Artal
Universitat de Barcelona

> Los hombres hacen su propia historia, pero no lo hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias en que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.
>
> Karl Marx, *18 Brumario de Luis Bonaparte*

El siglo xx amaneció con una masa compacta de trabajadores surgida de las tinieblas avanzando con decisión hacia la luz. *Il quarto stato* (1901) de Giuseppe Pellizza da Volpedo tardó diez años en tomar cuerpo en un diálogo constante entre la realidad y el deseo, en pleno apogeo de la cuestión social. En la primavera de 1891, Pellizza asistió a una manifestación de protesta de los jornaleros de su pueblo —Volpedo, un pequeño municipio de la provincia piamontesa de Alessandria fronterizo con Lombardía— en la plaza Malaspina, presidida por la imponente casa solariega de los señores que daban nombre a la plaza. El impacto emocional fue tan grande que, a finales de abril, completó el boceto de la obra titulada *Ambasciatori della fame*, en el que tres hombres encabezan una muchedumbre compacta, dispuestos a hacerse oír y plantear sus reivindicaciones.

En 1895 retomó el boceto y, tras tres años de duro trabajo y provisto de nuevos apuntes e incluso de fotografías de sus vecinos, realizó un imponente óleo sobre tela que bautizó como la *Fiumana*, en el que, por una parte, subrayó la vigorosa riada humana, cargada de razones e imparable, y, por la otra, incorporó en el trío a una mujer desesperada con un bebé en brazos, que interpela a la figura central de la escena, en clara alegoría a la Humanidad, con lo que, al fin y el cabo, lo dotó de una impresionante fuerza teleológica de carácter universal. Por si no fuera suficiente la pintura, el propio autor remachó su mensaje de compromiso social con un poema escrito en el margen de la tela dedicado a la emergencia de «gente corriente que alimenta la riada de la Humanidad», donde abstenerse es un delito y, en un claro guiño a Karl Marx, instando a los filósofos a dejar los libros y a encabezar un movimiento que

viene de lejos y que, con determinación y sin fisuras, se dirige hacia el resplandeciente sol de la justicia.[1]

Pellizza, sin embargo, no estaba del todo satisfecho del resultado y, bajo la impresión de la masacre de Bava Beccaris, emprendió la tercera remodelación del cuadro, esta vez definitiva. Dicha masacre se perpetró en mayo de 1898 a raíz de una revuelta popular de los trabajadores milaneses en protesta por las condiciones de vida, que fue sofocada a sangre y fuego por el general Fiorenzo Bava Beccaris con un balance de decenas de muertos, centenares de heridos y miles de detenidos, entre los cuales el núcleo dirigente del socialismo italiano encabezado por Andrea Costa, Filippo Turati y Anna Kuliscioff. Durante tres años, Pellizza trabajó para dotar de mayor personalidad a las figuras centrales y a los personajes de la primera línea de manifestantes, buscando una nueva armonía de formas y colores que el propio autor definiría como una armonía con vida propia y que interpela directamente a los ojos del espectador. El artista deja atrás el concepto de «riada de la Humanidad» y lo sustituye por una inequívoca identidad de clase dispuesta al enfrentamiento —la lucha de clases— y por completo convencida de su imbatibilidad. Finalmente, en 1901 estampó su firma y rebautizó el impresionante lienzo de casi tres metros de alto por cinco y medio de ancho con el nombre de *Il quarto stato*, que constituye el pórtico del siglo de la Revolución Social. Socialista, por supuesto.

Setenta y cinco años más tarde, el director de cine Bernardo Bertolucci utilizó el cuadro como frontispicio de la película *Novecento* (1976), en la que se relata la epopeya de los trabajadores agrícolas del valle del Po en la primera mitad del siglo XX, que culminó con la derrota nazi-fascista de 1945, acompañado con una potente banda sonora de Ennio Morricone. Un año después del estreno de la película, en las primeras elecciones libres en España tras la muerte de Franco, el Partido Comunista de Cataluña (PSUC) se inspiró en el gesto de un personaje del cuadro (el tercero por la izquierda), que extiende las enormes manos abiertas hacia el espectador, para realizar el que se considera el mejor cartel de la campaña electoral, con un lema que hará fortuna: «Mis manos: mi

1 *Il sole nascente* (1904) fue otro de los cuadros más impactantes de la obra de Pellizza da Volpedo. La imagen del sol naciente como símbolo de socialismo será común en la prensa obrera. El propio Garibaldi escribirá a sus amigos de la Romaña un año después de la Comunne: «La Internacional es el resplandeciente sol del futuro» (citado en Arbizzani, Luigi; Bonfiglioli, Pietro y Renzi, Renzo. *Su, compagni, in fitta schiera. Il socialismo in Emilia-Romagna dal 1864 al 1915*. Bolonia: Capelli, 1966). A diferencia de Mazzini, que priorizaba la nación respecto a la cuestión social, para Garibaldi la construcción nacional iba ligada a los intereses de los sectores populares. De aquí que Garibaldi fuera objeto de vindicación por parte del movimiento socialista, y que los partisanos comunistas tomaran el nombre de Brigadas Garibaldi durante la Segunda Guerra Mundial.

capital. PSUC: mi partido». Los comunistas catalanes obtuvieron, en un proceso electoral falto de plenas garantías democráticas, cerca del 20% de los sufragios. Mejor le fue al PSOE, con cerca del 30% en el conjunto de España, que desarrolló toda su campaña electoral (programas televisivos incluidos) bajo los acordes de la banda sonora de la película, la cual, por cierto, no se estrenaría en España hasta el mes de abril de 1978.

En el centenario de la Revolución que ha definido como ninguna otra el siglo XX, merece la pena proyectar, por lo menos, cinco miradas poliédricas y complementarias. En primer lugar, la mirada revolucionaria, que continúa alimentando la épica del nacimiento de la revolución social, de la URSS como patria del socialismo y del movimiento comunista internacional como un factor de lucha por una sociedad de libres e iguales. En segundo lugar, la mirada futurista del socialismo victorioso, sostenida por el desarrollo tecnológico y militar de la URSS a mediados del siglo pasado. En tercer lugar, la mirada contrarrevolucionaria del presente, alimentada por el nacionalismo ruso bendecido por la Iglesia ortodoxa, que conmemora un centenario sin revolución. En cuarto lugar, la mirada melancólica acuñada por Enzo Traverso, necesaria como memoria de futuro, de una memoria de clase y de las luchas emancipatorias. Y, a modo de colofón, la mirada comunista, del viejo fantasma que recorre el mundo al son de *La Internacional* desde la Comuna de París hasta el movimiento de los indignados del 15M español y de Occupy Wall Street, el movimiento real que pretende abolir el estado de cosas presentes.

La mirada revolucionaria

Y el mundo cambió de base,[2] como pregonaba *La Internacional*, el himno de los trabajadores del mundo pergeñado por Eugène Pottier en los días oscuros de la represión de la Comuna de París (1871), musicalizado por el flamenco Pierre De Geyter (1888) y adoptado en 1892 por los partidos y sindicatos obreros de todo el mundo. Fue la banda sonora de la Revolución de Octubre y el himno oficial de la neonata Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El mundo cambió de base, y los parias de la tierra se convirtieron en los protagonistas de la historia. En octubre de 1917, casi medio siglo después de la Comuna de París, la letra del himno cuajó por primera vez y estalló la revolución social. Era la venganza de los siervos —en palabras del príncipe Lvov, jefe del gobierno

2 Mayayo, Andreu y Rúa, José Manuel (eds.). *Y el mundo cambió de base. Una mirada histórica a la Revolución Rusa*. Barcelona: Yulca, 2017.

provisional tras la abdicación del zar, desbordado por los acontecimientos—, el castigo a los propietarios, nobles y religiosos por su comportamiento altanero y brutal durante siglos de servidumbre. En un abrir y cerrar de ojos, se esfumaron más tres siglos de la dinastía de los Romanov, que habían reinado como semidioses la teocracia del imperio ruso con la bendición de la Iglesia ortodoxa.

El 24 de noviembre de 1917, con las noticias todavía frescas del estallido de la revolución bolchevique, Antonio Gramsci publicaba un artículo en el periódico socialista *Avanti* de Milán con un título bien explícito: «La revolución contra *El Capital*». El futuro dirigente comunista y uno de los renovadores más lúcidos del pensamiento marxista criticaba el determinismo económico subrayando la importancia de los factores espirituales y emocionales. La fe religiosa mueve montañas, y la voluntad política abre las puertas a la revolución.

> Es la revolución contra *El Capital* de Carlos Marx. *El Capital* de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la necesidad ineluctable de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera siquiera pensar en su insurrección, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han reventado los esquemas críticos según los cuales la historia de Rusia hubiera debido desarrollarse según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx al afirmar —con el testimonio de la acción desarrollada, de las conquistas obtenidas— que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se pudiera pensar y se ha pensado.

Los bolcheviques (en minoría) liquidaron la Asamblea Constituyente, dieron todo el poder a los sóviets y, con el propósito de defender la revolución, firmaron un humillante tratado de paz con los alemanes y forjaron el nuevo Ejército Rojo, bajo la férrea dirección y disciplina de Trotsky, para combatir a los enemigos de la Revolución (y a sus numerosos aliados extranjeros). No obstante, la Revolución se consolidó y, al mismo tiempo, se extendió por doquier. También con el objetivo de defender al primer Estado socialista del mundo. La naturaleza de la Revolución de Octubre era de carácter internacional, y de ahí la creación del partido obrero internacional: la Internacional Comunista. Los brotes revolucionarios, una vez más, fueron ahogados a sangre y fuego por doquier, empezando por Alemania. Y la URSS quedó como el paraíso socialista vindicado. Un paraíso basado en la nueva economía de comunas, las colectivizaciones y las cooperativas, la alfabetización masiva de niños y adultos, la garantía de asistencia sanitaria para todos. Lenin definió el comunismo como

la suma del sóviet más la electricidad. El sol resplandeciente al alcance de la mano de los protagonistas de *Il quarto stato*.

La épica revolucionaria fue plasmada a la perfección por Serguéi Eisenstein en la película *Octubre* (1927), realizada para festejar el décimo aniversario de la Revolución. Una épica repetida más de cincuenta años después, en formato de Hollywood, por Warren Beatty en la oscarizada película *Reds* (1981), con un presupuesto extraordinario de 35 millones de dólares. Mientras el secretario general del Partido Comunista Italiano Enrico Berlinguer, a tenor de los acontecimientos polacos protagonizados por el sindicato Solidarność frente las autoridades comunistas, sentenciaba que «se ha agotado el impulso propulsor de la Revolución de Octubre», los liberales norteamericanos le otorgaban el Oscar al mejor actor a Warren Beatty por su interpretación de John Reed, el héroe estadounidense enterrado en el Kremlin y autor del relato más conocido de la Revolución de Octubre: *Los diez días que conmovieron al mundo* (1919). La película nos muestra al periodista radical, formado en las aulas de la Universidad de Harvard y futuro fundador del Partido Comunista Norteamericano, a través de la mirada de admiración de la escritora feminista Louise Bryant. Bajo los acordes de *La Internacional*, los protagonistas participan de la euforia revolucionaria asistiendo a mítines, arrojando octavillas por las calles, haciendo el amor y engrosando la multitud de manifestantes, que dan vida a los personajes de *Il quarto stato* avanzando por las calles de Petrogrado con decisión y en formación compacta enarbolando un mar de banderas rojas y sobrepasando a un tranvía obligado a detener su marcha, que recuerda el ensayo de Marshall Berman sobre las disputas (la lucha de clases) entre viandantes en la Avenida Nevski reflejada reiteradamente por la literatura rusa.[3] Curiosamente, el estreno de la película coincidirá con el inicio de la presidencia de Ronald Reagan. Mientras el liberal Beatty rinde su homenaje a la Revolución de Octubre, Reagan abandona los platós cinematográficos y televisivos para protagonizar la triunfante revolución neoliberal.

Dentro del marco revolucionario coexisten múltiples y variadas miradas. En primer lugar, la del poder. La mirada stalinista destaca por su obsesión de fijar un relato a través de la reescritura gráfica. No se trata solo de liquidar físicamente al adversario político, como sucedió en las famosas purgas de los años treinta, sino de borrar su presencia y su memoria en el espacio público, en los libros y en las imágenes fotográficas y cinematográficas. La desaparición de León Trotsky en pleno auge del culto a la personalidad de Stalin, convertido en el amigo predilecto y, por consiguiente, sucesor de Lenin, es conocida pero

3 Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI, 1988.

no es ni mucho menos el único caso de borrado en los álbumes oficiales del PCUS y de la URSS. El diseñador gráfico David King realizó un exhaustivo trabajo de investigación sobre la manipulación fotográfica con que se hacía desaparecer a quienes hubieran caído en desgracia durante el estalinismo. A finales del siglo xx expuso su trabajo en diversas ciudades europeas. Moscú tendría que esperar hasta 2013, cuando fue acogido por el museo de Gulag.[4]

El comunismo tendrá una mirada anticolonialista y antirracista que también merece la pena destacar. La dirigente estudiantil Angela Davis, candidata a la vicepresidencia de Estados Unidos por el Partido Comunista en las elecciones de 1980 y 1984, en que formaba pareja electoral con Gus Hall, siempre pone en valor su condición de mujer, negra y comunista. Lo de mujer y negra es evidente, lo de comunista lo aprendió de los únicos amigos blancos de sus padres, que eran comunistas. Solo los comunistas (y los judíos) eran capaces de reconocer como iguales a los negros. Lo mismo sucederá en la lejana Sudáfrica, donde solo en el Partido Comunista, miembro destacado del Congreso Nacional Africano, compartirán militancia negros y blancos. Durante más de treinta años, el líder de los comunistas sudafricanos será Joe Slovo, un judío de origen lituano casado con Ruth First, una judía de origen letón asesinada en 1982 por los servicios secretos sudafricanos. El 11 de febrero de 1990, en su primera declaración después de salir de la cárcel tras 27 años de reclusión, Nelson Mandela manifestó:

> Saludo al Partido Comunista de Sudáfrica por su genuina contribución a la lucha por la democracia. Habéis sobrevivido cuarenta años de persecuciones sin descanso. Las generaciones futuras rememorarán los grandes líderes comunistas como Moses Kotane, Yusuf Dadoo, Bram Fischer y Moses Mabhida. Saludo al secretario general Joe Slovo, uno de nuestros mejores patriotas. Me complace saber que la alianza entre nosotros [el Congreso Nacional Africano] y el Partido [Comunista] permanece tan fuerte como siempre.

La mirada futurista

La emergencia de la URSS como superpotencia mundial con la derrota nazifascista se consolidará en el año 1949 tras la primera prueba de la bomba ató-

4 King, David. *The commissar vanishes. The falsification of photographs and art in Stalin's Russia*. Nueva York: Metropolitan Books, 1997. El compositor Michael Nyman elaboró la banda sonora del libro con el título *The fall of Icarus*.

mica y el nacimiento de la República Popular China. La URSS alentará el proceso descolonizador como una variante de la lucha antiimperialista, y se convertirá en modelo y punto de referencia de muchos países del llamado Tercer Mundo. En este sentido, cabe enmarcar la estrecha colaboración económica y militar con la India y Egipto, donde no dudó en asumir el esfuerzo económico y la dirección de la gigantesca obra de la presa de Asuán a mayor gloria de Nasser, el nuevo faraón del siglo xx. Tampoco dudó la URSS en abrir los brazos a la revolución cubana, protagonizada por unos jóvenes barbudos observados con cierta distancia y con mucho paternalismo por los propios comunistas de la isla caribeña hasta que la beligerancia de Estados Unidos y las oportunidades geoestratégicas vislumbradas por los soviéticos los convirtieron en el principal soporte de Fidel Castro. El castrismo, bautizado en la nueva fe del marxismo-leninismo, rejuveneció a los propios herederos de la Revolución de Octubre en la misma URSS.

La guerra fría convirtió la guerra del espacio en una guerra virtual, tecnológica e ideológica, entre Estados Unidos y la URSS. Coincidiendo con el cuadragésimo aniversario de la Revolución de Octubre, los soviéticos lanzaron con éxito el *Sputnik-1*, con la perrita Laika de protagonista indiscutible, el primer satélite artificial que consiguió dar vueltas a la órbita de la Tierra. La URSS disponía de la bomba atómica, la bomba de hidrógeno y misiles balísticos intercontinentales capaces de pulverizar a Estados Unidos, de costa a costa, desde su propio territorio. La URSS era una potencia invencible y, además, estaba ganando la carrera del espacio. El 12 de abril de 1961, la URSS era la primera en poner a un cosmonauta en el espacio. Yuri Gagarin, un joven piloto de 27 años, orbitó durante 108 minutos a bordo del *Vostok-1*. Dos años más tarde sería una mujer y más joven, Valentina Tereshkova, quien viajaría por el espacio en el *Vostok-6*. Mientras el mundo admiraba la nueva hazaña soviética protagonizada por Gagarin, Estados Unidos sufría una enorme humillación en bahía de Cochinos con la derrota de los rebeldes cubanos adiestrados por la CIA. En este contexto, pocas semanas después, tuvo lugar en Viena la cumbre entre John F. Kennedy y Nikita Kruschev que dio paso a cierto escenario de distensión, la llamada coexistencia pacífica, que, al margen de la crisis de los misiles cubanos de octubre de 1962, se prolongaría a lo largo de las siguientes décadas.

No nos ha de extrañar que en 1960 los soviéticos, y buena parte del mundo, pensaran que el socialismo era el sol resplandeciente del futuro. En este año se estrenó la historia futurista titulada *En 2017*, en un formato de diapositivas, con textos de V. Strukova y V. Shevchenko y dibujos de L. Smekhov, reproducidas en un proyector casero muy popular en los hogares soviéticos de

aquella época. La mezcla de película y cómic, destinada al público infantil, proyectaba en las 45 diapositivas de la historieta una fascinación por los avances tecnológicos conseguidos en el centenario de la Revolución, más que por los avances sociales, que quizá ya se daban por descontados en 1960.

La colonización del espacio aparecía desde el primer momento, pero también la perforación y conquista del subsuelo gracias a unas potentes y prodigiosas máquinas excavadoras. La nuevas ciudades subterráneas, debido, en parte, a la destrucción ecológica de la superficie, eran el nuevo paraíso socialista donde, dotadas de una energía ilimitada, resplandecía la luz y siempre era primavera. Una gigantesca presa cerraba el estrecho de Bering para controlar las corrientes frías y permitir la circulación de trenes de alta velocidad entre los dos continentes (se suponía que Alaska se había reintegrado a la victoriosa civilización rusa). La robótica rezumaba en todos los hogares, principalmente en la cocina, y las pantallas de videoconferencias instaladas en el salón permitían el contacto directo y permanente con los seres queridos.

A pesar de todo, no era un mundo perfecto y había que estar alerta en todo momento para hacer frente a los desastres naturales o a los provocados por los enemigos del socialismo. En este sentido, en una pequeña isla del pacífico, el último reducto de imperialistas contumaces se había apoderado de armas nucleares y no habían dudado ni un solo instante en detonarlas y provocar enormes tifones en el mar Negro. Con rapidez y eficacia se habían puesto en marcha las imponentes estaciones meteorológicas volantes capaces de controlar el clima y los fenómenos naturales. Los cosmonautas eran recibidos como los nuevos héroes de la paz y del socialismo. En el centenario de la Revolución de Octubre, la seguridad continuaba siendo la principal prioridad del poder soviético.[5]

La mirada contrarrevolucionaria

En 2017, ni los desastres naturales han aminorado el cambio climático ni la amenaza nuclear ha desaparecido de la faz de la Tierra, ni tan siquiera existe la URSS. El sol resplandeciente del socialismo hace más de un cuarto de siglo que se ha ocultado en Rusia y en las otras catorce repúblicas otrora soviéticas.

5 La curiosa historieta futurista fue redescubierta hace pocos años por el petersburgués Serguéi Pozdnyakov mientras rebuscaba en una vieja colección familiar y fue subida fotograma a fotograma a la red social rusa Vkontakte por él mismo. La película relata un día en la vida de Igor Sergeyevich, un joven moscovita que disfruta a diario de los impresionantes avances de la ciencia soviética.

La Rusia actual es hija de la contrarrevolución, de la transición al capitalismo autoritario. La fiesta nacional del 7 de noviembre, en conmemoración de la Revolución de Octubre, dejó de celebrarse en el año 2005 y, a partir de entonces, la fiesta nacional, el día de la Unidad Nacional, se celebra tres días antes, el 4 de noviembre, en conmemoración de la liberación de Moscú de la ocupación polaca, que dio inicio a la tricentenaria dinastía de los Romanov (1613-1917).

El día 4 de noviembre también podría celebrarse en honor a la fecha de nacimiento de Alexander Kolchak (1874-1920), almirante y jefe de las fuerzas contrarrevolucionarias fusilado en Irkutsk. La vindicación de la figura del héroe y mártir de los «rusos blancos», a través de diversas publicaciones, culminó con la inauguración de un imponente monumento en la ciudad donde pereció. En 2008 se estrenó la película de Andrei Kravchuk *El almirante*, producida por la televisión estatal rusa con un presupuesto de veinte millones de dólares —astronómico para las producciones rusas—, aunque el éxito de taquilla obtenido consiguió duplicar los ingresos. El filme vindica sin tapujos el pasado imperial ruso denostado por la Revolución de Octubre. Muy lejos quedan los héroes marineros sublevados contra los sanguinarios e inútiles oficiales del acorazado *Potemkim* retratados por Serguéi Eisenstein. Ahora el verdadero héroe es el almirante que, ante la rendición exigida por el ridículo comité soviético, lanza, desafiante, su espada al fondo del mar. Más contundente es la épica escena de la arenga de Kolchak en medio de la estepa siberiana nevada, en la que los soldados se arrodillan como leales súbditos ante el nuevo zar, con las abigarradas banderas rusas ondeando bajo el azote de un frío —valga la redundancia— siberiano. Las omnipresentes banderas rojas han dado paso a las banderas tricolores (blanco-azul-rojo) de la nación rusa.

El 26 de octubre de 2017, coincidiendo con el centenario de la Revolución, se estrenó en Rusia la película *Matilda* de Alexei Uchitel, precedida por el escándalo y las protestas —en ocasiones violentas— ante los cines que acogieron las sesiones de preestreno y la sede de la productora. El polémico filme, con un presupuesto de 25 millones de dólares, relata la relación sentimental iniciada en 1890 entre el zarévich, el primogénito del zar Nicolás I, y la joven polaca Matilda Kshesínskaya, bailarina del prestigioso Teatro Mariinski de San Petersburgo. A pesar de la estética preciosista y pudorosa de las escenas amorosas, los sectores más integristas de la Iglesia ortodoxa animaron las manifestaciones y las denuncias por blasfemia pues, en su opinión, denigraba la figura del último zar, Nicolás II, elevado a los altares en el año 2000 como consecuencia de su martirio, junto con el resto de su familia, a manos de los bolcheviques. La pasión amorosa de unos jóvenes que rondan los veinte años era para los ultraortodoxos una afrenta a lo que se supone una virtuosa y ejemplar vida de santo.

En el centenario de la Revolución, el poder de la Iglesia ortodoxa es incuestionable, así como su connivencia con el Kremlin, e impone un manto de puritanismo a la sociedad rusa. La conmoción por el pecho descubierto de Matilda tras romperse el tirante del tutú es una metáfora perfecta del autoritarismo político, puesto que se asemeja al pecho descubierto de *La Libertad guiando al pueblo*, el famoso cuadro de Eugène Delacroix, símbolo de la revolución liberal de 1830. El prestigioso director de cine Alexander Sokurov encabezó un manifiesto en contra de la nueva ola de fanatismo religioso promovido por los grupos ultraortodoxos, la peor versión de Estado Islámico en ruso.

Los vaivenes con el himno oficial ruso es otro ejemplo paradigmático de la mirada contrarrevolucionaria del presente. La Revolución de Febrero sustituyó el tradicional *Dios salve al zar* por *La marsellesa* revolucionaria francesa. La Revolución de Octubre daría paso a *La Internacional*, que fue el himno oficial de la URSS hasta 1943. En plena gran guerra patria (o patriótica), Stalin ordenó componer un nuevo himno que consiguiera unir a todos los soviéticos ante la adversidad del momento. Alexander Aleksandrov aprovechó los acordes del himno del Partido Bolchevique, que compuso en 1938, para poner música a la letra escrita por Serguéi Mijalkov. El resultado fue espléndido, Stalin aprobó el nuevo himno en 1944 y millones de soldados iniciaron la ofensiva contra los alemanes cantándolo a pleno pulmón.

A partir de 1956, en plena etapa de desestalinización, tras el XX Congreso del PCUS y la lectura del informe del secretario general Nikita Kruschev, la letra laudatoria a Stalin quedó en desuso. El propio Serguéi Mijalkov recibió en el año 1970 la propuesta de escribir una nueva letra para el himno, que finalmente se aprobaría en el año 1977 y estaría vigente hasta la desaparición de la URSS. El nuevo presidente de la Federación Rusa, Boris Yeltsin, apostó por *La canción patriótica* como nuevo himno en 1992, pero la falta de letra originó numerosas protestas, principalmente entre los deportistas que participaban en los eventos internacionales, en los cuales no podían acompañar el himno con sus cánticos tal como hacían los restantes competidores (salvo los españoles, cuyo himno tampoco tiene letra). En el año 2000, Vladimir Putin recuperó el tradicional himno soviético con una nueva letra del eterno y servicial Serguéi Mijalkov, que empieza afirmando «Rusia, nuestra patria sagrada» y acaba sentenciando «Así fue, así es y así será siempre». Amén.

Volviendo a las películas, la mirada contrarrevolucionaria se suaviza en relación con el poder soviético que permitió la gran victoria en la gran guerra patria. En este sentido, destaca *La batalla por Sebastopol* (2015) de Serguéi Mokritskiy, basada en una de las figuras más veneradas de la Segunda Guerra Mundial: la francotiradora Liudmila Pavlichenko, con 308 muertes acreditadas y amiga de Eleanor

Roosevelt. Stalin continúa siendo el personaje histórico mejor valorado por los rusos de hoy, con un 38%. Un 4% por encima de Vladimir Putin y a veinte puntos de distancia de Lenin. Mientras la Revolución de Octubre se envía al vertedero de la historia, el autoritarismo victorioso de Stalin es un ejemplo que se debe seguir. No nos ha de extrañar que las actuales autoridades rusas, esta vez sí y por vez primera, hayan censurado la exhibición de la película *La muerte de Stalin* (2017) del director escocés Armando Iannucci, una sátira del grupo dirigente del PCUS en los dos días siguientes a la muerte del zar rojo. Una prohibición, sin embargo, que no impide su circulación por todo el país a través de Internet.

La mirada melancólica

La implosión de la URSS fue tanto o más perturbadora que el impacto de la propia Revolución de Octubre. El triunfo del neoliberalismo fue inapelable, e impuso su modelo económico, social, político y cultural a los países del llamado socialismo real. No hubo ninguna posibilidad para el socialismo con rostro humano o para la socialdemocracia. No obstante, la privatización más dolorosa fue la de la utopía social colectiva. Ya solo quedaba espacio para las utopías individuales en un presente dilatado, sin pasado ni futuro. Y para un buen puñado de distopías, entre otras, la del retorno al estado nación. El comunismo ya no era etiquetado simplemente de totalitarismo, equiparándolo al nazi-fascismo, sino enviado directamente al vertedero de la historia, y arrastraba consigo todo tipo de anhelo emancipatorio. Al año siguiente, en 1992, Francis Fukuyama decretaba el final de la historia, la imposibilidad de un futuro diferente y mejor, al menos para la mayoría de una población empobrecida, precarizada y, al fin y al cabo, servil.

La película *La mirada de Ulises* (1995) de Theo Angelopoulos, con fotografía de Yorgos Arvantis, relata una nueva Odisea por los Balcanes asolados por la guerra. La secuencia de una estatua gigantesca de Lenin deslizándose en una plataforma por el Danubio encarna, con una poderosa fuerza visual y una sugerente música melancólica, el funeral del comunismo. Destacan las numerosas personas apostadas en el margen del río que se arrodillan y santiguan al paso de un Lenin abatido y dislocado, con destino a un coleccionista alemán. Harvey Keitel, que encarna el moderno Ulises, se sitúa en la proa del barco y a los pies de la estatua. Una voz pregunta: «¿Quién es?» «Nadie», responde.[6] La derrota es

6 En el canto IX de la Odisea de Homero podemos leer: «¡Cíclope! Preguntas cuál es mi nombre ilustre y voy a decírtelo, pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie. Y Nadie me llaman mi madre, mi padre y todos mis compañeros».

total y absoluta, Lenin ya no señala con el brazo extendido, sino apuntando con el índice hacia el cielo. El pasado se desvanece en el aire y eclipsa el futuro.

Enzo Traverso acierta cuando afirma que el principal problema de la izquierda no es la falta de futuro, sino de pasado, la ocultación de una arraigada tradición emancipatoria.[7] Las políticas públicas de memoria han puesto en el centro de atención a las víctimas, desplazando a los vencidos. Las víctimas de una guerra, de un atentado o de una persecución étnica, religiosa, lingüística o sexual merecen toda nuestra empatía y reconocimiento. Mucho más difícil es vindicar la causa de los vencidos de un proyecto social emancipador ante una cultura dominante adversa, que niega y reniega su existencia. Existen dos miradas hacia el pasado a partir de un rechazo del presente: la nostálgica, que propugna el regreso del pasado, y la del duelo patológico, en palabras de Sigmund Freud, que expresa una tristeza infinita y continuada por la pérdida acaecida y la ausencia permanente. No obstante, Traverso introduce el concepto de melancolía, no asociado al duelo patológico del psicoanálisis, como un sentimiento de rechazo de un presente no grato y de esperanza en la posibilidad de cambiar el presente para ganar el futuro.

De las numerosas derrotas de la izquierda hay dos especialmente dolorosas: la Primavera de Praga (1968), liderada por el secretario general del Partido Comunista Checoeslovaco Alexander Dubcek, y el gobierno de la Unidad Popular chilena (1970-1973), presidido por Salvador Allende. Ambas experiencias, cercanas temporalmente y —en un contexto de guerra fría— en ambos bloques, expresan la voluntad de combinar el máximo de libertades civiles con el máximo de igualdad social, haciéndose eco de la afirmación de Marx, que pregonaba una sociedad de libres e iguales. El socialista Salvador Allende pagó con su vida la ignominia del golpe de Estado alimentado por la CIA como un ejemplo paradigmático de la operación Cóndor, dirigida a la eliminación de la izquierda del Cono Sur latinoamericano. La imposibilidad de reforma del socialismo real fue, en opinión de Dubcek, la causa de la desaparición de la URSS.[8] Para los soviéticos, el peligro de la Primavera de Praga estaba más en las reformas políticas que en las económicas y sociales. Para Dubcek, el socialismo había de garantizar el máximo de libertades civiles, favorecer la máxima autorrealización personal y apostar por una cultura política pluripartidista, sin renunciar al papel dirigente del Partido Comunista en la construcción de la

7 Traverso, Enzo. *Mélancolie de gauche. La force d'une tradition cachée (XIXe-XXIe siècle)*. París: La Découverte, 2016.

8 Dubcek, A. y Hochman, J. *Dubcek: autobiografía del líder de la Primavera de Praga*. Barcelona: Prensa Ibérica, 1993.

hegemonía en un sentido gramsciano. La perestroika de Mijail Gorbachov llegó con veinte años de retraso. Dubcek —que, junto con Vaclav Havel, lideró la «revolución de terciopelo» de 1989— recordaba con los ojos húmedos el día de su detención y secuestro por las fuerzas especiales soviéticas, la madrugada del 21 de agosto de 1968, mientras centenares de personas que rodeaban la sede del Comité Central del Partido Comunista entonaban *La Internacional*.

Enzo Traverso, siguiendo a Walter Benjamin, subraya la importancia de los funerales y del duelo como un factor esencial que liga el compromiso de la lucha con la esperanza en el sol resplandeciente del futuro socialista. Desde las tempranas manifestaciones silenciosas hasta el Muro de los Federados del cementerio del Père-Lachaise de París, en homenaje a los 147 combatientes de la Comuna fusilados el 28 de mayo de 1871 y lanzados a una fosa abierta al pie del muro, el movimiento obrero y la izquierda política han practicado el duelo como una liturgia secular de la esperanza. Mientras que para los creyentes religiosos la esperanza está en la otra vida, para los revolucionarios hijos de la ilustración la esperanza es terrenal.

El historiador italiano pone como ejemplo paradigmático los funerales de Palmiro Togliatti en 1964. Dos millones de personas llenaron de una emoción popular auténtica las calles de Roma y, particularmente, la plaza de San Giovanni. El impacto en el mundo del arte fue extraordinario. Pier Paolo Pasolini incorporó fragmentos del duelo en la película *Uccellacci e uccellini* (1966). El pintor siciliano Renato Guttuso tardó ocho años en dar la última pincelada a *Los funerales de Togliatti* (1972), un impresionante cuadro de 4,40 metros de ancho por 3,40 metros de alto conocido como la capilla Sixtina del comunismo.[9] Entre una gran profusión de banderas rojas —dieciséis, para ser más exactos— que rodean el túmulo donde yace el «Papa rosso», Guttuso incorporó a 140 personajes en blanco y negro de todos los tiempos y lugares, entre los que destacan Enrico Berlinguer, elegido ese mismo año de 1972 secretario general del PCI, y tres mujeres: Dolores Ibárruri, más conocida como la Pasionaria, Simone de Beauvoir y Angela Davis. Y, por supuesto, Nilde Iotti, la compañera de Togliatti, una de las dirigentes más importantes del PCI y la primera mujer en presidir la Cámara de los Diputados.

Veinte años después, un nuevo funeral, el de Enrico Berlinguer, volvería a congregar al «pueblo comunista» en las calles de Roma y la plaza de San Giovanni. Esta vez, a diferencia del funeral de Togliatti, las iglesias no cerraron sus puertas y la televisión pública retransmitió la manifestación de dolor profundo

9 La obra está expuesta en el Museo de Arte Moderno de Bolonia. (Bolonia es la capital de Emilia-Romaña y del comunismo italiano).

presidida por una fotografía característica del secretario general, fallecido en Padua mientras participaba en un mitin electoral de las elecciones al Parlamento Europeo. A Berlinguer le disgustaba que se refirieran a él como un hombre triste, porque no era verdad, tal como replicaba con una amplia sonrisa seductora. La seriedad de Enrico Berlinguer no era triste, sino profundamente melancólica. A buen seguro que hubiera reído de buena gana con la victoria comunista en las elecciones europeas. Por fin se había producido el anhelado *sorpasso* a la Democracia Cristiana, aunque por unas pocas décimas. Y por poco tiempo. Como dice el refrán: la alegría dura poco en la casa de los pobres.

El filósofo comunista Francisco Fernández Buey hacía suya la observación de su colega italiano Mario Tronti, cuando afirmaba que, en la foto de portada del libro de memorias de Rossana Rossanda,[10] la histórica dirigente del Partido Comunista Italiano y fundadora de *Il Manifesto* transmitía con toda intensidad y claridad la melancolía. Y añadía:

> Comparto la observación: ese precioso movimiento de alma sensible, la melancolía, recorre como un hilo rojo las páginas que Rossanda ha dedicado al amor desgraciado y al conflicto interior que produce el desfase entre lo que pudo hacer y lo que se hizo realmente, entre lo que quiso y lo que no fue posible. Sólo añadiría a la observación de Tronti que, en este caso, la lucidez del análisis que acompaña la imagen de la melancolía no remite necesariamente al lector a aquella profunda tristeza que la palabra denota. Al contrario: el lector con convicciones, el lector que haya tenido conciencia de la tragedia del comunismo del siglo XX, aún cerrará el libro de la muchacha del siglo pasado, de la comunista sin carnet, esperanzado. Pues, como dice ella, también nosotros habremos aprendido que no todo lo que no ha funcionado históricamente era políticamente erróneo.[11]

Un año después de la autobiografía de Rossanda, y en la misma editorial, se publicaban las memorias de otro legendario dirigente comunista italiano, Pietro Ingrao, tituladas *Volevo la luna*, con una fotografía de portada de tribuno de la plebe, en plena arenga y con la mano abierta a la altura del rostro. Ingrao, exponente del ala izquierda del PCI, continuaba desconcertado y sin encontrar respuesta al fracaso histórico del comunismo, quizá porque pedía la luna o

10 Rossanda, Rossana. *La ragazza del secolo scorso*. Turín: Einaudi, 2005.

11 Fernández Buey, Francisco. «Las memorias de Rossana Rossanda para el libro blanco del comunismo en el siglo XX». En López Aranal, Salvador y Mir García, Jordi (eds.). *1917. Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias.* Barcelona: El Viejo Topo, 2017. Fernández Buey hacía suya la afirmación de su maestro, el reputado filósofo Manuel Sacristán, que afirmaba «Soy comunista, no marxista».

cosas imposibles, que era el título de su primera autobiografía (*Le cose impossibili*), elaborada en conversación con Nicola Tranfaglia en el año 1990, entre la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS y, lo que es peor, del formidable PCI. Seguramente la reflexión personal más lúcida sobre la historia del PCI, en la segunda mitad del siglo xx, sea la de Lucio Magri, un comunista heterodoxo, fundador de la revista y, posteriormente, periódico *Il Manifesto*. Magri se identifica con el sastre de Ulm[12] del poema de Bertold Brecht escrito, precisamente, en el año 1933. El año del ascenso de Hitler a la Cancillería y de su exilio.

—¡Obispo, puedo volar!
—le dijo el sastre al obispo—.
¡Fíjate, voy a probar!
Y con algo como alas
el sastre subió al punto
más alto de la catedral.
Pero el obispo no quiso mirar.
—Como el hombre no es un ave,
eso es pura falsedad
—dijo el obispo al sastre—.
Nadie volará jamás.
—El sastre ha muerto —la gente
al obispo fue a informar.
Fue una locura. Sus alas
se tenían que desarmar.
Y ahora yace destrozado
en la plaza de la catedral.
—¡Que repiquen las campanas!
Era pura falsedad.
Como el hombre no es un ave
—dijo el obispo a la gente—
¡nunca el hombre volará!
(traducción de Adolfo Celdrán)

El trompazo del comunismo, como el del sastre que queda hecho puré, ha sido proporcional al reto de asaltar los cielos, aunque no estaría de más señalar que la militancia política de los comunistas constituyó uno de los factores más importantes en la lucha por la libertad y la igualdad en el siglo xx. A cien años

12 Magri, Lucio. *Il sarto d'Ulm*. Milán: Il Saggiatore, 2009.

de la Revolución de Octubre, la URSS ya no existe y el comunismo en China es una cáscara vacía de un régimen autoritario y neoliberal. No obstante, la utopía de un futuro diferente y mejor continúa recorriendo el mundo como el fantasma descrito por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* (1848). Recordemos también que el propio Marx definía el comunismo como el movimiento real que abolirá el estado de cosas presentes. El sastre se estampó en los adoquines, pero el obispo estaba equivocado, pues el hombre, a pesar de no ser un ave, ha volado muy alto, incluso ha llegado a la Luna. Nada ni nadie ha podido poner límite a las aspiraciones de libertad e igualdad de los hombres y las mujeres. La rueda de la historia gira sin parar y, a veces, el mundo cambia de base y los nada de hoy todo han de ser.

La mirada comunista

El fin del comunismo estatal (de la URSS) liberó a la Comuna de París del papel que había desempeñado en la historiografía comunista oficial. No obstante, la Comuna tampoco forma parte de la tradición del republicanismo nacional francés. Tal como proclamó uno de sus protagonistas más conocidos, Gustave Courbet: «París había renunciado a ser la capital de Francia».

En su novedosa y estimulante mirada sobre la Comuna, Kristin Ross afirma que el imaginario que nos deja la Comuna de París no es ni el de una clase media republicana nacional ni el de un colectivismo gestionado por el Estado. El lujo comunal, concluye Ross, no es ni el lujo burgués (francés) que lo rodea ni los experimentos colectivistas utilitarios que lo sucedieron y dominaron la primera mitad del siglo xx. La Comuna fue la cuna de la revolución social, de clase antes que nación, y un laboratorio de ensayo de invenciones políticas.

> No merece la pena explicar en detalle hasta qué punto la vida de la gente bajo la forma actual de capitalismo, con el colapso del mercado laboral, el auge de la economía informal y el debilitamiento de los sistemas de solidaridad social en todo el mundo superdesarrollado, recuerda las condiciones de trabajo de los obreros y artesanos del siglo xix que protagonizaron la Comuna: la mayoría de ellos pasaban la mayor parte de su tiempo, no trabajando, sino en busca de trabajo. Se ha hecho cada vez más evidente, sobre todo después de la desintegración de sociedades como la griega y la española, que no todos estamos destinados a ser obreros inmateriales que habitan una tecno-utopía creadora posmoderna tal como algunos futurólogos nos predijeron hace diez años e incluso siguen asegurando hoy en día. La forma en que la gente vive ahora –trabajando a tiempo parcial, estudiando y trabajando al mismo tiempo, a caballo entre dos mundos o hundidos

> en la brecha entre el trabajo que se preparaban para hacer y el trabajo que se encuentran haciendo para sobrevivir, o recorriendo enormes distancias con el fin de encontrar trabajo—: todo esto me sugiere, y también a otros, que el mundo de los comuneros está de hecho mucho más cerca del nuestro que el mundo de nuestros padres.[13]

Marx dejó escrito que lo más importante de la Comuna de París de 1871 no era la presencia entre los insurgentes de un proyecto compartido, sino su propia existencia fáctica. El fantasma que recorría la Europa de 1848 se paseó como un enamorado durante 72 días en la primavera parisina de 1871, una ciudad, cabe señalar, de dos millones de habitantes repleta de asociaciones de todo tipo que clamaban por la revolución social. El susto causado en las clases dominantes provocó una represión sin precedentes, con más de treinta mil muertos, otros tantos encarcelados y 7.000 deportados, que extendieron el anhelo revolucionario por todo el mundo.

A Marx, sin duda alguna, le hubiera gustado contemplar la primavera árabe de 2011 y la ocupación, ese mismo año, de las plazas públicas de medio mundo por parte de los indignados por la crisis económica, financiera y, sobre todo, política. El 15 de octubre de 2011, siguiendo el ejemplo del 15M español y de Occupy Wall Street, salían a la calle millones de ciudadanos en más de mil ciudades de noventa países del mundo. El movimiento era, por supuesto, heterogéneo y de desigual fuerza, pero había dejado de ser un fantasma para convertirse, como decía Marx, en una existencia fáctica. En el mes de diciembre, en el parque de la Lyberty Plaza de Nueva York, personas de todo tipo y condición, que mostraban su apoyo a Occupy Wall Street, desafiaban la negra noche neoliberal cantando una canción que empezó a escribirse 140 años atrás mientras resonaban las ráfagas de muerte de los comuneros. Eran las señales luminosas de las que nos hablaba Marshall Berman,[14] quien debía de estar también cantando a pleno pulmón en su querida ciudad, convertida —esa noche preñada de futuro— en la capital de la República Universal.

13 Ross, Kristin. *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*. Madrid: Akal, 2016, p. 9.

14 Berman, Marshall. «Señales en la calle. Respuesta a Perry Anderson». *Debats*, núm. 9, 1984, pp. 32-42.

El miedo a la Revolución y el anticomunismo

Paola Lo Cascio
Universitat de Barcelona

En este capítulo se intentará esbozar una genealogía cultural de lo que se ha definido como pensamiento anticomunista, tarea, sin embargo, excesiva para ser abordada de manera exhaustiva en una contribución de estas características. Por ello, nos limitaremos a trazar algunas de las líneas principales de las diferentes corrientes de pensamiento que se han opuesto a los grandes cambios revolucionarios, en particular a partir de la victoria bolchevique.

La Revolución de Octubre consolidó un eje de atracción y colaboración de diferentes culturas políticas que se acabaron conjugando en el magma ideológico de lo que se terminó llamando genéricamente «anticomunismo». Si bien el utillaje conceptual de esta poderosa corriente —que desplegó toda su fuerza sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial— era diverso, mostró gran efectividad como agente político. De hecho, del mismo modo que el movimiento comunista marcó de manera indeleble el curso del siglo, también lo hizo en cuanto generó una respuesta contraria capaz de organizar sectores de la sociedad, impulsar políticas de gobierno, trabar alianzas internacionales, movilizar tropas y desencadenar conflictos. En definitiva, capaz de constituirse como actor imprescindible para entender el desarrollo del conjunto del siglo xx.

De una contrarrevolución a otra. Los antecedentes

Es razonable preguntarse acerca del momento en que se empieza a codificar una respuesta ideológica antirrevolucionaria, que acabaría transformándose en una respuesta nítidamente anticomunista. En cierta manera, pues, la raíz del anticomunismo hay que buscarla antes de la propia aparición de las teorías socialistas. En buena parte, porque el resorte primigenio y fundamental, quizá instintivo, que dio origen a esta corriente de pensamiento tiene que ver con el concepto mismo de revolución, entendida como un cambio súbito y radical del equilibrio político y social. En este sentido, el pensamiento antirrevolucio-

nario nació como consecuencia del primer gran acontecimiento plenamente revolucionario de la época contemporánea: la revolución francesa. Sin voluntad de profundizar en un tema que no es objeto concreto de estas páginas, cabe recordar los ataques frontales —aunque distintos entre sí— que protagonizaron pensadores como Edmund Burke y Joseph de Maistre. Burke censuró de manera decidida la propia dinámica de los acontecimientos franceses: el problema no era tanto adónde querían llegar los revolucionarios, sino cómo. Aun aceptando un nuevo equilibrio fundado en la asunción de algunos de los derechos liberales, el filósofo irlandés impugnaba el concepto de ruptura, considerado abstracto políticamente y pernicioso porque implicaba la destrucción inmediata de las estructuras tradicionales, lo que favorecería una desestructuración de la sociedad.[1] De Maistre iría mucho más allá, y es probable que sea el iniciador del paradigma clásico de las ideologías reactivas. Quizá aquí resida la gran innovación del pensador católico francés: en la capacidad de elaborar un sistema de valores cohesionado a partir de una negación, un rechazo y, en definitiva, un miedo. En concreto, a partir de la negación, el rechazo y el miedo provocados por la afirmación de los valores y reivindicaciones defendidos por los revolucionarios franceses. De esta forma, a la racionalidad opondría la fe; a los derechos humanos, el fatalismo; al peligroso individualismo, el comunitarismo tradicionalista y el respeto de las jerarquías tradicionales; al constitucionalismo y a la soberanía nacional, la más estricta teocracia.[2] Lo hacía de forma explícita, sin dar pie a fisuras interpretativas, puesto que afirmaba que lo que vendría después de los hechos franceses no sería «una revolución contraria», sino más bien «lo contrario de la revolución».

Sin embargo, la progresiva difusión de los ideales liberales, la extensión de la industrialización y los poderosos cambios en muchos sistemas institucionales —con la correlativa asunción de poder político por parte de las burguesías otrora revolucionarias— situaron las reivindicaciones que habían impulsado la ruptura de 1789 en el marco estable de los elementos sistémicos. Lo que ahora amenazaba el nuevo equilibrio era un nuevo contencioso, producto de la reivindicación de los derechos políticos —y no ya únicamente civiles—, sobre todo como consecuencia de las tremendas desigualdades generadas por la extensión

1 Por ello, Edmund Burke es considerado más bien el padre del pensamiento liberal conservador, no de la ideología contrarrevolucionaria. Véase Pujals, Esteban. «Introducción: el pensamiento político de Edmund Burke». En Burke, Edmund. *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*. Madrid: Rialp, 1989.

2 Véase Osés Gorráiz, Jesús María. «Joseph de Maistre: un adversario del Estado moderno», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 80, 1993, pp. 225-246. Sobre su influencia en el pensamiento reaccionario español y en concreto en Donoso Cortés, véase Jesús, M. «De Maistre y Donoso Cortés: hermeneutas de lo inefable». *Revista de Estudios Políticos*, núm. 152, 2011, pp. 75-114.

del sistema de producción industrial. El peligro revolucionario ya no venía de unas clases medias y burguesas deseosas de conquistar un protagonismo que en el Antiguo Régimen se les había negado, sino de unas masas proletarias explotadas y sometidas que pedían participación política y un reparto de la riqueza —así como una organización de la producción— que fuera totalmente diferente. En cierta manera, los hechos de 1848 —desde las revueltas democráticas hasta la difusión del socialismo utópico y la publicación del *Manifiesto Comunista*— habían apuntado a eso: la revolución pasaría a ser sinónimo de cambio democrático y socialista, como se había visto en París en febrero de aquel convulso año.

En consecuencia, empezó a cambiar de manera significativa el paradigma antirrevolucionario, moviéndose del antiliberalismo hacia un antisocialismo —e incluso ya un anticomunismo— explícito. Los ejemplos son muchos, empezando por los pensadores católicos como el abad Rosmini, que en 1848 escribía un duro ensayo sobre el socialismo y el comunismo en el que, mientras defendía la propiedad privada como derecho natural e inalienable, atacaba de manera clara la «estadolatria» de las doctrinas socialistas.[3] Pero la maduración de un pensamiento antirrevolucionario claramente antisocialista no se manifestaría solo en el mundo católico: también en 1848 el economista francés Alfred Sudre publicaba un opúsculo titulado *Histoire du communisme ou Réfutation historique des utopies socialistes* [«Historia del comunismo o refutación histórica de las utopías socialistas»][4] destinado a tener una considerable circulación en el país galo y en el conjunto de Europa. Queriendo hacer una reconstrucción heterodoxa, arrancaba su disertación con las teorías platónicas, con lo que realizaba una portentosa ucronía. Pero quizá el aspecto más interesante de esta obra para el tema que nos ocupa sea el juicio formulado sobre la revolución parisina de 1848. Lo que Sudre impugnaba no era siquiera el impulso democrático que llevó a la adopción del sufragio universal masculino, sino lo que consideraba una verdadera aberración, es decir, el intento por parte de los obreros de participar en el poder político para revertir el equilibrio social.[5]

3 Hoevel, Carlos. «Economía e instituciones en el pensamiento de Antonio Rosmini: coincidencias y diferencias con la tradición liberal». *Revista Europea de Economía Política*, vol. 6, núm. 2, 2009, p. 227.

4 Sudre, Alfred. *Historia del comunismo o refutación histórica de las utopías socialistas*. Barcelona: s. i., 1856.

5 «La revolución de 1848 parece que ha venido a sancionar definitivamente en Francia el triunfo de la democracia, puesto que ha destruido el último privilegio social, a saber, el privilegio del censo electoral y de la nobleza. Ya todo ciudadano ejerce con su voto una influencia en el gobierno, ya no ha de inclinar la frente más que al principio que prescribe respeto a la mayoría [...]. Nunca hubo revolución

Más allá de las elaboraciones teóricas de ese momento, e incluso más allá de la manera en que finalmente evolucionaron los acontecimientos franceses, el conjunto de las movilizaciones de 1848 había marcado un antes y un después en la medida en que abrió la puerta al impulso organizativo del movimiento socialista. En otras palabras, las reivindicaciones socialistas, que se habían propagado como una llamarada en el marco de una revuelta que, en su conjunto, todavía era de carácter liberal y burgués, se iban consolidando, adquiriendo carácter de permanencia. La revolución socialista ya no sería solo el peligro extemporáneo en un momento de ruptura, sino también un verdadero programa político que organizaría a millones de trabajadores en todo el mundo. Se transformaría, así, en un actor cada vez más protagonista de la escena política, y generaría una creciente oposición por parte de gobiernos y opiniones públicas conservadoras.

El cambio en la percepción de la «peligrosidad» del movimiento socialista internacional se vería de manera muy clara con ocasión de la Comuna de París.[6] El contraste entre las posibilidades de supervivencia de aquel experimento político y la dureza de la represión fue prueba evidente de ello: un auténtico miedo se extendió por todas las cancillerías como consecuencia de aquellas pocas semanas de gobierno obrero. Miedo de una posible dinámica de propagación y, a la vez, conciencia del crecimiento y la extensión de la fuerza del movimiento obrero internacional.

Así pues, cambiaría una vez más el paradigma antirrevolucionario y —en más de un caso— se postularían una serie de medidas concretas. De hecho, tanto desde un punto de vista teórico como desde un punto de vista práctico, se alternaría entre la oposición frontal —en la línea de lo que se había hecho hasta aquel momento— y una nueva estrategia que buscaba liquidar el fenómeno revolucionario asumiendo algunas de las reivindicaciones obreras.

En este sentido, la variedad de respuestas teóricas desactivadoras se manifestaría en casi todos los países y todas las tradiciones de pensamiento, empezando por las católicas y desde las posiciones más relevantes: en 1878 la encíclica *Quod apostolici muneris* registraba con cierta preocupación el crecimiento de las organizaciones obreras a partir de la creación de la Primera Internacional. Aunque se trataba de una caracterización negativa —se hablaba de «aquella

---

más completa ni que encontrase menos resistencia; y, sin embargo, para ciertos hombres no ha sido todavía bastante radical» (Sudre, Alfred. *Historia...*, *op. cit*. p. 1).

6 Sobre la Comuna, véanse el clásico Lissagaray, Prosper Olivier. *Historia de la Comuna de París*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1971; y Viana, Nildo. «O significado político da Comuna de Paris», *Em Debate*, núm. 6, 2011, pp. 60-82.

secta de hombres»—,[7] en cierta medida venía a certificar la existencia de una realidad política destinada a quedarse. Y unos años más tarde, en 1891, León XIII publicaba el documento quizá más importante de toda la tradición católica con respecto a la cuestión social y al movimiento obrero: con la encíclica *De rerum novarum*,[8] la Iglesia católica procedía a desplegar sus planteamientos teóricos en torno a una cuestión soslayada durante mucho tiempo. Lo hacía empezando por reconocer las enormes desigualdades generadas por el sistema capitalista. Sin embargo, en su *pars destruens*, la encíclica censuraba rotundamente —desde una perspectiva moral— la lucha de clases, aunque lo hacía con tanto vigor que contribuía a situarla en el centro de la escena. En su *pars construens*, en cambio, el documento papal abogaba por un sistema de colaboración de carácter corporativo entre las clases, que recetaba moderación a todas las partes: a los capitalistas les pedía que arrinconaran la exagerada propensión a la acumulación de riqueza; y a los obreros, que disciplinaran sus deseos de cambiar de forma radical el sistema. Como es notorio, la *Rerum novarum* inspiraría una de las corrientes políticas protagonistas del siglo XX: la democracia cristiana.

Pero el mundo católico no fue el único en asumir la nueva situación e intentar proponer alternativas para anular los impulsos revolucionarios a través de un enfoque que corrigiera en cierto modo los excesos del capitalismo.

En Francia, las escuelas del contractualismo y del solidarismo —en la estela del último positivismo— plantearon la necesidad de un nuevo acuerdo entre el Estado y los trabajadores que garantizara un mínimo de prestaciones sociales en concepto de obligación de las autoridades por la contribución que los obreros hacían a la sociedad con su trabajo.[9]

Incluso en Gran Bretaña, patria del liberalismo político, los *whigs* tuvieron que adaptar su discurso, empujados por la fuerza de un movimiento sindical que de ahí a poco se dotaría de un instrumento político específico como era el Partido Laborista. El llamado *new liberalism*[10] —que llegó a influir en importantes dirigentes del partido, como el mismo Lloyd George—[11] rompería es-

7 Se puede consultar en León XIII. «Quod apostolici muneris (1878)». *La Razón Histórica: revista hispanoamericana de historia de las ideas políticas y sociales*, núm. 17, 2012, pp. 69-77.

8 Beretta, Silvio. «Stato ed economia nel discorso sociale della chiesa a cento anni dalla "Rerum novarum"». *Il Politico*, 1990, pp. 593-617.

9 El más importante teórico del solidarismo fracés fue el sociólogo Célestin Charles Alfred Bouglé. Véase Juan, Salvador. *La escuela francesa de socioantropología: entre disciplina científica y compromiso social*. Valencia: Universitat de València, 2014.

10 El teórico más importante fue Leonard Trelawny Hobhouse, que condensó su doctrina en Hobhouse, Leonard T. *Liberalism*. Nueva York: Galaxy Book, 1964 (1.ª ed.: 1911).

11 «The old Liberals in this country used the natural discontent of the people with the poverty and precariousness of the means of subsistence as a motive power to win for them a better, more influential,

quemas al afirmar que algunos derechos como la educación, la sanidad o el sustento en épocas de desocupación tenían que considerarse derechos fundamentales, y que el Estado tenía la obligación de hacerse cargo de algunas prestaciones para asegurar su cumplimiento.

Pero tal vez fuera en la Alemania de Bismarck donde la teoría se puso más en práctica,[12] en parte por la presencia de una escuela de pensamiento científico social sólida —el llamado socialismo de la cátedra—,[13] y, en parte, evidentemente, porque el grueso del movimiento obrero pronto se movió hacia la política institucional[14] y se convirtió en un interlocutor considerado solvente por las autoridades. De esta forma, entre la última década del siglo XIX y la primera del XX, en Alemania entraron en vigor modernas legislaciones reguladoras de las prestaciones por vejez y enfermedad para los trabajadores, así como toda una serie de medidas de mejora en las condiciones de vivienda y de trabajo.

En definitiva, a las puertas de la Gran Guerra parecía haberse acotado y domeñado el miedo a la revolución gracias a una estrategia de contención consistente en alternar la represión y la concesión de medidas que paliaban los efectos más destructores del sistema capitalista. En cierta manera, las clases dominantes de un mundo ya en claro retroceso y crisis —aunque probable-

---

and more honourable status in the citizenship of their native land. The new Liberalism, while pursuing this great political ideal with unflinching energy, devotes a part of its endeavour also to the removing of the immediate causes of discontent. It is true that men cannot live by bread alone. It is equally true that a man cannot live without bread [...]. It is a recognition of that elemental fact that has promoted legislation like the Old Age Pensions Act. It is but the beginning of things. Poverty is the result of a man's own misconduct or misfortune [...]. In so far as he brings it on himself, the State cannot accomplish much. It can do something, however, to protect him» (Lloyd George, David. «The new liberalism», discurso sobre la reforma social ofrecido en Swansea el 1 de octubre de 1908, durante la Convención Liberal Galesa).

12 El propio káiser Guillermo había afirmado en noviembre de 1881, en el discurso —muy probablemente escrito por el mismo Bismarck— con que se presentaba la introducción del seguro obligatorio: «La superación de los males sociales no puede encontrarse exclusivamente por el camino de reprimir los excesos socialistas, sino mediante la búsqueda de fórmulas moderadas que permitan una mejora del bienestar de los trabajadores» (citado en Álvarez-Uría, Fernando y Varela, Julia. *Sociología, capitalismo y democracia: génesis e institucionalización de la sociología en Occidente*. Madrid: Morata, 2004, p. 181).

13 El representante más importante fue, en este sentido, Gustav Friedrich von Schmoller (Heilbronn, 1838 - Bad Harzburg, 1917), economista alemán representante de la escuela historicista, que adoptó el método histórico-descriptivo y empírico en el análisis de las políticas económicas. Ocupó una importante cátedra en la Universidad de Berlín, desde la cual ejerció una notable influencia sobre el mundo académico alemán en los últimos años del siglo XIX. Furibundo enemigo de las escuelas clásica, neoclásica y marxista, formó parte de lo que algunos pensadores liberales de la época dieron en llamar «socialistas de cátedra» por sus ideas relativas a la reforma social. Tras su muerte, la escuela historicista y su influencia fueron declinando paulatinamente. Véase Shionoya, Yuichi (ed.). *The German historical school: The historical and ethical approach to economics.* Londres: Routledge, 2002.

14 Heimann, Horst. *Textos sobre el revisionismo. La actualidad de Eduard Bernstein*. México: Nueva Imagen, 1982.

mente ellas lo ignoraran— habían aceptado pagar el precio de «amansar» el movimiento obrero mediante algunas reformas sociales para que quedara descartada cualquier tentación de que las clases populares se hicieran con el poder. El estallido del conflicto haría saltar todos los equilibrios de aquel ya precario sistema. Y la llegada de los bolcheviques al poder en Rusia señalaba que el río podía traspasar los cauces en cualquier momento y en cualquier lugar. El miedo volvería a ser el protagonista.

La Revolución en Rusia: respuestas viejas y nuevas

Las noticias sobre lo que estaba pasando en Rusia entre febrero y noviembre de 1917 llegaron al resto de Europa en el contexto comunicativo de la guerra. Por ello, al menos en un primer momento, el grueso de la atención se centró en cómo impactarían aquellos convulsos acontecimientos en la participación de los rusos en la guerra y cómo una posible retirada rompería el equilibrio militar. En términos generales, en 1917 aún se creía que lo que estaba pasando en aquel grande y —a la postre— lejano país se tenía que enmarcar en las turbulencias propias de la guerra. En definitiva, se consideraba que las «anomalías» bolcheviques se escamparían como la niebla después de un temporal una vez que Europa encarara su reorganización tras el cese de las hostilidades. Por otra parte, el estallido de la guerra civil justo después de la paz de Brest-Litovsk auguraba un futuro muy difícil para el partido de Lenin, por lo que muy pocos observadores concedían alguna posibilidad de éxito al recién creado Ejército Rojo.

El miedo cundió de manera significativa al finalizar el conflicto, fundamentalmente por dos razones. En primer lugar, porque, a pesar de los esfuerzos militares desplegados tanto por los rusos blancos como por las potencias internacionales en las llamadas coaliciones antibolcheviques, los comunistas rusos resistían, combatiendo en diferentes frentes. Y, en segundo lugar, porque, en la desorientación de la finalización del conflicto —que comportó una oleada de inestabilidad en los más diversos países, ya fueran ganadores o perdedores de la guerra—, el ejemplo de la revolución rusa se difundió como alternativa a lo largo y ancho del continente. El catálogo de intentos revolucionarios y, más en general, de movilizaciones obreras de carácter revolucionario es bien amplio. La efímera República Socialista Húngara de Bela Kun,[15] surgida de la desintegración del imperio de los Habsburgo; la revolución espartaquista de Rosa Lu-

15 Hoensch, Jörg Konrad y Traynor, Kim. *A history of modern Hungary 1867-1986*. Harlow: Longman, 1988.

xemburgo[16] en Alemania, en el marco de la crisis final del Reich derrotado; las movilizaciones del *biennio rosso* en Italia,[17] que entre 1918 y 1920 agitaron las fábricas y el campo de un país que se encontraba en profunda crisis a pesar de haber ganado la guerra; o incluso la oleada de movilizaciones obreras en España, que —empezadas en 1917— se prolongarían prácticamente de manera ininterrumpida hasta 1923:[18] todos estos fenómenos son buena prueba de la influencia directa de los hechos rusos. Incluso en las democráticas Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, los años inmediatamente posteriores al final de la Gran Guerra fueron los de mayor conflictividad social.

El miedo cundió ante iniciativas que, más allá de su viabilidad —ninguna de ellas consiguió consolidarse—, generaron la percepción de estar frente a un contagio revolucionario nunca visto. Por otra parte, el pánico derivó también del hecho de que estos movimientos tenían ahora un referente que, sorprendentemente, se estaba demostrando exitoso y en vías de consolidación. En la mayoría de los casos, las respuestas prácticas renegaron de la propia democracia liberal, y más de una vez al coste de una represión durísima. En sangre acabó el experimento revolucionario de Bela Kun en Hungría, al que siguió una dictadura militar. En España, el ciclo revolucionario se cerraría con la dictadura de Primo de Rivera. En Italia, los coletazos del *bienio rosso* sacudieron tanto los fundamentos del sistema, que sus mismas clases dominantes abrieron la puerta a la llegada de Mussolini y sus camisas negras, ya que, al no entender el potencial asimismo revolucionario —aunque antidemocrático— de ese movimiento, en un primer momento lo vieron como un antídoto contra los revolucionarios, quizá poco elegante pero efectivo. En Alemania los espartaquistas fueron simplemente aplastados de manera violenta, mientras que en los Estados Unidos de Wilson se puso en marcha una campaña represiva que golpeó con dureza el movimiento obrero. En Francia y en Gran Bretaña, las elecciones celebradas después de la guerra dieron como resultado un avance importantísimo de los partidos obreros. En el caso francés, el miedo a la pujanza de la izquierda llevó a la constitución de una coalición (el Bloque Nacional) claramente antisocialista. En el caso británico, en cambio, después de un traspié en las elecciones de 1918, en 1923 se asistió a la llegada de los laboristas al gobierno por primera vez en la historia.

16 Jones, Mark. *Founding Weimar.* Cambridge: Cambridge University Press, 2016.

17 Maione, Giuseppe. *Il biennio rosso: autonomia e spontaneità operaia nel 1919-1920*. Bolonia: Il Mulino, 1975; Spriano, Paolo. *L'occupazione delle fabbriche: settembre 1920*. Turín: Einaudi, 1964.

18 González Calleja, Eduardo. *El máuser y el sufragio: orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración [1917-1931].* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999.

Por otra parte, los acontecimientos rusos habían favorecido un cisma en el movimiento obrero internacional: entre 1919 y 1922, las alas izquierdas de los partidos socialistas clásicos se escindirían en casi todos los países para crear nuevos partidos comunistas, que reivindicaban la experiencia bolchevique y reconocían a los comunistas rusos el papel de partido guía, capacitado para orientar las estrategias revolucionarias a nivel global. En otras palabras, aquel «espectro del comunismo» que Marx había preconizado en el *Manifiesto Comunista* de 1848, sesenta años después había adquirido cuerpo, dinamismo y capacidad de maniobra. Y esto había sucedido porque la Primera Guerra Mundial había pulverizado el sistema político, económico, social y cultural heredado del siglo XIX, mientras que el éxito inesperado de los acontecimientos rusos había señalado una salida para establecer una alternativa sobre bases nuevas. En este momento, la revolución bolchevique pasó a ser el paradigma revolucionario por antonomasia. En cierta manera, acabó siendo sinónimo de revolución a secas.

En consecuencia, a lo largo de los años veinte y treinta, desde las más diversas tradiciones de cultura política, se empezaron a fraguar respuestas que, más que antirrevolucionarias, eran sobre todo antibolcheviques. Estas respuestas se diferenciaron entre las que asumían el final del mundo del siglo XIX y se proponían superarlo, y las que, en cambio, intentaron aferrarse a la experiencia de la democracia liberal clásica.

En la primera corriente hay que incluir, sin duda, las doctrinas del fascismo y, en especial, del fascismo italiano[19] y del nazismo alemán, que a la experiencia soviética opusieron un paradigma que considerarían igualmente revolucionario, aunque pusieran en el centro de la acción política ya no la clase, sino la grandeza nacional —o incluso la racial— como sujeto creador de una nueva realidad política y cultural, así como una lectura de las relaciones sociales que negaba el conflicto de clase mediante aquello que —en sus distintas versiones— se llamó el corporativismo. En la segunda corriente hay que reseñar, en cambio, el pensamiento católico, así como los restos del pensamiento liberal otrora hegemónico, que en cierta manera se había quedado sin herramientas conceptuales para entender la nueva fase y, consecuentemente, también para comprender las nuevas realidades surgidas de la experiencia de la Gran Guerra y de la Revolución.

Resulta, sin embargo, significativo que las dos corrientes se encontraran codo a codo —tanto en la práctica como en cuanto a relato— durante la gue-

19 Gentile, Emilio. *El culto del Littorio: la sacralización de la política en la Italia fascista*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

rra civil española, tal vez el momento entre las dos guerras en el que más fuerte volvió a ser la percepción de un posible contagio revolucionario y, a la vez, de un aumento del poder soviético en Europa.

La demonización del bolchevismo experimentaría una tregua en los años de la Segunda Guerra Mundial, ya que las exigencias bélicas relajaron necesariamente los ataques a la URSS, aunque ello duró unos pocos años. Después del final de la guerra y de un breve período de colaboración entre los antiguos aliados, se impuso la nueva situación.

No obstante, con la guerra fría cambiaría de manera sustancial el perfil del anticomunismo, que dejó de ser una teoría y práctica de lucha antirrevolucionaria para transformarse en un sistema de control destinado a mantener el *statu quo* consolidado en el llamado «mundo libre».

El anticomunismo durante la guerra fría

La definitiva consolidación de la URSS después de la Segunda Guerra Mundial trajo aparejada su nueva condición de superpotencia mundial. En otras palabras, no solo se afianzaba la existencia de un gran país comunista, sino que los acontecimientos de la guerra habían ampliado la presencia del comunismo en el mundo. En parte por la propia lógica de esferas de influencias derivada de los acuerdos de Yalta y definitivamente cristalizada entre 1947 y 1950.[20] Y en parte porque algunos importantes procesos de emancipación —como fue el caso de China, o de una región del Vietnam o de Corea— desembocaron en el establecimiento de regímenes de carácter comunista, con relaciones de diferente intensidad con la propia URSS. Para simplificar, cabe recordar que, si en los años treinta el «exotismo comunista» ruso representaba una excepción importante pero a la postre única, en 1950 vivían bajo sistemas de carácter comunista millones y millones de personas en todo el mundo, especialmente en Europa y Asia.

Por todas estas razones, el nuevo miedo a la revolución pasaría a ser una de las grandes armas de combate de uno de los dos grandes contrincantes de la guerra fría —así como de sus aliados en el conjunto del mundo—, que en cierta manera se globalizaría e institucionalizaría. Combatir contra aquello que se definió como «el imperio del mal»[21] interesaba ahora más que nunca a ejércitos, gobiernos, servicios de seguridad y espionaje, e industrias culturales po-

20 Gaddis, John Lewis. *The Cold War: a new history.* Londres: Penguin, 2006.

21 Fontana, Josep. *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado y Presente, 2013.

derosísimas.[22] Una operación política, militar y cultural de dimensiones nunca vistas, enfocada prioritariamente a dos objetivos básicos: evitar cualquier posible avance del comunismo en el conjunto del mundo (más allá de aquellos territorios que, en el reparto de Yalta, ya se habían asignado a la esfera de influencia soviética) e impedir que, en los países del llamado «mundo libre», las fuerzas comunistas —tanto políticas como sindicales— pudieran consolidarse o, peor aún, plantearse como alternativas viables de gobierno.

Desde un punto de vista estrictamente narrativo, estas exigencias se plasmaron pronto en mecanismos discursivos utilizados para atacar tanto a la URSS y su prestigio, como a los comunistas de los distintos países. Así, se puede hablar de unos tópicos propios del anticomunismo externo, que pivotaban sobre dos ideas básicas: la primera era que la URSS estaría siempre preparando la guerra, y que, por ello, robaría informaciones e impulsaría revueltas en el mundo con el fin de producir una desestabilización política; la segunda atribuía una maldad intrínseca al sistema soviético, que reprimía de tal modo a sus ciudadanos que todos querían escaparse. También se codificaron y popularizaron toda una serie de tópicos propios del llamado «anticomunismo interno», con el objetivo de desacreditar partidos y sindicatos comunistas en los diferentes países: los comunistas no solo eran ateos (y por ello menos dignos de confianza), sino que anteponían los intereses soviéticos a los de su propio país (se reflotaba y actualizaba el tan manido lugar común del enemigo interno) y se infiltraban en las organizaciones democráticas de los trabajadores, como por ejemplo los sindicatos.

Es materialmente imposible perfilar los múltiples aspectos con que, a lo largo de las décadas de la guerra fría, se acabaría desarrollando un anticomunismo que sería global en lo que se refiere a su extensión geográfica y también en cuanto a sus formas —tanto ideológicas y narrativas como concretas— de difusión y aplicación.

En este sentido, es posible esbozar los ritmos de conjunto de su intensidad, aunque siempre sea necesario tener en cuenta que la diversidad de situaciones, lugares y circunstancias en que el anticomunismo se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX hizo que, dentro de unos parámetros generales definidos por las características de las relaciones entre las dos grandes superpotencias, hubiera picos desiguales de intensidad y atenuación a lo largo y ancho del mundo.

En general, los ciclos de mayor intensidad se concentraron en dos períodos, lo cual generó lo que se ha definido como dos grandes olas de anticomu-

22 Saunders, Frances Stonor. *La guerra fredda culturale. La Cia e il mondo delle lettere e delle arti*. Roma: Fazi, 2004.

nismo. La primera se produjo entre finales de los años cuarenta —cuando, ya liquidado cualquier vestigio de colaboración antifascista, se consolidaba la contraposición entre EE.UU. y la URSS a nivel planetario— y mediados de los cincuenta, hasta el proceso de desestalinización; la segunda ola, entre finales de los años sesenta y mediados de los setenta, cuando se hicieron sentir en diferentes partes del mundo los efectos a largo plazo de la revolución cubana, que coincidieron con las dificultades norteamericanas en Vietnam.

En los dos períodos, los ejemplos son prácticamente interminables y abarcan realidades muy distintas. Sin duda, vale la pena señalar la expulsión de todos los partidos comunistas de Europa Occidental de los gobiernos de unidad nacional creados justo después de la guerra —en especial significativos fueron, en este sentido, los casos francés e italiano,[23] por su relevancia electoral— y el establecimiento de mecanismos integrados en las estructuras de la OTAN para evitar cualquier posibilidad de que estos partidos llegaran al poder, incluso de manera pacífica y legal.[24] Sin embargo, la batalla ideológica no se limitó a una Europa Occidental en reconstrucción, que se debía vincular de manera muy sólida a los intereses de Estados Unidos, sino también al propio continente americano. Así fue como en 1948 se creó la Organización de los Estados Americanos, una organismo de cooperación que, mientras consolidaba la hegemonía de EE.UU. en el continente, adoptaba de forma explícita los tópicos anticomunistas del momento. Pero la fuerza del anticomunismo se dejaría sentir incluso dentro de EE.UU. El pequeño Partido Comunista del país fue sometido a una verdadera persecución que, como en el caso de los cónyuges Rosemberg, acusados en 1950 de espionaje y ejecutados en 1953 en la silla eléctrica, incluyó una represión judicial que acabó teniendo visos de escarmiento para el conjunto de la sociedad norteamericana. Pero el máximo de la presión anticomunista en EE.UU. se viviría a partir de la victoria republicana de 1952 y de la creación del llamado Comité de Actividades Antiamericanas,presidido por el senador derechista McCarthy. Sus actividades, que se prolongaron hasta 1956, incluyeron acusaciones, interrogatorios, procesos irregulares, listas negras e incluso calumnias contra todo aquel que estuviera bajo sospecha de tener simpatías comunistas. Con la particularidad de ensanchar el concepto de «simpatías» y de «comunistas» hasta extremos nunca vistos. De resultas de ello, miles de ciudadanos

23 Sobre los casos italiano y francés, véase Guiso, Andrea. «I partiti comunisti e la crisi del 1947 in Italia e in Francia. Una riconsiderazione in chiave comparativa». *Ventunesimo Secolo*, vol. 6, núm. 12, 2007, pp. 131-168.

24 Pacini, Giacomo. «The origins of "Stay Behind" organizations, 1943-1956». *Contemporanea*, vol. 10, núm. 4, 2007, pp. 581-606.

norteamericanos tuvieron que presentarse ante el organismo presidido por el senador de Wisconsin, muchos de ellos procedentes del mundo del periodismo, la cultura o el cine. Una caza de brujas contra sectores genéricamente «progresistas» que, al incluir entre sus víctimas a personajes famosos (se vieron sometidas a interrogatorio figuras como Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Gregory Peck, Katharine Hepburn, Kirk Douglas, Burt Lancaster, Gene Kelly, Charlie Chaplin o Bertold Brecht, entre otros), acabó contaminando el conjunto del debate público, que se decantó de manera clara por una hostilidad hacia las sensibilidades de izquierda[25] realmente difícil de compatibilizar con la definición de EE.UU. como país campeón del «mundo libre».[26]

A partir de 1956 —año del XX Congreso del PCUS y de la denuncia de los crímenes de Stalin—, la primera oleada empezaría a remitir hasta cierto punto (no sin antes producirse otros episodios de alguna importancia, como la ilegalización de los comunistas de Alemania Federal, que no pudieron volver a presentarse hasta 1961).[27] Comenzaba la llamada fase de distensión entre los bloques, que tendría su prueba de fuego con la crisis de los misiles de Cuba.

Sin embargo, fueron justamente los efectos a medio plazo de los acontecimientos cubanos los que llevaron al recrudecimiento de las narrativas y prácticas del anticomunismo. La consolidación del régimen de Fidel Castro dio inicio a lo que se ha definido como la segunda primavera del comunismo, en la medida en que, a lo largo de los años sesenta y setenta, sirvió de ejemplo para muchos movimientos transformadores en América Latina. Por otra parte, la experiencia militar de EE.UU. en Vietnam y sus derivaciones políticas en el conjunto del mundo, en cuanto a desprestigio norteamericano, movilizaciones en los más diversos países del mundo desarrollado e impulso de las luchas antimperialistas, acabaron por configurar un cuadro percibido como extremadamente propicio a un posible avance del comunismo, en especial en América Latina, en las zonas en vías de desarrollo e incluso en países del sur de Europa, algunos de los cuales, o bien vivían momentos de gran inestabilidad, o bien estaban saliendo de dictaduras.

Fue entonces cuando se desarrolló la segunda gran ola anticomunista. En los países en vías de desarrollo adoptó la forma de una intervención militar

25 Para el campo de la historiografía, véase Bozza, Juan Alberto. «Navegar en la tormenta: El anticomunismo en la historiografía de los Estados Unidos durante la Guerra Fría». *Sociohistórica*, núm. 33, 2014.

26 Gastaldi, Sciltian. *Assalto all'informazione. Il maccartismo e la stampa americana*. Monte Porzio Catone: Effepi Libri, 2006.

27 Schmitt, Hermann y Reif, Karlheinz. «Del pluralismo polarizado al moderado. El sistema de partidos de Alemania Occidental». *Revista de Estudios Políticos*, núm. 27, 1982, pp. 65-86.

directa (como en Vietnam) o indirecta (como en Angola). En el caso de los países del sur de Europa, las formas de intervención fueron diversas. Desde las nunca aclaradas vicisitudes de la estrategia de la tensión en Italia —más allá de la intervención norteamericana—, hasta los movimientos explícitos o implícitos para encauzar una transición a la democracia en Portugal, España y Grecia, cuyos epílogos se preveían inciertos y potencialmente susceptibles de favorecer un avance del comunismo (en particular, como es evidente, en el caso portugués, que acabó alertando sobre las otras dos transiciones). Pero quizá donde más crudo resultó el impacto de esta nueva ola —en cuanto a narrativa, pero sobre todo en aspectos concretos, reales— fue en América Latina. Sin duda, los casos más famosos fueron el de Chile —con el derrumbamiento del experimento político transformador y democrático del presidente Allende— y el de Argentina, donde una dictadura de carácter claramente antiinsurgente ensangrentó el país de 1976 a 1983.[28] Pero, en realidad, la reacción anticomunista se hizo notar de diferentes formas en el conjunto del subcontinente. Uruguay, Brasil y más tarde Guatemala, Salvador, Nicaragua; todos estos países fueron escenario de un anticomunismo violento que se prolongó en diversas formas —dictaduras, terrorismo, represión...—, en algunos casos prácticamente a las puertas del final de la guerra fría.

Así pues, desde la segunda mitad de los años cuarenta hasta 1989, el miedo a la revolución y el anticomunismo fueron un elemento constante del paisaje político y cultural del mundo, en la medida en que se constituyeron en una ecléctica cultura política que afianzaba a uno de los grandes mundos enfrentados. Y a la vez se generalizaron como el sustento de unas prácticas políticas orientadas al control y la conservación. En líneas generales funcionaron como garantía del mantenimiento del *statu quo* geoestratégico surgido de la guerra fría y, respecto a la situación interna de los diferentes países, permitieron mantener el equilibrio social y económico.

El anticomunismo, más allá del Muro

Esa noche de 1989 en que miles y miles de ciudadanos de Berlín Este colapsaron las puertas de un muro que había dividido, no solo una ciudad, sino probablemente al mundo entero es tal vez la estampa más nítida con que se

28 Bozza, Juan Alberto. «Ciencias sociales y Guerra Fría: Del anticomunismo a la contrainsurgencia». Ponencia en las VII Jornadas de Sociología de la UNLP, celebradas del 5 al 7 de diciembre de 2012 en La Plata, Argentina.

identifica la caída del comunismo. La disolución de la URSS, dos años después, ha tenido quizá menos potencia icónica. Y, sin embargo, a pesar de que se trató de acontecimientos que todo el mundo pudo ver en vivo y en directo, y aunque la sentencia de condena y muerte a todo lo que el comunismo había representado (sin demasiadas distinciones) fue poco menos que unánime, sorprendentemente el anticomunismo sobrevivió al bienio 1989-1991. A lo largo de la década siguiente, al menos, un verdadero aluvión de estudios, ensayos o artículos se encargó —con muy diferentes grados de solvencia y rigor—[29] de proporcionar bazas conceptuales que sirvieran para ser utilizadas en el debate público. El anticomunismo, aunque cada vez más desgastado y, a la postre, incongruente —no solo porque la mayoría de los regímenes comunistas acabaron cayendo, sino porque, en contextos democráticos, los partidos comunistas cambiaron incluso de nombre y rechazaron, en todo o en parte, la experiencia soviética—, continuó teniendo un papel destacado y siguió funcionando como resorte narrativo privilegiado para desacreditar cualquier forma de crítica al sistema vigente en un contexto —empezado ya a principios de los años ochenta— de hegemonía de las tesis económicas de raíz neoliberal. En este marco, poder apelar una y otra vez a los errores y horrores efectivamente cometidos en el sistema soviético constituyó una ventaja insuperable, que acabó desarticulando la capacidad de resistencia y a la vez de propuesta, no ya de los partidos y movimientos que se autodefinían como comunistas, sino de cualquier movimiento relacionado con los derechos de los trabajadores y de las clases populares. La revolución cambiaba otra vez de significado: algunos pretendían darle un carácter neoliberal, y esta vez era quizá antitética con respecto a todas las experiencias del pasado. Quizá en este caso los que tenían miedo eran más, cuantitativamente hablando; pero, hasta el día de hoy, no han podido o no han sabido frenar un contagio que fue en realidad global.

29 Seguramente, las contribuciones más sólidas que enmarcaron el debate a nivel global, más allá del uso que se hizo de ellas —en muchos casos tremendamente arriesgado—, fueron las de Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta, 1995; y de Furet, François. *Il passato di un'illusione. L'idea comunista nel XX secolo*. Milán: Mondadori, 1995.

Les conseqüències de la desaparició de l'URSS

Antoni Segura i Mas
Universitat de Barcelona

La desaparició de l'URSS el desembre de 1991 suposà un canvi geopolític que encara no ha acabat de definir-se totalment. En certa manera, tal com apunta Robert Service, no deixa de ser una ironia que Gorbatxov, volent evitar el collapse del sistema comunista soviètic i una crisi general, resultés decisiu per desencadenar aquesta crisi i la destrucció de l'URSS.[1] Entre les principals conseqüències de la desaparició de l'URSS destaquen les següents:

La fi de la guerra freda i del sistema d'equilibri de poders

En poc més de dos anys, des de la caiguda del mur de Berlín el 9 de novembre de 1989 fins a la dimissió de Mikhaïl Gorbatxov el 25 de desembre de 1991[2] i, quatre dies després, la dissolució formal de l'URSS, les relacions internacionals i l'estructura del poder mundial experimenten uns canvis que posen fi a quatre dècades de guerra freda i a més de tres segles de persistència del denominat sistema d'equilibri de poders o de Westfàlia.[3] El sistema bipolar, de blocs, inaugurat després de la Segona Guerra Mundial, toca a la fi i, alhora, també tota una manera d'entendre i analitzar el món. Certament, des de 1917, el comunisme havia estat a Europa un règim polític que durant moltes dècades (especial-

1 Service, Robert. *A History of Twentieth-Century Russia*. Londres: Penguin Books, 1998.

2 Sobre la figura de Gorbatxov i les seves reformes, vegeu Galeotti, Mark. *Gorbachev and his Revolution*. Basingstoke: Macmillan Press Ltd., 1997; Breslauer, George W. *Gorbachev and Yeltsin as Leaders*. Nova York: Cambridge University Press, 2002.

3 Sobre els tres segles de persistència del denominat sistema d'equilibri de poders o de Westfàlia a Europa i la seva desaparició després de la fi de la guerra freda, vegeu Cooper, Robert. «The New Liberal Imperialism». *The Guardian*, 7 d'abril de 2012 (www.theguardian.com/world/2002/apr/07/1). Aquest assaig sintetitza les aportacions fonamentals de l'autor a *The Postmodern State and the World Order.* 2a ed. Londres: Demos and The Foreign Policy Centre, 2000 (vegeu especialment les pàgines 7-23). Vegeu reflexions més recents a «*The European Union and the Habsburg Monarchy*». Institut für die Wissenschaften vom Menschen / The Institute for Human Sciences: *Tr@nsit online*, 10 de desembre de 2012 (www.iwm.at/transit/transit-online/the-european-union-and-the-habsburg-monarchy/).

ment durant el període estalinista) no havia consentit la dissidència política i havia reprimit amb virulència qualsevol intent d'oposició i qualsevol possibilitat de canvi (Hongria, 1956; Txecoslovàquia, 1968...). Però també havia estat un mirall d'esperança per a sectors importants de les classes treballadores, ja fos en la lluita contra el nazisme a la primera meitat de la dècada dels quaranta, ja fos en la lluita per aconseguir millors condicions laborals i de nivell de vida a l'Europa occidental. Sens dubte, el comunisme havia estat el desafiament més gran conegut mai pel capitalisme, i la seva referència, una amenaça que fou una eina eficaç perquè el proletariat occidental assolís importants conquestes socials i polítiques. En certa manera, es pot considerar que l'ombra de l'amenaça comunista (de l'URSS) era darrere d'un dels principals patrimonis socials i culturals d'Europa, l'estat del benestar, una simbiosi entre capital i treball impulsada per la socialdemocràcia i la democràcia cristiana europea a la segona meitat del segle XX. En darrera instància, el col·lapse de l'URSS i la fi del comunisme a l'Europa de l'Est obria la porta a una hegemonia mundial (política i militar) nord-americana i a un pes econòmic creixent, i potser a una ampliació precipitada de la Comunitat Econòmica Europea (CEE, Unió Europea —UE— a partir de 1993).[4]

En suma, la fi de la guerra freda semblava que podia desembocar en un nou món que deixaria enrere totes les misèries i grandeses del segle XX, potser el segle més tràgic i alhora esperançador de la història de la humanitat: els totalitarismes, dues guerres mundials amb milions de morts i un degoteig de víctimes en guerres regionals (Corea, Vietnam, Cambodja...) i de baixa intensitat, el terror atòmic, la cursa d'armaments, la brutalitat del colonialisme i les lluites per les independències, les epidèmies a escala mundial i una pobresa i una misèria en augment; i, al mateix temps, les grans revolucions (l'URSS, la Xina...), la descolonització i el protagonisme creixent d'alguns dels països independitzats, la constitució de la Societat de Nacions i les Nacions Unides, la lluita pels drets civils i els drets humans, les llibertats i la lluita per la igualtat de gènere, els grans avenços tecnològics, entre d'altres.

Sens dubte, la dècada dels noranta comença plena d'esperances i il·lusions: s'havia reunificat Alemanya (octubre de 1990) i s'havien independitzat les repúbliques bàltiques, Ucraïna, Bielorússia, Geòrgia i la resta de repúbliques exsoviètiques de la regió caucasiana i de l'Àsia central (1990-1991).

4 Algunes obres de referència sobre la història de l'URSS són Kenez, Peter. *A History of the Soviet Union from the Beginning to the End*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999; McCauley, Martin. *The Soviet Union: 1917-1991.* 2a ed. Londres / Nova York: Longman, 1993; Pearson, Raymond. *The Rise and Fall of the Soviet Empire.* 2a ed. Basingstoke: Palgrave, 2002; Poch-de-Feliu, Rafael. *La gran transición. Rusia, 1985-2002*. Barcelona: Crítica, 2003; Taibo, Carlos. *Historia de la Unión Soviética 1917-1991*. Madrid: Alianza, 2010.

Buit de poder i aparició de nous estats

Abans de la implosió de l'URSS, el buit de poder afecta les denominades repúbliques democràtiques de l'Europa de l'Est, les repúbliques soviètiques, incloses les del Caucas i l'Àsia central, i, a mitjà termini, els aliats de l'URSS en altres regions del món. En el cas de les repúbliques exsoviètiques, revifen conflictes enquistats que sovint tenen a veure amb els trasllats forçats de població durant l'època de la Revolució o del període estalinista (txetxens, tàrtars, ingúixos, karatxais, kazakhs...) i amb l'arribada de població russa, o bé n'apareixen de nous relacionats amb protestes per la situació econòmica o la manca de llibertats, o pels traçats de fronteres (sovint arbitraris i heretats del període estalinista o fins i tot d'abans), o amb la pugna per la comercialització dels hidrocarburs, que abans transitaven pels oleoductes i els gasoductes soviètics i que ara els nous països independents, estimulats per les multinacionals petrolieres, intenten que surtin als mercats sense haver de recórrer a les xarxes de distribució russes. La relació és llarga: guerres internes a la Federació Russa, com ara les de Txetxènia (1994-1996 i 1999-2009) i el Daguestan (1999-2000 i 2010-2012), i guerres que afecten les repúbliques exsoviètiques, com ara la declaració d'independència i la guerra del Transdniester a Moldàvia (1990-1992); la guerra de Nagorno-Karabakh (1991-1994), que implica l'Azerbaidjan i Armènia; la guerra de Geòrgia (2008), amb el rerefons dels impulsos independentistes d'Abkhàzia i d'Ossètia Meridional; la Revolució de les Roses a Geòrgia (2003); la Revolució de les Tulipes al Kirguizistan (2005); la Revolució Taronja a l'Euromaidan, la segregació de Crimea i la guerra del Donbass a Ucraïna (2004-2014); la Revolució dels Texans a Bielorússia (2006) i la Revolució Morada a Moldàvia (2006), entre d'altres.

En resum, tal com escriu Conor O'Clery, en vint-i-quatre hores el col·lapse de la superpotència comunista deixa unitats de l'exèrcit soviètic, la marina i la força aèria als nous països independents, i cal coordinar la retirada de les forces de nacionalitat russa i totes les armes nuclears de Rússia de «l'estranger pròxim». Abans de la implosió, la zona d'operacions de les forces armades soviètiques comprenia 8.650.000 milles quadrades, des del Pacífic fins a l'Europa occidental. Després, aquesta zona s'ha reduït a 6.600.000 milles quadrades de territori rus. Moscou ha perdut Estònia, Letònia, Lituània, amb els ports estratègics del mar Bàltic, Moldàvia, Bielorússia i Ucraïna al cor d'Europa, els estats del Caucas d'Armènia, Geòrgia i l'Azerbaidjan i les repúbliques asiàtiques del Kazakhstan, el Kirguizistan, el Tadjikistan, el Turkmenistan i l'Uzbekistan.[5]

5 O'Clery, Conor. *Moscow, December 25th, 1991: The Last Day of the Soviet Union*. Dublín: Transworld Ireland, 2011.

En el cas de l'Europa de l'Est, amb l'excepció de Iugoslàvia, i de les repúbliques bàltiques, el buit de poder que deixà l'antiga dependència de Moscou fou reemplaçat en el termini de dues dècades per l'entrada de la majoria d'aquests països a l'OTAN: el 1999 s'hi adhereixen la República Txeca, Hongria i Polònia; el 2004, Eslovàquia, Eslovènia, Estònia, Letònia, Lituània, Bulgària i Romania; el 2009, Croàcia i Albània, i el 2017, Montenegro. Així, la desaparició de l'URSS no només va significar la fi del pacte de Varsòvia (oficialment dissolt a la reunió de Praga de l'1 de juliol de 1991), sinó que pocs anys després la majoria dels seus membres passaven a formar part del que havia estat el seu bloc antagònic durant la guerra freda, l'Organització del tractat de l'Atlàntic Nord. De la mateixa manera, progressivament, molts ingressen a la UE: el 2004, la República Txeca, Estònia, Lituània, Letònia, Hongria, Polònia, Eslovènia i Eslovàquia; el 2007, Bulgària i Romania, i el 2013, Croàcia.

A més llarg termini, els antics aliats de l'URSS en altres parts del món també es veuran afectats per aquest buit de poder i coneixeran conflictes armats interns o guerres de llarga durada que sovint també tenen a veure amb dinàmiques interiors i anteriors, amb geopolítiques regionals, amb l'aparició de noves formes radicals de l'islam polític o amb les aspiracions geoestratègiques dels neoconservadors. És el cas d'Algèria, l'Afganistan, Iraq, Líbia, Síria...

La fi de l'URSS i els nous països independents

País	Independència	Ingrés a l'OTAN	Ingrés a la UE
Lituània	11.3.1990	2004	2004
Geòrgia	9.4.1991	–	–
Estònia	20.8.1991	2004	2004
Letònia	21.8.1991	2004	2004
Ucraïna	24.8.1991	–	–
Bielorússia	25.8.1991	–	–
República de Moldàvia	27.8.1991	–	–
Kirguizistan	31.8.1991	–	–
Uzbekistan	1.9.1991	–	–
Tadjikistan	9.9.1991	–	–
Armènia	21.9.1991	–	–
Azerbaidjan	18.10.1991	–	–
Turkmenistan	27.10.1991	–	–
Kazakhstan	16.12.1991	–	–

L'ensulsiada del comunisme a l'Europa de l'Est

País	Transició política	Ingrés a l'OTAN	Ingrés a la UE
República Democràtica d'Alemanya[1]	1989-1990	1955	1957
Txecoslovàquia[2]	1989-1990	1999	2004
Hongria	1989-1990	1999	2004
Polònia	1989-1991	1999	2004
Romania	1989-1991	2004	2007
Bulgària	1991	2004	2007
Iugoslàvia[3]	1991-2006		
Albània	1992	2009	–

[1] La unificació amb la República Federal d'Alemanya té lloc el 3 d'octubre de 1990. Les dates d'ingrés a l'OTAN i la UE són referents a la República Federal d'Alemanya.
[2] El 1993 dona lloc a dos estats diferents, la República Txeca i Eslovàquia; aquest últim entra a l'OTAN el 2004.
[3] La fi de Iugoslàvia dona lloc a les guerres dels Balcans (1991-1995) i de Kosovo (1999). El 2006 Montenegro es declara independent de Sèrbia. Eslovènia ingressa a l'OTAN i a la UE el 2004. Croàcia ingressa a l'OTAN i a la UE el 2013. Montenegro ingressa a l'OTAN el 2017.

Els Estats Units com l'única gran potència

Amb la desaparició de l'URSS, desapareix també l'enemic absolut que havia legitimitat el discurs de la guerra freda i, en conseqüència, es fa menys evident la necessitat de la dissuasió militar, la qual cosa repercuteix negativament en el lobby militar industrial dels Estats Units. Això explica la conveniència de formular conceptualment un nou enemic absolut. A això van contribuir les tendencioses aportacions de Samuel P. Huntington entre 1993 i 1996 sobre un pressuposat i inevitable xoc de civilitzacions.[6] Tanmateix, durant la dècada dels noranta Bill Clinton intervindrà en sentit contrari i intentarà solucionar, segons els interessos nord-americans, conflictes enquistats amb la pretensió de facilitar la construcció de nous estats (Palestina-Israel, Balcans, Somàlia...). És el

6 Huntington, Samuel P. «The Clash of Civilizations?». *Foreign Affairs*, 72, 3, estiu 1993, pp. 22-49, i *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Nova York: Simon & Schuster, 1996. Com a resposta al xoc de civilitzacions de Huntington, el president iranià Muhammad Khatami va proposar el 1998 un diàleg de civilitzacions. La idea fou recollida pel president del govern espanyol, José Luis Rodríguez Zapatero, que a l'Assemblea General de les Nacions Unides del setembre de 2004 llançava la idea d'una aliança de civilitzacions (una aliança entre Occident i el món islàmic per combatre el terrorisme per vies no exclusivament militars), que obtenia el suport del primer ministre turc i d'una vintena de països. El secretari general de les Nacions Unides, Kofi Annan, assumia la idea en nom de l'organització i creava un grup de treball que elaboraria un pla d'acció abans de finals de 2005.

que el polític i acadèmic canadenc Michael Ignatieff va denominar *Empire lite* i que de manera més general es coneix com una política de *nation-building* o d'ingerència humanitària.[7] Semblava, doncs, que el món es dirigia cap a un multipolarisme difús. Ara bé, amb l'arribada a la Casa Blanca de George W. Bush i els atemptats de l'11S de 2001, els neoconservadors identifiquen aquest nou enemic absolut amb Al-Qaida i, per extensió, amb l'islam. Creuen que cal consolidar els Estats Units com l'única gran potència militar mundial. Amb tot, els fracassos de l'Afganistan i l'Iraq demostren que els EUA estan en condicions de guanyar la fase militar convencional dels conflictes armats però perden l'ocupació posterior, de la qual cosa resulten estats fallits on la violència es torna crònica i obliga a comptar amb actors regionals i amb la nova Rússia de Putin; el multipolarisme difús, doncs, cada cop esdevé més incontrolat.

Per sintetitzar-ho en el model proposat per Joseph Nye,[8] a escala mundial, en un món cada vegada més globalitzat, tendeix a consolidar-se un multipolarisme difús en què els EUA conserven la supremacia militar i de l'ús de la força (unipolarisme i unilateralisme militar), però, en l'esfera econòmica, entren en competència amb altres potències (la UE, el Japó, la Xina, Rússia i alguns països emergents), i es configura així un pluripolarisme que exigeix accions multilaterals a l'hora de prendre decisions econòmiques; i, encara, existeix un tercer escenari d'actuació que desborda les fronteres dels estats nació i de les grans àrees d'integració regional (UE, Àrea de Lliure Comerç d'Amèrica del Nord, que el president Donald Trump amenaça de liquidar, Unió de Nacions Sud-Americanes, Comunitat del Carib, etc.), on actuen amb criteris globals una multiplicitat de poders que tenen el món com a mercat i com a camp d'acció, que són capaços de posar en dificultats la gran potència i els seus aliats, i que configuren xarxes multipolars: des de les multinacionals i les grans entitats financeres fins als càrtels del narcotràfic o les organitzacions del terrorisme internacional. Aquest darrer nivell és també el que utilitza el comerç il·legal d'armament (a vegades promogut pels mateixos estats productors d'armes) i el que alimenta els paradisos fiscals.

7 Ignatieff, Michael. *Empire lite. Nation-building in Bosnia, Kosovo and Afghanistan*. Londres: Vintage, 2003.

8 Nye, Joseph S. *The Paradox of American Power*. Nova York: Oxford University Press, 2002; Nye, Joseph S.; Scacco, Alexandra. «La gobernabilidad del globalismo». *La Vanguardia Dossier. Imperio o gobierno mundial*, 3, octubre-desembre 2002, pp. 35-40.

Noves guerres i nous conflictes armats

La fi de la guerra freda no significa, però, la desaparició ni de les guerres ni dels conflictes armats. I és que, més enllà de les esperances, les il·lusions (renovades amb els acords d'Oslo de 1993 i 1995 i els acords de Dayton de 1995) o les desil·lusions generades per la desaparició de l'URSS i la fi de la guerra freda, romanen unes herències i unes tendències que no han estat fàcils de capgirar.

D'una banda, la guerra freda fou un període d'extraordinària conflictivitat, una conflictivitat regulada, controlada, en què les dues potències mai no van arribar a enfrontar-se directament. De fet, la crisi dels míssils de Cuba el 1962 va ser l'únic conflicte en el qual es va estar realment a un pas d'un enfrontament directe entre els Estats Units i la Unió Soviètica i del desastre nuclear. Una elevada conflictivitat i una forta intensitat que, tal com es pot veure en el gràfic següent, s'assoleixen amb els processos de descolonització i els posteriors conflictes interns, en què sovint hi ha implicada una gran potència o totes dues.

La dissuasió mútua que van practicar els Estats Units i la Unió Soviètica durant més de quatre dècades (1946-1989/1991) va generar una gran conflictivitat armada en gairebé tots els racons del món, amb participació directa o indirecta d'una o de les dues grans potències. Un repàs de les principals operacions militars amb implicació de forces nord-americanes entre 1948 i 1989 ens dona un total de seixanta-set operacions, que inclouen el pont aeri i la crisi de Berlín (1948-1949 i 1961-1963), la guerra de Corea (1950-1953), la crisi dels míssils a Cuba (1962), la guerra del Vietnam (1962-1975), amb els afegits de Cambodja i Laos, i les conquestes de l'illa de Granada (1983) i de Panamà (1989-1990). Els Estats Units també van intervenir en accions de suport o operacions armades a l'Afganistan, Egipte, Líbia, el Congo-Zaire, el Sudan, el Líban, l'estret de Taiwan i l'Iran. I, encara en operacions genèriques, al golf Pèrsic, al Mediterrani, a l'Orient Mitjà i en diferents llocs del món: les Filipines, les illes Verges, Bolívia, el Txad, El Salvador / Nicaragua, l'Aràbia Saudita, Somàlia / Etiòpia, la República Dominicana...[9] En molts d'aquests casos, també hi va participar directament o indirectament (ací destaca el paper de Cuba) de l'URSS.

De l'altra, la conflictivitat no desapareix amb la fi de la guerra freda, ja que deixa darrere seu conflictes enquistats (alguns d'elevada càrrega simbòlica, anteriors fins i tot a la guerra freda i de molt difícil resolució, com el conflicte palestinoisraelià), no resolts, que es projecten cap al futur. Així, Monty G. Marshall recopila quaranta-una guerres o conflictes armats amb deu mil morts

9 Vidal, Gore. *El último imperio*. Madrid: Síntesis, 2001.

o més, iniciats abans o el mateix any de la dissolució de l'URSS i que van tenir continuïtat durant la dècada dels noranta o fins i tot més enllà.[10]

A partir de 1991 el total de conflictes armats tendeix a disminuir ràpidament, amb un repunt (guerres entre estats) entre 2001 i 2004, associat a les guerres de l'Afganistan i de l'Iraq, i un segon repunt a partir de 2011 (guerres socials o internes), associat a les revoltes àrabs i, posteriorment, a l'aparició d'Estat Islàmic i la guerra de Síria. En tot cas, de manera general hom pot concloure que amb la fi de la guerra freda disminueix més que perceptiblement la conflictivitat armada global. I, tanmateix, aquesta disminució de la conflictivitat armada global no s'acompanya de més sensació de seguretat. Al contrari, el nou tipus de conflictivitat estén la sensació de vulnerabilitat arreu del món i creix la inseguretat perquè la manca de regulació dels conflictes i el sorgiment del terrorisme d'Al-Qaida els dona una dimensió global amb atemptats indiscriminats que atenyen els països occidentals i la resta del món. En definitiva, amb la fi de la guerra freda disminueix el total de conflictes armats, però, al mateix temps, la desaparició del control de les dues grans potències sobre els conflictes armats fa que esdevinguin més descontrolats, la qual cosa fa augmentar la percepció d'inseguretat, especialment als països occidentals, i obre el camí a l'aparició d'actituds xenòfobes i racistes i a l'ascens de l'extrema dreta.

Així, doncs, la guerra persisteix, però amb característiques diferents. Són les noves guerres, segons la denominació de Mary Kaldor,[11] o els nous conflictes armats, que tenen com a característiques principals:[12]

- Desterritorialització del conflicte: sovint l'objectiu principal no és la conquesta d'un territori, sinó provocar el dany més gran possible a l'enemic en qualsevol lloc i amb el menor cost (per exemple, els atemptats de l'11 de setembre de 2001).

10 Marshall, Monty G. (comp.). «Major Episodes of Political Violence 1946-2016». *Global Conflict Trends*. Vienna (Virginia, EUA): Center for Systemic Peace, 2017. Marshall, Monty G. (comp.). «Major Episodes of Political Violence 1946-2016». Center for Systemic Peace. www.systemicpeace.org/warlist/warlist.htm [darrera actualització: 15 juny 2017].

11 Kaldor, Mary. *New and Old Wars: Organised Violence in a Global Era*. Cambridge: Polity Press, 1999; «In Defence of New Wars». *Stability. International Journal of Security & Development*, 2 (1): 4, pp. 1-16 (http://dx.doi.org/10.5334/sta.at), i Chinkin, C.M.; Kaldor, M. *International Law and New Wars*. Cambridge: Cambridge University Press, 2017.

12 Per a un tractament detallat de les característiques dels nous conflictes armats, vegeu Segura i Mas, Antoni. «From Cold War to Asymmetric Conflicts: Players, Values and Characteristics of Wars in the Second Half of 20th Century (1945-2012)», a Lo Cascio, P.; Pellegrini, A.; Segura i Mas, A. (eds.). *Soldiers, Bombs and Rifles: Military History of the 20th Century*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, 2013, pp. 89-120.

- Presència d'un combatent difús que no constitueix un exèrcit i es barreja amb la població civil, la qual cosa dificulta l'acció dels exèrcits convencionals, ja que, tal com assenyalava Rupert Smith,[13] exalt cap de la Divisió de Carros de Combat britànica a la Guerra del Golf de 1991, en aquestes circumstàncies la població civil que es troba al bell mig del camp de batalla és, al mateix temps, un col·lectiu que cal defensar i un enemic potencial, ja que els combatents difusos actuen camuflats i barrejats amb la població civil.
- Reaparició de polítiques de neteja ètnica.
- Increment de les víctimes civils en oposició a la davallada de les baixes militars.
- Ús d'atemptats indiscriminats per socialitzar el terror.
- Increment dels refugiats i dels desplaçats interns.
- Les potències militars obtenen la victòria en la part convencional del conflicte, però perden l'ocupació.
- Privatització de la guerra:
  - Grups subestatals organitzats militarment prenen el control de determinades regions on imposen les seves regles (per exemple, el narcotràfic). És freqüent l'ús de nens soldat.
  - Les grans potències militars contracten empreses privades de seguretat (mercenaris) per dur a terme accions militars i de seguretat. S'estalvien així baixes de soldats, que tenen un alt cost polític i electoral. Així, el 2005 el personal de les empreses de seguretat privades a l'Iraq era d'entre 10.000 i 15.000 efectius; a principis de juliol de 2007, eren 160.000 i, passat l'estiu, 180.000, i superaven el total de la presència militar dels Estats Units a l'Iraq, que en aquells moments era de 160.000 soldats.[14]
  - Increment de mitjans tecnològics (drons) que permeten dur a terme accions militars sense arriscar vides de soldats.

La inestabilitat de la Federació Russa i de l'espai exsoviètic

La transició política a la Federació Russa i, en general, a totes les repúbliques sorgides de la desaparició de l'URSS fou molt difícil, incerta i plena de tensions. A les repúbliques de l'Àsia central, la pervivència de la vella burocràcia comu-

13 Smith, Rupert. *The Utility of Force. The Art of War in the Modern World*. Londres: Penguin Books, 2005, pp. 2-10.

14 *Los Angeles Times*, 4 de juliol de 2007.

nista no només tingué continuïtat, sinó que es perpetuà en el poder amb mètodes autoritaris, si no clarament totalitaris, i, reconvertits ara en fervents nacionalistes, reprimien qualsevol dissidència política acusant-la de radicalisme terrorista confessional. L'exemple segurament més evident és el d'Islam Karimov, primer secretari del Partit Comunista des de 1989 i president de l'antiga República Socialista Soviètica de l'Uzbekistan des de 1990. L'any següent proclamà la independència de la República i es mantingué en el càrrec fins al mateix dia de la seva mort, el 2 de setembre de 2016. Instaurà un règim de corrupció en què destaca la seva filla gran, Gulnara, que gestiona un veritable imperi comercial d'abast mundial, de tortura i de repressió que ha estat acusat de vulneració sistemàtica dels drets humans per les Nacions Unides, però que, des de la guerra de l'Afganistan de 2001, gaudeix de la benedicció dels Estats Units, que consideren l'Uzbekistan un aliat estratègic.[15]

Igualment conflictiva fou la transició política en algunes de les repúbliques europees i caucàsiques exsoviètiques que, tal com ja s'ha indicat, es van veure immerses en conflictes interns que a vegades (conflicte de Nagorno-Karabakh entre Armènia i l'Azerbaidjan) desbordaven els límits dels nous estats. Però, sens dubte, el cas de la Federació Russa és el que ocupa el paper central. Els mandats de Borís Ieltsin (1991-1999) foren d'un creixent deteriorament econòmic i social que esdevingué una veritable recessió econòmica (inflació, caiguda de la producció i del PIB a la meitat, atur, increment del deute extern, desballestament de la sanitat i l'educació, misèria...) en aplicar les «mesures de xoc» de l'FMI, del Banc Mundial i del Departament del Tresor dels Estats Units per passar d'una economia planificada a una economia de mercat. La Federació Russa també va experimentar una progressiva pèrdua de pes polític internacional, agreujada pels conflictes interns (primera guerra de Txetxènia, 1994-1996), i per l'enfrontament de Ieltsin amb el Parlament, que s'oposava a les polítiques neoliberals del president, i que va culminar amb la crisi institucional de 1993 (Ieltsin dissol el Congrés dels Diputats i el Soviet Suprem Rus) i amb l'ús de la força militar. Les polítiques neoliberals incloïen la privatització de les empreses esta-

15 Sobre les repúbliques exsoviètiques de l'Àsia central, vegeu Djalili, M.; Kellner, T. *Géopolitique de la nouvelle Asie centrale. De la fin de l'URSS à l'après-11 septembre*. París: Presses Universitaires de France, 2003; Morales, Javier. «Asia Central en la política exterior de Rusia». *Revista UNISCI. Discussion Papers* (Universitat Complutense de Madrid), 28, gener 2012, pp. 35-44; Rashid, Ahmed. *Jihad: The Rise of Militant Islam in Central Asia*. New Haven (EUA): Yale University Press, 2002, i *Descent into Chaos: The United States and the Failure of Nation Building in Pakistan, Afghanistan, and Central Asia*. Nova York: Viking, 2008; Roy, Olivier. *The New Central Asia: Geopolitics and the Birth of Nations*. Londres / Nova York: I.B. Tauris, 2000, i *L'Asie centrale contemporaine*. 2a ed. París: Presses Universitaires de France, 2001.

tals. Això va permetre la creació de grans fortunes (especialment en relació amb el sector energètic) i d'una oligarquia de nous rics i de màfies, un veritable cercle de corrupció, que donaven un suport incondicional a Ieltsin. Durant el seu segon mandat (1996-1999), la crisi política i econòmica, agreujada pel creixement del deute, desembocà en la crisi financera de 1998 i el col·lapse del ruble. Tot plegat i paral·lelament al deteriorament físic de Ieltsin, provocà la seva renúncia. El substituí el seu primer ministre, Vladímir Putin, que s'havia format al KGB. Sense estendre'ns en els mandats de Putin (1999-2008, 2012-actualitat) i el seu *alter ego*, Dmitri Medvedev (2008-2012), només convindria apuntar que ha instaurat un règim formalment multipartidista però fortament presidencialista i autoritari, que ha emmordassat, anul·lat i eliminat (fins i tot físicament) l'oposició i els mitjans de comunicació independents (el nou negoci de l'oligarquia que envolta Putin), cosa que ha redreçat l'economia en favor dels més poderosos, ha recuperat de manera populista l'orgull nacional rus a costa del sacrifici dels txetxens (segona guerra de Txetxènia, 1999-2009), ha marcat les línies vermelles de la influència russa davant de l'OTAN i la UE (guerra de Geòrgia, 2008; annexió de Crimea i intervenció a Ucraïna, 2014...) i ha recuperat el paper internacional de Rússia enfront dels Estats Units.[16]

Danys col·laterals

El relat que s'imposa mediàticament després del col·lapse de l'URSS és que la guerra freda la van guanyar els Estats Units (i, més concretament, per als neo-

16 Sobre les repúbliques europees exsoviètiques, vegeu Anglada, Martí. *Quatre vies per a la independència. Estònia, Letònia, Eslovàquia, Eslovènia*. Barcelona: Pòrtic, 2014; Claudín, Carmen. «El llarg camí del postsovietisme. Rússia: la transició inconclusa». *DCidob*, 100, 2007, pp. 34-39, i «¿Qué pasa con los vecinos de Rusia?». *Anuario Internacional CIDOB 2016/2017*, 1, 2017, pp. 111-117; Emami Meibodi, A.; Hossein Memarian, M. «Complexity of Caspian Sea Geopolitics and Purposing a Solution». *International Association for Energy Economics*, 2016; García Guitián, Elena. «Georgia, 7 de agosto de 2008: la crisis en su contexto». *Análisis del Real Instituto Elcano (ARI)*, 96, 2008; Judt, Tony. *Postwar: A History of Europe since 1945*. Londres: Heinemann, 2005; Nodia, Ghia. «Transcaucasia, tres años después». *Anuario Internacional CIDOB 1994*, 1995, pp. 477-483; Politkovskaya, Anna. *La deshonra rusa*. Barcelona: RBA, 2004; Purs, Aldis. *Baltic Facades: Estonia, Latvia and Lithuania since 1945*. Londres: Reaktion Books, 2012; Martín de la Guardia, R.; González Martín, R. *Chechenia, el infierno caucásico: historia de un conflicto inacabado*. Simat de la Valldigna (València): La Xara, 2012; Rodríguez, E. J. «Crisis en Ucrania: los orígenes del caos». *Jot Down Magazine* / *Opinión Global*, 15 març 2015, www.jotdown.es/2015/03/crisis-de-ucrania-los-origenes-del-caos/ i www.opinionglobal.cl/crisis-de-ucrania-los-origenes-del-caos/; Taibo, Carlos. *El conflicto de Chechenia*. Madrid: Catarata, 2005, i *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*. Madrid: Catarata, 2014.

cons el vencedor fou el president Ronald Reagan, mentre que George H. W. Bush es va limitar a recollir-ne els fruits). A pesar de l'evolució cap a l'eurocomunisme dels partits comunistes occidentals a la dècada dels setanta, aquests no es van poder sostreure a les conseqüències de la desaparició de l'URSS i van conèixer a partir dels noranta una davallada electoral progressiva. La crisi contamina també els partits socialdemòcrates europeus, que combaten les previsibles conseqüències electorals amb una moderació progressiva de les polítiques d'esquerres habituals, atès el desgast de conceptes tradicionals com igualtat, solidaritat i justícia social, dels quals tant havia abusat l'URSS, i opten per conceptes com eficàcia, competitivitat i igualtat d'oportunitats. En el cas de l'Europa de l'Est i de l'espai exsoviètic, els antics partits comunistes que havien monopolitzat la vida política des del final de la Segona Guerra Mundial desapareixen formalment, sovint sota un canvi de nom, i, en tot cas, perden el monopoli del poder, encara que, especialment a les repúbliques centreasiàtiques i al Caucas, sobreviuen les antigues elits polítiques. A la Xina postmaoista, després del crit d'alerta de Tiananmen (maig de 1989) es consolida la doble via impulsada per Deng Xiaoping «d'un país, dos sistemes» sota la direcció del Partit Comunista de la Xina.

Resultats electorals (% vots) de l'esquerra a França i Espanya, 1993-2011/2012

% vots segona volta						
França	1993	1997	2002	2007	2012	
Partit Socialista	28,7	38,7	35,3	42,3	40,9	
Partit Comunista*	4,6	3,7	3,3	2,3	1,1	

(*) El 2012 concorre dins del Front d'Esquerres.

% vots						
Espanya	1993	1996	2000	2004	2008	2011
PSOE	38,7	37,6	34,7	43,3	44,1	29,1
IU*	9,6	10,5	5,5	5,0	3,8	7,0

* Izquierda Unida, marca electoral de l'antic Partit Comunista que el 2011 concorre en coalició amb els Verds.
Resultats electorals: www.ipu.org/parline-e/reports/arc/

Convé assenyalar, finalment, que algunes de les conseqüències que s'han apuntat es relacionen directament i gairebé exclusivament amb la desaparició de l'URSS, tot i que evidentment també hi intervenen altres factors. És el cas de la fi de la Guerra Freda i del sistema d'equilibri de poders, del buit de poder i l'aparició de nous estats en l'espai exsoviètic i de la consolidació dels Estats

Units com a única gran potència. Respecte de les noves guerres i els nous conflictes armats, de la inestabilitat de la Federació Russa i l'espai exsoviètic i de l'evolució dels partits comunistes europeus occidentals, és evident que hi conflueixen altres factors amb un pes similar al que té la desaparició de l'URSS.

En busca de un nuevo lugar en la historia. La Revolución en Rusia un siglo después, 1917-2017

Francisco Veiga
Universitat Autònoma de Barcelona

A lo largo del año 2017 se conmemoró en todo el mundo el centenario de la revolución rusa, que estalló en febrero de 1917 y en octubre dio inicio a una segunda fase (la denominada Revolución de Octubre), que implicaba un cambio radical, con la fundación de un régimen socialista soviético en el Estado más grande del mundo. En realidad, ese salto adelante tenía como objetivo desencadenar una revolución a escala internacional, no establecer un nuevo régimen supeditado a las fronteras de un imperio desaparecido o a las de un Estado nación.

Justamente, esa es una precisión —y de gran trascendencia— que no siempre se ha explicitado bien en el cúmulo de conferencias, artículos de prensa y entrevistas que se sucedieron en la centenaria conmemoración. La Revolución se ha calificado reiteradamente como «rusa», y por ello esencialmente nacional, cuando en realidad lo que triunfa en octubre de 1917 es la primera revolución política de la era contemporánea con pretensiones explícitas de globalidad. Un fenómeno que, sin embargo, es consecuencia de décadas de propaganda soviética, durante las cuales se configuró la URSS como una superpotencia en pugna con un adversario concreto de su mismo nivel estratégico —Estados Unidos— e incluso con una República Popular China que defendía su variante marxista nacional propia. Pero también es tributaria de muchos años de análisis centrados en un Estado soviético que, a la postre, fue el resultado de una revolución internacional fallida, algo que quedó constatado en agosto de 1920 tras la derrota de la guerra con Polonia, y en la posterior incapacidad de extender la revolución por Oriente a lo largo de esa década.

Una vez frustrada la expansión revolucionaria internacional, el Estado soviético resultante también generó un debate que permanece abierto, por cuanto no resulta fácil establecer el momento en que se supone que concluyó el ciclo revolucionario. Si tomamos como referencia la consumación de los cambios sociales de gran envergadura, y lo combinamos con la muerte de Josif Stalin, el último gran líder superviviente de la toma del poder en octubre de

1917, tendríamos la fecha de 1953 como punto y final. Para entonces, la Unión Soviética se había convertido en una verdadera civilización en sí misma, con todos sus aciertos y fracasos y con una estructura social propia, sui géneris, con la paradójica consecución de algo parecido a una clase media propia, específicamente soviética, ligada al desarrollo de una enorme estructura administrativa y de partido.[1]

Por tanto, nos encontramos con que el centenario de la Revolución de Octubre está aquejado de limitaciones similares a las que ya tuvo el de la Primera Guerra Mundial en 1914: hay mucha reedición de viejos clásicos (se ha republicado incluso la obra de John Reed) como parte de la estrategia editorial de vender cuanto más mejor, pero escaso debate historiográfico real.

De hecho, persisten los viejos errores fijados en la memoria y cultura populares. Por ejemplo, no se tiene en cuenta —o se ha olvidado— la duplicidad de las fechas con relación a los calendarios gregoriano y juliano. La diferencia entre uno y otro es de trece días. En el calendario vigente en la Rusia zarista y aún después de la Revolución de Febrero, el 25 de octubre de 1917 del calendario juliano corresponde al 7 de noviembre en el resto del mundo, regido por el calendario gregoriano. Eso hace que la Revolución de Octubre sea, en realidad, la de noviembre. Por supuesto, en ese año, muchas conferencias conmemorativas del centenario se convocaron para octubre, incluso en las universidades. El detalle va más allá de la anécdota, porque, en la barahúnda general surgida de mezclar las fechas de ambos calendarios, resultará que la denominada «crisis de abril» de 1917, el primer choque serio entre el sóviet de Petrogrado y el gobierno provisional, arranca en realidad de las tensiones generadas en torno a la celebración del Primero de Mayo, que en el calendario juliano se celebraba el 18 de abril. Es un ejemplo más de esas pequeñas y grandes mixtificaciones centenarias. La Revolución de Febrero estalla el Día Internacional de la Mujer trabajadora, 8 de marzo, que en el calendario juliano fue el 23 de febrero. Y, una vez más, el significado de la fecha no es baladí, dado que fueron las mujeres trabajadoras de Petrogrado las que llevaron adelante la protesta, en contra del parecer de sus camaradas masculinos de los partidos revolucionarios, nada dispuestos a salir a la calle por entonces.

Cabe considerar que la persistencia de esas viejas confusiones se debe, en parte, a que durante muchos años (especialmente en los años sesenta y setenta) y en algunos países —como España— se mantuvo la enseñanza y el análisis de la revolución rusa bajo la perspectiva del materialismo histórico. En ese marco

1 Matthews, Mervyn. *Class and society in Soviet Russia*. Londres: Allen Lane, 1972.

estructural, precisiones de detalle narrativo o analítico no se consideraban de interés. Sin embargo, la celebración del centenario ha dejado en evidencia hasta qué punto está cuestionado ese enfoque teórico para entender la revolución rusa, sobre todo a partir de 1991, con la desintegración de la Unión Soviética. Pura y simplemente, para unos cuantos historiadores no queda nada claro qué hacer, por dónde seguir a partir de ahora. La reedición de la veterana obra del periodista John Reed *Ten days that shook the world* (1919) ha sido sintomática: al no quedar claro qué análisis clásico del materialismo histórico se hubiera podido recuperar, se opta por el reportaje del célebre corresponsal y activista estadounidense, una apuesta segura.

Como contraste, y en paralelo a la pérdida de influencia política de la izquierda en Europa, cobra fuerza la perspectiva liberal, incluso posmoderna de la revolución rusa. A cargo sobre todo de autores anglosajones, enfatiza el relato sobre el análisis estructural de los marxistas. Juega con la historia contrafactual («what if») a fin de demostrar que, según el análisis materialista histórico, la revolución rusa no fue históricamente necesaria ni estaba predestinada a triunfar. Su visión es sobre todo pesimista o negativista. Como muestra, valga el título del libro de Figes, gran éxito editorial con numerosas ediciones a sus espaldas: *A people's tragedy: the Russian Revolution*; contrasta por completo con el título épico del mencionado reportaje de John Reed: *Ten days that shook the world.* Aquí, la Revolución se planteaba como un fenómeno de alcance internacional, una epopeya basada en la lucha de clases y el manifiesto comunista de Marx: «Trabajadores del mundo, uníos; no tenéis nada que perder, excepto vuestras cadenas».

El tercer enfoque vendría a ser el que se está ensayando en la Rusia de Putin, que se centra más en la guerra civil y supone un equilibrio delicado: rojos y blancos sufrieron, el fenómeno revolucionario alcanzó, por tanto, a todos los rusos —y pueblos del antiguo imperio— y ello debería servir para lograr una reconciliación histórica entre todos los actores implicados, dado que la Revolución formó parte del destino nacional de Rusia. Pero entendido no como parte de la argumentación del materialismo histórico, sino en unos términos euroasiáticos.

El factor euroasiático

Hay sólidas muestras en lo tocante a la reivindicación del argumento sobre el sufrimiento compartido. La más llamativa es el monumento al almirante Kolchak en Irkutsk (Siberia), ciudad en la cual el entonces gobernante supremo

fue ejecutado en 1920. Pero no tanto por la reivindicación de su figura como militar y estadista del bando blanco en la guerra civil rusa, operación que ya se realizó con pleno éxito en 2008 con el estreno del film *El almirante*, dirigido por Andrei Kravchuk, que se convirtió en éxito de taquilla. En la base del monumento se encuentra la clave del valor añadido que se le otorga al símbolo de Kolchak en la Rusia postsoviética actual: el bajorrelieve dedicado a dos hermanos gemelos que lucharon cada uno en un bando y que al final de la guerra cruzan sus fusiles bajados en son de paz y reconciliación.

Resulta lógico el despliegue de esta simbología en una sociedad que intenta superar no solo la lejana experiencia de la Revolución, sino también la desaparición del régimen soviético que ocupó la mayor parte del siglo XX y convirtió a Rusia en una superpotencia hegemónica. Y, dado que se trata de una tarea compleja, con evidentes peligros de fractura social, el proceso se ha llevado de forma silente, como han hecho otros regímenes en circunstancias similares. De la misma forma que en la Turquía de Erdoğan no se puso demasiado énfasis en 2008 en conmemorar oficial y académicamente la Revolución de los Jóvenes Turcos, acaecida en 1908, en la Rusia de Putin, el centenario de la Revolución de 1917 (la de febrero y la de octubre) no generó el debate ni la producción editorial que se vivió en Occidente. Tampoco es cierto que el régimen temiera el desencadenamiento de una nueva revolución por el impacto emocional del centenario, como se llegó a proclamar en algunos medios, ese curioso fenómeno ilusorio que se podría denominar el «efecto mágico de las efemérides». Pura y simplemente, la estrategia del Kremlin y de buena parte de la academia rusa consiste, en la actualidad, en sustituir la épica bolchevique por la épica del destino nacional. En ese sentido, el recurso a planteamientos de la extrema derecha nacionalista, con componentes socialistas-nacionales implícitos, puede ser una herramienta eficaz aunque peligrosa a medio plazo.

En Rusia, el vehículo que parece estar cubriendo ideológicamente esa transición es la renovada versión del antiguo euroasianismo. El argumento explicativo es tortuoso pero clarificador.

En 1921, cuando la guerra civil estaba dando sus últimos coletazos, el núcleo de exiliados blancos en Sofía publicó una colección de artículos agrupados bajo el título común de *Éxodo hacia el Este*, aunque, debido al significado polisémico del verbo «исход» (*isjod* o *iskhod*), podía traducirse también como «salida» o «solución».[2] Comenzaba así a manifestarse el fenómeno eurasianista, que superaba los planteamientos más instrumentales de los orientalistas (*vosto-*

2 Laruelle, Marlène. *Russian Eurasianism. An ideology of empire*. Washington: Woodrow Wilson Center Press; Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2012, pp. 19-20.

chniki) rusos del siglo XIX, que incluían a algunos paneslavistas y abogaban por la expansión rusa hacia Asia; con todo, en los escritos de algunos, como Vladimir Lamansky o Konstantin Leontev, ya se adelantaba que el destino de Rusia estaba en Oriente, tanto por su posición geográfica como por la necesidad de superar y desafiar la centralidad del mundo occidental.

El euroasianismo promovido en los años veinte expresaba la frustración de toda una serie de jóvenes intelectuales del exilio ruso obligados a abandonar su país, pero que no reconocían como suya la cultura europea de acogida. Incidía en ese sentimiento la humillación ante la derrota de los blancos y el deseo de entender la nueva realidad de la madre patria e incluso de seguir en contacto con ella.[3] La corriente tenía un punto de resignación ante los hechos consumados: dado que Rusia había cambiado definitivamente, solo quedaba el acercamiento a la nueva realidad de la Unión Soviética. De hecho, uno de los núcleos euroasianistas, el de París en torno a la revista *Evraziia*, y el de Bruselas terminarían basculando hacia el marxismo. Esta actitud no era expresión de oportunismo o transfuguismo: surgía de la conclusión de que la nueva Rusia comunista estaba cumpliendo la misión histórica y civilizadora de la vieja Rusia, como potencia euroasiática. Por ello, la vía al retorno y la reconciliación quedaba abierta, y, de hecho, algunas figuras menores del movimiento se atrevieron a ello.

Aun así, el euroasianismo no era esencialmente pro bolchevique, sino un movimiento nacionalista sobre todo intelectual, centrado en la reivindicación de lo más tradicional y esencial de la esencia rusa como enraizada en las estepas asiáticas, lo que incluía la herencia cultural de los pueblos de las estepas —tártaros, mongoles y túrquicos—, así como la simbiosis con la geografía de una Rusia que era la encarnación de Eurasia. El resultado de todo ello, como rezaba una fórmula apócrifa, es que «Rusia iba del capitalismo como tesis y el comunismo como antítesis a la síntesis del euroasianismo».

Aunque algunos «padres fundadores» como Peter Savistki continuaron en la brecha durante años, el sarampión de la primera generación euroasianista se extinguió a comienzos de los años treinta y quedó casi completamente olvidado. Sin embargo, rebrotó con fuerza sesenta años más tarde, tras el hundimiento de la Unión Soviética y, más precisamente, con el fracaso de la experiencia neoliberal de la era Yeltsin. Las razones eran fáciles de comprender: el capitalismo entendido a la manera norteamericana no había servido para Rusia: solo había generado crisis y pobreza, arruinando a la naciente clase media y envileciendo al país, ya humillado por la autodestrucción de la Unión Soviética. El

3 *Ibid.*, p. 47.

euroasianismo parecía cumplir una vieja profecía, lanzada precisamente durante los años triunfales del nuevo régimen soviético: algún día se haría evidente la existencia de la misión rusa que trasciende al viejo imperio, la civilización soviética y el Estado sucesor que surja de su decadencia. El comunismo no había sido un ideal, sino un método administrativo, pero la Rusia soviética había terminado por distanciarse de Occidente y reunirse con Oriente, lo que preparaba el advenimiento de la era euroasianista.

Se encontró el vínculo ideológico que unía el viejo euroasianismo de los años veinte con la nueva Rusia de los noventa: el historiador y etnógrafo Lev Gumilev, estudioso de los pueblos nómadas y teorizador de la denominada etnogénesis. En puridad, su pertenencia al movimiento euroasianista es discutida, a pesar de un nutrido intercambio epistolar que mantuvo en 1956 con el teórico del euroasianismo Peter Savistki, durante la detención de este en la Unión Soviética. Pero, tras una vida de detenciones y control académico de sus trabajos durante el régimen soviético, le sobrevino la popularidad durante la perestroika, que lo convirtió rápidamente en un gurú incuestionable, coronado como «último euroasianista». Tuvo tiempo de publicar algunas obras con mayor carga teórica que los estudios académicos que había completado con anterioridad, antes de fallecer en 1992 y acceder al panteón de los mitos.

Existe en Rusia el rumor de que Vladimir Putin conoce bien las ideas de Gumilev por haber frecuentado un grupo de estudio sobre el pensamiento de este autor. Incluso se dice que lo llegó a conocer.[4] De cualquier forma, el nuevo presidente ruso, sin renunciar a su carnet del PCUS ni al orgullo por su pasado como oficial del KGB, Putin escogió inicialmente como consejero, ya en el año 2000, a Aleksandr Solzhenitsyn, antiguo disidente y eslavófilo. Recupera las obras del también eslavófilo Nikolai Danilevski (1822-1885) como doctrina casi oficialista del régimen, por sus posturas antioccidentales («demostró que Occidente no es universal», dijo de él el politólogo Boris Mejuev).[5] Putin complementaba esta tendencia atrayéndose el apoyo de los sectores que su antecesor, Boris Yeltsin, había combatido: los ultranacionalistas y los comunistas, unidos en las barricadas y la defensa de la Casa Blanca durante el golpe de Yeltsin, en octubre de 1993. Para mantener unida y equilibrada esta síntesis sin echar mano del radicalismo nacionalbolchevique —el manejo de la ultraderecha y la «tercera vía» quedan en manos de esa figura de quita y pon que es Alexandr Duguin—, Putin se ha ido apoyando cada vez más abiertamente en las argu-

4 Eltchaninoff, Vladimir. *Dans la tête de Vladimir Poutine*. Arles: Actes Sud, 2015 (versión en castellano: *En la cabeza de Vladimir Putin*. Barcelona: Librooks, 2016, p. 114).

5 *Ibid*., pp. 98-102.

mentaciones euroasianistas. Por una parte, se implica con creciente determinación en la gran crisis oriental del cambio de siglo, con la pacificación de Chechenia —convertida en una república fundamentalista aliada de Moscú—, la participación rusa en las guerras de Georgia (2008) y el Donbass (2014-2015), la anexión de Crimea (2014) y la intervención en la guerra de Siria (2016-2018). Por otra parte, hace realidad el viraje de la política rusa hacia Asia (2012), que se concreta en el proyecto de la Unión Económica Euroasiática (Евразийский экономический союз, ЕАЭС), establecida oficialmente el 1 de enero de 2015.

El discurso euroasianista —dejando a un lado aquí su gran complejidad y diversidad— sirve, por último, para cerrar la brecha histórica que supuso la traumática desaparición de la Unión Soviética en 1991. El mensaje es que se ha restablecido el contacto con la línea histórica de Rusia, no hay ruptura, no hay frustración. Esta propuesta interpretativa fue concretada por Putin en persona el 21 de enero de 2016, aniversario de la muerte de Lenin; cuando solo faltaba un año para el centenario de la Revolución de 1917, el mismo presidente cuestionaba su legado: «There were many such ideas as providing regions with autonomy and others [...]. They planted an atomic bomb under the building that is called Russia which later exploded. We did not need a global revolution». Y a continuación añadió: «Letting your rule be guided by thoughts is right, but only when that idea leads to the right results, not like it did with Vladimir Ilyich. In the end that idea led to the fall of the Soviet Union».[6] El presidente de Rusia acusaba a Lenin de haber sido él mismo el causante del colapso de la Unión Soviética: una acusación muy fuerte que se producía aparentemente por causalidad en el aniversario de la muerte del líder bolchevique.

Ese era el comienzo del camino hacia la reconversión de la memoria histórica de la revolución rusa. Y ese camino pasaba, sobre todo, por la evolución del fenómeno político denominado «alianza rojo-parda», que arrancaba de los momentos finales de la Unión Soviética y cobraba forma definitiva en la denominada guerra del Donbass.

La confluencia rojo-parda

El surgimiento de una nueva ultraderecha nacionalista rusa en la Unión Soviética arrancaba de los años ochenta, cuando ya habían hecho su aparición gru-

6 «Vladimir Putin blames Lenin for Soviet collapse». *USA Today*, 21 de enero de 2016 [se puede consultar en Internet]; «Vladimir Putin accuses Lenin of placing a "time bomb" under Russia». *The Guardian*, 25 de enero de 2016 [se puede consultar en Internet].

pos de ultraderecha nacionalista, en parte como reacción y contagio del éxito de Solidarność en Polonia. El «estímulo» nacionalista del régimen soviético fue subiendo de tono en casi todas las repúblicas, sobre todo bajo el liderazgo de Gorbachov. En algunos casos, como consecuencia de la quiebra de pactos de gobernabilidad y equilibrios de fuerzas específicos en el sistema soviético. Resulta paradójico que, si bien la ultraderecha había hecho su aparición a mediados de los ochenta, el nacionalismo ruso de derechas tardara algo más en resurgir; y lo hizo en buena medida como reacción contra el nacionalismo liberal propugnado por Boris Yeltsin en la primavera de 1990, cuando hacía campaña para el Parlamento ruso. De hecho, esta oposición se acabó transformando en una especie de cruzada contra la «invasión» de políticas económicas extranjeras, o en la traición del que pronto sería nuevo presidente, que pactó con las otras repúblicas para desmontar la URSS y cortar la hierba bajo los pies a Gorbachov. Por tanto, el final del Estado soviético se pactó en nombre del alumbramiento de una nueva Rusia liberal, mientras que el nacionalismo ruso se expandía y reforzaba contra ese modelo. Lo paradójico e interesante de esta situación era que surgía en dos tendencias políticas teóricamente opuestas: por supuesto, lo hacía en el seno de la derecha y ultraderecha, de matriz tradicionalista o incluso neofascista. Pero también como parte de la nueva izquierda. A principios de 1990 se impuso el proyecto de crear el Partido Comunista de la Federación Rusa (Коммунистическая партия Российской Федерации, КПРФ - KPRF), algo que era muy novedoso porque, en la extinta Unión Soviética, la República Socialista Soviética de Rusia no había tenido partido comunista propio, como el resto de las repúblicas. Los rusos militaban en la sección rusa del PCUS, el Partido Comunista de la Unión Soviética. Gorbachov se oponía a la fundación del proyectado KPRF, porque en ese caso el resto de las repúblicas no verían necesario al PCUS.[7]

El nacionalismo se estaba infiltrando en toda la Unión Soviética en general y en Rusia en particular, y afectaba a la vez a la recién nacida derecha y a la antigua izquierda. Pero no era tanto una infiltración desde fuera como desde dentro, consustancial al propio sistema.

En las nuevas repúblicas independientes, todas las instituciones políticas soviéticas se colorearon de nacionalismo. Los efectos de la desintegración crecieron a lo largo de 1991 y, en vísperas del fallido golpe de agosto, el PCUS estalló en una miríada de partidos y movimientos comunistas, socialistas, de-

7 Plokhy, Serhii. *The last empire: The final days of the Soviet Union*. Nueva York: Basic Books, 2014 (versión en castellano: Plokhy, Serhi. *El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética*. Madrid: Turner, 2015, p. 61).

mocráticos y nacionalistas. Parte de esas formaciones unieron fuerzas ante los difíciles momentos que vivía el país. El 8 y 9 de febrero de 1992 tuvo lugar el primer congreso del Consejo de Fuerzas Nacional-Patrióticas, liderado por el comunista Genadi Zyuganov, antiguo miembro del Politburó de la República Socialista Federativa Rusa y secretario de ideología. Allí se puso la primera piedra de lo que se conocería popularmente como la alianza rojo-parda, colores simbólicos de los comunistas y los neonazis. De esa forma se constituyó un Frente de Salvación Nacional. Contra Yeltsin, contra las políticas liberales y la doctrina del *shock* que intentaba imponer, todo lo cual se presentaba como una invasión extranjera. De ahí que derechas e izquierdas se aliaran en una suerte de «unión sagrada» que no era nueva, sino algo así como un momento de reorganización en la fragmentación.

El sistema soviético, políticamente fragmentado, agrupaba nombres que no eran sino una evolución política «natural» de su filiación de funcionarios soviéticos, aunque separando los elementos nacionalistas y sovietistas que estaban presentes en el desaparecido régimen de la Unión Soviética. Toda esa parte no eran nuevos recién llegados, sino pilares del régimen soviético reafirmados en su comunismo o escindidos en su nacionalismo ultra. Pero eso no generaba grandes contradicciones, porque procedían de un pasado reciente común.

Militares como los generales Albert Makashov y Mijail Titov o el coronel de Aviación Viktor Alksnis resumían en su persona el papel aglutinador y transversal que puede aportar, siquiera simbólicamente o como plataforma política, un ejército situado en una tesitura tan extrema como el soviético, reconvertido en ruso. Al fin y al cabo, de forma significativa, el ejército nacional ruso conserva y enarbola enseñas y distintivos del período soviético. Makashov y Alksnis, por su parte, tenían en común haber participado en el golpe involucionista y tardosoviético de agosto de 1991. Previamente, Makashov había concurrido como candidato nacionalista en las elecciones presidenciales rusas de junio, que había ganado Yeltsin. Por su parte, Alksnis era un coronel de Aviación nacido en Letonia, de la tradición soviética letona, y asimismo uno de los primeros teóricos del golpe para eliminar a Gorbachov y detener la perestroika. Como miembro del Sóviet Supremo que era, llegó a pronunciar una frase que definía muy bien a esta nueva generación de ultras surgidos en el seno de la URSS en descomposición: «Soy un halcón, soy un reaccionario».

Junto con los militares, descollaban en esta *pepinière* toda una serie de intelectuales reconvertidos en ideólogos, como Valentin Rasputin, Alexander Projanov o Igor Shafarevich. Tenían en común servir de puente entre las universidades, la Unión de Escritores y el Sóviet Supremo con el magma soviético-patriótico de estos primeros años. Shafarevich era un reputado matemático

que había trabajado en la teoría algebraica de los números, afín a los círculos disidentes que giraban en torno al *Pochvennichestvo*, un movimiento entroncado con el populismo ruso y la eslavofilia decimonónicos. Era, de hecho, una corriente que rechazaba con energía la europeización, el marxismo, el liberalismo; incluso, asociado a todo ello, el catolicismo y el protestantismo, con tendencias antisemitas. Shafarevich ponía a la ortodoxia como centro, incluso de una supuesta relación entre matemáticas y religión. Políticamente se hizo célebre por su libro *El fenómeno socialista* (publicado en Estados Unidos en 1980), cuyos orígenes situaba en la antigua Grecia, especialmente en Platón. Shafarevich pertenecía, por tanto, a la órbita de los disidentes del período soviético, un hombre afín, por ejemplo, a Aleksandr Solzhenitsyn. Pero, cuando se desintegró la URSS, se convirtió en un activo militante de primera fila como miembro del comité fundacional del Frente de Salvación Nacional y fue marcando su perfil ultraderechista, con acusaciones de antisemitismo. A principios de 1990 ya estaba bien identificado desde Occidente —por ejemplo por Walter Laqueur—[8] como uno de los pensadores más inquietos de la nueva derecha nacionalista y tradicionalista rusa.

En el otro extremo del abanico ideológico, la ultraizquierda reunía a grupos como el movimiento Iniciativa Comunista, el Congreso Iniciativa de Leningrado y el Frente del Pueblo Trabajador Unido, de Moscú. Además se contaban Trudovaya Rossiya (Rusia Trabajadora), el Soyuz Kommunistov (SK, Unión de los Comunistas), el Partido del Trabajo (PT) y el Partido Ruso de los Comunistas. Caso aparte era la poderosa Grazhdanskii Soyuz o Unión Civil, constituida a partir de tres partidos grandes e influyentes que reunían entre 104 y 176 diputados: el Partido Nacional de la Rusia Libre, el Partido Democrático de Rusia y la Unión Rusa «Renovación». De ellos, el primero agrupaba a muchos militares y hombres del aparato del régimen (*apparatchiki*), mientras que el segundo aportaba a trabajadores de cuello blanco y azul.[9]

El perfil ideológico de todo ese conjunto magmático de partidos, grupos y movimientos era notablemente variado dentro de la adscripción genérica común nacional-sovietista. Las tendencias iban desde el rechazo de la influencia cultural occidental, el panrusismo y el nacional-capitalismo de German Sterligov, líder de Ruskii Sobor, en el ala derecha, hasta la misteriosa y ubicua Trudovaya Rossiya, sobre la cual no se disponía apenas de información; ni sobre sus líderes, militancia, estructuras y actividad organizativa. Se sabía que su líder

8 Laqueur, Walter. «From Russia with hate». *New Republic*, 5 de febrero de 1990.

9 Hahn, Gordon M. «Opposition politics in Russia». *Europe-Asia Studies*, vol. 46, núm. 2, 1994, pp. 305-335; p. 314.

era el comunista y sindicalista Viktor Anpilov, que a su vez estaba al frente del Partido de los Trabajadores Comunistas Rusos (RKRP). Trudovaya Rossiya funcionaba a su vez como *plaque tournante* entre los sectores rojos y pardos del FSN, de forma que desde los neonazis de Pamyat a los comunistas de SK solían participar conjuntamente, entre otros, en las acciones de esa organización, que en ocasiones parecían surgidas de la nada.[10] Por otra parte, los líderes a veces procedían de las antiguas estructuras del Estado soviético o el PCUS; en otras ocasiones, de medios de comunicación, como era el caso del chovinista Aleksandr Nevzorov, dirigente de *Nashi*. Otras veces ni siquiera se sabía muy bien de dónde provenían, como era el caso del conocido neofascista Vladimir Zhirinovski, líder y cofundador del Partido Liberal Democrático, que en 1990 fue presentado como primer partido de la oposición.

Sobre esa base se construyó un basamento político muy característicamente ruso de cultura política nacional-sovietista, uno de cuyos símbolos más depurados es posible que fuera el Partido Nacional-Bolchevique del poeta Eduard Limónov, un personaje de la cultura antisistema rusa.[11] Y al menos la primera culminación de todo ello acaeció durante la guerra del Donbass, en Ucrania, en 2014.

Por parte rusa, las unidades insurgentes en el Donetsk no eran sino un caldo de la alianza rojo-parda surgida de la desintegración de la Unión Soviética, veintitrés años antes. Esto llegaba a tal extremo que algunas unidades acogían de manera indistinta, sin que fuera fácil discernirlo, a nostálgicos de la era soviética con otros que lo eran del zarismo, neonazis, neofascistas, ultranacionalistas de todo tipo. Se llegó a alinear allí una unidad de combate integrada por mineros y metalúrgicos, la División de Mineros (julio de 2014); y antes se había formado el batallón Kalmius, también de mineros. Pero, aun así, la unidad exhibía distintivos nacionalistas, nada de hoces y martillos o estrellas rojas.[12] Quizá la excepción más llamativa era la denominada Unidad #404, de comunistas internacionalistas. A todo ello se añadían las unidades compuestas por nacionalidades del espacio ex soviético, aliadas de los rusos: armenios, abjasios, osetios, bielorrusos y chechenos afines al régimen de Kadirov. Por último, se contaban las unidades explícitamente neofascistas o ultranacionalistas, rusas o conectadas con movimientos afines en el extranjero: las integra-

10 *Ibid.*, p. 313.

11 Volkov, Solomon. *The magical chorus. A history of Russian culture from Tolstoy to Solzhenitsyn*. Nueva York: Penguin Random House, 2009; capítulo 13.

12 «В ДНР формируется Шахтерская дивизия», *RGRU- Российская Газета*, 9/07/2014 [se puede consultar en Internet].

das por militantes del partido Unidad Nacional Rusa, la compañía de operaciones especiales Rusich, el batallón Svarog, el Ejército Ortodoxo Ruso, Amanecer Ortodoxo (búlgaros), Legión de San Stefan (húngaros, mayormente ligados a Jobbik), el destacamento Jovan Šević (chetniks serbios), los euroasianistas internacionalistas (básicamente franceses) de Unidad Continental y los nacional-bolcheviques del batallón Zarya, miembros del partido La Otra Rusia.

Deconstrucción de la Revolución de Octubre

Ante esa evolución sociopolítica en la Rusia postsoviética, en medio de fuertes tensiones y crisis internacionales, resulta comprensible que el recuerdo de la Revolución de 1917 resultara, como mínimo, incómodo. ¿Cómo recoger los restos de la gesta rota y recomponer el mosaico? Las declaraciones de Putin sobre Lenin en enero de 2016 no eran un acontecimiento tan inesperado y fuera de contexto; y, sobre todo, no eran la ocurrencia caprichosa de un líder populista estrafalario. En realidad, condensaban la imagen de la Revolución que se había ido destilando a lo largo de los años transcurridos desde la desaparición de la Unión Soviética. Lo puede comprobar cualquier visitante del Museo Estatal de la Historia Política de Rusia, sito en la lujosa mansión modernista de la bailarina Matilda Kshesínskaya, que fue cuartel general de los bolcheviques hasta julio de 1917. Allí se puede contemplar en vivo —por ejemplo, a partir de la colección de caricaturas de prensa durante el período de la Revolución de Febrero— cómo evolucionó realmente la figura de Lenin antes de la Revolución de Octubre. Era un personaje poco conocido en medio de la confusión revolucionaria, lo cual, a su vez, forma parte del trato que recibió la imagen del líder bolchevique tras la desintegración de la Unión Soviética con la publicación en Rusia de las obras de Alexander Solzhenitsyn y Vasily Grossman, censuradas hasta entonces, o piezas como el ensayo sobre Lenin del dramaturgo y poeta Vladimir Soloukhin,[13] donde lo acusa de genocidio.

Con todo, estas primeras denuncias provenían de ámbitos no historiográficos: poetas, escritores, periodistas. El cambio cualitativo empezó a producirse en 1993, cuando se publicaron los primeros libros de texto postsoviéticos de historia de Rusia, siendo Boris Yeltsin presidente y en pleno período de conflicto con la oposición del Frente de Salvación Nacional. En esos libros, la Revo-

13 Soloukhin, Vladimir. *Reading Lenin*. Frankfurt am Main: Possev, 1989 (en ruso).

lución de Octubre, glorificada durante setenta y cinco años de régimen soviético, comenzó a ser explicada como un mero golpe de Estado planificado y ejecutado por un pequeño grupo de conspiradores. De hecho, se establecía una continuidad entre los revolucionarios bolcheviques y el resto de los revolucionarios del siglo XIX, comenzando con los decembristas, y se los presentaba como unos elementos nefastos y básicamente antipatriotas, individuos que no mostraban interés por la historia y la cultura rusas, y, en cambio, sí se sentían atraídos por las tendencias y países occidentales. El mismo Lenin era presentado bajo esa óptica: no creía en Dios ni se interesaba por la historia de Rusia, que le resultaba aburrida.[14] En ese contexto, el conjunto de la Revolución de 1917 venía a ser un cortocircuito en la natural evolución de Rusia hacia la modernización social, política y económica. Y un cortocircuito inducido desde el exterior o por fuerzas conectadas con el extranjero.

La denuncia de la figura de Lenin como un personaje que en realidad desprecia a los rusos alcanza un primer hito importante con la biografía que le dedica Dmitri Volkogonov en 2013.[15] En ella se insiste en diversas ocasiones sobre la importancia del origen judío de Lenin (además de kalmuko, alemán, sueco «y posiblemente otros más») a fin de sugerir reiteradamente que la estrategia internacionalista de la Revolución de Octubre era en realidad un subterfugio para mantener el poder, incluso a costa de aliarse con Alemania en contra de los antiguos aliados de la Entente, y a cambio de que Berlín no ayudara al movimiento blanco. En definitiva, un regreso a los argumentos en boga entre los vencedores de la Primera Guerra Mundial, que impulsaron la intervención internacional en Rusia.[16] Y también una recuperación de la nostalgia por la Rusia imperial o por el movimiento blanco en general, que no solo se encuentra en esa obra, sino en piezas de gran impacto popular, como el film *The Russia that we've lost*, de Stanislav Govorukhin (1992), o la ya citada *El almirante*, o en muchos libros de texto. Debe contarse también con el éxito de pintores como Pavel Ryzhenko, cuyos cuadros se centran en la historia del imperio ruso y muy en especial en los momentos crepusculares del zarismo, obras cargadas de romanticismo y melancolía. La tendencia a recuperar ese mundo pretérito en toda su esencia lleva tanto a recordar cómo se imaginaba el futuro de Moscú

14 Amacher, Korine. «Héros ou ennemis de la patrie? Les révolutionnaires russes du XIXe siècle dans les manuels d'histoire de la Russie». En Amacher, K. y Heller, L. (dirs.). *Le retour des héros: la reconstitution des mythologies nationales à l'heure du postcommunisme*. Louvain-la-Neuve: Academia Bruylant, 2009, pp. 234-236.

15 Volkogonov, Dimitri. *Lenin. A new biography*. Nueva York: Free Press, 2013.

16 *Vid.*, por ejemplo, Volkogonov, Dimitri. *Lenin...*, *op. cit.*, posiciones 637 a 642 y 3979 a 3985.

en 1914, como a partir de una divertida exposición[17] o a hacer un sugerente paralelismo entre el padre Gapón y Rasputín,[18] entre otros muchos ejemplos cotidianos.

En líneas generales, es de notar una tendencia a enaltecer a los personajes autoritarios como positivos. El zar, por supuesto, y también el almirante Kolchak; o Stalin, como caudillo de la era soviética. Este, en particular, ha venido gozando de una creciente consideración como personaje de transición entre el panteón de los protagonistas de la Revolución y la transformación del Estado soviético en un régimen crecientemente socialista-nacional, ya desde los cambios introducidos a partir de 1937[19] y, después, a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, y más especialmente cuando se impulsa el contraataque contra el invasor nazi que lleva a la destrucción del Tercer Reich. No por casualidad, la llegada de Putin al poder impulsa un culto creciente a Stalin.[20] Desde los medios occidentales se ha tendido a utilizar este fenómeno como demostración de que el presidente Putin posee una faceta criptocomunista o busca revivir la figura de Stalin como medio de apoyarse en la reactivación del Partido Comunista, en particular tras las dificultades sufridas por el régimen a raíz del enfrentamiento con las potencias occidentales derivadas de la guerra del Donetsk y la anexión de Crimea.[21] Sin negar que en parte existe ese trasfondo, forma parte a su vez de la evolución política que vivió la sociedad rusa desde el hundimiento de la Unión Soviética, y que en modo alguno fue un caso aislado, aunque sí marcó un precedente a escala europea. En efecto, cuando la gran recesión de 2008 erosionó los sistemas políticos existentes en las democracias occidentales, ultraizquierda y ultraderecha tendieron a coincidir en un espacio común, al que se dio en denominar «populismo», pero que en realidad no era sino la misma respuesta política ante la crisis que ya se había producido previamente en Rusia a partir de 1991.

Sin embargo, aunque con el tiempo la laminación de los partidos de oposición y la crisis originada por la campaña de represalias contra Rusia, a raíz de

17 Jones, Josh. «How Russian artists imagined in 1914 what Moscow would look like in 2259». *Open Culture*, 14 de junio de 2017 [se puede consultar en Internet].

18 «Mysteries of olitical Murders: The Gapon and Rasputin Cases», exposición en el Museo Estatal de Historia Política de Rusia (San Peterburgo) coincidiendo con el 110.º aniversario del asesinato de Gapon (28 de marzo/ 10 de abril de 1906) y Rasputín (17/30 de diciembre de 1916). Se puede consultar en Internet: www.polithistory.ru/en/visit_us/view.php?id=1736.

19 Schlögel, Karl. *Moscow, 1937*. Cambridge, Malden: Polity Press, 2012.

20 Amacher, Korine. «Héros ou ennemis...», *op. cit*.

21 Thorburn, Hannah. «For Putin, for Stalin». *Foreign Policy*, 25 de enero de 2016 [se puede consultar en Internet].

la anexión de Crimea, llevaron a un repunte del Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF), el conjunto del arco político ruso estaba teñido de un nacionalismo que condicionaba las cautas y desnaturalizadas interpretaciones que se dieron de la revolución rusa en el aniversario de 2017. En cierta manera, un cuadro de autor desconocido, pintado en torno a 2015, que se convirtió en viral en Internet, resumía bien el resultado final: un miliciano pro ruso en el Donetsk compartía la defensa de su posición con un guardia blanco de la guerra civil rusa. Entre ambos, el pan y la sal. Por tanto, no sería de extrañar que, en el futuro, la revolución rusa de 1917 se terminara convirtiendo en inspiración para la futura ultraderecha rusa, una vez enviadas al «basurero de la historia» las figuras de aquellos que la dotaron de sentido revolucionario real en octubre de 1917.

COMUNICACIONS

La didáctica de la revolución rusa a través del film *Rojos* (1981)

Juan Manuel Alonso Gutiérrez
Universidad Internacional de La Rioja

El film norteamericano *Rojos* (Warren Beatty, 1981) se considera la interpretación canónica que para la izquierda occidental supuso la revolución rusa. Atrás quedaban una serie de películas que simpatizaban tímidamente con los revolucionarios, como *Doctor Zhivago* (David Lean, 1965), o que criticaban sus excesos, como *Nicolás y Alejandra* (Franklin Schaffner, 1971).

La película trata de representar una serie de valores que habían sido rescatados durante los años setenta por el nuevo Hollywood, y el cambio en la sensibilidad del público de finales de los sesenta: la aparición del director-autor, el inconformismo, la búsqueda de caminos de redención personal e individual, la experimentación y el rechazo al *american way of life*. Asimismo, su intención es demostrar que en el nacimiento de la Unión Soviética intervinieron figuras norteamericanas, y que el comunismo no era una ideología tan aborrecible como los políticos querían hacernos creer. En un momento de rearme conservador por el inicio de la era Reagan, Warren Beatty hace una película emotiva, de educación en valores, en la que pretende preservar el legado progresista de Hollywood, amenazado por un contexto político adverso.

La didáctica de la Revolución en las aulas implica la adecuada contextualización de los filmes de ficción, no tan inocentes como podría presuponerse, puesto que responden a deseos e inquietudes del momento de su rodaje y estreno. Sin olvidar que se trata de un film de reconstrucción histórica,[1] hay que reconocer que mantiene una notable fidelidad a los hechos, y puede utilizarse para la explicación didáctica de la historia.

1 Rosenstone, Robert A. *El pasado en imágenes: el desafío del cine a nuestra idea de la historia.* Barcelona: Ariel, 1997.

Introducción. La Revolución en el cine contemporáneo

Sería largo y tedioso comentar siquiera la gran cantidad de películas que han aparecido en Rusia y el resto del mundo sobre la Revolución de Octubre de 1917. Muchas de ellas tratan el tema de una forma marginal, algunas no presentan la calidad suficiente, y de otras no disponemos de suficiente información y recursos. En aras de realizar un análisis acotado sobre las películas que tratan sobre la Revolución, me centraré en tres de ellas que se consideran superproducciones, presentan la calidad necesaria para que puedan ser examinadas y nos ofrecen una panorámica histórica que permite contemplar la evolución del tema.

El cine occidental contemporáneo ha recogido los sucesos de la revolución rusa en diversas películas. Entre las más importantes destacan *Doctor Zhivago*, donde se mostraba una tímida simpatía por los revolucionarios. El protagonista, un médico idealista de clase acomodada, al que da vida Omar Sharif, no se opone a los cambios que prometen los bolcheviques, aunque va descubriendo algunas cosas que no le gustan, algunas de ellas condensadas en la figura de Strélnikov, el joven estudiante que se convierte en un represor despiadado y que abandona a su familia para consagrarse a la causa. Más tarde, y durante la guerra civil, el ejército recluta a Yuri Zhivago y lo aleja también de su familia. Se trata de un film que, sin censurar la revolución, la hace incompatible con los sentimientos humanos de amistad y familia, y donde medran personajes siniestros como Komarovsky, que interpreta de manera magistral Rod Steiger. No existe ningún villano que sea zarista, ni aparecen explícitamente las grandes injusticias del antiguo régimen: miseria, ignorancia, explotación o represión. Lo único claro es que la revolución va acompañada de una etapa de incertidumbre e inseguridad personal para el protagonista.

El éxito de *Doctor Zhivago* dio lugar a otra superproducción, *Nicolás y Alejandra*, en la que podíamos visualizar algunos excesos de los revolucionarios. La película cuenta, desde un punto de vista intimista, la historia de la familia del zar, Nicolás II, y, por tanto, la mirada ha de ser profundamente conservadora, a pesar de que se reconozca la ineptitud del protagonista y de su mujer. Al igual que en *Doctor Zhivago*, no hay ningún villano zarista, y la revolución abre un período de inseguridad que acabará de un modo trágico. Los bolcheviques son retratados como seres despiadados, aunque no deja de insinuarse que todo es producto de los errores del gobierno.

Las dos películas fueron acogidas de forma desigual. *Doctor Zhivago* cosechó un inmenso éxito de crítica y de taquilla, porque, además de contener una

romántica historia de amor —escrita por un disidente soviético, Boris Pasternak—, no dejaba de mostrar los cambios positivos de la revolución, como el progreso simbolizado en la primera y la última escenas, que tienen lugar en una gigantesca central hidroeléctrica. La segunda, *Nicolás y Alejandra*, se estrenó en un momento en que la época de las superproducciones había pasado, la sensibilidad del público había cambiado, y no se recibió con mucha simpatía un film que criticaba los excesos revolucionarios. Fue acusada de manifiestamente conservadora.

No hace mucho se ha estrenado una tercera película histórica que narra la revolución rusa: *El almirante* (Andrei Kravchuk, 2008). El protagonista es un marino zarista, Kolchak, que participó del lado de los rusos blancos en la guerra civil. Aunque en el argumento destaca una historia de amor que tiene con la esposa de uno de sus subordinados, el film no deja de ponerse al servicio de la nueva Rusia: aparecen escenas explícitas de las purgas en el ejército, y todos los personajes *buenos* son zaristas, mientras que los bolcheviques son el enemigo que disuelve el principio de orden y autoridad militar. Las potencias occidentales son presentadas como traidoras, con líderes que no son de fiar. La película fue muy bien acogida por el público en Rusia, ansiosa de rescatar héroes militares de nuevo cuño que cohesionen la moral del país, aunque pasó con discreción por las pantallas del resto del mundo.

Rojos. Orígenes del proyecto y argumento

Antes de hablar de la película *Rojos* y de su principal impulsor, Warren Beatty, se hace necesario contextualizar su rodaje como una consecuencia del nuevo Hollywood, la conmoción de índole artística y cultural que sacudió por completo a principios de los años setenta los cimientos de la industria cinematográfica estadounidense. A su vez, el nuevo Hollywood era la consecuencia de toda una serie de transformaciones en la sociedad occidental que habían cambiado la sensibilidad del público.

Desde los años cincuenta, la generación *beat* había abierto el camino de la liberación de la mujer, el consumo de drogas y la contestación al poder establecido. En los sesenta apareció el fenómeno de la contracultura, la oposición a la guerra del Vietnam, la lucha por los derechos civiles y los movimientos estudiantiles que criticaban las políticas gubernamentales. Esto tuvo como consecuencia un potente cambio de los valores éticos de una parte de la población, que ya no se reflejaba en la mayoría de las películas que el sistema de estudios producía en serie, de forma mecánica. En el año 1969, un modesto film, *Easy*

rider (Dennis Hopper, 1969), puso fin a la antigua manera de hacer películas. Por primera vez, los protagonistas eran héroes solitarios que consumían drogas, practicaban el amor libre y emprendían una búsqueda de identidad personal que no se ajustaba a los cánones del sistema establecido. Tuvo un inmenso éxito y multiplicó las ganancias de los inversores. También contribuyó a romper el código Hays, una estricta serie de normas morales que confería a las películas un carácter maniqueísta. A partir de entonces comenzaron a rodarse filmes que glorificaban a delincuentes, como *Bonnie and Clyde* (Arthur Penn, 1967); los fenómenos sobrenaturales, tal como se ven en *La semilla del diablo* (Roman Polanski, 1968); la violencia explícita, con la ralentización de las escenas de *Grupo salvaje* (Sam Peckinpah, 1969); o el sexo sin tabúes, como se muestra en *Conocimiento carnal* (Mike Nichols, 1971). A principios de los años setenta, toda una serie de novedosas películas realizadas por jóvenes autores significaron una rebelión contra los grandes estudios, con un éxito sin precedentes: *El padrino* (Francis Ford Coppola, 1972), *La naranja mecánica* (Stanley Kubrick, 1971), *El exorcista* (William Friedkin, 1973), *Annie Hall* (Woody Allen, 1977), *Todos los hombres del presidente* (Alan J. Pakula, 1976), *Taxi driver* (Martin Scorsese, 1976), *Apocalypse now* (Francis Ford Coppola, 1979) o *Carrie* (Brian De Palma, 1976). Todas estas películas exploran la corrupción humana, la violencia juvenil, la liberación personal y sexual, la mendicidad política, los traumas psicológicos de la resaca de Vietnam, o los fenómenos paranormales, unos temas sistemáticamente orillados hasta ese momento por el *star system* de Hollywood.[2]

Warren Beatty había participado en varias de estas películas del denominado nuevo Hollywood, y era una estrella en el pináculo de su gloria, a la que se disputaban todos los estudios. Como integrante del nuevo Hollywood, estaba interesado en John Reed, el periodista y escritor «maldito» que había sido olvidado tras la posguerra y la caza de brujas de los años cincuenta. John Reed era un periodista de Estados Unidos que había sido testigo de la revolución mexicana de principios de siglo y de la revolución rusa de 1917. Había conocido a Pancho Villa y a Lenin, y su cuerpo está enterrado en el muro del Kremlin, junto a numerosos héroes soviéticos que merecieron tal honor. Beatty quería retratar a todo un grupo de intelectuales norteamericanos que, entre 1915 y 1920, creían que podía existir algo diferente de la política de su gobierno. La película se podría considerar una autobiografía de Warren Beatty, no por los hechos en sí, sino por la cuestión del conflicto entre arte y política, y por la

2 Biskind, Peter. *Moteros tranquilos, toros salvajes. La generación que cambió Hollywood*. Barcelona: Anagrama, 2004.

lucha entre lo público y lo privado que se le plantea a un hombre que tiene que escoger entre ambos. Y esto se percibe en el tremendo desgarro personal que Reed sufre al tener que elegir entre su amada Louise y la revolución, lo cual justifica la escena final, del reencuentro, que se utilizó para promocionar la película. Se trataba de realizar una adaptación biográfica del autor de *Diez días que estremecieron al mundo*, y el propio Beatty explica su elección de este tema: «Estaba muy motivada por mi propio activismo político de aquella época. Tenía mucho que ver con lo que yo veía como una paranoia equivocada sobre el comunismo en Estados Unidos y más en concreto en Vietnam».[3]

La película comienza con el encuentro entre Louise Bryant, una chica de ideas avanzadas, y John Reed. Este le explica los motivos de la Primera Guerra Mundial: el lucro. Ella le pide una entrevista y en su transcurso se enamoran.

Los dos se fugan del ambiente conservador y provinciano de Portland y se dirigen a Nueva York. Se alojan en Greenwich Village, una comunidad de intelectuales donde coinciden con Emma Goldman, una activista anarquista, y otros escritores y artistas como Mark Eastman, Walter Lippmann, Isadora Duncan y el dramaturgo Eugene O´Neill.

En Greenwich Village tratan de desarrollar su propio talento creativo. Se mudan a un pueblecito de la costa, y Louise tiene una aventura con Eugene O'Neill, futuro ganador del Nobel de Literatura. En este círculo comparten la oposición de los partidos de izquierdas a la guerra. Y la resistencia a entrar en el conflicto, tan generalizada en EE.UU. que la escritora Bárbara Tuchman se referiría a este país como «el gran neutral».[4]

Se trasladan al frente occidental, en Francia, como corresponsales periodísticos. Una vez allí, John Reed se entera de que en Rusia el gobierno se tambalea y convence a Louise para que lo acompañe:

3 Beatty. Warren. Extras de la película *Rojos*, edición especial del 25.º aniversario, Paramount Pictures, 2006.

4 Barbara Tuchman, ganadora del premio Pulitzer por su obra *Los cañones de agosto*, explica en ella que la neutralidad y el aislacionismo forman parte de la manera de ser norteamericana (una idea desarrollada más tarde en su siguiente libro, *La torre del orgullo*), pero que también era cierto que, si bien la guerra había arruinado el comercio de Estados Unidos con las potencias centrales, esto había sido compensado sobradamente con el incremento que experimentaron los intercambios con los aliados: «El comercio con las potencias centrales descendió de 169 millones de dólares en 1914 a un millón en 1916, mientras que, durante el mismo período, el comercio con los aliados subió de 824 millones a 3.000 millones de dólares. Para corresponder a la demanda, los comerciantes e industriales [norte]americanos producían los productos que deseaban los aliados. Con este fin tuvieron que habilitarse créditos especiales. En realidad, Estados Unidos se convirtió en el almacén, el arsenal y el banco de los aliados y adquirió un interés directo en la victoria aliada, que había de causar confusión entre los genios económicos de la posguerra» (Tuchman, Bárbara. *Los cañones de agosto*. Barcelona: RBA, 2006, p. 421). La autora obtuvo estos datos de Link, Arthur S. *American epoch*. Nueva York: Knopf, 1955, p. 177.

> Louise, no puede durar: es un caos. Llevan el tercer gobierno provisional en seis meses. Y eso significa que puede haber una revolución. Los trabajadores desertan de las fábricas, los soldados desertan del frente, los exiliados están volviendo: judíos, comunistas, anarquistas: todos vuelven. Puede que esta vez vaya en serio. Y, si hay una auténtica revolución obrera en Rusia, puede haber otra en Alemania. Y, si la hay en Alemania, puede haberla en todo el mundo.

Una vez en Rusia descubren el tremendo desabastecimiento, producto de la situación económica: «Hay una cola para el pan. Hay otra cola para las botas. Y aún hay otra cola para los cupones con los que conseguirán las botas en dos o tres meses. ¿Teníamos que librarnos del zar para hacer colas para el pan?».

Louise entrevista a Zinoviev, y ambos asisten a los discursos de Lenin y Trotsky. Visitan el Palacio de Invierno, desde donde gobierna Kerensky, que se muestra frío y distante. Observan el distanciamiento del gobierno respecto a las penalidades de la población. Allí no hay ni rastro de las huelgas y manifestaciones que azotan Moscú y Odessa. Nadie está satisfecho con Kerensky. La extrema derecha quiere un hombre duro y la extrema izquierda quiere paz.

Se desencadena la Revolución de Octubre y, en un acto donde se decide si hay que apoyar la huelga de los soldados, que abandonan el frente, Reed interviene con acierto y comienza a ser muy estimado por los bolcheviques.

Tras la revolución, John Reed está de nuevo en EE.UU., aunque en la aduana le requisan todo el material escrito. Los testimonios del film evidencian que en EE.UU. se reciben las noticias de la revolución como la pérdida de un aliado que los ha traicionado, pues los bolcheviques han firmado la paz con Alemania. Se reafirman la identidad y el patriotismo norteamericano. Y se perciben los sucesos de Rusia como una amenaza. Son interrogados por un comité senatorial, que recuerda al de la Comisión McCarthy. Louise les dice que los bolcheviques cumplen sus promesas y que las mujeres votan. Dos cosas que no ocurren en EE.UU.

En esa época Reed escribe su obra magna: *Diez días que conmovieron al mundo*. Cuando es expulsado del Partido Socialista, funda el Partido Comunista, y entra en un conflicto con Louis C. Fraina, un rival también comunista, por lo que ha de ir a Rusia a obtener el necesario reconocimiento. Se marcha sin visado de salida y sin pasaporte, mientras la policía norteamericana intenta detenerlo y sigue a Louise, que no sabe qué ocurre y se ha quedado en EE.UU.

En Rusia ha estallado la guerra civil, con participación extranjera, por lo que el país está bloqueado. Reed es detenido y encarcelado por los finlandeses,[5]

5 Hay que decir que, estando el país bloqueado, la única puerta de entrada era Finlandia. Y por el mismo camino que Lenin, es decir, por Carelia, y acceso a Leningrado por el norte. Pero, en el caso

pero posteriormente será canjeado por los soviéticos, que le ofrecen un puesto en el Comisariado de las Nacionalidades. En Petrogrado se encuentra con Emma, muy crítica con la revolución. Mientras tanto Louise lo busca en Finlandia, pues no sabe nada de su liberación.

Reed interviene en congresos comunistas internacionales, donde se debaten diversos aspectos políticos, siempre con Zinoviev como su valedor. Finalmente viaja al Cáucaso, donde su tren es atacado por los rusos blancos.

Reed llega por fin a Petrogrado, y allí se encuentra con Louise. Bajan todos los dirigentes del tren, y la mirada de Louise sigue a una camilla que transporta un cadáver cubierto, e inmediatamente se cruza con Reed, que está vivo, aunque enfermo. Se abrazan, aunque John acaba por morir en el hospital.

Para acometer tal proyecto, Beatty se vio obligado a rodar *El cielo puede esperar* (Warren Beatty y Buck Henry, 1978), donde haría sus primeros pinitos como director. No estaba dispuesto a rodar películas comerciales más que como única forma para obtener financiación para sus proyectos personales. Amenazó con llevar la película a otro estudio si no le hacían caso, y la productora Paramount hubo de concedérselo al fin.[6] Se rodeó de un excelente elenco, en el que destacaban Diane Keaton, Jack Nicholson, Gene Hackman, Maureen Stapleton y Paul Sorvino.

El film se rodó intercalando una serie de testimonios, lo cual fue una magnífica idea para una película histórica, pues le da cierta verosimilitud y contextualiza muchas escenas en el momento histórico. Se pusieron anuncios en los periódicos buscando personas que hubieran conocido a la pareja protagonista: John Reed y Louise Bryant. Y recibieron miles de cartas. Entrevistaron a numerosas personas, que contaron sus vivencias y anécdotas, muy apropiadas para evitar tediosas escenas de introducción histórica. Lo que contaban salía con un fondo negro que ayudaba a intercalar la parte dramática de los actores.

El rodaje se realizó en Inglaterra, y se convirtió en la mayor película que se estaba realizando en ese momento. Todos los exteriores se filmaron en Helsinki, Finlandia, donde se utilizaron tranvías de época que hubo que adaptar

---

del famoso tren de Lenin, la aduana rusa estaba en Tornio, ciudad del golfo de Botnia que marcaba la frontera entre el Gran Ducado de Finlandia, entonces territorio ruso, y Suecia. Cfr. Armada, Joaquín. «El tren de la Revolución». *Historia y vida*, núm. 588, 2017, pp. 90-91. Sobre este viaje en ferrocarril de Lenin, cfr. Merridale, Catherine. *El tren de Lenin*. Barcelona: Crítica, 2017; el italiano Damiano Damiani dirigiría una interesante película (1988) con el mismo título.

6 Beatty, Warren. Extras de la película *Rojos*, *op. cit.*

eléctricamente para que funcionaran. Otras escenas exteriores se rodaron en EE.UU. e Inglaterra, así como en Madrid, Granada y Guadix. Se utilizaron varios trenes de época para filmar la película, y se pintaron los vagones con el estilo del cartelismo revolucionario. Las escenas de la estación de Moscú, donde se reencuentran Louise y John, se filmaron en Madrid, donde hubo que quitar todas las líneas aéreas eléctricas de la terminal. También en Madrid se rueda la escena final del hospital. El rodaje duró un año. Y se utilizó mucha película. El uso de la música se hizo de tal modo que no guiara a los espectadores, y muchas veces es una consecuencia más que una preparación, como en las escenas de amor. Es una música romántica, algo triste, que le da un tono nostálgico.

Fue nominada a doce premios, de los cuales se ganaron tres: mejor actriz, director y fotografía. Warren consideró un éxito personal que aquel estudio, uno de los más conservadores de Hollywood, invirtiera dinero y que fuese recuperado. Lo vio como una señal de progreso, normalización y esperanza. El director se pregunta si hoy podría hacerse una película así y que el protagonista muriera al final. Cree que se marcó una meta quijotesca, no exenta de valor comercial.

Conclusiones. Arte y política

En la película *Rojos*, Warren Beatty reprodujo intencionadamente un conflicto intemporal que atenaza siempre al ser humano, y que es la continua lucha entre nuestros intereses personales y los ideológicos. Esto, para los intelectuales que tienen inquietudes sociales o políticas, puede condensarse en el eterno dilema de qué es primero, el arte o la política. Este dilema se encuentra siempre presente en las decisiones que las personas comprometidas han de tomar, y aparece cuando, una vez superadas las fases iniciales de un proyecto, en que se cree que son complementarias, finalmente la fuerza de los hechos se impone, y hay que decantarse por una cosa u otra.

En la película este dilema ocurre en cuatro actos: en la primera hora del film, el periodista John Reed se muestra muy descontento cuando los editores le corrigen sus artículos. Se enfada mucho por este tema, pero ha de aceptarlo porque es su medio de vida. Pero nadie lo molesta en su vida privada, aunque vive en pareja con una mujer casada, Louise. En el segundo acto, cuando se traslada a Rusia, los bolcheviques, representados por Zinoviev, le ofrecen quedarse y renunciar a ir tras su mujer, que ha vuelto a Estados Unidos. El diálogo es el siguiente:

Zinoviev le explica las virtudes de comer cebolla y limón, pues se evita el escorbuto, señal del desabastecimiento que se vive en todo el país. Le ofrece un puesto en el Comité de Propaganda.

—Tengo familia —dice Reed.

—Todos tenemos familia.

—En mi caso, tengo que ver a mi esposa. Es muy urgente. Solo pido una plaza en un tren.

—Ya tienes una plaza en un tren. Una plaza en este tren de la revolución. Tú, como otros, eres un buen revolucionario, uno de los maquinistas de la locomotora de este país, que arrastra la revolución sobre los raíles de la necesidad histórica, tendidos por el partido. No podemos reemplazarte. ¿Qué derecho tienes a marcharte? ¿Para hacer qué? ¿Ver a tu esposa? El año pasado, en el Congreso, me enteré de que mi hijo tenía tifus. Y no pude ver a mi hijo porque era necesario en el puesto que me había asignado el partido. ¿Vas a desperdiciar este momento de tu vida? Puede que no vuelvas a vivirlo. Eres escritor. Se conoce y respeta tu trabajo. Hablas con autoridad y convencimiento. Siempre podrás volver a tus responsabilidades personales. Pero nunca, nunca, podrás volver a este momento histórico. No tengo que decirte qué tienes que hacer con tu vida. Tú lo sabes mejor que yo.

Obviamente, Reed elige quedarse y aceptar el puesto. Además, los soviéticos lo han canjeado por cuatro maestros contrarrevolucionarios, y está en deuda con ellos. El tercer acto es cuando Emma Goldman, la anarquista norteamericana que se encuentra en Rusia, le confiesa a Reed su desencanto con la Revolución:

—Creo que debemos afrontarlo. Nosotros soñábamos con morir en Rusia. Si bolchevismo es que los campesinos se incauten de las tierras y los obreros de las fábricas, Rusia no es lugar donde esté implantado el bolchevismo. Los soviéticos ya no tienen autonomía local. El Estado central tiene todo el poder. Todo el poder lo tienen unos hombres que están destruyendo la revolución. Están destruyendo toda esperanza de auténtico comunismo en Rusia. Meten en la cárcel a gente como yo.[7] Mi idea de la revolución no consiste en la exterminación de los disidentes políticos. Y no quiero tomar parte en ello. Todos los periódicos han sido cerrados o incautados por el partido. Todo aquel del que se sospecha que es

7 Emma Goldman era una anarquista norteamericana de origen judío lituano que se había destacado en EE.UU. por luchar por la emancipación de la mujer. En la película aparece como una de las más destacadas intelectuales del círculo de Greenwich Village. Fue deportada a Rusia en 1918, donde participó en la insurrección anarquista de los marineros de Kronstadt. En 1920 salió de Rusia y se instaló en Europa.

contrarrevolucionario es detenido y fusilado sin juicio. ¿Cuál será el final? ¿Es justificable tal barbaridad? En nombre de la defensa de la revolución, los sueños están muriendo en Rusia, y puede que llegue tarde pero lo veré.

—Creo que la idea de la revolución en marcha te tiene algo confundida —replica Reed—. Hasta ahora solo lo habías afrontado en teoría. ¿Qué creías que iba a ser esto? ¿Una revolución por consenso con todo el mundo de acuerdo delante de una taza de café?

A lo que Emma responde:

—Nada funciona. El año pasado murieron cuatro millones. Y no en una guerra, sino de hambre y tifus. En un Estado con la policía militarizada que suprime la libertad y los derechos humanos.

—Murieron por los bloqueos de Francia, Inglaterra y América, que cortaron todos los abastecimientos —alega Reed—. Y porque los contrarrevolucionarios han saboteado fábricas, ferrocarriles, teléfonos. Y porque el pueblo, ese pobre, ignorante, supersticioso y sucio pueblo, trata de gobernar, lo que tú siempre has defendido. ¿Creías que las cosas iban a funcionar enseguida? ¿Esperabas que la transformación social no fuese otra cosa que un proceso cruento? Es una guerra, y tenemos que luchar como en una guerra: con disciplina, con terror, con pelotones de fusilamiento, o dejarlo todo.

—Esos cuatro millones no murieron en una guerra, sino a causa de un sistema que no puede funcionar —sentencia Emma.

Reed, ya en su papel de revolucionario pragmático, reconoce:

—Y es solo el principio, Emma. No está sucediendo como nosotros pensábamos, no está sucediendo como nosotros queríamos, pero está sucediendo. Y si ahora abandonamos... ¿qué significado tiene nuestra vida?

Está claro que la fuerza de los hechos se ha impuesto a los idealistas y los revolucionarios utópicos de primera hora. Este tercer acto muestra a un John Reed desencantado por la Revolución, pero que ya no puede dar marcha atrás porque ahora forma ya parte de su vida. La última renuncia, en un cuarto acto, ocurre tras su viaje a Bakú, en el Cáucaso, como representante de los obreros norteamericanos, en una discusión con Zinoviev. Se hacen discursos en las mezquitas, y Reed habla para las etnias musulmanas transcaucásicas. Los musulmanes interpretan estos discursos como una llamada a la guerra santa contra los infieles occidentales. Reed se muestra disconforme con la traducción, que tergiversa sus palabras, pues él había hablado de guerra de clases, no de guerra santa. Zinoviev le da a entender que eso no tiene importancia, pues el viaje ha sido todo un éxito, y los pueblos caucásicos apoyan ahora la Revolución. Reed se da por fin cuenta de que salió de Estados Unidos disgustado por las correcciones que le hacían los editores, y que aquí, en Rusia, el país de la

Revolución, le vuelve a pasar lo mismo. Ha completado el círculo. Cuando llega a Petrogrado, ya enfermo de tifus, y se reencuentra con su amada Louise, le confiesa en su habitación del hospital que quiere volver a casa.

El arte representa la utopía y el perfeccionismo, mientras que la revolución se muestra como el pragmatismo de llevar unos ideales a la realidad empírica. El propio Warren Beatty lo condensa en la entrevista de 2006, cuando comenta que un poema podría perfeccionarse infinitamente, pero que el autor debe al fin dejarlo como está y darlo por acabado. Lo mismo ocurre con las películas: las películas no se concluyen, se abandonan.

Rosenstone considera este film como de reconstitución histórica,[8] ya que ha habido un interés en reconstituir los hechos históricos, y ello ha tenido como consecuencia una mirada parcial de finalidad claramente política.

Varias escenas de la película muestran a Reed muy desmañado en los aspectos domésticos —una cena con un pavo flambeado que se quema, objetos que se le caen de las manos en la cocina—, tal vez para consolidar la imagen del intelectual pendiente solo de sus ideas.

Además, la película ofrece algunas escenas clamorosamente falsas, pero que contribuyen a llegar al público, como cuando Reed y Louise, que pasan el invierno en Rusia, compran sin más problemas un abeto para celebrar unas Navidades de estilo protestante, cuando Rusia es ortodoxa y su celebración es diferente.

Prevalece, por encima de todo, el honesto esfuerzo de contar la revolución rusa desde el punto de vista de un revolucionario, proyecto nada fácil de realizar, y donde se podía caer con facilidad en el panfleto propagandístico o la confusión más caótica. El resultado es una película-río en la que las peripecias personales actúan como conexión de una serie de complejos acontecimientos históricos, relatados en general con gran honestidad.

8 Vaccaro, Juan. Reseña de *History on film/ Film on history*, de Robert A. Rosenstone, publicada en la web de Film-Història, Grupo de Investigación de la UB. Recuperado el 30 de octubre de 2016 de www.publicacions.ub.es/bibliotecadigital/cinema/filmhistoria/2007/history.htm.

Prejuicios liberales en Cuba contra la revolución bolchevique, 1917 y 1930

Leonor Amaro Cano
Universidad de La Habana

Introducción

El final del siglo XIX fue testigo de un cambio fundamental en la estructura capitalista como resultado del segundo salto de industrialización, que provocó una variabilidad económica que iría desde nuevos métodos empresariales hasta la conversión de los poderes públicos en poderosos resortes de expansión, pasando por la integración de los mercados nacionales, una acentuación del fenómeno de la urbanización y una diversificación social que desarrollaría no solo a la clase obrera, sino también a otros sectores medios de la población. Asimismo, los adelantos técnicos propiciaron también la ampliación de la información y la comunicación en el manejo de la opinión publica acerca de los acontecimientos políticos internacionales, relacionados con los proyectos imperialistas.[1]

Como resultado de los diversos puntos de vista sobre el poder aparecerán nuevas concepciones de la nación. En las regiones donde el capital financiero comenzó a hacer realidad sus planes expansionistas, la idea nacional se fue alterando en su propio contenido, y la burguesía, que antes consideraba sus fronteras estatales como los límites de la nación, empezó a definirlas en función del poderío y de la superioridad sobre las demás naciones. En tales circunstancias, las ideas nacionalistas se reafirmaron en un sentido negativo,[2] y de forma consciente o inconsciente se utilizaron para dividir a los hombres.[3]

1 Torre Gómez, Hipólito. «La rivalidad de los imperialismos europeos. La emergencia de las nuevas potencias coloniales: Estados Unidos y Japón, 1895-1914». En Pereira, Juan Carlos (coord.), *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Barcelona: Ariel, 2001, pp. 205-219.

2 Davis, Horace. *Nacionalismo y socialismo*. Barcelona: Península, 1972.

3 Hobsbawm, Eric. *La era del imperio 1815-1914*. Barcelona: Labor, 1989.

Al iniciarse el siglo se dibujaba una nueva realidad en el plano internacional. El llamado equilibrio de fuerzas,[4] que había caracterizado casi sesenta años de vida política en Europa, se transformó con gran dinamismo, al hacerse patentes numerosos focos críticos en distintas regiones de interés para las poderosas naciones europeas, que fundamentaron la creación de pactos y campañas armamentistas. Esta tendencia tuvo origen en Alemania, que se asoció con Austria-Hungría en 1789, para formar finalmente la Triple Alianza tras la incorporación de Italia en 1882. Como respuesta apareció la Entente Cordiale, integrada por Gran Bretaña, Francia y Rusia. De esta manera, el poder financiero de Europa se dividía en dos grupos rivales que encabezarían la Primera Guerra Mundial.[5] Por tal razón, un especialista como Norman Stone señaló en su obra *La Europa transformada 1878-1919* que «en este período tomó forma la política exterior de la época imperialista», lo que «respondía también a un orden interno en proceso de cambios».[6]

Por otra parte, los niveles de desarrollo eran totalmente asimétricos, con un núcleo capitalista poderoso frente al resto del mundo más atrasado —luego denominado Tercer Mundo— y que, en el momento de crisis que daría paso al conflicto bélico de 1914, se vería involucrado sin verdadera conciencia de su participación.[7] En ese contexto se favoreció, por razones particulares, el derrumbe del zarismo en Rusia, lo que dio paso a un nuevo proyecto social no capitalista que se convertiría muy rápidamente en la primera experiencia histórica del socialismo, proceso que, en el plano de las ideas sociales y políticas, marcó los inicios del siglo XX y la época contemporánea.[8]

Cuba en la aurora del nuevo siglo

No es posible explicar la política de Cuba en el siglo XX sin hacer referencia a la intervención de Estados Unidos en la guerra de 1898, la cual, si bien no logró el propósito de anexar el país, sí garantizó la estructuración de un proyecto dependiente identificado con la modernidad que aportaba el modelo norteamericano. Sabido es que en lo político-ideológico estableció las bases jurídicas

4 Criterio sostenido por Paul Kennedy que ha sido debatido por Eric Hobsbawn, quien consideraba que se trataba de un período bélico igual que otros, que no ocuparon la misma atención.

5 Fieldhouse, D. K. *Economía e emperio. La expansión de Europa, 1830-1914*. Madrid: Siglo XXI, 1977.

6 Stone, Norman. *La Europa transformada 1878-1919.* México: Siglo XXI, 1993, p. 173.

7 El término «Tercer Mundo» fue acuñado en 1952 por el economista francés Alfred Sauvy, al realizar un paralelismo con el Tercer Estado. Designaba a los países que no integraban los dos bloques de poder enfrentados en la guerra fría.

8 Kennedy, Paul. *Auge y caída de las grandes potencias*, Madrid: Globus, 1994.

para garantizar la supervisión en Cuba; apuntaló en el poder a la oligarquía interesada en ese tipo de desarrollo que implicaría una deformación estructural para el país y, desde el punto de vista psicológico, fomentó la total frustración del movimiento nacional-liberador.

Con este designio se organizó la primera república, que no podía garantizar una intervención efectiva por parte del Estado a causa de la Enmienda Platt, que cercenaba su poder soberano en el país. Por el contrario, las instituciones se aseguraron de perpetuar el modelo de intervención norteamericano. Basta revisar el programa de gobierno liberal de Estrada Palma para comprender que no se contó con ninguna iniciativa estatal para el mejoramiento de Cuba; sirvió, en cambio, a los intereses financieros norteamericanos, al alentar las inversiones extranjeras y hacer del capital norteño el encargado de reconstruir el país sin que nada se lo impidiese.[9]

En esta coyuntura de gran provecho para los intereses de Estados Unidos sobre la isla y el resto del continente americano, las empresas norteamericanas obtendrían beneficios del abastecimiento y financiación de la conflagración, y ocuparían espacios en el orden financiero y comercial tradicionalmente asistidos por los europeos, a través de los cuales aumentaría su influencia política y económica no solo en Cuba y América, sino también a nivel mundial. Así, en Cuba, la agroindustria del crudo pasó a desempeñar la función de abastecedor fundamental de la industria refinadora norteamericana. Asimismo, la actividad mercantil estadounidense se fortaleció al paralizarse el flujo normal del comercio y producirse el estancamiento de las finanzas, con una considerable reducción de los servicios navieros. A consecuencia de la restricción de los buques mercantes ingleses y alemanes en las costas sudamericanas y del Caribe, la Marina mercante norteamericana —libre de la competencia europea— navegó por los mares americanos en calidad de abanderados neutrales.

A la reducción de los vínculos tradicionales de algunos países latinoamericanos con sus metrópolis económicas[10] se contrapuso la ventaja de Cuba, integrada a la órbita comercial, financiera y política de Estados Unidos, que aumentó los lazos de dependencia en su papel de abastecedora de azúcar del mercado norteamericano.[11] Sin embargo, esta prosperidad no produjo una diversifica-

9 Pinos Santos, Oscar. *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui.* Cuba: Casa de las Américas, 1973, pp. 63-65.

10 Se hizo patente el vacío de manufacturas y recursos financieros en Argentina, Chile y Perú, que tenían una estrecha relación con Gran Bretaña.

11 El alza de los precios del azúcar fue una tendencia sostenida durante todo el período de guerra y en los años iniciales de la posguerra. La entrada de Estados Unidos en la contienda, en abril de 1917,

ción de la industria ni mejoró la agricultura en otros ámbitos. Los mecanismos de la reciprocidad y los buenos precios actuaron a favor de un producto único y, además, primario, el azúcar crudo, y crecieron los productos de importación para cubrir las demandas de la subsistencia.

En el plano interno, el auge económico provocado por la guerra incrementó los presupuestos de gobierno pero, paradójicamente esto no se vio reflejado en la vida del hombre común. Así, por ejemplo, ni los negros —recién liberados algunos de la esclavitud— ni los campesinos pobres habían logrado una verdadera incorporación laboral en su etapa poscolonial, por lo que la mayoría pasó al mercado de carácter secundario, formado por empleos en sectores marginales de la economía o actividades despreciadas socialmente.

En cuanto a la gestión gubernamental de la naciente república, esta se caracterizó no solo por una lenta estructuración institucional que se reflejó en el uso de leyes procedentes del mundo colonial, sino además por un mantenimiento de formas de enriquecimiento personal a costa de los recursos del Estado, que se desarrollaron junto al ya tradicional peculado. Así se iniciaba un proceso complejo y contradictorio de modernidad desmedrada,[12] como lo califica Joaquín Santana en su trabajo «Cartograma de las ideas filosóficas en la República».[13]

Sabido es que, desde 1909 hasta 1918, el gobierno republicano quedó en manos de dos generales de la guerra: uno de tendencia liberal, José Miguel Gómez, y otro representante del recién creado Partido Conservador, Mario García Menocal. Precisamente, en el segundo mandato del presidente (1917-1921) entraba Estados Unidos en la guerra contra Alemania, posición que fue apoyada de manera inmediata por el gobierno cubano. Según quedó registrado en la historia, el 6 de abril de 1917, el gobierno norteamericano declaraba la guerra a Alemania, y, el 7, Cuba tomaba igual partido. En este acto, liberales y conservadores en pugna unieron sus voces para alinearse con el imperio del Norte.

Con vistas a garantizar la «función beligerante» de Cuba y el continuismo presidencial, se dictó una demorada ley de reclutamiento, una ley de espionaje (agosto de 1918), destinada al internamiento de los enemigos de los aliados residentes en el país, y la censura de prensa, puesta en vigor una vez iniciadas las hostilidades. Todas esas medidas internas reflejaban el control de un país en

---

abrió una nueva etapa en la elevación de los precios del azúcar en el mercado de Nueva York. La valuación tope del azúcar en Cuba quedó fijada en 4,6 centavos.

12 Sentido muy diferente del planteado por Alain Touraine, que lo identifica con la eficacia de la racionalidad instrumental, el dominio del mundo hecho posible por la ciencia y la técnica.

13 Santana, Joaquín. «Cartograma de las ideas filosóficas en la República». *Temas*, núms. 24-25, 2001, pp. 98-108.

guerra, mientras que la permanencia de tropas estadounidenses en las zonas de Camagüey y Oriente, acampadas por tiempo indefinido, indicaban el control norteamericano en la isla.

Por otra parte, el acontecer de la guerra provocaba el encarecimiento y escasez de los productos básicos para el consumo de la población, lo cual se tradujo en total descontento popular. Al mismo tiempo, las deformaciones propias del sistema fiscal cubano —cuya base tributaria la constituían los derechos de importación, los servicios portuarios y los impuestos directos al consumo—, fijadas para el servicio de los empréstitos concertados por las administraciones republicanas, trajeron consigo estados de opinión desfavorables al gobierno.[14] Así pues, entre 1918 y 1920,[15] la lucha de las fuerzas opositoras al gobierno de Menocal alcanzó un tono acalorado manifestado por distintos sectores sociales de la población, cuando la economía comenzaba a mostrar los primeros indicadores de una crisis. En particular, las acciones del movimiento obrero en Cuba siguieron un ritmo ascendente.

La opinión pública cubana sobre la conflagración mundial de 1914

Al margen de los intereses de los gobiernos, siempre supeditados a la posición norteamericana, la opción internacional a favor de la Entente Cordiale fue compartida por la mayoría, ya que este bloque se presentaba a la luz pública como los defensores de la libertad y la democracia frente a las monarquías centrales.[16] En realidad, esta era la idea prevaleciente a nivel mundial en los distintos círculos políticos, y Cuba no era ajena a esas consideraciones,[17] por lo que la Cámara

14 Se registraron quejas sobre la anarquía en la distribución de los alimentos y la retención de los artículos de primera necesidad, mecanismo utilizado por Estados Unidos para quebrar la resistencia de los hacendados en la defensa de los precios del azúcar y paralizar la acción obrera en su lucha por alcanzar beneficios salariales.

15 En 1920, la sucesión presidencial provocó nuevamente conflictos entre conservadores y liberales, por lo cual el Departamento de Estado norteamericano envió al general Enoch H. Crowder con el fin de elaborar un nuevo código electoral en colaboración con los representantes y senadores de las cámaras cubanas.

16 Según tres de las más importantes revistas de la época, las relaciones internacionales fueron objeto de atención de la opinión pública cubana, que vio con simpatía la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial; se condenaba el nacionalismo agresivo de Alemania, aunque a la vez se criticaban las acciones intervencionistas del nuevo imperio norteamericano en América y Cuba.

17 Cuba se pronunciaba de manera particular en contra de la opresión a pequeños Estados por parte de las grandes potencias. Artículos sobre Irlanda y Polonia demuestran esta sensibilidad.

expresó su conformidad indicando que era un enorme honor para Cuba «sumar la modestia de un esfuerzo a los heroísmos de los grandes pueblos que marchen al frente de la civilización universal».[18]

Sin embargo, en relación con Estados Unidos, también hubo voces que aprovecharon el momento de apasionado nacionalismo para someter a un análisis crítico la política exterior norteamericana e indicar la necesidad de integración de los países latinoamericanos con un sentido propio, sin interferencias de naciones hegemónicas, criterio bien radical para los tiempos que corrían.

Por otra parte, la revisión de las opiniones de periodistas, abogados y diplomáticos que vivieron la etapa de compulsión política durante la Primera Guerra Mundial, o de aquellos que rápidamente la historiaron, demuestra que en sus inicios no se hizo transparente a la mentalidad cubana la verdadera intencionalidad de Estados Unidos frente a Latinoamérica. Incluso no faltó una extremada alabanza a la respuesta inmediata a la posición norteamericana. Sirva de ejemplo la evaluación de José A. Martínez en su trabajo «La entrada de Cuba en la Guerra Universal», quien señaló: «Es bueno que los cubanos muestren siempre y en cada momento a los Estados Unidos que saben comprender y apreciar en cuanto vale la actitud noble, desinteresada de la Gran República hacia nuestra República».[19] Luego, al alcanzar mayor relevancia la política intervencionista de Estados Unidos, aparecerán evaluaciones críticas, sobre todo al constatar lo contradictorio del papel de este país, que por una parte se autoproclamaba policía en el hemisferio occidental y por otra enarbolaba concepciones de soberanía y autodeterminación en el mundo. Estas manifestaciones de proyección hegemónica por parte de la potencia norteamericana generaron duras críticas entre algunos intelectuales cubanos, incluidos aquellos que eran colaboradores de la revista *Cuba Contemporánea*, que eran hombres más bien conservadores, y los que militaban en el Partido Liberal pero tenían una proyección muy moderada.

Visión de la revolución bolchevique en las revistas de Cuba a principios de siglo

Sobre el comportamiento de los Estados europeos y los inicios del cambio en las relaciones internacionales —que llevaría a Estados Unidos a ir ocupando

18 Ortiz, Fernando. «La entrada de Cuba en la guerra: moción». *Revista Bimestre Cubana*, núm. 5, 1917, pp. 297-305.

19 Martínez, José A. «La entrada de Cuba en la Guerra Universal». *Cuba Contemporánea*, núm. 14, mayo de 1917, pp. 5-11.

poco a poco un lugar importante en la determinación de la política internacional—, los especialistas del campo de las ciencias sociales han escrito numerosos libros y artículos, muchos de ellos pertenecientes a una tradición historiográfica de carácter nacional. Pero las revistas, en particular desde principios del siglo xx, pusieron su atención en el acontecer mundial, y de la variedad de posiciones se puede inferir la diversidad de pensamiento y de apreciaciones históricas.

No debemos pasar por alto el hecho de la presencia de hombres de gran cultura incorporados desde los años veinte como comentaristas, ensayistas y críticos de las principales revistas. Así, en los equipos de redacción aparecieron hombres reconocidos por su cultura y compromiso con la nación que emergía, quienes utilizaron su reputación para defender la personalidad cubana en el orden internacional. De acuerdo con el programa diseñado, se trataba de publicaciones defensoras del punto de vista netamente cubano que, a través de un sinfín de voces autorizadas, reclamaban el derecho de Cuba al libre ejercicio de la soberanía, «limitada en aquella por las injerencias extranjeras en nuestros asuntos internos».[20]

Una simple revisión al índice temático de las revistas más leídas de esos años nos muestra la diversidad de asuntos de carácter nacional e internacional dados a la publicidad o debatidos por esa época.[21] A través de tópicos tan sugerentes como «Europa en llamas», «La conflagración europea», «La entrada de Cuba en la guerra», «Los derechos de las minorías y la sociedad de las naciones», «Las ambiciones coloniales de Alemania», «La tragedia otomana», «La ofensiva alemana y la resistencia de los aliados», «El imperialismo yanqui en América Latina», «El equilibrio europeo y el principio de las nacionalidades», «La dictadura del proletariado», «El problema obrero», «Los hombres del soviet ruso» y «Causas del derrumbamiento de Rusia», se puede apreciar el interés por el desenvolvimiento de la guerra y por las maniobras diplomáticas de uno y otro bando. Por supuesto, la decisión de Rusia de salir de este conflicto y el poder organizado por los bolcheviques produjeron especial atracción y fueron objeto de debate en Cuba.

En los años veinte y treinta, revistas como *Cuba Contemporánea*, *Social* o *Revista Bimestre Cubana*, entre otras, fueron portavoces del pensamiento antiinjerencista y publicaron una serie de editoriales que analizaban no solo los movimientos que se desarrollaban en el país, sino también los grandes conflictos de clase que evidenciaban las injusticias del sistema. Sin llegar a tomar posi-

20 Guiral, M. «Ensayo introductorio». *Cuba Contemporánea*, núm. 2, 1915, p. 151.

21 Se han tomado los títulos, fundamentalmente, de la revista *Cuba Contemporánea*.

ciones exactas contra el capitalismo, al menos reconocían lo inevitable de las acciones de los obreros ante el abuso y olvido de los gobiernos.

En particular, los comentarios acerca de la revolución rusa no fueron muchos, pero sí de gran utilidad para comprender la diversidad del pensamiento de la época. La evaluación de las relaciones internacionales de finales del siglo XIX y principios del XX, así como de las negociaciones diplomáticas, el desarrollo de la guerra y los tratados que la precedieron y le dieron fin, no solo representa una fuente importante para estudiar una época republicana, sino también para dimensionar desde Cuba los conflictos mundiales.

Comencemos entonces por precisar cómo se evaluó el bolchevismo como práctica política, en un contexto —como el de Cuba— de inseguridad y de desconfianza a los métodos violentos, acentuado por el hecho de que el país había sostenido treinta años de guerra para proclamarse estado independiente.[22] También habría que recordar que este acontecimiento en sí mismo impactó al mundo, y desde un inicio hasta hoy se ha cuestionado su validez como proceso histórico de cambio. Baste decir que, para muchos autores actuales, es preferible ignorar la desintegración del poderoso Estado ruso en 1917, por cuanto puede ser comparada con la turbulencia política de los años 1990, tan desfavorable para el prestigio nacional.

La influencia de los acontecimientos en Rusia hizo aparecer publicaciones interesadas en los movimientos sociales que afloraban, sobre todo en Europa, a tenor de las protestas por la situación de penuria provocada por la guerra. Una de las primeras fue un pequeño libro titulado *La dictadura del proletariado*, de Mario Guiral Moreno (director de la revista *Cuba Contemporánea* en esos momentos), publicado en julio de 1918 por Siglo XX, editorial de la revista. En ese texto se expresaba que no era buena la idea de la dictadura del proletariado, como no lo era tampoco la del capitalismo. Según su criterio típicamente liberal, la solución debía ser la existencia de una legislación adecuada que satisficiera las aspiraciones justas de la clase obrera. Este trabajo sería comentado por otro de los colaboradores de la revista, el periodista Enrique Gay Galbó, quien, desde su innegable postura liberal, se pronunciaba contra los métodos más radicales.

Así, en 1919 aparecía un artículo de Juan Zamora, otro colaborador de la revista, bajo el título de «El boshevikismo», quien buscaba, según sus propias

22 Tras la abdicación, el territorio ruso estuvo gobernado simultáneamente por un gobierno provisional y por el sóviet de Petrogrado, un organismo revolucionario integrado por soldados y trabajadores elegidos. Para muchos observadores, esto representó un arreglo caótico hasta su derrumbe, el 25 de octubre de 1917 (7 de noviembre del calendario actual), al tomar las riendas del gobierno Lenin y el Partido Bolchevique.

palabras, alcanzar cierta objetividad. Por tal razón, descartaba las informaciones tendenciosas de propagandistas y detractores, y aceptaba como base del trabajo dos documentos de importancia capital: la constitución, adoptada el 10 de julio de 1918 por la Asamblea General de Delegados de los Sóviets de Todas las Rusias, y la Ley Fundamental de la Socialización de las Tierras, promulgada en septiembre de ese año. El análisis de estos documentos le llevaría a plantear que:

> El movimiento bosheviki, inconfundible en realidad con el socialismo doctrinario de los tratados doctrinarios de Economía política, es una revolución formidable, promovida y llevada a cabo por el proletariado ruso, que tiene por objetivo inmediato asegurar el dominio político a las clases obreras, a fin de que éstas, una vez el gobierno en su poder, lo ejerzan con exclusión de toda otra clase social, en beneficio de sus propios miembros.[23]

Intelectual convencido del criterio aristotélico de que los hombres son por naturaleza desiguales y, por tanto, unos nacían para ser gobernantes y otros para ser gobernados, no era de extrañar que, cuando se refiriera a la obra de los revolucionarios, expresara su desacuerdo con las medidas drásticas, ya que «se trataba de asegurar el poder de una clase determinada»; y, para un liberal convencido, ello era «la más formidable de las reacciones contra los principios igualitarios y democráticos de la Revolución Francesa», por lo que «los Comisarios del Pueblo, señores de horca y cuchillo que habitan palacios a orillas del Neva»,[24] solo podían representar un nuevo poder establecido a espaldas de la masa ignorante, que solía aplaudir los excesos movida por el impulso de sentimientos contradictorios y no por la razón.

En este texto apenas se habla de las principales figuras de la revolución, salvo una o dos alusiones a Lenin y sus camaradas más cercanos. Sin embargo, está bien definido el propósito de calificar a Rusia como pueblo inculto que, incapaz de «establecer una diferencia entre el patrimonio nacional y el particular, entre lo usurpado y lo ganado legalmente, [...] entró a saco, sin percatase, ni saber hacerlo, de si sus derechos eran verdaderamente socialistas, comunistas o anarquistas»,[25] con lo cual se descalificaba la acción popular para llevar adelante un proyecto racional de cambio político.

Finalizando el año 1919, la revista pone a disposición del público un interesante trabajo de Ernesto Dihigo titulado «Política internacional europea. Un

23 Zamora, Juan. «El boshevikismo». *Cuba Contemporánea*, año xii, núm. 20, 1919, pp. 35-51.
24 *Ibid*.
25 *Ibid*.

año de paz». Este eminente intelectual analiza la situación de equilibrio que se presenta en el plano internacional a dos años de la guerra, para lo cual hace alusión a la postura de cada país. Acerca de Rusia dirá: «es otra incógnita y está llamada a chocar, tarde o temprano, con Polonia, que ha obtenido parte del territorio de la primera. Allí, además, estalló una revolución formidable, cuyo eco ha repercutido dolorosamente en todo el mundo, agitando masas de hombres que la han contemplado como un faro de sus ideas».[26] Esta evaluación constituye la excepción de los trabajos de la revista, que vieron con mucho recelo los excesos populares.

Al año siguiente, a tres de instaurado el poder de los bolcheviques, aparecía una traducción realizada por Carlos Velasco, entonces director de la revista *Cuba Contemporánea*, del trabajo titulado «¿Qué es bolchevismo?» del filósofo L. Chestoff, el cual había aparecido en el *Mercure* de Francia el 1 de septiembre de 1920. Para este filósofo, que había atacado al gobierno de Nicolás I calificándolo de despótico e ignorante, el problema no radicaba en las causas del movimiento contra el zarismo, que estaban justificadas. Se trataba de las acciones de gobierno del grupo bolchevique, por lo que su crítica se centró en la instauración del poder. De acuerdo con sus estudios sobre Rusia, argumentará que, al reemplazar al gobierno provisional, los bolcheviques se enfrentaron a un dilema: o utilizaban los métodos zaristas o se establecía una ausencia de autoridad. La continuidad del despotismo, en su opinión, caracterizó la forma de gobierno y, por tanto, en ese período primaría «el odio atroz, recíproco y no entre clases como lo querían los bolcheviques, sino todos contra todos [...]; mientras tanto, las planas de los periódicos funcionan contrarias trazando en el papel las nuevas palabras, convertidas en fastidios para todos, sobre el futuro paraíso socialista».[27]

No menos importante fueron las controversias acerca de la filosofía en la que descansaban las acciones del poder bolchevique. Para José Agustín Martínez, «La filosofía de los comunistas rusos, tan popular fuera de Rusia, gracias a su disfraz de marxismo, es esencialmente premarxista y aun antimarxista». Y, basándose en las informaciones que se ofrecían acerca de las pugnas entre los socialistas del momento, llegó a afirmar que «el encono de los bolcheviques socialistas es mayor contra los socialistas no bolcheviques que contra los capitalistas, o los mantenedores políticos del viejo régimen».[28]

26 Dihigo, Ernesto. «Política internacional europea. Un año de paz». *Cuba Contemporánea*, núm. 21, 1919, pp. 318-324.

27 Chestoff, L. «¿Qué es el bolchevismo?». *Cuba Contemporánea*, núm. 24, 1920, pp. 96-21.

28 Martínez, José Agustín. «La filosofía rusa». *Cuba Contemporánea*, núm. 22, 1920.

A manera de cierre, podríamos afirmar que los trabajos seleccionados para este análisis indican que la Revolución de Octubre no fue ajena a los intelectuales cubanos interesados en la política internacional, aunque como temática no llegara en realidad a tener una gran representación, al menos en las primeras décadas del siglo XX, momento en que los problemas nacionales ocupaban un espacio privilegiado en la prensa cubana, ya que de ellos se derivaba la posibilidad de lograr la república tan defendida por los hombres comprometidos con la nación.

Por otra parte, las confusiones e incomprensiones del desarrollo histórico de la Revolución, la impronta negativa del radicalismo jacobino que había quedado en el pensamiento político cubano y la fuerza de los debates de las tendencias nacionalistas —nacidas del patriotismo de la guerra de independencia y que minimizaban el rol de la lucha de clases— reducían aún más las posibilidades de comprender el significado social de una revolución que se levantaba en medio de una guerra imperialista reclamando reivindicaciones y justicia social, no solo para su pueblo, sino con proyecciones universalistas.

Sin duda, una revolución tan radical era un asunto muy sensible para la mentalidad cubana, que aspiraba a lograr una estabilidad política que asegurase el triunfo de la República liberal basada en la fraternidad entre los cubanos, el poder de la moral pública, el respeto a las libertades individuales, el reconocimiento de la propiedad privada y la armonía de los intereses de las provincias sin afectar a los empeños nacionales, tal y como se había discutido y plasmado en la constitución de 1901, la cual representaba la cristalización del Estado-nación independiente, a pesar de no completar el sentido soberano y no garantizar la participación directa.[29]

Luego vendrían otros trabajos que insistirían en los aspectos débiles que los expertos de Occidente señalaban en la política exterior bolchevique. El pacto de paz con los alemanes y la cesión de territorios fue uno de los más comentados, así como la política en relación con el mundo báltico. Todo ello acompañado de los comentarios que proliferaron en el mundo acerca del destino de la familia del zar. Por último, las controversias entre Lenin y Trosky acapararon la atención de algunos intelectuales. Pero, en realidad, el interés por el tema no aumentó y, en gran medida, estuvo condicionado por el reforzamiento de las cuestiones internas. El sentido de «andar en rumbo de la nación», como dijo Jorge Mañach en su *Historia y estilo*, contribuirá a reforzar la preocupación por reordenar el país intentando corregir los excesos del individualismo liberal, tan acentuados en Cuba desde el siglo XIX.

29 En la constitución de 1901 no se votaba al presidente por sufragio universal y directo, sino por elección de segundo grado.

Els testimoniatges vilafranquins de la revolució soviètica, 1931-1938

Ramon Arnabat Mata
Universitat Rovira i Virgili

Tenim constància del viatge a l'URSS de tres vilafranquins: Rodolf Llorens i Ramon Esclassans, formant part de la segona delegació organitzada per l'Associació d'Amics de la Unió Soviètica el 1934,[1] i Pere Vinyals Piquer, president de la Unió de Rabassaires de Vilafranca del Penedès i directiu de l'Ateneu Obrer de Vilafranca, el 1938,[2] així com d'un vilafranquí d'adopció, Carles Pi i Sunyer, que hi va anar el 1931. Tres penedesencs més també viatjaren a l'URSS: Josep Torrents Rossell, dirigent de la Unió de Rabassaires i del Partit Socialista Unificat de Catalunya de Bellvei (el 1938);[3] Joan Bertrán Llopart, pagès de Gelida, dirigent d'Esquerra Republicana de Catalunya i de la Unió de Rabassaires (el 1938),[4] i Antònia Pérez (entre 1924 i 1925),[5] la mare d'Andreu Nin, el qual, naturalment, fou el penedesenc que de més a prop va conèixer i va viure l'experiència soviètica (del 1921 al 1930).[6] Els penedesencs, doncs, viatjaren a l'URSS en dues tongades: la primera, formant part d'una delegació catalana convidada a la celebració del Primer de Maig l'any 1934, i la segona, amb motiu dels actes del XXI aniversari de la Revolució (1938).[7]

1 Garrido Caballero, Magdalena. *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las asociaciones de amistad en el siglo XX*. Múrcia: Universidad de Murcia, 2006, cap. 5 [tesi doctoral].

2 Margalef, S. «Un representant de la Unió de Rabassaires a la U.R.S.S.». *Terra Lliure*, any XVII, 13, 15 de febrer de 1938, i 14, 28 de febrer de 1938.

3 Mayayo, Andreu. *Josep Torrents Rossell*. Tarragona: Arola. Torrents deixà el seu testimoni escrit a *Treball*, 741-749, desembre de 1938.

4 «Informe del company Joan Bertran de la seva visita a la URSS». *Terra Lliure*, 18, 5 de juliol de 1938, pp. 4-5; «Impressions del meu viatge a la U.R.S.S. L'Exèrcit Roig». *Terra Lliure*, 19, agost de 1938, p. 6, i «Impressions del meu viatge a la U.R.S.S. Bakú». *Terra Lliure*, 20, octubre de 1938, p. 7; Guiu Puyol, Andreu. *República, Guerra i Postguerra a Gelida*. Gelida: Ajuntament de Gelida / El 3 de Vuit, 2006.

5 Entrevista de Joan Alavedra a Antònia Pérez. «Una catalana a Rússia». *Mirador*, 61, 27 de març de 1930, p. 2.

6 Puigsech, Josep. *La revolució russa i Catalunya*. Vic: Eumo, 2017, p. 107-121.

7 Riu-Barrera, Eduard (ed.). *Viatge a la Rússia soviètica. Visions catalanes de l'URSS (1920-1941)*. Barcelona: L'Avenç, 2017.

Carles Pi i Sunyer, un vilafranquí d'adopció a l'URSS

El polític republicà Carles Pi i Sunyer va estar directament relacionat amb Vilafranca i el Penedès durant els anys republicans i en aquestes contrades tingué diversos col·laboradors i amics, com ara Salvador Armendares,[8] Pere Mas i Parera o Rodolf Llorens i Jordana. Carles Pi i Sunyer viatjà a l'URSS la tardor del 1931 formant part d'una delegació espanyola que volia establir-hi relacions comercials. El seu testimoni es va publicar en diversos articles a *Última Hora* entre el novembre de 1935 i el maig de 1936.[9] Abans, però, tot just retornat de l'URSS, també publicà algun article,[10] un dels quals al mes de desembre de 1931 al setmanari vilafranquí d'ERC *Abril* amb el títol «Impressions sobre Rússia».[11]

Pi i Sunyer començava l'article manifestant que quan va iniciar el viatge tenia molt clar de no escriure res a la tornada perquè ja se n'havia escrit molt:

> Quan vaig emprendre el viatge a Rússia, tenia el propòsit ferm i decidit de no dir-ne res en tornar. Trobava innecessària la repetició del tema; aquest final obligat en tota visita a la Unió Soviètica, d'observacions, i comentaris. No fa molt, un grup de catalans intel·ligents i de fina sensibilitat, amics meus tots ells, visitaren Rússia amb ocasió d'un congrés científic, i a la tornada es veieren també obligats a explicar en conferències, intervius i articles, les impressions rebudes. Creia, doncs, que la curiositat pública hauria quedat satisfeta, i que, per tant, no fora necessari que jo també parlés.

Però, tal com ell mateix deia a continuació, «no ha estat així», ja que, d'ençà que havia arribat, «són molts els que m'han demanat que exposi el meu parer sobre aquell país, tan llunyà com poc conegut». De manera que aquesta demanda l'havia portat a escriure aquell primerenc article al setmanari *Abril* de Vilafranca del Penedès: «Em plau fer una de les poques excepcions per a aquest

8 Torrent, Jaume. *Salvador Armendares i Torrent. Metge i polític*. Barcelona: Viena, 2006.

9 Articles recollits a Vilanova, Francesc (ed.). *Carles Pi i Sunyer: Com vaig veure Rússia*. Barcelona: Fundació Carles Pi i Sunyer, 1992. Tres d'aquests articles es publiquen a Riu-barrera, *Viatge a la Rússia soviètica*, pp. 124-129.

10 Pi i Sunyer, Carles. *La Rússia que vaig veure (1931)*. Edició a cura de Laia Arañó. Barcelona: Fundació Carles Pi i Sunyer, 2009.

11 Pi i Sunyer, Carles. «Impressions sobre Rússia». *Abril. Setmanari d'Esquerra*, any I, 18, 19 de desembre de 1931, pp. 1-2. Possiblement es tracta del primer escrit publicat per Carles Pi i Sunyer a Catalunya sobre el seu viatge a l'URSS. Sobre la premsa penedesenca durant la Segona República, vegeu Recasens, Jaume. *Somnis en paper. Premsa i periodisme al Penedès republicà*. Valls: Cossetània-IEP, 2011.

setmanari, i que per a ell siguin les primeres línies escrites per mi sobre la meva estada a Rússia».

Carles Pi i Sunyer deia que s'havia decidit a escriure aquelles línies per satisfer «la demanda tan general de les notícies referents a les coses russes». Una demanda «que obeïa a un noble desig, que no era una simple curiositat sinó un fort interès, de conèixer a través de versions en les que hom pogués tenir garanties de judici comprensiu i imparcial, el que hi hauria de cert en el fenomen rus», ja que

> [...] la penúria d'informacions en què viu la gent sobre Rússia, ve agreujada pel fet que moltes de les que tracten d'ella són tendencioses en un o altre sentit; o bé són apologies en què tot és lloat sense reserves, o condemnacions en què tot és vist del caire més desfavorable. I és lògic que el que llegeix de bona fe notes tan antagòniques, quedi al capdavall en una gran confusió, sense tenir cap judici clar sobre Rússia, i desitgi vivament que se li digui amb lleial franquesa el que hi ha de veritat en els criteris contradictoris. Això és el que jo voldria fer d'una manera concisa en aquest article.

Pi i Sunyer constatava la diversitat d'opinions que s'havien escrit sobre els canvis i el nou règim de la Unió Soviètica. Per a ell hi havia dues causes que explicaven aquesta diversitat de relats: «l'apassionament partidista» i «les mateixes contradiccions que intrínsecament presenta avui la Unió Soviètica»:

> Rússia és, en qualsevol aspecte que es consideri, quelcom de gran volum; i en aquesta massa considerable, es troben i s'interfereixen, com en tota obra humana, coses bones i coses dolentes. I si hom considera el dinamisme de la vida russa, el mètode adoptat pels seus dirigents d'assajar diversos sistemes i d'abandonar-los si no resulten pràctics, el que motiva una sèrie de canvis i rectificacions, és fàcil de comprendre les dificultats que presenta la tasca de definir la Rússia actual. Un mateix comentador, si es limita a descriure aspectes parcials de les seves impressions, podrà semblar, segons siguin aquells en els quals s'atura, que formula un judici favorable o advers. Cal, doncs, anar en compte, perquè una apreciació, si es limita a uns punts determinats, en lloc de fixar les idees pot donar motiu a les desorientacions.

Per a l'autor, doncs, calia «o bé fer una obra completa que comprengui tots els caires de la vida col·lectiva russa, o prescindir de la petita anècdota, del fet sense transcendència positiva, però que en pren quan se li dóna valor representativa». Per això, quan Pi i Sunyer es planteja en aquest article «donar sinceram ent una impressió global i sintètica del que és la Rússia d'avui, defraudarà

potser a aquells que esperaven trobar-hi notes curioses i pinzellades pintoresques». Si bé és conscient de les dificultats que això comporta: «Ja sé que si afirmo que la Unió Soviètica no és l'infern que diuen els uns, ni tampoc el paradís que creuen els altres, tots quedaran una mica desil·lusionats, però com que és la veritat, hi ha el deure de dir-ho».

Carles Pi i Sunyer va voler sintetitzar algunes de les característiques de la societat soviètica. Una societat disciplinada: «No és un país en què tothom faci el que vulgui: sinó que tothom ha d'ajustar-se a la llei, mantinguda amb un ordre complet i estricta disciplina». Tot plegat al voltant de la producció i el treball: «L'esforç que fan actualment els russos per augmentar la producció és digne d'elogi, com ho és el culte i la passió que tenen per al treball». Una societat que mantenia nivells de desigualtat social i de pobresa, malgrat els esforços per reduir-los: «Els propòsits i les realitzacions en el sentit de justícia social no esborren, encara que les atenuïn, les diferències degudes a la diversitat dels valors personals». De manera que «la gent viu a Rússia, en conjunt, pitjor que a casa nostra, però que tampoc no sofreixen aquelles negrors de fam i de misèria que de vegades es conten». Amb tot, Pi i Sunyer mostrava la seva confiança en el fet que el desenvolupament econòmic que estava experimentant l'URSS permetria superar algunes d'aquestes deficiències socials: «El progressiu desenvolupament de l'economia de la Unió Soviètica es deu sobretot a la seva massa de població, que constitueix un vastíssim mercat, i a la gran abundància de productes naturals».

Tot i ressaltar l'enorme esforç de promoció cultural que s'estava fent i que «és de preveure que més endavant donarà una major matització i més àmplia comprensivitat a la seva vida col·lectiva», Pi i Sunyer no s'està de caracteritzar el règim com una dictadura: «El règim polític rus es fonamenta en la dictadura d'un partit i que un home de sensibilitat civil hi troba a mancar llibertat i crítica». I conclou, però, que s'ha de respectar el camí que ha emprès: «Si moltes modalitats de la vida russa no poden posar-se com a exemple per a altres països de característiques diferents, en canvi ha de provocar en tothom un pregon interès i un lleial respecte». I critica «aquesta impossibilitat humana de voler imposar a tots els països, com volen els doctrinaris, les mateixes formes rígides».

Carles Pi i Sunyer acabava l'article assenyalant que havia prestat especial atenció a la temàtica agrícola (en parlem a continuació) perquè esqueia «en un periòdic d'una comarca agrícola com la penedesenca» i perquè servia «per fer comprendre que és possible jutjar les coses de Rússia amb un criteri objectiu i de serena equanimitat, no enterbolida pels apassionaments ni els prejudicis». I concloïa que l'havia redactat intentant ser tan objectiu com li havia estat possible:

> En aquest gran complex de la vida russa, que al cap i a la fi és obra dels homes, hi ha naturalment coses encertades i d'altres que no ho són. Per això, si es vol, subministra materials per deixar satisfets als que vulguin parcialment assenyalar-hi virtuts o trobar-hi defectes. Una i altra, versions fragmentàries i unilaterals. L'home desapassionat dirà que en aquest fenomen de tant d'interès com d'importància que és la revolució russa, hi ha coses que probablement el temps anirà modificant i corregint, però n'hi ha d'altres que és probable que quedin definitivament integrades a les conquestes de la humanitat en el seu camí de progrés social.

El conflicte rabassaire i l'experiència soviètica (1931)

Carles Pi i Sunyer dedicà molta atenció en aquest article al tema agrari, a la manera com els soviètics havien afrontat la problemàtica econòmica i social de l'agricultura, perquè l'article es publicava al Penedès, on el conflicte rabassaire al voltant de la propietat de la terra era al centre de la conflictivitat social i política:

> És sabut que hi ha avui a l'agricultura russa, degut a l'estímul oficial que es tradueix en positius avantatges pràctics, una tendència al que s'anomena la col·lectivització. La forma més generalment adoptada per assolir-la, és la dels «kolhosos», constituïts per la reunió voluntària de les terres dels pagesos, que les exploten en comú i es distribueixen els beneficis obtinguts. Doncs, bé, succeeix el que ja era de preveure: que aquestes entitats agrícoles col·lectivitzades abunden molt i molt més en aquelles regions de grans planures i de conreus extensius, que no en aquelles de relleu trencat, els conreus especials, de propietat més dividida.
>
> I més encara. Comparant els «kolhosos» d'unes i altres regions, s'observa que en les primeres, allà on poden utilitzar-se avantatjosament els tractors i les grans màquines agrícoles, a les antigues estepes que constituïen abans extensos latifundis, la col·lectivització sembla arrelar i convertir-se en una forma d'explotació agrícola racional i estable, en canvi, en les segones, les que tenien tradicionalment una agricultura de característiques pròpies i acusades, els «kolhosos» que s'hi han constituït no sols són menors en nombre, sinó que, demés, donen la impressió d'organismes artificials, formularis, creats només per aprofitar-se dels avantatges que la llei els atorga, i que per sota de la nova forma, continua viva la vella estructura rural. Demostració evident i donada per la mateixa Rússia, de la importància que tenen sempre les característiques geogràfiques i socials en les formes d'organització econòmica.

Una reflexió que connectava de ple amb el debat sobre la reforma agrària a Catalunya i que tenia una incidència especial al Penedès; un debat que, a més de l'enfrontament entre pagesos i propietaris, confrontava dues possibles alter-

natives a la concentració de la propietat agrària: la petita propietat agrícola o la col·lectivització, ambdues sota el paraigua del crit «la terra, per a qui la treballa» i fins a l'esclat de la guerra civil i la revolució de l'estiu del 1936. De fet, aquesta reflexió sobre la reforma agrària enllaçava amb la que havia expressat tot just abans de marxar a l'URSS a les pàgines del mateix setmanari: «Sentant com a fi màxim la socialització de la terra, la tasca immediata ha d'ésser la de procurar que la terra sigui valoritzada en un règim de major justícia i benestar per als que veritablement la treballen».[12]

Era evident que el tema de la terra i la seva propietat i explotació era el tema central del debat polític, econòmic i social al Penedès aquests anys i que el que s'estava fent a l'URSS se seguia amb atenció.[13] De fet, tots els setmanaris en parlaven setmana rere setmana. Un dels que intervingué més incisivament en el debat mitjançant articles de reflexió fou Rodolf Llorens. En un reflexionava, precisament, sobre el significat de «la terra, per al que la treballa». Per a Llorens, «la terra per al (i no pas del) que la treballa ha de voler dir —almenys per a nosaltres, sense cap classe de subterfugi— que la terra ha de ser de tota la col·lectivitat (l'Estat) i que aquesta solament l'ha de cedir en ús-de-fruit als que la facin fructificar».[14] Aquest posicionament pretenia apropar la tendència més individualista d'ERC i d'un sector de la Unió de Rabassaires amb l'altre sector rabassaire més proper a posicions socialitzants. La clau era, segons Llorens (i, com hem vist també, segons Pi i Sunyer), optar per l'explotació individual o col·lectiva depenent del tipus de terreny. Per raonar el seu posicionament, Llorens partia de l'experiència soviètica:

> Repartir la terra a Andalusia és una barrabassada. El que cal és l'expropiació i l'Estat fer-hi cultivar col·lectivament el que els tècnics creguin el més convenient i no amb procediments antediluvians, sinó emprant les màquines que siguin del cas i com més modernes millor. És l'única manera d'arrencar de la terra tota la seva riquesa en benefici de tots i sense sacrificis heroics.
>
> Aquí al Penedès, pel terreny desigual i pel cultiu de la vinya, no hi ha altre problema capital —la terra ja està bastant distribuïda— que anar suprimint la propietat privada per la col·lectiva.

12 Pi i Sunyer, Carles. «Problemes econòmics». *Abril. Setmanari d'Esquerra*, any I, 4, 12 de setembre de 1931, p. 1. Algunes d'aquestes qüestions estan recollides en les seves memòries: Pi i Sunyer, Carles. *La República y la Guerra, memorias de un político catalán.* 4 vol. Mèxic: Oasis, 1975.

13 Arnabat, Ramon. «Sociabilitats pageses i qüestió agrària a la Catalunya republicana (1931-1936)». Comunicació presentada al Congrés Internacional d'Història «La Segona República: Cultures i projectes polítics». Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, abril de 2016.

14 Ll.[orens], R.[odolf]. «La terra per al que la treballa». *Abril. Setmanari d'Esquerra*, any I, 7, 30 d'octubre de 1931, p. 2.

Però s'ha d'anar en compte de, per abolir cent propietaris, no crear-ne deu mil. Cal inculcar de bon començament que del que es tracta és de l'ús-de-fruit, solament, per aquell que la treballi.

La terra, com la resta de la Naturalesa (sol, aire, aigua, etc.), és una absurditat que sigui d'aquest —o de l'altre. Ha d'ésser nacionalitzada.

Si la terra és de quatre senyors i no de la col·lectivitat ¿per què ens parlen d'una Pàtria i ens venen amb patriotisme? Com deia agudament Diego Ruiz.[15]

Pi i Sunyer explica la seva experiència soviètica a Vilafranca (1932)

Tres mesos després d'haver-se publicat l'article que hem comentat, a mitjan mes d'abril de 1932, Carles Pi i Sunyer pronuncià al local d'ERC de Vilafranca del Penedès una conferència en què explicava les seves experiències durant el viatge a l'URSS (Moscou, Leningrad i els litorals del sud, del mar Caspi i del mar Negre). El setmanari d'ERC *Abril* en publicà una àmplia ressenya. La crònica periodística deia que la conferència, que havia tingut un gran èxit de públic, s'havia fonamentat «en apunts escrits en la mateixa Rússia i en el propi moment, la qual lectura donà encara un major encís d'impressió del tot directe».[16]

Carles Pi i Sunyer manifestà, segons recull la crònica, que «la primera impressió que rebé en entrar a Moscou fou —potser perquè ens han pintat Rússia com el desgavell més gran de la Història— la d'un ordre més accentuat que en les grans capitals capitalistes», a la qual cosa «contribueix, naturalment, el règim». Quant a l'anàlisi de la societat, de les dones i de les classes populars, afirmà:

La gent vesteix humilment, no miserablement com alguns creuen. La crisis no és precisament que els manqui diners. Fent la comparació amb la moneda d'aquí i el preu de vida d'aquí, l'obrer rus, generalment, va a guany uns 50 duros —en les grans Cooperatives hom pot comprar més a compte que en les botigues particulars. Com allí les dones es treuen un salari igual al dels homes, són 100 duros els que entren en una casa. La crisi és de manca de productes. La gran indústria és la que s'ha mirat de desarrollar més. Tenen necessitat de millorar més la vida ordinària, ja que els productes són de poca qualitat.

15 *Abril*, 7, 3 d'octubre de 1931.

16 Pi i Sunyer, Carles. «Impressions d'un viatge a Rússia». *Abril. Setmanari d'Esquerra*, any II, 35, 23 d'abril de 1932, pp. 1-2.

> [...] La part d'habitació no la tenen resolta prou satisfactòriament. També és molt deficient la part de circulació: tramvies, etc.
>
> És formidable, i això és el que embolcalla tota la vida russa: l'estímul al treball i a la industrialització del país.

Feia una valoració força objectiva del que estava passant, catorze anys després de la Revolució, ponderant els aspectes que considerava positius i els negatius. En l'àmbit cultural també ens ofereix un molt bon retrat de la societat soviètica i de la seva evolució:

> Rússia va evolucionant cap a no voler matar tant la part espiritual o si voleu sentimental de les persones particulars. Així s'ha tornat a que hi hagin dies de festa i que aquesta no es faci individualment com abans per rigorós torn; no s'envesteix com abans la família; [...] [he] vist com en el cinema la gent reia com la d'aquí veient films intranscendents d'Harold Lloyd; del teatre, amb tot i ésser de masses, hom parla d'anar a sentir tal i tal tenor i de veure tal i tal altra bailarina, etc. El teatre ha contribuït a formar el sentiment sociable de la gent. Així ho comprengué Lenin que en l'època de més fam i misèria s'oposà a què es tanqués l'Òpera de Moscou, que ocasionava grans despeses. Lenin digué que l'últim a suprimir seria aquell espectacle.

A Pi i Sunyer el sorprengueren aspectes relacionats amb la moralitat i l'austeritat de la societat soviètica, i en la conferència explicà que «sigui pel temperament rus, sigui pel clima, sigui per l'obsessió pel treball, els russos no tenen el problema sexual amb la depravació en què ha arribat en els Estats capitalistes. Això sí, hi ha molta facilitat en poder-se casar i descasar».

Pel que fa a l'economia, defineix la soviètica com a «capitalisme d'estat» i afirma que és gairebé l'única economia del món que prospera.[17] Quant a l'exèrcit, diu que «Rússia compta amb un exèrcit terrible» i que ell ha presenciat a la plaça Roja de Moscou el dia de l'aniversari de la Revolució d'Octubre la desfilada de «cent mil homes armats» i que, a més, hi havia «obrers armats».

Carles Pi i Sunyer també explica que a l'URSS ha resolt «el problema de les Nacionalitats de la manera més racional», i posa com a exemple el següent: «Quan sumen una cinquantena els nois d'una llengua especial, l'Estat ha de muntar-los-hi una escola. Així en un poble gairebé asiàtic hi ha una escola on

17 Un parell de mesos abans d'aquesta conferència, Rodolf Llorens escrivia un article en què reflexionava sobre els diversos tipus de moviments nacionalistes («Bolívar – Ghandi – Sandino». *Abril. Setmanari d'Esquerra*, any II, 25, 13 de febrer de 1931, p. 2), on deia: «Un nacionalisme per emulació de la civilització estrangera –qui diu civilització diu indústria– és a la U.R.S.S.».

s'ensenya en 17 idiomes diferents». En el vessant polític qualifica el sistema soviètic a l'URSS de dictadura:

> El Partit Comunista és l'amo i senyor del país. Compta solament amb uns 4 milions d'afiliats, dels 160 milions d'habitants. Però és perquè no volen ésser més. Per entrar en el Partit Comunista hom ha d'haver fet molts mèrits. Els del Partit Comunista estan compromesos a no tenir salaris superiors a 900 rubles. Així hi ha afiliat que guanya aquest salari fent la mateixa feina de la qual un enginyer estranger en cobra 1.500.
>
> El dictador Stalin no és ni President de la Unió de Repúbliques, ni President de Consell. És, simplement, el Secretari del Partit Comunista.
>
> En les festes del mencionat aniversari en què es feu un míting que durà cinc hores, Stalin estava gairebé invisible en un segon terme dels que presidien l'acte.

Rodolf Llorens i Jornada viatja a l'URSS (1934)

L'any 1934 l'escriptor i polític vilafranquí Rodolf Llorens i Jordana, amb vint-i-quatre anys i acabat de llicenciar en Filosofia per la Universitat de Barcelona, va viatjar a la Unió Soviètica. El 1934 és un any clau al Penedès pel conflicte rabassaire que s'arrossegava des de finals del segle XIX i que experimentà un doble rebrotament: durant els anys vint i quan es va proclamar la Segona República.[18]

El mateix Llorens i Jordana va deixar el testimoni de tot plegat:

> L'any 1934 —en plena bullida del plet rabassaire— [Ramon Roig i Llauradó, Arangadetes] va preparar, per als dos, un viatge a la Rússia dels soviets per mitjà d'una Delegació dels Sindicats i dels Amics de l'URSS, agrupació presidida per Wenceslao Roces, el traductor d'*El capital* de Carles Marx; la CNT local ens va donar de bon grat la seva representació. Quan fou l'hora de sortir, l'amic Roig es va tirar enrere i li agafà un gran esfereïment pensant en les conseqüències possibles d'aquesta aventura «non sancta», atrevida i perillosa especialment cinquanta anys enrere. Jo, per no anar-hi sol, vaig trobar a darrera instància Ramon Esclassans disposat a acompanyar-me. Vam viatjar amb un passaport que deia: «Válido para todo el mundo menos Rusia», precisament allí on ens dirigíem.[19]

18 Arnabat, Ramon. «Sociabilitats pageses», i Arnabat, Ramon; Vidal, Jordi (coords.). *Història de Vilafranca del Penedès*. Vilafranca del Penedès: Ajuntament de Vilafranca del Penedès / Andana, 2008, pp. 345-393.

19 Llorens, Rodolf . «L'Arangadetes». *Olerdulae*, 16, 1982, pp. 4-6, esp. 5.

El viatge havia estat preparat per un altre vilafranquí, Ramon Roig, àlies *Arangadetes*, que finalment no hi pogué anar. Roig era una mena de pare espiritual i periodístic de Llorens. Ambdós participaren en la publicació del setmanari vilafranquí d'ERC *Abril*. Més endavant, Llorens passà al PSUC i s'encarregà de la publicació del setmanari local *Avant*. Tornem, però, al viatge. Un viatge per conèixer el país dels soviets que tingué el suport de les diverses associacions esquerranes vilafranquines, dels republicans als anarquistes, passant pels socialistes i els comunistes. I per al qual Llorens cercà la companyia de Ramon Esclassans, un republicà catalanista que s'hi afegí entusiasmat: «Vam travessar la França post-Daladier, l'Alemanya de Hitler, la Polònia de Pilsudski i entràrem per Minsk on fórem rebuts amb les notes del pas-doble *València* com a himne espanyol».[20]

Un cop a l'URSS, van visitar els espais més emblemàtics i van parlar amb alguns dels principals dirigents soviètics:

> Vam anar dels palaus i parcs imperials de Tsarskoye Selo i de Lenningrad als balnearis de Sotxi passant per la central elèctrica sobre Dnieper; o sigui, del mar Blanc al mar Negre passant per la plaça Roja de Moscova, amb les cúpules daurades i el mausoleu de Lenin. Franquejàrem el Portal d'Ibèria i les muralles del Kremlin on fórem rebuts pel President Kalinín (un ex-camperol); vam poder veure de ben a prop: Manuilski i Dimitrov (del Comintern), Svernik (President dels Sindicats), Losovski (Secretari del Socors Roig Internacional), Molotov, Malenkov, el mariscal Vorotxilov, i a certa distància, el camarada Stalin.

Una visita que, a anys vista (gairebé cinquanta anys després), analitzava críticament, tot mostrant realitats contradictòries del país dels somnis socialistes:

> Presenciàrem la inacabable desfilada obrera i militar del Primer de Maig, i també l'amuntegament inhumà dels Kulaks per les estacions ferroviàries, transportats despietadament d'una banda a l'altra del país. Museus, òpera, ballet, concerts, teatre, revistes, exposicions, circ, cinema, mítings, fàbriques, mines, koljosos... a cor què vols, cor què desitges. Quin viatge et vas perdre, Arangadetes! A fe de Déu que valgué la pena rebre'n les conseqüències! [...]
>
> El terror era palpable, la penúria saltava a la vista, però com a contrapartida també era palesa la il·lusió de crear un nou món i l'esperança que no s'havia sofert ni lluitat en va en la creació d'una Nova Era amb l'apoteosi de la humanitat redimida.

20 *Ibid.*, p. 6 per a aquesta citació i les següents referents al viatge a l'URSS de Rodolf Llorens.

Tornaren per mar via Londres i, en arribar a Barcelona, van participar «en un míting, en el gran cine Kursal atapeït de públic, explicant les nostres impressions».

El cinema soviètic

Un dels temes que interessà a Rodolf Llorens fou, com ja hem assenyalat, el del nou cinema soviètic. Un tema que també interessà al seu company d'exili, Carles Pi i Sunyer, que ja havia visitat l'URSS l'any 1931.[21] De fet, Llorens ja havia iniciat una mena d'estudi històric del cinema a Vilafranca del Penedès i l'havia començat a publicar a la *Revista del Casal*.[22] En els dos articles dedicats a parlar de la seva visita a l'URSS, explica les seves experiències a les sales soviètiques, el tipus de cinema que s'hi projecta i els motius que el fan possible. Aporta un seguit de dades sobre la ideologia de les pel·lícules, les característiques de les sessions i de les sales, i com funciona la indústria cinematogràfica.[23]

En aquests articles sobre la Unió Soviètica, Llorens situa el cinema en el context de la cultura contemporània, tracta de les diferències entre el cinema mut i el sonor i entre el cinema i el teatre, de com cada país ha anat forjant el seu estil i de com el cinema reflecteix diferents maneres de ser, de les evolucions tècniques, del consum, dels actors i dels directors. Llorens relliga el cinema amb la realitat i l'analitza tocant de peus a terra. És a dir, com un fenomen cultural de primer ordre que no es pot enllestir estudiant-ne només els aspectes tècnics o econòmics. Té molt clar que el cinema també implica una mirada sobre la realitat i la transmissió de valors i d'idees.[24]

Ara i aquí, a nosaltres ens interessen les referències a la societat soviètica, no tant el cinema en si mateix. Així és que, comentant la diferència de les sessions de cinema a l'URSS (una pel·lícula i un noticiari, amb diverses sessions diàries) i a Catalunya, fa aquesta anàlisi de la societat russa:

> El rus és un home que té poca noció del temps. Els russos no es cansen mai de parlar i de passejar —ni d'esperar, com van deixar ben provat llavors dels temps

21 Pi i Sunyer. *La Rússia que vaig veure*, p. 31-34.

22 Arnabat, Ramon; Solé, Joan. *Societat i cultura a la Vilafranca de la II República: la generació de la «Revista del Casal de la Principal»*. Vilafranca del Penedès: Societat d'Esbarjo, Cultura i Esport La Principal, 2007.

23 Llorens, Rodolf. «D'un viatge a l'URSS. El cinema a Rússia». *Mirador*, 292, 6 de setembre de 1934, p. 4, i «D'un viatge a l'URSS. Dos films soviètics». *Mirador*, 299, 1 de novembre de 1934, p. 4.

24 Llorens, Rodolf. *Viure i pensar. Art, política i cinema*. Pròleg i edició a cura de Joan Cuscó i Clarassó. Treball inèdit. Agraeixo a l'autor que m'hagi facilitat consultar-lo.

> més calamitosos— i no tenen hores fixes ni per a menjar ni per a dormir. Treballen en unes hores inversemblants i incomprensibles per a nosaltres; no són rares les fàbriques que fan tres torns de treball al dia. Tot això explica el fet que, per als russos, totes les hores són bones per anar al cinema.[25]

Llorens destaca els grans vestíbuls dels cinemes: «Sovint són més importants, més interessants, i fins més grans, que la pròpia sala de projecció. Acostumen a ésser espaiosos i luxosos». Però el que ens interessa més des del punt de vista social és que hi ha diverses categories de cinemes i, per tant, de preus de les entrades, fins i tot dins d'un mateix cinema:

> I no és pas que allí les entrades es regalin i siguin del primer que hi arriba. Cal fer —crec— aquest aclariment perquè són molts els que tenen de la vida a l'URSS una idea totalment fantàstica i estrafolària. Tret d'algunes festes grosses i algunes localitats que com a premis es reparteixen a les fàbriques, s'ha de pagar, com aquí. Com ací hi ha cinemes cars i cinemes a preus populars i dins d'un mateix cinema hi ha diverses categories de seients.[26]

Llorens també destaca el gran nombre de sales de cinema que hi ha a les ciutats, ja siguin noves o bé dins d'antigues esglésies o palaus, i també al món rural i als barris obrers:

> És sabut l'extraordinari interès que l'Estat Soviètic té de portar al camp col·lectivitzat el cinema; és sabut el que li interessa de disminuir la diferència de comoditats que té la vida de ciutat sobre la del camp. Demés, el cinema és un mitjà formidable de propaganda que els bolxevistes, mestres en aquesta matèria, no han desaprofitat pas, ans el contrari. Afegiu encara, a aquest gran nombre de cinemes: els magnífics clubs per a obrers, que hi ha a totes les barriades, amb les respectives sales d'espectacles on també es projecten films.[27]

En un altre article, tot comentant la pel·lícula *Maternitat*, Llorens ens parla del tema de la maternitat i l'avortament a l'URSS:

> A Rússia, com és sabut, l'avortament és legal sempre que es reuneixin certes circumstàncies. L'Estat, però, fa propaganda perquè la població augmenti, ja que hi ha una manca de braços evident. Per això el film exaltava la maternitat ensems

25 Llorens, Rodolf. «D'un viatge a l'URSS. El cinema», p. 4.
26 *Ibid.*.
27 *Ibid.*.

que advocava perquè, en el cas de voler avortar, l'avortament no es fes en la clandestinitat, sinó en les clíniques que hi ha apropiades per aquests casos.[28]

Rodolf Llorens fou l'impulsor de la projecció de pel·lícules soviètiques al cinema del Casal de Vilafranca a partir de l'any 1931. Les seves extenses ressenyes a la premsa local ajudaren que *El acorazado Potemkin*, *El pueblo del pecado*, *El expreso azul*, *La madre*, *Ygnebú*, *El gran cazador*, *Les Tartares* i *Turksib* (documental) es projectessin amb un notable èxit de públic.[29]

La revolució russa i Vilafranca del Penedès

La revolució russa es va anar coneixent cada vegada millor a Vilafranca del Penedès; un dels mitjans per aconseguir-ho va ser el cinema soviètic i l'altre, els articles i les conferències dels que havien visitat l'URSS, com ara Carles Pi i Sunyer o Rodolf Llorens i Jordana. Malgrat la poca informació que oferiren els setmanaris vilafranquins dels anys revolucionaris i de l'evolució posterior de l'URSS, a poc a poc la influència de la revolució russa començà a notar-se a Vilafranca i al Penedès en general. Tant Llorens com Pi i Sunyer intentaren transmetre una visió complexa de l'URSS, mostrant-ne els aspectes que consideraven positius (accés a la cultura i l'educació de les masses populars, la igualtat entre homes i dones, el creixement econòmic, la reforma agrària...), però sense estalviar-ne les crítiques (el caràcter dictatorial del règim, sobretot). També intentaren extreure de l'experiència soviètica idees per solucionar «el problema de la terra», tan important a Vilafranca i al Penedès.

28 Llorens, Rodolf. «D'un viatge a l'URSS. Dos films», p. 4.

29 Les seves cròniques cinematogràfiques es publicaren, sobretot, al setmanari *Abril*, a la *Gaseta de Vilafranca* i a la *Revista del Casal*.

Un flamenco en la revolución rusa: la mirada desmitificadora en *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, de Manuel Chaves Nogales

Carlos Javier Avilés López
Universidad Autónoma de Madrid

> La prensa no es verdadera porque sea revolucionaria.
> Sólo es revolucionaria cuando es verdadera.
>
> Albert Camus[1]

La gestación del reportaje

El invierno de 1930 Manuel Chaves Nogales se encontraba en una encrucijada de su vida profesional. Había dejado su puesto de redactor jefe en el *Heraldo de Madrid* en noviembre de 1929 para ocuparse de la corresponsalía de dicho diario en París, donde unos meses más tarde iría a buscarlo el empresario Luis Montiel para que se pusiera al frente de su nuevo proyecto editorial: el diario *Ahora*. No obstante, esos meses que el periodista sevillano pasó en París liberado de la responsabilidad de dirigir una redacción resultaron especialmente fructíferos. Además de enviar algunos artículos al *Heraldo*, Chaves colaboró con la revista *Estampa* y preparó un reportaje sobre los exiliados rusos en Francia que por fin comenzaría a publicarse en *Ahora* el 27 de enero de 1931 bajo el título «Lo que ha quedado del imperio de los zares». De acuerdo con María Isabel Cintas,[2] durante la preparación de dicho reportaje se presentó Chaves en el cabaret Sevilla, cerca de la Place Pigalle, donde solían acudir exiliados rusos. Allí, por casualidad, encontró al maestro Juan Martínez, bailaor de un flamenco «litúrgico y severo»[3] que no estaba de moda en España, pero que seguía fascinando a la burguesía parisina y, al parecer, a lo que quedaba de la rusa.

1 Camus, Albert. *Obras*, vol. 5. Madrid: Alianza, 2013, p. 226.

2 Cintas Guillén, María Isabel. *Chaves Nogales: el oficio de contar*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2011, p. 73.

3 Chaves Nogales, Manuel. *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2013, p. 5.

El 18 de marzo de 1930, Chaves publicó en *Estampa* un artículo sobre el flamenco en París cuyo principal protagonista era el maestro Martínez. No obstante, no debió de tardar en darse cuenta el periodista sevillano de que el flamenco no era lo único interesante sobre lo que podía hablar el bailarín: el azar quiso que la Primera Guerra Mundial sorprendiese a Martínez y a su mujer en Turquía, los persiguiera por los Balcanes y los empujase a buscar refugio en Rusia, con tal suerte que se vieron atrapados en uno de los acontecimientos más cruentos del siglo XX, la revolución rusa. El relato de Martínez, lúcido y ameno, debió de entusiasmar a Chaves Nogales, quien decidió que aquel rarísimo testimonio tenía que ser conocido por el público.[4] No sabemos a ciencia cierta cómo se gestó el reportaje. Presumiblemente, Chaves tomó notas de lo que Martínez le contó durante esos meses de 1930 que compartieron en París[5] y, con posterioridad, en los pocos ratos libres que le dejaban sus tareas como reportero y director de *Ahora*, redactó el reportaje que en 1934 se publicaría por entregas en *Estampa* con el título de «El maestro Juan Martínez que estaba allí». Se trata de un reportaje novelado, lleno de tensión narrativa y escrito con un lenguaje desprovisto de ornamentos, directo y sencillo; un estilo que se adelanta al *new journalism*, que tanto éxito tendría en EE.UU. décadas más tarde, con Capote, Wolfe, etc.[6]

Martínez fue testigo de excepción de la Revolución y la guerra civil: se encontraba en Petrogrado cuando estalló la Revolución de Febrero de 1917; en Moscú, durante la Revolución de Octubre; y pasó el resto de la guerra civil y la posterior hambruna en Ucrania, hasta que en 1921 consiguió burlar los controles bolcheviques y escapar por el puerto de Odesa de ese «gigantesco presidio de ciento treinta millones de seres».[7] Como indica el título del reportaje, el maestro Martínez estuvo allí cuando todo eso estaba ocurriendo; no fue un visitante, como tantos otros, recibido con todas las cortesías de los ganadores; ni un periodista, mero espectador de los hechos. Martínez y su mujer fueron tan protagonistas y víctimas de lo que ocurrió en Rusia entre 1916 y 1921 como

4 Como señala Andrés Trapiello: «El mérito de Chaves está no sólo en descubrir a Martínez en medio de las procelas parisinas, sino en creer lo que dice, y darle la voz al sentido común y, sobre todo, a las evidencias, por ásperas e inefusivas que fueran» (Trapiello, Andrés. «Prólogo». En Chaves Nogales, Manuel, *op. cit.*, XIX-XX).

5 En el caso de la preparación de la biografía de Juan Belmonte que Chaves escribiría un año más tarde, el torero visitaba la casa del periodista en Madrid y se encerraban los dos a charlar varias horas en su despacho. Cabe esperar que Chaves siguiera el mismo procedimiento con Martínez en París.

6 Cf. Chillón, Lluís-Albert. *Literatura i periodisme*. Valencia: Servei de Publicacions de la Universitat de València, 1993, pp. 121-123.

7 Chaves Nogales, Manuel, *op. cit.*, p. 105.

cualquier ruso. Cuando Chaves Nogales publicó el reportaje en *Estampa* ya existían críticas al régimen más o menos imparciales —entre ellas, la que hizo el propio Chaves en 1928 en su libro *La vuelta a Europa en avión: un pequeño burgués en la Rusia roja*—; pero, salvo las historias que contaban los rusos exiliados, no se habían publicado testimonios como el de Martínez, tan humano y tan ecuánime, sobre lo que había ocurrido durante la Revolución. El de Martínez, a diferencia de otros relatos sobre lo ocurrido en Rusia durante aquellos años, es una historia sobre su propio sufrimiento y el del pueblo ruso, no sobre política (en la medida en que puede no ser político el relato de una revolución) o estrategia militar.

Distancia crítica contra los totalitarismos

Es natural que Chaves Nogales, «"pequeño burgués liberal"», ciudadano de una República democrática y parlamentaria»,[8] le diese crédito a la historia del maestro Martínez y que decidiese difundirla. En el prólogo de *A sangre y fuego*, publicado en 1937, ya en el exilio, el periodista definía su posición política del siguiente modo:

> Antifascista y antirrevolucionario por temperamento, me negaba sistemáticamente a creer en la virtud salutífera de las grandes conmociones [...]. En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad [...] era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad.[9]

En 1934, cuando se publicó el reportaje, hacía tiempo que se había apagado el entusiasmo con el que fue recibida la proclamación de la República en España y, por otra parte, como señala Juan Avilés, «la Unión Soviética adquirió sus más altas cotas de prestigio en los círculos progresistas de Occidente justo en los años en que Stalin implantaba en ella una de las peores tiranías de las que hay constancia histórica».[10] Ya en 1932, en una charla entre Pío Baroja y Chaves en casa de este, el periodista le decía al escritor: «Los conservadores y los reaccionarios, que al principio estaban asustados, van ganando terreno. Y [...] los comunistas están deseando que haya agitación para ver si dan un golpe al

8 Chaves Nogales, Manuel. *A sangre y fuego: héroes, bestias y mártires de España*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2013, p. 3.

9 *Ibid.*, p. 4.

10 Avilés Farré, Juan. *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999, p. 303.

estilo ruso».[11] El intento de rebelión del general Sanjurjo en 1932 y las rebeliones anarcosindicalistas de 1933 en varios pueblos de España eran los signos más evidentes del creciente desafecto que la derecha más conservadora y la izquierda más radical sentían por el nuevo régimen y que no haría sino crecer en los años siguientes. La democracia liberal no estaba de moda, y Chaves lo sabía. La revolución de octubre de 1934 y la guerra civil acabarían dándole irremisiblemente la razón y confirmando la premonición que le hizo a Baroja aquel día en su casa de la Cuesta de San Vicente: «Nosotros acabaremos en una buhardilla pobre de una callejuela de París».[12]

Por otra parte, eran frecuentes en la época los viajes a Rusia de intelectuales de izquierdas, que a su regreso hacían pública su admiración por el régimen soviético. Stefan Zweig, otro ilustre y desventurado liberal, habla en sus memorias de la tendencia a no cuestionar el régimen a la que cedían tantos intelectuales europeos que visitaban la Rusia soviética, envueltos por la camaradería y la halagadora admiración de sus anfitriones, sin sospechar la existencia de lo que se les ocultaba a la vista.[13] Los periodistas, escritores y políticos españoles no eran la excepción a la regla. Valga como ejemplo el periodista Ramón J. Sender, quien en 1934 publicaría *Madrid-Moscú. Notas de viaje*, donde retrata a Stalin como un obrero más y declara su desafección a la República española: «El Estado es en España el aparato de defensa de una clase».[14] En esta línea, como es lógico, fueron los comunistas los que con mayor obstinación mantuvieron su defensa del régimen soviético en el tiempo. Mientras tanto, anarquistas, socialistas y liberales que volvían de Rusia denunciando la falta de libertad y el terror de la Checa, como Ángel Pestaña, Fernando de los Ríos o el propio Chaves Nogales, eran acusados de burgueses y mal documentados por los comunistas más renuentes al desengaño.[15]

En ese contexto, es natural que Chaves temiese que muchos no quisieran creer lo que Martínez contaba: «todo el horror de esa guerra y esa revolución, tan inhumanas que nadie cree que sean verosímiles».[16] Sin embargo, eran ciertos «todos esos espantosos relatos de guerra y revoluciones que el maestro Martínez hace en estas páginas con escrupulosa fidelidad histórica y prodigiosa exactitud

11 Baroja, Pío. *Desde la última vuelta del camino*, vol. II. Barcelona: Tusquets, 2006, p. 305.

12 *Ibid.*

13 Zweig, Stefan. *Die Welt von Gestern: Erinnerungen eines Europäers*. Berlín: S. Fischer, 1958, pp. 307-308.

14 Navarra, Andreu. *El espejo blanco: españoles en la URSS*. Madrid: Fórcola, 2016, pp. 98-99.

15 *Ibid.*, p. 77.

16 Chaves Nogales, Manuel. *El maestro Juan Martínez...*, *op. cit.*, p. 287.

de detalle».[17] Y es que *El maestro Juan Martínez que estaba allí* es acaso el primer relato en español del terror político que resultaría tan frecuente durante todo el siglo xx y en lo que va del xxi. Atrocidades que hoy vemos con frecuencia repetidas en el cine con mayor o menor frivolidad debían de resultar todavía inverosímiles en aquella época, por su cantidad y su brutalidad, y porque casi nadie antes las había contado con tanto detalle. El propio Martínez cree que los meses que pasó en Kiev en plena guerra civil constituyeron «una época de horror, como creo que no la ha habido nunca en el mundo ni volverá a haberla».[18]

Chaves Nogales, por su parte, ya había estado en Rusia en 1928 y había visto con sus propios ojos la falta de libertad y la escasez en la que vivía el pueblo ruso. En las crónicas que fue enviando al *Heraldo de Madrid*, que constituyen su reportaje «La vuelta a Europa en avión: un pequeño burgués en la Rusia roja», en una declaración genuinamente liberal, denunciaba el papel protagonista que desempeñaba la policía política en el régimen comunista:

> Su poder es omnímodo en toda Rusia. El «guepeú» asume todos los poderes y disfruta de la más absoluta inviolabilidad. Esto ha garantizado el orden, cosa que a la gente de temperamento conservador quizá le satisfaga plenamente. Pero los que estamos espiritualmente más cerca de los delincuentes que de la Policía sentimos cierta angustia al advertir que hay unos individuos privilegiados que tienen en sus manos todos nuestros derechos y nuestras libertades. El hombre netamente liberal no abdica esto ante ninguna garantía de orden, por fuerte que sea.[19]

Miguel Ángel Aguilar ha establecido en alguna ocasión la distinción entre periodismo de acompañamiento emocional y periodismo de distancia crítica, y coloca a Chaves Nogales entre los que practicaban esta segunda variedad, atribuyéndole al periodista sevillano «el ejercicio de la frialdad en medio de la pasión».[20] De ello da fe una de sus declaraciones en el citado reportaje sobre su viaje a Rusia:

> Después de haber recorrido Rusia y de haber buscado afanosamente cuanto en pro o en contra de la revolución se ha escrito, yo me atrevo a creer que la postura

17 *Ibid.*

18 *Ibid.*, p. 242.

19 Chaves Nogales, Manuel. *La vuelta a Europa en avión: un pequeño burgués en la Rusia roja*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2012, p. 450.

20 Aguilar, Miguel Ángel. Conferencia dictada en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid el 2/12/2015, Madrid. www.youtube.com/watch?v=nESo_uVOqFA [Cons. 29/06/2017].

> del hombre auténticamente civilizado no es la de ser comunista o anticomunista, sino la de estar atento al desenvolvimiento de los hechos, pesando y sopesando las responsabilidades de cada uno de los factores que han intervenido en la terrible experiencia que se está haciendo en la carne viva de un pueblo de ciento cuarenta millones de habitantes, sin desechar la posibilidad del alumbramiento de una nueva humanidad, pero sin perder de vista al mismo tiempo que puede haberse errado la senda.[21]

Una mirada desmitificadora sobre la Revolución

Ese periodismo crítico del que habla Aguilar es en sí mismo desmitificador, pues su función es ofrecer al público la información y el análisis libre de toda prosopopeya con cierta imparcialidad. Y, para ese fin, Chaves Nogales encontró en Martínez un excelente colaborador: «Bailarín, hijo de bailarín, granujilla madrileño y castizo, con arreviques de pillo de playa andaluza, pero muy mirado, de una peculiar hombría de bien y una moral casuística complicadísima»,[22] el bailaor, que no deja de repetir a lo largo de todo su relato que no entiende de política, ofrece una visión llena de humanidad y alejada de las mistificaciones de la revolución rusa ampliamente aceptadas por la izquierda española en los años treinta. Todo el relato es intrínsecamente desmitificador. La elección de Martínez como narrador hace que sea así: es un hombre sencillo pero agudo, un hombre bueno pero pícaro, que cuenta lo que ve libre de dogmatismo y sin ornamento. Es evidente que la labor de Chaves Nogales también se deja ver en todo el reportaje, no solo dándole tensión e intensidad narrativa, sino también haciendo inteligible lo que Martínez le ha contado, como él mismo explica en su artículo sobre los flamencos de París de 1930:

> Claro es que el maestro Martínez no dice estas mismas palabras. Él habla a su modo, con sus imágenes castizas plagadas de galicismos; pero a lo largo de su charla internacional, que pondría los nervios de punta a un académico, yo sé que quiere decir eso; y lo traduzco así.[23]

Juan Martínez y su mujer, Sole, «una moza de pueblo alegre y bonita como una onza de oro»,[24] constituyen una pareja entrañable. Y su historia está salpi-

21 Chaves Nogales, Manuel. *La vuelta a Europa...*, *op. cit.*, p. 248.
22 Chaves Nogales, Manuel. *El maestro Juan Martínez...*, *op. cit.*, p. 3.
23 Chaves Nogales, Manuel. *Obra periodística*, vol. II. Sevilla: Diputación de Sevilla, 2013, p. 1022.
24 Chaves Nogales, Manuel. *El maestro Juan Martínez...*, *op. cit.*, p. 3.

cada de anécdotas profundamente conmovedoras. La humanidad de Sole y Juan es una luz que ayuda a definir mejor las sombras del fanatismo y la crueldad. En esa línea, Chaves concluye el reportaje con una declaración que nos recuerda a Albert Camus y, además, contiene la clave de todo su pensamiento político: «Acaso no se deba nunca superar la medida de lo humano».[25]

Y, en efecto, en el relato del bailarín todo está contado aplicando esa medida, especialmente la barbarie. Sobre los asesinatos de la Checa de Kiev nos cuenta:

> Cada verdugo mataba a su manera, porque no había ceremonial alguno para las ejecuciones. Se trataba sencillamente de liquidar a unos cuantos millares de indeseables de la manera más rápida y cómoda [...]. En las prisiones de la Checa se moría así, sin ninguna prosopopeya, como la cosa más natural del mundo. ¿No han visto nunca cómo se mata a un pollo en la cocina? Pues así. El chequista sacaba del calabozo a su víctima y se lo llevaba a un patiezuelo cualquiera, el que más le acomodaba; desenfundaba la pistola y le decía:
>
> —Anda, desnúdate. Deja la ropa en ese rincón.
>
> Y, mientras el reo se desabrochaba las botas como un autómata y se sacaba la camisa por la cabeza, sin que se le ocurriera siquiera una protesta —¿para qué?—, el chequista encendía un cigarrillo y esperaba echando bocanadas de humo.
>
> —¿Qué? ¿Estás ya?
>
> Al llegar a este punto el reo no tenía ya fuerzas para responder. Doblaba la cabeza sobre el pecho y así, resignadamente, entraba en la eternidad de un pistoletazo.[26]

Esta escena y otros episodios de la Revolución que relata el maestro nos recuerdan a lo que años más tarde, con ocasión del juicio de Eichmann en Jerusalén, Hannah Arendt llamaría la banalidad del mal. Por ejemplo:

> Uno cree que esto de morir es más complicado y difícil. Se imagina las ejecuciones como algo terrible y solemne. No hay tal cosa. Los bolcheviques mataban, sencillamente, porque creían que había que matar, sin concederle ninguna importancia [...]. Se han contado muchas historias truculentas de la Checa. Todas pueden ser verdad. Los chequistas, en la época del terror, hicieron todo lo que se

25 *Ibid.*, p. 287. En ese mismo sentido escribiría Albert Camus años más tarde: «Némesis, diosa de la medida no de la venganza, vela por el equilibrio. Todos aquellos que trasponen el límite son implacablemente castigados por ella [...]. Rechazar el fanatismo, reconocer la propia ignorancia, los límites del mundo y del hombre, el rostro amado, la belleza, en fin, he ahí el campo donde podremos reunirnos con los griegos» (Camus, Albert. *El verano. Bodas.* Barcelona: Edhasa, 2000, pp. 25 y 29).

26 Chaves Nogales, Manuel. *El maestro Juan Martínez...*, *op. cit.*, pp. 185-186.

> les atribuye y más. Lo que no es verdad es el aparato terrorífico de que se les rodea [...]. Aquello tenía otro aire más natural, más sencillo.[27]

Martínez sabía de lo que hablaba y no necesitaba exagerar ni disimular nada, no hace proselitismo de unas u otras ideas políticas. Como buen pícaro que es, su principal afán es asegurarse su supervivencia: «Uno es artista de cabaret, y en todas partes tiene que congraciarse con los que mandan para que le dejen vivir».[28] Y en Kiev había entablado relación con Misha, el jefe de la Checa. Cuando iba al edificio a llevar localidades del circo en el que trabajaba, siempre le conseguía algún palco. Además, siempre que hacían fiestas en la sede de la Checa —hasta ese punto llegaba la frivolidad de los asesinos—, lo mandaban llamar para que actuase para ellos. Martínez dice sobre él:

> Si en el mundo ha habido un monstruo de crueldad ése era Misha, aquel mismo camarada que me abrazaba enternecido, doliéndose de que yo no estuviese alegre. Nadie diría que aquel borracho obsequioso y contemporizador, que pedía perdón ceremoniosamente a cada instante, era nada menos que el comisario de la Checa de Kiev, el hombre que diariamente asesinaba a docenas de criaturas inocentes con sólo pasar un lápiz rojo por encima de los nombres que figuraban en las listas de detenidos. Una tachadura de aquel lápiz rojo era la muerte inexorable abatiéndose sobre un desdichado.[29]

En cierta ocasión en que Misha ve al maestro taciturno, le dice que no le dé muchas vueltas a la cabeza o se volverá loco, que haga como él. Lo cual nos recuerda la renuncia a pensar o la incapacidad para hacerlo que Arendt atribuía a Eichmann.[30]

Martínez, testigo y víctima de la brutalidad

El número abrumador de asesinatos y abusos que presenció Martínez da una idea bastante clara del nivel de barbarie que se alcanzó ya desde los primeros

27 *Ibid.*, p. 186.
28 *Ibid.*, p. 14.
29 *Ibid.*, p. 178.
30 «Eichmann era un hombre inteligente, pero en este aspecto era un completo necio. Y lo escandaloso es esta necedad. A eso es a lo que me referí cuando hablé de banalidad. No hay nada profundo en ello, nada demoníaco. Se trata simplemente de negarse a imaginar lo que la otra persona siente» (Arendt, Hannah. *La última entrevista y otras conversaciones*. Barcelona: Página Indómita, 2016, p. 60).

días de la Revolución. Pero más conmovedor que el número de víctimas es el relato de los casos concretos y, especialmente, los que protagoniza el propio bailarín, con el que el lector, como es natural, pronto se siente identificado. Valga la siguiente historia como ejemplo.

Caminaban el maestro y Sole una noche de vuelta a casa unos metros por detrás de una pareja de oficiales de la misión militar francesa, cuando una patrulla de marineros (a los que Martínez considera los más crueles entre los bolcheviques) les salió al paso y les dio el alto a los franceses, pero estos no los oyeron. Ya estaban dispuestos a abatirlos cuando Martínez, sin pensarlo, dio un salto, los alcanzó y les avisó. Entonces, el jefe de la patrulla, decepcionado por no haber podido cobrar su presa, se fue hacia el maestro, revólver en mano:

> —¿Y tú quién eres? ¿Quién te mete a ti, hijo de perra, en lo que no te importa?
> Y, mientras hablaba así con las mandíbulas apretadas, se divertía dándome con la culata del revólver en los dientes.
> —Di, cochino judío, ¿quién te ha mandado meterte por medio?
> Los labios reventados y las encías saltadas me chorreaban sangre.[31]

Finalmente, un coche se saltó un control cercano y la patrulla dirigió hacia él sus disparos. El jefe le dijo a Martínez que se largara de allí mientras le disparaba el revólver a los pies. Por si no fuera poco, durante todo ese rato, un marinero con una ametralladora colgada al cuello no paraba de preguntarle al jefe si tiraba contra ellos.

> Lo de menos era haber salido con los morros hinchados y un diente saltado como salí. Aquel tío de la ametralladora colgada en el pescuezo que preguntaba a cada instante: «¿Tiro ya?» era el que me volvía loco cada vez que me acordaba de él.[32]

Asesinos rojos, asesinos blancos

En otra ocasión, después de que los blancos recuperaran Kiev, Martínez, para congraciarse con los vencedores, los guio a la sede secreta de la Checa:

> El espectáculo que se ofreció a nuestra vista cuando llegamos al patio no se me olvidará en la vida. Había en el centro un informe montón de cadáveres y miem-

31 Chaves Nogales, Manuel. *El maestro Juan Martínez...*, *op. cit.*, pp. 97-98.
32 *Ibid.*, p. 99.

> bros amputados, todo ello revuelto con barro y cascotes. Daba la impresión de que al mismo tiempo que habían ido fusilando a los prisioneros y descuartizando los cadáveres para que no pudieran ser identificados, habían estado removiendo el suelo y cavando una fosa en que enterrarlos.[33]

En un árbol del patio, Martínez ve clavada al tronco con un alfiler una fotografía de dos niños que debió de poner ahí un fusilado para que fuese lo último que viera antes de morir: «Sujetos a las tapias o caídos en el suelo encontré hasta media docena de estos retratos familiares que me angustiaron más que los mismos muertos amontonados a mis pies»,[34] confiesa el maestro.

No obstante, el maestro no se limita a contar los horrores causados por los bolcheviques, sino que, con el mismo desprecio, narra los abusos y atrocidades de los blancos, los nacionalistas ucranianos, los polacos y las bandas de asesinos que infestaban el campo de Ucrania. Explica, por ejemplo, cómo los blancos expusieron en un anfiteatro los cadáveres encontrados en las dos Checas de Kiev:

> Pero no contentos con esto, y para recargar la nota espeluznante, llevaron también los cadáveres de cuantos habían caído luchando en las calles, blancos, rojos e incluso de los judíos que ellos mismos habían asesinado y los de los bolcheviques que fusilaron aquella madrugada en su propio cuartel general. Decían, sin embargo, que todos eran víctimas de la Checa.[35]

Queda aquí patente, como en tantas otras partes del reportaje, la ecuanimidad del testimonio del maestro: «Era un balance desolador, porque no podía uno inclinarse a ningún lado con la esperanza de hallar un poco menos de ferocidad en algún platillo de la balanza. Asesinos rojos o asesinos blancos, ¿qué más daba? Todos asesinos».[36]

La picaresca como anclaje a la realidad

Como contrapunto a esa barbarie desaforada y a la grandilocuencia de los relatos políticos, las peripecias de Martínez para sobrevivir nos permiten tener siempre en mente la medida de lo humano. Un símbolo de ese contraste es cómo sorprendió la Revolución de Octubre al maestro en el cabaret Alpinskaia

33 *Ibid.*, pp. 211-212.
34 *Ibid.*, p. 213.
35 *Ibid.*, p. 215.
36 *Ibid.*, p. 216.

Rosa: el pánico general lo impulsó a huir, de modo que se encontró en la calle «vestido de corto, con chaquetilla de terciopelo y alamares. Un traje a propósito para una revolución».[37] En otra ocasión, ya en Kiev, un comisario político encargado de depurar de burgueses el Sindicato de los Artistas de Circo, tras verlo bailar, lo clasifica como contorsionista: «Aquel bárbaro me había tomado por el hombre serpiente»,[38] se lamenta Martínez, quien, con todo, celebra no haber corrido la suerte de los que fueron expulsados del sindicato y arrojados a la mayor de las miserias.

Sometidos a las restricciones que desde el principio de la revolución impusieron los bolcheviques, Sole y Juan vivían en condiciones muy penosas, sin solución a la vista: «Los cabarets fueron prohibidos a rajatabla: a los pobres artistas de cabaret la revolución nos condenaba a morir de hambre. Los comisarios no querían oír hablar de nosotros. Mientras más pronto nos muriéramos, mejor, según me dijo uno».[39] Ante esta situación, Sole toma una resolución y le dice a su marido:

> Que te dejes de monsergas y te pongas a vivir como todo el mundo. Aquí ya no somos artistas, ni españoles, ni burgueses, ni nada. Aquí no tienen derecho a comer ni a vivir más que los proletarios y los bolcheviques, y ya estamos tú y yo siendo más proletarios y más bolcheviques que nadie.[40]

Ante los planteamientos ideológicos y las luchas de poder de unos y otros, aquí nos encontramos a dos personas indiferentes a ambas cosas, cuyo único afán es vivir en paz. Esto no solo los dignifica, sino que presenta como profundamente indignos a los fanáticos que hacen la vida imposible a «la población civil, la buena gente, que no se mete en nada»,[41] como los llama Martínez.

Conclusión

Se puede caer en la tentación, no obstante, de caricaturizar a Juan Martínez. Los más clasistas podrán menospreciar el casticismo y la incultura del maestro flamenco. Sin embargo, Martínez es, junto con Sole, el personaje con mayor dignidad del reportaje-novela, en tanto que, no solo no le causa daño a nadie,

37 *Ibid.*, p. 73.
38 *Ibid.*, p. 173.
39 *Ibid.*, p. 94.
40 *Ibid.*, p. 135.
41 *Ibid.*, p. 127.

sino que ayuda a quien puede –«Hoy puedo decirlo con orgullo: jamás cayó nadie por mi culpa»—[42] y nunca sucumbe al gregarismo que impone la guerra, ni en una dirección ni en la otra. Y resulta ser, además, un observador mucho más lúcido que tantos intelectuales, mucho más cultos, pero con menor conocimiento de la naturaleza humana, que fueron a Rusia y no supieron o no quisieron ver el horror que latía bajo la utopía. Como apunta Josefina Carabias: «No creo que se haya escrito ni tal vez se escribirá ningún libro sobre ese gran tema que resulte tan conmovedor, tan objetivo y, al mismo tiempo, tan ameno y curioso».[43] La sola presencia de Martínez, hombre sencillo, pícaro de buenos sentimientos, entrega al descrédito de lo grotesco a los criminales y fanáticos de todos los signos que pueblan su relato, siguiendo así, sin saberlo, la doctrina que Bertolt Bercht propondría muchos años después: «los grandes criminales políticos deben ser abandonados, especialmente al ridículo».[44]

El relato de Martínez bien puede ajustarse también a la perspectiva de Orlando Figes:

> Aun a riesgo de parecer duro, lo cierto es que la manera más fácil de abarcar el espectro de la Revolución es señalar la manera en que desperdició vidas humanas: decenas de miles fueron asesinados por las bombas y las balas de los revolucionarios, y al menos un número igual por las represiones del régimen zarista, antes de 1917; millares murieron en las calles combatiendo ese año; centenares de miles a causa del Terror de los rojos (y un número igual del Terror de los blancos, si se cuentan las víctimas de sus pogromos contra los judíos) durante los años que siguieron; más de un millón perecieron en el curso de los combates de la guerra civil, incluyendo civiles en la retaguardia, y todavía más gente murió de hambre, de frío y de enfermedad que de todas las otras causas juntas.[45]

Sin embargo, como hemos visto, el de Martínez es un relato mucho más conmovedor que el de cualquier historiador, por cuanto, merced a la forma novelesca que le da Chaves, pone al lector en la piel de personas concretas que fueron víctimas de brutalidades lamentablemente también muy concretas. Denunciar la crueldad que provocó la Revolución y despojarla de su halo mítico con tanta eficacia es el gran mérito de los maestros Martínez y Chaves Nogales.

42 *Ibid.*, p. 181.

43 Carabias, Josefina. «Epílogo: Lo que fue de aquellos dos hombres». En Chaves Nogales, Manuel, *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas*. Madrid: Alianza, 1988, pp. 321-338.

44 Arendt, Hannah. *Lo que quiero es comprender: sobre mi vida y mi obra*. Madrid: Trotta, 2010, p. 114.

45 Figes, Orlando. *La revolución rusa (1891-1924): la tragedia de un pueblo*. Barcelona: Edhasa, 2000, p. 15.

«Los albaneses son peores que animales»: interpretaciones divergentes en Albania y en la URSS con motivo del LX aniversario de la revolución rusa*

Xavier Baró i Queralt
Universitat Internacional de Catalunya

Introducción

La conmemoración de la Revolución de 1917 se convirtió rápidamente en motivo de reflexiones, consideraciones y celebraciones en el ámbito de la naciente URSS. El propio Lenin dedicó varias páginas a la reflexión con motivo del IV y V aniversarios de la efeméride. Merece la pena anotar con brevedad algunas ideas expuestas por Lenin, ya que varias de sus reflexiones se convertirán en un verdadero *topos*, expuesto, con variaciones, hasta la llegada al poder de Gorbachov, último presidente de la URSS. Además, las aportaciones de Lenin serán siempre observadas y citadas por los ideólogos albaneses con motivo del LX aniversario de la Revolución.

A grandes rasgos, Lenin presenta la siguiente aportación sobre el tema: en un artículo publicado en *Pravda* (18 de octubre de 1921), el dirigente comunista destaca que, en su origen, la revolución perseguía un objetivo «democrático-burgués»: acabar con los residuos del Antiguo Régimen en Rusia, a saber, el fin del feudalismo, entendido como «esa barbarie, esa vergüenza, de ese enorme freno para toda la cultura y todo el progreso en nuestro país», que se manifestaba en «la monarquía, la división en estamentos, las formas de propiedad y de usufructo de la tierra, la situación de la mujer, la religión, la opresión de las nacionalidades».[1] En segundo lugar, Lenin exalta el nuevo régimen surgido tras 1917, que —a su juicio— es el máximo representante de la «democracia para los obreros y campesinos y, a la vez, significa la ruptura con la democracia burguesa y el surgimiento de un nuevo tipo de democracia, de alcance histori-

* Este trabajo se ha realizado en el marco del programa BASILEUS para el área de los Balcanes, que comportó una estancia del autor por el plazo de un mes en la Universidad de Tirana (Albania), en enero de 2016.

1 Lenin, Vladimir I. *Obras escogidas*, vol. iii. Moscú: Progreso, 1970, p. 655.

co-universal: la democracia proletaria o dictadura del proletariado».[2] Tal régimen, reconoce Lenin, no está exento de errores («en efecto, hemos tenido y tenemos aún muchos desaciertos y errores»), que justifica por el hecho de tratarse de una «obra tan nueva, nueva para toda la historia mundial, como es la de crear un tipo de régimen estatal sin precedentes».[3] La idea de la Revolución como algo nuevo, que está marcando la historia universal, se repetirá en todos los discursos conmemorativos de los sucesores de Lenin, y, por supuesto, también en la Albania socialista. En términos similares se expresaba el dirigente soviético en su aportación al IV Congreso de la Internacional Comunista, en su informe presentado el 13 de noviembre de 1922, cuando el líder se hallaba ya cercado por la enfermedad.[4] Stalin también reflexionó sobre qué supuso la Revolución, y por qué motivos pudo triunfar en Rusia. El georgiano apuntó seis motivos, que, a su vez, se vieron reflejados en la *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS* (1938), y fijó así la visión estalinista de la Revolución (y, por ende, de la historia).[5] Según Stalin, la revolución contaba con el apoyo de la la mayoría de la clase obrera rusa, de los campesinos pobres y de los soldados, y estaba liderara por un partido disciplinado como el bolchevique. Además, la burguesía rusa era «relativamente fácil de vencer», y se disponía de una importante reserva de víveres y materias primas en el interior del país.[6] A su vez, Stalin reiteró algunas de las ideas ya expuestas por Lenin: la consolidación de la URSS como primer país socialista del mundo y foco de la revolución internacional, el carácter mundial de la dictadura del proletariado, el anticolonialismo y el triunfo de las teorías de Marx en la esfera práctica de la política.[7]

Tras la muerte de Stalin, la llegada al poder de Kruschev cambió de manera notable la interpretación sobre los acontecimientos de 1917. Como es bien sabido, se cuestionaron muchas de las acciones llevadas a cabo en tiempos de Stalin,[8] especialmente la política sobre las purgas y el culto al líder. El discurso

2 *Ibid.*, p. 658.

3 *Ibid.*, p. 658.

4 *Ibid.*, pp. 734-746.

5 Comité Central del P. C. de la URSS. *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*. Pamplona: Templando el acero, 2015, pp. 232-234. Sobre la concepción estalinista de la historia, véase Enteen, George. «The Stalinist conception of Communist Party history». *Studies in Soviet Thought*, núm. 37, 1989, pp. 259-274.

6 Stalin, Iósif. *Obras escogidas.* Tirana: Instituto de Estudios Marxista-Leninistas, 1979, pp. 189-190.

7 *Ibid.*, pp. 214, 311, 313 y 315.

8 Nos referimos al sobradamente conocido «Discurso secreto». Puede consultarse en Kruschev, Nikita. *Kruschev recuerda*; introducción, comentarios y notas de Edward Crankshaw, Madrid: Santillana, 1970, pp. 567-622. Véase una valoración opuesta en Hermida, Carlos. «Cuestiones sobre Stalin».

pronunciado por Kruschev con motivo del XL aniversario de la Revolución (1957) marca, en este sentido, un verdadero punto de inflexión: se señala que los vencedores de la Segunda Guerra Mundial fueron «el pueblo soviético y sus gloriosas Fuerzas Armadas», sin citar a Stalin, a quien se le dirigen importantes críticas:

> Nuestro Partido criticó por iniciativa propia en el XX Congreso los errores de Stalin. Los criticó, en primer lugar, para enmendarlos; en segundo lugar, para que no volvieran a repetirse y, en tercer lugar, para no consentir un enfoque dogmático y libresco del marxismo-leninismo.[9]

Finalmente concluye que «Stalin ocupará en la historia el lugar que le corresponde».[10] Aun así, las relaciones con la Albania de Enver Hoxha aún se mantenían, y en los saludos protocolarios se menciona a Hoxha, entre otros líderes políticos del bloque socialista.[11] Pocos años después, la situación cambiaría radicalmente, y también la interpretación sobre los acontecimientos de 1917.

Contexto: la ruptura de las relaciones entre Albania y la URSS en 1961

Tras la ocupación por parte de la Italia de Mussolini, Albania consiguió expulsar a las tropas alemanas e italianas en 1944, y se estableció un régimen socialista encabezado por Enver Hoxha.[12] Hay que destacar que Albania se liberó

Revista Historia y Comunicación Social, núm. 10, 2005, pp. 135-156. Sobre el «Discurso secreto», merece la pena atender a las revelaciones de Medvedev, Zhores A. y Medvedev, Roy A. *El Stalin desconocido*. Barcelona: Planeta, 2006, pp. 113-129, especialmente sobre el papel desempeñado por Piotr Pospelov y Dmitri Shepílov en la elaboración del informe (p. 122), así como sobre la súbita detención de las críticas hacia Stalin entre abril y mayo de 1956, cuando *Pravda* reprodujo un artículo del periódico chino más importante, el *Diario del Pueblo*, en el que se afirmaba que eran más notables los aciertos de Stalin que sus errores, definidos como beneficiosos porque enriquecían «la experiencia histórica de la dictadura del proletariado» (p. 125). Evidentemente, en ese momento pesaron más las relaciones con la China de Mao, que por entonces eran buenas.

9 Jruschov, Nikita. *Cuarenta años de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Informe del camarada N. S. Jruschov en la sesión del Soviet Supremo de la URSS del 6 de noviembre de 1957*. Santiago de Chile: s. n., 1957, p. 32.

10 *Ibid.*, p. 33.

11 *Ibid.*, pp. 6 y 8.

12 Véanse, como contexto general, Zavalani, Tajar. *History of Albania*. Londres: Center for Albanian Studies, 2015, pp. 319-334; Vickers, Miranda. *The Albanians: a modern history*. Londres/Nueva York: I. B.Tauris, 2014, p. 155 y ss.

del yugo nazi sin la ayuda de la URSS. Según el yugoslavo Milovan Djilas, Stalin no mostraba en aquel momento un especial interés en Albania.[13] Parecía, pues, que una Albania dependiente de Yugoslavia era ya suficiente. De hecho, hasta finales de 1947 se consideró incluso la posibilidad de una federación de Estados comunistas balcánicos, que debía estar formada por Yugoslavia, Bulgaria y Albania.[14] Así, no sorprende que, en el mapa trazado por Churchill y Stalin sobre el reparto de los Balcanes, no se mencionara a Albania.[15] Sin embargo, el panorama regional empezó a cambiar de manera clara cuando Stalin censuró a la Yugoslavia de Tito. Hoxha, receloso de la creciente influencia de Tito en la zona, decidió romper relaciones con Yugoslavia, y se acercó con interés a la URSS de Stalin. Hoxha se entrevistó en cinco ocasiones, como mínimo, con el líder soviético, y se llegó a una serie de acuerdos bilaterales. La visión hoxhiana de tales encuentros se encuentra reflejada en *Con Stalin: memorias de mis encuentros con Stalin*, publicado en 1979 con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento del líder georgiano. El libro constituye un elogio claro de la figura de Stalin: «Stalin no era un tirano, ni un déspota. Él era un hombre de principios, era justo, modesto y muy cariñoso y considerado hacia el pueblo, los cuadros y con sus compañeros».[16]

No obstante, tras la muerte de Stalin (1953), y especialmente a partir del momento en que se difundió el informe de Kruschev (1956), empezaron a escucharse muchas voces críticas en referencia a Stalin. Parece ser que Hoxha admitió un exceso en el culto al líder en el III Congreso del Partido del Trabajo de Albania (1956), cuyos fragmentos fueron posteriormente suprimidos en las actas.[17] Por otra parte, el 14 de abril de 1956, Hoxha publicó en *Zëri i popullit* [«La voz del pueblo»], el artículo titulado «El marxismo-leninismo nos enseña que las masas son el motor de la historia», en el que afirmaba que Stalin había cometido algunos errores y se había acabado distanciando de las masas obreras.[18] Pero el acercamiento de Kruschev a la Yugoslavia de Tito comportó

13 Djilas, Milovan. *Conversations with Stalin*. Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1962, p. 143.

14 Ulam, Adam B. *Stalin: el hombre y su* época, vol. II. Barcelona: Noguer, 1975, p. 368.

15 Grey, Ian. *Stalin*, vol. II. Barcelona: Salvat, 1989, p. 332. También hay que tener en cuenta las complejas relaciones entre la Albania socialista y la Grecia del momento: Meta, Beqir. *Greek-Albanian Tension (1939-1949)*. Tirana: Academia de Ciencias de Albania, 2006, pp. 256-266.

16 Hoxha, Enver. *Con Stalin: memorias de mis encuentros con Stalin.* Pamplona: Templando el acero, 2016, p. 25. Esta visión contrasta radicalmente con la expuesta por autores como Pierre Broué (*Comunistas contra Stalin: masacre de una generación.* Málaga: Sepha, 2008) o Karl Schögel (*Terror y utopía. Moscú en 1937.* Barcelona: Acantilado, 2014).

17 Halliday, Jon. *The artful Albanian: The memoirs of Enver Hoxha*. Londres: Chatto and Windus, 1986, p. 96.

18 Fevziu, Blendi. *Enver Hoxha: The iron fist of Albania*. Londres/Nueva York: I. B.Tauris, 2016, p. 146.

un cambio de actitud en Hoxha, y comenzaron los recelos entre la URSS y Albania. El clima de desconfianza fue aumentando progresivamente, y la ruptura definitiva se evidenció en la cumbre de Moscú, en la que Hoxha, alineándose con la China de Mao, realizó una crítica durísima a la política revisionista de Kruschev y exaltó la figura de Stalin.[19] Según la versión oficial albanesa, «la actitud de principios, revolucionaria y decidida de Enver Hoxha salvó al Partido y al pueblo de la tragedia que preparaban los dominantes de Moscú y sus aliados».[20] Por su parte, Kruschev no dudó, años después, en definir a Albania como «el perturbador número uno de los países socialistas».[21]

A partir de ese momento se dieron por finalizados los acuerdos entre la URSS y Albania. Tal hecho comportó, por supuesto, una interpretación claramente divergente sobre la Revolución de 1917.

La revolución rusa según la interpretación soviética (y búlgara) de 1977

En 1977, la URSS se preparaba para conmemorar el LX aniversario de la Revolución.[22] Bajo el mandato de Leónidas Brézhnev se elaboró un discurso claro, concreto y preciso sobre cómo debía interpretarse la efeméride. A grandes rasgos, se mantiene el discurso argumentativo de Lenin, si bien se plantean algunas novedades, que tratan de responder al nuevo contexto en que se halla la URSS, profundamente diferente del de los tiempos de la Revolución.

Los discursos de Brézhnev sobre el tema resaltan, sobre todo, el papel de gesta heroica de los que protagonizaron esos acontecimientos, y se afirma que la Revolución resolvió problemas locales y también globales, a causa del papel iluminador como guía que tuvo para el conjunto del movimiento obrero mundial, a la vez que señalan que cada país fue encontrando su propia manera de aplicar el socialismo.

19 Véase Droz, Jacques (dir.). *Historia general del socialismo: de 1945 a nuestros días*, vol. IV, Barcelona: Destino, 1983, pp. 510-511. Según René Gallisot, «el comunismo albanés produjo el cisma, aunque no fuera él la causa, iniciando la requisitoria contra el revisionismo de Jruschov y glorificando a Stalin y a Mao. En la cumbre de Moscú de 1960, Enver Hoxha pronunció su discurso y abandonó la Conferencia Mundial de Partidos [...]. Hoxha exige la total rehabilitación de Stalin».

20 *Enver Hoxha: Vida y obra.* Tirana: Instituto de Estudios Marxista-Leninistas, 1986, p. 132.

21 Kruschev, Nikita. *Memorias: el último testamento*. Barcelona: Euros, 1975, p. 194.

22 No resulta baladí recordar el impacto mediático que había tenido, una década antes, la publicación de la obra de Svetlana Stalin *Rusia, mi padre y yo: veinte cartas a un amigo* (Barcelona: Planeta, 1967), coincidiendo con el 50.º aniversario de la Revolución.

Tales discursos son interesantes por las afirmaciones que contienen, pero también por sus silencios. Curiosamente, en el repaso histórico de los acontecimientos no aparece en una sola ocasión el nombre de Stalin, y tampoco cuando se hace referencia al papel de Lenin como teórico y aplicador de los postulados de Marx y Engels. Si bien en el ámbito interno la figura de Stalin había conocido una mínima reparación,[23] en el ámbito externo —es decir, en los discursos publicados para que se tradujeran a otros idiomas— la ausencia de referencias a Stalin es absoluta, como si no hubiera existido. De hecho, Brézhnev atribuye la victoria de la Segunda Guerra Mundial a «los soviéticos, conducidos por nuestro gran partido, [que] demostraron que son capaces del heroísmo en masa».[24]

A diferencia de los tiempos de Stalin, se destaca y valora el papel de la Yugoslavia de Tito como fiel aliada de la URSS. En el acto de entrega de la Orden de la Revolución de Octubre concedida a Tito, Brézhnev elogia los «grandes méritos personales del camarada Tito», a quien se define como «testigo de los años heroicos».[25] Se exalta también el papel mentor de Marx, Engels y Lenin, sin incluir ninguna referencia a Stalin.[26]

Por otra parte, Brézhnev no duda en criticar a China por su actitud revisionista, a la que acusa de debilitar el movimiento socialista universal, además de no mantenerse fiel a los postulados marxista-leninistas. Tal acusación, como se verá, será la misma que harán pública los ideólogos albaneses frente a la URSS de Kruschev y Brézhnev.

Por último, Brézhnev destaca que el legado de 1917 constituye una llamada a la paz universal: el socialismo y la paz son inseparables, por lo que resultan ilegítimas las críticas que se han recibido sobre el deseo de expandir el modelo socialista a otras naciones. En el mismo sentido y en ese mismo año se expresa Yuri Andrópov, que afirma categóricamente: «La Unión Soviética no piensa inmiscuirse en los asuntos de otros países, no piensa "exportar la revolución"».[27]

Apartándonos ya del marco cronológico que nos hemos marcado, parece oportuno incluir el punto de vista de Andrópov, designado ya secretario general del Comité Central del PCUS en 1982. En un discurso pronunciado con

23 García Higueras, Gabriel. *Historia y perestroika: la revisión de la historia soviética en tiempos de Gorbachov (1987-1991)*. Huelva: Universidad de Huelva, 2015, p. 59. En el *Compendio de Historia del PCUS* publicado en 1975 se revaloriza a Stalin, a quien se define como «gran organizador y teórico».

24 Brézhnev, Leonid I. *Memorias*. Madrid: Ramón Mendoza, 1979, p. 33.

25 Brézhnev, Leonid I. *Nuestro rumbo: la paz y el socialismo*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1978, pp. 132 y 137.

26 *Ibid.*, p. 135.

27 Andrópov, Yuri. *El leninismo: ciencia y arte de la creación revolucionaria*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1976, p. 26.

motivo del LX aniversario del nacimiento de la URSS, reitera una vez más que la Revolución consolidó a la URSS como gran potencia, que ha sabido resolver los problemas nacionales e identitarios y ha sabido «desprenderse de todo lo que ha envejecido, de lo que va contra las normas de la convivencia soviética, de la moral socialista, contra nuestros ideales comunistas».[28] Ya para acabar, Gorbachov, último presidente de la URSS, también manifestó su opinión sobre qué debía aprenderse de la Revolución de 1917. En el informe político del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido (1986), Gorbachov reafirmó el valor de «los alzamientos liberadores iniciados por la Gran Revolución de Octubre», que, según su opinión, «determinan la fisonomía del siglo XX».[29] En plena aplicación de la perestroika, y con motivo del LXX aniversario de 1917, el líder soviético expuso en su discurso «Octubre y la perestroika: la revolución continua» una defensa clara del legado de 1917, reiterando las ideas fuerza expuestas ya por Lenin, a la vez que criticaba a Stalin y su abuso de poder, y desaprobaba los últimos años del mandato de Brézhnev.[30]

Evidentemente, la reflexión sobre 1917 se llevó a cabo mucho más allá de Moscú. Nos ha parecido oportuno atender a las aportaciones de la Bulgaria socialista, seguramente uno de los países más dóciles y fieles respecto a Moscú. Su principal líder e ideólogo, Todor Yivkov (o Zhivkov) no dudó nunca en mantener una clara fidelidad a los postulados emitidos desde Moscú.[31] Así pues, se señala que el PCUS fue el primer partido en todo el mundo que llevó a los obreros al poder y que el socialismo de su tiempo debe combatir con igual fuerza el revisionismo (de izquierda o de derecha).[32] También se destaca que en Bulgaria prendió muy rápido la llama de la Revolución de 1917, lo que se atribuye a tres causas: la relación histórica con Rusia, la fuerza del movimiento

28 Andrópov, Yuri. *Sesenta Aniversario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1982, p. 13.

29 Gorbachov, Mijaíl. *Informe político del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1986, p. 13. En su discurso abundan las referencias a Marx y Lenin. No se menciona en ninguna ocasión a Stalin.

30 García Higueras, Gabriel. *Historia y perestroika...*, *op. cit.*, pp. 267-287. En el discurso pronunciado por Gorbachov el 8 de mayo de 1985, con motivo del XL aniversario de la «Gran Guerra Patria» (Gorbachov, Mijaíl. *Discursos y artículos selectos*. Moscú: Progreso, 1987), este funda la victoria en «la naturaleza del socialismo, en el modo de vida soviético» (p. 48), y en el «Partido, su Comité Central y el Comité Estatal de Defensa, encabezado por Iósif Stalin» (p. 52). Recordando la resistencia contra el nazismo, sí que se menciona, entre otros, al pueblo albanés, que luchó «encarnizadamente [...] contra el régimen hitleriano» (p. 53).

31 Hoxha define a Yivkov como «conocido lacayo de los revisionistas de Moscú» (Hoxha, Enver. *Albania frente a los revisionistas jruschovistas*. Tirana: 8 Nëntori, 1977, p. 8).

32 Yivkov, Todor. *Bajo la bandera del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario*. Sofía: Sofía-Press, 1976, p. 11.

obrero búlgaro (nacido gracias a Dimiter Blagoev) y la formación del Partido Marxista Búlgaro. Para Yivkov, la implantación del socialismo en Bulgaria fue la continuación natural de lo que había acontecido en Rusia en 1917,[33] por lo que no debía sorprender a nadie que la formación del «hombre nuevo» socialista no hubiera resultado difícil en Bulgaria.[34]

La revolución rusa según Hoxha y los ideólogos albaneses

Tras haber analizado el fin de las tormentosas relaciones entre la URSS de Kruschev y la Albania de Hoxha, no es de extrañar que la interpretación de la Revolución de Octubre fuera por completo diferente en la Albania de 1977. Además, hay que tener presente que en aquel momento las relaciones entre Albania y China estaban casi rotas, ya que Hoxha había condenado el revisionismo de los últimos años de Mao (sobre todo a raíz de la visita de Nixon a la capital china en 1972) y la política llevada a cabo por su sucesor. Albania afrontaba los últimos años de la década de 1970 aislada, pero guiada con mano firme por su líder, Enver Hoxha. Obviamente, tras esta contundencia ideológica debe tenerse en cuenta el contexto socioeconómico en que se hallaba el régimen de Hoxha, sitiado por la Yugoslavia de Tito y por Grecia. Además, con el paso de los años, Hoxha se había afianzado más en el poder, y sus discursos y escritos se consideraban una excelente demostración de la aplicación práctica del socialismo en el pequeño estado balcánico. Según Mehmet Shehu (1913-1981), mano derecha de Hoxha hasta su caída en 1981,

> [...] les Oeuvres du camarade Enver Hoxha représentent l'application créatrice de la vérité générale du marxisme-léninisme, des enseignements immortels de Marx, Engels, Lénine et Staline dans les conditions concrètes de l'Albanie.[35]

Dadas estas premisas, ¿qué lectura sobre la Revolución de Octubre realizaron Hoxha y los ideólogos albaneses? Según su punto de vista, la Revolución

33 Yivkov, Todor. *Unidad basada en el marxismo-leninismo*. Sofía: Sofía-Press, s. f., p. 251.

34 Yivkov, Todor. *La ciencia, gran fuerza productiva*. Sofía: Sofía-Press, 1986, p. 19. Evidentemente, tales ideas deberían contrastarse con el fin del régimen socialista en Bulgaria y la actitud del propio Yivkov, que confesó en 1990 que el «socialismo estaba muerto y era poco práctico» (Grant, Ted. *De la revolución a la contrarrevolución: un análisis marxista*. Madrid: Fundación Federico Engels, 1997, p. 323).

35 Artículo de Mehmet Shehu en *Zëri i popullit* del 19 de mayo de 1968, publicado en Hoxha, Enver. *Le socialisme en Albanie.* París: Union Générale d'Éditions, 1974, vol. I, p. xxxi.

marcó el inicio de una nueva época para Rusia y el movimiento obrero mundial, que tuvo su propio reflejo en la historia de Albania. Destaca el papel representado por Lenin y Stalin: «[Stalin] se halló siempre al lado del gran Lenin y dio una preciosa contribución en el conseguimiento de la victoria».[36] A su vez, tal y como se verá, la conmemoración de 1917 brindaba una ocasión dorada para criticar el revisionismo, al mismo tiempo que se ponía una gran esperanza en el pueblo soviético, incorrectamente dirigido por sus líderes, ya desde la época de Kruschev. Hoxha siempre exoneró al pueblo soviético de la actividad política llevada a cabo por Brézhnev:

> El gran pueblo soviético, la clase trabajadora rusa, los trabajadores de toda la Unión Soviética [...]. No permitirán jamás que la patria de la Revolución de Octubre, la patria de Lenin, de Stalin y de los soviets, vuelva a ser la Rusia de los zares y se convierta en un gendarme de la reacción mundial.[37]

En términos similares se expresaba Ramiz Alia (1925-2011), quien años más tarde sucedería a Hoxha en el poder:

> Los revisionistas, que dominan hoy en el Kremlin, han socavado la gloriosa obra del pueblo soviético, destruido las históricas victorias de la Revolución de Octubre, traicionado las enseñanzas de Lenin y Stalin sobre la edificación del socialismo, y marchan por el camino de la restauración del capitalismo.[38]

En la *Historia del Partido del Trabajo de Albania*, se destaca el papel orientador que tuvo la Revolución de 1917 para el mundo trabajador albanés, provisto ahora de un modelo que seguir:

> La influencia de la Revolución de Octubre repercutió también en Albania. Sus ideas y la política del gobierno soviético ejercieron influencia en el crecimiento del movimiento de liberación nacional, en la defensa de la integridad territorial del país y en el crecimiento del movimiento revolucionario, democrático.[39]

Así, las ulteriores revueltas de los años veinte se contemplarán siempre desde el prisma del eco revolucionario de 1917: «La revolución de junio [de

36 Alia, Ramiz. *Discurso tenido en la reunión commemorativa, organizada en ocasión del X aniversario de la muerte de J. V. Stalin*. Tirana: 8 Nëntori, 1963, p. 5.

37 Hoxha, Enver. *Discursos, conversaciones, artículos (1969-1970)*. Tirana: 8 Nëntori, 1980, p. 101.

38 Alia, Ramiz. *El leninismo, bandera de lucha y de victorias. Discurso tenido en la reunión solemne con motivo del centenario del nacimiento de V. I. Lenin*. Tirana: Naim Frashëri, 1970, p. 34.

39 *Historia del Partido del Trabajo de Albania*, tomo I. Tirana: Naim Frashëri 1971, p. 16.

1924] fue resultado del movimiento revolucionario de los pueblos que se habían despertado con la victoria de la Revolución de Octubre».[40] En cualquier caso, el 7 de noviembre de 1977, el político e ideólogo Hysni Kapo (1915-1979) pronunció un discurso titulado «Las ideas de la Revolución de Octubre son defendidas y llevadas a cabo en lucha contra el revisionismo moderno».[41] El título del discurso ofrece pistas claras sobre su contenido: vigencia absoluta de los postulados teóricos de Marx y Engels, aplicados por Lenin y Stalin, la relación implícita entre la Revolución de 1917 y la fundación del Partido Comunista (aún no denominado Partido del Trabajo de Albania) el 8 de noviembre de 1941, el modelo de 1917 como inspirador para los revolucionarios de todo el mundo, y una defensa explícita del uso de la violencia para conseguir el poder: «the use of revolutionary violence to overthrow the antipopular regimes and to establish the dictatorship of the proletariat».[42] En términos similares se expresaba Ramiz Alia: «la revolución violenta, que se puede realizar en diversas formas [...], es la más alta expresión de la lucha de clases».[43]

Pero, sin duda alguna, la mayor diferencia respecto al discurso de Brézhnev la hallamos en la cuestión del revisionismo. Para Kapo, Albania ha sabido mantenerse fiel frente a la amenaza revisionista, que se atribuye a Bujarin, Trotsky, Tito y Kruschev, e incluso llega a afirmar que en 1977 la URSS de Brézhnev es «one of the most dangerous centres of the counter-revolution in the world»,[44] a quien acusa de «cretinismo parlamentario» en una situación mundial «fraught with revolution».[45] El discurso concluye con críticas al incipiente eurocomunismo, y define al pueblo albanés como una «roca granítica unida al Partido del Trabajo».[46]

Sea como sea, no debe extrañarnos que, cuando Kruschev dejó dictadas sus memorias, afirmara taxativamente: «Los albaneses son peores que animales».[47] En cualquier caso, Hoxha murió en abril de 1985, un mes después del fallecimiento de Konstantin U. Chernenko, que a su vez había sucedido a Yuri V.

40 *Ibid.*, p. 22.

41 Kapo, Hysni. *The ideas of the October Revolution are defended and carried forward in struggle against modern revisionism.* Tirana: 8 Nëntori, 1977.

42 *Ibid.*, p. 8.

43 Alia, Ramiz. *El leninismo...*, *op. cit.*, p. 17.

44 Kapo, Hysni. *The ideas...*, *op. cit.*, pp. 16-17.

45 *Ibid.*, p. 28. Hoxha se expresa en términos similares en 1979: Hoxha, Enver. *El imperialismo y la revolución.* Tirana: 8 Nëntori, 1979, p. 157.

46 Kapo, Hysni. *The ideas...*, *op. cit.*, p. 44.

47 Kruschev, Nikita. *Memorias...*, *op. cit.*, p. 234.

Andrópov tras el largo mandato de Brézhnev.[48] Como ha afirmado Nexhmije Hoxha, esposa de Enver Hoxha, el líder albanés ya

> [...] no vivió para luchar contra Gorbachov, pero hasta sus últimos días luchó con la ejemplar determinación de un gran revolucionario marxista-leninista, denunciando abiertamente los peligros que el revisionismo moderno causaba al movimiento obrero.[49]

Sea como fuere, carece de sentido especular sobre lo que no aconteció, pero en este caso parece bastante evidente que no hubiera habido sintonía entre Mijaíl Gorbachov y Enver Hoxha. Lo que sí es indiscutible es que no hubo ninguna sintonía entre los postulados de la perestroika y las directrices de Alia, sucesor de Hoxha.[50] Hay que tener presente que, no en vano, unas décadas antes, Alia formó parte de la delegación albanesa que rompió los acuerdos de colaboración con la URSS de Kruschev,[51] y que en su intervención en el X Pleno del Comité Central del Partido del Trabajo de Albania (17 de abril de 1990), Alia había manifestado que «en Albania no ha de ocurrir nada semejante a lo sucedido en los países del Este».[52]

48 No se hallan referencias a Albania en los principales textos de Andrópov (*El leninismo: ciencia y arte de la creación revolucionaria*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1976; *Sesenta Aniversario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1982) y Chernenko (*Pensamiento y práctica: artículos e intervenciones escogidos*. Madrid: Akal, 1984).

49 http://criticamarxista-leninista.blogspot.com/2013/10/de-como-el-PTA-se-alejo-de-sus-posiciones-marxista-leninistas-Nexhmije-Hoxha.html. Merece la pena anotar que, en las extensas memorias de Gorbachov (1.417 págs.), no aparece ninguna mención a la Albania socialista (Gorbachov, Mijaíl. *Memorias*. Barcelona: Plaza y Janés, 1996).

50 Una visión de conjunto en Abrahams, Fred C. *Modern Albania: from dictatorship to democracy in Europe*. Nueva York y Londres: New York University Press, 2016, pp. 15-110.

51 Hoxha, Enver. *Los jruschovistas*. Tirana: 8 Nëntori, 1980, p. 346; Biberaj, Elez. *Albania and China: an unequal alliance*. Tirana: Albanian Institute for International Studies, 2015, p. 180. Véanse las notas 20 y 21.

52 Alia, Ramiz. *La democratización de la vida económica y social vigoriza el pensamiento y la acción del pueblo. Intervención en el X Pleno del CC del PTA*. Tirana: 8 Nëntori, 1990, p. 31.

Declive y fin de la utopía socialista: *La casa Rusia* (1990) de Fred Schepisi

Igor Barrenetxea Marañón
Universidad del País Vasco

> Parece irreal, pero la historia soviética está repleta de mitos y fraudes, denominaciones erróneas y delirios.
>
> Moshe Lewin, *El siglo soviético*[1]

Introducción

No hay duda de que el cine es una de las representaciones más importantes con las que contamos. En ocasiones es testigo de una época, otras veces busca entender o representar una sociedad cambiante e, incluso, sin saberlo, va más lejos y radiografía una serie de valores, ideologías o modos de vida que nos influyen o que nos ofrecen una mirada sobre tales hechos, es decir, que constituyen un imaginario.[2]

En ese sentido, el filme *La casa Rusia*, inspirado en la novela del afamado escritor John Le Carré,[3] retrata no solo el proceso de apertura que iba a traer consigo la *glasnost*, impulsada por Gorbachov en la URSS a partir de 1985, sino que también nos permite echar una mirada al interior de Rusia, a las transformaciones que se habían producido a raíz de la Revolución de 1917.

Gracias a esta apertura, la película se pudo rodar en los escenarios reales, tras unas cuantas décadas de hermetismo. Aunque hay que señalar que la visión que ofrece de Rusia es la occidental, y desde el punto de vista de la obra de Le Carré, aun así, no deja de tener relevancia, puesto que registra algunos de los elementos comunes propios de la herencia dejada tras de sí por la Revolución, registros únicos, como me encargaré de analizar.

1 Lewin, Moshe. *El siglo soviético*. Barcelona: Crítica, 2017, p. 434.

2 Rosenstone, Robert A. *La historia en el cine*. Madrid: Rialp, 2014.

3 John Le Carré, cuyo verdadero nombre es David John Moore Cornwell, nació en Inglaterra (1931). Fue profesor en la Universidad de Eton, perteneció al cuerpo diplomático inglés y fue agente al servicio del MI6. Pero, sobre todo, ha tenido una prolífica carrera como novelista, cuyo eje argumental es el tema de espías ambientado en la guerra fría, con obras como *El espía que surgió del frío* (1963), *El topo* (1974), *El espía perfecto* (1986) o *La casa Rusia* (1989), entre otras, algunas de las cuales se adaptaron a la gran pantalla.

La Revolución de Octubre de 1917 no solo alteró el rumbo de la historia del imperio zarista, sino que también influyó en el conjunto de la historia contemporánea.[4] El modo en que se instauró el ideal comunista, el proceso de transformación que se daría a partir de Stalin (con el impulso industrial y modernizador), la victoria frente al Tercer Reich (a la que aludirá el filme) y, sobre todo, el antagonismo que surgiría entre el modelo occidental y el modelo comunista desembocaron en un período conocido como guerra fría (1946-1991).[5] Pero su final desvela no solo logros, sino también fracasos, ideales frustrados y, ante todo, intereses que repercuten en la frágil vida de las personas.

La guerra fría y el cine

La casa Rusia hay que contextualizarla de forma conveniente en este marco final de la guerra fría en el que la rivalidad y las obsesiones de la URSS y EE.UU. ante el temor a un ataque por sorpresa derivaron en una desenfrenada carrera armamentista.

La sangrienta y destructiva victoria sobre el Tercer Reich y Japón, en 1945, y los acuerdos alcanzados en las conferencias de Potsdam y Yalta entre las potencias vencedoras no trajeron, como se podía haber pensado, paz, entendimiento y desarrollo, tal y como pretendía el nuevo organismo creado para tal fin, la ONU (Organización de las Naciones Unidos), sino un nuevo equilibrio internacional lleno de tensiones.

EE.UU. había abandonado su tradicional aislacionismo y se había convertido en una superpotencia que buscaba que no se pudieran dar unas nuevas condiciones de enfrentamiento. La URSS, una vez roto su aislamiento internacional, trataba de desarrollar una cobertura defensiva expandiendo su modelo comunista a otros países, principalmente en Europa del Este. Coincidiendo con ello, los imperios europeos salieron muy debilitados de la Segunda Guerra Mundial, lo que trajo consigo los nuevos procesos de descolonización en Asia y África, los cuales, unidos a la pugna ideológica, hicieron que los problemas se mundializaran.

4 Entre la ingente bibliografía, cabría destacar: Figes, Orlando. *La revolución rusa (1891-1921)*. Madrid: Edhasa, 2000; Pipes, Richard. *La revolución rusa*. Barcelona: Debate, 2016; y Veiga, Francisco; Martín, Pablo y Sánchez Monroe, Juan. *Entre dos octubres*. Madrid: Alianza, 2017.

5 Leffler, Melvyn P. *La guerra después de la guerra*. Barcelona: Crítica, 2008; Zubok, M. Vladislav. *Un imperio fallido*. Barcelona: Crítica, 2008; Fontana, Josep. *Por el bien del imperio*. Barcelona: Círculo de Lectores, 2011; Powaski, Ronald E. *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona: Crítica, 2015; y Judt, Tony. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus, 2016.

De este modo, los conflictos que se iban a generar en las décadas siguientes en Corea, Vietnam y Cuba, o la serie de procesos revolucionarios impulsados tanto en Latinoamérica como en África, determinaron las políticas exteriores de ambos países, que buscaron imponer su modelo frente al otro y, si bien se dieron momentos de coexistencia pacífica, no se perdió esa mutua desconfianza.[6]

La Revolución había supuesto un cambio fundamental en la historia de Rusia. Los bolcheviques tomaron el Palacio de Invierno y pusieron fin a la autocracia zarista. Y tras una sangrienta guerra civil se acabaron imponiendo a los ejércitos europeos y blancos. El país experimentó en esos años una transformación que vino a acelerarse de forma exponencial con las políticas industriales de Stalin en los años treinta. Se convirtió en una potencia militar de primer orden para 1941, lo que, entre otras cosas, le permitió enfrentarse a la Alemania de Hitler y derrotarla. Sin embargo, el precio pagado en vidas también fue muy elevado.

Stalin sustituyó una autocracia zarista hereditaria por una autocracia del proletariado. Las purgas, la represión y sus inhumanas políticas económicas fueron rasgos muy característicos de su régimen, en el que se crearon los tristemente célebres gulags.[7] Se estableció un sistema muy hermético, al que se denominó telón de acero, con un aparato represivo que controlaba rígida y cruelmente la forma de pensar y actuar de sus ciudadanos. Esto trajo consigo, muy pronto, un cine, desde el punto de vista occidental, vinculado a la visión que se tenía del comunismo.

Había miedo, temor, desconfianza y, sobre todo, se afianzó un maniqueísmo en el que se temía la expansión del comunismo y su infiltración en la sociedad europea como si fuese una enfermedad maléfica.

Y, en especial, en el cine de EE.UU. se enfatizó la directriz de que «las películas debían ocuparse de temas en que quedase claro [clara] la contraposición entre el bien y el mal, mostrar guerras glorificadas del patriotismo, epopeyas bíblicas, comedias románticas con muy poco sexo, y nada de trabajadores ni de mujeres contestatarias».[8] Por supuesto, el mal eran los comunistas.

Así surgieron películas con títulos tan emblemáticos como *El telón de acero* (1948), de William A. Wellman; *La invasión de los ladrones de cuerpos* (1956), de Donald Siegel; *El mensajero del miedo* (1962) y *Siete días de mayo* (1964), de John Frankenheimer, y *El espía que surgió del frío* (1965), de Martin Ritt, que

6 Burleigh, Michael. *Pequeñas guerras, lugares remotos. Insurrección global y la génesis del mundo moderno*. Madrid: Taurus, 2014.

7 Aplebaum, Anne. *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*. Madrid: Debate, 2004.

8 Fontana, Josep. *Por el bien...*, *op. cit.*, p. 132.

alertaban de una posible «infiltración» comunista. No obstante, eso no evitó que se produjeran comedias críticas como *Uno, dos, tres* (1961), de Billy Wilder, o *¡Que vienen los rusos!* (1966), de Norman Jewison. Pero los elementos que iban a contribuir a este miedo social serían las armas nucleares y sus devastadoras consecuencias, algo que ya se había comprobado en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki. Ello se vería en películas como la parábola crítica *Punto límite* (1964), de Sidney Lumet; la genial parodia *¿Teléfono rojo?, Volamos hacia Moscú* (1964), de Stanley Kubrick; *Estado de alarma* (1965), de James Harris; *Cortina rasgada* (1966), de Alfred Hitchcock; la juvenil *Juegos de guerra* (1983), de John Badham, y *El día después* (1983), de Nicholas Meyer, que mostraría los efectos de la radiactividad. O bien *Firefox: el arma definitiva* (1982), de Clint Eastwood, y *La caza del Octubre Rojo* (1990), de John McTiernan, en la que se subrayan las intenciones agresivas de la URSS. Aun así, también se produjeron largometrajes críticos con la CIA, como *Scorpio* (1973), de Michael Winner, y *Los tres días del cóndor* (1975), de Sidney Polack, o la más reciente *El buen pastor* (2006), de Robert De Niro. No pretendo ser exhaustivo, pero no podemos olvidar otra serie de largometrajes anticomunistas y propagandísticos como la saga de *Rambo* (principalmente, la II y la III).[9]

El cine constituyó, así, un complemento a esta visión del cerrado bloque del Este, en un mundo de espías, lleno de recelos y prejuicios.

Juego de espías[10]

Aun siguiendo las estrategias narrativas de la novela de espías, la adaptación a la gran pantalla de *La casa Rusia* es algo más. El protagonista es, esta vez, un veterano y fracasado editor inglés, Bartholomew Scott Blair, Barley (Sean Connery), amante del jazz, a quien conducen a las oficinas del MI6 en Lisboa, para ser interrogado sobre un manuscrito de una tal Yekaterina Orlova, Katya

9 Montes de Oca T., Antonio. *La pesadilla roja: cine anticomunista norteamericano 1946-1954*. San Sebastián: Festival de San Sebastián, 1996; Stonor Saunders, Frances. *La Guerra Fría y la guerra fría cultural*. Barcelona: Debate, 2001; Pérez i Torío, Xavier. *Películas claves del cine de espías*. Barcelona: Ma Non Troppo, D. L., 2010; Aresté, José María. «La Guerra Fría caldea las películas». *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 152, 2015, pp. 194-206; y Vidal Pelaz López, José. «La Guerra Fría: el cine y la batalla de los espías». En Velasco Molpeceres, María y Reguero Sanz (dirs.), *La historia a través de los mass media: prensa, cine y moda (siglos xx y xxi)*. Madrid: Creaciones Vicent Gabrielle, 2016, pp. 47-57.

10 Ficha técnica de *La casa Rusia*. EE.UU., 1990. Dirección: Fred Schepisi. Guion: Tom Stoppard. Fotografía: Ian Baker. Música: Jerry Goldsmith. Reparto: Michelle Pfeiffer, Sean Connery, Roy Scheider, James Fox, John Mahoney, Klaus Maria Brandauer y Michael Kitchen. Duración: 123 min.

(Michelle Pfeiffer), que pretendía hacerle llegar en la audioferia de Moscú. Al no encontrarlo, se lo dio a un conocido suyo, otro editor, Niki Landau, el cual, tras apreciar el valor de su contenido, se lo pasó a los servicios de inteligencia británicos. La importancia del manuscrito (compuesto por tres cuadernos) es inesperada: informa, ni más ni menos, sobre la capacidad nuclear soviética.

Ahora bien, en este marco, nadie sabe quién es Katya, que bien puede ser un engaño de los servicios de inteligencia soviéticos, ni quién es el autor del manuscrito ni si es digno de ser tenido en cuenta. A pesar de que el filme se ambienta en plena perestroika (1989), la desconfianza nacida de los años de la guerra fría es total. Barley cree saber de quién procede. En una de sus frecuentes visitas a la URSS, en Peredelkino, un centro para escritores, ha conocido a un misterioso hombre con el sobrenombre de Dante (Klaus Maria Brandauer). Este, atraído por las ideas rebeldes de Barley, le pide que actúe como un hombre honesto a la vez que él traiciona a su país... Pero Barley no se toma en serio a Dante, hasta que un buen día aparece Katya con los mencionados cuadernos.

El interés por parte de los servicios secretos occidentales es enorme. Así que Barley regresa a Moscú para encontrarse con Katya, a instancias del MI6, a fin de corroborar la autenticidad de los cuadernos y conocer la identidad del autor. Este es Yakov, un afamado científico soviético. Sabiendo el filón que tienen, el responsable del MI6 en asuntos soviéticos, Ned (James Fox), contacta con el responsable de la CIA, Russell (Roy Scheider), para que los ayude con la operación. Barley, por tanto, se convierte en la pieza central de este juego. Es el único consciente de la suerte que correrá Katya y su familia (un tío y los hijos de ella), en el caso de que se descubra la traición de Dante.

La gran mentira o la loca carrera armamentista

La compleja construcción visual, en la que abundan los *flashbacks*, los elementos narrativos paralelos y un sugestivo secretismo (compartido con la novela) que hace que no todos los personajes aparezcan bien definidos (lo que no gustó a parte de la crítica)[11] y que refuerza aún más esa realidad oscurantista, porta dos claves esenciales: la denuncia de la carrera armamentista y las realidades y ficciones de la revolución rusa.

En este apartado me centraré en el primer punto: *la gran mentira*.

11 Hinson, Hal. «The Russia House». *Washington Post*, 21 de diciembre de 1990; Canby, Vicent. «Sean Connery in "The Russia House"». *The New York Times*, 19 de diciembre de 1990.

Aunque en la novela se enfatiza menos, en el largometraje se recogen con más fuerza las idiosincrasias generadas por la pugna por ganar la carrera armamentista. Esto se refleja de forma muy nítida en la escena en la que Barley conoce a Dante, en Peredelkino, y pasean por los alrededores del mítico cementerio de Novodévichi, a las afueras de Moscú. El personaje de Barley es perfilado como un maduro bohemio, librepensador y sin prejuicios ideológicos. En la dacha, animados por el alcohol y la confianza, y delante de otros escritores rusos, el editor expresará sus firmes y originales convicciones contra la guerra fría:

> Si existe alguna esperanza es la de que todos traicionemos a nuestros países. Tenemos que salvarnos los unos a los otros. Porque las víctimas son todas iguales. Y nadie es más igual que otro. Nuestro deber común es comenzar la avalancha.

El misterioso Dante es uno de los invitados; aún no sabemos quién es hasta más tarde, cuando se le acerca tras su alocución. Y a solas le hablará por primera vez y le revelará su teoría de la «gran mentira», que sintetiza de forma muy simbólica en una frase: «El caballero soviético se muere dentro de su armadura».

De esta forma, la historia adquiere una doble perspectiva. A través de los cuadernos, se denuncia la incapacidad militar soviética y, al mismo tiempo, esta revelación deja al descubierto los intereses creados de EE.UU. Como señalará en el filme Russell, el responsable de la CIA, si el temible poderío nuclear soviético no es real: «¿Cómo se puede mantener la carrera de armamentos si el único gilipollas contra el que puedes actuar eres tú mismo?». En otra escena posterior, junto a los agentes Ned y Clive, del MI6, será mucho más claro y revelador: «Si el esfuerzo militar soviético está en punto muerto, el norteamericano lo estará también».

De esta forma, la trama desmitifica las dos grandes ideologías, comunismo y capitalismo, para mostrar que solo es un cúmulo de intereses creados, cuyo afán no es la justicia ni la dignidad humana, sino tener una posición de fuerza frente al otro. Las mentiras de unos se contraponen a las de los otros.

Es verdad que en EE.UU. los grupos conservadores y el complejo industrial (los «clientes» a los que alude Russell) tendieron a «magnificar la capacidad militar del enemigo»[12] con el fin de que el presupuesto militar del Congreso fuera lo más elevado posible. William J. Casey, director de la CIA durante la presidencia de Reagan, confesó a inicios de los años ochenta que «la propagan-

12 Fontana, Josep. *Por el bien...*, *op. cit.*, p. 88.

da a favor de la victoria en la guerra fría requería exagerar la amenaza soviética con el fin de obtener mayores partidas presupuestarias destinadas a la defensa».[13]

Tal y como se deja ver en el filme, la CIA, a pesar de todos los informes y datos que podía obtener de la URSS, no acertó en la evaluación de los puntos fuertes de su contrincante, pues «no tenía ni la menor idea de hacia dónde se dirigía el país».[14] Nadie podía prever que la URSS vería su fin, pero esta perspectiva del «enemigo amenazante» reforzaba a los sectores conservadores.

Al mismo tiempo, no dejaba de ser verdad que en la hermética URSS se ocultaban sus propios problemas. Por ejemplo, frente a la apuesta por la calidad de su homólogo norteamericano, con el que no podían competir tecnológicamente de igual a igual, se apostó por disponer de la mayor cantidad de arsenal nuclear posible, a costa, incluso, de sacrificar y descuidar la seguridad de sus propios ciudadanos. Los ejemplos son claros. El 26 de abril de 1986 explotaba un reactor nuclear en la central de Chernóbil, cuyas consecuencias fueron desastrosas para la propia Europa.

Y, del mismo modo, otro hecho muy revelador respecto a su capacidad militar fue que, por ejemplo, en mayo de 1987, un joven alemán aterrizara con una pequeña aeronave nada menos que en plena Plaza Roja de Moscú, algo que llenó de vergüenza a los responsables soviéticos de defensa.[15] O, como explica de manera muy gráfica Lewin: «el auge y caída del sistema soviético quedó perfectamente representado en el destino de la estación espacial Mir».[16]

La película (como la novela) no recogerá los cambios de las relaciones entre ambos países que se habían ido dando durante los mandatos de Reagan y Gorbachov, porque no es ese su propósito. El compromiso de Gorbachov de reducir la carrera armamentista, que lastraba una débil economía soviética, chocaría de frente con el programa conocido como la Guerra de las Galaxias[17] del presidente norteamericano, que, además, ponía en evidencia el atraso tecnológico soviético.

La tensión se había rebajado, aunque eso no significaba necesariamente que los servicios de inteligencia bajaran la guarda. Para la CIA, el MI6 y el KGB, la guerra fría todavía no había llegado a su fin, y desconfiaban por completo de las intenciones del otro bando.

13 Jeffreys-Jones, Rhodri. *Historia de los servicios secretos norteamericanos*. Barcelona: Paidós, 2004, p. 294.

14 Lewin, Moshe. *El siglo...*, *op. cit.*, p. 12.

15 Taibo, Carlos. *La explosión soviética*. Madrid: Espasa, 2000, p. 68.

16 Lewin, Moshe. *El siglo...*, *op. cit.*, p. 467.

17 Fontana, Josep. *Por el bien...*, *op. cit.*, pp. 619-620. En realidad, su nombre era Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE).

Las actitudes de los distintos personajes de la trama muestran perfectamente las décadas de desconfianza, miedo, engaños y temores hacia «el otro», como evidencian las reacciones de Ned, Russell, el militar Quinn y los otros agentes, que anhelan conocer los secretos militares soviéticos y evitar «traiciones» que pongan en riesgo su seguridad. De ahí que necesiten controlar a Barley o le exijan pasar por el polígrafo, para valorar su fiabilidad como agente.[18] Sus recelos, además, revelan que su interés no es tanto para salvaguardar vidas o actuar de una forma noble y digna, sino para ganar a cualquier precio, sin mostrar ni una pizca de sensibilidad humana por la suerte de Dante, Katya y su familia. Ambos bandos mienten y engañan, aunque de manera diferente: esa es la tesis del filme. Los soviéticos para mantener su prestigio, a costa de los enormes sacrificios de la población y negando la verdad, y los occidentales para complacer a esos intereses creados que han constituido los pilares mismos de la carrera armamentista.

En suma, la «gran mentira» no solo afecta a la URSS, como afirma Dante, sino también, en una acertada crítica, al propio EE.UU. La carrera armamentista se presenta como un lucrativo negocio, incluso para aquellos que parecen luchar patrióticamente por ganar esta batalla. Pues no deja de ser cierto que la mayoría de los espías de esta época se vieron motivados por razones, más que políticas, económicas.[19] Dante, Barley o Katya son la excepción, ajenos a las idiosincrasias nacionales; de ahí que su destino sea más incierto y, al mismo tiempo, sean la metáfora de la suerte de tantas personas que acabaron sufriendo y padeciendo, silenciosamente, este paroxismo atómico.

Realidades y ficciones de la Revolución

Mientras que, en la parte más visible del filme, se hace un retrato agrio y terso de la guerra fría, en otro aspecto, la trama manifiesta otros matices de relevancia sobre la sociedad surgida de la Revolución. Cierto es que se trata de una sociedad imperfecta, afectada por una serie de elementos negativos que caracterizan el sistema autocrático soviético, pero, a la vez, estos revelan «otra» Rusia

18 Frattini, Eric. *MI6*. Madrid: Edaf, 2007, pp. 11-15. El MI6 cosechó sus propios éxitos, como cuando logró que el coronel Oleg Penkovsky se pasara a su bando e indicara los emplazamientos de misiles soviéticos e, incluso, facilitara un manual de cohetes. Aunque también tuvo sus reveses, el KGB consiguió que el agente traidor George Blake les revelara la existencia del llamado «Túnel de Berlín», por el que la CIA y el MI6 captaban las comunicaciones de Moscú con sus unidades militares en Alemania.

19 Fontana, Josep. *Por el bien...*, *op. cit.*, p. 104; Jeffreys-Jones, Rhodri. *Historia de...*, *op. cit.*, p. 32.

más moderna y más intelectual que presenta su faz más humana, frente a los modelos maniqueos impostados por el cine de propaganda de las décadas anteriores.

Los rusos son gente normal y corriente, críticos con su sistema (como Dante o Katya), pero también cercanos y humanos, que disfrutan del jazz (como los amigos escritores de Barley), del buen whisky y de la franqueza (como el editor ruso Yuri, con el que Barley tiene tanta confianza). Y, ante todo, poseen una rica historia cultural de la que el filme se hace eco. El hecho de que la sociedad comunista no se hubiese quebrado todavía con el fin de la URSS subraya este interés por valorar los escenarios donde se rodó. Nos permite ver Moscú y Leningrado (San Petersburgo) tal y como eran en los años ochenta, si bien con una población seriamente afectada por el pasado, donde «el miedo que inspiraba la represión de Stalin, aunque nadie hablara realmente del asunto, se cernía todavía como un velo mortuorio [...]»,[20] lo cual impedía que la *glasnost* se interiorizara de forma plena. Así, Dante le referirá a Barley cómo «unos hombres grises» (KGB, política secreta) arrestaron a su padre. Y no hay más que ver las lecciones que recibe Barley cuando se convierte en espía al servicio del MI6, pues se ve obligado a tener cuidado con sus contactos, con quién habla y dónde (en el hotel, en un restaurante o en un campanario), ya que hay escuchas por todas partes. Se trata de una sociedad vigilada desde dentro, sin libertad para opinar.

Pero eso no evita considerar que, en el seno de la URSS, también existía un grupo social relevante con pensamientos diversos: la *intelligentsia*. Surgida en los años sesenta, se iba a convertir, dentro de la rigidez del sistema, en una voz crítica contra el patriotismo exacerbado y el militarismo, e impulsaría —aun de manera tímida— nuevas formas de literatura y cine. Porque, a pesar del temor al KGB, también se daban nuevas «tendencias políticas e ideológicas en la URSS», aunque «no se organizaran ni pretendieran derrocar al régimen».[21] La escena en la dacha, donde Barley es el invitado de honor y lanza su mensaje pacifista, ilustra este hecho, tanto como los personajes de Dante o Katya, que encarnan esa «otra forma de pensar», más abierta y crítica con el sistema.

También hay un homenaje a la cultura rusa: el lugar donde transcurre el encuentro entre Dante y Barley, el mítico cementerio Novodévichi, las referencias literarias a autores rusos como Boris Pasternak,[22] la conversación entre

20 Judt, Tony. *Postguerra...*, *op. cit.*, p. 830.

21 Lewin, Moshe. *El siglo...*, *op. cit.*, p. 406.

22 Fontana, Josep. *Por el bien...*, *op. cit.*, p. 243. Boris Pasternak sufrió la presión del régimen soviético. Su gran novela, *Doctor Zhivago* (1955), no pudo ver la luz en Rusia hasta treinta años más tarde.

Katya y Barley en lo alto de un campanario, que muestra la importancia de la religión ortodoxa en la cultura rusa, las imágenes del Kremlin, la catedral de San Basilio, el histórico centro comercial el GUM, la populosa calle Gorki, el monasterio de Kolomenskoye, en Moscú, el Hermitage y el parque de verano de los zares, la fortaleza de San Pedro y San Pablo, junto al río Neva en Leningrado, entre otros, son detalles dignos de elogio, porque en el cine cobran un simbolismo mayor para mostrarnos esa Rusia europea.

Así pues, uno de los actos simbólicos de la nueva postura de Gorbachov más importantes de cara al exterior fue, en diciembre de 1989, la visita a la Santa Sede, tras haber permitido la libertad de culto y de reunión en la URSS.

Pero del tradicionalismo pasamos a la modernidad que trajo consigo la revolución, y que se muestra en el propio personaje de Dante, a quien se presenta como un brillante estudiante de ciencias, producto de un país que invirtió mucho en la educación, y que encarna el enorme progreso de una sociedad como la rusa, que era eminentemente atrasada. Porque «el desarrollo social soviético fue considerable y profundo»,[23] puesto que se quiso «demostrar que el modelo soviético era capaz de generar una sociedad feliz de individuos creativos sumamente cultos e instruidos».[24] Sin embargo, hay dos elementos que explican, en parte, por qué el modelo fracasó. Por un lado, su incapacidad de apertura, que se ilustra cuando Katya se refiere a la decepción de Dante tras la Primavera de Praga,[25] en 1968. «La invasión acabó con todas las ilusiones socialistas que pudieran albergar los elementos no estalinistas de clases instruidas de Moscú, Leningrado y otros centros culturales de Rusia».[26] Y el otro gran factor tiene que ver con la alusión que hace Katya de que Dante regresará al ejército, a la vez que le explica a Barley cómo lo sedujeron con privilegios para poder investigar.

Es verdad que los científicos y los catedráticos universitarios fueron una «casta de privilegiados».[27] De hecho, el sector militar gozaba de prioridad sobre el sector civil, y eso fue, sin duda, un lastre enorme para el desarrollo pleno de la sociedad civil soviética.[28]

Los encuentros con Katya, en Moscú, o bien con Dante, en Leningrado, cuna de la Revolución, nos permiten visitar lugares emblemáticos, como la

23 Lewin, Moshe. *El siglo...*, *op. cit.*, p. 387.

24 Zubok, M. Vladislav. *Un imperio...*, *op. cit.*, p. 246.

25 Judt, Tony. *Postguerra...*, *op. cit.*, pp. 641-651. Los checos quisieron formular una tercera vía entre el comunismo y el capitalismo, que venía a ser un socialismo democrático.

26 Zubok, M. Vladislav. *Un imperio...*, *op. cit.*, p. 314.

27 *Ibid.*, p. 250.

28 Taibo, Carlos. *La explosión...*, *op. cit.*, pp. 42-43.

Plaza Roja, el Kremlin, la hermosa estación del metro de Moscú de Kíyevskaya, distintos parques y, finalmente, la Plaza del Palacio (o de la Revolución), donde Dante homenajea los emblemáticos hechos contándole a Barley cómo se inició la Revolución con los primeros cañonazos del acorazado *Aurora*.

Pero, al mismo tiempo, siguiendo el espíritu de la película, el mismo Dante señalará que unos acordes de jazz en ese instante no hubiesen estado mal; en Europa del Este el jazz encarnaba un valor entre «exótico y subversivo».[29] Estas palabras representan, sutilmente, un hermanamiento cultural inusitado que va más allá de las historias patrióticas o de las discusiones ideológicas sobre qué sistema es mejor. El filme no reniega de la Revolución como historia pasada, sino de aquello en que se ha convertido, en tanto que sistema opresivo que niega las libertades de sus ciudadanos y, por supuesto, la verdad.

De hecho, se enfatizarán algunos otros elementos positivos compartidos de cultura y de historia para mostrar la cercanía entre Rusia, Europa y Estados Unidos, como cuando el tío Matvey, que vive con Katya, expresa su gusto por los escritores anglosajones como Raymond Chandler, Dorothy Sayers, Conan Doyle, o cuando habla sobre la dureza del cerco de la ciudad de Leningrado entre 1941-1944, una guerra en la que, después de todo, lucharon y vencieron como aliados.

La mayoría de los lugares que se muestran en la trama contienen una historia y una belleza singulares, pero también reflejan la nueva sociedad, los hitos de la Revolución y los nuevos edificios —más fríos y austeros— surgidos del desarrollo económico soviético (como el hotel Ukrania, donde se hospeda Barley). No obstante, eso no evita presentar otros aspectos menos bucólicos de la realidad social soviética (aparte de los ya mencionados), muy alejada de la utopía socialista.

Después de todo, Katya está divorciada, y ella misma señala el alto porcentaje de matrimonios rotos, lo que, en cierto modo, equipara la sociedad norteamericana con la soviética. O cuando le pide a Barley que la acompañe a los grandes almacenes, porque ese día llega una remesa de zapatos, y comenta: «Hemos conquistado el derecho a protestar, la *glasnost* nos ha dado a todos el derecho a acusar y a quejarnos, pero no sirve para que haya más zapatos». Y, para subrayar la corrupción del sistema y del extenso mercado negro, explica que ahora deben de «robar otros». De ahí la escasez de bienes de consumo (luego, con el tiempo empeorará todavía más).[30] Y se vuelve a incidir en ello cuando, en una de las citas con Dante, un joven se le acerca a Barley y le ofre-

29 Judt, Tony. *Postguerra...*, *op. cit.*, nota de p. 511.
30 Lewin, Moshe. *El siglo...*, *op. cit.*, p. 399.

ce toda clase de productos para comprar de forma ilegal, por supuesto. Rusia no deja de aparecer como una sociedad de contrastes, con sus glorias pasadas y sus incertidumbres presentes. Pero no muy alejada, después de todo, de las sociedades occidentales, salvo por el rígido control social impuesto.

Conclusión

Curiosamente, aunque Le Carré falló en su diagnóstico principal sobre el devenir de la carrera armamentista, debido al fin de la URSS, la trama se adelantó unos cuantos años a la idea de traicionar al propio país para desvelar la verdad. Pensemos en WikiLeaks —WikiFiltraciones—, cuya labor comenzó en 2006, que publica noticias sensibles a la opinión pública y que los gobiernos o diversas instituciones pretenden ocultar, en la que han colaborado matemáticos, científicos o tecnólogos de empresas, no muy alejados de la idea de Barley. Asimismo, el largometraje, con su complejidad, recoge y sintetiza muy bien algunas de las claves más singulares de la guerra fría; nos desvela ese juego sostenido por los servicios de inteligencia para conocer las debilidades del enemigo, la mutua desconfianza, la utilización de las personas como meros peones —pues eso es lo que son Barley, Dante, y Katya y su familia—, sin importarles su suerte, salvo por la información que sean capaces de trasmitirles.

La trama desmitifica la sucia guerra sostenida por Occidente. Pero, al mismo tiempo, nos asoma a una sociedad rusa más cercana, más real y que se asemeja mucho a la nuestra, nacida de las cenizas de la Revolución, constituida por hombres y mujeres de carne y hueso que buscan no tanto romper con el pasado, sino con los poderes que han mantenido a la sociedad sometida a sus dictados, a sus mentiras y a sus tiranías ideológicas todavía presentes.

Las mujeres en la revolución rusa

Soledad Bengoechea
María Cruz Santos[1]

La emancipación de los siervos en la Rusia de 1861 tuvo entre sus consecuencias facilitar el acceso de las mujeres a la formación superior y al conocimiento de las teorías marxistas, al tiempo que les permitió participar en movimientos revolucionarios como *Zemlyá i Volya* [«Tierra y Libertad»] o *Narodnaya Volya* [«Voluntad Popular»], que consideraban el *mir*[2] consustancial a la existencia de Rusia, algo que era compartido por los conservadores. A *Narodnaya Volya* pertenecía Vera Zasulich, quien desde Zúrich escribía a Marx en 1881 preguntándole su opinión sobre la comuna rural, a lo que el «viejo barbudo» respondía que podía ser una base para el socialismo si se retiraba la presión económica que sufría, en especial las tasas.[3] Zasulich no era un caso excepcional. Las mujeres participaron de forma activa en los grupos y partidos políticos que se formaron en el último tercio del siglo XIX, también en los de ideología marxista. Nadezhda Krupskaya, más conocida por su condición de mujer de Lenin, fue miembro de primera hora del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), al que se afilió incluso antes que su marido. Otra gran figura feminista fue Alexandra Kollontai.[4] Una inquietud común a todas estas activistas era movilizar y educar a las obreras.

La mayoría de las afiliadas a estos grupos pertenecían a las clases acomodadas, pero el final de siglo trajo también el aumento de mujeres que llegaban a las ciudades en busca de trabajo. Muchas lo encontraban en la industria, especialmente la textil, y en la fábrica entraban en contacto con las activistas; algunas asistían a clases nocturnas que militantes como Kruspskaya organizaban y,

1 Doctoras en Historia.

2 El *mir* hace referencia a la comuna campesina rusa, cuyas tierras eran poseídas y trabajadas en común.

3 McDermid, J. y Hillyar, A. *Midwives of the Revolution: female Bolsheviks and woman workers in 1917*. Londres: UCL Press, 1999, p. 28.

4 Ferrer Valero, Sandra. «El feminismo socialista, Aleksandra Kollontái (1872-1952)», 8 de diciembre de 2011; www.mujeresenlahistoria.com/2011/12/el-feminismo-socialista-aleksandra.html; Williams, B. «Kollontai and after: Women in the Russian Revolution». En S. Reynolds (ed.), *Women, State and revolution. Essays on power and gender in Europe since 1789*. Sussex: Wheatsheaf Books, 1986, pp. 60-80; Miguel Álvarez, A. *Alejandra Kollontai (1872-1952).* Madrid: Ediciones del Orto, 2001.

aunque su número no era destacado, se afiliaron a partidos como los mencheviques, los socialistas revolucionarios o los bolcheviques. La importancia de su papel lo demuestra el que Anna Boldyreva, obrera, fuese elegida para el sóviet de San Petersburgo, un ejemplo que no es nada excepcional.

La revolución de 1905 obligó al régimen zarista a maquillarse, y un año después se promulgó por primera vez una constitución. El texto consagraba el inmenso poder que ostentaba el zar, pero hay un capítulo dedicado a los derechos individuales, donde, sorprendentemente, no se distingue entre sexos, excepto al hacer referencia a la defensa de la patria, que incumbe a todo el mundo, si bien solo se establece el servicio militar obligatorio para los hombres.[5] De las libertades que adquiere la mujer rusa en aquel momento destaca, entre otros, el derecho a administrar y poseer sus bienes, algo inusual en la época. Después de 1905 se inició la publicación de revistas dirigidas a la mujer con un contenido alejado de lo que se entiende vulgarmente por femenino, aunque su duración fue corta.

A partir de entonces la presencia de la mujer en la sociedad fue creciendo, si bien poco a poco. Pero, a pesar de que en 1912 aún era insignificante, en 1913 y 1914 ellas participaron en masa en un movimiento huelguístico importante entre cuyas reivindicaciones se incluían sus derechos políticos.

La Primera Guerra Mundial dio a las mujeres con formación la oportunidad de ocupar puestos de trabajo, un hecho que alimentaba las esperanzas feministas y entraba en conflicto con la oposición de algunas de sus líderes a la guerra (como Kollontai) y también con la oposición de los bolcheviques.

El Partido Bolchevique tenía escasa confianza en la capacidad de las mujeres para organizarse y nunca consideró la emancipación femenina como una prioridad, ya que pensaba que el feminismo podía dividir a los trabajadores en su lucha. Una actitud errónea, porque las mujeres fueron fundamentales en la revolución. De hecho, como a continuación se verá, una manifestación femenina precipitó la Revolución de Febrero.[6]

5 Hemos consultado el texto en diversas webs y en todas se utiliza el término *subject*, sin especificación de sexo. A modo de ejemplo, véase www.imperialhouse.ru/en/dynastyhistory/dinzaki.html.

6 Toledo, Cecilia. «La Revolucion Rusa y la mujer», artículo publicado en 2007 (traducción: Laura Sánchez). litci.org/es/menu/opresiones/mujeres/la-revolucion-rusa-y-la-mujer/.

¡Abajo la guerra! ¡Abajo la autocracia! ¡Queremos pan!

El 18 de febrero de 1917, los 30.000 obreros de la fábrica metalúrgica Putilov, situada en Petrogrado, salieron a las calles reclamando un aumento salarial y rechazando los despidos.[7] A su vez, los huelguistas se mezclaron con las colas de mujeres que trataban de conseguir alimentos para sus familias, alimentos escasos por la crisis de subsistencia debido a la larga contienda. Al tiempo que en las calles se producían incidentes, las obreras textiles de la ciudad se declararon también en huelga. Al grito de «¡Queremos pan!» arrastraron tras ellas a los obreros metalúrgicos. Aquel 23 de febrero (8 de marzo en el calendario occidental) comenzó con 90.000 obreros y obreras en paro. Nadie preveía que el Día de la Mujer se convertiría en el primer día de la Revolución. A pesar de la represión, al día siguiente la huelga incrementó su tamaño. La mitad de los obreros industriales de Petrogrado pararon. El reclamo central comenzó a tomar otro carácter, y los trabajadores se alzaron al grito de «¡Abajo la autocracia!» y «¡Abajo la guerra!». Así comenzó la revolución rusa de febrero de 1917. La coincidencia con el Día de la Mujer, que se celebraba ya desde 1910, no es aleatoria. Era una acción que estaba preparada y organizada por las mismas mujeres, menos imprevisible de lo que se dice. Lo que no se podía prever era su trascendencia.[8]

En medio de esta situación, el zar Nicolás II abdicó y dejó el país en manos de un gobierno provisional de mayoría menchevique. Una parte importante de los dirigentes bolcheviques —como Lenin y Alexandra Kollontai— se encontraban en el exilio, sin posibilidades para influir en los acontecimientos. Entonces, el ministro de Asuntos Exteriores alemán dispuso un tren especial hacia Petrogrado para Inessa Armand, Vladimir Lenin y otros 26 líderes comunistas, con la esperanza de que sus actividades de agitación antibelicista ayudasen a lograr un armisticio en el frente oriental.

En la etapa del gobierno provisional (febrero-octubre), la movilización femenina se fue radicalizando y creció la afluencia de mujeres obreras y burguesas en el Partido Bolchevique. Se introdujeron en el cuerpo de la Guardia Roja

7 Allen, Ariel y Andrés, Javier. «Con el día de la mujer, comienza la revolución rusa». *La izquierda diario*, 14III-2015. www.laizquierdadiario.com/Con-el-dia-de-la-mujer-comienza-la-Revolucion-rusa.

8 Porter, C. *Women in revolutionary Russia*. Nueva York: Cambridge University Press, 1987; Torralba Beci, E. *Las mujeres en la revolución rusa y algunas consideraciones sobre la revolución de 1917*. Tortosa: Monclús, 1918.

y algunas de ellas, ya en la Revolución de Octubre, tomaron parte en el asalto del Palacio de Invierno. Pero los partidos de izquierda (el bolchevique, el menchevique y el socialista revolucionario) no prestaban especial atención a la mujer campesina, aunque la población agraria significaba un 85% del total.

Mujeres combatientes

Una serie de unidades militares compuestas exclusivamente por mujeres, que se crearon por orden del gobierno provisional tras la Revolución de Febrero de 1917, constituyeron el denominado batallón de la Muerte de mujeres, que permaneció fiel al gobierno. Su formación fue un último esfuerzo para alentar a los desmoralizados soldados que luchaban en los frentes. Se trataba de levantar la moral de los soldados, pues las autoridades pensaban que su ejemplo revitalizaría a las tropas, agotadas y exangües. Durante los meses de junio a agosto de 1917 se reclutaron casi una quincena de unidades, ninguna más grande que un batallón, entre las mujeres que se ofrecieron voluntarias para prestar servicio en primera línea. Incluso hubo una unidad naval femenina creada en Oranienbaum, el primer destacamento naval de mujeres, que estaba integrado dentro de la infantería de Marina.

No se conoce el número exacto de estas combatientes, pero se estima que fueron unas 5.000 las mujeres que servían en estos batallones a finales de 1917. Pero solo el primer batallón de la Muerte de mujeres rusas y el batallón Perm fueron enviados al frente. Gran parte de las autoridades militares rusas esperaban que el comportamiento de las mujeres en la batalla tuviera un efecto positivo entre los soldados masculinos; mas, a pesar de que ellas actuaron con arrojo en combate y no sufrieron excesivas bajas, esto no bastó para inspirar a los cansados y desmoralizados combatientes rusos a reanudar la lucha.

La Revolución de Octubre

El papel protagonista que las mujeres tuvieron en febrero no se repitió en octubre, pero puede considerarse igual de fundamental. Lo fueron en el período de febrero a octubre, cuando los bolcheviques volvieron a la clandestinidad y fueron ellas quienes buscaron pisos francos e inventaron códigos que cambiaban a diario, mientras continuaban trabajando o dando clases nocturnas a las obreras, además de guardar en la memoria nombres, direcciones y contactos, tareas en las que destacó Krupskaya. En esos meses y una vez pasados los días

de octubre, participaron activamente en la propaganda en las fábricas y, aunque muchas tropezaron con la renuencia de sus compañeros, algunas fueron elegidas como representantes de los sóviets, como la trabajadora Anna Litveiko. Sin duda, las mujeres participaron de manera activa en todo el proceso y les fue reconocido, pero nunca lo hicieron en lugares de primera fila.

Tiempos de revolución

La primera constitución de la República Soviética, promulgada en julio de 1918, dio a la mujer el derecho al voto y a ser elegida para cargos públicos. Poco después se concedió el divorcio, el principio de igualdad de salario por el mismo trabajo, el derecho a amamantar durante el horario laboral y la prohibición del trabajo infantil y del trabajo nocturno de las mujeres. También se dio paso al matrimonio civil, y los hijos nacidos fuera del matrimonio se reconocieron como legítimos.[9] Una de las mayores conquistas legislativas de las mujeres trabajadoras fue el programa de seguro de maternidad diseñado e impulsado por la propia Kollontai. La ley otorgaba ocho semanas de licencia de maternidad plenamente remunerada, recesos para la lactancia e instalaciones de descanso en las fábricas, servicios médicos gratuitos antes y después del parto y bonos en efectivo. El programa estaba administrado por una Comisión para la Protección de Madres e Infantes —adjunta al Comisariado de Salud— y encabezado por una doctora bolchevique, Vera Lebedeva. Con su red de clínicas de maternidad, consultorios, estaciones de alimentación, enfermerías y residencias para madres e infantes, este programa fue quizá la innovación más popular de todas las del régimen soviético entre las mujeres. Sin embargo, igualdad ante la ley aún no era igualdad de hecho. Para la plena emancipación de la mujer, para su igualdad efectiva con relación al hombre, era necesaria una economía que la librase del trabajo doméstico y en la cual ella participase de forma igualitaria al hombre. La esencia del programa bolchevique para la emancipación de la mujer era su liberación final del trabajo doméstico por medio de la socialización de esas tareas. En julio de 1919, Lenin insistía en que el papel de la mujer dentro de la familia era la clave de su opresión.[10]

La institución que impulsó estas medidas fue el Zhenotdel, el Departamento de las Mujeres del Partido Bolchevique, que dependía del Comité Cen-

9 Toledo, Cecilia. «La Revolución Rusa...», art. cit.
10 Lenin, V. I. *El poder soviético y la situación de la mujer*. Moscú: Progreso, 1981.

tral.[11] Formado en 1919, estaba encargado de crear guarderías, lavanderías, comedores colectivos... Tuvo como primera secretaria a Inessa Armand, y cuando murió, un año después, Lenin nombró a Kollontai para ocupar el cargo. Con ella, además de todas las mejoras antes expuestas, fueron desapareciendo las limitaciones a la libertad de las casadas, se dio a todas las mujeres el derecho a ser miembros de los consejos rurales, a ser cabezas de familia, a que los hijos ilegítimos no fueran discriminados y a disfrutar de las mismas condiciones que los hombres en caso de divorcio; también se suprimió la obligación de las casadas de llevar el apellido del marido o de vivir en el domicilio de este. Y desde 1920 se legalizaron el aborto y la homosexualidad. El Zhenotdel tenía un periódico mensual propio, *Kommunistka* [«Mujer Comunista»], que en 1921 imprimía 30.000 ejemplares. En su grupo editorial se encontraban Bujarin, Inessa Armand y Kollontai.

Kollontai no quería que el departamento que dirigía diera solo apoyo al partido, sino que deseaba que las mujeres fueran tan activas como los hombres a fin de obtener la transformación global de la sociedad soviética. Pero el Partido Bolchevique nunca hizo una campaña sistemática a favor de la desaparición de las diferencias de papeles en función del sexo. Solo en determinados sectores, como los estudiantes y los intelectuales, se crearon comunas en que se compartía todo. En definitiva, Kollontai tenía razón cuando postulaba que los cambios económicos debían estar precedidos por los cambios culturales.

La Revolución desató una oleada de optimismo y generó una serie de expectativas. Entre los jóvenes había discusiones sobre cómo debían ser las relaciones sexuales, el cuidado de los niños y la naturaleza de la familia en la transición al socialismo.[12] La energía creativa también se encargó de la cultura, donde las prioridades y las tareas cambiaron para reflejar una idea muy extendida en aquellos momentos: que la familia se extinguiría en poco tiempo. Esta energía en el ámbito de las ideas se concretó en la creación de cantinas públicas y hogares comunitarios, instituciones que se consideraban esenciales para poner fin a la familia nuclear. Los proyectos de Kollontai llegaban al extremo de mantener a los hijos separados de los padres, y cuidarlos y educarlos en un centro colectivo. Muchas de estas medidas no eran apoyadas ni siquiera por las mismas mujeres bolcheviques, y en realidad no se llevaron a la práctica. Se decía que el modelo de Kollontai era un modelo productivista poco compren-

11 Sallés Bonastre, A. «Les dones i la revolució bolxevic». En AA.VV., *Josep Fontana: història i projecte social. Reconeixement a una trajectòria*. Barcelona: Crítica, 2004, pp. 1331-1343.

12 «La Revolución Rusa y la emancipación de la mujer». *Spartacist* (edición en español), núm. 34, noviembre de 2006. www.icl-fi.org/espanol/spe/34/rusa.html.

sivo con los sentimientos y vínculos que normalmente se desarrollan con la maternidad.

Las nuevas leyes que se promulgaron sobre el matrimonio y el divorcio fueron muy populares. No obstante, dadas las responsabilidades tradicionales de la mujer para con los niños y su mayor dificultad para encontrar empleo y conservarlo, a menudo el divorcio resultaba más problemático para ellas que para los hombres. Por esta razón, se estableció la cláusula de sustento para los pobres de ambos sexos, ya que el Estado era incapaz por el momento de garantizar el empleo para todos. El amor libre y una nueva búsqueda de relación sexual que resultase más satisfactoria para todos fue uno de los temas de la época. Uno de los debates que por entonces sostenía el feminismo era la reivindicación del derecho de amar libremente. Muchas mujeres admitían todo tipo de uniones por amor, salvo que existiera peligro para la salud. En este sentido, debía rechazarse la subordinación de la mujer dentro de la pareja y la hipocresía de la doble moral. Todo parecía indicar que en Rusia se gestaba un nuevo concepto de amor y de las relaciones entre sexos.[13]

En los primeros tiempos de la Revolución comenzó un período de gran experimentación en todas las áreas de la vida a favor del desarrollo libre de los individuos, en el que los bolcheviques tuvieron una política abierta sobre las relaciones personales, especialmente considerando el atraso social y cultural que se vivía en Rusia. Como Kollontai, otros dirigentes revolucionarios hicieron grandes aportes a estos debates. Lenin y Trotsky insistieron en la necesidad de llevar la revolución a todos los niveles de las relaciones sociales.

El fin de la ilusión

La puesta en marcha de la Nueva Política Económica (NEP) en 1921 significó un retorno progresivo de las mujeres a la situación anterior a la Revolución. Las causas fueron varias: la dificultad de hacer aplicar la legislación laboral a las empresas que se iban privatizando, el retorno de los hombres del frente de guerra y el hecho de que, si había poco trabajo, era siempre para ellos.

Las mujeres sufrieron el aumento del desempleo, que duró hasta 1927, y fueron empujadas a replegarse a los sectores «tradicionales», como los textiles y la industria ligera. Las prácticas de «libre mercado» se convirtieron en discriminación contra ellas en contrataciones y despidos, en particular dado el costo

13 Waters, E. «The modernisation of Russian motherhood, 1917-1937». En Montgomery, F. y Collette, C. (eds.), *The European women's history reader*. Londres: Routledge, 2002, pp. 277-288.

de las licencias de maternidad y la protección en el trabajo durante el embarazo y la lactancia. Al mismo tiempo, se instituyeron cuotas por servicios que habían sido gratuitos, como los comedores colectivos, y alrededor de la mitad de las guarderías y hogares para madres solteras se vieron obligados a cerrar. Por todo ello, las madres tenían pocas oportunidades de estudiar, de capacitarse o de participar en la vida social y política.

En 1928, Stalin reemplazó la Nueva Política Económica por una economía planificada muy centralizada y por planes quinquenales que iniciaron un período de rápida industrialización y de colectivización económica en el campo. Dejando a un lado el compromiso contraído por los bolcheviques de no interferir en la vida personal de los ciudadanos, en los años treinta comenzó a difundirse la idea de que la teoría de la «extinción de la familia» llevaba al libertinaje sexual, mientras que en la prensa empezaban a aparecer alabanzas a las «buenas amas de casa». En 1936, un editorial de *Pravda*, que denunciaba un plan habitacional con cocinas colectivas como una «desviación de izquierda» y un intento por «introducir artificialmente la vida comunal», fue el aldabonazo para volver a la familia tradicional y abandonar todos los experimentos hechos hasta entonces.

La burocracia estalinista comenzó a eliminar todas las leyes que los bolcheviques habían ido introduciendo y que permitían tanto a hombres como a mujeres la plena expresión de su potencial. La homosexualidad, la prostitución, la promiscuidad sexual y el adulterio se declararon ofensas criminales en 1934, castigadas con un mínimo de ocho años de prisión, al tiempo que el divorcio devino un largo proceso. Y, dos años después, el Código Familiar ilegalizó el aborto, lo que implicó un alto coste para las trabajadoras: la tasa de muertes por aborto aumentó considerablemente, mientras que los funcionarios decretaban que en la Unión Soviética «la vida es feliz» y que solo el egoísmo llevaba a las mujeres a abortar. El aborto no volvió a ser legal en la URSS hasta 1955. Al mismo tiempo, el gobierno empezó a conceder «condecoraciones a heroínas» a las mujeres que tuvieran un gran número de hijos. El Código Familiar de 1944 anuló el reconocimiento de los matrimonios *de facto*, restauró el concepto de «ilegitimidad», abolió la coeducación en las escuelas y prohibió las demandas por paternidad.[14]

14 García Barberena, Tomás. «El matrimonio en la legislación soviética». *Revista Española de Derecho Canónico*, vol. 4, núm. 11, 1949, pp. 383-411.

Una reflexión

A partir de 1922, Alexandra Kollontai quedó marginada y perdió su influencia política. Un año después se incorporó al servicio diplomático. Fue una figura clave de la Revolución, pero tenía dos puntos débiles. Por un lado, su obra política estaba demasiado ligada a la figura de Lenin, quien, en el momento en que dejó de darle su apoyo destituyéndola de la dirección de la Zhenotdel, hizo decaer su influencia política. Kollontai nunca fue bien vista por la mayoría de los mandatarios bolcheviques, que la consideraban demasiado radical. En 1918, además, se había opuesto a los tratados de Brest-Litovsk, lo que había dado inicio al distanciamiento de Lenin. La destitución estuvo provocada en buena medida por uno de los puntos del programa ideológico de Kollontai: además de defender la liberación de la mujer alejándola del hogar y de la maternidad, la liberación sexual debía ser el siguiente paso. Eran estas unas ideas demasiado modernas para su tiempo y fueron rechazadas no solo por Lenin, sino también por muchas mujeres socialistas que tenían unas ideas tradicionalistas muy arraigadas.

Por otro lado, tampoco prosperó su idea de sustituir a la familia por un Estado socialista que se hiciera cargo de los roles domésticos. La guerra civil que arrasó Rusia tras la Revolución de Octubre, y que trajo hambre, muerte y desolación, hizo que los supervivientes se aferraran a las instituciones tradicionales, entre ellas la familia. Los hombres empezaron a pensar que los Zhenotdel eran una mala influencia. Hubo cientos de ataques contra sus representantes, incluso asesinatos. La organización Zhenotdel fue abolida en 1930 y, poco más tarde, el líder Josif Stalin anunció que «la cuestión de la mujer» se había resuelto. La figura de Stalin fue nefasta para la emancipación de la mujer rusa. Ya en tiempos de Lenin quiso oponerse a la política de igualdad de sexos, intentando rechazar a la misma Krupskaya. No lo consiguió entonces, pero la llegada al poder le dio oportunidad de dar marcha atrás en muchas de las conquistas. Igualmente, tanto para los hombres como para las mujeres bolcheviques —y así lo pensaba la misma Kollontai—, los problemas de la mujer solo se resolverían cuando los asociados a la cuestión laboral y de la propiedad se hubieran resuelto, y siempre quedaban los primeros subordinados a los segundos.

La revolución de las mujeres en la revolución rusa

Cynthia Luz Burgueño Leiva
Universitat de Barcelona

La emancipación de las mujeres fue uno de los desafíos centrales del nuevo Estado obrero nacido de la revolución rusa. Dando muestras de una gran creatividad innovadora en lo que concierne a las tareas necesarias para conseguir la liberación de las mujeres, se sometieron a experimentación y debate cuestiones como el trabajo doméstico, el aborto, el amor libre, la libertad sexual y la homosexualidad, la prostitución y los derechos de las mujeres trabajadoras.

Pero estas importantes cuestiones para la emancipación de las mujeres no solo quedaron en debates. Gracias a la revolución rusa, las mujeres lograron conquistas desconocidas hasta entonces en los restantes países occidentales.

En su libro *La mujer, el Estado y la revolución*, la historiadora norteamericana Wendy Goldman afirma que el Código soviético de 1918 «constituía nada más y nada menos que la legislación familiar más progresiva que había visto el mundo. Abolió el estatus legal inferior de las mujeres y creó igualdad bajo la ley». El Código establecía el divorcio por el simple pedido de cualquiera de las partes y «barrió con siglos de leyes de propiedad y privilegios masculinos»[1] al abolir la legitimidad y otorgar iguales derechos a todos los hijos, nacidos dentro o fuera de un matrimonio registrado.

Para citar una conquista que aún en pleno siglo XXI sigue siendo una de las demandas más sentidas de las mujeres, en noviembre de 1920 se legalizó el aborto en la Unión Soviética mediante un decreto que denunciaba la legislación penalizadora de los otros países.

Sin embargo, para llegar a la total liberación de las mujeres era necesario conquistar la igualdad plena, es decir, no solo la igualdad ante la ley sino, sobre todo, ante la vida.

La chispa que encendió la llama

Hace cien años, el 8 de marzo de 1917, daba inicio la revolución rusa con las mujeres al frente. Una revolución que reconoció importantes derechos a

1 Goldman, Wendy. *La mujer, el Estado y la revolución*. Buenos Aires: IPS, 2010, p. 27.

las mujeres, antes de que lo hicieran los países capitalistas más avanzados del mundo.

Bajo el régimen zarista, las mujeres formaron parte de la naciente clase obrera rusa y, junto al resto de la clase trabajadora, fueron protagonistas de grandes luchas y huelgas por demandas económicas, pero también exigiendo guarderías en las fábricas, el pago de subsidios por maternidad, tiempo libre para amamantar a los recién nacidos y el uso de los mismos baños que los dueños de la empresa, a la vez que se manifestaban contra los abusos de los capataces y reclamaban la prohibición de las humillaciones y maltratos a las obreras.

La Primera Guerra Mundial había significado una carga mayor sobre ellas, y, entre 1914 y 1917, la fuerza de trabajo femenina en las fábricas se incrementó casi en un 50%. Mientras, el Partido Obrero Socialdemócrata se ocupó de organizarlas, al mismo tiempo que educaba a los trabajadores hombres para que asumieran la lucha por la emancipación de las mujeres.

El 26 y 27 de agosto de 1910 tuvo lugar en Copenhague la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, donde los principales debates habían girado en torno al derecho al sufragio de las mujeres y una legislación que protegiera la maternidad. Las delegadas Clara Zetkin y Kate Duncker, del Partido Socialdemócrata Alemán, presentaron allí la conocida moción de establecer la conmemoración de un Día Internacional de la Mujer, que en Rusia se celebró por primera vez en 1913. Para 1914, al igual que las socialistas alemanas y suecas, las rusas acordaron que la conmemoración se haría el 8 de marzo, fecha que mantuvieron en los años siguientes.

En 1915, mientras la guerra hacía estragos, ese día las mujeres protagonizaron motines, sabotajes y acciones desesperadas en las principales ciudades de Europa. Y también las mujeres en San Petersburgo y otras ciudades de Rusia.

El Día Internacional de la Mujer del año 1917, las obreras textiles de San Petersburgo salieron a la calle al grito de «Paz, pan y abajo los zares». La policía zarista había advertido del «peligro de las mujeres» y, en un informe previo al levantamiento de febrero de 1917, decía:

> Las madres de familia, agotadas por las colas interminables de los comercios, atormentadas por el aspecto hambriento y enfermo de los niños, están más abiertas ahora a la revolución que el señor Miliukov, Rodichev y compañía, y, por supuesto, son más peligrosas porque ellas representan la chispa que puede encender la llama.[2]

2 Citado en Funes, Bárbara. «Rojas. Introducción». En D'ATRI, Andrea (ed.). *Luchadoras: historia de mujeres que hicieron historia*. Buenos Aires: Ediciones del I.P.S., 2006, p.165.

Esta advertencia se hizo realidad el 23 de ese mes de febrero —que corresponde al 8 de marzo del calendario occidental—, cuando las obreras textiles se declararon en huelga. El pliego de reclamos era escueto: pan, paz y abajo la autocracia. El 23 de febrero era el Día Internacional de la Mujer, y fue el primer día de la Revolución.

La teoría marxista puesta en práctica en la Rusia bolchevique

La conquista obrera del poder significó el reconocimiento de importantes derechos de las mujeres. Cinzia Arruzza[3] analiza cómo, dentro del movimiento actual feminista y de mujeres, prácticamente se desconoce la creatividad innovadora e inigualable con que las mujeres y los hombres bolcheviques enfrentaron las tareas de la emancipación de las mujeres, mientras avanzaban en una sociedad sin explotación ni opresión. Este desconocimiento es una de las razones que alimentan un fuerte prejuicio dentro del movimiento feminista, que es que desde el marxismo «no se piensa en la cuestión de género» y que, para la estrategia marxista, la lucha por la revolución se da «en un exclusivo terreno económico».

Si la revolución rusa permitió a la mujer conquistas inéditas en una época en que las condiciones económicas eran muchísimo más difíciles que en la actualidad, fue porque importantes mujeres y hombres marxistas habían contribuido práctica y teóricamente a ello mucho antes de la toma del poder. Incluso ya en el siglo anterior, desde Marx y Engels, medían el avance de una sociedad de acuerdo con el grado de opresión de las mujeres.

Estos grandes pensadores, que estudiaron el origen del patriarcado, jamás sostuvieron la premisa de que este sistema de opresión solo existía en el sistema capitalista, y que, por tanto, la opresión de la mujer «se resolvería después de la revolución». Por el contrario, Marx y Engels —sobre todo este último— insistieron en la existencia de la opresión de las mujeres en todas las sociedades con Estado y sociedad de clases —y no solo en el capitalismo—, y vincularon el patriarcado a la existencia de las clases sociales.

A partir de estas premisas, las mujeres marxistas socialistas como Alexandra Kollontai o Clara Zetkin[4] planteaban que la revolución proletaria no era sufi-

3 Arruza, Cinzia. *Las sin parte. Matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*. Barcelona: Crítica y Alternativa, 2010.

4 D'Atri, Andrea (ed.). *Luchadoras: historias de mujeres que hicieron historia.* Buenos Aires: IPS, 2006.

ciente para la emancipación de las mujeres. Pero no fue un planteamiento exclusivo de las mujeres; también Lenin y León Trotsky[5] sostenían que, después de la revolución, era necesario un cambio profundo de los valores y de la cultura.

En 1920, Lenin declaraba:

> [...] la igualdad ante la ley todavía no es igualdad frente a la vida. Nosotros esperamos que la mujer obrera conquiste, no sólo la igualdad ante la ley, sino frente a la vida, frente al obrero [...]. El proletariado no podrá llegar a emanciparse completamente sin haber conquistado la libertad completa para las mujeres.[6]

Alexandra Kollontai retomaba a Marx y afirmaba que no bastaba con transformar las relaciones de producción, sino que además era necesaria la aparición de un hombre nuevo. Kollontai dedica gran parte de sus trabajos a reflexionar sobre la necesidad de la revolución «psicológica» de la humanidad. Teorizaba sobre la «mujer nueva» y decía:

> La clase obrera, para cumplir con su misión social, necesita no una esclava impersonal del matrimonio, de la familia, una esclava que posea las virtudes pasivas femeninas, sino una individualidad que se alce contra toda servidumbre, necesita un miembro consciente, activo y en pleno disfrute de todos los derechos de la colectividad de clase.[7]

Por tanto, para la teoría marxista y para los hombres y las mujeres que estuvieron al frente de esta gran revolución, la emancipación de las mujeres no estaba garantizada automáticamente con la revolución socialista o con algunas leyes y decretos progresivos que pudiera promulgar la clase obrera en el poder. Era necesario un profundo cambio cultural, jurídico, político y social sobre las nuevas bases de una sociedad sin explotación de una clase por otra.

Las conquistas de las mujeres en la revolución rusa

Como decíamos, tras la revolución de 1917, las mujeres conquistaron importantes derechos que no tenían antes de la revolución ni en ningún otro país de

5 Trotsky, León. *Escritos sobre la cuestión femenina*. Barcelona: Anagrama, 1977.
6 Goldman, Wendy. *La mujer...*, *op. cit*.
7 Kolontay, Alejandra. *La mujer nueva y la moral sexual.* Madrid: Ayuso, 1976.

Europa. Para los bolcheviques, la emancipación de las mujeres era una tarea fundamental de la revolución.

Se plantearon abolir la «esclavitud» del trabajo doméstico y establecer la «socialización» del «trabajo reproductivo», así como poner fin a la prostitución y legalizar el aborto. Todos estos grandes debates se llevaron a cabo en el nuevo Estado obrero no sin grandes disputas, junto a la discusión sobre otras cuestiones como el amor libre o «unión libre» y la sexualidad, pues se intentaba definir unas nuevas relaciones sexuales y afectivas.

Otros avances fueron la igualdad de hombres y mujeres ante la ley, que les dio a las mujeres el derecho a controlar sus salarios y su propiedad, a reclamar la patria potestad sobre sus hijos en caso de divorcio, y a decidir dónde vivir, estudiar y trabajar. Los bolcheviques derogaron también las leyes contra la homosexualidad en diciembre de 1917, medio siglo antes de que lo hicieran los primeros países capitalistas.

Respecto a los derechos en el trabajo, en los días de la gran Revolución de Octubre fueron muchas las mujeres combatientes dedicadas incansablemente a la apasionante tarea de organizar a las mujeres trabajadoras y luchar por sus derechos, entre ellos uno que aún hoy se sigue reclamando: igual trabajo, igual salario.

En síntesis, la experiencia de la revolución rusa es un primer gran paso para bucear en el carácter innovador y libertario de las ideas marxistas puestas en la práctica. Veremos algunas de estas conquistas a grandes pinceladas.

Sobre la «esclavitud» del trabajo doméstico

Una de las tareas que emprendió la revolución fue resolver la cuestión del trabajo doméstico. La solución que plantearon fue «socializarlo», al considerar que la liberación de las mujeres dependía de la autonomía económica y financiera con respecto a los hombres, con el objetivo de alcanzar también la igualdad en la esfera pública.

Sin embargo, existe un gran desconocimiento sobre el pensamiento innovador del marxismo respecto a esta cuestión y los debates que brotaban en pleno Estado obrero, aunque este fue un tema fundamental después de la Revolución de Octubre. Alexandra Kollontai, la primera mujer que ocupó un ministerio —como comisaria del pueblo para la Seguridad Social entre 1917 y 1918—, decía que «la costura, la limpieza y el lavado se debían transformar, bajo el Estado obrero, en ramas de la economía como la metalúrgica o la minería».

También Inessa Armand luchaba por acabar con la «esclavitud doméstica». En un Congreso de Mujeres Obreras y Campesinas de 1918, sentenció:

> Bajo el capitalismo, la mujer obrera debe soportar el doble fardo de trabajar en la fábrica y luego realizar las tareas domésticas en el hogar. No solamente debe hornear y tejer para el patrón, sino que también debe lavar, limpiar y cocinar para su familia. Pero hoy es diferente.[8]

Pero este problema no era una preocupación exclusiva de las mujeres marxistas. El propio Lenin decía que «la verdadera emancipación de la mujer debía incluir no solamente la igualdad, sino también la conversión integral del trabajo doméstico al socializado».[9] También León Trostsky dijo que en cuanto el «lavado estuviera hecho por una lavandería pública, la alimentación por un restaurante público, la costura por un taller público [...] el lazo entre marido y mujer sería liberado de todo factor externo y accidental».[10]

Sobre la prostitución y la «moral sexual»

La prostitución se despenalizó durante la Revolución de Octubre. Las marxistas proponían la abolición de la prostitución, pero no por considerarla un «escándalo moral». Por el contrario, Alexandra Kollontai fue una férrea defensora de la liberación de la sexualidad y de la idea de que debía ser la clase obrera la que avanzara en la conquista de una nueva moral sexual capaz de romper con el puritanismo y la monogamia, tan funcionales al patriarcado capitalista. No obstante, desde esta premisa, consideró la prostitución una institución que condenaba a las mujeres pobres y que además era totalmente contraria a la idea socialista del amor libre, entre iguales, por estar fuertemente vinculada a una relación comercial.

Por tanto, la lucha contra la institución de la prostitución se ejercía a través de la defensa del derecho de las mujeres a satisfacer su deseo sexual igual que lo hacen los hombres, sin renunciar a la solidaridad y la igualdad entre ellos. Si la prostitución era una realidad que surgía con la sociedad de clases, y que se extendía a nivel mundial gracias a la confluencia entre patriarcado y capitalismo, para las marxistas era una utopía pensar que podría desaparecer dentro del sistema económico que la produce.

8 D'Atri, Andrea (coord.). *Luchadoras...*, *op. cit.*
9 Goldman, Wendy. *La mujer...*, *op. cit.*, p. 31.
10 *Ibid.*, p. 32.

Sobre el amor libre y la libertad sexual

Otra preocupación central para los bolcheviques era cómo acabar con la desigualdad existente entre las relaciones legalizadas por la Iglesia ortodoxa bajo el régimen zarista y las uniones de hecho, además de sus consecuentes desigualdades para los hijos concebidas por unas y otras parejas.

Por su parte, Kollontai defendía un amor de camaradas, contra las relaciones posesivas que conforman el ideal burgués del «amor romántico». Y de este modo se proponía demostrar que esa forma de amor o pasión, nacida históricamente con el ascenso de la burguesía, encarnaba el concepto de propiedad privada trasladado a las relaciones personales, lo que cosificaba a las personas, engendraba celos y, en consecuencia, constituía la fuente de múltiples formas de violencia.

Se trataba de un cuestionamiento muy profundo para la Rusia zarista con rasgos semifeudales, porque para muchas mujeres el matrimonio significaba un único modo de supervivencia que la «libertad en las uniones» podía desestabilizar. Por este motivo, las bolcheviques creían necesario impulsar audazmente la emancipación de las mujeres mediante su independencia económica y su igualdad ante la ley, para entonces establecer la legitimidad de las uniones libres.

Respecto a la homosexualidad:

> La legislación soviética declara la absoluta no interferencia del Estado y la sociedad en las cuestiones sexuales [...]. Respecto a la homosexualidad, sodomía y otras formas de placer sexual, que en la legislación europea son calificadas de ofensas a la moralidad, la legislación soviética las considera exactamente igual que lo que se conoce como relación «natural».[11]

Así, los bolcheviques derogaron las leyes contra la homosexualidad en diciembre de 1917, medio siglo antes de que lo hicieran los primeros países capitalistas.

Como ya se ha señalado anteriormente, fue Alejandra Kollontai quien hizo las primeras elaboraciones sobre la mujer nueva, el amor libre y la revolución sexual; sobre las nuevas relaciones sexuales y afectivas que debían comenzar a definirse en el seno de la revolución, dedicando al amor y la moral muchos de sus escritos.

11 D'Atri, Andrea. *Pan y rosas. Pertenencia de género y antagonismo de clase en el capitalismo*. Buenos Aires: IPS, 2013, p. 107.

El aborto

El derecho al aborto legal y gratuito también se conquistó en Rusia por primera vez en la historia, el 18 de noviembre de 1920, cuando —a instancias de Alexandra Kollontai— se legalizó el aborto libre y gratuito. Pasado un siglo, hoy se sigue luchando por este derecho en gran parte del planeta. Y miles de mujeres mueren en abortos clandestinos.

Por los derechos de las mujeres trabajadoras

A pocos días de la toma del poder, el Partido Bolchevique organizó el Primer Congreso de Mujeres Trabajadoras de toda Rusia, en el cual Alexandra Kollontai tuvo un rol destacado y donde se resolvió crear comisiones de agitación y propaganda que más tarde se transformaron en la Secretaría de la Mujer.

Inessa Armand, por su parte, apostaba por una propaganda accesible para las trabajadoras con menos conocimientos. En 1920 escribía:

> Bajo el régimen burgués se priva a la obrera de los escasos derechos políticos que se otorgan al obrero. En la fábrica, en el taller, está todavía más oprimida, más explotada que el obrero, porque el patrón usa su poder para oprimirla no solamente en su calidad de proletario, sino también para infligirle todo tipo de ultrajes y violencias en tanto que mujeres.[12]

Otra de las grandes mujeres revolucionarias marxistas dedicadas a esta tarea a nivel internacional fue la alemana Clara Zetkin, que a lo largo de toda su vida denunció la opresión de la mujer trabajadora en el capitalismo y defendió sus derechos.

Nuestra lucha actual contra la brecha salarial entre hombres y mujeres y por el derecho de «igual salario por igual trabajo» ya la emprendieron estas mujeres un siglo atrás. Su actividad se centró en la organización de la Internacional de las Mujeres Trabajadoras Socialistas. Hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, participaron en cada congreso de la II Internacional luchando por los derechos de la mujer, en una decisiva batalla contra el reformismo de la socialdemocracia.

12 D'Atri, Andrea (coord.). *Luchadoras...*, *op. cit.*

Las conquistas de la Revolución retroceden bajo el régimen de Stalin

Junto a todas estas conquistas se garantizó el derecho al divorcio y se eliminó la condición de inferioridad legal de las mujeres. Además de poner fin al privilegio masculino sobre la propiedad y la herencia, desapareció la figura jurídica de «hijo legítimo», y todos los hijos nacidos dentro o fuera del matrimonio pasaron a tener los mismos derechos.

Sin embargo, muchas de estas conquistas quedaron en la nada cuando, a la muerte de Lenin, el Estado ruso sufrió un profundo proceso de burocratización durante el gobierno de Josif Stalin, quien implementó muchas medidas contrarrevolucionarias, entre ellas la prohibición del aborto, la condena de la prostitución y la criminalización de la homosexualidad.

Todo esto fue acompañado por la reproducción de los estereotipos tradicionales de las mujeres como madres dedicadas al hogar, y por el ensalzamiento de la familia a través de la propaganda del Estado. En 1936 Stalin declaraba:

> El aborto que destruye la vida es inadmisible en nuestro país. La mujer soviética tiene los mismos derechos que el hombre, pero eso no la exime del grande y noble deber que la naturaleza le ha asignado: es madre, da la vida.[13]

En 1944 se aumentaron las asignaciones familiares, se creó la orden de la Gloria Maternal para la mujer que tuviera entre siete y nueve hijos y el título de Madre Heroica para la que tuviera más de diez. En 1953, la legislación de la Unión Soviética sobre derechos de la madre y el niño reivindica el rol de la familia señalando que:

> Precisamente la familia asegura las condiciones normales para el nacimiento y la educación de los hijos, crea las premisas más favorables para que la mujer cumpla con su noble y alto deber social de madre.[14]

León Trotsky, quien se opuso con contundencia al régimen de Stalin —lo que le costó el exilio, la cárcel y el destierro, hasta que fue asesinado en México por un agente enviado por el mismo Stalin—, explicaba en ese momento: «el poder revolucionario ha dado a la mujer el derecho al aborto, uno de sus derechos cívicos, políticos y culturales esenciales mientras duren la miseria y la opresión

13 D'Atri, Andrea. *Pan y rosas...*, *op. cit.*, p. 108.
14 *Ibíd.*, p.109.

familiar». Y, criticando los argumentos reaccionarios que esgrimía la burocracia estalinista para reinstalar la prohibición del aborto, añadía: «Filosofía de cura que dispone, además, del puño del gendarme».[15]

Sin duda, dichos argumentos estaban muy lejos del pensamiento revolucionario, que, desde los tiempos de Marx y Engels, planteó los verdaderos orígenes y funciones de la familia, y denunció la opresión ejercida sobre las mujeres y su abolición junto a la propiedad privada.

La revolución como estrategia de emancipación de las mujeres

Hoy, la idea de la revolución como estrategia de emancipación de las mujeres está alejada del movimiento feminista y de mujeres. Las causas de ello son múltiples y requieren un análisis muy exhaustivo. Pero una idea común en el movimiento feminista es que tal revolución ideal solo podría ocurrir en Rusia y que no es posible transportarla a España o a otros países de Europa.

Sin embargo, lograr la emancipación de las mujeres cuando estas vivían una situación de esclavitud, no solo patriarcal, sino también de pobreza y precariedad, era realmente una tarea muy difícil, ya que se partía de un régimen zarista y una economía semifeudal muy atrasada.

La revolución rusa se planteó la emancipación de las mujeres nada menos que en 1917, cuando Rusia padecía la devastación provocada por la Primera Guerra Mundial, rodeada de catorce ejércitos imperialistas, y con una población diezmada también por la guerra civil, las sequías, las enfermedades y las plagas.

No obstante, se contaba con dos elementos importantes para emprender esta «revolución para las mujeres». En primer lugar, algo común a todos los países de Europa en esa época: la incorporación masiva de las mujeres a la industria, es decir, una nueva clase trabajadora constituida por mujeres, que a su vez soportaba las condiciones de hambre y carestía impuestas por la guerra. Y, en segundo lugar, otro elemento fundamental: una organización revolucionaria que encarnaba las ideas más avanzadas sobre la emancipación de las mujeres.

Así fue como el Partido Bolchevique que dirigió la revolución pudo implementar medidas libertarias y creativas traducidas en legislación, planes de gobierno y políticas sociales, impulsadas por mujeres revolucionarias como Kollontai o Inessa Armand, por nombrar solo algunas.

15 *Ibid.*, p. 111.

Este partido logró así poner en práctica las ideas que el marxismo ya había planteado el siglo anterior, como, por ejemplo, las que se desprenden de la crítica implacable de Marx y Engels al matrimonio burgués y a la familia en el *Manifiesto Comunista*.

Conclusiones

En primer lugar, es posible afirmar que el Estado obrero nacido de la revolución rusa permitió conquistas de las mujeres que hasta entonces no se habían logrado en ningún país occidental del mundo. Los debates y la experimentación en lo que concierne a la liberación de las mujeres —como el trabajo doméstico, el aborto, el amor libre, la libertad sexual y la homosexualidad, la prostitución y los derechos de las mujeres trabajadoras— acabaron en importantes logros para la mayoría de las mujeres.

En segundo lugar, el protagonismo de las mujeres en la revolución rusa fue tan importante como el que tuvieron en el curso de estos grandes cambios. Fueron las mujeres marxistas quienes se propusieron colocarse al frente de estas transformaciones, muchas de ellas, como Alexandra Kollontai, para poner en práctica sus teorías previas.

En tercer lugar, si la revolución rusa permitió conquistas inéditas para la mujer en una época en que las condiciones económicas eran muchísimo más difíciles que en la actualidad, fue porque importantes mujeres y hombres marxistas habían contribuido práctica y teóricamente a ello, comenzando con Marx y Engels, que teorizaron sobre el origen del patriarcado, la familia y la propiedad privada, y siguiendo con Lenin y Trotsky, quienes medían el avance de una sociedad según el grado de opresión de las mujeres y plantearon propuestas en el terreno práctico que ayudaron a delinear algunas de las grandes conquistas de las mujeres.

Las mujeres marxistas socialistas, como Alejandra Kolontay o Clara Zetkin, planteaban que la revolución proletaria no es suficiente para la emancipación de las mujeres. También Lenin y León Trotsky insistieron en que, después de la revolución, era necesario un cambio profundo de los valores y de la cultura.

Por último, muchas de estas grandes conquistas quedaron en la nada durante el régimen de Stalin, lo que significó una traición tanto a las mujeres y hombres bolcheviques que llevaron adelante las grandes tareas de emancipación de la mujer tras la revolución rusa, como al pensamiento marxista, el cual, desde los tiempos de Marx y Engels, ha denunciado los verdaderos orígenes y funciones de la familia y la opresión que se ejerce sobre las mujeres, planteando su abolición junto a la propiedad privada.

Octubre y *Rojos*: dos miradas sobre la Revolución, basadas en un mismo relato

Josep Maria Caparrós Lera
Centre d'Investigacions Film-Història
Universitat de Barcelona

Ciertamente, la famosa obra-reportaje de John Reed *Diez días que conmovieron al mundo*[1] sería la base de ambas películas, en la actualidad míticas: *Oktyabr* (*Octubre*, 1927), del maestro S. M. Eisenstein, y *Reds* (*Rojos*, 1981), del actor y director Warren Beatty, cuyas distintas «miradas» cinematográficas son motivo de esta comunicación.

Introducción al cine soviético

En 1914, la producción rusa había logrado la cifra de 170 películas, con temas basados en su propia historia y en adaptaciones de obras literarias (Pushkin, Gogol, Dostoievsky, Tolstoi). Después del estallido de la Gran Guerra, el cine ruso cobraría auge debido a su aislamiento nacional, y aparecerían los filmes de género, a la vez que existía en el país un refinado gusto por la forma y las tendencias teatrales vanguardistas. En 1917, con la Revolución de Febrero, se abolió la censura y empezaron a realizarse las primeras cintas revolucionarias junto a algunos filmes pornográficos. La Revolución de Octubre acabaría con esa etapa de transición, y enseguida se constituyeron comités de cine para orientar y colectivizar la producción.

Con todo, hasta 1919 no nacería el cine soviético. Fue el 27 de agosto de ese año, cuando Lenin firmó el Decreto de Nacionalización de la industria cinematográfica de la URSS. También pasaban a depender del Estado las salas de exhibición.

Según los datos publicados por los coetáneos R. Marchand y P. Weinstein, al estallar la revolución bolchevique existían treinta productoras —con un ca-

1 *Ten days that shook the world*, que fue publicada en 1919 por el propio John Reed, narra en doce capítulos los acontecimientos de la Revolución de Octubre en clave de reportaje.

pital de doce millones de rublos— que dependían de la industria privada, las cuales «suministraban el 70% del material imprescindible para abastecer los dos mil y poco cinematógrafos en funcionamiento. Nueve de cada diez filmes salían de los estudios de Moscú y el resto procedía de los establecimientos de Petrogrado, Kiev, Odessa y Yalta».[2]

Resulta claro, por tanto, que el gobierno comunista quería servirse del cine como medio para exaltar el «nuevo orden», y con esa consigna tuvieron que desarrollar su arte los grandes cineastas que aparecieron por aquellos años. Es ya célebre la recomendación de Lenin a Lunacharski: «Usted, que tiene fama de protector del arte, debe recordar siempre que, de todas las artes, la más importante para nosotros es el cine». Luego, ante la poca incidencia ideológica de las películas sobre el público, Stalin agregaría en 1924: «Puesto que el cine es el medio mayor de propaganda de masas, hemos de tomarlo en nuestras manos». Y, bajo esa impronta, surgieron las primeras firmas: Vertov, Kulechov, Kozintsev, Eisenstein, Pudovkin y Dovjenko, entre otras.

Contexto del film *Octubre*

Una vez concluida la gran guerra civil en la Unión Soviética (1918-1920) y tras el éxito de *La huelga* (1925) y de *El acorazado Potemkin* (1925), el Comité Central del partido encargó a Serguéi Mijaílovich Eisenstein (Riga, 1898 - Moscú, 1948) la realización de *Octubre*, precisamente a los diez años de la histórica Revolución. Al morir Lenin (21 de enero de 1924), sobrevino un cambio en la jefatura del Sóviet Supremo, y el nuevo gobierno —ya con Stalin en el poder— intervendría directamente en la película, utilizándola para hacer propaganda del sistema. Por ejemplo, en el asalto a la bodega del Palacio de Invierno, los soldados rompen las botellas para que el pueblo no se emborrache. Esto corresponde a la intensa campaña que llevaba a cabo el gobierno en contra del alcoholismo.

Por otra parte, se criticaría a Eisenstein cierta tendencia hacia el espiritualismo, a causa de que ese mismo año de 1927 se estaba viviendo otra campaña en contra de la religión. También criticaron muy duramente a su autor el montaje intelectual, porque la gente no lo entendía. Todo esto obligó a que se tuviese que cambiar el montaje original.

2 Marchand, R. y Weinstein, P. *L'art dans la Russie nouvelle: le cinéma*. París: Rieder, 1927, pp. 14-15, cit. por Fernández Cuenca, Carlos. *La obra de S. M. Eisenstein*. Madrid: Filmoteca Nacional, 1965, p. 11.

Por tanto, cuando se realizó este film conmemorativo, Stalin y su grupo ya habían vencido definitivamente (27 de diciembre de 1927) sobre la facción encabezada por Trotsky, el cual sostenía que un régimen comunista en un solo país era una anomalía y que la revolución proletaria únicamente se salvaría cuando el mundo entero hubiera sido encaminado por esa vía. El Congreso del PCUS condenó toda «desviación de la línea general del partido», según la interpretación de Stalin. De ahí que se desterrara a las provincias a Trotsky y a sus partidarios, hasta la expulsión definitiva de este de la Unión Soviética (enero de 1929) y su asesinato en México (agosto de 1940) por un agente de Stalin, el catalán Ramon Mercader.[3]

Poco antes, mientras algunas potencias mundiales iban reconociendo al gobierno soviético, el mismo Congreso del PCUS tomaría varias decisiones que iban a señalar el punto final de la Nueva Política Económica (la llamada NEP). En primer lugar, comenzó la denominada nueva ofensiva socialista, que introdujo un programa para una rápida industrialización, compuesto por varios «planes quinquenales» (que se iniciaron el 1 de octubre de 1928), la cual logró un notable éxito en el desarrollo de la industria pesada (sobre todo, para la defensa nacional), aunque la producción de bienes manufacturados estaba por debajo de las necesidades de la población.

Asimismo, en el campo de la agricultura se inició una campaña de colectivización que integraba las granjas individuales en grandes entidades, tales como las *koljoz* (granjas colectivas) y las *sovjoz* (granjas estatales). Todo ello, no obstante, iba a ser tema de un nuevo film «de encargo» de S. M. Eisenstein: *La línea general* (después titulada *Lo viejo y lo nuevo*, 1929), cuyo rodaje suspendió precisamente para realizar *Octubre*.

Octubre, una película controvertida

Sinopsis argumental: 1917, Revolución de Febrero. Se anuncia el fin de zarismo. La burguesía, triunfante, festeja la victoria. Mientras los mencheviques y socialrevolucionarios se regodean, los soldados rusos mueren en el frente oriental. La población no está contenta con una victoria que tiene el precio de la muerte.

Llegada de Lenin, ante la apoteosis de la multitud. Dice que la revolución popular ha sido traicionada. De los gritos en las calles y mítines se pasa ense-

3 Evocado por la literatura y el cine; cfr. el reciente artículo de Mraz, John. «Killing Trotsky, reviving Mercader». *Filhmistoria Online*, vol. 26, núm. 2, 2016, www.filmhistoria.com/2016/11/filmhistoria-online-vol-26-num-2-2016.html.

guida a la conspiración, y comienzan los primeros actos de fuerza. Ambos bandos se preparan para las acciones decisivas, y tienen lugar las manifestaciones de abril en Petrogrado. Las fuerzas militares, que se habían negado a reprimir la manifestación, son encarceladas y enviadas a campos de concentración como traidoras; también los marinos de Kronstadt.

Revolución de Octubre. La victoria de la milicia ciudadana en Moscú vengará el desastre de la Comuna de París. Las fuerzas que habían sido preparadas para repeler el ataque son atraídas por el sóviet. Mientras tanto, se está desarrollando un congreso en que los mencheviques intentan hacer abandonar a los bolcheviques todo intento de revolución, diciéndoles que están solos y que nadie los apoya; llega un soldado del frente afirmando que es mentira, puesto que la mayoría del Ejército está con ellos. En las elecciones, salen elegidos los bolcheviques.

Se da la orden de que todas las tropas se dirijan al Palacio de Invierno. Algunos soldados se introducen en el interior y hablan con la batería de cosacos. Algunas mujeres del batallón de la Muerte abandonan las armas, así como los cosacos. Toma del palacio. La sonrisa de un soldado hace de símbolo; los cadetes se llevaban objetos de plata. El gobierno provisional es destituido.[4] El poder ya está en manos del proletariado.

Valoración crítica

Rodada como si fuese un documental (la escena en la que Lenin dirige un mitin en la estación es modélica en este sentido), *Octubre* es un canto al triunfo del proletariado universal —en una época en que aún se creía en esa toma del poder popular— y una de las más importantes películas de reconstitución histórica, aunque manipule la historia, además de «piedra de toque» del cine de propaganda soviético. De ahí el reconocido carácter panfletario de algunas secuencias —y en su conjunto—; pero, por encima, está su calidad artística, propia de toda la obra del maestro Eisenstein.

El objetivo historicista, desde una visión oficial —el gobierno, lógicamente, hizo que se suprimieran los planos en que aparecía Trotsky (aunque ahora aparece uno en las copias restauradas)—, y de ensayo estético están conseguí-

4 En esta secuencia aparece firmando el decreto de disolución Antonov Ovseyenko, que fue el cónsul de la Unión Soviética en Barcelona durante els «Fets de Maig de 1937», y fue destituido y «purgado» por Stalin. Hoy resulta impresionante su visión, porque es el sistema quien devora a sus propios fundadores. Véase las memorias Antonov-Ovseyenko, A. *The time of Stalin: Portrait of a tiranny*. Nueva York: Harper and Row, 1981.

dos, al tiempo que la difusión de la ideología comunista y la justificación bolchevique de la Revolución de Octubre estaban asimismo logradas. Lo que no está tan claro es el «juicio de la historia» (como afirman diversos especialistas: Marc Ferro, Jean Mitry y Esteve Riambau, por ejemplo), pero sí permanece su valor como reflejo del contexto en que se realizó el film.[5] Veamos el juicio crítico sintético que ofreció sobre *Octubre* el referido Jean Mitry:

> En vez de la rigurosa perfección de *El acorazado Potemkin*, este film, que condensa en dos horas de tiempo los múltiples acontecimientos de los «diez días que conmovieron al mundo» (octubre de 1917), es disparatado, caótico y, con frecuencia, confuso. A pesar de todo, contiene trozos de antología (el ataque al Palacio de Invierno, el paso del puente elevadizo), y su aspecto barroco no deja de ser seductor hasta en las escenas de grandioso horror. La utilización simbólica de los objetos está llevada al colmo, y Eisenstein busca, a veces, en ella correspondencias esotéricas bastante discutibles.[6]

Sobre esa secuencia-clave del asalto al Palacio de Invierno y el famoso «montaje de atracciones», otro crítico contemporáneo, Manuel Villegas López, escribió:

> El montaje es un conflicto de imágenes en atracción. Se basa en la escritura china y japonesa, de ideogramas y jeroglíficos. En ella, de dos imágenes concretas —que representan objetos reales— se obtiene —por atracción y conflicto— una idea abstracta. Primero son los objetos materiales, pintados más o menos realísticamente, y después esos mismos dibujos transformados ya en signos representativos... Del mismo modo, dos imágenes concretas tomadas por la cámara tienen un significado propio, por lo que se ve, pero otro distinto y superior por el choque de una con otra y de ambas con las demás, que las preceden y siguen. Estas imágenes en conflicto pueden estar en la veracidad de la escena, de manera realista, o estar fuera de toda realidad objetiva, de modo expresionista.
>
> *Octubre* está lleno de esta expresión por conflicto de imágenes. Kerensky, en el Palacio de Invierno, que va a ser asaltado, es presentado satíricamente como creyéndose un gran hombre. Eisenstein juega con su imagen con una estatua que lleva una corona en la mano; por un momento parece que esta estatua corona al político. También éste y un busto de Napoleón, para representar las ideas napoleónicas de aquél; de pronto, el busto se rompe solo, lo que ya no es realidad, sino deformación de la acción y de la imagen. Las mujeres soldados que defienden el

5 Cfr., al respecto, el valioso estudio crítico de Riambau, Esteve. «*Octubre*, un doble reflejo de la historia». En Romaguera, J. y Riambau, E. (eds.). *La historia y el cine*. Barcelona: Fontamara, 1983, pp. 67-79.

6 Mitry, Jean. *Diccionario del cine*. Barcelona: Plaza y Janés, 1970, p. 206.

> Palacio de Invierno, mientras disparan, alternan con estatuas de Venus con niños en brazos, como sátira a la feminidad frustrada. El conflicto expresionista le hace intercalar, en los discursos de los adversarios mencheviques, arpas que ejecutan una supuesta melodía; arpas que no están allí, pero que simbolizan la lejanía de aquellos políticos de toda realidad. De esas imágenes reales y concretas surge un concepto absolutamente abstracto.[7]

Son muchas otras las metáforas visuales que posee el film. Por ejemplo, cuando la estatua del zar es derribada y en el montaje se la ve caer tres veces, se hace para reforzar la idea de la caída. O la metáfora del carro y el caballo que quedan colgados al borde de un puente cabe interpretarla así: cuando la revolución bolchevique es reprimida por los burgueses, el caballo se separa del carro; es decir, la revolución (el carro) ha perdido la fuerza (el caballo). Y el mismo pavo real mecánico significa a Kerensky, henchido de orgullo ante la puerta del gabinete del zar.[8]

Por otro lado, se sabe que los 3.800 metros rodados inicialmente por Eisenstein fueron reducidos a 2.200, sin explicación alguna por parte de la censura del gobierno soviético, que acusaría al maestro ruso de no respetar la verdad histórica y de haber utilizado el film para experimentar sus teorías sobre el montaje. De todo ello nos hablan dos analistas del tema, Ana Boned y Maria Antonia Fernández: «En cierto sentido tenían razón quienes opinaban así, porque el director de *Octubre* no se limitó a hacer una simple película realista, sino que premeditadamente quiso combinar la lucha revolucionaria con la experimentación formal, desligándola del puro formalismo descarnado, maximalista». Y citan luego al desaparecido crítico de *El País*, Ángel Fernández Santos, quien añade:

> Eisenstein estudia microscópicamente un fenómeno macroscópico. Describe el árbol y el bosque sin que ninguno de ellos impida la visión del otro. De ahí esa energía de aspecto equívocamente barroco: hay una selva de signos en el film. Más que una película de expresión abiertamente barroca, *Octubre* es obra de la imaginación de un romántico. Eisenstein —escribía entonces en *Nuestro Cine* (núms. 100-101, 1970, p. 20)— consigue hacer coincidir la comunicación racional con la sentimental.[9]

7 Villegas López, Manuel. *Los grandes nombres del cine*. Barcelona: Planeta, 1973, vol. 1, pp. 272-273.

8 Para un estudio detallado, véase la obra de unos de los colaboradores del propio realizador, Sklovski (Sklovski, Viktor. *Eisenstein*. Barcelona: Anagrama, 1973), que no solo biografía a este genio del cine, sino que ofrece una crónica del ambiente artístico de la Rusia revolucionaria.

9 Cfr. Boned, A. y Fernández, M. A. «La Revolución Rusa y su proyección en el movimiento socialista norteamericano». En Paz, María Antonia y Montero, Julio (eds.). *Historia y cine: Realidad, ficción y propaganda*. Madrid: Complutense, 1995, p. 81.

Otros filmes importantes han retratado las mentalidades soviéticas de la Revolución: *Doctor Zhivago* (David Lean, 1965), basado en la célebre obra de Boris Pasternak; *Nicolás y Alejandra* (Franklin J. Schaffner, 1971), según la novela de Robert K. Massie; *Rojos* (*Reds*, Warren Beatty, 1981) —que comentamos a continuación—, y *El almirante* (Andrei Kravchuk, 2008).[10] Pero ninguna cinta refleja tan bien como *Octubre* la visión —«desde dentro»— de quienes protagonizaron una de las revoluciones más influyentes de la historia del siglo XX.[11]

Rojos, política y espectáculo

«Maldito el dinero capitalista, pero gracias a él he podido trabajar libre y sin censuras». Con esta paradójica sentencia, Warren Beatty agradeció emocionado el Oscar de Hollywood al mejor director, tras superar los problemas con el sistema norteamericano, invertir cuatro años en la realización de esta película-río y gastar unos 33 millones de dólares en la empresa.

Así, este ex galán del cine norteamericano —Warren Beatty nació en Richmond (1937) y es hermano de la actriz Shirley MacLaine—, que ha sido jugador de básquet y actor de televisión y teatro, se inició en la producción cinematográfica en 1967, con el célebre film de Arthur Penn *Bonnie and Clyde*, después de interpretar diversas películas taquilleras. Recuérdese, si no, sus títulos *Esplendor en la hierba* (Elia Kazan, 1961) —aquí un poco en la línea romántica del desaparecido James Dean, y con Natalie Wood como *partenaire*—, *Lilith* (Robert Rossen, 1964), *Magnífico bribón* (Jack Smight, 1966)... hasta *El único juego de la ciudad* (George Stevens, 1970), junto a Elizabeth Taylor como protagonista. Como productor-actor de moda en la vieja meca del cine, Beatty continuó como actor con *Shampoo* (Hal Ashby, 1975) y la comedia *El cielo puede esperar* (1978), que asimismo dirigió. De ahí que se animara a ponerse, simultáneamente, delante y detrás de la cámara con una polémica biografía.

10 Véase la comunicación de Alonso, Juan Manuel. «Dos maneras de explicar y ambientar la Revolución Rusa: *Nicolás y Alejandra* (1970) y *El almirante* (2008)». *Actas del V Congreso Internacional de Historia y Cine: Escenarios del cine histórico*. Universidad Carlos III de Madrid (septiembre de 2016).

11 Título original: *Oktyabr*. Producción: Sovkino (URSS, 1927). Director: Serguéi Mijaílovich Eisenstein. Argumento: según el relato de John Reed *Diez días que conmovieron al mundo*. Guion: S. M. Eisenstein y Grigori Alexandrov. Fotografía: Edouard Tissé, Vladimir Popov, V. Nilsen. Música: Dimitri Shostakovich (sonorizada en 1966). Decorados: Vladimir Kovrighin. Montaje: S. M. Eisenstein. Intérpretes: Vasili Nikandrov (Lenin), Nikolay Popov (Kerensky), Boris Livanov (Terestsenko), Padvoiski (jefe del Estado Mayor Revolucionario), Edouard Tissé (El alemán), soldados del Ejército Rojo, marineros de la Flota Roja, obreros y ciudadanos de Leningrado. Blanco y negro - 103 minutos.

Un *biopic* ambicioso

De Warren Beatty sabemos que es multimillonario, pero poco de su ideología como autor. Ni tampoco si para esta superproducción recibió ayuda de los radicales estadounidenses. Lo que sí parece evidente es la aceptación que se granjeó su ambicioso film entre la crítica de izquierda, tan exigente con otras cintas de talante liberal. La razón es obvia: aunque *Reds* no es una obra maestra, serviría como propaganda de la lucha comunista en el mundo, a pesar de que no fuera esa la intención de Warren Beatty. De hecho, la URSS produjo casi simultáneamente una película —*Campanas rojas* (1982)— sobre la epopeya mexicana de John Reed, dirigida por Serguéi Bondartchúk (el realizador de *Waterloo*, y *Guerra y paz*) e interpretada por Franco Nero.[12]

Rojos, por tanto, cuenta parte de la biografía del periodista John Reed (Jack), cofundador del PC norteamericano y corresponsal de guerra durante la revolución mexicana —incluso se unió a las tropas de Pancho Villa—, contrario a la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y testigo de excepción en la revolución soviética. Muerto de tifus en Moscú, el 19 de octubre de 1920 fue enterrado con todos los honores en el Kremlin. Es más, como hemos apuntado, su crónica *Diez días que conmovieron al mundo* sirvió a Eisenstein como argumento para realizar *Oktyabr*, subtítulada así.

Itinerario existencial

Beatty comienza la historia de John Reed donde prácticamente la dejó Paul Leduc, quien dio a luz en 1973 a una película sobre su primera experiencia revolucionaria: *Reed: México insurgente*, cinta que también tuvo enormes problemas de exhibición.

Por tanto, el «oscarizado» cineasta norteamericano retoma el itinerario existencial de Jack Reed (que había nacido en Portland, en 1887, de familia acomodada y estudiado en Harvard) en la época prebélica, cuando vive en Greenwich Village y comparte su círculo intelectual. Allí conoce a la anarquista Emma Goldman y a Louise Bryant —feminista—, junto al dramaturgo Eugene O'Neill y a otras figuras de aquellos años, desde Henry Miller hasta

12 En España se tituló *La década que estremeció al mundo*. Hubo una segunda parte, *Rusia 1917*, donde se aborda la actividad de John Reed durante la revolución soviética y su relación amorosa con Louise Bryant, interpretada por Sydney Rome, así como sus entrevistas con Lenin, interpretado por Anatoli Ustiuzháninov, y otros fundadores de la URSS. Este segundo film no se estrenó en nuestro país.

Kenneth Chamberlain, pasando por Isaac Don Levine, Dora Russell, Adela Rogers St. Johns..., quienes fueron entrevistados por Warren Beatty a fin de que testimoniaran en la pantalla —como hablando con el espectador— la personalidad del desaparecido periodista y líder político. Así, su protagonismo en la Revolución de Octubre, narrada en su hoy histórica obra-reportaje, queda en un segundo plano, en la segunda parte de este ambicioso *biopic*.

Valoración crítica

Sin embargo, Beatty —que asimismo encarna a John Reed y es el autor del guion— centra la epopeya revolucionaria en la aventura sentimental del personaje biografiado. Tanto en el plano ideológico como en el moral, nos ofrece un retrato de la evolución ética —en su comportamiento con la que sería su mujer, Louise Bryant (espléndida Diane Keaton en su papel), y en el terreno político— que apenas llega a convencer al público exigente; pues en ciertos momentos no conecta con este, debido a su endeblez psicológica y superficialidad, o lectura esquemática. Quien espere encontrar en *Rojos* un análisis de la personalidad y de la ideología de John Reed —que fue calificado por Trotsky como «observador y participante, cronista y poeta de la Revolución»— quedará defraudado. En cambio, aquellos que quieran ver un relato romántico, que mira con simpatía y apasionamiento la lucha de un idealista, soñador ingenuo —nótese su desengaño en el seno del Comintern, cuando quiere que reconozcan a su partido obrero como el Partido Comunista Norteamericano— y buscador de la utopía materialista, que pretende resolver los problemas de la sociedad cuando no ha resuelto los suyos, hallarán en la versión cinematográfica de Warren Beatty los suficientes apuntes crítico-biográficos para aproximarse a John Reed, el hombre. Su amor tempestuoso, la estructura melodramática —cercana al folletín— y el tono grandilocuente me hicieron pensar muchas veces —durante la proyección— en el *Doctor Zhivago*, de David Lean. Opinión personal que, posteriormente, coincidiría con la de otros críticos. (Los empresarios españoles se plantearon incluso «reponer» la adaptación fílmica de la novela del premio Nobel Boris Parternak en cuanto saliera de cartel su análoga de Beatty).

Evocación histórica

Acaso lo mejor del film resida en la evocación histórica que brinda de una época singular. Pese a su aire novelado —no en vano la película dura tres horas

y cuarto, dividida por un intermedio— y un tanto agotador, *Reds* retrata los avatares de aquellos años y sitúa perfectamente a los personajes en su contexto, con una cuidada creación de ambientes y tipos —vestuario, escenarios y pasajes naturales incluidos—. A tal fin, Warren Beatty no ha escatimado medios: cuatro unidades rodaron por todo el mundo: desde Nueva York, Washington y California, pasando por los estudios londinenses, España y Finlandia, las cámaras y equipos del nuevo realizador yanqui «cabalgaron» por ciudades y estepas en busca de un mayor realismo. Todo ello con un tono espectacular que, unido al carácter político de fondo, resultaría un cóctel de resultados imprevisibles.

Con un ritmo mantenido y una lograda fotografía de Vittorio Storaro (el premiado operador de *Apocalypse now* y tantos otros filmes, como *El último emperador* y la siguiente película de Warren Beatty como director y actor, *Dick Tracy*, 1990), quien también conseguiría un Oscar por *Reds*, su brillantez formal hace más digerible la prolija narración —no exenta de ligeras concesiones—, donde el fresco histórico y la postura liberal se patentizan en estas palpitantes y —¿por qué no decirlo?— comerciales imágenes de la hornada de los años ochenta del cine estadounidense. Por eso, la industria de Hollywood quiso premiar a su antiguo galán, no tanto por la categoría del film como por su gran esfuerzo como realizador; al igual que a Maureen Stapleton, en su papel de Emma Goldman, como mejor actriz secundaria.

No obstante, para darle mayor rigor a *Rojos*,[13] Warren Beatty contrató como asesor histórico al especialista Robert A. Rosenstone —reconocido biógrafo de Reed—,[14] que lógicamente defendería la película. Concluimos, pues, nuestra comunicación con sus clarificadoras palabras:

> El título del film es atrevido, rotundo, descriptivo. Una vez superadas las bromas acerca de otro título lacerante de cuatro letras, *Jaws* (*Tiburón*), no se oculta el hecho básico: éste es un film sobre radicales y revolucionarios, sobre gente que ha merecido adjetivos despreciativos en Norteamérica, sobre personas que no tienen

13 Título original: *Reds*. Producción: JRS Productions, para Paramount (EE.UU., 1981). Productor: Warren Beatty. Director: Warren Beatty. Guion: Warren Beatty y Trevor Griffiths. Asesor histórico: Robert A. Rosenstone. Fotografía: Vittorio Storaro. Música: Stephen Sondheim. Dirección artística: Simon Holland. Vestuario: Shirley Russell. Montaje: Dede Allen y Craig McKay. Intérpretes: Warren Beatty (John Reed), Diane Keaton (Louise Bryant), Jerzy Kosinski (Grigory Zinoviev), Jack Nicholson (Eugene O'Neill), Paul Sorvino (Louis Fraina), Maureen Stapleton (Emma Goldman), Nicolas Coster (Paul Trullinger), Pat Starr (Helen Walters), George Plimpton (Horace Whigham). Color - 195 minutos.

14 Véase Rosenstone, Robert A. *Romantic revolucionary: A biography of John Reed.* Cambridge: Harvard University Press, 1990 (1.ª ed. 1975).

ningún reparo en calificarse asimismo de comunistas. Pero, como la publicidad anunciaba y los críticos han señalado, *Reds* es una historia de amor. Una historia de amor peculiar, de una gente particular en un momento histórico singular. Al escoger Estados Unidos, al elegir a John Reed y Louise Bryant y el microcosmos cultural en el que vivieron, al mostrar los orígenes del Partido Comunista en Norteamérica y los primeros y tormentosos días del Komintern, y al romper el ritmo del film con entrevistas a testigos de la época, Beatty decidió hacer un trabajo histórico. Considerar que *Rojos* es sólo una historia de amor significa tener una visión estrecha y unidimensional, e ignorar la influencia del cine en nuestras vidas.

En la primavera de 1917, Reed escribió amargado: «No estoy seguro [de] que la clase trabajadora sea capaz de llevar a cabo de la revolución». A continuación se trasladó a Petrogrado, y vivió las experiencias de aquellos diez días dramáticos y creyó ver encauzadas sus ideas revolucionarias en Lenin, Trotsky y las masas de soldados y trabajadores rusos. Ya tenía tema donde volcar su pluma y sus creencias. Por ello no es de extrañar que su primer artículo de fondo sobre la revolución esté imbuido de frases de esperanza casi religiosa: «Este gobierno del proletariado permanecerá [...] en la historia, será un haz de luz para la humanidad».

Esta fe fue lo que le sostuvo en los últimos tres años de su vida. Le ayudó a soportar los juicios por agitación antigubernamental y malos tratos policiales en Estados Unidos de 1918 y 1919, le empujó a acabar *Diez días que estremecieron al mundo* en dos meses y le mantuvo en pie durante las disputas y enfrentamientos (*Rojos* los muestra bastante bien) que dieron lugar a los dos partidos comunistas en Norteamérica). Esta fe también sirve para entender mejor la supuesta afirmación de Louise Bryant de que, en 1919, Reed estaba ansioso de poder y que había vuelto a Rusia para representar a «treinta hombres que se habían reunido en un sótano». Y la respuesta a esta afirmación la encontramos más tarde, cuando le insinúa a Emma Goldman que, si abandonara la revolución, su vida carecería de significado.[15]

Estamos, finalmente, ante dos filmes importantes que tenían que estar presentes en este congreso internacional dedicado al centenario de la revolución rusa (1917-2017).

15 Rosenstone, Robert A. *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Barcelona: Ariel, 1997, pp. 68 y 76-77.

Un futur socialista entre les runes de 1989: Gerald Cohen i la implosió soviètica

Raül Digón[1]
Universitat de Barcelona

> The fact that the first great experiment in running a modern economy without relying on avarice and anxiety has failed, disastrously, is not a good reason for giving up the attempt, forever. Philosophers least of all should join the contemporary choruses of dirge and hosanna whose common refrain is that the socialist project is over. I am sure that it has a long way to go yet, and it is part of the mission of philosophy to explore unanticipated possibilities.
>
> G. A. Cohen

1989 en la visió d'un marxista analític

El desmembrament del bloc de l'Est va interpel·lar directament l'esquerra intel·lectual. El filòsof Gerald Allan Cohen (1941-2009), que encapçalà l'escola de marxistes analítics del Grup de Setembre,[2] va reflexionar-hi en diversos assaigs. El lligam amb allò que l'URSS simbolitzava provenia de l'atmosfera cultural

1 Doctor en Dret i Ciència Política i llicenciat en Filosofia i en Dret per la UB, màster en Ciències Polítiques i Socials per la UPF i professor del Departament de Ciència Política, Dret Constitucional i Filosofia del Dret de la UB.

2 El corpus principal d'obres del marxisme analític, corrent que replanteja la vigència de categories centrals de la tradició marxista amb mètodes de les ciències socials contemporànies, inclou Cohen, G. A. *Karl Marx's Theory of History: A Defence.* Nova York: Oxford University Press, 2000 (1978); Cohen, G. A. *History, Labour and Freedom: Themes from Marx.* Nova York: Oxford University Press, 1988; Roemer, J. E. *A General Theory of Exploitation and Class*. Cambridge (Massachusetts) / Londres: Harvard University Press, 1988; Roemer, J. E. *A Future for Socialism*. Londres: Verso, 1994; Elster, J. *Making Sense of Marx.* Cambridge: Cambridge University Press; París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1985; Elster, J. *An Introduction to Karl Marx.* Cambridge: Cambridge University Press, 1986; Przeworski, A. *Capitalism and Social Democracy*. Nova York: Cambridge University Press, 1986; l'antologia col·lectiva Roemer, J. E. (ed.). *Analytical Marxism.* Cambridge: Cambridge University Press; París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1986 (amb textos de Roemer, Cohen, Brenner, Elster, Bardhan, Wright, Przeworski, Wood); Wright, E. O. *Classes*. Londres: New Left Books, 1985; Wright, E. O. *Class Counts. Comparative Studies in Class Analysis.* Cambridge: Cambridge University Press; París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997, o Van Parijs, P. *Marxism Recycled*. Cambridge: Cambridge University Press; París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1993.

on s'havia format abans d'ingressar com a *rara avis* en el *mainstream* acadèmic d'Oxford: el grup comunista jueu de Mont-real de mitjan segle XX, una comunitat on confluïen la condició de jueu amb les d'antinazi, demòcrata i comunista, com una sola identitat contrària a tota forma de tirania.[3] Cohen va mantenir sempre un compromís amb els valors socialistes, tot i el desencís personal amb el bloc de l'Est (el XX Congrés del Partit Comunista de la Unió Soviètica [PCUS], els viatges successius a Hongria, Txecoslovàquia i la Unió Soviètica, etc.) en constatar que aquella esperança d'emancipació amagava un món mancat de llibertats d'expressió i drets de participació política.[4]

Cohen avalua la significació del final del «socialisme real» per a les esquerres, amb altres autors del mateix corrent, evolucionant de l'estudi de la tradició marxista a la filosofia política i la justícia distributiva. Juntament amb Roemer, Van Parijs o Wright, Cohen reflexiona sobre el què (els dissenys institucionals), el perquè (la justificació normativa), el com (l'estratègia) i el qui (els subjectes) d'una societat no dominada per criteris de mercat, sinó regida per principis —socialistes— d'igualtat i comunitat. Examina l'impacte del col·lapse del bloc de l'Est sobre el marxisme i, com a matèria diferenciada, sobre el conjunt del socialisme, i observa un efecte positiu en el primer cas i un de negatiu en el segon.[5] És a dir, segons ell l'esfondrament de l'URSS no qüestionaria les tesis del materialisme històric, reconstruïdes a *Karl Marx Theory of History. A defence* (desenvolupament i primacia de les forces de producció sobre l'estructura econòmica, la superestructura juridicopolítica i el canvi social, en conjunció amb la lluita de classes). El col·lapse soviètic contribuiria a refermar la tesi que tota revolució socialista realment reeixida requereix un desenvolupament industrial previ. En canvi, el fracàs de l'estructura institucional de l'URSS i els estats afins qüestiona els ideals socialistes que, en sentit ampli, aquell bloc encarnava. Això és objecte d'anàlisi en els textos «The Future of a Disillusion», «Back to Socialist Basics» i *Why not Socialism?*, una trilogia en què Cohen exposa la seva filosofia socialista i tracta les reaccions de les esquerres vers 1989, els valors socialistes i els motius que han fet fracassar els intents d'organitzar econòmicament la societat des de criteris alternatius al capitalisme.

3 Cohen, G. A. *If You're an Egalitarian, How Come You're So Rich?* Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2000.

4 Capítols 11 de Cohen, G. A. *Self-Ownership, Freedom and Equality.* Cambridge: Cambridge University Press, 1995; 2 de Cohen, G. A. *If You're an Egalitarian, How Come You're so Rich?* Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2000, i 2 de Cohen, G. A. *Finding Oneself in the Other.* Nova Jersey: Princeton University Press, 2012.

5 Cohen, G. A. *Karl Marx's Theory of History: A Defence.* Nova York: Oxford University Press, 2000 (1978), p. 389.

Més enllà d'una desil·lusió

L'esfondrament del «socialisme real» provocà perplexitat i desorientació. A «The Future of a Disillusion» (1992),[6] evocant Freud, s'aborda la «depressió» militant que l'ensulsiada del bloc de l'Est causà sobre una part remarcable de la intel·lectualitat progressista dels darrers anys vuitanta. Desconcert i, a vegades, crisi d'identitat política amb components psicològics complexos. Especialment per als marxistes crítics que, com Cohen, entenien l'URSS com una esperança molt dubtosa de socialisme. Aquests perfils, paradoxalment, van ser dels més afectats per la implosió soviètica:

> Those of us on the left who were stern critics of the Soviet Union long before it collapsed needed it to be there to receive our blows. The Soviet Union needed to be there as a defective model so that, with one eye on it, we could construct a better one. It created a non-capitalist mental space in which to think about socialism.[7]

L'URSS oferia un referent per pensar alternatives al capitalisme. El seu testimoni implicava l'esperança que en el futur, potser en alguna regió més propícia, s'acabés realitzant l'ideal de justícia social i autorealització personal que l'Estat sorgit de la Revolució d'Octubre no havia sabut consolidar: la igualtat econòmica en comptes de l'explotació de classe en el capitalisme, una democràcia completa en lloc de la burgesa i una economia de servei mutu i no d'alienació, avarícia i por.[8] L'adeu definitiu a aquesta expectativa afectà tots els que, d'una manera o d'una altra, no havien deixat de creure-hi.

Les reaccions a aquest fracàs històric foren diverses. Cohen proposa una tipologia subtil per resumir-les. Estableix tres grans grups de respostes en saber-se que, en l'horitzó proper, no s'acomplirà l'ideal d'una societat regida per normes d'igualtat: 1) manteniment de la creença en l'ideal; 2) trencament amb l'ideal que no s'ha assolit; 3) abandonament general de la política.[9] Jon Elster,

6 Publicat primer a Cohen, G. A. «The future of a disillusion», a Hopkins, J.; Savile, A. (ed.). *Psychoanalysis, Mind and Art. Perspectives on Richard Wollheim*. Oxford: Basil Blackwell, 1992, i posteriorment com a capítol II de Cohen, G. A. *Self-Ownership, Freedom and Equality.* Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

7 Cohen, G. A. *Self-Ownership, Freedom and Equality.* Cambridge: Cambridge University Press, 1995, p. 250.

8 *Ibid.*, p. 253.

9 Capítol II de Cohen, G. A. *Self-Ownership, Freedom and Equality.* Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

company de corrent, exposa a *Sour Grapes* (1985) el procés de formació de preferències adaptatives. Assenyala que la guineu, com que no pot accedir al raïm, reacciona creient que és agre i que, per tant, li convé més cercar objectius més a l'abast.[10] Cohen observa que, del 1989 ençà, s'havia produït una patologia d'adaptació de les preferències en l'esquerra: tractar allò accessible com el millor que hom pot concebre. A finals dels vuitanta i primers dels noranta van sorgir propostes de «socialisme de mercat». Recuperen aquesta idea David Miller, Alec Nove o, entre els marxistes analítics, John Roemer i Pranab Bardhan. La colossal enginyeria del socialisme real havia vulnerat drets humans i amenaçat el medi ambient, però també fou un desastre econòmic inapel·lable. Per això, aquells autors proposen una economia no planificada, o poc planificada, en un sistema de mercat qualificable com a socialista, per haver superat la divisió capital/treball (en els models que plantegen, els treballadors posseirien les empreses i, per tant, no existiria una classe de capitalistes enfront d'obrers sense capital).

El socialisme de mercat podia ser una fórmula útil, si s'entén com a *second best* viable en temps d'ofensiva neoliberal; però si s'interpreta més ambiciosament, adverteix Cohen, s'incorre en l'exercici autoindulgent d'adaptació de les preferències (d'oblidar la necessitat que la guineu construeixi una escala per accedir a allò que de debò desitja, el raïm, i que potser fora accessible amb més esforç i enginy). Com a instància ordenadora d'intercanvis, el mercat, amb guanyadors i perdedors, compromet la destinació equitativa de béns i la justícia distributiva,[11] privilegia els més productius —amb més talents naturals— i perjudica els menys hàbils. Esperona la contribució productiva per la mera cerca de diners:

> The immediate motive to productive activity in a market society is typically some mixture of greed and fear, in proportions that vary with the details of a person's market position and personal character. In greed, other people are seen as possi-

10 De fet, es tracta de la popular faula d'Isop (s. VII aC) sobre la guineu que s'enganya a si mateixa davant la inaccessibilitat del raïm (en català es diu: «Quan la guineu no les pot haver, diu que són verdes»).

11 L'interès pel concepte de justícia va augmentar amb l'evolució intel·lectual de Cohen, amb connexions amb Marx no exemptes de polèmica: «Marx disparaged the notion of justice, and, so I have claimed, did not realized that he believed in it» (Cohen, G. A. *Self-Ownership, Freedom and Equality.* Cambridge: Cambridge University Press, 1995, p. 259); «In saying that Marx hated injustice, I am mindful of the fact that he sometimes disparaged justice as value. But that is because he was confused about justice, and he mistakenly thought that he did not believe that capitalism was unjust» («Isaiah's Marx and Mine», cap. 1 de Cohen, G. A. *Finding Oneself in the Other.* Nova Jersey: Princeton University Press, 2012, p. 12).

> ble sources of enrichment, and in fear they are seen as threats. These are horrible ways of seeing other people however much we have become habituated and inured to them, as a result of centuries of capitalist development.[12]

La cobdícia i la por s'associen a una psicologia negativa. Només poden tenir una vàlua instrumental i no intrínseca com a fonament de la societat, atès l'*ethos* que promouen.[13] Oblidar aquest fet fa platònic l'intent del socialisme de mercat de conciliar els avantatges de la competició mercantil amb els valors que han inspirat els socialistes històricament: democràcia, llibertat, igualtat i comunitat.[14] El primer gran intent d'organitzar una economia moderna sobre bases diferents de la societat de mercat capitalista fracassà,[15] però Cohen suggereix vies i incentius morals per assolir-ho. A partir d'un canvi d'actituds en el mercat, amb l'horitzó d'una economia sense mercat. Els seus arguments van ser qüestionats,[16] però la crítica al socialisme de mercat com a adaptació de les preferències ajuda a esclarir i vindicar els valors de tot projecte socialista que no acabi desdibuixat.

Retornar als fonaments normatius del socialisme

En aquest context de repensar la naturalesa i la viabilitat del socialisme, la *New Left Review* publicà en el número 207 (1994) un influent article de Cohen amb un títol ben explícit: «Back to Socialist Basics». Fou abans de la llarga etapa dels «nous» laboristes en el govern britànic, que hi accedeixen amb una estra-

12 Cohen, G. A. *Self-Ownership*, p. 262.

13 «Traditional socialists have often ignored Smith's point, in a moralistic condemnation of market motivation which fails to address its extrinsic justification. Certain contemporary over-enthusiastic market socialists tend, contrariwise, to forget that the market is intrinsically repugnant, because they are blinded by their belated discovery of the market's extrinsic value.» Cohen, G. A. *Self-Ownership*, p. 263.

14 *Ibid.*, pp. 260-261.

15 En la ressenya sobre Nagel, T. *Equality and Partiality.* Nova York: Oxford University Press, 1991, Cohen nega que del fracàs de l'experiment soviètic se n'infereixi que no pot reeixir cap forma d'igualitarisme comunista. Rebla: «I want to protest against the mix of political malevolence and intellectual fatuity within the horde of *clercs* who show triumphant confidence that no one with any sense can *still* be called a socialist». I critica les veus —no només de dretes— que, sense argumentar-ho prou, atribueixen el fracàs per assolir una societat sense classes a la forma social d'aquell règim i no a factors circumstancials («Mind the Gap», a Cohen, G. A. *On the Currency of Egalitarian Justice and Other Essays in Political Philosophy.* Nova Jersey: Princeton University Press, 2011, pp. 209-210).

16 Vegeu Miller, D. «Our unfinished debate about market socialism». *Politics, Philosophy & Economics*, vol. 13, 2, 2014.

tègia d'imatge modernitzada, acceptació de l'economia de mercat, distància amb les bases sindicals i afinitat amb les idees de Giddens (tercera via). Els laboristes discuteixen aleshores si llurs derrotes electorals successives responien a haver-se presentat com a massa (o massa poc) esquerrans davant l'electorat, i redefineixen postulats sota la influència ideològica d'alguns *think tanks*.

«Back to Socialist Basics» comença referint-se precisament a l'Institute for Public Policy Research (IPPR),[17] un *think tank* del nou laborisme que a finals de 1993 organitza una trobada d'intel·lectuals a Londres. L'IPPR anuncia que el seu propòsit és, tal com havia fet la dreta als setanta, reobrir els paràmetres prevalents del debat i oferir una perspectiva nova per a la política britànica. S'assenyala que la preocupació no és obrir un debat filosòfic sobre els fonaments del socialisme, però Cohen hi discrepa. Considera que la discussió sobre aquests fonaments és rellevant per al futur de l'esquerra i que allò que la dreta pot ensenyar per irrompre en el debat públic és, justament, la recuperació dels valors clàssics. (La Nova Dreta que va donar suport a l'ofensiva de Reagan i Thatcher confià en el fonament intel·lectual d'acadèmics com Friedman, Hayek o Nozick, els quals, més que idees rigorosament noves, refermen principis i valors conservadors tradicionals.) Per això, divergint de l'IPPR, Cohen advoca per restablir el contacte amb els principis de la seva pròpia tradició, del qual pot sorgir una retòrica adient per als nous temps:

> If the left turns its back on its foundations, it will be unable to make statements that are truly on its own [...]. The old rethoric now sounds «dated» not because everybody knows the content behind it but partly because its content has been forgotten. The Left will not recoup itself ideologically without addressing that foundational content.[18]

Argumenta que la relació entre valors/principis i praxi és complexa i a llarg termini. El seu vincle no és de mera implementació d'un disseny institucional. La teoria dota de direcció i horitzons la batalla política. En la revolució conservadora, les idees de Hayek, Nozick o Friedman no s'implementaren en forma pura, però com a idees de fons dotaren de poder de convicció els líders que hi creien, tot plegat derivat del compromís amb uns valors teòrics purs. Altrament, l'esquerra s'allunya dels valors que la defineixen quan cerca l'èxit electoral immediat o basa la crítica parlamentària als *tories* en el fet d'haver incom-

17 D'acord amb el web de l'entitat, www.ippr.org/, l'Institute for Public Policy Research (IPPR) es presenta com «the UK's pre-eminent progressive think tank» (consulta: 27 febrer 2018).

18 Cohen, G. A. *On the Currency*, p. 211-212 (cap. 10, «Back to Socialist Basics»).

plert la promesa de no apujar impostos, assumint el dogma thatcherista i un marc conceptual aliè en comptes de reivindicar per principi una política fiscal progressiva, indispensable per a l'estat del benestar.

En un món en transformació, la consciència dels valors socialistes bàsics és necessària per orientar l'acció envers una forma de societat més justa, però també per defensar i recuperar cada petit pas que s'hagi fet en aquell camí i ara estigui amenaçat. Els valors proporcionen la retòrica bàsica per justificar l'impuls o el fre de certs canvis. Doten un projecte polític d'elements que depassen la mera fita electoral.

Anteriorment, el laborisme havia tingut una relació natural amb dos valors bàsics: comunitat i igualtat. L'autoritat de cada un no depenia de la de l'altre, però la seva connexió els refermava. El laborisme els afirmava a Westminster com a qüestió de principi, i, conceptualitzats com a principis, eren qüestionats pel centre i per la dreta. Articulats en llibres, pamflets i altres manifestacions públiques, ambdós principis expressaven sentiments i demandes dels més desafavorits. L'erosió estructural de la base popular que sustentava els principis d'igualtat i comunitat els ha afeblit i l'èxit ideològic de la dreta els ha fet perdre l'hegemonia que tingueren. Tanmateix, per a Cohen conserven una força moral intrínseca.

Quin és, emperò, el contingut d'aquests principis que avui reviscolen en el discurs de Jeremy Corbyn?

1) El principi de comunitat: *community* denota un principi contrari al mercat, d'acord amb el qual et serveixo (t'ajudo) perquè ho necessites, no per allò que en tregui de fer-ho. La base subjacent no és la contribució productiva en el mercat (per pura retribució impersonal), sinó el compromís amb els altres. La font de motivació de qui actua d'acord amb aquest principi no és l'aiguabarreig entre cobdícia i por que disciplina el mercat, sinó un vincle més genuí amb la resta i el desig d'ajudar. Tal com sabem, el principi «de cadascú segons la seva capacitat, a cadascú segons la seva necessitat», afirmat per Marx i altres socialistes, perfila una idea de bona societat on les relacions personals no siguin instrumentals, sinó on es rebi en funció del que es necessita, no del que s'ha aportat. Cal estendre el principi de comunitat als diferents espais de l'economia, amb un altre *ethos* social que influenciï els líders i l'opinió pública i que, per exemple, faci canviar algunes actituds ciutadanes envers la tributació. Aquesta és l'aspiració socialista de generalitzar el principi de comunitat al conjunt de la vida econòmica, per bé que encara no se sàpiga com fer-ho a escala global. Un principi que cal contraposar a la pressió expansiva del mercat en tots els àmbits de la vida, una lògica alternativa que segueix inspirant formes disperses de producció i distribució alienes a la circulació de mercaderies, mal-

grat que avui retrocedeixi en alguns espais que havia guanyat esforçadament, els quals són objecte de remercantilització (educació pública, salut, etc.).[19]

2) El principi d'igualtat: prescriu que la quantitat de comoditats (*amenities*) i càrregues en la vida d'una persona hauria de ser equivalent a les de qualsevol altra. La igualtat fora, per tant, la similitud aproximada de confort i gravàmens entre la gent. Un valor important, que cal ponderar amb altres. El compromís amb el principi d'igualtat planteja dubtes sobre quines desigualtats es poden considerar justes o injustes, un tema que Cohen investiga en els seus texts sobre *luck egalitarianism*, en els quals avalua la responsabilitat personal en l'origen de les desigualtats a què hom s'exposa.

Així mateix, la possible tensió entre tots dos principis, de naturalesa i orígens diferents,[20] fa necessari ponderar-los quan l'expansió de l'àmbit de l'un envaeixi el de l'altre.[21]

D'acord amb aquests principis, Cohen observa com el New Labour es distanciava del rerefons filosòfic de l'esquerra i s'adheria a concepcions sobre la llibertat contràries a les creences socialistes tradicionals, i incorporava al seu ideari nocions de la filosofia de Nozick, que entén que les mesures redistributives vulneren la llibertat. Per contra, Cohen suggereix que, sense una consciència clara del marc conceptual clàssic de l'esquerra, difícilment hi podrà haver cap intent sòlid de reformulació ni d'impuls d'un nou projecte polític que el prengui de debò de referència. Obviar els principis fundacionals de la tradició socialista fa que l'esquerra esdevingui més permeable a ideologies i marcs teòrics oposats. Per això té lloc la desnaturalització dels partits que implementen polítiques que les seves bases socials no poden reconèixer.

19 En el capítol 5, «Community», de Vrousalis, N. *The Political Philosophy of G. A. Cohen: Back to Socialist Basics.* Londres: Bloomsbury, 2015, s'assenyala que, per a Cohen, *community* és sinònim de fraternitat. Així mateix, sosté textualment que l'argument cohenià de comunitat implica dos modes: en primer lloc, la noció moral de *justificatory community* (conjunt de persones entre les quals preval una norma de justificació exhaustiva), que Cohen compara amb l'amistat. Aquesta accepció de comunitat es desenvolupa en la crítica de Cohen a la teoria rawlsiana de la justícia com a equitat. En segon lloc, *communal reciprocity* (pròpiament, el principi antimercat, d'acord amb el qual jo et serveixo no per l'expectativa de cobrar-ho, sinó perquè et cal, i tu em serveixes per la mateixa raó), que requereix la consciència recíproca de la companyonia humana.

20 La distinta idiosincràsia d'ambdós principis fa que Cohen, en la reveladora entrevista «Self-Ownership, History and Socialism: An Interview with Cohen», *Imprints*, vol. 1, 1, juny 1996, admeti que concep el socialisme com l'amalgama de la idea de comunitat amb l'igualitarisme liberal: «So is your idea of socialism an amalgam of this idea of community with liberal egalitarianism? I think so».

21 Cohen, G. A. *On the Currency*, p. 120, n. 13. Vrousalis, N. *The Political Philosophy*.

El socialisme com a projecte, encara?

La línia exposada s'aprofundeix a *Why not Socialism?*,[22] que evoca l'article d'Einstein «Why Socialism?» (*Monthly Review*, 1949) i on exposa que l'objectiu del socialisme és superar la fase depredadora del desenvolupament humà i tracta la tensió entre les tendències egoistes i socials humanes. L'assaig de Cohen identifica els valors i l'*ethos* que informen la convivència dels grups que surten d'excursió durant uns dies. És el model de campament,[23] on les relacions humanes, el consum de queviures i l'ús d'estris no es guien per pautes mercantils, sinó per pautes més solidàries. Així, qüestiona si les normes i l'ideal de vida que hi bateguen són, a escala nacional i internacional, moralment desitjables i tècnicament viables.

En un viatge de càmping sorgeix espontàniament un estil de vida comunista. Hi regeixen normes —d'igualtat[24] i comunitat— consubstancials a l'esperit del viatge. Basar la convivència en regles de mercat, com pagar per l'ús de ganivets o aliments aliens, n'alteraria el sentit, introduir-hi criteris de reciprocitat mercantil trencaria la companyonia i l'eficiència del campament, ja que obriria el recompte mesquí d'allò que cadascú aporta i rep del col·lectiu, i negaria la filosofia d'aquesta forma de cohabitació. L'exigència central del principi de comunitat en la hipòtesi del campament és que les persones tenen cura de la resta. En cas d'actuar altrament, la seva relació fora de *lack of community*. La conjunció servir i ser servit, com a principi antimercat, té valor *per se*. És a dir, t'ajudo i sé que si em cal tu m'ajudaràs, però no ho faig per això. El mòbil de l'acció no és ni la por dels altres, vistos com a amenaça, ni la cobdícia que ens produeixi veure'ls com a font de guany.[25] Tanmateix, és problemàtic generalitzar aquesta fórmula més enllà de l'àmbit d'una excursió al camp. El context del

22 Text publicat primerament a Broadbent, E. (ed.). *Democratic Equality: What went wrong?* Toronto: University of Toronto Press, 2001, que té traducció al castellà a Gargarella, R; Ovejero, F. (comp.). *Razones para el socialismo*. Barcelona: Paidós, 2001, i posteriorment en format definitiu de breu llibre pòstum: Cohen, G. A. *Why not Socialism?* Nova Jersey: Princeton University Press, 2009.

23 Gargarella i Queralt consideren que l'ús que fa Cohen de l'exemple del campament «remite, inequívocamente, a sus vivencias en Montreal», fent referència als campaments d'estiu jueus socialistes Kinderland, en l'organització dels quals Cohen va participar durant la seva adolescència a Montreal. Gargarella, R.; Queralt, J. «Por una vuelta a Cohen» (nota 1), a Cohen, G. A. *Por una vuelta al socialismo, o cómo el capitalismo nos hace menos libres*. Argentina: Siglo XXI, 2014.

24 «The only egalitarian principle realized on the trip that I shall bring into focus is the one that I regard as the correct egalitarian principle, the egalitarian principle that justice endorses, and that is a radical principle of equality of opportunity, which I shall call socialist equality of opportunity» (Cohen, G. A. *Why not*, p. 13).

25 «In every type of society people perforce provision one another: a society is a network of mutual provision. But, in market society, that mutuality is only a by-product of an unmutual and fundamentally nonrecirocanting attitude» (Cohen, G. A. *Why not*, p. 49).

campament és atípic (la curta durada, l'ambient relaxat que predisposa a col·laborar i no a competir, etc.), com també ho són altres contextos (inundacions, incendis i altres tragèdies col·lectives) on s'observen normes similars. Els factors que compliquen la viabilitat del socialisme a escala global serien la naturalesa humana (manca de generositat suficient) i desconèixer la tecnologia social adient (com encarrilar la generositat per tal que faci rutllar l'economia), tal com palesa el fracàs de l'URSS. La primera qüestió és filosòfica i antropològica; la segona, de tècnica institucional:

> The principal problem that faces the socialist ideal is that we do not know how to design the machinery that would make it run. Our problem is not, primarily, human selfishness, but our lack of a suitable organizational technology: our problem is a problem of design. [...] Our problem is that, while we know how to make an economic system work on the basis of the development, and, indeed, the hypertrophy, of selfishness, we do not know how to make it work by developing and exploiting human generosity. Yet even in the real world, in our society, a great deal depends on generosity, or, to put it more generally and more negatively, on nonmarket incentives.[26]

Hi ha àmbits del nostre món en què «a great deal depends on generosity», com ara les professions centrades en l'atenció als altres, ja que hi pesa la consideració de les necessitats alienes i una concepció altruista de la naturalesa humana. Però la dinàmica general del mercat, que no respon a aquests objectius, deixa més clar què s'ha de produir mitjançant mecanismes que, com els preus, acompleixen tota una tasca informativa i motivacional per als actors del mercat. Per això cal preguntar-ser si es pot mantenir l'eficiència del mercat sense els seus incentius ni els seus efectes distributius. Es poden utilitzar els mecanismes del mercat per cercar un disseny institucional socialista? És dubtós. Ja hem anticipat algunes objeccions de Cohen al socialisme de mercat.[27] Tant aquesta via híbrida, alternativa a la planificació central de l'economia, com la del *Welfare State* o la proposta de renda bàsica, totes elles discutides pel marxisme analític, només poden funcionar si les persones estan prou compromeses amb les limitacions que s'imposaran a llurs interessos. Si bé són sistemes que permeten introduir elements de comunitat i igualtat en una economia regida en essència per la recerca del lucre personal, s'ignora fins a quin punt poden aproximar-nos a la tecnologia social necessària per al socialisme. Un disseny que

26 *Ibid.*, p. 57-59.

27 «Every market, even a socialist market, is a system of predation» (*Ibid.,* p. 82).

encara no s'ha sabut trobar. Però això no és un motiu suficient per renunciar a l'ideal que la humanitat transcendeixi la fase depredadora del seu desenvolupament. No s'ha demostrat que el problema sigui cap impossibilitat antropològica, sinó, probablement, el desconeixement d'un disseny institucional d'utopies reals, per dir-ho amb paraules d'E. O. Wright.

Aquest plantejament manté obert el debat sobre el socialisme[28] des d'una perspectiva ètica. Cohen copsa que la història ha rebatut la hipòtesi d'una futura abundor de recursos, producte del desenvolupament tecnològic, o la consolidació del proletariat com a classe majoritària, explotada i empobrida, de la qual depèn la societat, i que té la capacitat per encapçalar una revolució, sense res a perdre-hi. Observa que la possible disparitat entre els més empobrits i els productors explotats implica demandes potencialment contradictòries entre els exclosos del treball i els proletaris, quant a la distribució de béns i càrregues socials. Per tant, si ja no es dona cap identificació directa d'interessos entre ambdós grups, cal repensar el fonament ètic d'una societat regida per criteris no mercantilistes. Allò essencial del projecte socialista rau en un nucli de valors —igualtat, comunitat, etc.— que la fallida d'aquelles assumpcions ha fet palès. Es desdibuixa la distinció entre el socialisme utòpic i el científic. El focus se situa en la justícia distributiva.

Conclusió

La desfeta de 1989 origina un ventall de reaccions entre la intel·lectualitat d'esquerres que oscil·len entre abandonar totalment la política i substituir les velles aspiracions d'una societat sense classes per horitzons aparentment més factibles (de socialisme «de mercat»), mitjançant el mecanisme psicològic de l'adaptació de les preferències. Una altra opció rau a afrontar aquell fracàs històric des dels valors medul·lars de la tradició socialista, tot refermant-s'hi.

El socialisme, com a família de moviments populars i corrents teòrics d'arrel republicana, s'ha definit per l'afirmació comuna de dos valors que, junta-

28 Roemer, J. «Jerry Cohen's *Why not Socialism?* Some Thoughts». *Journal of Ethics*, 14, 3-4, 2010, pp. 255-262; Steiner, H. «Greed and Fear». *Politics, Philosophy & Economics*, 13, 2, 2014, pp. 140-150; O'Brien, D. «Community, Equality, and Value Pluralism in G. A. Cohen's *Why not Socialism?*». *Florida Philosophical Review*, 12, 1, 2012, pp. 17-31; Gilabert, P. «Cohen on Socialism, Equality, and Community». *Socialist Studies/Études Socialistes*, 8, 1, 2012, pp. 101-121; Vrousalis, N. «Jazz Bands, Camping Trips and Decommodification: G. A. Cohen and Community». *Socialist Studies/Études Socialistes*, 8, 1, 2012, pp. 141-163, i Ronzoni, M. «Life is not a Camping Trip – On the Desirability of Cohenite Socialism». *Politics, Philosophy & Economics*, vol. 11, 2, maig 2012, pp. 171-185.

ment amb la llibertat i la democràcia, han estat reivindicats com a qüestió de principi: igualtat (radical) d'oportunitats i comunitat (fraternitat). Haver-hi renunciat explica la desnaturalització —i la davallada electoral— de diverses formacions de l'esquerra, amb programes polítics que expressen marcs ideològics aliens, difícils de reconèixer per llurs bases socials.

Les transformacions en l'estructura de classes i la constatació que l'expectativa d'una sobreabundància futura de recursos no s'acomplirà, reorienten el treball dels teòrics igualitaristes vers l'estudi de la justícia distributiva. Aquest enfocament, més ètic que econòmic, reobre el debat sobre per què no ha estat possible consolidar, a una escala no local, cap forma de societat governada per principis d'igualtat i comunitat. Potser el motiu no és cap impediment antropològic per organitzar la societat a partir d'incentius solidaris, sinó el desconeixement dels dissenys institucionals que ho farien possible. Això explica la naturalesa moralment persuasiva de l'ideal socialista.

De los ideales de «libertad y democracia» al «caos». El posicionamiento del diario argentino *La Nación* frente a la revolución rusa (1917)

María Paula Gago
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad de Buenos Aires

Mercedes Saborido
Universidad de Buenos Aires

Introducción

La revolución rusa marcó la historia del siglo xx. Atravesada por numerosas polémicas, justificaciones, condenas y descalificaciones, su onda expansiva logró incentivar de forma inédita la lucha de clases a lo largo del mundo, y provocó una efervescencia revolucionaria que hizo creer a muchos que la victoria del comunismo era posible. Su triunfo fue tan impactante e inesperado que pareció tener la fuerza necesaria para socavar las estructuras del viejo orden burgués.

En la República Argentina, desde la primera década del siglo xx, la vigencia del «orden conservador», que había asegurado el poder para una clase política que apuntalaba un régimen dominado por los propietarios de la tierra, mostraba fisuras como consecuencia de diferencias entre los distintos sectores que integraban la élite gobernante, pero sobre todo a raíz de los desafíos que provenían de las demandas de una sociedad cada vez más compleja en su composición.[1] Uno de los resultados más significativos de esa nueva realidad fue la promulgación en 1912 de la denominada Ley Sáenz Peña, que, entre otras modificaciones electorales, estableció el sufragio masculino universal obligatorio y secreto. Como consecuencia de ella, entre otros aspectos, se produjo el triunfo electoral de Hipólito Yrigoyen, principal dirigente de la Unión Cívica

1 El libro clásico sobre el tema es Botana, Natalio. *El orden conservador.* Buenos Aires: Sudamericana, 1977.

Radical, en las elecciones presidenciales de 1916. La UCR había surgido en la última década del siglo XIX como una alternativa con arraigo entre la creciente clase media urbana y los pequeños y medianos propietarios agrarios.[2] Su vocación reformista, más marcada en el campo político que en el económico, se vio afectada por el impacto producido, primero, por el estallido de la guerra y, luego, por la revolución rusa.

Los sucesos internacionales ocupaban un lugar privilegiado en la prensa local. El presente artículo propone como objetivo analizar qué posicionamiento enunciativo adoptó el diario argentino *La Nación* frente a la revolución bolchevique de octubre de 1917. La hipótesis que orienta este trabajo sostiene que, si bien es probable que, por su línea editorial e ideológica, el diario apoyara una revolución de corte liberal como la de febrero de 1917, la polarización política y el avance de la izquierda en el proceso revolucionario ruso debió de provocar un distanciamiento y cambio drástico en su discurso respecto del curso de los acontecimientos.

La decisión de trabajar sobre *La Nación* —cuyo origen está vinculado a los sectores involucrados en las luchas partidarias decimonónicas— se debe a que, desde su aparición en 1870, ocupó posiciones dominantes en el campo periodístico y se consolidó como un diario «serio» y actor relevante, que analizaba y explicaba las cuestiones políticas, económicas y sociales del país. Si bien el periódico ha sido objeto de estudio por parte de R. Sidicaro[3] en su ya clásico libro, no hay allí un análisis pormenorizado del posicionamiento del periódico respecto de eventos internacionales como la revolución rusa.

Aspectos teóricos y metodológicos

El objetivo de este trabajo es analizar el modo en que las prácticas sociales de producción y recepción de sentidos en un contexto determinado afectan a la construcción de los discursos que circulan socialmente.[4]

Eliseo Verón[5] realiza una distinción teórica fundamental en la investigación sobre discursos sociales: la producción y el reconocimiento de discursos.

2 Una ponderada historia de la UCR es la de Persello, Ana Virginia. *Historia del radicalismo*. Buenos Aires: Edhasa, 2007.

3 Sidicaro, Ricardo. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario* La Nación *1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

4 Verón, Eliseo. *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa, 1996.

5 *Ibid*.

De acuerdo con el autor, esta distinción expresa teóricamente la no linealidad de la circulación discursiva, puesto que el análisis de las propiedades de un discurso, explicables por las reglas de su producción, no nos permite deducir sus efectos de sentido sobre los receptores.

El análisis discursivo propuesto en este trabajo se centrará en las condiciones de producción del diario *La Nación*. Y, a partir de lo anteriormente expuesto, se considerará la propuesta metodológica de Van Dijk,[6] que permite abordar distintas propiedades del discurso informativo como la presentación de la noticia, la cual, entre muchos otros aspectos, incluye el tamaño de los titulares, fotografías, fuentes tipográficas, espacio que ocupa el texto y que se adjudica a la noticia, ya que todo ello no solo da cuenta de la preorganización del proceso de lectura, sino que también pone de manifiesto la prominencia, relevancia e importancia de los sucesos, temas y actores.

Teniendo en cuenta las características del presente trabajo, tomamos los artículos publicados en el diario *La Nación* entre marzo de 1917 (de acuerdo con el calendario gregoriano) y abril de 1918, semanas después de la firma del tratado de Brest-Litovsk.

La revolución rusa

La participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial (1914-1918) fue un factor fundamental en los acontecimientos de 1917. El atraso del país en el desarrollo económico y el equipamiento militar lo situaba en inferioridad de condiciones, en particular respecto de Alemania, su principal enemigo, y la adhesión de la sociedad al Estado era limitada, especialmente después de la revolución de 1905, por lo que era previsible que las derrotas militares, en lugar de cohesionar al país tras sus gobernantes, generasen una reacción contraria.[7]

En vísperas de la Gran Guerra, la situación política, económica y social de Rusia era complicada.[8] El fracaso del sistema constitucional implementado después de 1905, el incremento de la tensión social producto de los requerimientos bélicos, por demás exigentes en un imperio de esas características, el agotamiento de la política reformista tras el asesinato de Piotr A. Stolypin de 1911 y el cuestionamiento radical de la *intelligentsia* al zarismo permiten justi-

6 Van Dijk, Teun A. *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona: Paidós, 1997.

7 Saborido, Jorge. *1917. La revolución rusa cien años después.* Buenos Aires: Eudeba, 2017, pp. 75-87.

8 Para ampliar, véase Lieven, Dominic. *Russia and the origins of the First World War.* Londres y Basingstoke: The Macmillan Press, 1983.

ficar la apreciación de que el país se encontraba ante problemas que excedían las limitadas capacidades del zar Nicolás II y el círculo que lo rodeaba.

Tras las derrotas militares sufridas ante Alemania, la mayor parte de las agrupaciones políticas con representación en la Duma conformaron en el año 1915 un bloque progresista que planteó al zar la necesidad de nombrar un gobierno responsable ante la nación, pero ese reclamo no tuvo una respuesta concreta.

En esos momentos, la situación de los partidos de izquierda estaba afectada por las divisiones y por las consecuencias de la represión ejercida por el zarismo: el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), fundado en 1898, había sufrido una ruptura en 1911, lo cual había dado como resultado la aparición de dos nuevos partidos, los bolcheviques y mencheviques, con estrategias revolucionarias divergentes. El Partido Socialista Revolucionario (PSR), representante de los intereses del campesinado ruso, mostraba diferencias internas significativas. El estallido de la guerra obligó a los dirigentes a tomar posiciones concretas, y, mientras que algunos dirigentes se opusieron al conflicto bélico, figuras como Georgi Plejanov y Piotr Kropotkin se manifestaron a favor. Desde su exilio en Suiza, Lenin —líder de los bolcheviques— planteó una posición extrema afirmando que el hundimiento de Rusia brindaría la posibilidad de desencadenar la revolución, lo cual contribuyó a colocarlo en una situación de aislamiento respecto del resto de la izquierda.[9]

En 1917, la hostilidad de los trabajadores urbanos hacia el régimen culminó finalmente con su derrocamiento, en el momento en que a las manifestaciones obreras se sumó la negativa de los soldados a reprimirlas.[10] Las diferentes fuerzas del espectro político ruso celebraron el desenlace de los acontecimientos que llevaron a la abdicación del zar, pero los protagonistas de la Revolución de Febrero fueron los trabajadores y los soldados, sin un encuadramiento definido en las organizaciones políticas existentes.

Se instauró entonces en Petrogrado una situación de «doble poder». Por un lado, se encontraban los partidos políticos representados en la Duma, que constituyeron un gobierno provisional encabezado por el príncipe Alexei Lvov, compuesto por grupos liberales, con la participación activa del socialista Aleksandr Kerensky, quien contaba con un gran prestigio político y, por el otro, los sóviets de obreros, campesinos y soldados, quienes consolidaron su poder debido al gran apoyo popular en las ciudades.

9 Saborido, Jorge. *1917. La revolución...*, *op. cit.*, p. 110.

10 Hasegawa, Tsuyoshi. *The February Revolution: Petrograd 1917*. Washington: University Washington Press, 1980.

En los meses siguientes se verificó un proceso de politización, motivado en parte por las vicisitudes de la guerra y por los problemas internos no resueltos. Los reclamos iniciales de obreros y campesinos, orientados a cuestiones económicas, pronto se transformaron en demandas políticas.

Cuando Lenin, procedente de su exilio en Suiza, llegó en abril a Petrogrado, impulsó la toma de poder para iniciar la transición al socialismo. Sus tesis, todavía apoyadas por unos pocos, se centraban en la toma del poder por parte de los sóviets, en la entrega de tierras de la nobleza al campesinado y en la negociación de una paz inmediata «sin anexiones ni indemnizaciones». A medida que la guerra se extendía y la situación se agravaba tanto en el frente de batalla como en la retaguardia, los bolcheviques se posicionaron como el único grupo opositor que tenía un plan concreto para superar los problemas del momento, a diferencia del resto de las agrupaciones, que no sabían cómo abordar el tema de la guerra. La inoperancia del gobierno provisional, que no pudo resolver problemas acuciantes para la mayor parte de la población, echó por tierra las expectativas que tenía la sociedad tras la caída del zarismo.

La decisión de Lenin de proceder a la toma del poder aprovechando el vacío de poder generado por los errores del gobierno provisional condujo a los acontecimientos de octubre, en los que la actuación de los guardias rojos —la milicia bolchevique— llevó a la toma del poder sin un efectivo respaldo popular, aunque era indiscutible la voluntad de cambio entre la clase trabajadora y los soldados.[11]

La Nación

El diario *La Nación* fue fundado por Bartolomé Mitre[12] en 1870. Desde su comienzo, el periódico luchó por ocupar posiciones dominantes en el campo periodístico y se consolidó como un actor relevante que analizaba y explicaba las cuestiones políticas, económicas y sociales del país. Presentaba un formato de gran tamaño, con predominio del texto escrito sobre la imagen. Autodefinido como una «tribuna de doctrina» desde el primer editorial,[13] el diario declaraba que «no quería ser un puesto de combate, [pues] aspiraba a situar su

11 Rabinowitch, Abraham. *The Bolsheviks come to the power. The Revolution of 1917 in Petrograd,* Nueva York: W. W. Norton, 1976.

12 Bartolomé Mitre nació en Buenos Aires el 26 de junio de 1821. Fue político e impulsor de la organización nacional y presidente de la nación entre 1862 y 1868.

13 Sidicaro, Ricardo. *La política...*, *op. cit.*

mirada por encima de los enfrentamientos».[14] Si bien *Nación Argentina*,[15] antecesor de *La Nación*, defendió el gobierno de Mitre, cuando este último dejó el poder político cedió lugar al nuevo periódico porque pretendía canalizar ideas, no ya desde el gobierno, sino «con las inquietudes y demandas de la sociedad. Pero en ambos casos había un objetivo en común: construir la opinión pública».[16]

El diario definía como interlocutores privilegiados al Estado, los gobiernos, los sectores que «se encontraban en las posiciones más altas de las estructuras del poder político, del sistema económico y de la jerarquía del poder social».[17] De hecho, la fragmentación de los sectores sociales que buscaba unificar —pues ocupar posiciones altas no garantizaba que los individuos tuvieran una visión homogénea— aumentó el grado de autonomía del periódico respecto de ellos.[18]

A lo largo del tiempo, el diario conservó su tradición liberal-conservadora y la valoración positiva de las instituciones democráticas, si bien esto último es un postulado contradictorio, ya que aceptaba las interrupciones militares a condición de que «pusieran fin al poder de los sectores que el propio diario calificaba como no democráticos».[19]

En el período en el que nos centramos, 1917-1918, el periódico combinó su preferencia por los conservadores con periódicas declaraciones de neutralidad política.[20] Apoyó con énfasis la reforma electoral propuesta por el presidente Roque Sáenz Peña, ya que la asociaba a un avance en el proceso de democratización de la sociedad, con lo que se posicionó entre los sectores más progresistas de los núcleos dirigentes. Sin embargo, el apoyo inicial que brindó al gobierno de Hipólito Yrigoyen evolucionó al poco tiempo hacia posiciones interpretativas elitistas, fundamentalmente las referidas a la supuesta demagogia e ineficacia del dirigente radical.

14 *Ibid.*, p. 13.

15 Antes de fundar *La Nación*, Mitre publicaba *La Nación Argentina* junto con el imprentero José María Gutiérrez. Véase Ulanovsky, Carlos. *Paren las rotativas*, tomo I, Buenos Aires: Planeta, 2005, p. 22.

16 Sidicaro, Ricardo. *La política...*, *op. cit.*, p. 14.

17 *Ibid.*, p. 10.

18 *Ibid.*, pp. 10-11.

19 González, Mercedes. «"Prisioneros del pasado"». La memoria del terrorismo de Estado en los editoriales del diario *La Nación* (2003-2007)». Tesina de la carrera de Ciencias de la Comunicación Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2009, p. 87.

20 Sidicaro, Ricardo. *La política...*, *op. cit.*, p. 55.

La revolución rusa en la agenda informativa de *La Nación*

Las noticias internacionales ocuparon un lugar central en las páginas de *La Nación*. Entre 1917 y 1918 el diario tenía entre 18 y 20 páginas aproximadamente, de las cuales entre 3 y 4 eran destinadas a la cobertura de la Gran Guerra y de la actualidad política y económica de las naciones involucradas. Al carecer de un corresponsal fijo en Europa, incluía crónicas que reproducían los radiogramas enviados por quienes informaban desde el centro de los acontecimientos y por las agencias de noticias internacionales, y también reproducía la información publicada por diarios internacionales. Como llegaban con retraso, se fechaba y se indicaba la hora en la que habían sido recibidos por la redacción.

En dichos artículos se daba cuenta de los sucesos ocurridos en el frente de batalla,[21] así como de la realidad política y económica de los países involucrados. Su posición frente a la guerra estuvo marcada por un fuerte apoyo a los aliados, de modo que se transformó en una tribuna de defensa de la causa occidental en detrimento de los germanófilos, lo que constituía también un elemento de ataque al neutralismo del gobierno radical.

De la Revolución de Febrero a la crisis de julio

En relación con el proceso revolucionario de febrero de 1917, el diario inicialmente manifestó su apoyo, puesto que consideraba que se trataba de la oportunidad de derrumbar a un régimen autocrático a la vez que aseguraba que Rusia seguiría en la guerra. El 16 de marzo de 1917 (3 de marzo según el calendario gregoriano), el diario publicó un artículo sobre la «Revolución de Rusia», en el cual reproducía cables de Petrogrado y de otras capitales europeas e informaba de que, tras una huelga que había tenido como protagonistas a mujeres obreras, las protestas se habían propagado por Rusia y acabado con el régimen autocrático liderado por el zar.[22] Asimismo, publicó una noticia titulada «Estallido de una revolución en el imperio de los zares»,[23] en la que narraba la revuelta que estaba teniendo lugar en Rusia, liderada por grupos políti-

21 Por ejemplo, «Raid de los franceses cerca de Ville-Sur-Tourbe y destrucción de trincheras alemanas». *La Nación*, 27 de febrero de 1917, p. 6.

22 «La Revolución de Rusia». *La Nación*, 16 de marzo de 1917, p. 9.

23 «Estallido de una revolución en el imperio de los zares». *La Nación*, 16 de marzo de 1917, p. 7

cos del ámbito exclusivamente parlamentario que, con objetivos liberales, habían puesto en marcha un plan cuyo propósito era la constitución de un nuevo gobierno democrático basado en el sufragio universal. Sin ambages, el diario mostraba su beneplácito a los acontecimientos de febrero, porque la revolución traía al país de «regreso a la vida libre».[24]

Las declaraciones hechas por parte del gobierno provisional de mantener los compromisos bélicos contraídos con el bando occidental y de «proseguir enérgicamente con la guerra»[25] fueron saludadas con júbilo por el periódico, que mantenía una defensa a ultranza de la causa aliada.[26] Se puede pensar que, para el diario, el bando aliado empezaba a tener una mayor coherencia ideológica, puesto que ahora sí estaba integrado por regímenes de corte liberal. La cobertura realizada por *La Nación* esos días fue profusa e incluyó varios artículos y transcripciones de importancia. En todos y cada uno de los artículos analizados se evidencia que hay un apoyo certero al gobierno revolucionario surgido de la Duma, sin que se ponga demasiado énfasis en lo que ocurría con otros grupos políticos que no estaban representados en aquella.

La aparente estabilidad del gobierno provisional duró unos meses: todo daba a entender que el proceso revolucionario había llegado a su fin, que la fallida revolución de 1905 al fin tenía éxito. Sin embargo, a mediados de 1917, y producto, entre otras cosas, de la inoperancia del gobierno provisional, comenzaron a manifestarse los problemas internos y externos.

Hacia julio de 1917, los triunfos parciales que las tropas rusas obtenían en el frente de batalla tuvieron su contrapartida en la retaguardia, pues una movilización organizada por los bolcheviques en Petrogrado había puesto en jaque al gobierno.[27]

El día 22 de julio se hizo pública la dimisión del príncipe Lvov y la asunción de Kerensky a la presidencia del Consejo. El desencadenamiento de los hechos de julio fue acompañado por la decisión del gobierno provisional de neutralizar a los bolcheviques denunciando en público sus relaciones con los alemanes. De allí en adelante, el diario encuadró[28] los acontecimientos mediante ciertas palabras clave e imágenes estereotipadas, coincidentes con los del gobierno ruso, y formuló juicios reforzados temáticamente: los bolcheviques

24 Haciendo referencia a la liberación de presos políticos: «La Revolución de Rusia». *La Nación*, 4 de abril de 1917, p. 7.

25 «La gran revolución política en el imperio de los zares». *La Nación*, 17 de marzo de 1917, p. 6.

26 «Situación creada en Rusia». *La Nación*, 17 de marzo de 1917, p. 6.

27 «Los acontecimientos de Rusia». *La Nación*, 18 de julio de 1917, p. 7.

28 Tomamos el concepto de encuadre de Entman, Robert M. «Framing: toward clarification of a fractured paradigm». *Journal of Communication*, vol. 43, núm. 4, 1993, pp. 51-58.

estaban financiados por los alemanes; Lenin era bolchevique, de lo cual se deducía que era espía alemán.[29] Por ejemplo:

> El plan alemán para derrocar la revolución, que debe [de] haber estado formándose desde que esta empezó, ha quedado ahora en plena luz. El dinero alemán fue repartido a manos llenas entre varios centenares de obreros anarquistas y revolucionarios [...]. Ninguno de ellos tenía menos de 300 rublos en el bolsillo y algunos tenían algunos miles [...]. De este atentado de la perfidia alemana el Sr. Kerenski ha salido más fuerte que nunca y su popularidad aumenta de día a día.[30]

El razonamiento de *La Nación* frente a los acontecimientos de julio era claro: la revolución que había triunfado en febrero de 1917 se había visto amenazada por dos clases de peligros, internos y externos. Dentro de los primeros, *La Nación* identificaba no solo a los «oportunistas» liderados por Lenin, sino también a «los vencidos de marzo, deseosos de recuperar lo perdido y de vengarse además».[31] Entre las amenazas externas, el diario reconocía el interés de Alemania por lograr una paz separada, la cual contaba con el apoyo de «los elementos extremos del socialismo con Lenin a la cabeza».[32]

La Nación entendía que un triunfo bolchevique ponía en juego la suerte, no de un grupo determinado de revolucionarios, sino de la revolución misma. Por este motivo, en tono admonitorio preveía que, una vez que desaparecieran el gobierno provisional y las tropas que le permanecían fieles, la revolución habría perecido para dar lugar, primero, a la anarquía y, después, a la reacción, el zarismo.[33]

La Revolución de Octubre y las negociaciones de paz

El 7 de noviembre de 1917 según el calendario gregoriano, *La Nación* explicaba que desde Londres se informaba de que, a causa de la situación creada en Petrogrado por el golpe revolucionario de los «maximalistas», las noticias de la capital rusa quedaban sujetas a la más rigurosa censura. Otro cable, recibido desde

29 «El atentado contra Kerenski». *La Nación*, 22 de julio de 1917, p. 8; «La situación de Rusia». *La Nación*, 22 de julio de 1917, p. 9.

30 «El plan alemán en Rusia». *La Nación*, 24 de julio de 1917, p. 7.

31 «La crisis rusa». *La Nación*, 24 de julio de 1917, p. 15.

32 *Ibid*.

33 *Ibid*.

Petrogrado, daba cuenta de que la agencia telegráfica, que era una institución del gobierno, había sido ocupada por los bolcheviques.

La Nación pronto manifestó su preocupación por el triunfo de los «insurrectos» y por la situación rusa, a la que definió como un «caos».[34] Las primeras noticias publicadas eran confusas y hasta contradictorias. Por ejemplo, en la página 7 de la edición del día 7 de noviembre, el diario, por un lado, comunicaba que «el nuevo embajador de Rusia [...] expresó que después de reconocer [...] los sacrificios hechos por Francia, aseguraba la firme voluntad de Rusia por continuar la guerra inseparablemente unida a los aliados»[35] y, por el otro, confirmaba: «Los maximalistas en acción. Fuerzas de marinería ocupan el telégrafo y el palacio María».[36]

En los días siguientes, el diario recurrió a un discurso de tipo informativo, que se limitaba a reproducir lo que se publicaba en medios internacionales y las noticias que recibían de las agencias y corresponsales: la derrota de Kerensky, las nuevas autoridades, la persecución a los miembros del gobierno provisional, el llamamiento que el nuevo gobierno hacía a obreros, soldados y campesinos. La editorialización y la toma de postura frente a los acontecimientos las expresaba a través de los títulos, en los que utilizaba preferentemente aserciones simples con el objetivo de presentar lo ocurrido como una verdad objetiva. Por ejemplo: «Los acontecimientos de Rusia», «La situación en Rusia», «El nuevo régimen ruso», que se terminaron convirtiendo en rúbricas de una sección dedicada sobre todo a dar cuenta de la coyuntura de aquel país. Sin embargo, como hemos mencionado, explicitaba su postura a través de «subjetivemas»[37] que calificaban al nuevo gobierno como extremo y radical, como se aprecia en los siguientes titulares: «Contra el reconocimiento del gobierno maximalista»[38], «El régimen maximalista en Rusia»[39].

A diferencia de su actuación en julio, cuando sí editorializó sobre lo que implicaría un triunfo bolchevique tanto para Rusia como para los aliados, en esta nueva fase en la que había entrado la revolución política y social ocurrida en Rusia solo lo hizo en los meses anteriores. Dicho de otro modo: en octubre el diario le otorgó mayor espacio en sus páginas a los acontecimientos en el frente de batalla que a la toma del poder por parte de los bolcheviques. Proba-

34 «El caos ruso». *La Nación*, 8 de noviembre de 1917, p. 6.
35 «Rusia y sus aliados». La Nación, 7 de noviembre de 1917, p. 7.
36 «El nuevo régimen en Rusia. Los maximalistas en acción». La Nación, 7 de noviembre de 1917, p. 7.
37 Los subjetivemas son adjetivos o sustantivos que sirven para nombrar, evaluar y calificar.
38 «Contra el reconocimiento del gobierno maximalista». *La Nación,* 11 de noviembre de 1917, p. 7.
39 «El régimen maximalista en Rusia». *La Nación*, 11 de noviembre de 1917, p. 7.

blemente, dada su línea editorial, en un principio decidió no otorgarle más «visibilidad» a los sucesos, a la vez que especulaba con un eventual triunfo de Kerensky frente a los insurrectos. Sin embargo, una vez confirmada la derrota de este, el diario con rapidez se ocupó de las consecuencias que tendría el retiro de Rusia de la guerra, y no así de los efectos que la implantación del socialismo tendría para los rusos en el orden interno:[40]

> Si se tratara de una paz impuesta por la negativa de las tropas a continuar combatiendo, el beneficio para los imperios centrales sería poder disponer de gran parte de las 130 divisiones que vigilan actualmente el frente occidental y reforzar[,] además, sus efectivos con el millón y medio de prisioneros austro-húngaros y alemanes tomados por Rusia durante los tres años de guerra. No hay para qué insistir mayormente sobre las graves consecuencias que puede acarrear la equívoca determinación de los revolucionarios moscovitas.[41] El primer Consejo de Comisarios del Pueblo liderado por Lenin fue bolchevique, con algún apoyo de los socialistas revolucionarios de izquierda. Las medidas iniciales apuntaban a satisfacer las principales reivindicaciones de las masas —reparto de tierras, control obrero de la producción—, y también se iniciaron conversaciones inmediatas para negociar una paz unilateral con Alemania.

Los primeros meses posteriores al triunfo bolchevique fueron complejos. En el ámbito económico, el reparto de tierras —del que participaron los soldados que estaban en el frente de batalla— produjo una catástrofe económica, ya que el fraccionamiento de tierras propiedad de la nobleza disminuyó en gran medida la posibilidad de generar excedente. En las ciudades, la industria socializada por los obreros —lo que se denominó habitualmente el «control obrero de la fábrica»— llegó al punto de la desintegración. En el campo político, la falta de control efectivo sobre el extenso territorio nacional empujó a los bolcheviques a implementar una serie de medidas excepcionales entre las que contaron la prohibición de los partidos denominados burgueses. Sin embargo, el mayor problema era acabar con la guerra y ganar tiempo a fin de tomar las disposiciones necesarias para controlar la situación interior.

Las negociaciones con Alemania fueron difíciles e implicaron para Rusia un costo altísimo, pues tuvo que entregar la mayor parte de sus territorios, el 34% de la población, el 32% de las tierras cultivables, el 54% de las empresas

40 El diario expresa su opinión sobre las consecuencias que tendría para Rusia el triunfo bolchevique en un editorial que hemos citado previamente: «La crisis rusa», *op. cit.*

41 «Los acontecimientos de Rusia». *La Nación*, 11 de noviembre de 1917, p. 8.

industriales y el 89% de las minas de carbón.[42] Terminaron el 3 de marzo de 1918 con la firma del tratado de Brest-Litovsk, y sus repercusiones fueron enormes tanto a nivel internacional, por la salida de Rusia de la guerra y la desaparición del frente oriental, como a nivel nacional, por la posibilidad que encontraron los revolucionarios de aplicar medidas tendentes a finalizar el conflicto interno y consolidar su poder.

Como era de esperar, el diario consideraba que «los términos humillantes en que están concebidas las cláusulas del tratado de paz»[43] perjudicaban no solamente al frente occidental, sino también al propio pueblo ruso,[44] el cual, mal representado por delegados maximalistas, se había humillado aceptando una paz impuesta por los imperios centrales.[45]

El 14 de marzo, cuando ya algunas cláusulas del tratado se habían puesto en práctica, el periódico publicó un editorial titulado «El gobierno ruso formado en Pekín», en el que hacía referencia al flamante régimen conformado en el exilio en Pekín y liderado por el príncipe Lvov, «heredero del primitivo gobierno revolucionario que arrancaba su legitimidad en la Duma» y encargado de devolver a «una Rusia republicana, liberal y democrática (o monárquica pero siempre liberal y democrática) el puesto de Europa que le corresponde».[46] Para el periódico, ese hecho brindaba «una cabeza al movimiento antimaximalista ofreciendo la probabilidad de que con o sin ayuda del exterior logre hacer entender a las grandes masas populares, en particular los campesinos que hasta ahora han permanecido un poco indiferentes, cuáles son los verdaderos intereses de la patria».[47] Su problema principal, del que hace mención en todo el editorial, era la reciente salida de la guerra por parte de Rusia. Cuando hablaba de intereses de la patria, todo hace pensar que eran los intereses de la patria frente a los imperios centrales, sin que pusiera especial énfasis en el proceso revolucionario en sí mismo.

Según *La Nación*, «en ningún momento han demostrado los maximalistas tener energía suficiente ni voluntad para luchar contra Alemania»;[48] aquella resolución de defenderse en Petrogrado

42 Saborido, Jorge. *1917. La Revolución...*, *op. cit.*, p. 234.

43 «El tratado de paz de Brest Litovsk». *La Nación*, 6 de marzo de 1918, p. 6.

44 Para demostrar lo humillante del tratado, ese mismo día publica un artículo con sus cláusulas principales: «El tratado de paz con los imperios centrales. Sus cláusulas principales». *La Nación*, 6 de marzo de 1918, p. 6.

45 «Situación en Rusia». *La Nación*, 4 de marzo de 1918, p. 6.

46 «El gobierno ruso formado en Pekin». *La Nación*, 14 de marzo de 1918, pp. 7-8.

47 *Ibid.*

48 *Ibid.*

> [...] no fue sino el disfraz impresionante de un propósito que nunca existió, mas para luchar con los rusos que no participan de sus ideas los maximalistas tienen energía y voluntad sobradas, no importándoles juntarse con los alemanes mismos cuando se trata de lucha contra los «burgueses», entendiendo por tales a los obreros y campesinos socialistas, pero no maximalistas.[49]

Conclusiones

En el presente artículo nos propusimos estudiar la cobertura que el diario *La Nación* realizó de la revolución rusa, con la finalidad de describir y analizar cuál fue el posicionamiento que el periódico adoptó frente a dichos acontecimientos.

Si recordamos que, para Borrat,[50] la prensa como actor político se sitúa como narrador, comentarista o participante del conflicto político, entendemos que *La Nación* destacó algunas actuaciones sobre otras. Teniendo en cuenta el lector al que se dirigía —familias tradicionales de la burguesía agropecuaria argentina con estrechos lazos con los británicos, a las que pertenecían las personalidades influyentes de la sociedad de la época—, el diario actuó predominantemente como un narrador y comentarista de los acontecimientos internacionales que apelaba a un tipo de discurso de corte informativo con el fin de generar un efecto de objetividad.

Sobre el sentido de la revolución ocurrida en febrero de 1917, el periódico situó su discurso a favor de los ideales de «libertad y democracia» que aquella invocaba. Sin embargo, a partir de noviembre de 1917 se verificó un cambio drástico en la cobertura: el diario entendía que el golpe de Estado que había derrocado a Kerensky y socavado los ideales por los que aquel había luchado era obra de una minoría «maximalista», liderada por un espía alemán.

La Nación consideraba que el triunfo bolchevique ponía en juego la suerte de la revolución misma, y la desaparición del gobierno provisional —a su entender, los «auténticos» revolucionarios— y de las tropas que le habían permanecido fieles era motivo de duelo para todas las democracias del mundo, a la vez que para los aliados significaba la necesidad de mayores esfuerzos y de mayores sacrificios.

Finalmente, debemos señalar que *La Nación* adjudicó un lugar preponderante en sus páginas a las cuestiones vinculadas con la política internacional,

49 *Ibid.*
50 Borrat, Héctor. *El periódico...*, *op. cit.*

con una creciente vehemencia en su discurso. Esto se verifica, por ejemplo, en coyunturas como la crisis de julio de 1917, cuando el diario manifestaba que el peligro que enfrentaba el gobierno provisional no solo amenazaba a la potencialidad de la Entente para salir airosa de la Gran Guerra, sino que también implicaba «el hundimiento de Rusia en un régimen de terror como nunca se vio; y en lo externo, su paso a la condición de satélite de Alemania, sabe Dios por cuántos siglos».[51]

51 «La crisis rusa», *op. cit.*

Aproximación a la «emigración blanca» en Europa: fuentes y organismos de ayuda

Magdalena Garrido Caballero[1]
Universidad de Murcia

Introducción

El objeto de esta comunicación es reflejar la situación de un colectivo plural y diverso, el conformado por los exiliados «rusos» de 1917, que huían de un país fracturado en el que se estaba construyendo la futura Unión Soviética, y abordar de qué modo se aseguró la ayuda y la preservación de sus raíces. Para ello se emplean fuentes procedentes de la Sociedad de Naciones, instituciones de ayuda, referencias del Foreign Office sobre la situación de refugiados y una aproximación a sus integrantes a través de bibliografía especializada. Se trata de un estudio preliminar que pretende desarrollar, en futuros trabajos y de manera más amplia, las trayectorias diversas de este colectivo, así como su contribución al discurso antibolchevique y al miedo del contagio revolucionario, en el ámbito político, y su legado cultural.

El miedo a la Revolución

Atendiendo a la percepción plural de un acontecimiento histórico como la Revolución de Octubre de 1917, de la que se conmemora su centenario, se focaliza la atención en los exiliados, alrededor de dos millones de personas que entre 1917 y 1921[2] salieron del ex imperio ruso, las cuales no tenían cabida en la Nueva Rusia y que, sorteando múltiples obstáculos y ayudados por una serie

1 Este estudio se incluye dentro del marco de los proyectos HAR2014-52414-C2-1-P y HAR2017-87188-P, que han permitido consultar fondos en Londres y Ginebra entre 2016 y 2017.

2 Glenny, Michael y Stone, Norman. *The other Russia. The experience of exile*. Londres: Faber and Faber, 1990, p. xvi. Las cifras exactas resultan difíciles de establecer. En 1921, la Liga de Naciones solicitó a Reino Unido un censo de refugiados rusos, y según la información del Home Office había unos 93.259 viviendo en el país en septiembre de 1921. Sin embargo, no se indicaba cuántos de ellos eran refugiados. Multanen, Elina. «British policy towards Russian refugees in the aftermath of the Bolshevik Revolution». *Revolutionary Russia*, vol. 12, núm. 1, 1999, p. 60.

de organismos, se opusieron a la construcción de la Unión Soviética y procuraron salvaguardar su herencia cultural en los países de destino.

Muchos de los *émigrés* procedentes de Rusia[3] simpatizaban con «los blancos», pero como colectivo era mucho más heterogéneo étnica e ideológicamente, ya que se incluían aquellos que, habiendo participado en la Revolución de Octubre, no comulgaron con el proyecto bolchevique. Entre los motivos para la diáspora se contaban los efectos combinados de la fractura social producida por la Revolución y el miedo a las represalias de uno y otro bando.[4] En 1921, cientos de miles de rusos sospechosos de oponerse al régimen bolchevique perdieron su ciudadanía.[5] Conforme avanzaba el control bolchevique, quienes no habían podido salir antes trataron de hacerlo. La principal vía de huida fue Constantinopla, antes de asentarse en los países bálticos o en ciudades como Berlín, París y Londres. Interesarnos en estas cuestiones sobre el miedo sentido y la capacidad o no de adaptación en otros países nos permite aproximarnos a las emociones de los sujetos en la historia.[6]

En función de los aspectos abordados, este texto se ha estructurado en una exposición del potencial de los fondos existentes para el estudio de la emigración blanca —atendiendo a la situación de crisis internacional,[7] así como a la respuesta de algunas instituciones de ayuda asistencial y a la preservación de su lengua y cultura—,[8] una descripción de la crisis de refugiados y un breve bosquejo general sobre la situación de los exiliados en Alemania, Francia, Gran Bretaña y España a través de crónicas, informes y estudios especializados.

3 Denominación que, junto con la de «emigración blanca», *russes blancs, mouvement blanc*, se emplearía para referirse a los emigrados rusos contrarios a la Rusia soviética, partidarios del zar y la Rusia Imperial. El término también puede referirse, por extensión, a los descendientes de los primeros inmigrantes.

4 Respecto al miedo en la historia contemporánea, véanse Bourke, Joanna, «Fear and anxiety: Writing about emotion in modern history». *History Workshop Journal*, núm. 55, 2003, pp. 111-133; y Bourke, Joanna. *Fear: A cultural history*. Londres: Virago, 2005.

5 Taracouzio, T. Andrew. *The Soviet Union and international law.* Nueva York: Macmillan, 1935.

6 En la línea defendida por Febvre, Lucien. «La sensibilité et l'histoire: Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?». *Annales d'Histoire Sociale*, núm. 3, 1941, pp. 5-20.

7 Cabanes, Bruno. *The Great War and the origins of humanitarianism, 1918-1924.* Nueva York: Cambridge University Press, 2014.

8 Véase Flamm, Christoph; Keazor, Henry y Marti, Roland (eds.). *Russian émigré culture: Conservatism or Evolution?* Newcastle upon Tyne: Cambridge Schoolars Publishing, 2013. El libro aborda la trayectoria de exiliados rusos en la literatura, el arte y la música en distintos países y reflexiona sobre cuestiones identitarias. Véase asimismo Figes, O. *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*. Barcelona: Edhasa, 2006.

Aproximación a las fuentes para el estudio de la «emigración blanca»

Las fuentes para estudiar la emigración rusa son diversas y se hallan dispersas. Han sido relevantes para este estudio, por un lado, las procedentes de organismos internacionales como la Sociedad de Naciones (SDN), que en junio de 1921 nombró al noruego Fridtjof Nansen al frente del Alto Comisariado para los Refugiados Rusos.[9] Sus esfuerzos se centraron en persuadir a los gobiernos para procurar un censo y oportunidades de empleo en una Europa de posguerra.[10] El documento popularizado como «pasaporte Nansen», inicialmente usado para asistir a los refugiados rusos y permitir la circulación de los apátridas, acabaría por hacerse extensivo. Son relevantes las memorias y publicaciones de la Liga de las Naciones, en las que se aprecia la posición internacional ante el coste económico que representaba asistir a los militares derrotados del Ejército Blanco.[11] Los gobiernos contemplaban la repatriación como solución,[12] pero chocaron con el rechazo soviético. Los fondos del Archivo del Comité Internacional de la Cruz Roja (ACICR) y su biblioteca permiten abordar los aspectos humanitarios y legales, así como los vinculados con la ayuda a la hambruna rusa de 1921, en la que fue significativa la labor de Nansen junto a Herbert Hoover. También son relevantes los fondos nacionales y la historiografía producida en los países donde la recepción de la emigración blanca tuvo peso. Destaco principalmente —por haber sido consultados para este estudio preliminar— The National Archives y la British Library; en concreto, la colección Tyrkova-Williams, que contiene documentos sobre la repuesta dada a la crisis de refugiados y las actividades de las organizaciones creadas para auxiliar a la emigración rusa, como la Russian Refugees Relief Association, fundada en 1920, pero también publicaciones como *The New Russia,* referenciada en este texto. Todos estos fondos, junto a la bibliografía especializada, permiten estudiar experiencias diversas, con elementos que confluyen y las diferencian, a fin de recomponer el puzle transnacional que fue la crisis de refugiados y la propia experiencia de los *émigrés* rusos.

9 Entre 1920 y 1922 había organizado el intercambio y repatriación de más de cuatrocientos mil prisioneros de guerra (Cabanes, Bruno. *The Great War...*, *op. cit.*, p. 139).

10 Desde 1925, la International Labor Office (asociada a la Liga de las Naciones) cumplió el cometido de transporte, asentamiento y trabajo de los refugiados, mientras que Nansen se dedicaba a los aspectos políticos y legales. En 1922 Nansen recibió el premio Nobel de la Paz y, tras su muerte, en 1930, la Liga de Naciones creó la Nansen International Office for Refugees para desarrollar su trabajo.

11 Robinson, Paul. *The White Russian Army in exile 1920-1941.* Oxford: OUP, 2002.

12 El gobierno francés gastó alrededor de 150 millones de francos en los refugiados rusos (*Official Journal of the League of Nations,* noviembre de 1921, p. 1011).

El escenario: la crisis de refugiados

Entre las imágenes más representadas de la emigración se encuentra la evacuación de los puertos de Crimea en noviembre de 1920, encabezada por Wrangel, el último general del Ejército Blanco, junto con civiles, y su periplo por el mar Negro. Según refleja Hassel, en el curso de una semana, 126 barcos trasladaron a más de 150.000 desplazados desde Crimea al Bósforo. La primera parada era Constantinopla o los campos diseminados entre Gallípoli y los Dardanelos. Algunos permanecieron allí durante años, mientras que otros cambiaron de enclaves. Buques franceses e ingleses realizaron ese cometido para brindar apoyo al Ejército Blanco.[13]

Las penalidades eran múltiples para desplazarse dentro del país en guerra y procurar llegar a una zona segura desde la cual salir. Las vías de escape fueron múltiples: por el norte, a través de Finlandia; por el este, hacia Asia, y por el sur, hacia el mar Negro. Las experiencias y testimonios reflejan la dureza de las condiciones y el miedo vivido. A modo de ejemplo, el periplo de Lisa Skobtsova, que pagó una enorme suma para salir de Tiflis con su madre y dos hijos por ferrocarril hasta llegar a la zona de Batumi, controlada por los británicos. De allí partió a Constantinopla, encontró a su esposo, pasó el invierno en Yugoslavia y en 1922 emigró a París, donde Skobtsova —más conocida como madre María— desarrolló una labor de asistencia a la colonia rusa a través de la Misión Ortodoxa en Francia.[14]

Entre los centros de recepción se cuenta Berlín, con más de quinientos mil emigrados en 1920, mientras que Checoslovaquia se constituyó en centro del exilio intelectual.[15] A partir de 1924, Francia reemplazó a Berlín, y desde el país galo salieron hacia Estados Unidos unos veinte mil refugiados, y el doble a Canadá. En Gran Bretaña se asentaron unos quince mil, y tres mil recalaron en Brasil, Argentina y Paraguay. En Asia, Shanghái y Harbin (Manchuria) albergaron las colonias más numerosas de rusos, y se dio el caso de que la «emigración blanca» convivía con la presencia de instituciones representativas de la Unión Soviética.[16]

En 1921, el doctor Ladyzhenski, delegado en Ginebra, informó sobre las necesidades más urgentes de los refugiados rusos, especialmente aquellos que

13 Hassel, James E. «Russian refugees in France and the United States between the World Wars». *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 81, núm. 7, 1992, pp. 2-6.

14 *Ibid.*, p. 15.

15 Andreyev, Catherine y Savicky, Ivan. *Russia abroad: Prague and the Russian diaspora, 1918-1938.* Londres: Yale University Press, 2004.

16 Hassel, James E. «Russian refugees...», *op. cit.*, pp. 2-11.

estaban en Constantinopla.[17] Otros aspectos contemplados fueron la provisión de comida, la situación legal de los refugiados y la distribución de los emigrados en Europa en un contexto de crisis en el que se produjeron cambios relevantes, porque en los años veinte el movimiento de personas desplazadas formó parte de tratados y acuerdos bilaterales en derecho internacional, en los que se incluían cláusulas para las minorías étnicas, garantizadas por la Liga de las Naciones. Los tratados requerían que se establecieran en el país cuya nacionalidad se había adoptado. Además, la forma de acometer la ayuda se profesionalizó. Mijaíl Osorgin, que había sido un miembro activo del Partido Socialista Revolucionario y durante la guerra civil sirvió en el Comité de Moscú para ayudar a las víctimas de la hambruna que azotó Rusia entre 1921 y 1922, fue mal visto por el gobierno soviético —a pesar de no hacer política y pese al éxito de su labor independiente— y por ello arrestado junto con otros miembros y condenado por actividades contrarrevolucionarias. Para su salida de Rusia fue vital la mediación del Comisariado para los Refugiados de la Liga de las Naciones, y acabó expulsado con un grupo de intelectuales en el otoño de 1922.[18] Este escenario y este tipo de situaciones permiten hacerse una idea de la huida emprendida a distintos países.

Una aproximación a la «emigración blanca» en Europa Occidental

En este apartado se ha procurado reflejar de manera sintetizada la situación de los emigrados rusos en el período de entreguerras en Alemania, Francia, Reino Unido y España.

De 1919 a 1923, Alemania, en particular Berlín, fue el principal centro de emigración rusa. Ya había sido destino de los exiliados políticos antes de la Primera Guerra Mundial. La llegada del contingente de exiliados tras la Revolución de Octubre visibilizó el miedo y un sentimiento antibolchevique, templado por un interés cultural. Como señala Williams, para algunos alemanes la revolución representaba no meramente un cambio institucional o social, sino también una renovación y reintegración del espíritu.[19] El denominador común del colec-

17 British Library (BL). Additional Manuscripts (Add MS). 54466, f. 91. Peticiones de ayuda registradas también en la revista de la Cruz Roja Internacional: *Revue Internationale*, 15 de septiembre de 1921, núm. 37; 15 de enero de 1922, núm. 42.

18 Hassel, James E. «Russian refugees...», *op. cit.*, p. 23.

19 Williams, Robert C. *Culture in exile. Russian emigrés in Germany, 1881-1941*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1972.

tivo fue el sentido de supervivencia y la desesperación, más que constituir una comunidad de intereses, pues era muy diverso tanto en lo político como por su procedencia. Sus vidas se habían parado en 1917, y lo que quedaba de Rusia era precisamente el legado cultural, su lengua. A finales de 1919, alrededor de 70.000 rusos vivían en Berlín y llegaban más de mil al mes. En el otoño de 1920, el total de refugiados rusos era de 560.000, incluyendo individuos en tránsito hacia otros destinos, como EE.UU. A principios de los años veinte, el colectivo mayoritario procedía de la clase alta y la *intelligentsia,* que trabajó en editoriales.[20]

Siguiendo a Williams, en los años veinte hubo un redescubrimiento de Rusia en Alemania. A pesar del número de emigrados rusos, su activismo político antibolchevique no tuvo gran resonancia dadas las buenas relaciones de la República de Weimar con la Rusia soviética. Una década después, la virulencia antisemita de los nazis se nutrió de la extrema derecha rusa. La situación geográfica, la facilidad de visados y una vida en Alemania relativamente barata, fueron los factores que habían propiciado la llegada, pero esta situación se truncó en 1923. Perdidos los ahorros y el trabajo, con el cierre de editoriales, y ante la crecida de precios, los emigrados marcharon a otros lugares. Hubo un éxodo hacia Francia, Checoslovaquia y los Balcanes, motivado principalmente por el colapso del marco y el deterioro de la situación política. En 1930 había cien mil rusos en Alemania, y cerca de doscientos mil en Francia. París sustituyó a Berlín como centro de la diáspora.

Los testimonios de los emigrados rusos en Francia, recogidos por el periodista Chaves Nogales, muestran situaciones diversas dentro del colectivo.[21] La imagen que transmite del ruso es la del judío errante de la época: «Expulsado de su patria por el bolchevismo, recorría el mundo como alma en pena arrastrando su miseria y desamparo sin fundirse jamás con los demás pueblos».[22] Una diáspora que fue anterior a la Revolución de Octubre, tras la abdicación del zar. El periodista localizó a muchos de ellos nutriendo el Café de la Rotonde del Palais Royal, donde el abogado y periodista Efimovsky servía al otro lado del mostrador, y se reunían «los revolucionarios de la monarquía» que soñaban con una «Rusia nueva».[23] No obstante, los monárquicos distaban de ser un colectivo homogéneo, y algunos rechazaban al duque Cirilo Vladimirovich como

20 *Ibid.*, p. 369.

21 Chaves, M. *Lo que ha quedado de la Rusia de los zares.* Madrid: Estampa, 1931, reeditado por la editorial Renacimiento en 2011. Para una historia ilustrada de la emigración rusa, véase Korliakov, Andreï. *Émigration russe en photos, 1917-1947.* París: YMCA Press, 5 vols., 1999-2012.

22 *Ibid.*, p. 44.

23 *Ibid.*, p. 50.

heredero del trono Romanov. Lo que les distinguía era principalmente su apreciación sobre la Revolución de Octubre, para algunos se trataba de un hecho consumado, mientras que para otros era motivo de derribo de la Rusia soviética (como la Joven Rusia). Para 1930, lo innegable —según Chaves Nogales— era el triunfo de los comunistas en Rusia,[24] reconocido o no por los emigrados.

Francia se había convertido en uno de los máximos receptores de emigrados rusos y centro neurálgico del Russian Committee of United Organizations, que integraba a numerosas organizaciones de exiliados rusos, cuyo número fue incrementándose de 67 en 1924 a unas 325 en 1936, sin contar los grupos sociales y culturales no afiliados. Algunas eran de carácter educativo, como el Patronato de la Juventud Universitaria Rusa en el extranjero, con dos hogares estudiantiles en París, o la Universidad Popular Rusa, con clases nocturnas para adultos y clases de lengua rusa para los hijos de los emigrados. A ello hay que sumar escuelas para niños financiadas por distintos filántropos y organizaciones (como la colonia infantil de Billancourt, gestionada por la Cruz Roja) y la enseñanza superior organizada a través del Liceo Ruso y el instituto Franco-Ruso.[25]

A partir de 1930, por los efectos de la Gran Depresión, la situación se tornó más hostil para los emigrados. Sus ocupaciones laborales eran diversas, agrarias en el sur de Francia, y al menos unos dos mil emigrados pertenecieron a la Union des Chauffeurs Russes. Establecieron una sociedad de ayuda mutua para obtener préstamos, particularmente para comprar taxis y pagar asistencia legal y médica. Hubo una sección rusa en la Confederación General del Trabajo. En este contexto, fue vital la ayuda asistencial de algunas asociaciones caritativas como Acción Ortodoxa, también conocida como Misión Ortodoxa Rusa, creada en 1935. Tuvo como miembro honorario al padre Eulogio, y en Reino Unido al padre Widdrington. Acción Ortodoxa estuvo presidida por la madre María, el profesor Motschulsky como presidente y Pianoff como secretario general. Entre sus principales cometidos se contaban la asistencia religiosa, ayuda a las escuelas dominicales, a las familias no privilegiadas, a niños y enfermos, y la organización de hostales económicos. Conscientes de las dificultades de establecer una cifra exacta sobre el número de emigrados rusos, calculaban unos 120.000-150.000, cuyas condiciones habían empeorado desde 1930, ya que, como se ha señalado previamente, la situación económica se había agravado. La diferencia con respecto a otros extranjeros era que no podían volver a su país de origen. Al reducirse el porcentaje de trabajadores extranje-

24 *Ibid.*, p. 52.
25 *Ibid.*, p. 191.

ros, aumentó la desesperación del colectivo, y así lo reflejan diversos informes. El estado anímico del colectivo era bajo. Los hospitales de París recibían a unos dos mil rusos al año, un 25% de ellos aquejados de tuberculosis. Para paliar esa situación y asistir a los convalecientes, se abrió una casa, bajo el patronazgo del doctor Rist.[26]

Otros emigrados vivieron expulsiones del país, más frecuentes entre los que delinquían. Algunos eran expulsados a Bélgica, y cuando eran devueltos se los conducía a prisión; centenares vivían en las fronteras y eran devueltos asimismo a Francia. De este hecho se hizo eco la oficina de Nansen, que intercedió por 1.596 rusos sujetos a expulsión entre 1934-1935. El costo del encarcelamiento y las súplicas de la Liga llevaron al gobierno francés a restringir esta práctica en los años treinta, pero de nuevo proliferó en 1939.

Esta era la realidad más extendida entre los emigrados rusos, no la de los nobles y artistas como el príncipe y la princesa Yusupov o Igor Stravinsky en París, o Andre Kostelanetz e Igor Sikorsky en Nueva York. Estas ciudades eran para ellos refugios para «acariciar el pasado más que el futuro».[27] Una huella visible en París es el cementerio de Sainte-Geneviève-des-Bois y la obra de exiliados como el escritor Henri Troyat, autor de *Mientras la tierra exista* (1947-1950), una trilogía en la que aborda la historia de una familia rusa desde el último cuarto del siglo XIX a 1939, y en la que se enfrentan generaciones e idearios: los revolucionarios, los zaristas y los oportunistas. Narra el dilema de Boris, que debe escoger entre su deseo de naturalizarse francés y el de contentar a su padre y su tío, quienes lo consideran una traición a sus raíces. Se trata de un dilema habitual en el colectivo.

Las experiencias de los emigrados en territorio británico compartieron elementos consustanciales a otras comunidades más numerosas presentes en Europa continental.[28]

Las cifras siguen resultando controvertidas, y cuando la Liga de Naciones solicitó censo, no existía como tal, pero se estimó la presencia de unos 15.000 a principios de los años veinte. En un informe de 1924, según las organizaciones de refugiados, unos 4.000 vivían en Gran Bretaña.[29] Respecto a las organizaciones más destacadas, hay que citar al Russian Liberation Commitee, que sirvió para amparar al colectivo y llamar la atención del gobierno británico.

26 BL. *Annual Report of the Russian Christian Action in France,* 1935-1936.

27 Hassel, James E. «Russian refugees...», *op. cit.*, p. 14.

28 Glad, John. *Russia abroad: writers, history, politics.* Washington: Hermitage and Birchbark, 1999.

29 TNA. Foreign Office (FO) 371/10467, File 17, n. 5200. Informe de Nansen sobre los refugiados rusos, 7 de junio de 1924.

The New Russia, publicación editada por el comité, informaba desde una perspectiva antibolchevique.[30] Se criticaba el cambio de actitud del gobierno británico con respecto a Rusia[31] y se detallaba la evolución de la guerra civil rusa. La publicación dedicó una esquela al que había sido uno de los líderes antibolcheviques que concentraban el apoyo aliado, Kolchak, en los siguientes términos: «está muerto, pero sus ideales no pueden ser asesinados; como ellos, pertenece a la totalidad de Rusia».[32] Los fracasos del Ejército Blanco fueron interpretados tal como lo expresó Harold Williams: «Ha habido errores de varias clases: militares, políticos y económicos [...]. La totalidad de Rusia está sin hogar. No es una exageración decir que la sociedad rusa está formada, en efecto, de refugiados».[33]

Para Figes, que centra su atención en aspectos socioculturales, la mayoría del pueblo se desentendía de la guerra y pretendía mantenerse neutral. Según este autor, en la movilización de masas cobran importancia aspectos como la imagen social que ambos bandos proyectaron y, en el caso de la derrota de los blancos, el problema estribó en llevar a cabo una contrarrevolución «demasiado contrarrevolucionaria».[34] Por el contrario, en el extranjero la defensa de la Revolución se organizó a través del movimiento de Amigos de la Unión Soviética desde 1927.[35]

Contrasta la ayuda proporcionada por el gobierno británico al Ejército Blanco y la actuación con respecto a los refugiados, derivadas de la aprobación de leyes de inmigración más restrictivas y de las condiciones económicas del país.[36] No obstante, tal y como expone Multanen,[37] el gobierno aceptó hacerse cargo temporalmente de los refugiados evacuados tras el colapso de la armada del general Denikin y mantuvo a unos diez mil refugiados en campos de la isla de Prinkipo, Lemnos, Chipre y Egipto, al tiempo que se ponía en contacto con el gobierno soviético para obtener una amnistía de todos los refugiados y

30 Los números consultados se encuentran en la British Library de Reino Unido.

31 «To our readers». *The New Russia*, vol. 1, núm. 1, 5 de febrero de 1920, p. 1.

32 «Admiral A. V. Kolchak». *The New Russia*, vol. 1, núm. 3, 19 de febrero de 1920 (traducción de la autora).

33 Harold Williams, miembro del comité de la revista y columnista en *The London Times* y *Daily Chronicle* (traducción de la autora).

34 Figes, O. *La revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo.* Barcelona: Edhasa, 2010, p. 742.

35 Véase para más información Garrido, M. *Compañeros de viaje. Historia y memoria de las asociaciones de amistad hispano-soviéticas*. Murcia: Editum, 2009.

36 Las Aliens Restrictions Acts de 1914 y 1919 otorgaron más facultades en materia de entrada, empleo y deportación de extranjeros. En 1920 se introdujo la necesidad del permiso de trabajo, de tal manera que las condiciones se endurecieron.

37 Multanen, Elina. «British policy...», *op. cit.*

la repatriación. Tanto el Ministerio de Asuntos Exteriores como el del Interior británicos eran partidarios de no permitir la entrada de refugiados rusos, salvo en casos excepcionales,[38] como por ejemplo la madre de Nicolás II, la emperatriz María. Era relevante que esos refugiados pudieran financiarse, por lo que no hubo facilidades.

En España, los emigrados tuvieron múltiples dificultades, dado que la política adoptada por la Restauración y la posterior dictadura de Primo de Rivera procuraron minimizar el impacto del exilio ruso adoptando medidas legales que dificultaban la llegada de exiliados (por el Real Decreto de 12 de marzo de 1917 se reguló la entrada y la permanencia de los extranjeros en España). Se precisaba pasaporte visado para poder entrar en el país y los trámites se dilataban en el tiempo. La mayoría utilizaba cédulas personales o pasaporte válido para un país, pero no para seguir su curso hacia otros, y hubo casos de expulsión. Destaca el caso del vapor *Manuel Calvo* de la compañía Transatlántica elegido para deportar a los refugiados sospechosos de revolucionarios, que no partió del puerto de Barcelona hasta el 21 de marzo de 1919, y una semana después chocó contra una mina submarina ante las costas turcas: hubo 105 víctimas mortales de los 202 pasajeros, entre ellas más de cincuenta «rusos», aunque en esa nacionalidad se incluían múltiples ciudadanos de otros países de Europa del Este.[39]

La labor del monarca Alfonso XIII para proteger a la familia del zar y facilitar la repatriación de prisioneros de la Primera Guerra Mundial pudiera denotar sintonía con los intereses de los exiliados.[40] Pero el miedo a la extensión de la Revolución de Octubre y el recelo del potencial peligro de los ciudadanos rusos en actividades vinculadas a la agitación y propaganda condujeron a la vigilancia policial. A lo que hay que añadir la no inclusión de España entre los países que abordaron la situación de los refugiados rusos a instancias del Alto Comisariado de la Sociedad de Naciones.[41] No obstante, los rusos que ingresaron en el Tercio de Extranjeros pudieron instalarse en España, como también lo hicieron otros que llegaron de forma individual con alguna recomendación, y varios centenares de judíos sefardíes ucranianos en los prime-

38 TNA. Home Office (HO) 45/11068, File 374355, del Ministerio de Exteriores al Ministerio del Interior, 28 de diciembre de 1917.

39 Véase Aizpuru, M. X. «La expulsión de refugiados extranjeros desde España en 1919: exiliados rusos y de otros países». *Migraciones y Exilios*, núm. 11, 2010, pp. 107-125.

40 Медников, И.Ю. «Миссия Спасения: Альфонс XIII и Российская императорская семья». Вестник РУДН, сер. *Всеобщая история*, núm. 1, 2011, pp. 65-75.

41 Sociedad de Naciones (SDN). League of Nations. R1721/45/14577/13564. Delegation for Spain, 1921. Delegation of Spain Letters from the LON to Quinones de Leon, Spanish Ambassador in Paris, asking him to reply to the invitation in the Conference on Russian refugees.

ros meses de 1921. Además, algunos grupos políticos (socialdemócratas, Partido Comunista) y asociaciones participaron en la recaudación de fondos y alimentos que se enviaron a Rusia para auxiliar a los afectados por la gran hambruna que ocasionó estragos entre 1921 y 1923.[42]

En España no hubo un colectivo numeroso; aproximadamente fueron unos quinientos. Sin embargo, conformaron un núcleo en Sarrià en torno a una capilla privada ortodoxa. La mayoría se dedicó a profesiones liberales como el comercio o la traducción,[43] mientras que las mujeres trabajaron en el servicio doméstico.[44] El reconocimiento de la URSS en España se produjo en 1933, mientras que otros países europeos lo hicieron con antelación.[45] Las dificultades en formalizar las relaciones oficiales contrastan con el interés en el modelo soviético, el estrechamiento de lazos y las dificultades sobrevenidas con la guerra civil española, en la que participaron rusos en ambos bandos.[46]

En conclusión, como se aprecia en los casos aducidos, las vicisitudes y el proceso de adaptación del colectivo dependieron de múltiples factores: la política de los países receptores, poco receptivos ante el temor del contagio de la Revolución de Octubre y debido a la situación económica, junto a una reglamentación internacional que contemplaba la mejora de las condiciones de los apátridas, dado que los refugiados llegaron a ser una cuestión no solamente de Estados aislados, sino de la comunidad internacional, donde destacó la labor de la Sociedad de Naciones. Algunos exiliados se dedicaron a defender la «causa blanca», como se refleja en *The New Russia,* en cuyas páginas se traslucen los efectos de la Revolución de Octubre, la impronta de la nostalgia y unas expectativas políticas de un cambio de régimen en la URSS que no se materializaron. Las acciones como colectivo se concretaron en una labor asistencial acuciante —con organizaciones como la Misión Ortodoxa—, pues la mayoría tuvo que lidiar con la pobreza. Otras acciones de los emigrados rusos estuvieron relacionadas con la preservación de sus raíces y la transmisión de un legado cultural para futuras generaciones, al tiempo que contribuían en los países receptores desde sus respectivas esferas profesionales.

42 American Bureau of the Russian Red Cross, New York City, 1921.

43 Aizpuru, M. X. y Fernández, A. «Ruso». En López-Ríos, S. y González, J. A. (eds.). *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*. Madrid: SECC, Ayuntamiento de Madrid, Asociación Cultural COAM-EA, 2008, pp. 396-399.

44 Aizpuru, M. X. «Ciudadanía e inmigración: los exiliados rusos en España, 1914-1936». *Ayer*, núm. 78, 2010, pp. 171-193.

45 Alemania en 1921; Reino Unido, Francia e Italia en 1924.

46 Garrido, M. «España y la Unión Soviética en la Europa de entreguerras. Cultura, propaganda política y solidaridad antifascista». *History. Magazine of Education and Science*, núm. 2, 2013.

La Unión Soviética en la gráfica mural de la revolución cubana

Alfonso González Quesada
Universitat Autònoma de Barcelona

Introducción

Todas las grandes revoluciones han compartido la necesidad de crear nuevos símbolos que nieguen y superen el viejo orden y anuncien un tiempo inaugural. La cubana no ha sido una excepción. Su gráfica mural ha sido uno de los instrumentos que ha dado forma al imaginario de la Revolución.

La conjunción de tres factores explica por qué la gráfica mural ha contribuido a forjar el imaginario de la revolución cubana. Dos tienen que ver con un doble monopolio de quien ejerce el poder en la isla. Por un lado, el monopolio del discurso politico y, por otro, el de la gestión del espacio público. El tercer factor está relacionado con el carácter masivo de la gráfica. A pesar de no disponer de datos exactos, no sería exagerado aventurar que desde 1959 el número de diseños producidos supera los 30.000. Un volumen descomunal.

Parte de ese imaginario forjado a través de miles de vallas y carteles expuestos por la isla se ha encargado de explicar la relación de Cuba con el resto del mundo. De forma esquemática, esa relación se podría resumir en tres líneas argumentales:

1) El internacionalismo y la solidaridad con los pueblos del Tercer Mundo en su lucha contra el imperialismo.
2) La denuncia de la política del gobierno de Estados Unidos hacia la isla.
3) La fraternidad con los países amigos y aliados de La Habana.

Para acercarse a la primera es obligado referirse a la cartelística de *OSPAAAL* (Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina). La obra más significativa que la ha abordado es *El cartel tricontinental de solidaridad*, de Richard Frick y Ulises Estrada.[1] En cuanto a la segunda línea

1 Frick, Richard; Estrada, Ulises; Morales Campos, Reinaldo *et al. El cartel tricontinental de solidaridad*. Berna: Comedia, 2003.

argumental, conviene consultar *Mi tío no se llama Sam. Estados Unidos en la gráfica cubana*, de Alfonso González Quesada,[2] catálogo de la exposición homónima organizada en Barcelona a raíz del restablecimiento de relaciones entre Cuba y Estados Unidos. La reunión por primera vez de vallas y carteles sobre el enfrentamiento entre ambos países durante más de medio siglo propició también la primera aproximación al análisis de su discurso. De la última línea argumental destacan por su número los diseños que dieron cuenta de la relación que la isla mantuvo con la Unión Soviética, su principal aliado ideológico y sostenedor económico a lo largo de tres décadas. Se trata de una producción sobre la que no existe trabajo alguno. Ese territorio inexplorado es el objeto de estudio de la presente contribución: la gráfica mural cubana alusiva a la Unión Soviética, esto es, las vallas y carteles con referencias textuales o visuales al Estado soviético (episodios históricos, personajes, símbolos, etc.). Se pretende fijar las líneas maestras de la representación que la gráfica mural hizo de su socio soviético a partir de tres criterios: *a*) distribución temporal de las obras; *b*) distribución temática; *c*) motivos compositivos.

Fuentes para el acceso a la gráfica mural cubana

No existe ninguna institución que recopile de manera exhaustiva la gráfica mural cubana editada desde el triunfo de la Revolución. Por esa razón, el corpus con el que se ha trabajado es parcial. Para paliar en lo posible esa limitación se han consultado las colecciones que a continuación se describen.

La Editora Política del Partido Comunista de Cuba, entidad dependiente del Comité Central del partido y encargada del diseño y producción de la gráfica mural de la isla, cuenta con un archivo que conserva alrededor de 4.000 diapositivas de vallas y carteles expuestos en La Habana y su provincia desde finales de los años sesenta. Se trata de una colección prácticamente inédita, en especial la sección dedicada a las vallas. Entre 2010 y 2013 el autor pudo digitalizar la totalidad de ese fondo gracias a un convenio de colaboración con la Editora Política. Otra fuente consultada es la Biblioteca Nacional José Martí. Su catálogo digital incluye más de 9.000 carteles editados a partir de 1959. Aunque las colecciones de ambas instituciones dan noticia de un volumen extraordinario de obras, la búsqueda documental se ha ampliado a otros recursos, como las

2 González Quesada, Alfonso. *Mi tío no se llama Sam. Estados Unidos en la gráfica cubana*. Barcelona: Fundació Casa Amèrica Catalunya, 2006.

galerías de imágenes de las dos principales historias del cartel cubano: *La imagen constante*, de Jorge R. Bermúdez,[3] el trabajo más completo sobre la materia, y *Cuba gráfica*, de Régis Léger,[4] la última aportación al tema. La localización de material se ha extendido también a las colecciones virtuales de carteles de las universidades que mayor atención han dedicado a la gráfica cubana, como las de Standford (Hoover Institution Archives), Michigan y New Mexico, así como la del Oakland Museum of California. Por último, se han revisado los fondos de las dos principales galerías comerciales de carteles en Internet: International Poster Gallery y Chisholm Larsson Gallery.

La búsqueda documental ha permitido reunir un total de 230 imágenes, de las que 135 corresponden a carteles. Las 95 restantes son de vallas, entre las que se incluyen nueve gigantografías instaladas en su día en los edificios que circundan la plaza de la Revolución de La Habana. El total parece una cifra considerable en términos absolutos, pero no deja de ser discreta si se tiene en cuenta que a lo largo de más de medio siglo la producción de la gráfica mural ha superado los 30.000 diseños.

Distribución temporal de las obras

Las 230 obras abarcan un período que va desde 1961 a 1991. La distribución por décadas presenta un desequilibrio muy acusado entre la primera y el resto. Del período 1961-1969 tan solo se han localizado ocho composiciones, mientras que el grueso de la producción se divide en las dos décadas siguientes con un ligero predominio de las composiciones de la primera: 120 obras corresponden a los años setenta, y 102 aparecen entre 1980 y 1991. Como se comentará más adelante, el salto cuantitativo en los setenta es un reflejo de los cambios en la relación cubano-soviética.

La Revolución triunfó en enero de 1959. En mayo de 1960, Cuba y la URSS restablecieron relaciones diplomáticas. En abril de 1961, en la víspera de la invasión de Playa Girón, La Habana declaró el carácter socialista de su revolución. En ese contexto prebélico es donde se sitúa *Alto... Mr. Kennedy, Cuba no está sola* (figura 1), la primera composición alusiva a la URSS que se ha encontrado. El cartel muestra en primer plano a un miliciano armado; a su espalda, un soldado soviético que da el alto con la palma de la mano manifiesta la voluntad de defen-

3 Bermúdez, Jorge R. *La imagen constante: el cartel cubano del siglo xx.* La Habana: Letras Cubanas, 2000.

4 Léger, Régis. *Cuba gráfica. Histoire de l'affiche cubaine.* París: L'Échappée, 2013.

der a su aliado de cualquier agresión. El resto de los diseños de la década se reparte entre los anuncios de exposiciones sobre el cine y los libros soviéticos, carteles con frases de Lenin y una composición de 1967 con el saludo de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) al 45.º aniversario de la fundación de la URSS.

Figura 1. *Alto... Mr. Kennedy, Cuba no está sola* (1961). Biblioteca Nacional José Martí.

Si bien es cierto que durante el período 1961-1969 se produjeron dos hechos relevantes que pudieron generar una respuesta por parte de la gráfica mural, como la visita de Yuri Gagarin a la isla en julio de 1961 y la celebración en 1967 del 50.º aniversario de la Revolución de Octubre, no se han localizado más obras que las reseñadas.

Como ya se ha señalado, a partir de 1970 se dispara el número de obras con referencias a la URSS. Desde el restablecimiento de relaciones entre ambos países, La Habana cuenta con la experiencia soviética para superar el subdesarrollo, industrializarse y establecer el socialismo en el trópico. Para el Kremlin, su aliado caribeño era una baza en la pugna geoestratégica con Estados Unidos, y su defensa una prioridad. Es conocido el episodio de octubre de 1962 que puso el mundo al borde del desastre tras la instalación de misiles nucleares en la isla. Las dos superpotencias solucionaron la crisis sin contar con Cuba, una maniobra que irritó en La Habana.[5] Aunque la retórica oficial insistió en hablar de la invulnerable alianza cubano-soviética, el distanciamiento se agudizó a causa de las discrepancias sobre la industrialización, las prácticas comerciales del bloque socialista con el Tercer Mundo y el compromiso soviético con los movimientos de liberación nacional que Cuba apoyaba. Las relaciones se enfriaron todavía más cuando La Habana, bajo el liderazgo del Che Guevara, se aproximó al maoísmo chino.[6] El reencuentro se produjo tras el respaldo cubano a la invasión de Checoslovaquia. El alineamiento con la URSS se reforzó

5 Ramonet, Ignacio. *Fidel Castro: biografía a dos voces*. Barcelona: Debate, 2006.
6 Karol, K. S. *Los guerrilleros en el poder*. Barcelona: Seix Barral, 1972.

después del fracaso de la zafra azucarera de 1970 y la adopción del modelo económico soviético. En 1972 Cuba ingresó en el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica), y su dependencia de la URSS y del bloque socialista fue absoluta. A partir de entonces se aliviaron las duras condiciones que imponía el bloqueo, pues Moscú ofreció a La Habana relaciones comerciales preferenciales. Compraba azúcar a un precio superior al del mercado y subvencionaba la venta de maquinaria, tecnología y crudo. Además, la URSS abastecía a su aliado con todo tipo de artículos de consumo, y el transporte de las importaciones y exportaciones cubanas corría a cargo, casi en su totalidad, de la marina mercante soviética. Aislada en lo político y comercial de su área geográfica natural, Cuba sobrevivió gracias a la integración en el sistema económico que lideraba la URSS.[7] La gráfica mural de los setenta reflejó la reubicación de la isla en el mundo, y la inclusión en su imaginario de episodios y personajes ajenos a la tradición cultural y política de la isla es un ejemplo de la necesaria pedagogía que la Revolución hizo de sus alianzas. Esa dinámica se mantuvo hasta la desaparición de la URSS, en 1991. De ese año data la última obra alusiva a la Unión Soviética (figura 2). Se trata de una valla que celebra el 74.º aniversario de la Revolución de Octubre. Conviene recordar que, por primera vez desde 1918, la celebración en Moscú se llevó a cabo sin desfile oficial en la Plaza Roja, con el PCUS proscrito e ilegalizado y en vísperas de ser arriada la bandera roja del Kremlin. Las referencias de la valla (el rostro de Lenin y el lema *vigencia y tributo*) no pueden desligarse de la posición de La Habana con respecto a la evolución de la perestroika y su desenlace.[8]

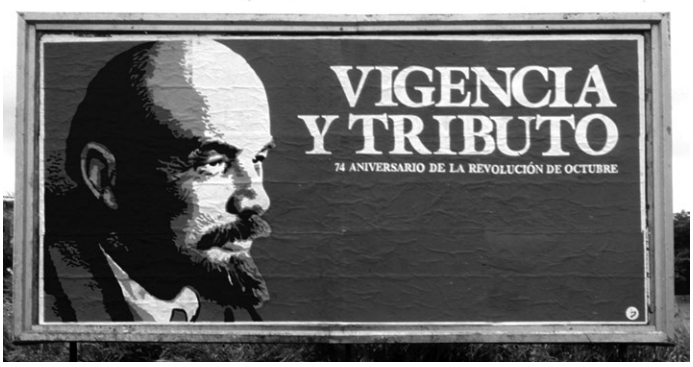

Figura 2. *Vigencia y tributo* (1991). Archivo Editora Política.

7 Pérez, Sonia. «Cuba en el CAME: una integración extracontinental». *Nueva Sociedad*, núm. 68, 1983, pp. 131-139.

8 Oppenheimer, Andrés. *La hora final de Castro*. Buenos Aires: Javier Vergara, 1992.

Desde 1991 no se ha localizado valla o cartel alguno referido a protagonistas o episodios históricos de la Unión Soviética. Esa ausencia es hasta cierto punto lógica si se tiene en cuenta que una de las funciones de la gráfica mural es explicar la relación de Cuba con el mundo, pero sorprende el hecho de que desde 1991 no haya habido una sola referencia a ninguno de los fundadores del marxismo-leninismo (Marx, Engels y Lenin), porque el partido que dirige la Revolución y el país, a pesar del derrumbe y desaparición del campo socialista, no ha renunciado a sus principios ideológicos.

Distribución temática

Los temas sobre los que la gráfica mural ha incorporado referencias a la Unión Soviética se agrupan en cuatro categorías: *a*) la repercusión de la Revolución de Octubre en Cuba; *b*) celebraciones y actos políticos cubanos; *c*) hitos derivados de la relación entre Cuba y la Unión Soviética y *d*) episodios y celebraciones propios de la Unión Soviética.

La repercusión de la Revolución de Octubre en Cuba

La gráfica mural se ha ocupado de conmemorar dos episodios que testimonian la repercusión que en su día tuvo la Revolución de Octubre en la isla: la fundación del primer Partido Comunista de Cuba y la muerte de Lenin.

La reacción del gobierno cubano a la revolución bolchevique fue de hostilidad. Su representación diplomática fue de las primeras en abandonar Petrogrado, y el presidente García Menocal afirmó que durante su mandato no permitiría ningún tipo de actividad a favor de la Rusia soviética.[9] A pesar de la advertencia, los ecos de la revolución llegaron a Cuba y poco a poco cristalizaron en las primeras agrupaciones comunistas hasta desembocar en agosto de 1925 en la fundación del que sería el primer Partido Comunista de Cuba, al frente del cual estaban el sindicalista tabacalero Carlos Baliño y el líder estudiantil Julio Antonio Mella. La gráfica surgida a partir de 1959 ha celebrado los aniversarios de aquella fundación y ha rendido tributo a sus líderes sirviéndose de menciones y símbolos que aluden a la Revolución de Octubre para destacar el vínculo histórico entre ambos procesos (figura 3).

9 García, Ángel y Mironchuck, Piotr. *La Revolución de Octubre y su influencia en Cuba*. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1977, p. 188.

La muerte de Lenin también tuvo repercusión en la isla, aunque mucho más simbólica. El 27 de enero de 1924, coincidiendo con el entierro de Lenin, el alcalde del municipio de Regla, cercano a La Habana, convocó una manifestación en la llamada Loma del Fortín, donde se sembró un olivo como gesto de amistad y en memoria del «gran ciudadano del mundo». A partir de entonces el lugar fue conocido como la Colina de Lenin y fue escenario de las luchas de la clase obrera cubana. En el 60.º aniversario de la siembra de aquel olivo se editó un cartel conmemorativo (figura 4).

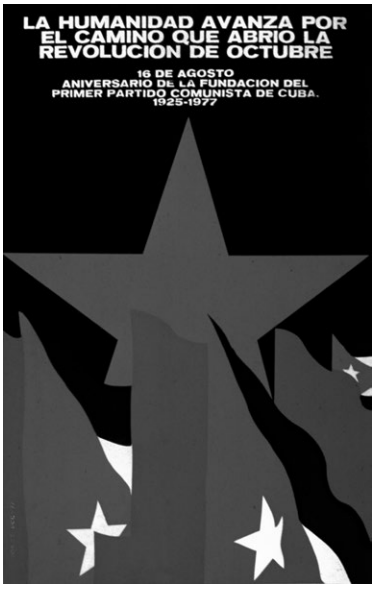

Figura 3. *La humanidad avanza por el camino que abrió la Revolución de Octubre* (1977). Archivo Editora Política.

Figura 4. *Colina Lenin* (1984). Biblioteca Nacional José Martí.

Celebraciones y actos políticos cubanos

El 26 de julio se conmemora el asalto al cuartel Moncada, que tuvo lugar en 1953 en Santiago de Cuba. Junto al desembarco del *Granma* (2 de diciembre de 1956), el asalto al Moncada constituye uno de los hitos fundacionales de la revolución cubana. En diversas composiciones sobre el 26 de julio, todas ellas posteriores a 1970, se encuentran referencias visuales como el crucero *Aurora*, la figura de Lenin (figura 5), etc., empleadas para establecer un nexo de filiación ideológica

entre el proceso revolucionario cubano y el soviético. Esta estrategia compositiva se halla en la gráfica mural dedicada a otras celebraciones y actos políticos cubanos. Así, las efigies de Marx, Engels y Lenin, recurrentes en la iconografía soviética, han tenido su espacio en el anuncio de congresos sindicales, en la celebración del Primero de Mayo, durante el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba e incluso en los aniversarios del triunfo de la Revolución (figura 6).

Figura 5. *Sí, nosotros leemos a Lenin...* (1975). Archivo Editora Política.

Figura 6. *Los hombres mueren, el Partido es inmortal* (1974). Archivo Editora Política.

También la gráfica mural dedicada a fomentar una nueva conciencia laboral a través del trabajo voluntario de los «domingos rojos», mímesis de los *subbotniks* que instauró Lenin en 1919, contiene motivos soviéticos: desde el símbolo de la hoz y el martillo a imágenes procedentes del realismo socialista que muestran a Lenin participando en un *subbotnik* (figura 7).

Hitos derivados de la relación entre Cuba y la Unión Soviética

Las obras de esta categoría dan noticia de manera explícita de la evolución de las relaciones entre Cuba y su aliado soviético a lo largo del tiempo. En cada

uno de los distintos subtemas de tales carteles y vallas subyace una idea básica del imaginario de la Revolución: la fraternidad y gratitud hacia la URSS. Un agradecimiento que, más allá del territorio de la propaganda, fue recogido en 1976 en el preámbulo de la constitución cubana.

Figura 7. *¡En trabajo voluntario el Domingo Rojo!* (1980). Archivo Editora Política.

El 8 de mayo de 1960 se restablecieron las relaciones diplomáticas entre ambos países. El primer cartel que celebró el aniversario data de 1975, aunque no se decarta que hubiera ejemplos anteriores. El tema más recurrente en ese tipo de conmemoraciones ha sido la fraternidad (figura 8), y la estrategia visual más común para reflejarla ha consistido en yuxtaponer las banderas de Cuba y la URSS o sus colores representativos. Un recurso narrativo que se ha empleado en otras obras, como el aniversario de la creación, en 1969, de la Asociación de Amistad Cubano Soviética.

Como ya se ha señalado, en 1972, Cuba se integró en el CAME. A partir de aquel momento la gráfica mural se dedicó a conmemorar su ingreso y a anunciar las reuniones de los miembros del CAME en la isla. Vallas y carteles también han dado la bienvenida a los máximos mandatarios soviéticos en sus visitas a Cuba. La primera fue la de Leónidas Brézhnev, en enero de 1974. En aquella ocasión, una gigantografía del secretario general del PCUS presidió la plaza de la Revolución de La Habana (figura 9), a la vez que se editaron diversos carteles con la frase del *premier* soviético: «La Cuba revolucionaria jamás estuvo, ni jamás estará sola». La gráfica reforzaba el espíritu de confianza en la nueva etapa entre Moscú y La Habana a raíz de la entrada de la isla en el área económica socialista. En 1989 se produjo la visita de Mijail Gorbachov en un contexto bilateral e internacional

bien distinto. El líder soviético llegó con el objetivo de convencer a la dirección del país de las bondades de su perestroika y *glasnost*, pero en La Habana no había ningún interés por aplicar las reformas de Gorbachov. A sus ojos, la URSS se «desmerengaba» y ya no veía en ella un referente, sino un foco de ideas desestabilizadoras que había que evitar.[10] La distancia entre las posturas de Moscú y La Habana no se tradujo de forma evidente en la gráfica dedicada a la visita de Gorbachov. Las vallas repitieron el consabido recurso de yuxtaponer las dos banderas como símbolo de la amistad entre cubanos y soviéticos. Sin embargo, hubo dos diferencias significativas con el tratamiento que la propaganda mural había dedicado a Brézhnev. No hubo gigantografía de Gorbachov en la plaza de la Revolución ni se recogió ninguna declaración suya en vallas o carteles.

Figura 8. *Y para siempre: ¡hermanos!* (1985). Archivo Editora Política.

Sin duda, el episodio que mejor refleja la estrecha colaboración y la amistad entre Cuba y la URSS es el vuelo conjunto de 1980. En 1961, poco después de convertirse en el primer hombre en viajar al espacio, Yuri Gagarin visitó Cuba invitado por el gobierno revolucionario. Su hazaña era para muchos la prueba definitiva de la superioridad del socialismo soviético. Antes de abandonar la isla, Gagarin expresó su confianza en que en el futuro Cuba se sumaría a la exploración espacial. Un vaticinio cumplido casi veinte años más tarde, cuando en septiembre de 1980 la nave *Soyuz 38* despegó con el cubano Arnaldo Tamayo al mando. La misión formaba parte del programa Intercosmos, iniciativa soviética para colaborar con otros países en la investigación del espacio y

10 Fogel, J. F. y Rosenthal, B. *Fin de siglo en La Habana*. Madrid: Anaya, 1995.

el desarrollo de experimentos científicos. Aquel vuelo conjunto también simbolizó la máxima expresión de la generosidad soviética hacia Cuba y de fraternidad entre ambos pueblos. La gráfica se volcó en el acontecimiento y editó más de una veintena de diseños de vallas y carteles, que llegaron a ocupar la fachada de alguno de los edificios de la plaza de la Revolución (figura 10).

Figura 9. *Bienvenido camarada Brezhnev* (1974). Archivo Editora Política.

Figura 10. *Vuelo espacial conjunto URSS-Cuba. Victoria del socialismo* (1980). Archivo Editora Política.

Episodios y celebraciones propios de la Unión Soviética

La integración de Cuba en la órbita de la URSS alcanzó su máxima expresión en la gráfica mural a partir de 1970, cuando incorporó al imaginario de la Revolución los principales aniversarios de su aliado. Antes de esa fecha, la figura de Lenin solo había aparecido en dos obras, y en ningún caso para celebrar su nacimiento. En 1970 se cumplió el centenario del natalicio del líder de la Revolución de Octubre, y solo de esa conmemoración se han localizado siete diseños distintos. El de Lenin no ha sido el único natalicio recordado por la gráfica (figura 11). También ha habido carteles y vallas de los aniversarios de Marx y Engels, y del líder del comunismo búlgaro y hombre de Stalin al frente de la III Internacional, Georgi Dimitrov.

Figura 11. *Las ideas de Lenin viven y triunfan* (1980). Archivo Editora Política.

Entre 1974 y 1975, Cuba celebró las victorias del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial al cumplirse el 30.º aniversario de la liberación de Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia y la derrota de la Alemania nazi (figura 12). Los motivos compositivos de aquellos diseños procedían de la iconografía soviética. En 2005, en las vallas que celebraron los sesenta años de la derrota del fascismo, esa iconografía había desaparecido. El soldado que coloca la bandeja roja en lo alto del Reichstag fue sustituido por una paloma de la paz.

Ya se ha insistido en el punto de inflexión que 1972 tuvo en la relación de Cuba con la URSS a través de su integración en el CAME. No parece casual que en ese año la propaganda celebrase el 50.º aniversario de la fundación de la Unión Soviética y por primera vez el aniversario de la Revolución de Octubre. De todos los episodios relacionados con la historia soviética, este ha sido el que mayor presencia ha tenido en la gráfica mural cubana, con la edición ininterrumpida de carteles o vallas alusivos hasta 1991. De ese período merece atención

especial 1977, año del 60.º aniversario. No solo por la diversidad de diseños y la gigantografía instalada en la plaza de la Revolución de La Habana (figura 13), sino especialmente por el lema común a todas las composiciones y que resume el papel de Octubre en el imaginario de la revolución cubana: «Bajo las banderas del gran Octubre, avancemos en la construcción del socialismo».

Figura 12. *30.º aniversario de la derrota del yugo nazi-fascista* (1975). Biblioteca Nacional José Martí.

Figura 13. *Bajo las banderas del gran Octubre, avancemos en la construcción del socialismo* (1977). Archivo Editora Política.

Elementos compositivos

La elección y combinación de los elementos compositivos determinan el concepto que cartel y valla comunican, mientras que los lemas o textos que los acompañan refuerzan el sentido fijado por esos elementos. En las 230 obras con que se ha trabajado se han identificado 17 elementos compositivos que aluden a la Unión Soviética. Su incidencia ha sido muy desigual, por lo que solo se señalan los de mayor frecuencia de uso.

La figura de Lenin es el recurso visual más empleado (75 ocasiones). Aparece en todos los aniversarios de su natalicio y predomina en las conmemoraciones de Octubre y de la fundación de la URSS. La estrategia de combinar su figura con la de Fidel, Che Guevara o José Martí, el padre del independentismo cubano, o el uso de lemas como «Marchar seguros armados con sus ideas» o «Lenin en nuestras victorias», fijan en el imaginario la idea de que la

revolución cubana forma parte de la tradición que inauguran Lenin y la Revolución de Octubre y es, en definitiva, su heredera. En el mismo concepto ha incidido la yuxtaposición de las naves que simbolizan ambas revoluciones: el crucero *Aurora* y el yate *Granma* (figura 14). La contigüidad de banderas (la soviética aparece en 36 obras), de monumentos emblemáticos (las torres del Kremlin y el memorial José Martí de La Habana [figura 15]) o de los cosmonautas del vuelo conjunto busca reforzar otra de las ideas fundamentales del imaginario cubano: la amistad, colaboración y fraternidad entre la isla y la URSS.

Figura 14. *Hermandad y gratitud eternas* (1982). Archivo Editora Política.

Figura 15. *¡Viva la indestructible amistad cubano-soviética!* (1980). Archivo Editora Política.

El uso de la hoz y el martillo ha aparecido en 26 composiciones y siempre circunscrito a la representación de la Unión Soviética. Es un símbolo con muy poca tradición en Cuba, únicamente vinculado al Partido Comunista fundado en 1925 (figura 18), y por completo ajeno al actual. En la isla son contadísimos los monumentos en los que se ve la hoz y el martillo. Las vallas y carteles que, tras la desaparición de la URSS, han hablado de la defensa de las conquistas de la Revolución y el socialismo ya no han recurrido a ese símbolo.

Más allá de la idea de país hermano y amigo con el que se comparte una ideología y tradición revolucionarias, la gráfica también ha construido un relato sobre ciertos valores de la URSS como Estado: rico culturalmente, a la cabeza del mundo en ciencia y tecnología, defensor de la paz, a la vez que capacitado para repeler cualquier agresión y unido en su diversidad multinacional (figuras 16 y 17).

Figura 16. *URSS, salvaguarda de la paz en el mundo* (1984). Archivo Editora Política.

Figura 17. *30 eneros de amistad y colaboración* (1990). Archivo Editora Política.

Conclusiones

Más de cuarenta años separan la toma del Palacio de Invierno de la entrada triunfal de Fidel Castro en La Habana en los primeros días de 1959. Ni la distancia temporal, ni la lejanía geográfica ni las diferentes tradiciones culturales y políticas entre ambos pueblos fueron obstáculo para que la Cuba revolucionaria incorporara en su imaginario referencias a la Unión Soviética y la Revolución de Octubre. Esa incorporación se produjo de forma significativa en los años setenta, cuando la isla se integró plenamente en la órbita del sistema económico liderado por el Kremlin. Vallas y carteles contribuyeron a fijar en el imaginario la idea de fraternidad entre ambos pueblos, y situaron la revolución cubana en la tradición revolucionaria iniciada por Lenin. Ambos relatos eran el resultado de una de las funciones que la gráfica cubana ha desempeñado: dar cuenta de las relaciones que la isla mantiene con el resto del mundo. Tras la desaparición de la URSS y del denominado «campo socialista», vallas y carteles dejaron de incluir cualquier tipo de referencia a su antiguo aliado. Desaparecieron incluso las que tenían que ver con la vincu-

Figura 18. *¡Viva Octubre!* (1987). Archivo Editora Política.

lación ideológica del proceso revolucionario al marxismo-leninismo. El fin de la guerra fría comportó también el fin de su retórica visual en la gráfica cubana. Cuando Cuba recompuso su lugar en el mundo y estableció nuevas alianzas regionales (Venezuela y la Alternativa Bolivariana), esos nuevos actores se incluyeron en la gráfica mural a través de sus referentes simbólicos. Lenin dejó de formar pareja con Martí, Fidel o el Che, y su lugar lo ocuparon Hugo Chávez y Simón Bolívar.

«Cara al campo»: campañas comunistas en el medio rural mexicano durante la década de 1920

Edgar Hernández Espinoza
Universidad Autónoma Metropolitana de México

Del 25 al 31 de diciembre de 1921, el Partido Comunista de México (PCM) realizó su I Congreso, en el cual se plantearon dos aspectos de suma importancia que no se habían considerado en sus tareas militantes: el problema agrario y los intelectuales ante la educación de las masas. Sobre el primero se destacó la necesidad del campesinado de organizarse en sindicatos como medio para recobrar sus tierras, las cuales debían ser entregadas no en parcelas, sino en común, y lograr una alianza con los obreros industriales.[1] En cuanto al segundo, se señaló: «La educación de las masas obreras es una labor que necesariamente tendrá que ser recomendada a los intelectuales salidos de la clase burguesa y que hayan abrazado el comunismo, a los estudiantes, maestros de escuela, etc.».[2] En abril de 1923, cuando se celebró el II Congreso, las acciones que había planteado el PCM en su anterior reunión de 1921 habían tenido importantes avances. Por un lado, al menos cinco estados del interior del país se habían involucrado en el movimiento campesino, lo cual posibilitaba la conformación de una federación campesina de alcances nacionales. Por otro lado, se señaló la incorporación de «la Unión de Pintores y Escultores, bajo la dirección del más grande pintor mexicano, Diego Rivera, [que] adoptó un programa comunista y se afilió a los Sindicatos Rojos. Como resultado, muchos intelectuales se están uniendo al Partido y están siendo formados varios núcleos dentro de los cuerpos estudiantiles».[3]

Esta relación entre el Partido Comunista de México con los intelectuales y los campesinos del país no fue solo producto de las directrices propuestas por

1 «I Congreso del Partido Comunista de México (Sección de la Internacional Comunista). Celebrado del 25 al 31 de diciembre de 1921». En Concheiro, Elvira y Payán, Carlos (coords.). *Los congresos comunistas. México 1919-1981*, tomo I. México: Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, 2000, p. 104.

2 *Ibid.*, p. 108.

3 Wolfe, Bertham. «Los comunistas de México en el 2do. Congreso». En Concheiro, Elvira y Payán, Carlos (coords.). *Los congresos...*, *op. cit.*, pp. 123-124.

la III Internacional, conocida como el Comintern (Communist International), sino que también respondió a la situación política y social que estaba atravesando México, donde aún retumbaban los ecos del proceso revolucionario iniciado en 1910. Tal lucha armada tuvo como principal agente al campesinado, que, a su vez, se asoció sobre todo con el movimiento agrarista dirigido por Emiliano Zapata durante aquel período. A pesar de ser derrotado militarmente por una facción compuesta por integrantes de la burguesía agraria del norte, dirigida por Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, Zapata se convirtió en el eje legitimador del nuevo Estado mexicano que se empezó a conformar a partir de 1920, paradójicamente con la presidencia de Obregón (1920-1924). Pero, a la par, Zapata devino el símbolo de los movimientos disidentes agraristas que siguieron reclamando el reparto agrario en diversos puntos del país. Todo ello, pese a la promulgación de la constitución de 1917, de fuerte corte social, que incluía, entre otras cosas, la resolución del problema agrario. Hasta ese momento, en su mayoría, las tierras estaban bajo el control de importantes hacendados. Durante los años veinte, la reforma agraria fue tema de acaloradas discusiones en las tribunas de la Cámara de Diputados y en la prensa, y, por supuesto, fuente de violencia en el medio rural entre los campesinos, que buscaban por todos los medios obtener tierras, y los hacendados, que se esforzaban por mantenerlas.

Por todo ello, los comunistas consideraban incompleto el proceso revolucionario en México, y juzgaban necesario darle una dirección similar a la propuesta por la revolución rusa de 1917. En consecuencia, la voz internacionalista de «Cara al campo» tuvo mayor resonancia en el PCM, el cual consideraba que, para representar «los intereses de la masa obrera y campesina del país y ser una sección digna de la Internacional, debe dedicar gran parte de su tarea en el año venidero [1926] a intensificar su campaña entre los campesinos y hacer comprender a los trabajadores de la ciudad y del campo la necesidad de su unidad y solidaridad mutua».[4]

El campesino, vanguardia revolucionaria

Cuando, en abril de 1925, se emitió la consigna de «Cara al campo» durante el III Congreso del PCM, los comunistas se habían hecho con la administración del periódico *El Machete*, fundado el 13 de marzo de 1924 por el Sindicato de

4 «III Congreso del Partido Comunista de México. Celebrado del 7 al 12 de abril de 1925». En Concheiro, Elvira y Payán, Carlos (coords.). *Los congresos...*, *op. cit.*, p. 151.

Pintores y Escultores, que dirigían los muralistas Diego Rivera (1886-1957) y David Alfaro Siqueiros (1896-1974) y el grabador Xavier Guerrero (1896-1974). Este periódico manifestaba una gran simpatía por las causas del movimiento agrarista del país —como su propio nombre denotaba— y, gracias a la fama de los artistas citados, había logrado tener una importante proyección internacional. Con un costo de diez centavos, fue la parte medular de las campañas de propaganda entre el campesinado.

La circulación de esta publicación —también llamada «filoso»—, si bien escasa al principio, fue posteriormente facilitada por la conexión que empezó a tener el PCM con los agraristas del estado de Veracruz desde 1923. Ese movimiento tuvo como su principal referente a Úrsulo Galván (1893-1930), quien, junto con otros compañeros de militancia y con el respaldo del gobernador de ese estado, Adalberto Tejada, había llegado a fundar la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz, que más tarde fue la base para la formación de la Liga Nacional Campesina (LNC), constituida el 20 de noviembre de 1926 y considerada la primera central campesina de alcances nacionales, ya que llegó a contar con 310.000 miembros de once estados del país, lo cual le permitió adherirse a la Internacional Campesina (Krestintern), con sede en Moscú.[5] No fue este estado el único centro de desarrollo de actividades comunistas; también lo fueron Michoacán y Durango, que contaron con importantes dirigentes, Primo Tapia (1885-1926) y José Guadalupe Rodríguez (1899-1929), respectivamente.[6]

Cuando *El Machete* dio a conocer en 1929 los ejemplares impresos en cada edición, las cifras mostraron un importante crecimiento: entre 1924 y 1926 el periódico tuvo una tirada de 3.000 ejemplares; en 1927 llegó a casi 8.000; en 1928 a 11.000 y a inicios de 1929 a 15.000. En ese mismo año, el número 162,

5 Sobre el papel de Úrsulo Galván y el movimiento campesino en Veracruz se ha escrito una amplia historiografía; por enumerar solo algunos: Domínguez Pérez, Olivia. «Del sueño regional a la experiencia nacional: La Liga de Comunidades Agrarias». En Domínguez Pérez, Olivia (coord.). *Agraristas y agrarismo: la liga de comunidades agrarias del Estado de Veracruz*. Xalapa: Consejo Técnico Consultivo de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Veracruz, 1992, pp. 9-18; y Reynoso Jaime, Irving. *El agrarismo radical en México en la década de 1920*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2009.

6 Martínez Verdugo, Arnoldo. *Historia del comunismo en México*. México: Grijalbo, 1985, p. 78; Oikion Solano, Verónica. «De la revolución mexicana a la revolución mundial. Actores políticos, michoacanos y la Internacional Comunista en México». *Signos Históricos*, núm. 21, enero-junio de 2009, pp. 83-92; Taibo II, Paco Ignacio. *Los Bolsheviks. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*. México: Joaquín Mortiz, 1986, pp. 189-192; Reynoso Jaime, Irving. *El agrarismo radical...*, *op. cit.*, pp. 83-92; Sánchez, Gerardo. «Los pasos al socialismo en la lucha agraria y sindical en Michoacán 1917-1938». En Tamayo, Jaime y Valles, Patricia (coords.). *Anarquismo, socialismo y sindicalismo en las regiones*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1993, pp. 35-52.

correspondiente al 1 de mayo, tuvo una circulación de 20.000 ejemplares. En cuanto a los estados donde *El Machete* tuvo mayor circulación en esos años, fueron Veracruz, Durango, Michoacán y Puebla, principales bastiones de la Liga Nacional Campesina.[7] ¿Cuál era el contenido que ofrecía este periódico entre los militantes del medio rural? Uno de sus rasgos distintivos fue el uso de los colores rojo y negro, que lo hacían llamativo e ideal para pegarlo como cartel en las calles, en las oficinas de los sindicatos obreros y en las ligas campesinas del país, a fin de que lo leyera u observara un gran número de personas.[8] De esta forma, más que en las palabras vertidas en las columnas de opinión, en las transcripciones de los textos de Lenin, Marx y Stalin o en las noticias del movimiento comunista en América Latina y Europa, fue en los colores y, luego, en las pequeñas y atrayentes imágenes donde los comunistas mexicanos sintetizaron la riqueza de la interacción de los planteamientos de la Internacional Comunista con las demandas revolucionarias del campesinado mexicano.

Figura 1. *Homenaje al general Emiliano Zapata en el aniversario de su muerte*. Fuente: *El Machete*, núm. 3, primera quincena de abril de 1921, p. 4.

Dentro de la gama de imágenes que aparecieron en *El Machete*, resaltan las dedicadas al movimiento campesino, tanto las que exaltaban a Zapata mediante una narrativa comunista, como las que mostraban a las masas campesinas dirigidas por Lenin en busca de un nuevo horizonte revolucionario.[9]

En la figura 1 se muestra a Zapata con alegorías de la simbología comunistas: la hoz y el martillo. Era la primera vez que se le pre-

7 Biblioteca José María Lafragua, Puebla, *El Machete*, 15 de octubre de 1927, núm. 84, p. 4; *El Machete*, 17 de noviembre de 1928, núm. 139, p. 4; *El Machete*, 1 de mayo de 1929, núm. 162, p. 1.

8 Alfaro Siqueiros, David. *Me llamaban el Coronelazo.* México: Grijalbo, 1977, p. 218.

9 Agradezco al personal de la Biblioteca Lafragua de la BUAP la digitalización de las imágenes aquí expuestas.

sentaba de esta forma, y su uso se ha extendido, con variantes, en otros momentos de la historia contemporánea de México. Como se verá más adelante, los redactores del periódico consideraban el programa agrario de Zapata «medianamente comunista».

Figura 2. *El trabajador mexicano al ruso: ¡Chócala, hermano!* Fuente: *El Machete*, segunda semana de junio de 1927, núm. 66, p. 1.

La figura 2 muestra el encuentro de las revoluciones rusa y mexicana. Mientras que la primera se representa con un soldado, la segunda la simboliza un campesino rebelde. Pese a su lejanía geográfica, ambos se ven cercanos por la posibilidad de que el mexicano reproduzca lo sucedido en Rusia.

En la última, finalmente, se plasma la masa combatiente en movimiento, como había sucedido en la revolución de 1910, pero con la novedad de que en el horizonte se dibujan la estrella, la hoz y el martillo, y Lenin como guía. En la vanguardia combatiente se destaca el campesinado.

Figura 3. *Bajo la guía de Lenin, el proletariado ganará la victoria*. Fuente: *El Machete*, 21 de enero de 1928, núm. 98, p. 1.

Visto a grandes rasgos el contenido de las imágenes, ahora se abordarán brevemente los planteamientos desarrollados en las columnas de opinión de *El Machete*, que también resaltaban lo incluido en la iconografía. En efecto, los comunistas mexicanos defi-

nieron a Zapata como representante de «las fuerzas ciegas de la revolución agraria, fuerzas espontaneas [*sic*] y puras, fuerzas generosas que fueron las primeras en levantar la bandera de verdaderas reivindicaciones para los campesinos sin tierra».[10] Pero, al ser un movimiento que obedeció únicamente a un impulso, fue derrotado no solo por la traición de la llamada facción pequeñoburguesa, sino porque se desarrolló «como revolución agraria solamente, sin comprender que para que un movimiento así pueda triunfar necesita contar con un aliado indispensable: la clase obrera. La clase obrera que, guiada por líderes torpes y mentirosos, no pudo ver claro y fue llevada a integrar los "batallones rojos" que lucharon contra los agraristas del Sur».[11] Con esta tónica, los comunistas no dudaron en declarar en las columnas de *El Machete* que Zapata «no se interesó en otra cosa más que en el reparto de tierras, y tenía un programa bastante inteligente, concreto, medianamente comunista».[12]

Por tanto, el comunismo mexicano se planteó la necesidad de «encauzar el latente espíritu revolucionario de los trabajadores mexicanos, hacia la finalidad perseguida desde 1910».[13] A su juicio, el movimiento iniciado ese año había tenido orígenes libertarios, que fueron traicionados por los políticos profesionales porque estos no pertenecían al proletariado, sino que provenían de la pequeña-burguesía, cuyo principal representante era Venustiano Carranza. Así pues, se consideró que «la Revolución Agraria no siguió adelante por la falta de unión estrecha entre campesinos y obreros»,[14] y que el rumbo tomado por la revolución mexicana a partir de 1917 se asemejó a la revolución rusa de febrero porque «la pequeña burguesía ha tenido un papel dirigente; revolución en la cual las masas han entregado sin ambajes [*sic*] su carne y su sangre, a cambio de la cual se le han dado leyes que no se cumplen».[15] De tal forma, una de las consideraciones ante ese panorama era «apresurar el proceso revolucionario y pasar rápidamente de la revolución burguesa [a] la revolución proletaria»,[16] porque el poder de la burguesía estaba lejos de consolidarse a causa de que «no existía en México sino un proletariado niño, que empezaba a desarrollarse y a dar los primeros pasos en el camino de la lucha. Las masas obreras no estaban organizadas y toda su historia se reducía a las huelgas de

10 *El Machete*, 14 de abril de 1928, núm. 110, pp. 1 y 4.
11 *Ibid.*
12 *El Machete,* 4 al 11 de septiembre de 1924, núm. 12, p. 3.
13 *El Machete*, 18 al 25 de diciembre de 1924, núm. 26, p. 3.
14 *El Machete*, 14 abril de 1928, núm. 110, p. 1.
15 *El Machete*, 8 de septiembre de 1928, núm. 130, p. 2.
16 *El Machete*, 7 de noviembre de 1928, núm. 138, p. 2.

Río Blanco y Cananea».[17] Aunado a esto, según los comunistas, no había una tradición de una clase obrera vinculada con un partido de masas ni un teórico del marxismo. Este juicio resulta acertado si se tiene en cuenta que las diferentes facciones revolucionarias que se disputaron el poder en México, durante los años diez, no contemplaron en sus diferentes planteamientos políticos ningún concepto o idea vinculados con el marxismo.

A pesar de ello, los comunistas vieron que aquel desenvolvimiento revolucionario había dejado importantes semillas en «la conciencia de los obreros y campesinos para involucrarse en las tareas de militancia a favor de una Revolución del Proletariado».[18] Un argumento similar sostenía que, en todo caso, la revolución de 1910 significó el comienzo de «la conciencia clasista en las masas [para] construir el proletariado sus órganos de combate y de dirección».[19] En la medida de lo posible, los comunistas no solo le dieron este carácter al movimiento armado de 1910, sino que también llegaron a argumentar que «la revolución mexicana es ante todo una revolución campesina, y una revolución campesina en país semicolonial que depende económicamente de los países imperialistas más poderosos del mundo. Por eso la revolución mexicana es una revolución de carácter antimperialista».[20]

Si la figura de Zapata era el referente para que la revolución de 1910 tomara el rumbo de la rusa, aun reconociendo la debilidad que tuvo la clase obrera en ese momento, en las páginas de *El Machete* se añadieron otros planteamientos que buscaron respaldar el carácter revolucionario del campesino mexicano, al señalar que ellos combatían por «el reparto de tierras en pequeñas parcelas, encaminado a formar la propiedad privada. Insistimos, en vista de la naturaleza de la tierra de México, de la pobreza del campesino, de la falta de agua, de la necesidad de instrumentos de labranza en grande escala y de la ideología del comunismo primitivo que todavía persiste entre los indios, en que las grandes haciendas deben entregarse a los peones para su trabajo en común y a gran escala».[21]

De tal forma, desde la perspectiva comunista, los embates sufridos por las comunidades campesinas desde la época colonial hasta el porfiriato habían perturbado su espíritu comunista y, en todo caso, este había aflorado con el estallido de la revolución de 1910 porque «la persistencia de la ideología del comu-

17 *Ibid.*
18 *El Machete*, 5 de noviembre de 1927, núm. 87, p. 2.
19 *Ibid.*
20 *El Machete*, 15 de diciembre de 1928, núm. 143, p. 2.
21 *El Machete*, 4 al 11 de septiembre de 1924, núm. 12, p. 3.

nismo entre los indios, les han [ha] llevado a aceptar nuestro punto de vista, y muchos se han opuesto a aceptar las pequeñas parcelas en propiedad privada».[22] Con ello también se dio respaldo a uno de los postulados del Segundo Congreso de la III Internacional, según el cual, en los países donde «todavía subsisten vestigios del sistema feudal, donde los privilegios de los terratenientes engendran formas especiales de explotación [...], es necesario entregarles a los campesinos una parte de la tierra de los grandes dominios».[23]

Redes de propaganda

Las ideas y las imágenes que el PCM plasmó en el «filoso» fueron objeto de una importante vigilancia por parte del espionaje del Estado mexicano, que dejó entrever una amplia red de distribución de propaganda comunista en el país. Un espía, por ejemplo, comunicó que el día 17 de junio de 1925 se le había hecho entrega de tres ejemplares de *El Machete*, correspondientes a las ediciones 21, 22 y 27, los cuales estaban sellados por la Comisión Local Agraria del Estado de Jalisco y tenían como destino al representante de la Comunidad Agraria de Tonalá.[24] Unos días antes, el 23 de mayo, este mismo agente también informó de que había tenido una charla con los administradores del periódico, María del Refugio García y Xavier Guerrero. Respecto a la primera, describía su amplia trayectoria como militante comunista y su participación en la organización de sindicatos de obreros y campesinos en su estado originario, Michoacán. El dato de mayor importancia que logró averiguar el espía fue que García tenía vínculos con el gobernador del estado de México, el general Abundio Gómez, quien, mediante su intervención, había ayudado a la liberación de algunos obreros comunistas presos en la comunidad Tlalpujahua. El informe resaltaba además que García había expresado grandes elogios a la tarea política que estaba emprendiendo el gobernador del estado de Jalisco, a quien consideraba una esperanza para las organizaciones obreras y campesinas.[25] En cuanto a Guerrero, el espía solo lo describió como un hombre preocupado por las finanzas del periódico, provenientes en su mayoría de los fondos de los

22 *Ibid.*

23 *Tesis, manifiestos y resoluciones adoptados por los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista (1919-1923)*. Valencia: Edicions Internacionals Sedov, 2017, p. 90.

24 Archivo General de la Nación (AGN), Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPyS), caja 46, f. 384.

25 AGN, DIPyS, caja 46, f. 373.

llamados obreros rojos.[26] El 2 de junio, este agente señaló que el gobierno de Jalisco auspiciaba la circulación masiva del periódico comunista entre los campesinos del estado. Asimismo, informó de que el senador por San Luis Potosí, Luis G. Monzón, proporcionaba ayuda económica para la impresión de *El Machete*.[27]

En efecto, en Jalisco el gobernador José Guadalupe Zuno dio fuerte impulso a las actividades comunistas, pero no lo hizo por simpatía hacia el movimiento, sino por una cuestión de estrategia, es decir, para frenar considerablemente el poder de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), central obrera ligada a los intereses oficiales y al poder del presidente de México, Plutarco Elías Calles.[28] Por su parte, el gobernador del estado de México, Abundio Gómez, también formaba parte del grupo de gobernadores «progresistas» que buscaban afianzar su poder regional mediante bases populares, y de ahí su relación con los comunistas.

Continuando con el informe del espía, este exponía que los administradores de *El Machete* habían buscado el apoyo de otros grupos políticos esparcidos en el país para que permitieran la circulación del periódico, como sucedió con los sanchistas en Puebla, donde la propuesta era «desarrollar una campaña de ataque en contra del [...] Gobierno de aquella entidad, mediante una fuerte retribución»;[29] sin embargo, no llegaron a un acuerdo. Pese a ello, en regiones de ese estado —por ejemplo en Atlixco— hubo presencia comunista durante la segunda mitad de los años veinte. Al contrario de lo que pasó en Jalisco, donde los comunistas fueron usados por el gobernador para contrarrestar el poder de la CROM, en Atlixco se aliaron con los cromistas, lo que permitió la existencia de células en las fábricas de Metepec y San Agustín de Los Molinos durante 1927. Pero esta alianza no se circunscribió solo a esta región, sino que también se dio en fábricas de San Martín Texmelucan y en la capital del estado. Por si eso fuera poco, *El Machete* era distribuido entre los obreros cromistas y exhibido en la sección local de la CROM de Puebla.[30]

Gracias a este espacio, miembros del Partido Comunista de México tuvieron contacto con las comunidades campesinas, como sucedió en Atlixco, don-

26 AGN, DIPyS, caja 46, f. 373.

27 AGN, DIPyS, caja 46, exp. 2, f. 377.

28 AGN, DIPyS, caja 46, exp. 2, f. 376.

29 AGN, DIPyS, caja 46, exp. 2, f. 4.

30 García García, Ariadna. «Agrarismo y movimiento obrero en el suroeste de Puebla: lucha de facciones posrevolucionarias, 1917-1927». En Gutiérrez Álvarez, Coralia (coord.). *Movimientos sociales en un ambiente revolucionario: desde el Altiplano Oriental hasta el Golfo de México, 1879-1931*. Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades «Alfonso Vélez Pliego», 2013, p. 232.

de se formaron células a fin de impulsar la toma de tierras por la fuerza y repartirlas entre los habitantes de los pueblos. Los resultados de esta tarea se vieron en 1928, cuando el PCM logró crear una base de 800 militantes, no solo de Atlixco, sino también de Cholula y la ciudad de Puebla. Un factor que favoreció la entrada de militantes comunistas en el campesinado fue su relación con veteranos zapatistas, quienes tenían una importante experiencia en la organización de campesinos.[31]

La relación entre comunistas no solo se puede constatar a nivel regional, ya sea con gobernadores o con integrantes del llamado sindicalismo oficial, sino que, como se informó en 1928, «los comunistas mexicanos, entre los cuales hay varios empleados y amigos del Gobierno Federal y del actual Presidente de la República [...], están dedicados a las actividades permitidas por nuestras leyes en la organización de trabajadores y difusión de ideales comunistas».[32] Por tanto, esto supone que el periódico *El Machete* tuvo una mayor cobertura, en parte, gracias al apoyo de gobiernos estatales denominados «progresistas» y a hombres como Rafael Ramos Pedrueza y Luis G. Monzón, quienes, desde sus respectivos puestos de profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y de senador, impulsaron la propaganda comunista en el país.

Antes de concluir, habría que comentar las condiciones de lectura de la propaganda del PCM en las regiones rurales. Es cierto que *El Machete* tenía un «precio de diez centavos [,] lo [que lo] hacía inaccesible a la mayoría de los obreros y campesinos en un país donde más de un peón no ganaba más de treinta centavos por un día de trabajo [...]. Era mucho más inaccesible aún, a pesar de sus romances populares, a causa del lenguaje y las ideas».[33] Sin embargo, no se puede dejar a un lado que el periódico no tuvo una tirada diaria, sino que era semanal, quincenal o mensual, todo ello dependiendo de las finanzas para producir nuevas ediciones; por tanto, el gasto para comprar una publicación de este tipo por parte de un trabajador no era constante. Por otro lado, las lecturas en esos entornos no eran individuales, sino que se hacían en grupo, no solo por el hecho de que los ejemplares se solían pegar en las paredes, sino porque eran adquiridos por las células ubicadas en los talleres, las fábricas y las haciendas. Este proceso de lectura fue descrito de la siguiente forma: «Se escoge un artículo de un periódico revolucionario, o el capítulo de un libro

31 García García, Ariadna. «La Cámara del Trabajo de la CROM de Atlixco. El proceso de formación de una estructura de poder sindical y político regional, 1922-1939». Tesis de doctorado, Instituto Mora, 2007, pp. 91-92. (Agradezco a la autora que me proporcionase este material).

32 AGN, DIPyS, caja 57, exp. 11, f. 375.

33 Wolfe, Bertham D. *Diego Rivera: su vida, su obra y su época*. Santiago de Chile: Ercilla, 1941, p. 176.

también revolucionario. El camarada que tiene más clara la voz, y que lee mejor, debe leer el artículo escogido. Después se vuelve a leer por partes, discutiendo y haciendo aclaraciones en cada parte». Esta recomendación se hizo sobre todo a las nuevas secciones locales del PCM, donde era bastante común «discutir cada semana el editorial de "El Machete" o algunos de los artículos principales».[34]

De esta forma, hacia 1928, el Partido Comunista de México llegó a conformar una importante base militante, si bien era modesta si se comparaba con los integrantes de la CROM y del Partido Nacional Agrarista; había logrado tener una importante expansión que superaba el centro del país. De las 21 secciones locales del PCM diseminadas en el país,[35] la mayoría se hallaba en espacios rurales con grandes problemas de reparto de tierra. Por eso no se equivocó José Revueltas cuando señaló que el Partido Comunista, antes de 1929, es «el partido de los campesinos, porque al mismo tiempo constituye el destacamento más avanzado y radical en la lucha por la reforma agraria burguesa».[36] Después de ese año, el PCM fue objeto de una fuerte persecución y censura por el Estado mexicano, que lo consideró ilegal por el simple hecho de que había estado a favor de mantener a los campesinos armados. A partir de entonces, los comunistas mexicanos tuvieron que recurrir a otros métodos para hacer llegar sus ideas a las regiones rurales.

34 Archivo Centro Ruso (ACR), Biblioteca Manuel Orozco y Berra (INAH), fondo 533, registro 10, exp. 2066, f. 4.

35 Carr, Barry. *La izquierda mexicana a través del siglo xx.* México: Era, 1997, p. 51.

36 Revueltas, José. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México: Era, 1980, p. 228.

El mito y el creador: Serguéi Eisenstein y la representación cinematográfica de la historia

Gennadi Kneper
Universitat Pompeu Fabra
Universitat Autònoma de Barcelona

Serguéi Eisenstein pertenece a los personajes más influyentes del mundo artístico del siglo xx. Nacido en 1898 en Riga, que entonces formaba parte del imperio ruso, este insólito hombre se convirtió en uno de los directores cinematográficos más importantes de la Unión Soviética. El hecho de iniciar su actividad artística en un país que acababa de vivir un tremendo cambio revolucionario impregnaba sus obras cinematográficas de un extraordinario ímpetu rompedor: allá donde la sociedad estaba cambiando de manera violenta e inexorable, el cine no podía quedar atrás.

La frase un tanto apócrifa de Lenin, según la cual «de todas las artes el cine constituye el más importante para nosotros», refleja bastante bien la importancia que los nuevos gobernantes soviéticos adjudicaban a esta forma de expresión cultural.[1] El sentido práctico de los dirigentes bolcheviques pronto les hizo entender que el cine les ofrecía una oportunidad sin igual para promover sus ideas entre los ciudadanos soviéticos, más de la mitad de los cuales no sabía leer ni escribir.[2]

Eisenstein concebía el cine como vehículo revolucionario capaz de cambiar a los espectadores.[3] Su visión se correspondía bastante bien con los objetivos

1 La frase referida por el primer comisario de Instrucción Popular del gobierno bolchevique, A. V. Lunacharski, en una carta al crítico de cine G. M. Boltianski, llegó a constituir un tópico del universo cultural soviético. Citado en la nota 150 en Lenin, V. I. *Polnoe sobranie sochinenii*. Moscú: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1970, XLIV, p. 579.

2 Véanse los datos de principios del siglo xx en Rubakin, N. «Gramotnost» [Lectoescritura], en *Entsiklopedicheskii slovar' Brokgauza i Efrona.* San Petersburgo, 1890-1897; ru.wikisource.org/wiki/%D0%AD%D0%A1%D0%91%D0%95/%D0%93%D1%80%D0%B0%D0%BC%D0%BE%D1%82%D0%BD%D0%BE%D1%81%D1%82%D1%8C (consultado el 17/06/2017).

3 Véase por ejemplo Eizenshtein, S. M. *Izbrannye sochineniia*, 6 vols., Moscú: Iskusstvo, 1964-1971, así como Eisenstein, S. M. *Hacia una teoría del montaje.* Barcelona: Paidós, 2001; Taylor, Richard (ed.). *The Eisenstein reader*. Londres: British Film Institute, 1998; y Nizhny, Vladimir. *Lessons with Eisenstein*. Nueva York: Da Capo, 1979.

marxistas de capacitar a los oprimidos para que reconocieran su miseria y tomaran medidas para superarla (y en cierto sentido anticipaba los planteamientos de la Escuela de Fráncfort, lo que resulta lógico si recordamos la importancia de las ideas de Sigmund Freud en ambos casos).[4]

La presente comunicación se propone examinar la representación cinematográfica de la revolución rusa, tal como Eisenstein la plasmó en las películas *La huelga* (1925), *El acorazado Potemkin* (1925) y *Octubre* (1927). Por supuesto, se trata de un tema muy trabajado. Aun así, dada la complejidad del asunto y la multiplicidad de las posibles interpretaciones, seguramente no estará de más volver a examinar la génesis de algunas de las manifestaciones más poderosas del mito fundacional de la Unión Soviética.[5]

Como tantos jóvenes cultos del imperio ruso, Eisenstein se vio profundamente influenciado por los acontecimientos revolucionarios de 1917 y la subsiguiente guerra civil. Según escribía el propio director posteriormente en un breve apunte autobiográfico, la «Revolución me dio en la vida lo más preciado para mí; fue ella la que me hizo artista».[6]

Nacido en el seno de una familia burguesa, el joven Eisenstein disfrutó de una muy buena educación, que constituía la base de su amplísimo bagaje cultural que le permitiría crear sus innovadoras películas. En sus apuntes biográficos, Eisenstein recordaba que, entre sus lecturas adolescentes, figuraban la *Historia de la Revolución Francesa* de François-Auguste Mignet y una recopilación ilustrada sobre la Comuna de París, que estaba en los anaqueles justo al lado de los libros sobre Napoleón. Según el propio Eisenstein, las revoluciones, «y precisamente las francesas, me han cautivado desde aquel período de la tierna juventud».[7]

Desde su punto de vista adulto, Eisenstein consideraba estas impresiones juveniles como antecedentes lógicos de su posterior vínculo con los temas revolucionarios en el plano personal y artístico. Por supuesto, se trataba en buena

4 Varios biógrafos de Eisenstein utilizan su gran interés por el psicoanálisis para especular sobre los conflictos internos que supuestamente marcaron su vida y su obra. Véase Bergan, Ronald. *Eisenstein: A life in conflict*. Londres: Little, Brown and Co., 1997; y Fernández, Dominique. *Eisenstein: El hombre y su obra*. Barcelona: Aymá, 1979.

5 Sobre el concepto del mito fundacional, véanse Lincoln, Bruce. *Discourse and the construction of society: Comparative studies of myth, ritual, and classification*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 2014; Ricoeur, Paul. «Introduction: The symbolic function of myths». En Segal, Robert A. (ed.), *Theories of myth: from ancient Israel and Greece to Freud, Jung, Campbell, and Levi-Strauss*. Nueva York y Londres: Garland, 1996, pp. 327-340; y Hosking, Geoffrey y Schöpflin, George (eds.). *Myths and nationhood.* Londres: Hurst, 1997.

6 Eizenshtein, S. M. «Avtobiografiia». *Izbrannye sochineniia*, *op. cit.*, vol. 1, p. 72.

7 Eizenshtein, S. M. «Souvenirs d'enfance». *Izbrannye sochineniia*, *op. cit.*, vol. 1, p. 224.

medida de una valoración influida por el desarrollo de los acontecimientos históricos, que retrospectivamente resultaban más importantes de lo que quizá hubieran sido sin el gran cambio revolucionario.

El comienzo de la revolución rusa en febrero de 1917 trastocó su andadura como futuro ingeniero en el servicio de la patria y el emperador. Los dramáticos acontecimientos de ese año en la capital rusa, que diez años más tarde le servirían de base para la filmación de la película *Octubre*, formaban parte de su experiencia más inmediata.[8] En marzo de 1918, Eisenstein se alistó en el Ejército Rojo, y durante los siguientes dos años formó parte de las unidades móviles responsables de la agitación y propaganda.[9] En esta función, por primera vez hizo servir su talento artístico en aras de la revolución, que se mostró con toda su dureza y su locura durante esos años de guerra civil en la que se vio volcado todo el inmenso país.

En septiembre de 1920, aprovechando el final de la guerra entre la Rusia soviética y Polonia, Eisenstein se fue a Moscú, donde empezó a trabajar en las diferentes instituciones teatrales de la capital soviética.[10] Junto con el caos y las privaciones, aquel período supuso un afloramiento de todo tipo de vanguardias artísticas, impulsadas por organizaciones estatales como Proletkult, que se proponían sustituir la cultura de las antiguas clases dirigentes por la nueva cultura de los obreros, de la que nadie sabía cómo podría o tendría que ser.[11] Aparte de su trabajo, Eisenstein asistía a las clases de Vsévolod Meyerhold, uno

8 Eisenstein dejó constancia de la creciente fascinación por la acción colectiva que se apoderó de él en aquellos años y que consideraba clave para su formación como futuro director de cine. Véase Eizenshtein, S. M. «Eto bylo v drugoe vremia – v epokhu grazhdankoi voiny». En *Izbrannye sochineniia*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 281-282.

9 Sobre la importancia del componente propagandístico para el éxito de los bolcheviques, véase Figes, Orlando y Kolonitskii, Boris. *Interpreting the Russian Revolution: The language and symbols of 1917*. New Haven: Yale University Press, 1999. En la URSS se escribieron muchos estudios que examinaron esta «ventaja competitiva» del Partido Bolchevique. Véanse las disertaciones de Mel'nichuk, A. P. «Ustnaia politicheskaia agitatsiia i propaganda bol'shevikov Ukrainy v period podgotovki Velikoi Oktiabr'skoi Sotsialisticheskoi revoliutsii (fevral'-oktiabr' 1917 goda)», 1990; y de Chernenko, E. A. «Deiatel'nost' bol'shevikov v Sovetakh i soldatskikh komitetakh Moldavii v period podgotovki i provedeniia Velikoi Oktiabr'skoi sotsialisticheskoi revoliutsii», 1984. Disponibles en: cheloveknauka.com/ustnaya-politicheskaya-agitatsiya-i-propaganda-bolshevikov-ukrainy-v-period-podgotovki-velikoy-oktyabrskoy-sotsialistiche; cheloveknauka.com/deyatelnost-bolshevikov-v-sovetah-i-soldatskih-komitetah-moldavii-v-period-podgotovki-i-provedeniya-velikoy-oktyabrskoy-s (consultados, en forma abreviada, el 24/06/2017).

10 Sobre ese período de su vida, véanse por ejemplo Shklovski, Víctor B. *Eisenstein*, La Habana: Arte y Literatura, 1985, pp. 103-128; Bergan, Ronald. *Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 63-83; y Seton, Marie. *Sergei M. Eisenstein. Una biografía.* México: Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 43-58.

11 Sobre Proletkult, véase Mally, Lynn. *Culture of the future: The Proletkult movement in revolutionary Russia*. Berkeley: University of California Press, 1990.

de los directores teatrales más innovadores de la Rusia prerrevolucionaria, que siguió con sus experimentos vanguardistas y simbolistas en las nuevas circunstancias posrevolucionarias.[12]

Hasta cierto punto, puede resultar sorprendente la rapidez con la que Eisenstein, que empezó como simple constructor de decorados, llegó a dirigir sus propias obras de teatro (y poco después también de cine). Sin embargo, no hay que olvidar que en aquellos años tal ascenso no fue de ninguna manera excepcional. El fomento de jóvenes talentos formaba parte de la política que los gobernantes bolcheviques adoptaron para suplir la falta de especialistas, muchos de los cuales prefirieron exiliarse, pero también para constituir un nuevo grupo de creadores genuinamente soviéticos.

En el ámbito cinematográfico, los resultados de esta política se hicieron notar con particular claridad. Muchas de las producciones más innovadoras de aquel período provenían de los directores que apenas habían cumplido treinta años de edad. Eisenstein sería uno de los más destacados de aquella pléyade de creadores revolucionarios.

Como cualquier otro conjunto político, el nuevo Estado soviético necesitaba una sólida legitimación discursiva de su existencia. Los dirigentes bolcheviques como Lenin, Trotsky y Lunacharski sabían muy bien de la fuerza movilizadora de los mitos fundacionales que formularon los Estados-nación europeos a lo largo del siglo XIX, y no tardaron en impulsar la elaboración de sus propias narrativas fundacionales.[13] El material histórico para elaborar el mito fundacional de la Unión Soviética se integraba muy bien en el patrón común de la lucha heroica contra las fuerzas opresoras, aunque —a diferencia de la gran mayoría de los modelos existentes— se trataba de crear una narración colectiva internacionalista y no nacionalista.[14]

A Eisenstein le debía de resultar muy atractiva la posibilidad de trabajar sobre el conjunto temático relacionado con la revolución rusa. Su gran interés por la acción colectiva y el movimiento de las masas como fuerza histórica y

12 Sobre la inmensa importancia de este extraordinario director de teatro para Eisenstein, véase Zabrodin, V. V. *Eizenshtein o Meierkholde*. Moscú: Novoe izdatel'stvo, 2005.

13 El ejemplo de Suiza, con su juramento de Rütli, ejerció un papel importante en ese contexto, y el manifiesto de Zimmerwald de 1915 puede ser considerado incluso el comienzo simbólico de la unión socialista mundial de los pueblos. Sobre ello, véase Hein, Till. *A founding myth: The Soviet Union's Rütli*; www.unibas.ch/en/Research/Uni-Nova/Uni-Nova-126/Uni-Nova-126-A-founding-myth-the-Soviet-Unions-Ruetli.html (consultado el 25/06/2017).

14 Sobre la mitología soviética, véase Edelman, O. V. «Legendy i mify Sovetskogo Soiuza». *Logos*, vol. 5, núm. 15, 1999, pp. 52-65; www.ruthenia.ru/logos/number/1999_05/1999_5_15.htm (consultado el 25/06/2017).

social corría paralelo al impulso organizativo de las autoridades, que alentaron la producción cultural que trataba de la lucha revolucionaria.[15] Visto así, no era de extrañar que el director novel se volcara con enorme entusiasmo en la preparación y el rodaje de lo que iba a ser su primer largometraje, *La huelga*.[16] En la película, estrenada en marzo de 1925, aparecían varios elementos que se convertirían en características distintivas de la obra cinematográfica de Eisenstein, tales como el estilo realista que recordaba la crónica, cierto efectismo para suscitar las reacciones del público, la creación de imágenes tipificadas, la concentración en la acción de las masas (y no de los individuos) y, lo más importante, el principio compositivo del montaje.[17]

Desde el principio, *La huelga* se concebía como parte de un ciclo cinematográfico sobre la lucha revolucionaria. En su versión más conocida, el ciclo llevaba el nombre *Hacia la dictadura del proletariado*, y tenía que consistir en siete partes que relataban la historia de la Revolución desde el punto de vista bolchevique. Esta perspectiva se reflejaba sobre todo en el hecho de que los acontecimientos revolucionarios de octubre de 1917 habían de constituir la culminación del ciclo.

Por lo demás, en *La huelga* hubo pocas ideas estrictamente bolcheviques. Sin embargo, el hecho mismo de que se mostrara la resistencia —por lo pronto fallida— de los trabajadores contra los propietarios de la fábrica convertía la película de Eisenstein en un fenómeno revolucionario, y las palabras «¡Recuerda, proletario!», que aparecían al final, constituían una clara señal de la voluntad pedagógica de sus autores, quienes apuntaban a crear entre los espectadores una conciencia histórica por el dramático pasado reciente.

Eisenstein calificó su película de «victoria ideológica» y la llamó «el primer caso del arte revolucionario donde la forma resultó ser más revolucionaria que el contenido».[18] Quizá muchos responsables dentro de las autoridades soviéticas no necesariamente compartían este entusiasmo formalista. Sin embargo, en su total *La huelga* constituía un ejemplo muy logrado de la narración cinematográfica en clave comunista. Visto así, resultaba bastante lógico que la

15 Más tarde, Eisenstein hablaría en ese contexto sobre el camino que lo llevó «a través de la revolución al arte» y su voluntad de llamar «a través del arte a la revolución» (Eizenshtein, S. M. «Cherez revoliutsiiu k iskusstvu – cherez iskusstvo k revoliutsii». *Izbrannye sochineniia*, *op. cit.*, vol. 1, p. 82).

16 Véanse Shklovski, Víctor B. *Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 160-171; Bergan, Ronald. *Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 89-99; y Seton, Marie. *Sergei M. Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 59-75.

17 El propio Eisenstein hablaba de varios de estos elementos en un artículo publicado poco después del estreno de la película. Véase Eizenshtein, S. M. «K voprosu o materialisitcheskom podkhode k forme», en *Izbrannye sochineniia*. *op. cit.*, vol. 1, pp. 109-116.

18 *Ibid.*, p. 109.

agencia estatal del cine encargara a Eisenstein la realización de otra película del ciclo, que había de conmemorar el vigésimo aniversario de los sucesos revolucionarios de 1905.[19]

En marzo de 1925, Eisenstein y Nina Agadzhánova-Shutkó, una talentosa autora que disponía de una amplia experiencia revolucionaria como miembro del Partido Bolchevique, se pusieron a escribir el guion de la película. Inicialmente, el filme tenía que ofrecer un amplio fresco de los numerosos acontecimientos de la revolución de 1905. Sin embargo, las restricciones temporales y económicas los obligaron a centrarse en un pequeño episodio de aquel año, el motín en un buque de la armada imperial que dio nombre a la película, *El acorazado Potemkin*.[20]

Rodado durante unas pocas semanas de septiembre y octubre de 1925, el filme experimentó durante los siguientes dos meses un largo y laborioso proceso de montaje que le dio su innovadora e impactante forma final.[21] El 21 de diciembre de ese mismo año, *El acorazado Potemkin* se mostró por primera vez al amplio público en el Teatro Bolshói de Moscú. Lo que siguió al estreno es una historia de éxito dentro y fuera de la Unión Soviética. El comisario de Instrucción Popular, Anatoli Lunacharski, quien ya había visto una versión previa en el marco de una proyección anticipada en pequeño círculo, habló del nacimiento de un nuevo arte.[22]

En Alemania, el primer país occidental donde se mostró la película de Eisenstein, el crítico Siegfried Kracauer comentó en *Frankfurter Zeitung* que en *El acorazado Potemkin*, a diferencia de las películas occidentales, la tensión emocional la crea la historia, «pues es una historia real».[23] Kracauer seguramente no estaba equivocado en cuanto a la sensación que producía *El acorazado Potemkin* en los espectadores. Sin embargo, con respecto a la realidad histórica —si es que tal cosa existe— resulta mucho más difícil llegar a una valoración inequívoca.

19 Véase Bergan, Ronald. *Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 101-104.

20 Véase Eizenshtein, S. M. «S ekrana v zhizn» y «Dvenadtsat' apostolov». *Izbrannye sochineniia*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 120-135. Sobre la evolución del guion de *El acorazado Potemkin*, véase Shklovski, Víctor B. *Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 186-202.

21 Para un análisis de los elementos innovadores de la película, véanse Seton, Marie. *Sergei M. Eisenstein...*, *op. cit.*, pp 76-97; y Bordwell, David. *El cine de Eisenstein*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 84-102.

22 Véase Bergan, Ronald. *Eisenstein...*, *op. cit.*, p. 111.

23 El artículo, publicado originalmente el 16 de mayo de 1926, se cita como Kracauer, Siegfried. *Stat'i o sovetskom kino*; www.kinozapiski.ru/ru/article/sendvalues/293/ (consultado el 29/06/2017), el cual remite a los artículos reeditados en Kracauer, Siegfried. *Kino: Essays, Studien, Glossen zum Film*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1974, pp. 73-109.

A diferencia de *La huelga*, donde Eisenstein había mostrado un ejemplo de resistencia de los trabajadores sin retratar ningún acontecimiento histórico en concreto, su nueva película hacía referencia a una serie de eventos que efectivamente habían ocurrido. Con ello, el joven director había pisado un terreno muy espinoso.

Desde la perspectiva de la historiografía académica actual, muy influenciada por el historiador del Estado prusiano Leopold Ranke, con su propósito de «contarlo como realmente fue» basándose en las fuentes documentales, la película de Eisenstein resulta cuando menos negligente con lo ocurrido.[24] Varias escenas famosas del filme, por ejemplo la masacre en las escaleras Potemkin de Odesa y el rechazo de la escuadra imperial de disparar contra los marineros amotinados, no habían sucedido de esta manera.

El objetivo expreso de Eisenstein y sus numerosos colaboradores consistía en crear imágenes que influyeran en la conciencia de los espectadores y los hicieran partidarios de lo que los autores consideraban la causa justa, es decir, la lucha del pueblo contra sus opresores. Tal aproximación recuerda bastante los planteamientos de otro grande de la historiografía decimonónica, Jules Michelet, para quien la creación del *roman national*, con el pueblo francés como protagonista principal, era en muchos sentidos más importante que la estricta adhesión a los detalles de los acontecimientos documentados.[25]

Por supuesto, sería demasiado simplista contraponer las concepciones historiográficas de Ranke y Michelet como absolutamente irreconciliables. Sin embargo, para entender mejor la visión histórico-cinematográfica de Eisenstein, tal vez valga la pena tener presente la distinción entre los tipos ideales de *reconstrucción histórica* según Ranke y la *construcción histórica* según Michelet.

A Eisenstein este último enfoque le resultaba, sin duda, mucho más cercano e interesante. Según escribió el propio director, en el episodio del motín que se relata en la película «suenan casi todos los motivos característicos de aquel gran año».[26] Visto así, ya no importaba que la matanza de los manifestantes hubiera tenido lugar el 9 de enero de 1905 en San Petersburgo y no en verano de ese mismo año en Odesa: el Antiguo Régimen era malo, la resistencia con-

24 Para un análisis crítico de las ideas de Ranke, véase Vierhaus, Rudolf. «Rankes Begriff der historischen Objektivität». En Koselleck, Reinhart; Mommsen, Wolfgang J. y Rüsen, Jörn (eds.). *Objektivität und Parteilichkeit in der Geschichtswissenschaft*. Múnich: DTV, 1977, pp. 63-76.

25 En la historiografía francesa actual, la postura de Michelet ha sido repetidamente cuestionada. Véanse por ejemplo Borne, Dominique. *Quelle histoire pour la France?* París: Gallimard, 2014; y Avezou, Laurent. *Raconter la France: Histoire d'une histoire*. París: Armand Colin, 2008.

26 Eizenshtein, S. M. «S ekrana...», *op. cit.*, p. 121.

tra él era justa y necesaria, y los participantes de esa lucha por la libertad merecían la máxima admiración como precursores de un futuro mejor para toda la humanidad.

La narrativa que surgía de esta manera era, por supuesto, no del todo exacta. No obstante, decir que *El acorazado Potemkin* no contaba una historia verdadera sería igualmente inexacto. Como afirmó el escritor francés Jean Cocteau en un pasaje impresionista de su ensayo *Opium*, publicado algunos años después del estreno de la película: «He conocido a Eisenstein. Había visto bien. Inventó la escalera de los asesinatos en el último minuto. Esta escalera entra en la Historia rusa. Alexandre Dumas, Michelet, Eisenstein, los únicos historiadores verdaderos».[27] Lo que sugería Cocteau era considerar la construcción imaginativa como la mejor manera para reflejar adecuadamente el pasado, un poco a la manera de los conceptos epistemológicos de académicos posmodernistas como Hayden White, para quienes todo proceder historiográfico constituye una narración.[28]

En el caso de *El acorazado Potemkin*, la perspectiva histórico-ideológica de Eisenstein y sus colaboradores les hizo crear un relato que no era completamente fiel a la letra de la historia, pero sí a su espíritu. Por supuesto, tal procedimiento conllevaba el peligro de alejarse demasiado de la base fáctica de los acontecimientos históricos (por muy difícil que sea de restablecer). Además, en un país como la Unión Soviética de los años veinte, donde la tendencia hacia un Estado totalitario se hacía cada vez más patente, el riesgo de perder de vista otras perspectivas sobre lo ocurrido era muy alto.[29] Visto así, el enfoque de Eisenstein podía resultar muy problemático. En su siguiente película, *Octubre*, estos problemas se manifestarían de forma muy evidente.

El éxito inesperado de *El acorazado Potemkin* convirtió a Eisenstein en un hombre muy valorado por las autoridades soviéticas, que le encargaron que rodara una película para conmemorar el décimo aniversario de la revolución bolchevique. Inicialmente, *Octubre* había de abarcar un período muy amplio,

27 La frase en francés dice lo siguiente: «J'ai connu Eisenstein. J'avais vu juste. Il inventa l'escalier des meurtres à la dernière minute. Cet escalier entre dans l'Histoire russe. Alexandre Dumas, Michelet, Eisenstein, seuls vrais historiens». Véase Cocteau, Jean. *Opium: Journal d'une désintoxication*. París: Stock, 1999 [1930]; books.google.es/books?id=XoiCAtR8d4EC&printsec=frontcover&hl=ca&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false (consultado el 27/06/2017).

28 Véase White, Hayden. *Metahistory the historical imagination in nineteenth-century Europe*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973.

29 Sobre el valor epistemológico de múltiples perspectivas, véase Mannheim, Karl. *Ideologie und Utopie*. Frankfurt am Main: Schulte-Bulmke, 1969 [1929], así como Ortega y Gasset, José. *El espectador*. Madrid: Alianza, 1969.

desde el comienzo de la revolución en febrero de 1917 hasta la finalización de la guerra civil a principios de los años veinte. Sin embargo, las restricciones temporales obligaron a Eisenstein a terminar su relato con la victoria de los bolcheviques en octubre de 1917.[30]

En *La huelga* y *El acorazado Potemkin* había tenido la oportunidad de construir con bastante libertad el mito fundacional del primer Estado socialista, entre otras cosas porque hablaba de las primeras etapas de la lucha revolucionaria. Pero ahora se trataba de crear una representación cinematográfica del momento que había dado comienzo al establecimiento del régimen político actual. Con ello, los elementos ideológicos adquirían necesariamente mayor importancia.[31]

El hecho de que *Octubre* no pudiera estrenarse hasta principios de 1928 también tenía que ver con las luchas en el interior del Partido Comunista que convirtieron a Trotski en una persona no grata. Ese giro obligó a Eisenstein a replantear una parte muy significativa de su película y restar protagonismo al nuevo intocable del Partido, al mismo tiempo que realzaba el papel de Stalin.[32]

Los cambios de última hora no influyeron en el relato principal de la película, que cuenta los hechos de 1917 como una historia del dramático desarrollo —necesario e inevitable— de los acontecimientos que culminaron en la toma del poder por parte de los bolcheviques. La tendenciosidad de tal planteamiento resulta más que obvia.[33] No obstante, para alguien cuya trayectoria profesional como cineasta estaba estrechamente ligada al profundo cambio político y sociocultural que supuso la revolución bolchevique, la idea de mostrar este cambio como lógico y consecuente resultaba más que legítima.

30 En un artículo del diario *Komsomol´skaia Pravda*, aparecido algo después del estreno de *Octubre*, el propio Eisenstein dejó un interesante relato sobre el rodaje de la película. Véase Eizenshtein, S. M. «V boiakh za 'Oktiabr'», en *Izbrannye sochineniia*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 136-140. Un análisis abarcador de la película y el contexto en el que surgió puede encontrarse en Taylor, Richard. *October*. Londres: Palgrave Macmillan, 2002. Muy interesante resulta en este contexto también Braun, Maxi. «Die nie überwundenen Barrikaden. *Oktober* (1927) als Quelle zur Konstruktion des Mythos der russischen Revolution von 1917». *WerkstattGeschichte*, núm. 60, 2013, pp. 96-104.

31 Sobre el proceso del rodaje de *Octubre*, véanse Bergan, Ronald. *Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 126-138; y Bouquet, Stéphane. *Sergei Eisenstein*. Madrid: El País/Cahiers du Cinéma, 2008, pp. 35-43.

32 Sobre las luchas dentro del Partido Comunista durante los años veinte, véase por ejemplo Izmozik, V. S.; Starkov, B. A.; Pavlov, B. A. y Rudnik, S. N. *Podlinnaia istoriia RSDRP-RKPb-VKPb. Kratkii kurs. Bez umolchanii i falsifikatsii*. San Petersburgo: Piter, 2010. El libro clásico que habla sobre el descenso de Trotsky es la biografía de Deutscher, Isaac. *The prophet unarmed: Trotsky, 1921-1929*. Oxford: Oxford University Press, 1970.

33 Discusiones interesantes sobre la necesidad —o la casualidad— histórica de la revolución bolchevique pueden encontrarse en Butenko, A. P. «Pravda i lozh' o revoliutsiiakh 1917 goda». *Sotsiologicheskie Issledovaniia*, núm. 2, 1997, pp. 30-47; ecsocman.hse.ru/data/751/870/1231/002.BUTENKO.pdf (consultado el 08/07/2017); y Malia, Martin. *Comprender la revolución rusa*. Madrid: Rialp, 1991.

Según escribió el propio Eisenstein en marzo de 1928 en un artículo del diario *Komsomol'skaia Pravda*, la nueva película había de «transmitir al espectador el poderoso *pathos* de aquellos días que estremecieron el mundo», establecer «nuestra nueva aproximación hacia las cosas y los hechos filmados» e influir en el público «con nuevos y difíciles métodos del arte cinematográfico».[34]

Al hablar de los sucesos revolucionarios en estos términos, Eisenstein se remitía ostensiblemente al título del bien conocido libro *Diez días que estremecieron el mundo* (1919) de John Reed, en el que el periodista estadounidense ofrecía una descripción fascinante de la revolución bolchevique.[35] En Europa y Estados Unidos, la nueva película de Eisenstein se estrenó con ese mismo título. A diferencia de *El acorazado Potemkin*, la acogida de *Octubre* entre los críticos fue mucho menos favorable. Siegfried Kracauer calificó la flamante obra de Eisenstein de «filme oficial sobre la revolución», que obviamente había sido encargado por el gobierno soviético y, para su gusto, trataba la historia con demasiada libertad.[36]

Al mismo tiempo, la película estaba llena de elementos innovadores, ya sean las numerosas escenas de movilización de las masas, o el desarrollo del procedimiento del montaje cinematográfico.[37] De esta manera, Eisenstein logró crear toda una serie de escenas llenas de simbolismo revolucionario, que siguen ejerciendo una gran influencia en cómo nos imaginamos la revolución bolchevique.[38]

Las secuencias del asalto masivo al Palacio de Invierno y la deposición del gobierno provisional ruso, que de hecho no fueron ni tan espectaculares ni tan violentas como aparecen en *Octubre*, son probablemente las más conocidas en este contexto. Asimismo, no hay que olvidar que la imagen simbólica que creó Eisenstein de los partidos y sus líderes (con su trato favorable a los bolcheviques y Lenin) también un gran impacto en la representación de los acontecimientos y los personajes de la Revolución de Octubre.

Por otro lado, la yuxtaposición radical entre «mito histórico e innovación cinematográfica, excentrismo y romanticismo revolucionario, disertación abs-

34 Eizenshtein, S. M. «V boiakh...», *op. cit.*, p. 140.

35 Véase Reed, John. *Ten days that shook the world*. Londres: Penguin, 1977 [1919].

36 El artículo, publicado originalmente el 5 de junio de 1928 en *Frankfurter Zeitung*, se cita según Kracauer. *Stat'i o sovetskom kino*, *op. cit.*

37 Para un análisis conciso de la teoría de montaje de Eisenstein, véase por ejemplo Aumont, Jacques. *Montage Eisenstein*. París: Images Modernes, 2005, pp. 205-258.

38 Sobre ello, véase Tsivian, Yuri. «Eisenstein and Russian symbolist culture: an unknown script of October». En Christie, Ian y Taylor, Richard (eds.). *Eisenstein rediscovered*. Londres y Nueva York: Routledge: 1993, pp. 79-109.

tracta y montaje cinestésico, retórica y poesía, narración y razonamiento» de la que habla el historiador de cine David Bordwell convirtió *Octubre* en algo más que una narración heroica con fines propagandísticos.[39] El carácter experimental de la película de Eisenstein complicó su inclusión en el canon del arte socialista oficialmente aprobado en la Unión Soviética.

Algo parecido sucedió también con el propio cineasta. Según escribió hace más de veinte años uno de los mejores conocedores de la obra de Eisenstein, Naum Kleiman, «nuestra imagen de Eisenstein también cambia todo el tiempo. El aspecto más positivo de todo este proceso es que todavía no ha sido canonizado. Aún podemos discutir sobre él».[40] A grandes rasgos, estas palabras no han perdido su vigencia hasta el día de hoy. Y eso, al fin y al cabo, no es una mala noticia, al menos si suponemos que hacer preguntas incómodas es la única manera de acercarse a la comprensión del pasado.

39 Bordwell, David. *El cine...*, *op. cit.*, p. 120.

40 Kleiman, Naum. «Arguments and ancestors». En Christie, Ian y Taylor, Richard (eds.). *Eisenstein...*, *op. cit.*, pp. 79-109.

El factor nacional en la implosión de la Unión Soviética: el caso moldavo (1989-1994)

José Ángel López Jiménez
Universidad Pontificia Comillas - Icade

Introducción

El proceso que contribuyó a la disolución de la Unión Soviética, razonablemente bien analizado durante estos últimos veinticinco años, respondió a una multiplicidad de factores. Los problemas que el sistema venía arrastrando salieron a la superficie, fruto de una evidente relajación en el acceso a la información mediante la política de la *glasnost*. Entre ellos, todo un abanico de movimientos nacionalistas que estaban en ebullición desde los años ochenta —algunos incluso anteriores a este período— y que mostraban a las claras cómo, bajo el mantra de la hermandad de los pueblos y de la consecución del *homo sovieticus*, existía un conjunto importante de tensiones étnico-nacionales que, poco tiempo después, se tradujeron en procesos abiertamente secesionistas e independentistas.

El caso moldavo, aunque se desarrolló en el contexto global de movimientos nacionalistas liderados en un primer momento por las repúblicas bálticas, presentó numerosas peculiaridades. Entre ellas, la más reseñable nos remite a una suerte de nacionalismo camaleónico o mutante. Adaptativo a las circunstancias y a los intereses de las élites nacionalistas republicanas —en ningún caso a los del pueblo— y en extremo volátil en tiempo récord, presenta una evolución —cuando no involución— que precisa una atención significativa de la investigación académica. Objeto de investigación de mi tesis doctoral, cabe incluirlo en el marco del conjunto de los «conflictos congelados» que se desarrollan en el espacio postsoviético y en el *near abroad* de la Federación Rusa.[1]

1 Bárcenas, Luis Andrés y López Jiménez, José Ángel. *Los conflictos congelados en la antigua Unión Soviética*. Conflictos Internacionales Contemporáneos, 15. Madrid: Ministerio de Defensa, Instituto de Estudios Internacionales y Europeos Francisco de Vitoria, Universidad Carlos III de Madrid, 2011.

Marco histórico-geográfico

El espacio geográfico objeto de la presente comunicación ofrece unos rasgos imprecisos y poco perfilados hasta la segunda mitad del siglo XIV. Al igual que casi toda la actual Europa Oriental, estuvo habitado por pueblos indoeuropeos de carácter nómada que acabarían entrando en contacto con las civilizaciones mediterráneas, especialmente con la griega y la romana, desde el siglo VI a.C. En uno de estos pueblos indoeuropeos, el dacio, encontraron los actuales moldavos su sustrato étnico-cultural básico.[2] Una de las ramas escindidas del pueblo tracio, los getas, acabaron fusionándose como un único pueblo con los dacios, con una lengua que era una variante dialectal del tracio. Su ubicación geográfica se correspondía, en líneas generales, con el territorio de la Rumania actual, con independencia de la volatilidad de determinados períodos históricos que los llevó a extenderse hacia el noroeste —hasta el Danubio medio y Eslovaquia— y hacia el sur —hasta alcanzar los Balcanes.[3]

El proceso de romanización influyó definitivamente en la configuración del alfabeto latino como propio de la posterior lengua rumana. Una segunda oleada de invasiones protagonizada por pechenegas —pueblos de la estepa—, sajones, magiares, tártaros y turcos se fueron sucediendo desde el siglo IX hasta la gran invasión tártaro-mongol de 1241, período en el que comenzaron a perfilarse tres principados feudales en la zona: Valaquia, Transilvania y Moldavia. La mayoría de los historiadores sitúan la adquisición de una relativa autonomía por parte de Moldavia entre los años 1352 y 1359.[4] El príncipe Bogdan, creador del principado de Moldavia, estuvo sometido a la presión de Luis de Anjou, rey de Hungría. Vecino del gran ducado de Lituania —integrado en Polonia desde 1386— y de Valaquia en el sur, sería el contacto con este último principado y con la dinastía Basarab, lo que daría el nombre de Besarabia a toda la región:

> [...] situada en el norte del Danubio inferior y la Dobruja. Sin embargo, el espacio comprendido entre los Cárpatos orientales, el Dniéster y el mar Negro se ha llamado siempre Moldova-Moldavia.[5]

2 Eliade, Mircea. *Los rumanos. Breviario histórico*. Bucarest: Meridiane, 1992.

3 VV.AA. *Histoire de la Roumanie: des origines* à *nos jours*. París: La Découverte, 1970.

4 Deletant, Dennis. *Studies in Romanian history*. Bucarest: Editura Enciclopedica, 1991.

5 Cazacu, Matei y Trifon, Nicolas. *Moldavie ex-soviétique: histoire et enjeux actuels*. París: Acratie, 1993, p. 63.

Durante el período otomano (1420-1812) fue un principado vasallo, lo que le permitió disfrutar de una semiindependencia política y cultural.[6]

La presencia rusa empezó a ser constante en la región desde los tiempos de Pedro el Grande, con la ocupación de Valaquia, Moldavia y Budzhak en 1770. Besarabia —la mitad oriental de Moldavia— se integró en el imperio ruso en 1812 por el tratado de Bucarest, y su núcleo central permaneció en manos rusas hasta la revolución de 1917. La integración de Valaquia y Moldavia en el reino de Rumania en 1866 fue completada con la de Transilvania durante la Primera Guerra Mundial.

El 25 de septiembre de 1917, el gobierno provisional ruso decretó el derecho de las naciones a la autodeterminación, así como la separación y la creación de Estados nacionales. Esta situación permitió la proclamación de la autonomía política y territorial de Besarabia el 21 de octubre por parte de un sóviet de soldados y campesinos que crearon su propia Asamblea Parlamentaria (Sfatul Tarii). Tras la firma del tratado de Brest-Litovsk, la mencionada Asamblea declaró su voluntad unionista con Rumania el 10 de abril de 1918, con lo que quedaba formalizada la creación de la Gran Rumania. El período rumano, que se extendería hasta la Segunda Guerra Mundial, mantuvo el pulso con la creada Unión Soviética. El acto más significativo fue el establecimiento de la República Autónoma Socialista Soviética el 12 de octubre de 1924 en el territorio de Ucrania, en la franja oriental del río Dniéster, fronteriza con Besarabia y con una extensión de alrededor de 8.000 km² habitada por cerca de 600.000 personas —el 60% de ellas, rumanas—, cuyo objetivo evidente era actuar en un futuro no muy lejano como enclave irredentista hacia Besarabia y Moldavia.

Moldavia en el período soviético

La Segunda Guerra Mundial propició el pacto Molotov-Ribbentrop, cuyos protocolos secretos marcaron el reparto germano-soviético de áreas de influencia territorial. Las repúblicas bálticas y Moldavia (Besarabia) quedaban integradas en la Unión Soviética y, de ser Estados independientes —en el primer caso— o territorio rumano —en el segundo—, pasaban a formar parte de la URSS como repúblicas federales. El 2 de agosto de 1940, semanas después de la ocupación soviética de Besarabia, el recién creado Sóviet Supremo de la RSS de Moldavia procedió a delimitar las fronteras de la república de nueva crea-

6 Sugar, Peter. *Southeastern Europe under Ottoman rule, 1354-1804*. Washington: University of Washington, 1977.

ción. El interregno de ocupación germano-rumana de la zona (1941-1944) no impediría el posterior retorno definitivo de la República de Moldavia,[7] junto con el territorio de la República Autónoma Socialista Soviética.

Se inició entonces un triple proceso de sovietización (imposición e integración de las instituciones soviéticas), «rusianización» (proceso cultural de conversión al ruso como exponente cultural de la Unión Soviética) y «rusificación» (proceso de transformación objetiva y psicológica de los no rusos en rusos —lento, restringido, más individual que colectivo).[8] Desde el punto de vista político, la estructura, organización y monopolio del poder estaban en manos del Partido Comunista de Moldavia, que reproducía en la república el modelo representado por el Partido Comunista de la Unión Soviética. Tal como ocurrió en el resto de las repúblicas federadas, los cuadros dirigentes —empezando por el secretario general del Partido Comunista local— eran mayoritariamente rusos, y el resto de las minorías nacionales y locales quedaron excluidas de los centros de decisión.

Durante todo el período soviético, el proceso de distinción forzada de la mayoritaria población moldavo-rumana se centró en una falsificación sistemática de la historia, la ruptura de los lazos con Rumania y la creación artificial —*ex novo*— de una lengua inexistente hasta ese momento: el moldavo. Para ello se realizó la conversión del rumano —con alfabeto latino— al alfabeto cirílico, lo que era aberrante desde un punto de vista filológico. El objetivo de Stalin al crear la RSS de Moldavia servía a un doble propósito: «Primero, separar claramente a la nueva república de Ucrania; segundo, y más críticamente, segregar a la población étnicamente rumana de Rumania y crear un espacio soviético controlado».[9]

Durante el período soviético posterior a la Segunda Guerra Mundial, el proceso de pérdida de la identidad étnico-cultural moldavo-rumana acometido por las autoridades centrales y republicanas intentó justificar el carácter «voluntario» del ingreso de una nueva república federal —fruto de la ingeniería territorial estalinista— a la hermandad de repúblicas soviéticas. El régimen totalitario producto de la unificación del Estado y del Partido fue poco a poco esclerotizándose, lo que provocó un elevado nivel de corrupción entre las élites —tanto federales como republicanas— sobre todo tras la desaparición de Sta-

7 Pascu, Stefan. *The making of the Romanian unitary national state*. Bucarest: Editura Academiei Republicii Socialiste România, 1988.

8 Dima, Nicholas. *From Moldavia to Moldova*. Nueva York: Boulder, 1991, p. 26.

9 Cowen, Regina (ed.). *Central and Eastern Europe: the challenge of transition*. Oxford: SIPRI-Oxford University Press, 1993, p. 267.

lin. Esta dinámica se aceleró durante el mandato de Brézhnev y produjo un estancamiento económico del que, finalmente, el sistema no se recuperaría.

Así, con la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS asistimos a la explosiva simultaneidad de los procesos: crisis económica, irrupción de los diversos movimientos étnico-nacionales —larvados con anterioridad—, descrédito y ausencia de legitimidad del Partido, tensiones entre el centro y la periferia, demandas de liberalización (informativa, cultural, social, económica). La *glasnost* —término utilizado ya por Herzen en el siglo XIX— resultó fundamental al instalar todo un proceso de regeneración crítica y de transparencia informativa.[10] El revisionismo histórico acometido por el régimen había constituido una herramienta eficaz a su servicio y apuntalamiento; como reconocía Afanásiev, había convertido la historia «en una mentira a su medida, y la sociedad entera había perdido la noción de verdad y falsedad».[11]

En este marco cobró impulso el papel de los medios de comunicación —con tímidas pero paulatinas aperturas, especialmente en los niveles locales y republicanos—, la literatura —con las respectivas lenguas nacionales—, la condena del estalinismo y de su falseamiento de la historia —la represión sistemática de pueblos y culturas, así como de cualquier atisbo disidente— y la recuperación de una sociedad civil inexistente hasta la segunda mitad de los años ochenta. En este contexto resultó imprescindible la necesidad de una *intelligentsia* «que participase activamente en el desarrollo del programa de reformas explicitándolas entre la emergente sociedad civil».[12]

Evolución política de Moldavia durante el final de la Unión Soviética (1988-1991)

En este período se produjo un intenso proceso de movilización de masas a favor de un nacionalismo de corte pro rumano que coadyuvó al proceso de progresiva democratización de la República y a la consecución de su independencia, en un contexto de descomposición del Estado soviético. En su transcurso alcanzó un notable protagonismo la élite republicana del Partido Comunista de Moldavia, que, en un evidente ejercicio de supervivencia política, abrazó mayoritariamente las demandas nacionalistas. El debate en torno a la identidad nacional, presente en este período y en el inicio del establecimiento

10 Nove, Alec. *Glasnost in action*. Londres: Unwin Hyman, 1989.
11 Afanásiev, Iuri. *Mi Rusia fatal*. Madrid: Anaya-Muchnick, 1994, p. 145.
12 Tatu, Michel. *Gorbachev, l´URSS va-t-elle changer?* París: Le Centurion-Le Monde, 1987, p. 138.

como Estado independiente, arrancó en 1987 por parte de la *intelligentsia*, con su intención de liderar la Unión de Escritores Republicanos —auténtico órgano máximo en el ámbito cultural republicano— y su articulación genuinamente reformista en torno al Movimiento Democrático Moldavo, fundado el 3 de junio de 1988.[13]

Las manifestaciones multitudinarias que exigían reformas políticas, económicas y culturales —en línea con lo que acontecía en las repúblicas bálticas— alimentaron la creación de numerosas asociaciones entre 1988 y 1989. El Club Literario Alexei Mateevici —cuya prioridad era la recuperación histórica, cultural y lingüística reclamada por los nacionalistas moldavo-rumanos y cuyo órgano esencial era la publicación *Literatura si Arta*—, en unión con Miscarea Verzilor (los Verdes Moldavos), la Liga Democrática de Estudiantes, la Liga de los Desempleados, la Asociación Cultural Moldava, la Sociedad de Historiadores y todo un conjunto de movimientos muy heterogéneos, acabaron por crear el Frente Popular de Moldavia el 20 de mayo de 1989. Sus demandas parecían, en aquel momento, inusitadamente ambiciosas: la legalización del Frente como partido político para poder participar en las elecciones republicanas, la condena del pacto Molotov-Ribbentrop y sus consecuencias para Moldavia, la aprobación de las leyes lingüísticas —declaraban la identidad del moldavo y del rumano como la misma lengua y exigían que se proclamara como lengua oficial republicana—, la recuperación de los símbolos nacionales, el establecimiento de relaciones internacionales, la libertad de culto, el ecologismo, la normalización de las relaciones interétnicas en la República y, en definitiva, la aplicación sin restricciones de los derechos civiles y políticos básicos (asociación, reunión, libre expresión, militancia multipartidista) y la consecución de una genuina soberanía de la República.

Sin embargo, la reacción desde Moscú acentuó las presiones secesionistas en cascada, una reacción previsible si se tiene en cuenta que, en el programa del XXVII Congreso del PCUS, se zanjaba la cuestión nacional con el habitual mantra «la cuestión de las nacionalidades heredada del pasado ha sido resuelta satisfactoriamente en la Unión Soviética».[14] Incluso en las elecciones celebradas entre los meses de marzo y mayo de 1989 para configurar el Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS, la victoria mayoritaria de candidatos moldavos no pertenecientes al Partido Comunista de Moldavia presagiaba la fulgurante

13 Socor, Vladimir. «The Moldavian Democratic Movement: structure, program and initial impact». *Radio Free Europe/Radio Liberty, Report on the USSR*, 24 de febrero de 1989, p. 30.

14 Discurso de Gorbachov el 27 de enero de 1987 en el pleno del Comité Central del PCUS, recogido en el *Federal Broadcast International Service*.

victoria de los candidatos del Frente Popular en las elecciones republicanas que se celebrarían en febrero de 1990.

Los intentos baldíos de carácter reformista —constitucional, institucional, en el seno del PCUS—, unidos a una economía que se desangraba, remediada con soluciones de urgencia e improvisaciones de todo tipo, abonaron la irrupción del fenómeno nacionalista, que había permanecido soterrado en el período soviético. La ausencia de un «contrato nacional» real, solo presente en la retórica utilizada por la élite del estado-partido, acabó por hacer saltar todas las costuras de la Unión Soviética. Además, en una suerte de nacionalismo de *matrioshka*, las demandas separatistas no se redujeron al seno de las repúblicas federales; se extendieron también a un buen número de repúblicas autónomas y a entidades administrativo-territoriales inferiores (como en el caso de los distritos gagaúzes en el sur de Moldavia).[15]

Las elecciones al Sóviet Supremo de Moldavia y a los sóviets locales (febrero-marzo de 1990) se realizaron ya bajo el marco legal de la recién aprobada ley electoral, y la irrupción de los nacionalistas moldavo-rumanos provocó una polarización étnica. La transferencia del poder político se concretó en el mes de abril de ese año: Mircea Snegur era nombrado presidente —*nomenklaturista* reconvertido al nacionalismo del Sóviet Supremo— y el líder del Frente Popular de Moldavia, Mircea Druc, se situaba al frente del ejecutivo. Los cambios adoptaron un ritmo vertiginoso: adopción de la bandera tricolor —como la rumana— como la propia de Moldavia; cambio de nombre de la República Moldova —en rumano— en lugar de Moldavia; por último, el 23 de junio de 1990, el Sóviet Supremo de la república sancionó la ilegalidad de la anexión de Besarabia por parte de la Unión Soviética en 1940, y declaró además la soberanía de la nueva República Moldova.

La escisión político-ideológica se evidenció con la retirada del Sóviet Supremo republicano de más de cien diputados de la facción Sovetskaya Moldaviya, opuesta al gobierno moldavo. Agitación que, sumada a un conjunto de medidas adoptadas por la mayoría moldavo-rumana, fue aprovechada por las minorías rusa y gagaúz para sostener que su supervivencia como ciudadanos de la nueva república estaba en cuestión. Los fantasmas reunificadores con Rumanía activaron definitivamente una colisión inicial entre identidades étnico-nacionales que, con posterioridad, se mostraron como un claro enfrentamiento polí-

15 Este aspecto ha sido ampliamente estudiado; son recomendables los trabajos de Bohdan Nahaylo, Ann Sheehy, Hélène Carrère d´Encausse o Gail Lapidus.

tico-ideológico.[16] De hecho, desde el otoño de 1989 la población rusohablante en los distritos gagaúzes del sur y en el margen izquierdo del Dniéster empezó a enfrentarse con las autoridades de Chisinau. Liderados por los OSTK, que eran formaciones de orientación comunista ultraortodoxa y representaban la facción más conservadora del Partido Comunista Moldavo —en sintonía con el ala homóloga del PCUS—, agitaron a los koljoses y sovjoses de sus respectivos territorios. Sus declaraciones secesionistas fueron inmediatas; en el caso de Transnistria, con el apoyo del XIV Ejército ruso y del nacionalismo ruso pro soviético moscovita. Nacionalismo que, con otra reformulación, está muy presente en la estrategia actual de Putin en materia de política exterior en su *near abroad*.[17]

El complejo proceso de construcción estatal (1991-1993)

La rápida evolución de los acontecimientos después del fallido intento golpista de agosto de 1991 aceleró el desmoronamiento de la Unión y la cascada independentista entre las quince repúblicas federadas. En Moldova, las élites nacionalistas pro rumanas tuvieron que abordar un profundo programa reformista que se extendía a todos los ámbitos: político, económico, cultural, social, étnico. A la compleja tarea de transición de un Estado totalitario a uno democrático se añadía el establecimiento de un Estado *ex novo*, sobre unas bases artificialmente articuladas por el estalinismo. El conflicto en Transnistria, que desencadenó una guerra abierta en el verano de 1992 entre las autoridades centrales de la república y los destacamentos armados y apoyados por el XIV Ejército ruso, se tradujo en un giro definitivo en la evolución de Moldova. Aunque este conflicto mantuvo elementos característicos de las disputas interétnicas (enfrentamiento en el ámbito territorial, socio-económico y de soberanía), la lucha armada en Moldova «no puede explicarse en función de la etnicidad, sino por el papel desempeñado por los líderes rusos que apoyan a los rebeldes frente al Gobierno moldavo».[18]

Sin embargo, esto enterró definitivamente cualquier posibilidad de reunificación con Rumania, a la vez que abonó un conjunto de desincentivos adi-

16 Véase King, Charles. *The Moldovans: Romania, Russia and the politics of culture.* Stanford: Stanford University, Hoover Institution Press, 2000.

17 Véase Laruelle, Marlène. *Russian nationalism, foreign policy and identity debates in Putin's Russia (Soviet and post-Soviet politics and society)*. Stuttgart: *Ibid.*, 2017.

18 *SIPRI Yearbook*. Oxford University Press, 1992, p. 92.

cionales: la derrota del Frente Popular en las elecciones celebradas en el mes de febrero de 1994, en las que pasó a ser la última fuerza política en representación parlamentaria; la mayoría absoluta del Partido Agrario, defensor de la cultura del «moldovanismo» (una cultura, dos Estados); la aprobación de la constitución de 1994, con la consolidación jurídica de un Estado independiente; el desinterés de Rumania, inmersa en sus propios y complejos problemas de transición y, en definitiva, el giro de la mayoría de las élites políticas, que pasaron del apoyo a las tesis nacionalistas pro rumanas a una defensa a ultranza del carácter diferencial de Moldova y Rumania —incluyendo las «respectivas» lenguas—, respondían a un ejercicio de pragmatismo y supervivencia política: «Más vale ser cabeza de ratón que cola de león».

Resuelto el separatismo gagaúz con una amplia autonomía, la permanencia de la independencia *de facto* de Transnistria como uno más de los conflictos congelados ha demostrado que la independencia de Moldova no garantizaba la recuperación de la integridad territorial.

Conclusiones

Una aproximación sintética, a modo de conclusión, del fenómeno nacionalista moldavo-rumano en el proceso de desintegración de la Unión Soviética y el posterior establecimiento de un Estado independiente nos permite señalar los siguientes elementos característicos:

1) La gestación del movimiento nacionalista moldavo-rumano, latente y subyacente durante el período soviético, no eclosionó hasta que el sistema no se vio afectado por una crisis generalizada de sus principales estructuras. El fracaso de los intentos reformistas (políticos y económicos), agitado por el fenómeno nacionalista en la periferia (la cuestión nacional nunca desapareció ni se resolvió en el sistema soviético pese a las manifestaciones de sus jerarcas) y acentuado por la aplicación de la *glasnost*, se concretó en la «tormenta perfecta» para escenificar la colisión entre la *nomenklatura* y las nuevas élites nacionalistas emergentes.
2) El modelo moldavo no fue un fenómeno vanguardista. Se sumó a las demandas lideradas por los Frentes Populares Bálticos, con los que lo hermanaba la denuncia del pacto Molotov-Ribbentrop y sus consecuencias. Sin embargo, presentaba un conjunto de peculiaridades reseñables: era la única república «latina» del espacio soviético; la evolución histórica de su territorio era un auténtico cruce de pueblos y civilizaciones; el nacionalismo

moldavo-rumano es esencialmente cultural-lingüístico (el moldavo no existe; es lengua rumana); no perseguía la secesión para independizarse y establecer un Estado independiente, sino para reunificarse con Rumania —modelo de irredentismo.

3) La articulación de las demandas nacionalistas en torno a la identidad étnico-cultural moldavo-rumana consiguió la movilización popular a partir de un axioma: igual lengua, identidad étnico-nacional entre moldavos y rumanos; por consiguiente, igual Estado.
4) El auge del Frente Popular de Moldavia y la aprobación de las leyes lingüísticas en la República —que sancionaban que no había dos lenguas diferentes, sino únicamente el rumano— fueron posibles gracias al rápido deterioro de la estructura del Partido Comunista Moldavo. Una parte de este se alineó rápidamente con las tesis nacionalistas y, abrazando su mensaje, se subió al carro secesionista. A la postre, Mircea Snegur acabó pasando de la Secretaría General del Partido Comunista Moldavo a la Presidencia de la República independiente.
5) Hasta la desaparición de la URSS, el modelo nacionalista moldavo era secesionista respecto a la Unión Soviética, independentista —como fase intermedia y provisional— e irredentista y reunificador con Rumania, el Estado matriz antes de 1940. De hecho, desde la Rumania posterior a Ceauşescu se agitó un potente nacionalismo panrumano desde facciones políticas muy diversas, tanto ex *nomenklaturistas* como nuevos partidos políticos ultranacionalistas.
6) Cabe resaltar el protagonismo adquirido por el nacionalismo como ideología oficial dominante, en sustitución del comunismo de Estado. Elemento que ha impregnado el devenir político —tanto interior como exterior— en el incipiente proceso de construcción estatal independiente de la República de Moldova. Así, por ejemplo, desde Rumania se potenciaba el mensaje nacionalista pro reunificación (que pretendía incorporar territorios de Besarabia, pero también de Bucovina del norte y Besarabia del sur, pertenecientes a Ucrania). Estos recuerdos de grandeza perdida por Rumania tenían un evidente consumo interno, con efectos paliativos para una población muy sacrificada durante estos primeros tiempos de andadura postotalitaria y predemocrática. De igual forma, el nacionalismo ruso defendía los derechos de la minoría residente en territorio moldavo consolidando posiciones en enclaves estratégicos —como Transnistria—, lo que propició el surgimiento de todo un rosario de «conflictos congelados» que aún perviven veinticinco años después y que se ven ampliados con algunos nuevos (como en el caso de Crimea y de los distritos orientales de Ucrania).

7) En el seno de Moldavia-Moldova —según el período soviético y el que siguió a la declaración de independencia— se manifestaron dos movimientos secesionistas que han cuestionado la integridad territorial republicana —y lo siguen haciendo, en uno de los casos—. En los cinco distritos gagaúzes del sur de Moldavia, un ambicioso grupo de líderes locales se sumó a las demandas secesionistas —también de base étnico-cultural— aprovechando el clima general de eclosión nacionalista. Este proceso se resolvió con la concesión de una amplia autonomía. Por el contrario, el enfrentamiento militar durante el verano de 1992 entre las autoridades centrales de Chisinau y las secesionistas de la autoproclamada República del Dniéster presidió un conflicto de carácter político-ideológico cuyo sustrato interétnico era casi inexistente, a pesar de ofrecer la coartada perfecta para las autoridades rusas y sus ambiciones neoimperialistas.
8) El proceso inicial de establecimiento de un Estado independiente de Moldova estuvo trufado de problemas de muy diferente condición: un extraordinario grado de dependencia económica de Rusia y del antiguo espacio soviético, en especial en materias primas y fuentes energéticas, así como un escaso mercado para sus productos fuera de estos socios; una ausencia de élites políticas de nuevo cuño, con la desaparición paulatina de los nacionalistas pro rumanos y la conversión al «moldovanismo» de los antiguos *nomenklaturistas* reconvertidos inicialmente al nacionalismo independentista; el secesionismo de Transnistria y la integración favorable de las diversas minorías étnicas residentes en la República, que desincentivó los objetivos de los nacionalistas moldavos de reunificación con Rumania. De hecho, cualquier hipótesis de trabajo que intentase solucionar el conflicto en la franja del Dniéster debía pasar por la consolidación de una república moldava independiente.
9) La práctica desaparición de los nacionalistas del Frente Popular Cristiano-Demócrata tras el descalabro sufrido en las elecciones del 27 de febrero de 1994 propició el retorno de los viejos *nomenklaturistas* al poder republicano. Abrazando en esta ocasión una identidad étnico-nacional —y también cultural— genuinamente moldava, independiente de la rumana, hicieron de la consolidación de un Estado independiente su principal estrategia de supervivencia política, toda vez que la dilución en el Estado rumano hubiera significado también su propia desaparición como élite política. Lo más significativo fue el soporte argumental utilizado: mientras que la movilización popular independentista se consiguió con la reclamación de la identidad étnico-cultural y lingüística de lo moldavo-rumano, la consolidación de la independencia se sustentó en la diferenciación entre ambos.

Es decir, igual que durante todo el período soviético y, además, en un tiempo récord (menos de tres años).

10) El propugnado proyecto reunificador de Moldavia y Rumania había quedado fulminado por circunstancias diversas: las dificultades en los procesos de transición (política y económica) en ambos Estados; los intereses divergentes existentes entre las élites políticas moldavas y rumanas, que trataban de afianzar sus respectivas posiciones; la desaparición de las fuerzas nacionalistas moldavas pro rumanas y la consolidación de las de cuño moldovanista-independentista; el fortalecimiento de una Moldova plurinacional que intentaba solucionar el secesionismo de Transnistria y sus relaciones con Rusia, socio imprescindible en el futuro; por último, esencial en sociedades civiles embrionarias como la moldava, una población de fácil manipulación y moldeable que, ante la incertidumbre e inseguridad de un proceso de transición sumamente complejo, es capaz de modificar su posición en aspectos tan sustanciales como los relativos a su identidad nacional.

11) En suma, estamos ante un proceso significativo y muy original en la creación, consolidación y desaparición final de la Unión Soviética. El pueblo moldavo, en una búsqueda de su identidad nacional, recorrió —en el escaso margen de seis años, entre 1988 y 1994— un camino de ida y vuelta: el que va desde la recuperación de la identidad moldavo-rumana al abandono final de esta con el triunfo de las tesis moldovanistas. Hecho muy destacable porque, medio siglo después, significó la victoria final de la creación estalinista de una distinción artificial entre moldavos y rumanos, sustentada en una diferenciación inexistente de las lenguas (en la constitución moldava de 1994 se recogió finalmente el moldavo —no el rumano— como lengua oficial del Estado), así como en una falsificación sistemática de la historia.

La revolución rusa y los otros 1917 europeos

Juan Cristóbal Marinello Bonnefoy
Universidade Nova de Lisboa
CEHFCi da Universidade de Évora

El triunfo de los bolcheviques representó uno de los acontecimientos decisivos del siglo xx, que reconfiguró el panorama político e ideológico a nivel global. En consecuencia, la memoria colectiva ha asociado de forma indisoluble el año 1917 con la Revolución de Octubre, de modo que esta eclipsó la oleada de huelgas, motines e insurrecciones ocurridas a lo largo de Europa durante estos doce meses. El «año turbulento», como lo definió en sus memorias el presidente francés Raymond Poincaré, fue un período de crisis en Europa derivado de las condiciones impuestas por la guerra, si bien algunos aspectos estructurales de la conflictividad ofrecieron significativos paralelismos. Analizar desde un punto de vista comparativo los «otros» 1917 representa un ejercicio interesante para comprender la importancia de las transformaciones socioeconómicas en la intensa agitación obrera de estos años. Por ende, nuestra comunicación se plantea situar la revolución rusa en el contexto de esta amplia oleada de movilizaciones registradas a lo largo de Europa en 1917, destacando que, a pesar de la excepcionalidad de su resultado, algunos de sus principales elementos de base deben relacionarse con factores estructurales y coyunturales transnacionales. Debido a las limitaciones de espacio, a continuación nos centraremos en los ejemplos de Francia, Italia y Portugal, si bien lo señalado es aplicable a gran parte de Europa, evidentemente, con importantes matices.[1]

En un influyente artículo de 1980, James Cronin afirmaba que el ciclo de «insurgencia laboral» entre 1917 y 1920 no había sido un mero producto de la situación creada por la guerra, sino el resultado de la interacción de estas con-

1 Con respecto a las relaciones entre estructura, coyuntura y acontecimientos en la conflictividad europea de comienzos del siglo xx, véanse Haimson, Leopold H. y Tilly, Charles (eds.). *Strikes, wars, and revolutions in an international perspective. Strike waves in the late nineteenth and early twentieth centuries.* Cambridge: Cambridge University Press, 1989; y Haimson, Leopold H. y Sapelli, Giulio (eds.). *Strikes, social conflict and the First World War. An international perspective*. Milán: Feltrinelli, 1992.

diciones con dos transformaciones de larga duración en la clase obrera europea. En primer lugar, la consolidación de comunidades obreras en las principales ciudades debido a los cambios urbanísticos y la creciente segregación espacial de los trabajadores. En segundo lugar, la expansión y reconfiguración de la clase obrera derivada de la evolución tecnológica y organizativa del proceso productivo, que permitió el ascenso de un nuevo estrato de trabajadores semicualificados. Estos dos elementos habrían contribuido a convertir la agitación iniciada en 1917 en un verdadero movimiento popular de masas, lo que amplió la capacidad de acción colectiva de la clase trabajadora.[2]

Con respecto a los factores coyunturales relacionados con la agitación que recorrió Europa durante 1917, cabe destacar la crisis de moral que afectó al llamado «frente interno». A finales de 1916, la esperanza en una paz cercana parecía más débil que nunca tras el fracaso de las grandes ofensivas de ese año y las tímidas iniciativas de paz del gobierno alemán y de Estados Unidos. Por otra parte, la prolongación de la guerra había deteriorado las condiciones de vida de la población civil hasta alcanzar niveles críticos a comienzos de 1917. El bloqueo comercial impuesto a los imperios centrales y la decisión de Alemania de responder con la guerra submarina irrestricta dificultaron aún más el comercio internacional. La incapacidad de los países para abastecerse de los productos necesarios provocó una crisis generalizada de subsistencias, agravada por una inflación galopante y el carácter excepcionalmente frío del invierno de 1916-1917. En este contexto, durante los primeros meses de 1917 se registró una oleada de motines y saqueos (verdaderas «revueltas del hambre») en gran parte de Europa, unida a una reactivación de la conflictividad laboral y de la protesta obrera, lo cual afectó incluso a países neutrales como España.[3]

En Francia se desarrollaron sendas oleadas de huelgas en enero y durante la primavera. Si bien los enfrentamientos aumentaron en todo el país, el epicentro en ambos casos se ubicó en la zona de París, donde —según cálculos de Jean-Louis Robert— hubo alrededor de 250.000 huelguistas a lo largo el año, cantidad muy superior al período anterior a la guerra. Las huelgas de 1917 se caracterizaron por la elevada participación femenina y la escasa intervención de los sindicatos. La agitación alcanzó el nivel más elevado entre mayo y junio, cuando las huelgas iniciadas por las obreras de la confección (las llamadas *midinettes*) se expandieron a otros sectores e involucraron a decenas de miles

2 Cronin, James E. «Labor insurgency and class formation: comparative perspectives on the crisis of 1917-1920». *Social Science History*, vol. 4, núm. 1, 1980, pp. 125-152.

3 Una panorámica general de lo sucedido durante este año puede encontrarse en Becker, Jean-Jacques. *1917 en Europe, l'année impossible*. Bruselas: Complexe, 1997.

de huelguistas. La conflictividad laboral en Francia durante 1917 fue inferior a la de Gran Bretaña o Alemania, pero se le ha dado particular relevancia debido a la coincidencia de las huelgas de la primavera con los amotinamientos que afectaron al ejército francés en ese período. Si bien el gobierno francés logró reconducir la situación, ambos fenómenos son testimonio de la pérdida temporal de legitimidad del poder político y militar, así como de su incapacidad para inhibir la protesta colectiva.[4]

En Italia, la gran mayoría de la población había sido contraria a la intervención en la guerra. De este modo, el empeoramiento general de las condiciones de vida debido a la inflación y la escasez de alimentos derivó en una serie de huelgas y protestas durante 1917, tanto en las ciudades como en el campo. En distintas ocasiones, el malestar generó disturbios violentos, con un carácter de clase y antibélico cada vez más marcado. El clímax de la agitación se vivió durante el verano en Turín, el principal centro industrial de Italia. El 22 de agosto, las protestas por la escasez de pan derivaron en una verdadera insurrección que duró cinco días a pesar de la intervención del ejército.[5]

En el caso portugués, la dependencia exterior y la debilidad industrial del país hicieron que los efectos negativos de la guerra se sintieran incluso antes de su ingreso en el conflicto en marzo de 1916. El gobierno se mostró incapaz de controlar la inflación, el mercado negro y la escasez de alimentos, por lo que se generaron violentos motines de subsistencias en las ciudades y zonas rurales. La conflictividad alcanzó su momento más álgido en mayo de 1917 durante la llamada «revolución de la patata», cuando se produjeron una serie de saqueos y disturbios en Lisboa que fueron reprimidos por el ejército, lo que dejó un saldo de unos cuarenta muertos y un centenar de heridos. Durante el resto del año se registró también un repunte de la conflictividad laboral, que alcanzó sus cotas más elevadas en las dos huelgas generales de protesta por la represión contra el movimiento obrero. En diciembre, la crisis social y política que arrastraba el país derivó en el golpe de Estado de Sidónio Pais y el comienzo de la llamada *República Nova*.[6]

4 Con respecto a la conflictividad laboral en Francia durante la guerra, véase Robert, Jean-Louis. *Les ouvriers, la patrie et la r*évolution. *Paris 1914-1919*. París: Les Belles Lettres, 1995. Sobre los amotinamientos, Smith, Leonard V. «War and "politics": The French Army mutinies of 1917». *War in History*, vol. 2, núm. 2, 1995, pp. 180-201.

5 Procacci, Giovanna. «Popular protest and labour conflict in Italy, 1915-18». *Social History*, vol. 14, núm. 1, 1989, pp. 31-58; Tranfaglia, Nicola. *La prima guerra mondiale e il fascismo*. Turín: UTET, 1995, pp. 91-95.

6 Oliveira, César. «Os limites e a ambiguidade: o movimento operário português durante a guerra de 1914-18». *Análise Social*, vol. 10, núm. 40, 1973, pp. 679-702; Medeiros, Fernando. *A sociedade e a economia portuguesas nas origens do salazarismo*. Lisboa: A regra do jogo, 1978.

A pesar de las enormes diferencias entre las distintas realidades europeas, la conflictividad social y política durante 1917 mostró características similares, en línea con los elementos señalados por Cronin. A continuación nos centraremos en particular en dos de ellas: la importancia de los sectores industriales en transformación, como el metalúrgico, y de las nuevas realidades del mundo del trabajo, especialmente el caso de las mujeres. En Rusia, los estudios de Leopold H. Haimson y Eric Brian han mostrado también el gran protagonismo de los metalúrgicos en las oleadas de huelgas que se desarrollaron durante la guerra, en particular respecto a las huelgas políticas. El centro de las movilizaciones fue el distrito de Vyborg en Petrogrado, en el que se había desarrollado una sólida comunidad obrera cada vez más concentrada en las grandes fábricas del metal y las construcciones mecánicas. La acción de los metalúrgicos de Vyborg fue esencial para dar continuidad a las manifestaciones del 23 de febrero de 1917 y forzar la caída del zar; sin embargo, los metalúrgicos rusos habían destacado en el liderazgo de la agitación política y social ya desde la revolución de 1905.[7]

La industria metalúrgica europea había sufrido importantes cambios durante las últimas décadas del siglo XIX, y era uno de los sectores más afectados por la llamada segunda revolución industrial. El número de obreros metalúrgicos aumentó enormemente durante este período, en línea con la expansión vivida por la industria. Los metalúrgicos eran por lo general trabajadores varones y cualificados, lo que les otorgaba un elevado poder de negociación y un control importante sobre el proceso productivo. Ante esta situación, los empresarios metalúrgicos intentaron minar el poder sindical de los obreros a través de innovaciones tecnológicas y modificaciones en la organización del trabajo, con el objetivo de incorporar trabajadores poco cualificados, sobre todo mujeres y menores de edad. La defensa de los sindicatos ante esta ofensiva transformó a la metalurgia en uno de los sectores más conflictivos durante los primeros años del siglo XX.[8]

El impacto de la Gran Guerra en este proceso fue decisivo, pues provocó una enorme expansión del sector metalúrgico debido a la movilización industrial. Esta transformación no fue solo cuantitativa, ya que el crecimiento de la industria bélica marcó el triunfo definitivo de la gran fábrica sobre los pequeños talleres. Las necesidades de armamento y material de guerra supusieron también un

7 Haimson, Leopold H. y Brian, Eric. «Labor unrest in imperial Russia during the First World War: a quantitative analysis and interpretation». En Haimson, Leopold H. y Sapelli, Giulio (eds.). *Strikes, social conflict...*, *op. cit.*, pp. 389-452.

8 Una panorámica general de este proceso puede verse en Perrot, Michelle. «Introduction: From the mechanic to the metallo». En Haimson, Leopold H. y Tilly, Charles (eds.). *Strikes, wars, and Revolutions...*, *op. cit.*, pp. 261-268.

aumento de la demanda de mano de obra imposible de cubrir por los trabajadores de oficio, lo que significó la incorporación masiva de personal no cualificado, como inmigrantes, trabajadores coloniales, menores de edad, ancianos y, sobre todo, mujeres. Esta situación obligó a las industrias a adaptarse a estas nuevas realidades laborales; sin embargo, a pesar de lo que se suele señalar, la importancia de modelos como el taylorismo en este proceso fue muy limitada. Por lo general, se optó por descomponer el trabajo de los obreros cualificados en pequeñas tareas repetitivas y accesibles (lo que en Gran Bretaña se denominó *dilution*), además de aumentar los ritmos de trabajo y las jornadas laborales aprovechando la disciplina militar a la que estaban sometidas las industrias de guerra.[9]

La gran fábrica fue el punto de encuentro entre las nuevas y las viejas realidades del mundo del trabajo. Mientras que el creciente sector de trabajadores incorporados al mundo industrial se encontró con una rígida disciplina, elevados niveles de explotación y un inédito poder de negociación en el contexto bélico, los oficiales varones, portadores de una sólida tradición sindical, vivieron estas transformaciones como una amenaza directa a su autonomía y a su situación laboral. Estas fracturas se trasladaron también al mundo sindical, por cuanto los nuevos trabajadores no cualificados se movilizaban con criterios económicos (sobre todo salariales), ignorando los tradicionales objetivos del sindicalismo de oficio. No obstante, la inflación, la escasez de subsistencias y el empeoramiento de las condiciones laborales, que afectaban a todos los trabajadores por igual, permitió superar parcialmente estas diferencias y unificar la acción de los obreros del metal en torno a objetivos comunes. Como resultado, en gran parte de los países beligerantes los metalúrgicos se convirtieron en los principales protagonistas del movimiento huelguístico y en la vanguardia de la agitación social y política, y constituyeron una de las principales bases de apoyo para el crecimiento de corrientes revolucionarias.[10]

La radicalidad de los metalúrgicos estuvo en gran medida asociada al importante rol de las mujeres en la conflictividad social durante los años de la

9 Prost, Antoine. «Workers». En Winter, Jay (ed.). *The Cambridge history of the First World War*, vol. 2: *The State*. Cambridge: Cambridge University Press, 2015, pp. 332-341.

10 Al respecto, véanse especialmente Hatry, Gilbert. «Les délégués d'atelier aux usines Renault». En Fridenson, Patrick (ed.). *1914-1918. L'autre front*. París: Éditions Ouvrières, 1977, pp. 221-235; Bezza, Bruno. «Social characteristics, attitudes, and patterns of strike behavior of metalworkers in Italy during the First World War». En Haimson, Leopold H. y Tilly, Charles (eds.). *Strikes, wars, and revolutions*..., *op. cit.*, pp. 402-430; Berta, Giuseppe. «The interregnum: Turin, Fiat and industrial conflict between war and fascism». En Wrigley, Chris (ed.). *The challenges of labour: Central and Western Europe 1917-1920*. Londres: Routledge, 1993, pp. 105-124; y Mónica, Maria Filomena. «Indústria e democracia: os operários metalúrgicos de Lisboa (1880-1934)». *Análise Social*, vol. 18, núms. 72-74, 1982, pp. 1231-1277.

guerra. Como mencionamos antes, la enorme demanda de mano de obra en las industrias bélicas significó la contratación masiva de mujeres en las fábricas. La proporción de mujeres entre la población activa aumentó de forma significativa y generalizada en Europa, aunque la transformación más relevante fue el desplazamiento de trabajadoras hacia sectores tecnológicamente avanzados y por lo general reservados al mundo masculino, como la metalurgia. La creciente feminización de la mano de obra en Europa era un fenómeno de larga duración, y en sectores como el textil se había consolidado con anterioridad a la guerra. El objetivo principal era el de sustituir a los oficiales varones por trabajadores más económicos, dóciles y desligados del movimiento sindical. No obstante, la necesidad de sostener la producción a niveles muy elevados durante la guerra otorgó un inédito poder de negociación a las trabajadoras, lo que estimuló el recurso a la huelga para defender unos salarios reales sobrepasados por la inflación.[11]

Las trabajadoras fueron parte de las capas más sobreexplotadas durante la guerra, por lo que es necesario considerar también lo que Sandro Peli define como la exasperación «específicamente femenina» con respecto al trabajo en la industria bélica. La necesidad de complementar los bajos salarios con las remuneraciones a destajo obligaba a intensificar los ritmos de trabajo y, por ende, el riesgo de accidentes. Además, la situación de las mujeres se hacía aún más difícil ante la necesidad de realizar las tareas domésticas tras las larguísimas jornadas laborales, lo que incluía varias horas de colas para conseguir alimentos y artículos de primera necesidad a medida que aumentaba la escasez. Por estos motivos, las mujeres no solo fueron protagonistas del movimiento huelguístico, sino también de las protestas relacionadas con el consumo, como los abundantes saqueos y *food riots* que se registraron por toda Europa durante estos años.[12]

Es conocido el destacado rol de las mujeres en la revolución rusa de febrero, en particular de las esposas de los soldados y de las trabajadoras del textil. Las masivas manifestaciones del Día Internacional de la Mujer, desafiando la

11 Grayzel, Susan. «Women and men». En Horne, John (ed.). *A companion to World War I*. Oxford: Blackwell, 2010, pp. 263-278. Con respecto a la mujer durante la Gran Guerra, véase Thébaud, Françoise. «La Primera Guerra Mundial: ¿la era de la mujer o el triunfo de la diferencia sexual?». En Duby, Georges y Perrot, Michelle (dirs.). *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 5: *El siglo xx*. Madrid: Taurus, 2000, pp. 45-106.

12 Peli, Santo. «La nuova classe operaia». En Camarda, Alessandro y Peli, Santo. *L'altro esercito: la classe operaia durante la prima guerra mondiale*. Milán: Feltrinelli, 1980, pp. 90-97. Véanse también Dubesset, Mathilde; Vincent, Catherine y Thébaud, Françoise. «Les munitionnettes de la Seine». En Fridenson, Patrick (ed.). *1914-1918. L'autre front...*, *op. cit.*, pp. 189-220; y Taylor, Lynne. «Food riots revisited». *Journal of Social History*, vol. 30, núm. 2, 1996, pp. 483-496.

oposición de dirigentes sindicales y de los bolcheviques, resultó el punto de partida de una crisis que llevaría a la caída del zar. Sin embargo, las mujeres habían demostrado con anterioridad una intensa actividad en la violenta oleada de motines de subsistencias que habían asolado Rusia durante los dos primeros años de la guerra. Por otra parte, las mujeres habían sido también protagonistas de los conflictos laborales al menos desde 1910, situación que se intensificó durante la guerra ante el espectacular aumento de mujeres en la población activa. Según algunos cálculos, entre 1914 y 1917, la proporción de mujeres entre los trabajadores industriales aumentó de un 26,6% a un 43,2%.[13]

Como ha señalado Joana Dias Pereira, en Europa, el doble protagonismo femenino tanto en la conflictividad laboral como en las luchas relacionadas con el consumo resultó un elemento fundamental para superar las fronteras entre las comunidades de oficio y de residencia. La guerra contribuyó a consolidar el proceso de segregación urbana de la población trabajadora. La expansión de las grandes fábricas se desarrolló particularmente en los suburbios de los principales centros industriales, lo que desplazó tanto la actividad económica como a los obreros hacia los nuevos «cinturones rojos». Esta creciente segregación de los trabajadores fortaleció las relaciones de solidaridad y los lazos comunitarios, al permitir el surgimiento de nuevas redes sociales y de movilización a través de canales alternativos a los tradicionales.[14]

En definitiva, durante las primeras décadas del siglo xx se registraron importantes mutaciones en el mundo del trabajo, y surgió lo que con frecuencia se ha definido como una nueva clase obrera, cuyos sectores más dinámicos fueron protagonistas destacados de la conflictividad social y política durante la guerra. La crisis de 1917 marcó la irrupción de estos nuevos actores sociales surgidos a partir de cambios estructurales de larga duración, los cuales fueron acelerados y profundizados por la coyuntura bélica a través de un proceso que, en palabras de Thierry Bonzon, «it both broke up and restructured communities of workers and the working class as a whole».[15]

13 Cit. en Alpern Engel, Barbara. «Not by bread alone: subsistence riots in Russia during World War I». *The Journal of Modern History*, núm. 69, 1997, p. 713. Al respecto, véanse también Bobroff, Anne. «The Bolsheviks and working women, 1905-20». *Soviet Studies*, vol. 26, núm. 4, 1974, pp. 540-567; y Saunders, David. «The First World War and the end of tsarism». En Thatcher, Ian D. (ed.), *Reinterpreting revolutionary Russia. Essays in honour of James D. White*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2006, pp. 55-71.

14 Pereira, Joana Dias. «O ciclo de agitação social global de 1917-1920». *Ler História*, núm. 66, 2014, pp. 43-55.

15 Bonzon, Thierry. «The labour market and industrial mobilization, 1915-1917». En Robert, Jean-Louis y Winter, Jay (eds.). *Capital cities at war: Paris, London, Berlin, 1914-1919*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997, p. 195.

Los movimientos de protesta de 1917 a lo largo de Europa se han catalogado con frecuencia como «pacifistas». Si bien el hastío ante el prolongamiento y las consecuencias de la guerra desempeñó un rol decisivo en las dinámicas contenciosas de estos años, el pacifismo europeo representó más bien un rechazo moral ante la matanza antes que el desarrollo de un verdadero programa político capaz de ofrecer una salida al conflicto. En la base de las protestas de 1917 hubo fundamentalmente motivaciones económicas, aun cuando estas se expresaron con frecuencia en un tono antibélico que evidenciaba la conciencia de una conexión entre la paz y el fin de las privaciones y sufrimientos.[16]

La principal oposición política a la guerra se desarrolló en el seno del movimiento socialista, en particular entre los participantes en las conferencias de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916). No obstante, la llamada «izquierda zimmerwaldiana» constituyó casi siempre una minoría en el interior del movimiento obrero de los principales países beligerantes. Como es sabido, la gran mayoría del movimiento obrero, al verse incapaz de detener el estallido de la guerra, decidió alinearse con sus respectivos gobiernos en nombre de la defensa de la nación. El crecimiento de la oposición en los años siguientes fue significativo, pero no logró sustituir a las mayorías partidarias de las «uniones sagradas». Incluso un partido socialista de sólida tradición pacifista como el italiano decidió adoptar una postura ambigua ante el ingreso del país en la guerra, bajo la fórmula «né aderire, né sabotare». Por otra parte, la unidad de la «izquierda zimmerwaldiana» era más bien superficial, y coexistían posturas tan diferentes como el pacifismo humanista de Alphonse Merrheim, líder de los metalúrgicos franceses, y el derrotismo revolucionario de Lenin. En definitiva, solo en Rusia e Italia la oposición popular a la guerra alcanzó un grado en el que era posible pensar en sacrificar los intereses nacionales en nombre de una paz inmediata.[17]

Las protestas populares y obreras de 1917 no constituyeron la expresión de un movimiento pacifista de masas y, en gran medida, sus motivaciones de fondo fueron por lo general socioeconómicas. Sin embargo, en el contexto creado por la guerra, estas demandas asumieron también un carácter profundamente político. Como ha señalado Pierre Purseigle, el rol asumido por el

16 Ceadel, Martin. «Pacifism». En Winter, Jay (ed.). *The Cambridge history...*, *op. cit.*, pp. 576-605.

17 *Ibid*. Véanse también Robert, Jean-Louis. «De la guerre au congrès de Tours, 1914-1920». En Willard, Claude (ed.). *La France ouvri*ère, vol. 1*: Des origines à 1920*. París: Éditions Ouvrières, 1995, pp. 420-423; y Arfé, Gaetano. *Storia del socialismo italiano: 1892-1926*. Turín: Einaudi, 1970, pp. 224-266. Sobre la actitud del movimiento socialista ante la guerra, Haupt, Georges. *Socialism and the Great War*. Oxford: Clarendon Press, 1972.

Estado durante estos años contribuyó a modificar el contrato social en que se basaba la comunidad nacional. Los sacrificios exigidos a la población implicaban que el Estado asumía la responsabilidad de garantizar unos estándares mínimos de vida, y su incapacidad de mantenerlos afectaba a su legitimidad.[18] Por este motivo, parte importante de la historiografía ha caracterizado las movilizaciones de 1917 con el concepto de «economía moral» acuñado por E. P. Thompson, por cuanto dichas protestas no fueron una mera respuesta a los estímulos socioeconómicos, sino una interpelación directa al Estado por su incapacidad de proteger a la sociedad de las fuerzas del mercado.[19]

Desde este punto de vista, la crisis de 1917 no fue una simple caída temporal en la moral de los países beligerantes, sino que representó una crisis de legitimidad con respecto a los sacrificios exigidos por el esfuerzo bélico. Para solucionarla, los gobiernos tuvieron que intervenir de forma activa, tanto por medio de una dura represión como de esfuerzos para dar respuesta a las demandas populares a través de mejores condiciones laborales, la reforma de los sistemas de distribución, la introducción del racionamiento o el relajamiento de la disciplina militar. Además, por primera vez, los Estados organizaron un esfuerzo propagandístico coordinado para explicar a la población los objetivos de la guerra y la necesidad de la victoria final; proceso definido por la historiografía como «removilización». A pesar de que la eficacia de esta campaña entre la población resulta difícil de evaluar, lo cierto es que, a finales de 1917, las élites políticas de los países beligerantes en su gran mayoría habían abandonado la idea de una paz negociada y se encontraban plenamente comprometidas en llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias. Incluso en Italia, tras el desastre de Caporetto, el conflicto se transformó en una guerra patriótica de defensa, lo que permitió cierto grado de unidad entre las fuerzas políticas.[20]

Exceptuando Rusia, 1917 no fue sinónimo de revolución, aunque en muchos sentidos sentó las bases para la caída de los imperios centrales al año siguiente. Como hemos visto, los factores estructurales y coyunturales subyacentes a la oleada de agitación que caracterizó 1917 fueron transversales; no obstante, las consecuencias en las distintas realidades europeas fueron muy diferentes. En este sentido, resulta significativo el contraste entre los amotina-

18 Purseigle, Pierre. «La Primera Guerra Mundial y las transformaciones del Estado». *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 3, núm. 5, 2014, pp. 165-186.

19 Por ejemplo, Wrigley, Chris. «Introduction». En Wrigley, Chris (ed.). *The challenges of labour...*, *op. cit.*, p. 9; y Cronin, James E. «Labor insurgency...», *op. cit.*, pp. 133-135.

20 Al respecto, véase Horne, John. «Remobilizing for "Total War": France and Britain, 1917-1918». En Horne, John (ed.). *State, society, and mobilization in Europe during the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997, pp. 195-211.

mientos en el ejército ruso y el francés. En el segundo caso, si bien fue un episodio de indisciplina único en el frente occidental, para Leonard Smith, los soldados no llegaron a cuestionar la legitimidad del régimen, sino que la reforzaron actuando según una lógica profundamente republicana.[21]

En definitiva, los factores desestabilizadores provocados por la Gran Guerra afectaron de un modo muy diferente a los imperios centrales y los países del Este con respecto a Europa occidental. Evidentemente, la distinción entre vencedores y vencidos fue muy importante, aunque no decisiva. Cabe destacar también la capacidad de los países aliados para paliar la crisis de subsistencias de 1917, a diferencia de los imperios centrales, así como la distinción entre el frente occidental y el oriental, cuya naturaleza móvil tuvo como consecuencia un número de bajas mucho mayor y el desplazamiento de millones de personas. Sin embargo, para Richard Bessel el aspecto más importante fue el carácter autocrático de Rusia y de los imperios centrales, ante el cual la movilización de la nación generó también una expectativa de transformación del sistema político. La guerra había redefinido el rol y las responsabilidades del Estado en el contexto de la sociedad industrial y, por ende, también el concepto de ciudadanía. La caída de los imperios centrales tras el armisticio se debió en gran parte al convencimiento por parte de la población de que sus sacrificios debían ser compensados a través de una democratización del régimen.[22]

La guerra tuvo un papel decisivo en la consolidación de una corriente revolucionaria en el seno del socialismo internacional, que rápidamente asumiría como punto de referencia a la Rusia soviética, lo que sentó las bases para la expansión del movimiento comunista en los años de la posguerra. Sin embargo, estos años marcaron también la integración del movimiento obrero en el sistema político de países como Francia o Gran Bretaña. El rol de los trabajadores en la industria bélica obligó al reconocimiento de los sindicatos y su inclusión en el nuevo sistema de relaciones laborales. Como ha señalado John Horne, la guerra puso a los dirigentes sindicales en el centro de la gestión económica, lo que los enfrentó con nuevos problemas y, sobre todo, con una nueva visión del Estado. En el caso de Francia, en el que existía una sólida tradición antiestatista, la guerra transformó la visión del sindicalismo revolucionario. La CGT no solo abandonó algunos de los principios fundamentales de la acción directa, sino que tras el armisticio levantó como principal bandera la consigna de la «nacionalización» de la economía.[23] Por el contrario, en

21 Smith, Leonard V. «War and "politics"...», *op. cit.*

22 Bessel, Richard. «Revolution». En Winter, Jay (ed.). *The Cambridge history...*, *op. cit.*, pp. 126-144.

23 Horne, John. *Labour at war: France and Britain, 1914-1918*. Oxford: Clarendon Press, 1991.

países como Portugal o España, los efectos socioeconómicos de la guerra sobre la población enfrentaron a los sindicatos de forma directa con el Estado, lo que generó una espiral de acción y represión decisiva para la consolidación de un movimiento sindicalista revolucionario de masas en la posguerra.

Sobre el significado histórico-social y la naturaleza de la revolución rusa de 1917 y de la URSS

Juan Vicente Martínez Bautista
Escuela de Estudios Superiores de Atlatlahucan
Universidad Autónoma del Estado Morelos
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto Tecnológico de Cuautla

A propósito del centenario de la revolución rusa de octubre de 1917 y de los 150 años de la publicación del primer tomo de *El Capital* de Karl Marx, se hace necesaria una revisión crítica marxista engelsiana de este acontecimiento histórico-social fundamental del siglo xx y de la conformación y desarrollo de la URSS, para desacralizar la revolución bolchevique y la sociedad soviética surgida de ella. Todo esto con la finalidad de actualizar y hacer viable una alternativa socialista-comunista en los albores del siglo xxi.

Desde la perspectiva marxista engelsiana de la concepción materialista de la historia y de la crítica de la economía política, la experiencia histórica de construcción económica, política, social y cultural de la URSS estuvo esencialmente en contraposición con lo postulado por el proyecto científico, crítico y revolucionario de emancipación humana del socialismo y comunismo de Marx y Engels.

El proyecto de Marx y Engels sobre el tránsito de la prehistoria de la humanidad (todas las sociedades humanas hasta nuestros días) a la historia verdaderamente humana (la sociedad comunista como punto de partida de esta) parte del reconocimiento de que «hasta hoy la historia se ha erigido sobre dos relaciones de producción totales y básicas: la inadecuación entre el sujeto humano y la naturaleza[,] y la escasez de fuerzas productivas y bienes»,[1] y de la necesidad histórica de transformar tales condiciones generales materiales. La primera condición material general —la inadecuación del hombre respecto a la naturaleza—[2] tiene que ser transformada de tal forma que haga posible «la libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la

1 Veraza Urtuzuástegui, Jorge. *Karl Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida. Para una teoría marxista de las fuerzas productivas.* México: Itaca, 2012, p. 159.

2 Marx, Carlos. «Manuscritos económico-filosóficos de 1844». *Obras fundamentales de Marx y Engels*, tomo i: *Escritos de juventud de Carlos Marx.* México: Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 654-655.

subordinación de su productividad colectiva, social como patrimonio social».[3] La segunda condición material general de toda la existencia humana hasta nuestros días —«la escasez material»—[4] obliga necesariamente a que toda la sociedad y su proyecto de civilización se estructuren y organicen en clases sociales para poder garantizar su reproducción, y ello trae aparejada la explotación económica y la lucha de clases.[5] Este hecho económico material (la escasez material) solo y únicamente puede ser superado de manera definitiva a través de un alto grado de desarrollo y universalización de las fuerzas productivas del trabajo social (fundamento económico material para transitar del capitalismo al comunismo), y de la constitución del sujeto revolucionario comunista: la clase obrera revolucionaria[6] (fundamento subjetivo material para ser posible el socialismo y el comunismo). Es decir, que la moderna sociedad capitalista solo puede ser superada una vez que se hayan desarrollado las suficientes fuerzas productivas materiales para que las use el proletariado mundial en su proyecto de emancipación total. Ello dará lugar a la construcción de la sociedad socialista mundial, y, una vez consolidada esta, sobrevendrá el inicio del fundamento positivo de la historia, que consistirá en que a partir de entonces los seres humanos elegiremos y seremos dueños de nuestro destino para decidir vivir en asociación libre y voluntaria y en armonía con la naturaleza.[7]

Lo que en realidad construyó en la URSS no fue una sociedad socialista, sino una sociedad capitalista. El intento —después de la revolución de octubre de 1917— de constituir una sociedad burguesa de tránsito al socialismo fracasó debido a causas internas y externas. Las causas internas fueron, sobre todo, el bajo desarrollo territorial capitalista de las fuerzas productivas técnicas (pues estaban «concentradas» en unas cuantas ciudades, mientras que en el resto solo existían fuerzas productivas precapitalistas endebles como, por ejemplo, la *obshchina* o comuna rural rusa, muy debilitada por la reforma de 1861) y, específicamente, el débil peso de la clase obrera respecto de la inmensa población campesina rusa, así como el debilitamiento de su conciencia histórica y de organización de clase y su escasa influencia sobre el resto de la población rusa. Las causas externas —que tuvieron un papel decisivo en la derrota de la inten-

3 Marx, Carlos. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía Política (borrador) 1857-1858*, vol. 1. México: Siglo XXI, 1971, p. 85.

4 Marx, Carlos y Engels, Federico. «La ideología alemana». *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: Progreso, 1974, p. 34.

5 Echeverría, Bolívar. *El discurso crítico de Marx*. México: Era, 1986, p. 51.

6 Marx, Carlos. «En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción». *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*. México: Grijalbo, 1983, p. 15.

7 Marx, Carlos. «Manuscritos económico-filosóficos...», *op. cit.*, pp. 655 y 658-663.

ción «socialista» de la revolución rusa— fueron el fracaso y derrota del movimiento revolucionario comunista en los países de Europa Occidental, en particular en Alemania, Inglaterra y Francia, debido ante todo a que las fuerzas productivas materiales no estaban suficientemente maduras para la revolución socialista y a que el proletariado europeo occidental no logró desarrollar su conciencia y organización anticapitalista lo bastante como para empujar hacia el socialismo, pues su horizonte fue sobre todo reformista; a su vez, dicha derrota del sujeto proletario revolucionario estuvo determinada por las consecuencias destructivas y de descomposición social que produjo la Gran Guerra, entendida esta como contrarrevolución comunista continental.

La contraposición entre la experiencia histórica de la URSS y el proyecto teórico de liberación de la humanidad de Marx y Engels tiene como base esencial y fundamento económico la existencia de la escasez material, y la necesidad y posibilidad de hacerle frente y superarla a partir de las fuerzas productivas específicamente humanas con las que contaba la sociedad rusa (y el resto del mundo capitalista) en ese momento histórico. Es decir, lo que a nivel histórico se mostró es que la «medida geopolítica mundial de capital»[8] en las primeras décadas del siglo xx no estaba lo bastante madura para hacer posible «la actualidad de la revolución comunista».[9]

De ahí que la crítica de la revolución rusa de octubre de 1917, del Estado bolchevique y de la naturaleza de la economía soviética y de sus fundamentos económicos tenga como premisa básica la «crítica de las teorías del imperialismo»,[10] en particular, la de Lenin. Porque fue a partir de la caracterización del capitalismo mundial como imperialismo, fase superior del capitalismo, que se llegó a la conclusión de la posible realización de la revolución proletaria comunista y, por tanto, se estableció la estrategia y táctica de la revolución socialista mundial y, en particular, de la revolución rusa, lo que creó la «ilusión» de la necesaria e inminente victoria de la revolución mundial proletaria socialista.

Así pues, la contraposición entre la experiencia histórica revolucionaria soviética y el proyecto emancipador del proletariado en Marx y Engels muestra la ausencia de una teoría crítica del desarrollo capitalista por parte de los dirigentes revolucionarios; teoría crítica que debió mostrar, esencialmente, el grado real de desarrollo de las fuerzas productivas en el interior de las relaciones sociales de la producción capitalista. Y, a partir de ahí, evaluar y medir la tem-

8 Veraza, Jorge. *Revolución mundial y medida geopolítica de capital*. México: Itaca, 1999.

9 Lukács, Georg. «Lenin. Estudio sobre la coherencia de su pensamiento». *Lenin – Marx*. Buenos Aires: Gorla, 2005.

10 Veraza, Jorge. *Para la crítica a las teorías del imperialismo*. México: Itaca, 1987.

poralidad del capitalismo; es decir, si ha cumplido su misión histórica y, *ergo*, si se acerca a su necesario, posible y deseado fin. Y, por tanto, cuán lejos o cerca se encuentra la posibilidad de la revolución socialista mundial.

El contexto europeo de miseria económica, represión política, caos y barbarie social, producto de la guerra capitalista imperialista, influyó decisivamente para que los principales teóricos y políticos revolucionarios rusos (Lenin y Trotsky) y europeos (Luxemburg, Pannekoek, Gorter, Lukács, Korsch, etc.) evidenciaran por la vía de los hechos un doble desconocimiento, sin que por ello se cuestione su autenticidad e intención comunista revolucionaria. Este doble desconocimiento consistió, por una parte, en que no reconocieran, en consecuencia, la imperante escasez material en que estaba el mundo capitalista y, en particular, la sociedad rusa. Por otra parte, y de manera decisiva, no reconocieron que el grado real del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas humanas —es decir, las fuerzas productivas técnicas y las fuerzas productivas generativas que se desplegaban y articulaban en esos territorios— era materialmente insuficiente para resolver y superar la escasez material, y, en consecuencia, hacía inviable el desarrollo de la revolución europea socialista tendente a fundar una nueva sociedad libre de toda explotación y enajenación.

Tal desconocimiento de la imposibilidad de llevar a cabo la construcción socialista en Europa Occidental —y, en particular, en Rusia— a causa del insuficiente desarrollo capitalista de las fuerzas productivas hizo que los revolucionarios rusos y europeos desplegaran, en la práctica, un voluntarismo revolucionario que consistía en creer que —casi— bastaba con la voluntad de los militantes revolucionarios —organizados en los partidos comunistas y reunidos en la III Internacional— para estimular a las vastas masas obreras, campesinas y de soldados a fin de que derrocaran a todos los gobiernos burgueses y empezaran la ardua tarea de llevar al socialismo a la todavía joven sociedad capitalista.

Esta falta de condiciones materiales y subjetivas para hacer triunfar la revolución socialista en Europa —y, en especial, en Rusia— tuvo enormes consecuencias negativas para el movimiento comunista internacional, de índole tanto política como económica y social.

En el ámbito político, la toma del poder estatal encabezada por Lenin, Trotsky y los bolcheviques no significó la realización de «la dictadura revolucionaria del proletariado»[11] y, por tanto, no fue el primer paso de la revolución obrera para «la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la

11 Marx, Carlos. «Crítica del Programa de Gotha». *Obras escogidas*, vol. II. Moscú: Progreso, 1977, p. 24.

democracia»,[12] sino «la dictadura del partido bolchevique sobre el proletariado y el campesinado»,[13] puesto que la instancia organizativa proletaria genuinamente revolucionaria que resurgió en la revolución rusa de 1917, los sóviets, empezaron a ser desnaturalizados desde sus inicios en febrero de 1917, cuando fueron controlados, primero, por los mencheviques y social-revolucionarios de derecha, y, más tarde, a partir de septiembre de 1917, por los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda. Ello trajo como resultado la destrucción de la democracia directa y, al mismo tiempo, el nacimiento del «Estado capitalista soviético»,[14] que en la era de Stalin devino en un Estado burocrático capitalista controlado por el PCUS. Es decir, que, aunque se hayan dado muestras de combatividad revolucionaria contra la autocracia zarista y la subsiguiente contrarrevolución de la burguesía rusa, no se logró instaurar un incipiente Estado socialista dirigido por los sóviets de obreros, campesinos pobres y militares, que promoviera y generalizara la democracia directa mediante la subordinación de la democracia representativa, o sea, que consiguiera asegurar la democracia en todos los ámbitos de la vida social. Todo esto muestra claramente que la constitución del sujeto revolucionario ruso tuvo enormes límites político-organizativos y de conciencia de clase.

La tesis marxista engelsiana sostiene que la dictadura revolucionaria del proletariado es la forma política estatal más desarrollada para desplegar la democracia, la libertad y la justicia para la mayor parte de la población. Pero la experiencia del Estado «soviético» fue casi siempre en dirección contraria, sobre todo una vez terminada la guerra civil (el comunismo de guerra de 1918-1921). Entre los ejemplos paradigmáticos del carácter represor y autoritario del Estado soviético se encuentran la represión bolchevique de marzo de 1921 contra los marineros y obreros de Kronstadt,[15] la represión del movimiento campesino ucraniano majnovista, las deportaciones masivas y trabajos forzosos de la disidencia política en la Siberia rusa de finales de los años veinte y los treinta, y los procesos de Moscú de 1936-1937, con juicios y ejecuciones, no solo de la disidencia política, sino también de la mayoría de la vieja guardia bolchevique.

La naturaleza capitalista del Estado soviético estuvo determinada por su contenido social —o sea, por el carácter de las formas de propiedad y las relaciones sociales de producción que dicho Estado guardó y defendió—, que se

12 Marx, Carlos y Engels, Federico. *Manifiesto del Partido Comunista*. *Obras escogidas*, vol. I. Moscú: Progreso, 1977, p. 39.

13 Wagner, Helmut. *Tesis sobre el bolchevismo*. Grupo de Comunistas de Consejos de Galiza, 2005. www.marxists.org/espanol/wagner/1934/tesis.htm

14 *Ibid*.

15 Anweiler, Oscar. «Introducción». En Kool, Frits y Oberlander, Erwin. *Documentos de la revolución mundial*, vol. II: *Kronstadt*. Madrid: Zero, 1971.

manifestó plenamente en el carácter capitalista de la estatización de los medios de producción social y de la planificación estatal de la economía nacional.

El fortalecimiento y consolidación del Estado burocrático capitalista comandado por el PCUS marcharon en sentido contrario a lo postulado por Marx y Engels sobre la tendencia a la extinción del Estado.

Los fundamentos de la economía soviética —la estatalización o nacionalización de los medios de producción social, la planificación estatal de la economía nacional y el desarrollo de las fuerzas productivas— fueron de naturaleza capitalista.

La nacionalización o estatización de los medios de producción social por parte del Estado soviético no implicó ni su socialización[16] «ni la transformación de las relaciones sociales de producción capitalistas en socialistas»,[17] porque la clase obrera soviética no fue la propietaria colectiva y, sobre todo, no controlaba directamente los medios de producción social, sino que fue «una casta de funcionarios públicos y directores de empresas quienes concentraban las funciones de control y dirección»[18] de aquellos. Es decir, al no controlar los obreros todo el proceso inmediato de la producción, siguieron reproduciendo la separación radical de los productores directos respecto de las condiciones materiales de la producción y, por consiguiente, se limitaron a adaptar las relaciones sociales de la producción capitalista, lo que significaba la subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato al capital. Ello dio lugar a que los directores de empresas (en lo que se refiere a la producción), en coordinación con una parte de la burocracia estatal (en lo que respecta a la circulación y la distribución económica), no solo dirigieran y administraran el proceso de producción material, sino también «el proceso de producción y realización de la plusvalía producida por la clase obrera»[19] soviética. En consecuencia, esta burocracia estatal y los directores de empresas pasaron a personificar el capital social soviético, de modo que esta casta burocrática devino en «burguesía burocrática de Estado».[20]

16 Miliband, Ralph. «Bettelheim y la experiencia soviética». En VV.AA., *Acerca de la naturaleza social de la Unión Soviética*. México: Universidad Autónoma de Puebla, 1979, p. 130.

17 Bettelheim, Charles. *Cálculo económico y formas de propiedad*. Madrid: Siglo XXI, 1972, pp. 103-106.

18 Chavance, Bernard. «Sobre las relaciones de producción en la URSS». En VV.AA., *Acerca de la naturaleza social...*, *op. cit.*, p. 78.

19 Modzelewski, Karol y Kuron, Jacek. *Revolución política o poder burocrático*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971, pp. 33-64.

20 Bettelheim, Charles. *Las luchas de clases en la URSS. Primer período, 1917-1923*. Madrid: Siglo XXI, 1976, p. 36.

La planificación estatal de la economía soviética tenía sobre todo un carácter capitalista. Por una parte, porque «los planes económicos quinquenales estaban fundamentalmente dirigidos a satisfacer las necesidades de la acumulación del capital social único soviético»,[21] de modo que la satisfacción de la mayoría de las necesidades económico-materiales del pueblo soviético quedaba subordinada y reprimida. Y, por otra parte, porque dicho carácter centralista, vertical y burocrático de la planificación económica soviética imposibilitó casi en su totalidad que la clase obrera, los campesinos y demás sectores sociales subalternos se organizaran en «consejos obreros de gestión productiva y en consejos de consumidores para que pudieran autogestionar de forma socialista toda la reproducción económica (producción-distribución-consumo) social»,[22] a fin de «ir superando y destruyendo paulatinamente el mercado»[23] como «mecanismo cósico y enajenante de dicha reproducción económica»[24] e «invalidando la rectoría de la ley del valor en la economía soviética».[25] Lo cierto es que esto no era posible, porque la sociedad soviética —como el resto del mundo capitalista— sufría una gran escasez material, y solo el desarrollo mundial capitalista de las fuerzas productivas materiales y humanas podría crear las condiciones materiales de la revolución comunista para hacerle frente y superar dicha escasez para que se iniciara «una sociedad verdaderamente humana».[26]

El desarrollo de las fuerzas productivas en la URSS no tuvo un carácter socialista, porque se produjo en realidad dentro del margen de las relaciones sociales de producción capitalistas. De ahí que todos sus elementos (industrialización acelerada, introducción de la agricultura mecanizada, estajanovismo, etc.) se convirtieron en «medios de explotación de la clase obrera soviética»,[27] es decir, en métodos de extracción de plusvalor relativo, y «de destrucción y depredación del medio ambiente».[28] Así también, durante la era estalinista y la Segunda Guerra Mundial, empezaron «a desarrollarse fuerzas productivas destructivas» que culminaron «con la construcción de la bomba atómica».[29]

21 Mattick, Paul. *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*. México: Era, 1975, pp. 272-284.

22 Korsch, Karl. *¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1973, pp. 29-58.

23 Chavance, Bernard. «Sobre las relaciones de producción...», *op. cit.*, p. 93.

24 Jaguin, Aureliano y La Grassa, Gianfranco. *Proceso productivo capitalista y socialismo en la URSS*. Valencia: Pre-textos, 1978, pp. 23-45.

25 Dutschke, Rudi. *La democracia obrera, el comunismo y el problema de la «abolición del trabajo»*. Barcelona: Icaria, 1978, pp. 12-15.

26 Marx, Carlos y Engels, Federico. «La ideología...», *op. cit.*, p. 34.

27 Dutschke, Rudi. *La democracia obrera...*, *op. cit.*, pp. 32-37.

28 O'Connor, James. *Causas ambientales. Ensayos de marxismo ecológico*. México: Siglo XXI, 2001, p. 303.

29 Veraza, Jorge. *Karl Marx y...*, *op. cit.*, pp. 47-50.

La sociedad rusa que surgió de la revolución de 1917, lejos de resolver la cuestión social para que ya no existieran las clases sociales (realización plena de la sociedad socialista), lo que realmente llevó a cabo fue la reproducción de viejas y nuevas clases, entre las que destacó sobre todo la clase de la burocracia política y del aparato productivo (los «administradores rojos»), que constituyó la personificación del capital social.

En el ámbito cultural, la supuesta validez y comprobación de la «teoría del socialismo en un solo país» que enarbolaba el marxismo soviético o estalinismo convirtió la teoría crítica comunista de Marx y Engels en una teoría vulgar y dogmática que dominó el horizonte intelectual de generaciones de revolucionarios de varias partes del mundo a lo largo del siglo xx.

Y, por último, aun cuando la revolución rusa de octubre de 1917, la construcción del Estado que emanó de ella y la propia economía soviética hayan sido de naturaleza capitalista, es falso inferir que el proyecto de emancipación comunista de la humanidad proletarizada está absolutamente cancelado. Más bien, todo este proceso histórico revolucionario del siglo xx —que tuvo como punto de partida la heroica gesta de la revolución rusa— debe entenderse y asumirse como un largo y tortuoso proceso histórico de construcción libertaria. En este sentido, el proletariado ha mostrado en varios momentos (las revoluciones europeas de 1848-1849, la Comuna de París de 1871, la revolución rusa de 1917, la guerra civil española de 1936-1939, el mayo francés de 1968, etc.) su potencial de lucha anticapitalista. Todo este proceso histórico de lucha proletaria evidencia la permanente necesidad de trascender el capitalismo, aunque las condiciones materiales todavía no estén suficientemente maduras para su transformación revolucionaria. Y esto es así porque es el propio proletariado el que produce y padece toda esta realidad enajenada, opresiva y explotadora capitalista. Y es en este hecho en el que se funda, en esencia, su actitud y cometido anticapitalista. Pero también es cierto que, aunque exista una necesidad social e histórica de la clase obrera de trascender el capitalismo, esta necesidad no es sinónimo de que el triunfo del socialismo y comunismo esté garantizado, pues ello depende del desarrollo de las fuerzas productivas técnicas y generativas y, en particular, del proletariado en tanto que sujeto revolucionario.

Ernst Thälmann i l'impacte de la revolució russa a Alemanya

Marc Medir Navarro i Tarroja
Universitat de Barcelona

Introducció

Entre els dies 25 i 27 d'octubre de 1917 (en el nostre calendari gregorià, els dies 7 i 9 de novembre) se celebrava a Petrograd el Segon Congrés Panrús dels Soviets. John Reed,[1] present en el congrés esmentat i testimoni del procés sociopolític que acabaria desencadenant la revolució russa, escrivia:

> La revolución era un hecho consumado [...]. Lenin y los obreros de Petrogrado habían decidido el levantamiento, el Soviet de Petrogrado derribó al Gobierno Provisional y colocó al Congreso de los Soviets ante el hecho del golpe de Estado. Ahora había que ganarse toda la inmensa Rusia y luego el mundo entero. ¿Respondería Rusia, se levantaría?, ¿Y el mundo, qué diría el mundo?, ¿Responderían los pueblos al llamamiento de Rusia, se alzaría una ola roja mundial?[2]

Sens dubte, tant el món com Rússia responegueren, encara que ho van fer de maneres diferents. En el mateix context en què Rússia sagnava a causa de la guerra civil que es va iniciar poc després de la presa del Palau d'Hivern, Europa i el món sencer patien una onada revolucionària. La revolució que van engegar els bolxevics va servir de premissa tant per a diferents partits i organitzacions revolucionàries amb ganes d'encetar un procés semblant, com per a diferents governs i partits que volien precisament evitar-lo. Una sèrie d'exemples podrien ser la revolució hongaresa de Béla Kun, que va permetre instaurar una «república soviètica» a Hongria entre el 21 de març i l'1 d'agost de 1919; la revolució a Mongòlia de 1921, que va expulsar les restes de l'exèrcit rus blanc del país i també els xinesos (el 1924 es va crear un estat satèl·lit de l'URSS), o la revolució de Georgy Dimitrov el 1923 a Bulgària. Tanmateix, hi ha un país que destaca

1 John Silas Reed (1887-1920) fou un important escriptor i periodista revolucionari nord-americà involucrat en la lluita del moviment obrer i cofundador del Partit Comunista dels Estats Units.

2 Reed, John. *Los diez días que estremecieron al mundo*. Moscou: Progreso, 1974, p. 48.

en l'àmbit revolucionari europeu. Alemanya va viure no un procés revolucionari, sinó tres: la revolució de novembre de 1918, la instauració del Soviet de Baviera el 1919 i, finalment, la revolució d'Hamburg de 1923, capitanejada, entre d'altres, per Ernst Thälmann.

Naixement, família i primers anys

Ernst Johannes Fritz Thälmann, conegut també com a Teddy,[3] va néixer el 16 d'abril de 1886 a la ciutat d'Hamburg. Els seus pares eren Johann Thälmann (1857-1933), originari de la regió de Holstein, i Maria Magdalena Kohpeiss (1857-1927), nascuda en un poble a prop d'Hamburg. La situació familiar i social de la família Thälmann va ser complicada des de bon principi. Els pares regentaven un negoci al barri treballador d'Eilbek que van obrir el 1884, on Ernst va començar des de ben petit a col·laborar i treballar ajudant a atendre els clients i anant a comprar al mercat per adquirir productes de primera necessitat. Arran de problemes financers, el matrimoni Thälmann va ser detingut el 1892 per haver realitzat diferents robatoris, amb la qual cosa Ernst i la seva germana Frieda (1887-1967) van anar a parar a cases d'acollida; finalment, els pares van ser alliberats l'any següent.[4]

Aquell mateix any, el 1893, Ernst va començar a anar a l'escola. Destacava en les assignatures d'història, naturals, matemàtiques i educació física, i es mostrava indiferent i apàtic amb l'assignatura de religió.[5] La seva formació escolar es va desenvolupar entre els anys 1893 i 1900. En aquest marge de temps és quan va començar a familiaritzar-se amb les diferències socials i també amb les lluites polítiques i sindicalistes. Un esdeveniment que el va marcar per a la resta de la vida fou la vaga que hi va haver al port d'Hamburg entre el novembre de 1896 i el febrer de 1897, especialment pel seguiment que va tenir: uns dos mil cinccents vaguistes el 20 de novembre de 1896 i, un dia més tard, més de sis mil.[6]

El 1902 Thälmann va decidir independitzar-se. Les discussions amb els seus pares van ser-ne el motiu principal. Els seus progenitors eren persones religioses i sense filiació política, quelcom que contrastava molt amb el caràcter del

3 Küchenmeister, Wera i Claus. *Als Thälmann noch ein Junge war*. Berlín: Der Kinderbuchverlag Berlin, 1976, p. 6.

4 Hortzschansky, Günter (ed.). *Ernst Thälmann. Eine Biographie*. Frankfurt del Main: Marxistische Blätter, 1980, p. 14.

5 *Ibid.*, p. 15.

6 Küchenmeister, Wera i Claus. *Als Thälmann*, p. 30.

jove Ernst, gens interessat en la religió i cada cop més compromès amb les lluites socials. Immediatament es va posar a treballar al port d'Hamburg i el maig de 1903 es va afiliar al Partit Socialdemòcrata d'Alemanya (Sozialdemokratische Partei Deutschlands o SPD, en alemany). Un any després, el 1904, es va afiliar al sindicat Unió de Treballadors del Transport d'Alemanya (Deutscher Transportarbeiter Verband o DTV). Aquell mateix any es va enrolar al vaixell mercant *Amerika*, amb el qual va viatjar fins el 1907 per diferents ports del món, inclosos els Estats Units i el Regne Unit.

Entre els anys 1910 i 1914 va seguir exercint diferents oficis, així com fent una activa vida política i sindicalista. L'inici de la Primera Guerra Mundial va marcar un abans i un després en la seva vida. D'una banda, cal destacar el seu desencant amb l'SPD per no estar en contra del conflicte i, de l'altra, l'entusiasme amb què va viure l'esclat de la revolució russa. El 14 de gener de 1915 fou reclutat per l'exèrcit alemany i enviat al front occidental. Un dia abans, el 13 de gener, es va casar amb Rosa Koch, amb qui va tenir una filla, Irma Thälmann (1919-2000).[7] Durant el conflicte va servir dins del cos d'artilleria i va intervenir en batalles importants, com ara la batalla del Somme el 1916. Fou ferit i condecorat pels seus serveis. La seva activitat política va seguir durant el conflicte i, un cop va tornar a Alemanya, el 1918, l'esclat de la revolució russa i l'esmentat desencant amb l'SPD el van empènyer a desertar de l'exèrcit i unir-se, juntament amb altres companys, a les files del Partit Socialdemòcrata Independent d'Alemanya (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands o USPD), escissió de l'SPD i branca revolucionària del marxisme alemany.

L'Alemanya revolucionària

Abans d'analitzar la revolució russa i l'impacte o la influència que va tenir a Alemanya, i en el mateix Ernst Thälmann, és important introduir l'evolució del moviment socialista i revolucionari alemany[8] per entendre els antecedents de les disputes que s'originaren al si d'aquest moviment i amb l'aparició del Partit Comunista d'Alemanya (Kommunistische Partei Deutschlands o KPD), especialment entre els anys de la Gran Guerra i l'arribada dels nazis al poder.

7 Zimmerling, Zeno. *Ernst Thälmann. Leben und Kampf. Ein Dokumentarbericht*. Berlín: Neues Leben, 1974, p. 20.

8 Estudiar i analitzar el moviment socialista, no només l'alemany, sinó també l'europeu, comprèn un volum bibliogràfic inabastable. En aquest sentit, a l'hora de resumir el cas alemany, s'ha emprat l'obra següent: Droz, Jacques (dir.). *Historia general del socialismo.* 2 vol. Barcelona: Destino, 1976-1983.

Des del 1848 Alemanya va viure una evolució política progressiva. El 1849 es va redactar la constitució de Frankfurt, la primera en la història alemanya, el primer experiment dels inicis del parlamentarisme democràtic al Primer Imperi.[9] Quan Otto von Bismarck arriba al poder l'any 1862, inicia una sèrie de polítiques, reformes i empreses militars que permeten concloure el procés d'unificació d'Alemanya. El 1871 redacta una nova constitució, la *Verfassung des Deustchen Bundes* ('Constitució de la Federació Alemanya'), amb la qual pretén definir les estructures i funcions de l'Estat i, al mateix temps, garantir un sufragi masculí i definir el paper de la participació ciutadana, així com els seus drets i deures.

La voluntat de Bismarck no era precisament altruista, filantròpica o desinteressada. El 1848 va desenvolupar una lluita política aferrissada contra els revolucionaris que es va conèixer com la Reaktionsära ('Era de la Reacció'), que durà prop d'una dècada i fou especialment dura no només perseguint revolucionaris, sinó també reprimint membres de l'oposició o amb postures liberals del parlament prussià.[10] La seva experiència amb el moviment revolucionari va propiciar la necessitat de fer «concessions» a les classes mitjana i treballadora.

El 23 de maig de 1863 Ferdinand Lassalle va crear un sindicat anomenat Associació General de Treballadors d'Alemanya (Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein o ADAV). Aquesta organització és considerada l'embrió del que després seria l'SPD. Es tractava d'un sindicat que no estava marcat per influències marxistes i que seguia una línia moderada a favor de les reformes de Bismarck. Aquest fet el posava inicialment en contra de l'Associació Internacional de Treballadors (AIT), fundada el 1864 d'acord amb els principis revolucionaris. Tot i així, el 1869 es va produir un procés constituent dins del sindicat en el marc del Partit Socialdemòcrata Obrer d'Alemanya (Sozialdemokratische Arbeiterpartei Deutschlands o SDAP).

Aquest partit va ser liderat per Wilhelm Liebknecht i August Bebel amb una orientació política marxista. Aquell mateix any es va elaborar el nou programa del partit, anomenat Programa d'Eisenach, un text que va obrir un debat intern entre els partidaris de les tesis marxistes i els seguidors de les idees de Lassalle. Les discussions internes van propiciar que posteriorment el partit elaborés un altre programa, conegut com el Programa de Gotha i redactat el

9 El 28 de març de 1849 s'aprova la constitució, que inicia un procés democratitzador de l'Estat. És l'antecedent que Bismarck va emprar per reformar el Segon Imperi. Dowe, D.; Haupt, H.-G.; Langewiesche, D. (eds.). *Europa 1848. Revolution und Reform*. Bonn: Dietz Nachfolger, 1998.

10 Grünthal, Günther. *Parlamentarismus in Preussen 1848/49-1857/58. Preussischer Konstitutionalismus – Parlament und Regierung in der Reaktionsära*. Düsseldorf: Droste, 1982.

1875, que va permetre arribar a un acord entre ambdues faccions i que més tard Marx va criticar. El 1878 el partit va ser il·legalitzat per Bismarck, en el marc de la seva política antisocialista, la *Sozialistengesetz*, acusant-lo de seguir una línia revolucionària.

El 1890 el partit es va legalitzar de nou i es va refundar amb el nom de SPD o Partit Socialdemòcrata d'Alemanya, esmentat anteriorment. Com que havia estat il·legalitzat, es va redactar un nou programa, conegut com el Programa d'Erfurt.[11] Al llarg de la dècada de 1890, des de l'SPD es va iniciar una nova política, basada en els principis de Lassalle, que no només buscava un *statu quo* amb l'Estat, sinó que defenestrava les idees revolucionàries. Kaustky i Bebel eren polítics moderats però d'òrbita marxista; en canvi, Bernstein va aconseguir un gran suport dins del partit amb les seves tesis sobre el «socialisme democràtic», criticat pels marxistes, i va encetar així el que es va conèixer com a revisionisme, tan analitzat i criticat per Lenin, entre d'altres.

Les tensions dins del partit començaren a prendre força a partir de 1905. La revolució russa de 1905 va suposar que el sector marxista de l'SPD guanyés força. Rosa Luxemburg i posteriorment Karl Liebknecht (fill d'un dels fundadors del partit, Wilhelm Liebknecht) van fer paleses les tensions existents entre els marxistes revolucionaris, els «reformistes» seguidors de les tesis de Lassalle i els «revisionistes» seguidors de Bernstein. La Primera Guerra Mundial no va fer més que augmentar-les. El 1917 es van escindir dos grups: la Lliga Espartaquista (dirigida per Karl Liebknecht i Rosa Luxemburg) i l'esmentat Partit Socialdemòcrata Independent d'Alemanya o USPD, on va militar Thälmann. La revolució russa i la posició bel·licista del partit de cara a la Gran Guerra en foren els motius principals.

Ernst Thälmann, el revolucionari

Després d'una llarga però necessària introducció sobre el moviment obrer i revolucionari alemany, cal analitzar el paper d'Ernst Thälmann, ja que no només va ser testimoni de tot aquest procés revolucionari, sinó que en va acabar sent un dels protagonistes principals. L'octubre de 1918 la derrota d'Alemanya ja era inevitable. Thälmann ja es troba a Alemanya, en un moment en què l'armada imperial alemanya prepara una ofensiva naval que s'havia de fer des del port de Wilhelmshaven per atacar la Royal Navy britànica. Fou en aquest

11 Elaborat sobretot per Karl Kautsky, Eduard Bernstein i August Bebel. Amb aquest programa l'SPD va començar a renunciar al marxisme i a les seves tesis i a emprar les de Lassalle.

indret on es va produir l'espurna de la revolta. El 29 d'octubre una part dels mariners es negaren a realitzar l'ofensiva i foren detinguts i traslladats a Kiel per ser jutjats. Ara bé, el descontentament no s'estenia només entre la tropa, sinó també entre els treballadors del port de la ciutat esmentada, que els van alliberar i protegir. En aquest context es van enviar soldats per reprimir el motí, que arribaren el 4 de novembre de 1918 a la ciutat de Kiel. Tot i així, els mariners i els treballadors no tan sols no van ser reprimits, sinó que poques hores més tard els soldats se'ls van unir, amb la qual cosa els revoltats, en conjunt, van ser prop de quaranta mil.[12] La revolució ja podia començar.

Si bé és cert que l'aixecament a Kiel va acabar sent sufocat, es va engegar un efecte dòmino que va afectar diferents parts d'Alemanya. Cal destacar-ne la revolució espartaquista, la creació del Soviet de Baviera i, finalment, la revolució d'Hamburg. Probablement, la revolució berlinesa de 1918 n'és l'exemple més conegut. Val a dir que els espartaquistes no foren els organitzadors de la revolució, sinó que en un moment determinat van prendre el protagonisme i van acabar sent-ne una de les cares visibles. Luxemburg i Liebknecht eren ben coneguts a la ciutat i això els va permetre encapçalar, com a mínim temporalment, la insurrecció. El problema principal que van tenir els espartaquistes fou la no voluntat d'unir-s'hi dels socialdemòcrates. Sense el seu suport i amb la resistència que oferien les forces de seguretat, juntament amb els *Freikorps*,[13] no tenien gaires possibilitats de vèncer.[14] Finalment foren derrotats i Rosa Luxemburg i Karl Liebknecht, assassinats.

Al sud del país, un jueu berlinès anomenat Kurt Eisner, membre de l'USPD, va aconseguir derrocar el govern del Land i establir-s'hi com a president des del 8 de novembre de 1918 fins que va ser assassinat el 21 de febrer de 1919. Després de l'assassinat, es creà una junta revolucionària que va dirigir la República Soviètica de Baviera, que durà poques setmanes, fins que fou derrocada per l'exèrcit i els *Freikorps* el maig de 1919.[15] Ernst Thälmann va arribar a Hamburg el 1919. En aquell moment es va reorganitzar l'estructura de l'USPD a la ciutat i ell en va ser elegit president i representant al parlament d'Hamburg. Desenvolupava la seva activitat política al mateix temps que les activitats laborals, amb la qual cosa seguia en contacte amb el món laboral i la classe

12 Dähnhardt, Dirk. *Revolution in Kiel. Der Übergang vom Kaiserreich zur Weimarer Republik 1918/1919*. Neumünster: Karl Wachholtz, 1978.

13 Literalment, 'cossos lliures'; eren grups d'extrema dreta armats (molts havien combatut a les trinxeres) organitzats per diferents organitzacions polítiques i l'exèrcit per combatre els grups i les organitzacions revolucionàries del país.

14 Badia, Gilbert. *Los Espartaquistas*. Barcelona: Mateu, 1971, pp. 27-40.

15 Haffner, Sebastian. *La revolución alemana de 1918-1919*. Barcelona: Inédita, 2005.

treballadora de la ciutat. El 1920 es va acabar d'assolir el procés d'unificació comunista i Thälmann va passar a ser membre del Partit Comunista d'Alemanya, o KPD, i va ser escollit membre del Comitè Central del partit al desembre del mateix any.

El març de 1921 és acomiadat de la feina i a partir d'aleshores es dedica a temps complet a la vida política. Aquell mateix estiu és escollit per representar el KPD al III Congrés de la Internacional Comunista (la Komintern) a Moscou, on coneix Lenin personalment. A causa de la seva activitat política, Thälmann i la seva família van patir un atemptat. El 19 de juny de 1922 un grup d'extrema dreta anomenat Organització Cònsol va atacar el domicili de la família Thälmann, a la Siemensstrasse 4 de Berlín, amb una granada de mà; només es van produir danys materials.[16]

L'octubre de 1923 Thälmann va viure l'episodi més important de la seva vida. Entre els dies 23 i 25 d'octubre la ciutat d'Hamburg fou testimoni de la que va ser l'última revolució de caire socialista a Europa. Thälmann, empès per la idea que una revolució encara podria triomfar a Alemanya (cal recordar que un parell d'anys abans s'havia reunit amb Lenin), va dirigir més de tres-cents membres del KPD contra les principals comissaries i els edificis governamentals de la ciutat. Tanmateix, la revolució va fracassar. La falta de suport i l'aïllament en què es van trobar els comunistes va provocar que els enfrontaments acabessin tan de pressa com havien començat. Thälmann va haver de passar uns mesos en la clandestinitat, però des del diari del KPD, *Die Rote Fahne* ('La Bandera Roja'), va escriure una sèrie d'articles on feia autocrítica i acusava alguns membres del partit de ser responsables del fracàs de la revolució hamburguesa.[17]

Ara bé, Thälmann va aconseguir convertir una derrota en una victòria. El fet d'haver estat un dels responsables principals de la revolució d'Hamburg i de tenir contactes amb la Internacional Comunista, va propiciar que fos elegit vicepresident del KPD el febrer de 1924. Aquell mateix any va estrènyer encara més els lligams amb Moscou acudint al funeral de Lenin, i més tard va ser escollit membre de la Mesa en el Cinquè Congrés de la Internacional Comunista. L'estiu de 1924 es va crear el Roter Frontkämpferbund (anomenat també Roter Front, és a dir, 'Front Roig'), que seria l'exèrcit del KPD, encarregat de la seguretat del partit (especialment contra les SA nazis) i també com a unitat militar per al cas que hi hagués una altra revolució.[18]

16 Bredel, Willi. *Ernst Thälmann, ein Beitrag zu einem politischen Lebensbild*. Berlín: Dietz, 1948, p. 52.

17 Thälmann, Ernst. *Reden und Aufsätze*. Berlín: Dietz, 1958, pp. 254-264.

18 Bredel, Willi. *Ernst Thälmann*, pp. 72-74.

El febrer de 1925 Thälmann fou elegit president del Front Roig (fins que va ser il·legalitzat el 1929) i aquell mateix any va ser escollit president del KPD (fins a la seva il·legalització el 1933). L'any 1926 va estar marcat per una sèrie d'articles que Thälmann va publicar, en què atacava l'SPD i l'acusava d'estar al servei de la burgesia, de ser anticomunista o fins i tot d'estar en connivència amb els nazis.[19] En aquest aspecte, va sorgir la tendència que va anar progressivament *in crescendo* de demonitzar l'SPD fins a elaborar el mot (tanmateix propiciat per Stalin) *socialfeixista*, en clara referència als socialdemòcrates. Va ser un punt d'inflexió en el qual els dos grans partits d'esquerra (SPD i KPD) patiren una fissura que els va fer impossible arribar a cap acord, també quan s'adonaren que els nazis prendrien el poder.

El 1928 Thälmann va ser escollit per representar el KPD al VI Congrés de la Internacional Comunista i va visitar Moscou i, posteriorment, Leningrad, on va ser nomenat membre honorari de la tripulació del creuer *Aurora*. Aquell mateix any, al mes de setembre, Thälmann va patir la seva primera crisi dins del partit. Es va conèixer com a Wittorf-Äffare l'acusació de malversació de fons del partit per part de John Wittorf, membre del Comitè Central i protegit i defensat per Thälmann. L'escàndol es va fer públic i hi va haver moltes pressions per fer fora Thälmann de la presidència del partit, però finalment no prosperaren. En el marc del XII Congrés del KPD, celebrat al barri de Wedding de Berlín el juny de 1929, es va adoptar oficialment la línia del PCUS contra la socialdemocràcia (l'esmentat socialfeixisme), que va durar fins al 1935, quan Stalin canvià l'estratègia a favor dels fronts populars (conjuntament amb els socialdemòcrates) en el marc de la repressió del govern (de l'SPD) contra manifestacions del KPD i en un moment en el qual els nazis tenien molta força i presència al Reichstag.[20]

L'any decisiu va ser el 1932. El KPD va presentar Thälmann a les eleccions amb el lema «Un vot per a Hindenburg és un vot per a Hitler; un vot per a Hitler és un vot per a la guerra». Amb aquest lema es pretenia fer entendre que l'auge dels nazis acabaria representant una nova guerra i que el KPD era l'única alternativa. Aquelles eleccions van ser l'inici de la fi de la legalitat del partit i de la democràcia a Alemanya. A partir de 1932 es va procurar fer una «acció

19 Thälmann, Ernst. *Ausgewählte Reden und Schriften in zwei Bänden*. Frankfurt del Main: Marxistische Blätter, 1977, pp. 102-107.

20 A partir de l'escàndol de Wittorf, Thälmann va ser etiquetat d'estalinista. Les seves relacions amb Moscou i amb el mateix Stalin, sumades al fet que es deia que Thälmann no va perdre la presidència del partit gràcies a les pressions que aquest últim feia des de Moscou, han alimentat fins avui dia la postura i la posició de Thälmann respecte a Stalin i l'URSS.

antifeixista» conjunta amb els socialdemòcrates que no es va poder materialitzar mai. El febrer de 1933 el KPD va ser il·legalitzat i el 3 de març Thälmann fou arrestat.[21]

Empresonament i assassinat

Ernst Thälmann va estar empresonat des del dia que el van arrestar, el 3 de març de 1933, fins que el van assassinar, el 18 d'agost de 1944. D'ençà que Hitler fou nomenat canceller, la major part de dirigents opositors (especialment dels partits SPD i KPD) foren empresonats. Hi va haver intents de fer vagues o un front popular per derrocar els nazis, però cap proposta no es va dur a terme. El KPD estava pràcticament decapitat i de l'SPD només uns quants dirigents van poder fugir i crear una estructura opositora i de resistència, sobretot a Praga, París i Londres.[22] Thälmann va estar retingut en diferents presons i aïllat. Els nazis coneixien la importància política que tenia i només va rebre visites de la seva dona i la seva filla, si bé és cert que també tenia accés al correu i als diaris.[23]

Va ser especialment important el seu cinquantè aniversari, el 16 d'abril de 1936, quan va rebre missatges de suport a escala internacional. Thälmann es convertia així en una figura molt important dins de l'àmbit antifeixista. Aquell mateix any va rebre cartes de Maksim Gorki, Heinrich Mann o Henri Barbusse, i fins i tot Wilhelm Pieck (que seria president de la República Democràtica d'Alemanya entre els anys 1949 i 1960) va fer una crida internacional per fer esforços i alliberar-lo.[24] Durant la guerra d'Espanya, Rafael Alberti li va dedicar una cançó (*Canción a Thälmann*), i a les Brigades Internacional hi va haver primer una centúria i després un batalló Thälmann a l'XI Brigada Internacional en honor seu.[25]

Finalment, a principis de 1944 va ser traslladat al camp de concentració (*Konzentrationslager* o KZ) de Buchenwald, a prop del municipi de Weimar (on es va redactar la constitució de la República de Weimar, d'aquí li ve el nom), on va ser assassinat el 18 d'agost de 1944. Thälmann fou traslladat a la zona dels forns crematoris, on un guàrdia de les SS el va matar i, immediata-

21 *Zur Geschichte der deutschen antifaschistischen Widerstandsbewegung 1933-1945*. Berlín: Ministeriums für Nationale Verteidigung, 1958, p. 84.

22 Lozano, Álvaro. *La Alemania Nazi, 1933-1945*. Madrid: Marcial Pons, 2011.

23 Thälmann, Ernst. *Antwort auf Briefe eines Kerkergenossen*. Berlín: Philipp Berlin, 1977, p. 63.

24 Thälmann, Irma. *Erinnerungen an meinen Vater*. Berlín: Der Kinderbuchverlag Berlin, 1982, p. 84.

25 Maassen, Hanns (ed.). *Brigada Internacional*. Berlín: Militärverlag der Deutsche Demokratische Republik, 1974, p. 73.

ment després, van cremar el cos en un forn. Els nazis publicaren que Thälmann morí a causa d'un bombardeig aliat el 23 d'agost del mateix any. Precisament el camp de Buchenwald fou un dels pocs que es va alliberar sense ajuda aliada.[26] L'organització comunista va aconseguir reunir armes i l'abril de 1945 va alliberar el camp abans de l'arribada dels soldats americans, vuit mesos després de l'assassinat de Thälmann.

Llegat

Thälmann va ser, ni més ni menys, un dels mites polítics i fundacionals de la República Democràtica d'Alemanya (RDA).[27] Se li dedicaren monuments, estàtues, parcs (com el de Berlín Est, l'Ernst-Thälmann-Park, al districte de Friedrichshain), places, carrers, empreses, escoles, acadèmies militars, un vaixell de guerra, monedes (de 10 i 20 marcs orientals), i també va donar nom a la Joventut Pionera (a imitació dels pioners soviètics) el 1952: Pioners de Thälmann. En honor seu també es van anomenar municipis, places i carrers a diferents països de l'òrbita socialista. Fins i tot Cuba va cedir el 1972 una illa a la República Democràtica Alemanya amb el nom de Thälmann. Així mateix, cal destacar que a la República Federal d'Alemanya (especialment a Hamburg) també se li van fer homenatges.

El 1956 se'n van fer dues pel·lícules biogràfiques: *Sohnseinerklasse*, 'Fill de la seva classe', que analitza la vida de Thälmann entre la Primera Guerra Mundial i la revolució d'Hamburg, i *Führerseinerklasse*, 'Líder de la seva classe', que analitza tota la dècada dels anys trenta, el seu empresonament i el seu assassinat. També se'n va fer una sèrie de televisió. Va ser una figura clau en l'educació del jovent alemany oriental. Des de ben petits, se'ls presentava Thälmann com un exemple a seguir, de lluita i compromís comunista i antifeixista. Tant era així que es podien trobar contes infantils sobre la seva vida,[28] i fins i tot era un dels personatges clau en la Joventut Lliure Alemanya (Freie Deutsche Jugend o FDJ), que tenia com un dels seus himnes la *Thälmann Lied*. El 1984 es va obrir un procés penal contra els assassins de Thälmann. Es va acusar formalment el membre de les SS Otto Wolfgang Scharnstein, a partir del testimoni

26 *Zur Geschichte der Deutschen Antifaschistischen*, pp. 385-400.

27 Zimmering, Raina. *Mythen in der Politik der DDR. Ein Beitrag zur Erforschung politischer Mythen*. Opladen: Leske und Budrich, 2000.

28 Chowaretz, Rudi. *Frühlingsgruss. Geschichten über Ernst Thälmann*. Berlín: Junge Welt, 1977.

d'un dels supervivents del camp, de ser un dels responsables de la seva mort.[29] Per falta de proves, va ser absolt el 1988.[30]

Ernst Thälmann és un dels exemples més clars de la influència de la revolució russa a Alemanya. Ben cert és que no va participar-hi amb els espartaquistes i que tampoc no era membre de l'USPD en aquell moment. En aquest sentit, tot i que no va participar en la primera onada revolucionària, va ser ell qui tingué més contacte amb el Komintern i qui va conèixer i mantenir contacte primer amb Lenin i després amb Stalin. A diferència dels mariners de Kiel, dels comunistes bavaresos o dels espartaquistes, Thälmann tenia contactes i influència no només a Alemanya, sinó també a l'URSS, i lligava d'aquesta manera el KPD i el comunisme alemany amb el referent revolucionari per excel·lència en aquell moment (cosa que abans ningú no havia fet, emprenent accions en solitari i sense gaire ajut). Ell fou el líder de l'última revolució socialista, no només a Alemanya, sinó també a Europa. Va viure i experimentar els canvis polítics del PCUS i de l'URSS, i va ser acusat en diferents moments de ser un titella de Stalin i de voler «sovietitzar» el KPD segons el seu model. Thälmann també tingué diferències amb líders comunistes com Clara Zetkin i va discutir les tesis de Rosa Luxemburg. També va ser acusat des de diferents mitjans de comunicació de l'època de megalòman, de voler acaparar poder i d'imposar-se en el partit. En qualsevol cas, la seva figura va ser molt important dins del moviment comunista i antifeixista, no només durant la seva vida, sinó potser encara més després de la seva mort. Amb el final de la Segona Guerra Mundial, les revolucions es van traslladar de continent, però tanmateix la seva lluita i el seu exemple foren importants per a una bona part d'Europa, així com per al món sencer.

29 Przybylski, Peter. *Mordsache Thälmann*. Berlín: Militärverlag der Deustche Demokratische Republik, 1986, p. 15.

30 *Ibid.*, pp. 217-220.

La educación femenina en la revolución soviética

Miguel Montero Fernández
Carlota Álvarez Maylín
Universidad Complutense de Madrid

La Revolución de 1917, la mujer y la escuela

En octubre de 1917 tuvo lugar la revolución rusa, un acontecimiento histórico que condicionó el inicio del siglo xx en Europa y transformó la sociedad rusa. La victoria de los bolcheviques sobre el orden establecido propició un cambio estructural en la concepción de la sociedad que todavía hoy sigue presente en las pesadillas de unos... y en los sueños de otros.[1]

La educación tuvo un papel fundamental en el desarrollo de la Revolución y en su triunfo. La elevación de las masas obreras y campesinas rusas hacia el poder fue acompañada por la participación femenina en las acciones de la Revolución, así como en su sostenimiento a través de las actividades más invisibles y desvalorizadas del fervor revolucionario.

El papel que debía desempeñar la mujer dentro de la Revolución y su posterior desarrollo en el socialismo soviético fueron uno de los ejes vertebradores del discurso de algunos protagonistas del proceso revolucionario, como Lenin, Lunacharski o Krupskaya. En este trabajo pretendemos explorar las estrategias que llevaron a cabo los revolucionarios rusos para incluir a la mujer en la nueva sociedad soviética, con especial atención a la educación y al proyecto educativo socialista, que tuvo un carácter imprescindible en el novedoso papel de la mujer en la sociedad socialista que los revolucionarios trataban de implantar. Igualmente, buscamos estudiar cuáles fueron los cambios que se produjeron en la condición femenina y en el papel de la mujer tras las reformas educativas que implementaron los soviéticos.

Conscientes del papel de la escuela como herramienta transmisora de una determinada ideología, los revolucionarios soviéticos formaron a través de ella a las nuevas generaciones en los principios socialistas y revolucionarios, que

1 Fontana, Josep. *El siglo de la revolución: una historia del mundo de 1914 a 2017.* Barcelona: Crítica, 2017.

alteraron el orden feudal mantenido en Rusia durante siglos. Sin embargo, por otra parte, también eran conscientes de la opresión que sufría la mujer dentro de la sociedad rusa, pues ya en 1907 Alexandra Kollontai apuntaba:

> Las condiciones y las formas de producción han subyugado a las mujeres durante toda la historia de la humanidad, y las han relegado gradualmente a la posición de opresión y dependencia en la que la mayoría de ellas ha permanecido hasta ahora.[2]

Si bien la toma del poder por parte de los revolucionarios significó un cambio brusco en la estructura económica, productiva y social del Estado ruso, la revolución socialista no consiguió acabar con la opresión patriarcal que sufrían las mujeres. Lenin ya reconocía en 1920, avanzado el proceso revolucionario, el problema que el Estado soviético mantenía con la «cuestión femenina»:

> El poder de los sóviets —primero y único en el mundo en tanto que poder de los trabajadores— ha abolido todos los privilegios que, ligados a la propiedad, son mantenidos en el derecho familiar en beneficio del hombre por las repúblicas burguesas más democráticas [...]. Hay igualdad entre el hombre y la mujer ante la ley. Pero es insuficiente. Entendemos que la obrera conquiste la igualdad con el obrero no solo ante la ley, sino también en la vida.[3]

El patriarcado y «la cuestión femenina» era una tarea pendiente para los revolucionarios rusos, que encontraron en la escuela, la familia y el mundo del trabajo sus mejores herramientas para iniciar el proceso de emancipación de la mujer. Los socialistas soviéticos tomarán la escuela como instrumento básico a través del cual transformar el papel de la mujer dentro de la nueva sociedad surgida tras la Revolución. Buscaban construir una sociedad sin opresiones, y para ello implementaron sucesivas reformas que fueron incorporando a las mujeres a la educación y al sistema educativo. A partir de 1917, hombres y mujeres se educaban en las mismas aulas, con las mismas enseñanzas. Si bien estas medidas no consiguieron acabar con la desigualdad que sufría la mujer en la sociedad rusa, sí que supusieron un importante avance en la lucha por eliminar las desigualdades entre sexos.

Nuestra investigación tiene como marco temporal los años comprendidos entre 1917, marcado por el inicio de la revolución rusa, y 1922, con la funda-

2 Kollontai, Alejandra. *Los fundamentos de la cuestión femenina*, 1907. https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1907/001.htm. Tomado de la edición digital de RUIZ, Tamara (ed.). *Alexandra Kollontai: Los fundamentos sociales de la cuestión femenina y otros escritos.* En Lucha: España, 2011.

3 Lenin, Vladimir I. U. «A las obreras». *Pravda*, 22 de febrero de 1920.

ción de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Entendemos que este breve período es el punto más álgido de la transformación de la sociedad soviética, y constituye un marco de transición entre un Estado semifeudal y un Estado socialista.

Para estudiar los cambios de la educación femenina en esta etapa de transición hacia un Estado socialista, nos hemos basado en textos y discursos de los dirigentes soviéticos (Lenin, Krupskaya y Lunacharski) en los que es posible dilucidar el rumbo que tomaba la educación de las mujeres; en las disposiciones legales circunscritas al período, con especial atención a los decretos del Comisariado de Educación y el Consejo de Comisarios del Pueblo, así como a la constitución revolucionaria; y en las fuentes cuantitativas que permiten conocer el grado de educación y alfabetización de las mujeres.

Si bien son múltiples los estudios realizados sobre la mujer soviética, son especialmente escasos los que tratan sobre la transformación social de la mujer a través de la educación, dadas las dificultades para analizar las fuentes primarias existentes. Por ello, consideramos relevante iniciar con este trabajo una nueva vía de investigación centrada en la educación soviética y en el papel de las mujeres. Además, con nuestra aportación también pretendemos poner en valor la perspectiva de género como metodología para desarrollar la historia de las mujeres, y las transformaciones que experimentó el sexo femenino durante la etapa soviética.

La perspectiva de género aplicada a la mujer soviética

La perspectiva de género es una de las metodologías más utilizadas para estudiar la transformación social de las mujeres, ya que nos permite examinar las variaciones y cambios en la identidad de la mujer y en la conciencia femenina. El género nos brinda la oportunidad de estudiar la evolución histórica de la construcción social (Mary Nash) o la «performatividad» de la identidad de género (Judith Butler), como forma de analizar y entender cómo evolucionan las sociedades de forma histórica. Apostamos por considerar el género una categoría históricamente útil,[4] entendida como la construcción histórica de la diferencia sexual. Dicha construcción surge en un contexto patriarcal en el que

4 Scott, Joan. «El género: útil para el análisis histórico». En Amelang, James y Nash, Mary (eds.). *Historia y género. Las mujeres en la Edad Moderna y Contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1990, pp. 23-56.

existe un sistema de opresión de un sexo sobre otro, del masculino sobre el femenino. Este sistema está determinado por las relaciones sociales entre hombres y mujeres, que tiene como base material el control de los hombres sobre las mujeres y la división sexual del trabajo, patente en la Rusia prerrevolucionaria e incluso durante el período revolucionario, si analizamos el reparto de tareas que se realizó en su transcurso Estas relaciones sociales entre sexos son, a su vez, relaciones de poder. El patriarcado, como sistema binario, implica la existencia de un género masculino y un género femenino; además, es jerárquico y normativo, es decir, dictamina cómo debe ser lo masculino y cómo debe ser lo femenino. El género es, por tanto, una construcción social basada en el binarismo, con unas normas e identidades predefinidas. El hecho de que las diferencias sexuales se conviertan en diferencias sociales lo marcan precisamente las construcciones sociales, culturales e históricas del género. Este se define en función de las características normativas que masculino y femenino tienen en la sociedad, y mediante la creación de una identidad subjetiva de las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres.[5]

El género, por tanto, lejos de ser una identidad biológica, es una construcción social, que se aprende mediante la socialización en la familia, la sociedad y la escuela. Por ello, resulta interesante aplicar esta metodología para analizar cómo fueron los cambios en el género femenino en la mujer soviética, pues su evolución, su desarrollo y su construcción vienen marcados por lo transmitido por el Estado a través de la escuela soviética.

El papel de la escuela como transmisor ideológico de valores

Los revolucionarios soviéticos entendían la escuela como un aparato ideológico del Estado. Por ende, dentro del pensamiento marxista que aplicaron los revolucionarios rusos, la escuela formaba parte de la superestructura, en tanto que todo Estado pertenece a una clase y tiene una ideología e intereses de clase determinados. La educación era la encargada de transmitir los valores ideológicos de la clase que dominaba el Estado. Por ello, cuando los socialistas rusos llegaron a controlar el Estado, hicieron de la educación una herramienta revo-

5 Nash, Mary. «Diversidad, multiculturalismos e identidades: perspectivas de género». En Nash, Mary y Marre, Diana (eds.). *Multiculturalismos y género: perspectivas interdisciplinarias*. Barcelona: Bellaterra, 2001; Nash, Mary. «El aprendizaje del feminismo histórico en España». www.nodo50.org/mujeresred/historia-MeryNash1.html.

lucionaria mediante la cual enseñar los valores y el espíritu de la Revolución a las nuevas generaciones rusas.

Lunacharski fue el primero en distinguir entre la enseñanza —es decir, la transmisión de ciertos conocimientos predeterminados o previamente planificados, que se adquieren en el sistema educativo desde el nivel infantil hasta los niveles superiores— y la educación, que es un proceso vital que atraviesa toda nuestra existencia:

> Hay que subrayar la diferencia entre la enseñanza y la instrucción. La enseñanza es el proceso por el que el maestro transmite al alumno conocimientos acabados. La instrucción es un proceso creador. La personalidad humana «se instruye» toda la vida, se amplía, enriquece, refuerza y perfecciona.[6]

Por ello, en el sistema socialista, la labor de transmisión de hegemonía cultural y educativa no se limita a la escuela, aunque no hay duda acerca de la labor fundamental de esta en la educación de las nuevas generaciones. La escuela socialista busca transformar ideológica y gradualmente la conciencia de los individuos para que sean conscientes de la explotación —patriarcal y capitalista— y se organicen de manera colectiva contra sus opresiones.

Así como la escuela sirve como herramienta para transmitir la ideología burguesa, también es un instrumento al servicio del patriarcado, ya que perpetúa unos estereotipos y roles de género que son útiles al sistema dominante. Dado que constituye uno de los principales espacios de socialización de las personas, en ella se construyen la feminidad y la masculinidad y es, por tanto, el lugar donde se aprende la desigualdad entre géneros. Lenin era consciente de la utilidad del aprendizaje en la emancipación de la mujer:

> Entendemos que la obrera conquiste la igualdad con el obrero no solo ante la ley, sino también en la vida. Para eso hace falta que las obreras tomen parte cada vez más en la gestión de las empresas públicas y en la administración del Estado. Administrando, las mujeres realizarán pronto su aprendizaje y alcanzarán a los hombres.[7]

Los soviéticos utilizarán la escuela como elemento transformador del género femenino y, por tanto, de los estereotipos y roles que debían conformar a la mujer soviética. Eran plenamente conscientes de que esta transformación de-

6 Lunacharski, Anatoli V. «Decreto sobre la educación popular». Petrogrado, 11 de noviembre de 1917.

7 Lenin, Vladimir I. U. «A las obreras», *op. cit.*

bía realizarse a través del aprendizaje cultural, y que a partir de ella cambiaría la situación social de la mujer:

> Se ha dicho que el nivel de cultura de un pueblo está mejor definido por la situación jurídica de la mujer. En esta fórmula hay algo de profunda verdad. Desde este punto de vista, solo la dictadura del proletariado, solo el Estado socialista podría alcanzar el grado más alto de cultura.[8]

La educación y la transformación social de la mujer

Para abordar esta cuestión es necesario analizar el programa general que tenían los bolcheviques en materia de educación y cultura. Este se desprende tanto de los textos de algunos de los principales líderes del Partido Bolchevique (Lenin, Lunacharski, Kollontai) como de las decisiones y disposiciones legales aprobadas por el Comisariado del Pueblo para la Instrucción, cuyas líneas maestras fueron elevadas posteriormente a rango constitucional de la nueva República Soviética.

Cuatro días después de la toma del poder, Lunacharski elabora el Decreto sobre la Educación Popular, en el que afirma: «Las masas trabajadoras ansían aprender a leer y escribir, y otras ciencias. Ansían también instrucción. Ni el Gobierno ni ninguna fuerza exterior a ellas mismas pueden dársela. El propio pueblo debe desarrollar su propia cultura».[9] Tras esta afirmación, y de acuerdo con la máxima expresada posteriormente de «construir una nueva escuela para el pueblo»,[10] expone un modelo educativo soviético basado en la iniciativa popular:[11] «La Comisión de Educación del Estado no es, por supuesto, un poder central que dirige todas las instituciones educativas. Todos los asuntos escolares deben ser traspasados a los órganos de autogobierno local». Además, en línea con lo que exponía en la obra *Religión y socialismo* (1908 y 1911), Lunacharski establece la separación absoluta entre la Iglesia y la escuela en otro Decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo, donde se prohíbe la enseñanza religiosa en todas las escuelas, así como la práctica de ritos religiosos dentro de ellas.[12]

8 Lenin, Vladimir I. U. «Para el Día Internacional de las Mujeres». *Pravda,* 7 de marzo de 1920.

9 Lunacharski, Anatoli V. «Decreto sobre...», *op. cit*.

10 Lunacharski, Anatoli V. «To all who teach. Appeal by the People's Commissary of Education of Russia». *The class struggle*, vol. II, núm. 3, mayo-junio de 1918.

11 Fitzpatrick, Sheila. *Lunacharski y la Organización Soviética de la Educació*n *y de las Artes (1917-1921)*. México: Siglo XXI, 1977, p. 45.

12 Decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre la Separación entre Iglesia y Estado, Iglesia y Enseñanza y Derechos y Libertades Religiosos, Petrogrado, 20 de enero de 1918.

Estos principios —la vocación emancipadora e instructora de la cultura, la educación para el proletariado y el campesinado, y el sistema educativo basado en la iniciativa popular y laicidad de la educación— quedan reflejados en la constitución soviética de 1918, en los artículos 13, 17 y 61B:

> Para garantizar la libertad real de conciencia del proletariado, la Iglesia ha de estar separada del Estado y la escuela de la Iglesia [art. 13].
>
> Con el propósito de garantizar a los trabajadores acceso real al conocimiento, la RSFSR (República Socialista Federativa Soviética de Rusia) se marca como tarea propia establecer una educación completa y universal gratuita para los trabajadores y el campesinado pobre [art. 17].
>
> Es tarea de los órganos locales de los sóviets [...] tomar todas las medidas necesarias para elevar el nivel cultural y económico de su ámbito jurisdiccional [art. 61B].[13]

Estas medidas tuvieron también un enorme impacto de género, entendido este como las consecuencias vitales, sociales y económicas que una determinada política pública tiene sobre las mujeres respecto a las que tiene sobre los hombres.

La primera cuestión que cabe analizar en el papel que tuvo la educación soviética en la transformación social de la mujer es el alcance de la alfabetización. Lenin consideraba el analfabetismo como «la mayor lacra del pasado», y las estadísticas demuestran que el principal obstáculo para la incorporación de la mujer a la sociedad socialista en igualdad de condiciones para con el hombre era la imposibilidad de leer y escribir que tenían en la Rusia presoviética el 90% de las mujeres campesinas y el 60% de las mujeres de las ciudades (véanse las tablas 1 a 3). En total, el 85% de ellas eran analfabetas, por lo que el gobierno soviético aprobó en 1919 un decreto para erradicar el analfabetismo. Kollontai consideraba que la única manera de acabar con la dominación patriarcal existente en el campo ruso era alfabetizar a las mujeres,[14] y la campaña de alfabetización supuso el retorno (o el ingreso por primera vez) de la mujer a la escuela. Este hecho se aprovechó para instruir a la mujer soviética en los derechos y libertades que habían traído consigo la reforma del matrimonio, la obligación de toda mujer sana de desarrollar un trabajo productivo, etc.[15] Permitió asimismo la toma de contacto entre los ideales bolcheviques y

13 Constitución de la RSFSR de 1918.

14 Kollontai, Alejandra. *La mujer en el desarrollo social*. Barcelona: Punto Omega, 1976, p. 271 y ss.

15 *Ibid*.

enormes masas de mujeres campesinas que no conocían otro modelo social ni otro modo de vida que el impuesto por la subyugación semifeudal y la influencia de la Iglesia ortodoxa. Los efectos, aunque parciales, permitieron reducir la brecha, especialmente en el campo, donde la diferencia de alfabetismo entre hombres y mujeres se redujo a 2 a 1, cuando con anterioridad a la revolución era casi de 5 a 1.

Tabla 1. Porcentaje de personas alfabetizadas con relación al total de la población urbana y rural[16]

	Hombres	Mujeres	Total
1897	39,1%	13,7%	26,3%
1926	71,5%	42,7%	56,6%

Tabla 2. Porcentaje de personas alfabetizadas con relación al total de la población urbana

	Hombres	Mujeres	Total
1897	65,5%	43,1%	55,6%
1926	88%	73,9%	80,9%

Tabla 3. Porcentaje de personas alfabetizadas con relación al total de la población rural

	Hombres	Mujeres	Total
1897	34,3%	9,6%	21,7%
1926	67,3%	35,4%	50,6%

Con anterioridad a la Revolución, solo en torno a la mitad de las niñas de las ciudades rusas y una cuarta parte de las niñas campesinas tenían acceso a la educación primaria.[17] A ello se sumaba además la enorme influencia que tenía la Iglesia ortodoxa en la educación femenina, lo cual perpetuaba la socialización de las mujeres en los estrictos cánones morales ortodoxos.

La máxima marxista de hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo[18] y la vocación de los bolcheviques de implicar sobre todo al campesinado en el proceso revolucionario tienen un impacto considerable, ya que, si bien entre los niños varones solo existía una diferencia del 15% de escolarización entre el medio rural y el urbano, para las niñas esa diferencia era del doble. Estos efectos se observan también en diversas naciones del Estado

16 Mijáilov, N. N. *La Unión Soviética*, vol. 2. Barcelona: Danae, 1973.

17 Ureta Redshaw, Sylvia. *Educación e independencia de las mujeres en Rusia antes de la Revolución de 1917.* Tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid, 2015, p. 81.

18 Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Manifiesto Comunista.* Madrid: Akal, 2012, p. 50.

soviético que, tras haber visto reprimidas y olvidadas su lengua y cultura propias, comienzan a desarrollar sus propias instituciones educativas de educación secundaria y superior, y experimentan un enorme desarrollo gracias a la promoción del uso de sus respectivas lenguas y de la cultura nacional.[19] Estas cuestiones nos permiten deducir que la descentralización educativa y la apuesta de Krupskaya, Kollontai y Lunacharski por un sistema educativo de iniciativa popular tuvieron un enorme impacto de género para las mujeres campesinas y para las mujeres de las minorías nacionales.

Cabe señalar que el acceso de las mujeres a la educación superior y al desempeño de alguna profesión cualificada de carácter liberal era casi inexistente en la Rusia presoviética, como recuerda Krupskaya refiriéndose a su juventud:

> En aquella época las mujeres no podían estudiar en la universidad ni en los demás centros de enseñanza superior. La zarina estimaba que las mujeres no debían estudiar, que habían de quedarse en casa para atender al marido y a los hijos, y por orden suya fueron cerrados los cursos de medicina y los cursos superiores para mujeres.[20]

La educación se convierte en obligatoria desde la etapa infantil, y, para evitar la discriminación de la mujer en el acceso a esta, se toman varias medidas: la primera consiste en que el Estado se hace cargo de una parte de las tareas domésticas y del cuidado infantil que asumían las mujeres jóvenes dentro de la familia, para lo cual hasta 1921 instala más de 2.200 guarderías en las fábricas y cooperativas agrícolas, y múltiples cantinas que liberarán parcialmente a las mujeres de esas tareas.[21] La segunda medida fue proveer a los escolares de comida, vestimenta y material educativo de forma plenamente gratuita, para que así los padres no pudieran aducir que tan solo se podían permitir que una parte de los hijos fueran a la escuela y que las hijas debían quedarse ayudando en casa.[22]

Además, se promueve la enseñanza en la escuela de la realización de tareas domésticas sin distinciones de sexo, para sustituir su aprendizaje en los hogares, donde solo se administraba a las mujeres. En realidad, esto tuvo un alcan-

19 Medinsky, Y. N. *Public education in the USSR*. Moscú: Foreign Languages Publishing House, pp. 14-19.

20 Krupskaya, Nadezhda. *La educación comunista.* Madrid: Nuestra Cultura, 1978, p. 4.

21 Goldman, Wendy Z. *Women, the state and revolution: soviet family policy and social life, 1917-1936.* Cambridge: University Press, 1995, pp. 126-133.

22 García Garrido, José Luis. C*omunismo y educación familiar: la experiencia soviética.* Madrid: Magisterio Español, 1969, p. 63 y ss.

ce muy limitado, y no se advierte que modificase la división de dichas tareas en la generación venidera.[23]

La coeducación se impone como modelo educativo, y es defendida frente a todas las corrientes pedagógicas hegemónicas en la Europa de la época, que la rechazaban de lleno, como vía para formar ciudadanos libres e iguales en deberes y derechos efectivos.[24] La coeducación hace desaparecer así las diferencias curriculares, que limitaban el acceso de la mujer a determinadas áreas de conocimiento (lenguas clásicas, por ejemplo)[25] o a niveles superiores o universitarios del sistema educativo. Precisamente, se puede observar que la política soviética hacia la mujer en el ámbito educativo no fue tan solo el trato por igual respecto al hombre, sino que se hizo un esfuerzo especial para elevar a la mujer desde el papel de cuidadora y reproductora al que la relegaba el sistema semifeudal existente antes de la Revolución, hasta su papel como obrera cualificada que contribuyese de igual manera que el hombre a consolidar el socialismo. En palabras de Kollontai,

> [...] el ejemplo de la república soviética muestra que solamente por medio de un cambio fundamental dentro del proceso de producción y unido con él en todos los demás campos sociales puede crearse la base para la liberación femenina.[26]

Este planteamiento de Kollontai es compartido por los dirigentes bolcheviques, que desarrollan un programa marxista de educación técnica o politécnica por el cual se combinaba «la educación de los niños con el trabajo productivo»,[27] tesis recogida por el programa del Partido Bolchevique de 1917 elaborado por Lenin, en el que propugnaba «una enseñanza libre y obligatoria, general (teórica y práctica en todos los campos de la producción industrial) para los jóvenes de uno y otro sexo menores de dieciséis años».[28]

Desde el punto de vista de género, como antes hemos comentado, Kollontai mantenía que la liberación efectiva de la mujer estaba vinculada a su papel dentro del proceso de producción y, por tanto, su incorporación activa a este determinaba su papel dentro del sistema socialista y del proceso revolucionario.

23 *Ibid.*

24 Pinkevich, Albert P. *La nueva educación en la Rusia Soviética.* Madrid: M. Aguilar, 1931, pp. 157-169.

25 Ureta Redshaw, Sylvia. *Educación...*, *op. cit.*, p. 123.

26 Kollontai, Alexandra. *La mujer...*, *op. cit.*, p. 286.

27 Marx, Karl. *El capital*, vol. 1 Moscú: Editorial de Idiomas Extranjeros, 1954, p. 299.

28 Krupskaya, Nadezhda. *N. Krupskaya on Education.* Moscú: Editorial de Idiomas Extranjeros, 1957, p. 194.

Esto dio origen a un empeño especial por parte del gobierno bolchevique para lograr la cualificación de las mujeres soviéticas, y fue Krupskaya quien promovió la orientación educativa politécnica.[29] A pesar de las dificultades para implantar la enseñanza politécnica, en 1921, el Comité Central del PC(B) se reafirmó en la apuesta por introducirla en la educación primaria y secundaria.[30]

Conclusiones

Los protagonistas de la revolución de 1917 fueron plenamente conscientes de la importancia de la escuela como herramienta para transformar la sociedad y lograr la emancipación de la mujer. Por ello, a través de reformas e iniciativas, iniciaron la configuración de todo un dispositivo educativo que iba más allá del ámbito escolar, para consolidar el proceso revolucionario y la instauración del socialismo.

La situación de la mujer en la Rusia previa a la Revolución requería medidas estructurales para acabar con la opresión que subyugaba a la mujer. Los bolcheviques fueron conscientes de la necesidad de incorporar a la mujer al proceso revolucionario, y para ello debían no solo proclamar la igualdad legal, sino también llevar a cabo la consecución de la igualdad efectiva. Esto pasaba necesariamente por la inclusión de la mujer en el sistema educativo, y por la liberación de las cargas familiares y domésticas que impedían su acceso al mundo educativo y al mundo del trabajo.

Las cifras de alfabetización muestran un esfuerzo ingente por conseguir este objetivo en el menor tiempo posible. Pero, a pesar de los avances y de situarse a la cabeza de Europa, las cifras de acceso de la mujer a la educación en todas sus etapas permiten concluir que los bolcheviques rusos no consiguieron acometer la totalidad de su programa. Las guerras, la falta de medios y la resistencia de la sociedad patriarcal, ampliamente asentada en Rusia, hicieron que la emancipación de la mujer quedara relegada a un segundo plano dentro de las prioridades del gobierno bolchevique.

29 Bereday, George Z. F. *Política de la educación soviética*. Barcelona: Lumen, 1965, p. 42 y ss.
30 *Ibid.*

El ressò de la revolució russa als carrers de Barcelona

David Moreno Muñoz
Universitat de Barcelona

Introducció

Friedrich Engels ja parlava de Barcelona als anys setanta del segle XIX com «el centro fabril más importante de España, que tiene en su haber histórico más combates de barricadas que ninguna otra ciudad del mundo».[1]

Durant molts més anys en endavant, els carrers de Barcelona van ser testimonis de nombrosos combats de barricada i d'enfrontaments socials sagnants. Malgrat la preponderància dins de la classe treballadora i dels sectors populars de les organitzacions anarquistes o d'esquerra no marxista, la revolució russa va tenir un fort impacte en aquests sectors. No va ser fins iniciada la guerra civil que l'existència del PSUC situà una força directament hereva de la Revolució d'Octubre i del seu desenvolupament posterior dins el marc de les principals forces polítiques catalanes. En aquest període, el nomenclàtor de la capital de Catalunya va ser un reflex del moment revolucionari que vivien la ciutat i el país. La derrota a mans de les tropes franquistes va significar negar els canvis de noms que es van fer durant l'etapa democràtica i retornar a l'etapa anterior a la República amb l'afegit de l'imaginari franquista espanyol. No va ser fins al restabliment de la democràcia als anys setanta que Barcelona tornà a tenir un nomenclàtor amb referències a la revolució russa.

De l'inici de la Revolució a la derrota davant l'exèrcit franquista

Durant els primers anys posteriors a la Revolució d'Octubre, a Espanya es van crear diversos comitès de solidaritat amb els soviètics. Aquests comitès, impul-

1 Engels, Friedrich. *Los bakuninistas en acción*. Col·lecció Los libros Instrumento. Barcelona: DeBarris, 1998, p. 6.

sats principalment per membres de la classe obrera simpatitzants del procés revolucionari rus, cercaven recaptar fons per ajudar a pal·liar la lamentable situació de fam que vivia el país després de patir les conseqüències de la Primera Guerra Mundial i la guerra civil russa.[2]

A més d'aquestes petites iniciatives, van ser rellevants les relacions entre l'URSS (a partir de la III Internacional i la Internacional Sindical Roja de manera destacada) i els militants obrers, especialment amb els comunistes, però també en els primers moments amb socialistes del PSOE i anarquistes de la CNT. A l'interior d'aquestes dues organitzacions es van produir forts debats sobre la relació i l'acció que havien d'establir envers l'URSS i els seus plantejaments. Finalment i de manera majoritària, la militància va decidir no adherir-se als postulats soviètics ni de la III Internacional ni de la Internacional Sindical Roja.[3]

En una altra escala, també va ser important per la seva capacitat de difusió popular la influència (en major o menor grau i de vegades només sobre aspectes concrets de la societat) que va tenir la Revolució en destacats intel·lectuals i, en definitiva, gent del món de la cultura com ara Josep Renau, Carles Soldevila, Pi i Sunyer, Rovira i Virgili o Pau Balsells, entre d'altres.[4]

Més enllà d'això, les relacions oficials entre ambdós països no van arribar, i encara de manera precària, fins al 1933. El mes de juliol d'aquell any es van establir oficialment relacions diplomàtiques, però l'antic comissari del Poble per a la Instrucció Pública, Anatoli Lunatxarski, va morir abans d'ocupar el càrrec d'ambaixador a Espanya. La seva contrapart, encarregada a Julio Álvarez del Vayo, tampoc no va poder incorporar-se a l'ambaixada espanyola a Moscou a causa de la caiguda del govern de socialistes i republicans encapçalat per Manuel Azaña.[5]

Va ser durant el govern municipal de Barcelona, amb l'Esquerra Republicana de Catalunya de Lluís Companys al capdavant, que per primer cop un carrer de la Ciutat Comtal va lluir una inscripció vinculada directament a la Revolució d'Octubre. L'Ajuntament de Barcelona va fer públic, el 3 de maig

2 *España y el mundo.* Col·lecció Ciencias Sociales Contemporáneas, Academia de Ciencias de la URSS. Moscou: Nauka, 1990.

3 Avilés Farré, Juan. «El impacto de la revolución rusa en las organizaciones obreras españolas (1917-1923)». *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie v, *H.ª Contemporánea*, 13, 2000, pp. 17-31.

4 Breu Panyella, Ramón. *La Catalunya soviètica: el somni que venia de Moscou*. Badalona: Ara Llibres, 2011.

5 Casanova Gómez, Marina. *La Diplomacia española durante la Guerra Civil.* Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996, pp. 67-68.

de 1934, el nomenclàtor de la ciutat «per tal que puguin formular-s'hi les reclamacions que escaiguin».[6]

En aquest nomenclàtor trobem el nom de Carles Marx. Concretament, dins el nucli de Sant Andreu (actualment és el districte de Nou Barris, al barri de la Prosperitat), entre Torrent d'en Tissó i Argullós. Actualment aquest carrer s'anomena dels Nou Pins.[7]

Però, en el marc de la política estatal, la situació era diferent que en el govern d'esquerres de Barcelona. Amb l'arribada de les dretes al govern de la República (desembre de 1933), el reconeixement de l'URSS va quedar anul·lat i va romandre així fins al març de 1936.[8]

No obstant això, a Espanya no van venir representants importants de l'URSS fins ja començada la guerra civil. El posicionament dels estats davant el conflicte va facilitar l'apropament entre la República Espanyola i l'URSS. L'agost de 1936 s'establia a Madrid l'ambaixador soviètic Marcel I. Rosenberg. El cònsol general Vladímir Antonov-Ovsienko va arribar l'1 d'octubre de 1936 a Barcelona. Per la part espanyola, Marcelino Pascua va ser designat ambaixador el 21 de setembre i es va establir a Moscou el 7 d'octubre.[9]

El diumenge 19 de juliol de 1936 la revolta militar es va iniciar a Barcelona. Al llarg de la matinada, columnes revoltades van sortir en direcció al centre de la capital per ocupar les zones estratègiques i dominar la ciutat. L'objectiu dels militars va fracassar. La resistència popular, amb la decisiva ajuda de la Guàrdia d'Assalt i la Guàrdia Civil, va posar fi a les aspiracions dels colpistes. Barcelona havia derrotat l'operació militar, però havia d'aprendre a viure en una situació insòlita, una guerra civil en què la classe treballadora i els sectors populars dominaven la major part del poder polític i econòmic.

Canvis en una Barcelona revolucionària

En els primers dies de la nova Barcelona es van produir canvis espontanis de noms de carrers i places; molts d'aquests, però no tots, van ser reconeguts oficialment per l'Ajuntament. El 16 de setembre de 1937, en el marc de la reunió

6 Fabre, Jaume; Huertas, Josep M. *Carrers de Barcelona: com han evolucionat els seus noms*. Barcelona: Edhasa, 1982, p. III.

7 Ajuntament de Barcelona. *Nomenclàtor de les vies de la ciutat de Barcelona*. 1934, Barcelona. Arxiu Intermedi – Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona, *Gaseta Municipal. Suplement*, p. 12.

8 Garrido Caballero, María Magdalena. *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las asociaciones de amistad en el siglo XX*. Múrcia: Universidad de Murcia, 2006, p. 238 [tesi doctoral].

9 *Ibid.*, p. 244.

del Comitè Permanent Municipal de Barcelona, es van aprovar tot un seguit de canvis en el nomenclàtor. Pel que fa als que tenen relació amb la revolució del 1917, els canvis van ser els següents: Frederic Engels per Peris Mencheta (en el que actualment és el districte d'Horta-Guinardó), Nèstor Machno per plaça de Sant Agustí Vell (referència anarquista antisoviètica, en el que actualment és el districte de Ciutat Vella), Komsomol per Peu de la Creu Vella (en el que actualment és el districte de Ciutat Vella), URSS per avinguda Meridiana (en el que actualment implica els districtes de Sant Andreu, Sant Martí, l'Eixample, Nou Barris i Ciutat Vella) i Ucraïna per plaça de la Sagrada Família (amb una referència més directament antisoviètica en el que actualment és el districte de l'Eixample).[10]

La ciutat de Barcelona va viure durant tota la guerra una relació més estreta que mai amb la Unió Soviètica. No només pels canvis de nom dels carrers, sinó perquè tot un seguit de fets demostren que es va donar un interès per l'estat nascut el desembre de 1922. A més d'exemples com el sanatori Máximo Gorki o les casernes del POUM Lenin o del PSUC Carles Marx o Vorotxilov, la ciutadania de Barcelona va dur a terme homenatges com ara el del dinovè aniversari de la revolució russa o activitats polítiques, culturals i esportives sobre el país dels soviets. Una mostra de la creixent influència soviètica a Barcelona la trobem en la diada del llibre del 15 de juny de 1938, on l'obra més venuda va ser *La mare*, de Gorki. El novembre d'aquell mateix any, dos mesos abans que les forces feixistes entressin a Barcelona i l'ocupessin, l'exposició «La vida a l'URSS» tancava més de dos anys de propaganda soviètica a la Ciutat Comtal.[11]

Barcelona al carrer per rebre el *Zirianin*

Probablement la mostra més important de reconeixement de la Unió Soviètica que la ciutadania de Barcelona va realitzar mai va tenir lloc amb l'arribada del primer vaixell soviètic, el *Zirianin*, al port de Barcelona el 15 d'octubre de 1936.

En l'òrgan d'expressió d'ERC, *La Humanitat*, Rovira i Virgili va escriure la principal crònica sobre la rebuda del vaixell soviètic al port de Barcelona:

> Ahir, a la una de la tarda, vam veure entrar al port de Barcelona el vaixell rus «Ziarinin» [sic.] Magnífic espectacle! No n'havíem presenciat mai cap que s'hi

10 Aisa Pàmpols, Ferran. *República, guerra i revolució: l'Ajuntament de Barcelona (1931-1939)*. Barcelona: Base, 2009, pp. 706-707.

11 *Ibid.*, p. 534.

> pugui comparar. Allò era, no solament una emoció intensa, ans encara una emoció nova. [...] Les relacions històriques, econòmiques i culturals entre Rússia i Catalunya han estat fins ara nul·les o mínimes. Però hi ha alguna cosa profunda i viva que ens acosta i ens fa amics. Comença explícitament l'amistat russo-catalana, i ja és una amistat efusiva! Quin moment d'efusió, el que va sentir ahir a la tarda el nostre poble davant el navili que ve de lluny [...]. Els molls ja eren plens de gent quan els altres navilis van saludar amb llurs sirenes l'entrada del navili esperat. El so formidable va ésser com una crida, i tot seguit de les vies afluents a la Porta de la Pau van baixar, corrent, unes riuades d'homes i dones. Tantes dones com homes, i encara més entusiastes elles que ells.[12]

El franquisme

El 26 de gener de 1936 Barcelona era ocupada per les tropes franquistes espanyoles i marroquines i els aliats feixistes italians. El 23 de febrer de 1939 va tenir lloc la primera reunió de la Comissió Municipal Permanent «en sesión secreta» de l'Ajuntament de Barcelona,[13] amb la participació del nou alcalde franquista Miguel Mateu Pla, els tinents d'alcalde Antonio Simarro Puig, José Bonet del Río, José Ribas Seba, José de Quadras Veiret, baró de Quadras, Aurelio Joaniquet Extremo, Carlos de Montoliu Duran, baró d'Albi, Ignacio Ventosa Despujol, Lorenzo Garcia Tornel, Guillermo Azcoitia i José Sagnier, marquès de Sagnier.[14]

Després de tractar de temes relatius a restaurar propietats i llicències als seus antics propietaris i d'aspectes econòmics bàsics, el nou alcalde franquista firmava la proposició següent:

> Que se constituya, bajo la presidencia del Iltre. Sr. Teniente de Alcalde de Cultura [Bonet del Río], asistido por el de obras públicas y demás miembros que se considere conveniente, una Comisión [...] proceda a proponer los cambios de los nombres de las calles y plazas de esta ciudad, y de los Grupos Escolares, con el espíritu y por los trámites reglamentarios fijados en las disposiciones vigentes. Se acuerda aprobar la proposición habiendo sido designados los Iltres. Sres. Tenientes de Alcalde D. Aurelio Joaniquet y D. Ignacio Ventosa, para que for-

12 Rovira i Virgili, Antoni. «Navili que ve de lluny...». *La Humanitat*, 15 d'octubre de 1936, portada.

13 En el llibre *Carrers de Barcelona*, de Fabre i Huertas, la data que es dona és el 25 de febrer, però a l'acta de la Comisión Municipal sempre consta el dia 23.

14 Ayuntamiento de Barcelona. *Libro de actas de la Comisión Municipal Permanente*. Barcelona. Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona, Comisión Municipal Permanente, 1939, núm. 408, p. 1.

> men parte de la comisión de que se trata, junto con los Sres. que se indican en la proposición.[15]

La comissió creada *ex professo* per al canvi del nomenclàtor va treballar de manera diligent. Només dues setmanes després d'haver-se format, la Comissió Municipal Permanent ja va poder prendre les primeres decisions importants en aquest sentit. En la reunió del 7 de març es va acordar «retrotraer el nombre de todas las vías y plazas de nuestra ciudad al que tenían antes del 14 de abril de 1931».[16] L'historiador i periodista Jaume Fabre resumia aquesta decisió:

> Això significava simplement que s'anul·laven tots els canvis fets pels ajuntaments republicans, en temps de pau o de guerra, amb Generalitat o sense, fossin canvis acceptables per al nou règim o no. De moment s'anul·laven tots els canvis; més endavant s'estudiarien un per un, amb calma, i es veuria quins dels realitzats podien ser admissibles.[17]

Evidentment, el nou Estat franquista i l'Estat soviètic representaven projectes antagònics que no només s'havien enfrontat indirectament durant la guerra civil espanyola, sinó que ho tornarien a fer durant la Segona Guerra Mundial. No hi va haver relacions diplomàtiques, però sí que van perdurar de manera més o menys indirecta els contactes.[18]

La Transició i la recuperació de la democràcia

Les relacions entre Espanya i la Unió Soviètica es van restablir oficialment el 9 de febrer de 1977.[19] Haurien de passar encara quasi dos anys fins que la ciutat de Barcelona rebés la visita de l'ambaixador de l'URSS el 14 de desembre de 1978.[20]

Els contactes polítics van augmentar, així com les relacions econòmiques i comercials. D'una circulació de mercaderies entre els dos països de 227 milions de dòlars l'any 1977, es va passar a una de 549 milions durant l'any 1983.[21]

15 *Ibid.*, pp. 4-5.

16 Fabre, Jaume; Huertas, Josep M., *Carrers de Barcelona*, p. 143.

17 *Ibid.*, pp. 143-144.

18 Garrido Caballero, María Magdalena. *Las relaciones entre España*, pp. 327-410.

19 «Real Decreto por el que se crea la Embajada de España en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas». *Boletín Oficial del Estado*, núm. 46, 23 de febrer de 1977, p. 4390.

20 Ajuntament de Barcelona. «Visita de l'ambaixador de la U.R.S.S.». 14/12/1978, Barcelona. Arxiu Intermedi - Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona, B101 1/1979.

21 Garrido Caballero, *Las relaciones entre España*, p. 444.

Amb el restabliment de la democràcia, a l'Ajuntament de Barcelona també es van recuperar noms de carrers i es van fer canvis en el nomenclàtor. Tot just feia un mes que s'havia constituït el nou consistori quan es va aprovar el restabliment de quatre carrers emblemàtics com la Gran Via, la Diagonal, el Paral·lel i el carrer Ample. A finals del mateix 1979, en un altre bloc de modificacions, es van restablir o canviar els noms de cinquanta-nou carrers. Aquest bloc de modificacions ha estat, en termes quantitatius, el canvi més important en l'etapa democràtica actual.[22] Després d'aquests primers canvis impulsats per l'Ajuntament, el nomenclàtor de la ciutat va anar establint modificacions o innovacions a partir d'iniciatives individuals o col·lectives dels ciutadans de Barcelona i seguint el procediment administratiu pertinent a través de l'organisme competent, que seria la Ponència del Nomenclàtor.

Pel que fa als carrers amb referències directes o molt properes a la revolució russa, trobem dues situacions diferenciades. En primer lloc i dins el darrer bloc esmentat més amunt, el carrer amb el nom de La Internacional (actualment al barri del Clot), que durant el franquisme s'havia anomenat de la Nación, no va recuperar el nom de l'etapa republicana anterior a la guerra civil, com també fou el cas del carrer de Carles Marx.

D'altra banda, l'entrada de noms vinculats en major o menor grau a la Revolució d'Octubre i l'URSS es va anar restablint (només Karl Marx i no en la mateixa localització) o promovent mitjançant iniciatives individuals o col·lectives i segons els processos que determinava el nou marc democràtic municipal.

Al final de la sessió de la Comissió Municipal Permanent del 28 de gener de 1983, dos regidors del PSUC, el tinent d'alcalde Josep Miquel Abad i el regidor Guillem Sánchez Juliachs, presenten una moció per «donar el nom de Carles Marx a un carrer o una plaça de Barcelona».[23]

La resposta de l'alcalde Maragall va ser positiva, però va puntualitzar que, com en qualsevol canvi en el nomenclàtor, s'havia de seguir un procés establert, que s'iniciava amb la tramitació de l'expedient administratiu i l'informe de la Ponència del Nomenclàtor. L'alcalde va fer una proposta alternativa de redacció que va ser finalment aprovada: «Iniciar l'expedient per donar el nom de Carles Marx a un carrer o plaça de Barcelona». Aquesta proposta va rebre dos vots en contra, els dels regidors Bernat López-Pinto Ruiz i Carles Soldevila Rodríguez, tots dos del grup municipal Unión de Centro Democrático

22 Fabre, Huertas, *Carrers de Barcelona*, p. 198.

23 Ajuntament de Barcelona. *Llibre d'actes de la Comissió Municipal Permanent.* 1983, Barcelona. Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona, Comissió Municipal Permanent, vol. xxiii, p. 52.

(UCD).[24] Finalment, el 14 de desembre de 1984 la Comissió Municipal Permanent va aprovar el canvi de nom. El que fins a aquell moment era l'anell de Valldaura del II Cinturó, situat al districte d'Horta-Guinardó, va adoptar el nom del revolucionari alemany.

Però aquest no va ser l'únic canvi amb una connexió estreta amb l'URSS. La prolongació del carrer de Ciutat de Mallorca va canviar el nom pel de passeig d'Andreu Nin, al districte de Nou Barris.[25]

Aquella data, però, la Comissió Municipal Permanent també va modificar el nom de vint-i-tres carrers o places més de Barcelona. Dos d'aquests vint-i-tres canvis tenien una significació d'esquerres internacional molt important; ens referim al carrer d'Augusto César Sandino, situat al districte de Sant Andreu, i a la plaça de Salvador Allende, al districte d'Horta-Guinardó. En referència a tots aquests canvis amb una clara significació ideològica, Antoni Comas, el portaveu de CiU a l'Ajuntament, va declarar a la premsa que els canvis de Karl Marx i Andreu Nin eren acceptables, però que respecte a Sandino i Allende no hi estava d'acord per la seva nul·la relació amb la ciutat i sintetitzava la seva postura amb la frase «el gobierno municipal de Barcelona ha puesto nombres tercermundistas en las calles barcelonesas».[26]

També existeixen altres carrers de personatges històrics vinculats a l'esquerra i que van tenir relació (tot i que no com a fet principal de la seva trajectòria) de caràcter polític amb els fets d'octubre i l'Estat soviètic resultant.

La plaça d'Àngel Pestaña, a Nou Barris, va ser inaugurada el 1986, però ja havia rebut l'aprovació del nom el maig de 1980. L'informe de Pestaña, contrari a l'apropament de la CNT a la revolució russa, va ser clau per allunyar l'organització sindicalista d'aquella experiència revolucionària. El carrer de Joaquín Maurín, al districte de Sant Martí, es va aprovar el desembre de 1997. Maurín va destacar com a sindicalista i militant dins de la CNT i va ser delegat d'aquesta organització al congrés fundacional de la Internacional Sindical Roja a Moscou l'any 1921. El mes de maig de 1999 es va aprovar el nom del carrer de Joan Comorera (primer secretari general del PSUC de Catalunya), al districte de Sant Andreu, i la inauguració dels Jardins de Rosa Luxemburg, crítica amb la Revolució d'Octubre però des de posicions properes i solidàries, al districte d'Horta-Guinardó. El mes de març de l'any 2007 es va aprovar el

24 *Ibid.*, p. 52

25 «Con tarjeta multiviaje el autobús costará 30 pesetas y el metro». *La Vanguardia*, 15 de desembre de 1984, p. 18.

26 «CiU opina que se ponen nombres tercermundistas a algunas calles». *La Vanguardia*, 16 de desembre de 1984, p. 25.

nom de Clara Zetkin per al nou carrer construït al districte de Sant Andreu, a iniciativa del Consell de Dones de Sant Andreu.[27] La revolucionària alemanya va tenir una activitat política molt important vinculada primer al moviment socialista, comunista (amb els comunistes alemanys i amb l'Estat soviètic) i feminista durant el primer terç del segle xx.

Finalment, encara hi ha a Barcelona una altra referència molt directa (de fet, la més directa) al que fou un dels principals símbols de la Revolució d'Octubre: la plaça Roja de Ciutat Meridiana, situada al barri de Ciutat Meridiana del districte de Nou Barris.

> Había un vecino, al que le llamaban «el Ruso», él fue uno de los primeros, sino el primero en proponer el nombre de Plaza Roja para la plaza donde tantas veces nos habíamos reunido los vecinos, organizado y llevado a cabo protestas para exigir más equipamientos públicos, más inversiones y en definitiva, movilizarnos para dignificar nuestro barrio. En esa época en Ciutat Meridiana había una mayoría de militantes comunistas, eran del PSUC y por eso fue fácil hacer la relación con la Plaza Roja de Moscú.[28]

El dia 11 de març de 1991 la Comissió Municipal Permanent va aprovar el nom de plaça Roja de Ciutat Meridiana per a aquest emplaçament, gràcies al fet que així era com es coneixia popularment la plaça i per la iniciativa dels Serveis Tècnics del Districte. En un primer moment s'havia aprovat anomenar-la plaça Roja, però els mateixos Serveis Tècnics van fer-hi l'afegitó de Ciutat Meridiana per «evitar la possible relació amb la plaça del mateix nom de la ciutat de Moscou».[29]

Conclusions

El nomenclàtor dels municipis constitueix un indicador del relat històric i la manera com la societat es mira a si mateixa i com mira les altres. La Revolució d'Octubre va marcar intensament el segle xx. El relat d'aquell procés i, de manera més extensa però sempre relacionat en major o menor manera, de les propostes crítiques i alternatives al sistema social, econòmic i polític des d'un

27 Districte de Sant Andreu. *Ple del Consell. Sessió del 23 de gener de 2007*. Barcelona. Arxiu Municipal del Districte de Sant Andreu, Fons Consell Municipal, acta núm. 1/2006.

28 Entrevista a Filiberto Bravo (president de l'Associació de Veïns de Ciutat Meridiana), 15/3/2017.

29 Ajuntament de Barcelona. *1980-1995 – Carrers: Nomenclàtor R*. 1995, Barcelona. Arxiu Municipal Contemporani de Barcelona, caixa 42037, expedient 186/90.

vessant progressista i democratitzador, romanen permanentment en disputa. La interacció de la ciutadania amb el nomenclàtor, ja sigui amb indiferència, fervorosament oposada o apassionadament transformadora, ens ajuda a comprendre'n la realitat. Un treball més extens del nomenclàtor de pobles i ciutats de Catalunya aprofundiria en l'estudi dels processos històrics i les seves diferents etapes, sempre en canvi permanent més o menys accelerat. Barcelona, però no només ella, mostra clarament aquesta relació dialèctica i canviant d'un poble vers la seva història.

Miradas de la revolución rusa desde la revolución mexicana

César Navarro Gallegos
Universidad Pedagógica Nacional

Introducción

Los destellos de la revolución rusa de 1917 fueron avistados en México cuando aún no se extinguía el fuego de las batallas de la revolución mexicana. Sin embargo, pese a su enorme distancia geográfica, en los años posteriores a la culminación de la lucha armada en Rusia y en México se irían produciendo variados y significativos intercambios y encuentros entre ambas naciones y entre los regímenes surgidos de estas revoluciones. La recepción, relación e influjo de la revolución bolchevique trascenderían el campo diplomático y político para dejar su impronta en el ámbito de las artes, la cultura y la educación; cuestiones que fueron definitorias para perfilar aspectos esenciales de la sociedad mexicana del siglo xx. Es por ello por lo que en el presente texto me he propuesto reseñar el intercambio de algunas miradas que se produjeron y entrecruzaron entre nuestras revoluciones.

John Reed, Francisco Villa y Lenin

Los senderos y caminos que transitan los revolucionarios en múltiples ocasiones los llevan a encontrarse o conocerse con otros de su misma estirpe en formas insólitas e insospechadas. Así ocurrió con la primera mirada y acercamiento que tuvo Lenin sobre la revolución mexicana. Muy poco después del triunfo de la Revolución de Octubre, el dirigente bolchevique pudo escuchar en el Smolny los relatos de un joven periodista estadounidense sobre la revolución mexicana y el legendario general revolucionario Francisco Villa.[1] Se trataba del periodista John Reed, que en años previos a octubre de 1917 se había convertido en un profesional de renombre de la crónica periodística sobre los movimientos de huelga y luchas sociales en Estados Unidos, y a quien habían caracteri-

1 Rosenstone, A. Robert. *John Reed, un revolucionario romántico*. México: Era, 1979.

zado como un radical y socialista dentro de la intelectualidad norteamericana. Fama que se había acrecentado con sus reportajes y crónicas periodísticas publicadas sobre los acontecimientos y combates de la revolución mexicana. Para Reed, al igual que para otros jóvenes progresistas y radicales de Estados Unidos, el carácter y extensión de la lucha revolucionaria en México les despertaban gran interés y simpatía, por lo que decenas de ellos decidieron viajar a México para ser testigos presenciales de la lucha revolucionaria de las masas campesinas y populares. Por su parte, Reed se propuso como corresponsal en el vecino país del sur y logró que varios medios periodísticos reconocidos por su postura independiente lo designaran como tal.

Entre 1913 y 1914 Reed estuvo inmerso en la vorágine revolucionaria de México, pues se integró en el contingente del principal ejército popular de la revolución: la División del Norte, comandada por el general Francisco Villa. El conocimiento que poseía Reed sobre lo que ocurría en México y sobre el perfil político de los grupos que combatían en la revolución lo indujo de manera natural a acercarse al ejército más numeroso y combativo para desarrollar su labor periodística a partir de la perspectiva de los combates militares y proyectos revolucionarios del ejército de la División del Norte.

A finales de 1913 Reed logró entrar en México y encontrar a Villa, al que solicitó permiso para sumarse a su ejército a fin de relatar y divulgar su lucha. Villa accedió, y muy pronto surgiría una mutua simpatía entre el gringo «Juanito» y el general revolucionario;[2] una amistad de excepción en Villa, dada la proverbial desconfianza y antipatía que sentía por los norteamericanos y el antecedente de los numerosos gringos que había fusilado en el transcurso de la revolución. La estrecha relación de amistad le permitió a Reed conocer a fondo la personalidad de Villa y la esencia profunda de los miles de campesinos que combatían a su lado. A Reed le fascinaron la sagacidad e inteligencia natural del general y su capacidad de identificación con las aspiraciones de las masas revolucionarias. Asimismo pudo descubrir su enorme interés en nuevos conocimientos sociales y políticos, entre ellos los relativos a las ideas sobre el socialismo que Reed le explicaba. En un escrito posterior, el general llegaría a afirmar: «Si el socialismo es como dice Juanito, seguramente es una cosa buena».

La cobertura periodística que hizo Reed de la revolución mexicana le dio todavía mayor fama no solo en Estados Unidos, sino también en otras latitudes y continentes, ya que logró describir con vividez los acontecimientos de la mayor movilización revolucionaria ocurrida hasta entonces en el nuevo siglo.

2 Tuck, Jim. *Pancho Villa y John Reed. Two faces of Romantic Revolution.* Tucson: The University of Arizona Press, 1984.

La aventura periodística y revolucionaria en México sería recogida por Reed en su invaluable obra *México insurgente*, publicada en 1914 y obsequiada a Lenin tiempo después.[3]

El estallido de la guerra mundial fue un suceso que no podía ser omitido por un periodista de la dimensión de Reed, y al poco tiempo de retornar a Estados Unidos se aprestaría para desempeñarse como corresponsal de guerra en el viejo continente, escala previa para arribar a Rusia en los momentos culminantes de la revolución bolchevique. Hacia junio de 1917 Reed llegó a Petrogrado. Además de proponerse informar sobre la caída del zar, iba en búsqueda de los revolucionarios bolcheviques y los dirigentes de los sóviets, sobre los que ya disponía de amplios antecedentes. Entusiasmado con el ambiente revolucionario que se respiraba en Rusia, decidió integrarse en el Sóviet de Petrogrado, donde lo asignaron al buró de propaganda. En el transcurso de esos meses de 1917 participó en asambleas y reuniones bolcheviques y de los sóviets, y tuvo oportunidad de conocer a Radek, Trotsky y Lenin. Debido a su permanente trabajo y compromiso periodístico, prácticamente vivió en el Smolny (cuartel general de los bolcheviques) durante las semanas previas y los días fundamentales de la insurrección revolucionaria, lo cual le posibilitó ser testigo directo de los hechos más trascendentales de la revolución rusa.

La insurrección proletaria sería plasmada de manera magistral en la más reconocida y divulgada de sus narraciones sobre la insurrección bolchevique: *Los diez días que conmovieron al mundo.*

A principios de 1918 Reed regresó a Estados Unidos con el propósito de comprometerse como militante en la lucha revolucionaria en su país y divulgar la verdad sobre la revolución bolchevique, que había sido por completo deformada y atacada en la gran mayoría de la prensa norteamericana. Para entonces Reed se había transformado en un marxista radical, del todo identificado con las concepciones de Lenin y la Revolución de Octubre. Pero la vida en Estados Unidos le sería sumamente hostil, y Reed se vería sometido a juicio junto con otros intelectuales y periodistas, acusados del delito de ser comunistas. Además, se le hizo casi imposible la publicación de trabajos periodísticos y libros. Se integró en el recién formado Partido Comunista de Estados Unidos, pero pronto entró en conflicto con su dirigente Louis Fraina, de ascendencia italiana, a causa del carácter timorato y burocrático de este, por lo que junto con otros militantes decidieron fundar el Partido Comunista Laboral. En calidad de representante de esta organización, John Reed asistió al congreso de la In-

3 Reed, John. *México insurgente*. México: Ariel, 1987.

ternacional Comunista de 1919 en Moscú. Su destacada participación en los debates del congreso lo llevó a ser elegido miembro del comité ejecutivo de la Internacional y a residir nuevamente en Rusia. Según testimonios de Louise Bryant y otros biógrafos de Reed, eso le posibilitó tener frecuentes y afectuosos encuentros con Lenin, que le pedía con gran interés que le informara sobre diversas cuestiones de Estados Unidos y sobre sus experiencias en las revoluciones que había vivido. Vladimir Ilich le ofreció incluso prologar la nueva edición soviética de *Los diez días*... pero eso ya no fue posible. Enviado Reed a Bakú en 1920 como representante del comité ejecutivo de la Internacional en el Congreso de los Pueblos de Oriente, «Juanito» enfermó de tifus y no logró sobrevivir. El periodista y militante de dos revoluciones, la rusa y la mexicana, fue enterrado en el Kremlin, y sus restos yacen en el muro posterior a la tumba de Lenin.

Radicales gringos y los heraldos de la III Internacional en el surgimiento de un «partido» comunista en México

Bajo el influjo del triunfo bolchevique y su proyecto mundial de expandir e impulsar la revolución socialista, la III Internacional se propuso ir más allá de los límites europeos para contribuir a la organización política de los pueblos de otros continentes, entre ellos, los de las naciones aún colonizadas y neocoloniales.

Los efectos y secuelas de la Primera Guerra Mundial se dejaron sentir incluso en territorios donde no se habían registrado acciones bélicas, pero incidieron en el arribo de noticias sobre los acontecimientos de la guerra y el estallido de la revolución rusa de 1917. A partir del ingreso de Estados Unidos en la Gran Guerra se produjo una gran oleada de jóvenes norteamericanos hacia México como forma de evadir el reclutamiento militar obligatorio del «Tío Sam» para no participar en la guerra europea; se trataba principalmente de estudiantes radicales de izquierda, militantes anarquistas y socialistas, intelectuales, periodistas, pacifistas y artistas de la bohemia del Greenwich Village de Nueva York, entre otros. Muchos de ellos acudían alentados por los relatos de John Reed, Jack London y John Kenneth sobre México y su revolución. De entre este grupo variopinto, algunos ejercieron el periodismo o se vincularon a organizaciones sindicales o a los escasos y marginales agrupamientos socialistas. Un puñado de socialistas contribuyó a la reorganización del denominado Partido Socialista Mexicano, que retomó protagonismo a raíz del empuje orga-

nizativo del sindicalismo tras la consecución de los derechos laborales otorgados por la revolución mexicana. Gracias a los contactos que tenían en su país, los gringos pudieron divulgar en México el desarrollo de los sucesos de la revolución rusa y el surgimiento del Comintern de una manera mucho más fidedigna que las versiones llegadas a México por vía de los anarquistas españoles, según las cuales Lenin y Trotsky encarnaban los ideales del anarquismo y la revolución libertaria.

Fue a través de los *slackers* —gringos que militaban en el Partido Socialista de México— como se conoció en 1919 la convocatoria de la Internacional Comunista para el congreso que se celebraría en Moscú. Por iniciativa de los exiliados de Estados Unidos, los miembros del Partido Socialista convocaron a las organizaciones sindicales y políticas de tendencia socialista a fin de definir su postura ante la Internacional de Moscú, y así fue como en noviembre de 1919 se reunieron representantes de un puñado de organizaciones políticas y sindicales, incluidas algunas de filiación anarquista. De hecho, el debate fue conducido por los socialistas norteamericanos, que disponían de más experiencia de partido y de una mayor formación teórica sobre las ideas socialistas, de tal suerte que fueron sus propuestas y orientaciones las que predominaron. En los días previos a esta reunión habían llegado clandestinamente dos representantes de la Internacional: Mijaíl Borodin, ruso, y Manabendra Nath Roy, independentista de origen hindú. Con el aval y el visto bueno de Borodin y Roy, los miembros del Partido Socialista y la veintena de participantes resolvieron formalizar la existencia del Partido Comunista Mexicano en noviembre de 1919. Asimismo se ratificó su adhesión a la Internacional Comunista y se designó a dos representantes del nuevo partido mexicano ante aquella, designación que recayó en dos de los *slackers* más destacados. La secretaría general quedó a cargo de un joven obrero, José Allen, que se había integrado en el Partido Socialista a través del grupo de los «jóvenes rojos». Allen era nieto de un ingeniero de origen norteamericano residente en México. Pero lo que desentonaba en él respecto al resto de los *slackers* era el hecho de que, dos años antes, el agregado militar de la embajada de Estados Unidos lo había reclutado como informante al servicio de ese país. Así pues, el primer secretario de los comunistas mexicanos era un agente de los norteamericanos. Tal condición no sería desvelada hasta más de cuarenta años después gracias a una investigación histórica en archivos estadounidenses.[4]

4 Taibo II, Paco Ignacio. *Los bolshevikis: historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919–1925).* México: Joaquín Mortiz, 1986.

Serguéi Eisenstein en México: de *El acorazado Potemkin* y *Octubre* a *¡Que viva México!*

En diciembre de 1930, el gran cineasta soviético Serguéi Mijailovich Eisenstein, director de afamados filmes como *El acorazado Potemkin* (1925) y *Octubre* (1927), en los que había logrado trascender del cine meramente emocional a un cine intelectual y social, llegó a México con el propósito de realizar una película que tuviera por escenario y protagonistas la nación y el pueblo mexicano. Eisenstein y sus compañeros rusos, el reconocido fotógrafo Eduard Tissé y el director Grigori Aleksandrov, permanecerían en nuestro país durante más de año y medio filmando su película mexicana.

El inicio de su gira internacional comenzó a mediados de 1929 en Berlín, ciudad que ya había visitado Serguéi tres años antes. En esta ocasión regresaba para trabajar junto al compositor Edmund Meisel en la musicalización de *El acorazado Potemkin*, antes de su estreno en ese país. La conjunción del trabajo de los dos artistas resultó ser un gran éxito. La obra de Eisenstein era para entonces ampliamente conocida en diversas partes del mundo, y algunos productores de Hollywood tenían interés en realizar una cinta sonora filmada por él. La oportunidad llegó en abril de 1930. Durante su estancia en Francia fueron a su encuentro Jesse Lasky, jefe de producción de la compañía Paramount, y Douglas Fairbanks, de la United Artist, ambas estadounidenses. Fairbanks apreciaba de verdad el trabajo de Eisenstein, a quien había conocido en 1926 en la URSS, y había promovido la exhibición de *El acorazado Potemkin* en Estados Unidos. A pesar de esta afinidad, el contrato se pactó con la compañía Paramount.

La experiencia en Hollywood devino en una situación conflictiva y en la ruptura del contrato entre los artistas y la compañía cinematográfica. Diversas fueron las razones por las que se llegó a ese punto, entre ellas la postura política conservadora de una parte de la comunidad cinematográfica, encabezada por el mayor Frank Pease, presidente de la Asociación de Directores de Hollywood, claramente anticomunista. Con respecto a la postura anticomunista de algunos círculos estadounidenses, reproducimos un fragmento del telegrama que el mencionado Frank Pease envió a Jesse Lasky en julio de 1930, pocos días antes de que Eisenstein fuera presentado públicamente:

> Si su clero judío y los eruditos no tienen suficiente valor para decirle, y usted no tiene suficiente inteligencia para entenderlo mejor, ni lealtad suficiente a esta tierra que le ha dado más de lo que nunca tuvo en la historia, para evitar su importación de un asesino, de un perro rojo como Eisenstein, entonces permítame infor-

> marle que estamos redoblando todos los esfuerzos para que sea deportado. No queremos más propaganda roja en nuestro país. ¿Qué estás tratando de hacer, convertir el cine americano en un clóset comunista?[5]

Este mismo personaje envió también un telegrama a Genaro Estrada, quien en esos momentos era secretario de Relaciones Exteriores de México. Sin embargo, aquí no causó tanto impacto como en Estados Unidos, pues Estrada mantuvo una postura más o menos neutral con respecto al trío soviético, lo cual contrasta con la fuerza que la estrategia anticomunista comenzaba a adquirir en Estados Unidos.

Fue así como, para los últimos meses de 1930, Eisenstein, Aleksandrov y Tissé se hallaban en Estados Unidos sin haber podido filmar ninguna película y en una situación bastante complicada, pues sus visados de trabajo estaban a punto de vencer. En esos momentos, después del encuentro entre el también cineasta Robert Flaherty y Serguéi Eisenstein, fue cuando comenzó a cristalizar la posibilidad de hacer una película en México, pues Flaherthy le inspiró deseos de captar un país como el nuestro a través de la lente de la cámara.[6] El impacto profundo que Robert causó sobre Eisenstein puede observarse en su acercamiento a la fiesta brava, espectáculo que en aquellos años era muy importante en la cultura nacional y que Eisenstein retrató en «Fiesta», el segundo episodio de *¡Que viva México!*

Tras haber decidido realizar el film sobre México, de inmediato surgió un problema: ¿cómo se financiaría dicho proyecto? Para salvar este gran contratiempo, Serguéi se dirigió a Charles Chaplin, con quien había entablado una relación cercana durante los meses que pasó en California. Chaplin lo puso en contacto con el novelista estadounidense Upton Sinclair, quien aceptó financiar el proyecto no sin redactar un contrato bastante beneficioso para él y su esposa Mary Craig.[7] De parte del novelista existía una profunda admiración por Eisenstein, que había demostrado previamente en algunas cartas que le envió a la URSS y también durante la estancia del cineasta ruso en EE.UU. No obstante, la relación entre ambos concluyó de forma problemática.

Los gérmenes de su entusiasmo por filmar una película en México quedaron asentados por el propio Eisenstein en su autobiografía:

5 *Ibid.*, p. 58.

6 Reyes, Aurelio. *El nacimiento de* «¡Qu*e viva México!*». México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2006, p. 80.

7 *Ibid.*, p. 103. Ciertamente, Upton Sinclair y su esposa se hicieron cargo de la financiación de la película, pero la imposibilidad de conciliar los intereses de la pareja estadounidense y los de Eisenstein con respecto a la parte artística del filme fue una constante durante los meses de grabación.

> Mi entusiasmo por ese país fueron dejados en mí por unas fotografías del «Día de Muertos» (en un número que llegó casualmente a mi poder de *Kölnische Illustrierten*), alimentados por los relatos de Diego Rivera, cuando visitó la Unión Soviética como amigo, se convierten en un deseo ardiente de ir allá. Algunos meses más tarde el deseo se vuelve realidad.[8]

Sin embargo, la obra que realmente fue determinante en la vinculación de Eisenstein con México fue el libro de la antropóloga estadounidense Anita Brenner *Idols behind altars*,[9] publicado por primera vez en 1929 e ilustrado con fotografías de Modotti y Weston: «Con México se identificó, se fundió y se confundió desde la lectura de *Idols behind altars*..., de Anita Brenner, libro del cual surgiría el primer borrador del guion para su película mexicana».[10]

Sin duda entrañaba una gran complejidad abarcar en una película la esencia misma de un país como el nuestro, que se divierte con la muerte y los restos de una historia milenaria que perdura aún después de ser destruida por la violencia de la conquista española, y que se recrea en la diversidad de los pueblos indígenas, mientras que, en las haciendas y latifundios —iconos por antonomasia de la injusticia y la explotación supuestamente destruidos o, al menos, transformados por la Revolución de 1910 y el establecimiento de un régimen revolucionario—, la injusticia, la explotación, la falta de tierras, la humillación y el despojo no han dejado de existir. Es decir que, a pesar de haber hecho una revolución, en nuestro país aún podía suceder —y sucedía— lo que Eisenstein relata a continuación:

> Ese mismo diputado (del grupo triunfante de la revolución) nos ofreció con absoluta seriedad, a través del patrón de nuestra hacienda [Tetlapayac], que si necesitábamos matar a alguien («todos los periódicos hablan del realismo en sus películas, señores») [...] nos podían dar para ese fin algún par de presos de la cárcel a la que fue a dar nuestro amigo Olvera! Lo más curioso de todo es que se podía[n] obtener esos reclusos, y «despacharlos» tranquilamente y nadie se hubiera preocupado nunca por eso.[11]

De los Reyes narra el inmenso interés que Eisenstein tenía por conocer; aspiraba a ser un «artista-sabio» como los del Renacimiento, y fue justamente

8 Eisenstein, Serguéi M. *Yo. Memorias inmorales*, vol. 1. México: Siglo XXI, 1988, p. 346.

9 Brenner, Anita. *Idols behind altars. The story of the Mexican spirit*. Nueva York: Payson and Clarke, 1929.

10 Reyes, Aurelio. *El nacimiento...*, *op.cit.*, p. 33.

11 *Ibid.*, p. 265.

gracias a este interés por conocer México que comenzó a comprender la compleja realidad histórica, social, artística y cultural que nuestro país encerraba. Así fue como, a pesar de haber prometido que su obra sería «non-political», esta se volvió espejo y crítica de un régimen que, pese a sus «incendiarios» discursos, había dejado de ser revolucionario desde hacía más de una década. Su intento de capturar la milenaria historia de este país a través de los rostros de las personas que realmente lo conformaban —es decir, tal como hizo en *El acorazado Potemkin*, sin recurrir al trabajo de actores y actrices consagrados para la filmación de la película—; el acercamiento al pasado y presente de lugares recónditos que formaban la geografía más profunda y generalizada de México, lugares muy alejados de los «beneficios de la Revolución» en tiempos del Maximato; la búsqueda de la verdadera esencia del México posrevolucionario mediante sus ojos de artista; todo ello motivó en varias ocasiones la censura por parte de las autoridades mexicanas, principalmente de las secretarías de Gobernación, Educación Pública y Relaciones Exteriores,[12] encargadas de vigilar que no se grabaran escenas que «denigraran» a nuestro país.

Al final, la relación entre Eisenstein y Upton Sinclair acabó de mala manera, y el cineasta ruso tuvo que salir de México sin haber podido filmar el capítulo de la «Soldadera», figura revolucionaria a la que se acercó gracias a la obra de Orozco.[13] Tampoco logró filmar algunas escenas del capítulo «Fiesta», que hace referencia a la celebración de la Virgen de Guadalupe, así como tampoco pudo ver y revisar todo el material filmado, un total de doscientos rollos, durante los quince meses que estuvieron en México, pues Eisenstein falleció en 1948, mucho antes de que estos fueran enviados finalmente a Moscú.

La aportación de Eisenstein al desarrollo de la cinematografía mexicana fue realmente profunda y duradera, ya que ese intento de recuperar y reconocer nuestro pasado prehispánico, así como la búsqueda de la continuidad de esa historia milenaria en un presente tan contradictorio en lo político y económico como en lo social y que tan claramente ha caracterizado a México, fueron una de las características que más destacaron en aquellos años en el arte posrevolucionario de nuestro país, algo que Serguéi Eisenstein no solo comprendió, sino que logró llevar a la pantalla de manera magistral.

Entre aquellos que siguieron la línea de Eisenstein en la cinematografía, destacan los principales directores de la llamada época de oro del cine mexicano, que se produjo a partir del influjo artístico del más destacado cineasta so-

12 *Ibid.*, pp. 202-205.

13 De quien conoció su obra a través de las ilustraciones que hizo para la edición en inglés del libro *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

viético de la revolución rusa de 1917. El cine mexicano sigue siendo deudor intelectual de Serguéi Eisenstein.

El proyecto pedagógico de Antón Makarenko y la educación socialista en México

Sin duda alguna, una de las influencias más trascendentes de la revolución rusa y que han permanecido en el tiempo en la sociedad mexicana es la referida a la introducción del modelo educativo soviético en la educación de nuestro país. Hacia 1934, con el relanzamiento del proyecto social y educativo de la revolución mexicana y el ascenso del movimiento campesino y sindical de tendencia socialista y la llegada del general revolucionario Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República, las fuerzas progresistas y socialistas del país lograron la reforma de la constitución mexicana para que la educación pública adoptara una orientación de carácter socialista. Con el advenimiento de la educación socialista en México, el proyecto educativo mexicano pretendía finalmente hacer efectivo el derecho a la educación de todos los niños y jóvenes de nuestro país, prioritariamente para los hijos de los obreros y campesinos. A través de los maestros más distinguidos y responsables del proyecto educativo socialista en México y conocedores de las experiencias educativas desarrolladas por Antón Makarenko en la Unión Soviética, se adoptaron muchas de las orientaciones y formas de la organización educativa puesta en práctica por la revolución rusa.

Con el objeto de garantizar el acceso a la vida escolar a los niños y jóvenes más pobres del país, siguiendo el modelo de Makarenko se crearon cientos de internados a lo largo de todo el país. El sistema de internado gratuito y público comprendía escuelas de enseñanza básica, escuelas de educación secundaria para hijos de trabajadores y campesinos, y escuelas normales rurales para la formación de maestros para la escuela pública rural. Se creó asimismo el Instituto Politécnico Nacional con el propósito de formar técnicos y científicos que pudieran desempeñarse en las industrias públicas nacionalizadas (entre ellas la industria petrolera, en ese tiempo nacionalizada y expropiada a los monopolios norteamericanos y europeos).

Como hemos señalado, en este tipo de instituciones educativas se priorizó el ingreso de hijos de obreros y campesinos, y la orientación e ideología socialista en estas escuelas era compartida por sus comunidades docentes y estudiantiles. Nacidas al calor de la lucha revolucionaria por el reparto de la tierra para los campesinos y por la consecución de los derechos laborales de los trabajadores, desde sus inicios, las comunidades docentes y estudiantiles estuvie-

ron vinculadas a las luchas populares de trabajadores y campesinos, y se constituyeron en las instituciones más representativas y avanzadas del modelo educativo socialista. Estas fueron las instituciones que, por primera vez, permitieron que tuvieran la posibilidad de estudiar los jóvenes provenientes de comunidades indígenas y campesinas, así como de hacer factible una formación profesional. Sin duda, el modelo que caracterizó a estas instituciones, con un proyecto de estudio y trabajo, fue influido por las ideas de Makarenko, que se adaptaron a la realidad mexicana. En estas instituciones, el estudio del marxismo era parte de la formación integral de sus comunidades escolares. La formación política intelectual de los estudiantes en estas escuelas los convertiría en el sector más avanzado y combativo en la vida estudiantil de nuestro país. Así, la organización estudiantil de los jóvenes normalistas rurales ha persistido durante más de sesenta años sin que haya podido ser anulada o destruida por la acción y represión del Estado. De la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México han surgido decenas de miles de maestros que han representado la resistencia de los maestros mexicanos en la defensa y preservación de la escuela pública, así como gran parte de los líderes políticos que han guiado las revueltas e insurrecciones armadas de los campesinos mexicanos de épocas contemporáneas.

Sin embargo, tras el fin del gobierno cardenista y el viraje a la derecha del régimen político mexicano, no solo se inició el desmantelamiento de la educación socialista y de la propia revolución mexicana. Los remanentes de estas instituciones educativas han estado desde entonces al borde de la extinción ante los embates de la política estatal, que ha pugnado por aniquilarlas, y sus comunidades educativas viven en permanente resistencia para preservar sus escuelas como un patrimonio y derecho social de los más pobres de México. Esta política de persecución ha quedado plenamente demostrada en tiempos presentes a nivel mundial con la represión, muerte y desaparición de 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa, ocurrida durante la administración del presente gobierno mexicano.[14]

Pese a todo este panorama, las escuelas normales rurales, como expresión de la educación socialista, continúan preservando los principios de la pedagogía socialista de Makarenko y reivindicando su vigencia.

14 Navarro, César Navarro. «Herida abierta y jornada por la vida». En VV.AA., *Desde las trincheras de Ayotzinapa*. México: Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, 2015.

La recepció del cinema soviètic en l'obrerisme català: el cas de l'anarcosindicalisme (1930-1936)

Gerard Pedret Otero
Universitat de Barcelona

El darrer dia d'agost de 1930 *Solidaridad Obrera* (Barcelona, 5a època, 1930-1939), òrgan de la CRT catalana, de la CNT i àdhuc de l'AIT a Espanya, sortia de nou al carrer. Fidel a una concepció instrumental de la cultura com a palanca de la revolució i amb la voluntat d'erigir-se en un espai periodístic veritablement alternatiu i de competir amb els periòdics dits d'empresa pel favor de l'audiència obrera, la popular *Soli* prosseguí en aquesta nova etapa el seu particular procés d'adaptació a l'anomenat discurs comunicatiu de masses.[1] Va ser així com el portaveu confederal es va dotar, entre d'altres, d'una secció més o menys regular i fixa dedicada específicament al comentari cinematogràfic; un fet que constituïa una novetat en la renaixent premsa llibertària del període, els romanents de la qual durant la dictadura precedent havien tendit a menystenir o ignorar la creixent puixança d'un fenomen que tendia clarament a arrogar-se un regust cultural avantguardista i de modernitat urbana, certament de difícil encaix i assimilació per bona part d'un món intel·lectual àcrata persistentment fidel a cànons esteticoideològics d'arrel tardomodernista, alhora que manifestament recelós d'uns «ismes» fàcilment percebuts com a genuïnes mostres d'un esteticisme burgès decadent i més preocupat per la forma que no pas pel contingut o la «transcendència social» de l'obra. És per això que va caldre esperar fins a l'adveniment del nou règim republicà per veure com, al compàs de l'assentament progressiu del cinema en el catàleg d'activitats recreatives i formatives ofertes per entitats culturals afins, l'anomenat setè art comenci positivament a fer-se un lloc més o menys fix entre els continguts d'algunes de les principals publicacions culturals àcrates del període, com ara el suplement cultural men-

1 Vegeu una visió detallada del procés a Tavera, Susanna. *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarco-sindicalista (1915-1939)*. Barcelona: Col·legi de Periodistes de Catalunya, 1992.

sual del periòdic *Tierra y Libertad* (Barcelona, 1932-1934) i la seva continuadora, *Tiempos Nuevos* (Barcelona, 1934-1938), òrgans d'elaboració i debat doctrinal de la FAI; la longeva i eclèctica *Estudios* (Alcoi-València, 1928-1937), o fins i tot la prolífica *La Revista Blanca* (Barcelona, 2a època, 1923-1936), de la família Montseny. Val a dir, però, que aquest no va ser pas un procés uniforme ni extensiu al conjunt del món cultural i editorial àcrata: algunes publicacions destacades del període amb prou feines dedicaren un breu apunt al mitjà (com *Orto* —València, 1932-1933—, de temàtica preferentment socioeconòmica), o bé l'ignoraren completament (aquest va ser el cas, per exemple, d'*Ética* —Barcelona, 1927-1929— i la seva continuació, *Iniciales* —Barcelona, 1929-1937—, afins als corrents individualistes i al naturisme).

Més enllà dels persistents recels i l'hostilitat d'alguns elements i grups, el debat i l'activisme cinematogràfic llibertari de l'època emergiren en primera instància com un voluntariós intent de fomentar una presa de consciència collectiva del valor artístic i el potencial comunicatiu del mitjà i, per tant, del fet de considerar-lo no pas un simple divertiment o espectacle, sinó un potencial instrument educatiu al servei del progrés humà. En paraules de la mateixa *Soli*, el cinema esdevenia un «medio de divulgación enorme de todas las ideas y fuerzas oscuras que se debaten en la pugna política» i, en conseqüència, «el mejor instrumento de la revolución de conciencias».[2] I és que pocs observadors defugiren de considerar-la una nova i revolucionària forma d'expressió artística,[3] dotada d'una tècnica i un llenguatge propis i d'una capacitat de suggestió i de penetració social molt superior a la de qualsevol altra disciplina o mitjà de comunicació, gràcies, sobretot, al seu singular dinamisme i a la seva vocació i capacitat de síntesi de les altres arts.[4]

Aquestes consideracions van ser, precisament, la base i el punt de partida de bona part dels recels i les crítiques expressades contra el gruix d'una producció comercial fatalment sotmesa als interessos mercantilistes i morals del capital i la burgesia i, per això mateix, lamentablement mancada de vocació artística i de qualsevol rastre d'humanisme, veracitat i realisme. Els meravellosos mitjans i les possibilitats que semblava tenir la cinematografia moderna s'utilitzaven, als ulls dels àcrates i de manera quasi exclusiva, en la grollera reproducció d'una vida vulgar mitjançant la fabricació d'arguments per a la pantalla, com si es tractés de simples fulletons o novel·les per entregues. I això explica, per exemple, la ridiculesa i el caràcter mesquí del gruix de la producció sonora

2 Comino, Pepe. «Charlas al vuelo». *Solidaridad Obrera*, 13-9-1931.
3 Cochet, Gustavo. «El cine, nuevo arte». *Tiempos Nuevos*, 4, 1935.
4 *Suplemento de Tierra y Libertad*, 4, novembre de 1932.

ianqui, que amb el seu homenatge obscè i desconsiderat als diners i amb una «casta» renovada d'estrelles rutilants de la pantalla no es corresponia gens ni mica amb la suposada natural funció social educativa d'un mitjà malauradament condemnat a «empetitir-se» artísticament per la manca d'arguments vius «y de una cierta enjundia».[5] Arribats a aquest punt, entre alguns observadors àcrates no trigà a fer fortuna l'oportunista equiparació del reeixit cinema comercial nord-americà amb una mena de droga o narcòtic, «cocaína de una época»,[6] hàbilment administrada a una massa humana permanentment insatisfeta i delerosa de somnis màgics a canvi d'un mòdic estipendi, la qual, però, «no sabe lo que quiere pero que tampoco se encuentra, esperando siempre algo nuevo, inédito, externo, como el opiómano o morfinómano incorregible».[7]

La consideració generalitzada del cinema dit comercial (nacional o estranger) com quelcom artificial, fal·laç i mancat de realisme, no es limitava només a l'àmbit tematicoargumental, sinó que abasta va també una estètica observada, en línies generals, mancada de la naturalitat, el vitalisme, l'espontaneïtat i la humanitat que havien caracteritzat el mitjà, per exemple, en la seva primitiva època silent.[8] En aquell període, segons el cronista habitual de la *Soli*, el setè art no es veia encara sotmès a les renovades exigències economicoproductives derivades de la introducció de costosos i complexos equips de rodatge sonor i la construcció de grans estudis de rodatge, els quals van ser presentats com a veritables «antres» dominats per la tècnica i el maquinisme, on la producció de films (començant per la interpretació dels actors i les actrius) es veia fatalment reduïda i assimilada a una espècie de treball en cadena, a una deshumanitzada concatenació sincrònica i monòtona de gestos i poses preconcebuts i assajats una vegada i una altra.[9]

Com a contraposició, en pàgines llibertàries es reivindicava sempre que a la pantalla hi hagués més presència i protagonisme del paisatge i dels elements naturals, llargament considerats fins i tot en si mateixos una font idealitzada d'emoció estètica i, per tant, un element potencial de revaloració artística i educativa del mitjà.[10] Això explica l'interès recurrent pel gènere documental i la fascinació i

5 Comino, Pepe. «Cinematográficas». *Solidaridad Obrera*, 30-10-1931.

6 Les. «La droga heroica de nuestra época». *Rebelión*, 3, 9-2-1934.

7 Santos Davant, L. «De la pobreza "moral" del cinema capitalista, pasando por un film de René Clair, al hipotético cinema español». *Tiempos Nuevos*, 5-12-1934.

8 Comino, Pepe. «Ni paisaje ni verdad». *Solidaridad Obrera*, 11-11-1931, i «Charlas al vuelo». *Solidaridad Obrera*, 13-11-1931.

9 Vegeu, per exemple, Comino, Pepe. «Una visita a los estudios de Montjuich». *Solidaridad Obrera*, 1, 2, 4, i 15-2-1933.

10 «Importancia educativa del paisaje en el cine». *Solidaridad Obrera*, 6-11-1931.

admiració per produccions com ara *Eskimo* (Woodbridge S. Van Dyke, 1933),[11] el marcat caràcter testimonial, documental, quasi etnogràfic de les quals no només es corresponia fàcilment amb la recurrent exigència de veracitat i realisme de les imatges a la pantalla, sinó també amb una arrelada exaltació vitalista de la natura, d'inequívoca inspiració tardomodernista, a través de la qual el paisatge es presentava com la sublimació d'una primigènia llibertat individual perduda, anhelada i en conflicte permanent amb els falsos convencionalismes morals i les restriccions i imposicions derivades del poder i les institucions de govern bastides per una societat industrial dominada per la misèria i l'explotació de l'home per l'home.[12]

Aquesta exigència de naturalitat i de realisme tenia un correlat evident en la reivindicació d'un canvi en l'orientació temàtica i argumental del cinema, a fi de retornar-li la primigènia consideració artística i la suposada natural vocació social. De fet, l'alternativa al cinema burgès es presentava habitualment sota encapçalaments com ara cinema social o cinema selecte, els quals es referien principalment a aquelles poques produccions susceptibles de contemplar veritablement el mitjà com una forma d'expressió artística al servei del progrés humà. I per això aquestes mateixes pel·lícules podien fins i tot aparèixer igualment conceptualitzades en algun moment com a exemples d'un cinema dit pur, d'avantguarda o d'avançada,[13] uns termes, al seu torn, d'inequívoques reminiscències avantguardistes, però que, en la seva accepció llibertària i segurament per intentar evitar equívocs i per diferenciar-se expressament de l'abominada fórmula burgesa de l'art per l'art, serviren en primera instància per categoritzar positivament aquelles produccions realitzades amb alguna idea més alta i elevada que la dels «dividends de les accions» i enfocades plenament a la palpitant realitat social del moment històric per servir expressament de portaveus de les genuïnes necessitats i aspiracions de la col·lectivitat.[14] Unes pel·lícules allunyades, per tant, de l'«aristocratisme» tòpic i servicial amb què semblaven adornar-se la majoria de títols en la premsa «burgesa»; pel·lícules que no necessitaven, és clar, el reclam de galants rutilants o estrelles deleroses «de perifollos», ni tampoc «del halo de voces con talla de personajes que parecen tener la clave actual del mundo para alcanzar el triunfo de artistas»;[15] pel·lícules,

11 Vegeu-ne un exemple a Peirats, José. «"Eskimo" o la moral de los "dioses con pellejo blanco"». *Solidaridad Obrera*, 5-4-1935.

12 Litvak, Lily. *Musa libertaria: arte, literatura y vida cultural del anarquismo español, 1880-1913*. Barcelona: Antoni Bosch, DL, 1981, pp. 43-67.

13 «Cine de Vanguardia». *Solidaridad Obrera*, 29-10-1930; Comino, Pepe. «Cine de avanzada». *Solidaridad Obrera*, 30-10-1930, i «El cine puro». *Solidaridad Obrera*, 13-12-1930.

14 Comino, Pepe. «Los méritos de Cinaes». *Solidaridad Obrera*, 10-1-1931.

15 Comino, Pepe. «El tópico de los aristocracismos». *Solidaridad Obrera*, 30-7-1931.

en definitiva, compromeses amb l'intrínsec valor testimonial i documental de les imatges en moviment i, per tant, amb una concepció instrumental del cinema com a agent positiu d'orientació i transformació social.

Vistes així les coses, no resulta pas tan estrany constatar en aquests anys un interès positiu i sincer per la cinematografia soviètica, ni la inclusió de films com ara *El cuirassat Potemkin* (*Bronenósets Potiomkin*, Serguei M. Eisenstein, 1925), *L'exprés blau* (*Goluboi ekspress*, Ilia Trauberg, 1929), *La línia general (Lo vell i lo nou)* (*Staroie i novoie*, Serguei M. Eisenstein i Grigori Aleksàndrov, 1929) o *El camí de la vida* (*Putiovka v jizn*, Nikolai Ekk, 1931), entre d'altres, en el constret però eclèctic catàleg de produccions susceptibles de categoritzar-se com a selectes als ulls dels àcrates. Tant és així que la mateixa *Soli* s'erigí aviat en una de les pioneres i més entusiastes propagandistes a Espanya de la llavors anomenada escola russa de cinema, així com en una de les primeres veus a atrevir-se a carregar públicament les tintes, encara en plena «dictablanda», contra una censura responsable d'arruïnar pel·lícules «tremendamente hermosas y trascendentales por el solo y honroso defecto de ser procedentes de esta Rusia que quiere vivir a su modo y a su manera».[16] Fidel a la seva pròpia màxima inaugural de voler arrogar-se les funcions de «receptacle» de totes les inquietuds del proletariat revolucionari espanyol i de representació al carrer dels seus interessos morals, econòmics, jurídics, polítics i socials,[17] la *Soli* no dubtà a denunciar també la continuïtat censuradora i supervisora en matèria de cinema de les noves autoritats republicanes, a les quals responsabilitzava d'haver de suportar l'antinòmia de veure marginats i discretament projectats els films soviètics o bé en sessions especials per a les anomenades minories intel·lectuals, o bé en uns pocs «salons aristocràtics» on el valor cívic d'uns films «que tienen en todos sus rasgos y facetas el sello de las masas, que han estado amasados con carne dolorida», quedava fatalment diluït i confús amb l'art intranscendent d'aquelles altres obres fetes «sólo y exclusivamente para el espectáculo».[18]

I és que als ulls del portaveu confederal, la cinematografia soviètica va esdevenir en primera instància la representació més genuïna d'un cinema dit social o proletari; és a dir, un cinema situat als antípodes de les habituals «exquisideses burgeses» de dones belles i galants de cartró, i sincerament enfocat, per contra, a l'ànima pertorbada del poble, «de estas gentes que pasan desapercibidas dentro de la multitud de facetas brillantes de la ciudad, pero que son

16 «¿Qué hace esta censura?». *Solidaridad Obrera*, 21-9-1930.
17 «En marcha otra vez». *Solidaridad Obrera*, 31-8-1930.
18 Comino, Pepe. «Final de temporada». *Solidaridad Obrera*, 25-6-1931.

su epicentro, su base, su nervio y su vida»;[19] un cinema capaç, fins i tot, de correspondre's magistralment amb una concepció quasi mística d'un art erigit en «carne viva, palpitación insurgente de rebeldías y nobles ambiciones de redención»[20] i al costat del qual el gruix de les «modernes» produccions europees i americanes tendien fatalment a dissoldre's com bombolles i bagatel·les inertes i sense vida.[21]

> Un cine humilde, un cine enfocado de pleno de cara a las realidades del momento no ha nacido y crecido más que en la URSS. [...] Allí el arte es doloroso, es carne viva, palpitación insurgente de rebeldías y nobles ambiciones de redención. El arte no es simple ornamentación, falaz ilusión que se construye como un plató principesco. Dorado con las falsedades y cubierto con todos los oropeles, de un sentido rastrero de halagar, de envenenar y torcer los ánimos incautos hacia una idolatría por el boato aparato burgués.[22]

L'entusiasme vers la nouvinguda cinematografia soviètica va ser tal que fins i tot la mateixa *Soli* va intentar infructuosament organitzar la primavera del 1931, com a contraposició i alternativa a les primitives sessions dites «de cine snob», unes originals vetllades de cinema obrer dedicades a promocionar les excel·lències del setè art com a instrument d'educació revolucionària de les masses mitjançant la selecció de programes «dignes», nogensmenys encapçalats per «films rusos, films proletarios donde los problemas del vivir de hoy inquieto y burbujeante quedan esbozados bajo una luz artística».[23] La iniciativa, de ben segur precipitada i condicionada pel clima d'eufòria i de mobilització collectiva que acompanyà el canvi de règim a Espanya, no va arribar finalment a concretar-se. Va caldre esperar encara gairebé dos anys perquè les projeccions de cinema comencin veritablement a fer-se un lloc en el catàleg d'activitats formatives i recreatives ofertes regularment per grups, ateneus i centres de cultura afins al moviment llibertari en forma de festivals i vetllades benèfiques o sessions i cicles de projeccions en les quals les produccions soviètiques esdevingueren des del primer moment un recurrent reclam publicitari i d'audiència.[24]

19 Comino, Pepe. «El cine puro».
20 Comino, Pepe. «El tópico».
21 Comino, Pepe. «De la última sesión de Cine». *Solidaridad Obrera*, 26-4-1931.
22 Comino, Pepe. «El tópico».
23 Comino, Pepe. «Carnet de cinematografía». *Solidaridad Obrera*, 10-5-1931.
24 Per a una visió detallada: Pedret, Gerard. *La quimera de la gran pantalla: periodisme, grups llibertaris i cinema a Catalunya (1926-1937).* Universitat de Barcelona, 2016 [tesi doctoral], esp. pp. 287-316.

Així, per exemple, la primera tongada o temporada d'aquest tipus d'activitats (una sèrie de festivals «benèfics» organitzats a la primavera del 1933 per alguns ateneus de Barcelona i l'Hospitalet a favor de les seves escoles) va presentar ja com a principal i recurrent reclam la projecció de *L'exprés blau*, un poderós al·legat antiimperialista ambientat a la Xina que va ser llavors oportunament publicitat com «la película revolucionaria que destacó el nombre de su director [...] a la vanguardia de la cinematografía mundial»[25] i com una obra d'art «donde la técnica [...] se ha puesto al servicio de la idea, consiguiendo uno de los más vivos exponentes de la lucha de clases».[26] El film, que hom pot considerar efectivament una de les produccions més abstractes de la cinematografia soviètica clàssica pel tractament que fa del muntatge, s'erigí com una de les pel·lícules més celebrades, i projectades, en el camp llibertari, per sobre fins i tot de títols tan emblemàtics de la cinematografia soviètica com *El cuirassat Potemkin*. Nogensmenys, la pel·lícula va ser presentada en el seu moment a la mateixa *Soli* com una de les poques produccions veritablement interessants per al proletariat.[27]

> Una energía descomunal, gigantesca y arrebatadora planea de un cabo al otro del film. El alma torturada, atiborrada de rebeldías de los mujiks que estaban acorralados por la vida, estalla en todo él, como un espasmo indomable que lo arrasa todo, que lo envuelve todo y que desde la pantalla se adueña asimismo del alma semi indiferente del espectador, uncido irresistiblemente a la trama justiciera del film.
>
> Por este camino, el cine ruso va a dejar pálido el realismo que ha encumbrado su literatura. Estos films rusos nos llegan todos ellos con asuntos que están amasados con el nervio de la revolución.
>
> Llevan prendido y latente la chispa que se cobija en cada ser sufrido, hasta que la ventolera la yergue y la aviva para sumarse a la gran hoguera devastadora. La venganza, el odio acumulado por el frío y el hambre, se agolpa todo aguzado con el instinto de la estepa.[28]

Una altra de les produccions soviètiques amb més bona acollida en el camp llibertari va ser *El camí de la vida*, primer film íntegrament sonor realitzat a l'URSS i argumentalment i temàticament inspirat en les teories i les experiències del pedagog Anton S. Makarenko. I això que en un primer moment des de la *Soli* es va trobar a faltar en el film el patetisme intens de la pel·lícula fun-

25 A.B. «Una sesión de cinema social y una charla de Mateo Santos». *Solidaridad Obrera*, 7-3-1933.
26 Ballano, Adolfo. «El cinema social». *Nueva Humanidad*, 2, 17-3-1933.
27 «Un festival cinematográfico edificante». *Solidaridad Obrera*, 31-3-1933.
28 Comino, Pepe. «De la última sesión».

dacional *El cuirassat Potemkin* o una atmosfera emocional tan intensa i creixent com la de *L'exprés blau.* No obstant això, el mateix mitjà no s'estava novament de reconèixer en el film el mestratge artístic de l'anomenada escola russa, capaç com cap altra de dotar-se d'un estil original i propi, un estil caracteritzat per una manera especial «de coger y desmenuzar la visión de la vida en lo que vale; [...] de querer hacer verdad en el cine».[29]

Molt més entusiasmat es mostrava el pintor i cartellista Josep Renau a les pàgines d'*Orto* (València, 1932-1933), una publicació sempre oberta a col·laboracions situades més enllà de l'àmbit ideològic i cultural llibertari pròpiament dit.[30] Per a l'artista valencià, el film d'Ekk esdevenia un clar exemple de com la cinematografia soviètica era capaç de presentar magistralment al món documents palpitants dotats d'un llenguatge «absolutament plàstic», amb imatges que parlaven als obrers d'aspectes íntimament lligats als seus innats interessos de classe i en les quals s'identificaven «fins a la consustanbilitat [*sic*]» elements de gran bellesa plàstica i de fort contingut vital, els quals feien impossible arribar a abstreure la forma del contingut i viceversa. Per això, afirmava, els films soviètics esdevenien una lliçó magistral de compenetració entre l'art i la sociologia i una dura recusació de les deshumanitzades tendències estètiques burgeses, buides de contingut i orientades a enverinar a gran escala la mentalitat dels joves; i això explicava la manifesta superioritat artística del cinema soviètic sobre el capitalista, que la crítica burgesa d'arreu era incapaç d'apreciar en no voler comprendre i acceptar que aquesta no era sinó l'expressió, tant en el camp de la tècnica com en el de l'art, «del triunfo ascendente de la revolución proletaria, de la superioridad histórica de una clase que, haciendo valer sus derechos, ha implantado, por vez primera en la Historia, su propio régimen de vida y Trabajo».[31]

Igualment fervorós es mostrava el faista Francisco Pellicer, la inequívoca filiació anarquista del qual l'eximia (al contrari que Renau) de qualsevol possible sospita de parcialitat a l'hora de reconèixer a les pàgines de la *Soli* haver quedat meravellat per la gran profunditat social d'una cinta que mostrava el progrés verificat per una cinematografia capaç, per fi, de projectar una nova moral a la pantalla i de dotar el mitjà de grans perspectives ideològiques, les quals, «con los recursos técnicos que las nuevas orientaciones modernas ofre-

29 Comino, Pepe. «El camino de la vida». *Solidaridad Obrera*, 4-3-1932.

30 Al seu torn, la militància comunista de Renau no va ser un impediment perquè col·laborés assíduament amb publicacions llibertàries tan emblemàtiques com ara *La Revista Blanca*, *Estudios* o *Tiempos Nuevos*, entre d'altres.

31 Renau, Josep. «El camino de la vida. Film ruso de Nicolai Ekk». *Orto*, any 1, 5, juliol de 1932.

cen, son inagotables». Segons Pellicer (que afirmava que anava assíduament al cinema en qualitat d'«enamorado como joven de todo lo moderno»), un dels grans mèrits del film de Nikolai Ekk era la seva capacitat d'evocar una «moral nova» al món:

> La moral de que todo lo que se haga, para hacer de un infante un hombre, es poco. Y sobre todo, y lo más importante, con no ser lo menos los demás aspectos [...], es desviar la atención del público de esos films cursis de Maurice Chevalier, el frívolo más insustancial del arte mudo y sonoro, hacia manjares exquisitos del espíritu, ya que a todo lo largo de la realización [...] la belleza de la naturaleza es un motivo más para admirar el esfuerzo de la obra, en llevar a la Europa podrida una ráfaga de aire puro.[32]

Més matisada, per bé que igualment positiva, va ser l'acollida professada, finalment, al film *La línia general*, un al·legat en favor de la col·lectivització i modernització del camp impulsada a l'URSS pels bolxevics, que el mateix Francisco Pellicer va presentar en primera instància com una «estampa de fuerte emotividad de la vida del campesino ruso, de su desconfianza ante los discursos, de la lucha de la juventud contra la rutina, de la ridícula preponderancia de la burocracia, así como del burgués grasiento boicoteador de todo lo que signifique progreso».[33]

En efecte, la inequívoca significació i vocació propagandística del règim soviètic que té el film no passava pas per alt als ulls dels perspicaços observadors llibertaris, per als quals un dels valors principals del film era, precisament, la crítica que emanava de les seves imatges vers la burocràcia de l'estat, «plaga mortal que lo destroza todo».[34] Per això la pel·lícula es va presentar novament a les pàgines de la *Soli* com una de les poques produccions susceptibles d'utilitzar-se amb finalitats propagandístiques revolucionàries no partidistes, i és que al particular estil fílmic del «mestre» Eisenstein («sin stars, maquillajes, ni argumentaciones truculentas [...] sin intrigas cursis, ni salones tapizados, sin coquetería, sin perfume, sin cosmético, sin "flappers" ni vampiresas») s'hi afegia en aquest cas la magistral traducció del film al castellà feta pel val·lisoletà Valeriano Orobón Fernández (una de les figures intel·lectuals de més prestigi de l'anarquisme hispà i europeu),[35] mitjançant la qual la cinta s'allunyava del

32 Pellicer, Francisco. «"El camino de la vida"». *Solidaridad Obrera*, 24-11-1932.

33 G. A. «Dos sesiones de cinema social». *Tierra y Libertad*, 14-7-1934.

34 Un operador de cine. «Última sesión del ciclo iniciado». *Solidaridad Obrera*, 23-4-1935.

35 Orobón era traductor també d'*El cuirassat Potemkin*, *La mare* (*Mat*, Vsévolod Pudovkin, 1926) i *Octubre* (*Oktiabr*, Serguei M. Eisenstein i Grigori M. Aleksàndrov, 1928), entre d'altres. Per a la figura

caràcter apologètic característic d'altres produccions soviètiques coetànies i conservava, per contra, una primigènia puresa revolucionària «sin motes ni etiquetas».[36] Aquesta puresa permetia presentar llavors la pel·lícula com «el primer cuadro monumental de la revolución basado en documentos campesinos y agrícolas» i com un fabulós al·legat a favor de la fórmula col·lectivista i «el ideal difuso de la revolución agrícola».

Val a dir que, en el camp llibertari, no tothom professava el mateix fervor vers la cinematografia soviètica. De fet, tal com ha quedat apuntat, tampoc no faltava qui des del primer moment no s'estava de mostrar públicament el seu malestar i la seva disconformitat vers l'entusiasta defensa d'alguns companys d'un cinema «de tendencia clara y definida [...], afanoso de consolidar un poco aquel tinglado soviético y de cazar con el anzuelo del arte un sector de opinión fuera de las fronteras».[37] I és que, per a aquells elements més recelosos i suspicaços, hom no podia pas caure en l'error de jutjar per les aparences i deixar-se enlluernar per la prohibició i censura governamental dels films soviètics, ni per la reconeguda capacitació tècnica i la sorprenent originalitat dels directors i realitzadors russos, i oblidar que totes i cadascuna de les produccions realitzades a l'URSS no eren sinó, en el fons, una «cunya» de propaganda marxista:

> ¿Qué importa que los intérpretes respondan al motivo del film y no el film al modo de ser personal de los intérpretes, según la moda norteamericana, si aquellos films y estos intérpretes han de moverse al dictado de quienes contra el proletariado mandan en Rusia al proletariado? ¡La recusación del principio de las estrellas! ¿Se quieren más estrellas que las que lucen en la bocamanga y las que en sí representan los mandarines rojos, imprimiendo conveniencias de partido a la orientación de los films, que implican conveniencias personales de quienes mangonean este partido? [...] ¿Qué hace el ciudadano Stalin por gestión indirecta de sus delegados, sino imprimir el sello de su propia personalidad de tirano en la producción cinematográfica?[38]

Val a dir, però, que malgrat les advertències, les crítiques, els persistents recels i l'hostilitat d'alguns elements i grups, les produccions soviètiques tendiren llargament i en línies generals a tenir molt bona premsa entre les files lli-

---

d'Orobón, vegeu Gutiérrez Molina, José Luis. *Valeriano Orobón Fernández: anarcosindicalismo y revolución en Europa*. [Madrid]: Libre Pensamiento, 2002.

36 Un operador de cine, «Última sesión».

37 «Arte pervertido». *Solidaridad Obrera*, 25-12-1931.

38 Peirats, Josep. *Para una nueva concepción del arte. Lo que podría ser un cinema social*. Barcelona: Ediciones de «La Revista Blanca», 1935, p. 23.

bertàries, fins al punt de ser inequívocament erigides en model a seguir o imitar a l'hora de plantejar una possible alternativa «llibertària» al cinema «burgès» o «capitalista». En aquest sentit, i com a colofó, serveixen les apologètiques paraules del reputat periodista i publicista Mateo Santos, un dels principals introductors i animadors del debat cinematogràfic en el món llibertari,[39] en el portaveu cultural de la FAI *Tiempos Nuevos*:

> En la Rusia roja el cinema es mucho más que un entretenimiento y que una industria: es un propagandista poderoso de la revolución que conmovió al mundo, un instrumento eficacísimo de cultura, un arte henchido de humanidad, libro de la historia que día tras día va escribiendo el régimen proletario en fábricas, campos y talleres; carne y alma, nervio y sangre del pueblo que produce ese cinema.
>
> Por eso tiemblan ante un cine de tal naturaleza las naciones que no se han sacudido aún el yugo capitalista, que no han podido desprenderse de las garras de la burguesía [...]. Tiemblan esos estados ante la emoción tremenda, ante el empuje vigoroso, ante la enorme lección de un cinema hecho por el pueblo para cantar victorioso sus conquistas.
>
> Desde *El fin de San Petersburgo* y *El pueblo del pecado* a *El camino de la vida* y *El expreso azul*, el cine de la nueva Rusia ha ido poblando las pantallas españolas de imágenes insurgentes, de siluetas rebeldes, de rostros expresivos, de gestas violentas que nos traían el aliento de un pueblo gigante que rompió con su tradición y con su historia para forjar otra más a tono con sus ideales.[40]

39 Vegeu, per exemple, Pedret, Gerard. «Grups llibertaris i cinema a Barcelona. El paper de Mateo Santos (1930-1936)». *Cercles. Revista d'Història Cultural*, 11, 2008, pp. 168-182.

40 Santos, Mateo. «El film social en la Rusia Soviética». *Tiempos Nuevos*, any II, 8, 1-12-1935.

The Spectre of «Red China»: The Northern Expedition and Japanese Public Opinion, 1926–1927

Andrea Revelant
Università Ca' Foscari Venezia

Introduction

The Russian Revolution had far-reaching consequences in East Asia, starting from Japan's military intervention in Siberia (1918-1922, with the occupation of Northern Sakhalin continuing until 1925). In the long run, the most important influence exerted by Moscow in the region was arguably that of sowing the seeds of communism in China.[1] Under instructions from the Comintern, the small Chinese Communist Party (CCP) formed a United Front with Sun Yat-sen's Nationalist Party (Guomindang, or GMD) in 1923. The Communists' goal was to infiltrate the GMD and steer China towards a bourgeois revolution, which in turn would lay the premise for the advent of socialism. Thanks to Soviet support, the GMD was able to strengthen its organisation, thereby launching a military campaign for the reunification of China from Canton in July 1926. Under the command of Chiang Kai-shek, the «Northern Expedition» (hereafter NE) was a success, leading to the capture of Beijing in June 1928 and the establishment of a new national government in Nanjing.

In the meantime, however, the United Front had broken up. Many GMD leaders had been wary from the start about the CCP's motives for cooperation. Moreover, Moscow pursued a contradictory China policy, which in the North aimed at the preservation of special rights inherited from the tsarist regime by means of secret diplomacy. It was only after Chiang staged an anti-Communist coup in Canton in March 1926, indeed, that the Soviet government gave up its opposition to the campaign. The uncomfortable relationship with the CCP sparked conflict between the Left and Right wings of the GMD, which escalated until Chiang carried out a large-scale purge of Communists in Shanghai on 12 April 1927. The United Front continued for a while in the ter-

1 See Elleman, Bruce. *Moscow and the Emergence of Communist Power in China, 1925-1930*. Abingdon and New York: Routledge, 2009.

ritory under control of the Left GMD government, based in Wuhan. By July 1927, though, the Left leaders too had expelled the Communists. Attempts at insurrection by the CCP later that year ended in utter failure. While crippled, the CCP managed to survive for two decades and reacquire strength during the Sino-Japanese War, finally prevailing over the Nationalists in the civil war of 1945-1949.

The aim of this paper is to illustrate how public opinion in Japan reacted to the rise and fall of Communist influence in China at the time of the NE. It is part of a wider research project on the international discourse on Republican China, whose purpose is to combine the perspectives of institutional actors with those of journalists and other observers. Although a number of excellent studies are available on Sino-Japanese relations in the period in question, the literature is still thin with respect to public opinion and its impact on foreign policy.[2] In order to obtain an articulate picture of the views represented in the press, the analysis is based on a selection of sources that differ in political leaning and target public. The survey conducted so far covers the four newspapers with the largest circulation, published by the Asahi and Mainichi companies (these are, respectively, the *Ōsaka* and *Tōkyō Asahi shinbun*, and the *Ōsaka Mainichi shinbun* and *Tōkyō Nichinichi shinbun*); the leading newspaper in the Kyūshū region, that is, the *Fukuoka Nichinichi shinbun*; four general-interest magazines, namely *Chūō kōron*, *Kaizō*, *Nihon oyobi nihonjin* and *Taiyō*, and the main journal specialised in foreign affairs, *Gaikō jihō*.[3]

Because of space constraints, discussion of the editorial policy of each publication has to be left to another occasion, together with the profiles of prominent authors and a thorough study of the articles collected. Here it will suffice to quote a few salient passages, so as to outline major trends detected in the public debate. The next paragraph samples responses to the NE in its early stage, before Chiang cracked down on Communists. The following section

2 For a review, see the Introduction in Revelant, Andrea. «Revolution Deconstructed: Chiang Kai-shek and the Northern Expedition in the Japanese Press, 1926-1928». In De Giorgi, Laura; Samarani, Guido (eds.). *Chiang Kai-shek and His Time*. Venezia: Edizioni Ca' Foscari, 2017. http://edizioni cafoscari.unive.it/it/edizioni/libri/978-88-6969-127-0/

3 According to the police, the *Ōsaka Asahi* had at the time a daily circulation of about 1.2 million copies. The *Ōsaka Mainichi* followed with 1.1 million copies, while the *Tōkyō Asahi* and *Tōkyō Nichinichi* (hereafter *TN*) sold both about 400 thousand copies. The estimate for the *Fukuoka Nichinichi* (*FN*) was of 130 thousand copies. Although it did not reach the numbers of popular magazine *Kingu* (300 thousand copies), *Kaizō* was one of the most widely read monthlies, with 100 thousand copies. *Chūō kōron* and *Taiyō* sold respectively 20 and 10 thousand copies. Figures are not available for fortnightly *Nihon* and *Gaikō jihō* (*GJ*). See Keiho, Kyoku. *Shinbun zasshisha tokuhi chōsa*. Tokyo: Taishō shuppan, 1979 (1927), pp. 7, 21, 29, 667.

deals with reactions to the Nanjing Incident of 24 March 1927 and criticism of Japan's non-intervention policy. Next, the paper presents opinions on the outlook for communism in China after the Shanghai coup, until the fall of the Canton Commune in December 1927. The conclusion points at the lasting impact that the issue of China's «reddening» (*sekka*) had on Sino-Japanese relations.

The emergence of the 'red threat'

Recent research on a narrower documentary basis indicates that in the initial phase of the NE the Japanese press perceived the campaign as a Soviet-planned operation, aimed at extending Moscow's influence in China chiefly at the expense of Great Britain. For this reason, there was considerable confusion about Chiang Kai-shek's relationship with the Left GMD and the Russian advisors. It also appears that the main concern of commentators was not so much about the possible consequences of revolution within China, but rather the threat this posed to the 'unequal treaties' that guaranteed the interests of Japan and the other foreign powers.[4] Additional sources presented here confirm these findings, but they also shed light on a wider range of opinions on the gravity of danger and on possible countermeasures.

While the *Mainichi* took a consistently negative attitude towards the GMD, the *Ōsaka Asahi* expressed sympathy for its effort to reunify the country, and dismissed Communist influence over the party as a transitory condition. The *Tōkyō Asahi* stressed that Japan should uphold her legitimate rights in any case, regardless of China's likely «reddening». The *Tōkyō Nichinichi adopted a more cautious tone, stating only that* «From the standpoint of ideology, politics and foreign relations, a great change can't be avoided» in China.[5] All four newspapers are usually labelled as liberal, in the sense that they supported parliamentary government in Japan and cooperative diplomacy. Nevertheless, as this survey suggests, there were significant differences among them, even within the same publishing group.

Kaizō, a progressive magazine that often hosted pieces by Marxist intellectuals, framed the question in a way similar to that of the *Tōkyō Asahi*, but diverged in the conclusion:

4 See Revelant, Andrea. «Revolution Deconstructed...», *op. cit.*, pp. 130-134. Refer to the same for all Asahi and Mainichi articles mentioned further.

5 Editorial (ed.) «NanShi senkyoku shinten». *TN*, 2/9/1926.

> Someone sees the Canton government as a branch office of Moscow. Leaving aside whether this is true or not, as a matter of fact the Canton government has a number of Russian advisors, and the organisation of government follows that of Moscow. But this does not matter. One question is whether the Canton Revolutionary Army that looks up to Chiang Kai-shek as its leader will be able, as their propaganda goes, to crush the Northern military factions, defeat imperialism, and expel foreign power. [...] Should China become a militarist, imperialist country, or should it turn into a democratic country or a communist organisation, we are not so much interested in that. However, depending on the attitude of our country, we have to expect right away the day when this leads to the boycotts of goods and interruption of economic exchanges.[6]

To avoid such damage, the author argued, Japan should absolutely abstain from any interference against the Southern forces, as it would only lead to a backlash.

In a more alarmed tone, China expert Kurone Shōsaku stressed the political consequences of the NE in the pages of the nationalist *Nihon*:

> [...] the country cannot but roll into the palm of that red army's hand. [...] I think that we can guess from now that events will follow one after another, much uglier than expected by the average Japanese [...] In the first place, at present the Canton Nationalist government and the Nationalist Party are the realm of the Communist faction. [...] Moreover among supporters outside the party there are many members of the Communist Party; in other words, since the Nationalist Party is popular thanks to members of the Communist Party, if one day there will be a national assembly or a constitutional assembly, inevitably demands from that side will emerge.[7]

On the other hand, there were those who tried to reassure the public that the advance of the GMD posed no serious threat to Japan. It is the case of Horiuchi Tateki, a mid-ranking official in the Foreign Ministry, who wrote as follows in *Gaikō jihō*:

> In order to solve the problem of whether the Canton government will enforce red ideology as people fear, as a premise it is convenient to think if the Chinese people may accept communism. [...] China is an agricultural country and farmers are satisfied with the present system. Modern production is managed by for-

6 Ed. «Kanton kakumeigun to Nihon». *Kaizō*, October 1926, p. 1.

7 «Kōdai seru Shina kōhaku sensō. Shina wa sekka no tenka ka». *Nihon*, 15/11/1926, pp. 15-23.

> eigners [...] when factory workers make a fuss, their strength is not enough to sweep the whole country and overthrow a firm social order. In other words in present-day China there is not a situation of widespread social unrest such as to arouse sympathy for communism. [...] The reason why the Canton government has approached people in the worker-farmer [i.e. Soviet] government is not because it sympathyses with communism and aims to lead the Chinese revolution in that direction; instead, there is no mistake in asserting that their goal is mainly to acquire power based on factory workers and the military, and also to borrow from the worker-farmer government its skilled propaganda leaders, getting at the same time support in money, weapons and other things. [...] As for the immediate repeal of the existing treaties, the above mentioned statement by Chiang Kai-shek tells clearly his resolution, but seen from a different angle it also looks like an act to win the hearts of the people in the Wuhan region; as a matter of actual politics, Chiang Kai-shek too must be aware enough that immediate repeal of all treaties cannot be put into effect, [...] hence no matter how violent the Canton government may be, it will not do that.[8]

These assertions were in line with the official position of the Japanese government, at the time led by the Kenseikai party. Foreign minister Shidehara Kijurō, who had normalised relations with the Soviet Union earlier in 1925, upheld in public a policy of strict non-interference in the Chinese civil war.[9]

In the same journal issue, another advocate of neutrality was Ōnishi Itsuki, chief editor for China at the *Tōkyō Asahi*. Ōnishi, however, based his argument on an entirely different prediction:

> I do not hesitate to say that China, which through political revolution is leaping towards social revolution, is on her way to become a second Russia. Half of China has already turned red. The reddening of the other half is just a matter of time [...] I am neither surprised nor scared that China turns red. If that is the overall trend in China, it can't be helped. It is necessary, and most appropriate, that China's domestic affairs be managed by China herself. [...] Even if a red government is set up, once the country is unified there will be several advantages compared to the current situation of turbid unrest, in which the country is split into pieces and ceaselessly caught into the whirl of war; the growth of industry

8 «Kanton seifu to kyōsanshugi». *GJ*, 530, 1/1/1927, pp. 73-82. For similar views, see Yamai, Kakutarō. «Shina wa sekka sezu». *GJ*, 523, 15/9/1926, pp. 34-37; Gotō, Asatarō. «Shina gaikō no shin kyokumen». *GJ*, 525, 15/10/1926, pp. 19-33.

9 As in Yoshizawa, Kenkichi (Japan's minister to China). «Shina jikyoku ni kansuru kansō». *Taiyō*, 32: 13, Nov. 1926, pp. 27-28. For a positive appraisal, see Matsubara, Kazuo (law scholar). «Shidehara gaikō no yosan to kessan». *Taiyō*, 33: 1, January 1927, pp. 12-16.

> and the economy as well will be definitely better than now. Today in China there are no emerging forces in view other than those backed by the Canton government. Japan too should acknowledge this, be sympathetic, and get along with it, as there is no choice.[10]

It is worth noting that this view was more optimistic than the one earlier expounded in the author's newspaper (unsigned editorial of 30 November 1926), as mentioned above. Stylistic differences between the two articles, as well as the fact that Ōnishi was not in charge of editorials in that period, suggest that the first piece was by one of his colleagues.[11] It is a case in point of the autonomy which journalists could enjoy within their company at that time.

Later in January, the Nationalists forced the British authorities to surrender their concessions in Hankou and Jiujiang. As radical activism intensified in the territories under control of the Left GMD, concern that Japan might soon suffer some major blow grew stronger. Miyaji Kandō, president of the *Shanhai Nichinichi shinbun*, accused «the Communist government hidden under the name of Nationalist movement» of fomenting disorder:

> [...] the increase in unemployed people caused by the damage to our domestic industry, combined with a worsening trend in the realm of thought, give a golden opportunity to the propaganda of Red Russia. If the reddening campaign of the Nationalist government succeeds, and we get to the foundation of a Soviet republic in China, this danger will become even greater. What sort of crisis it may generate, it is almost beyond imagination [...] A parasite dwells in its [i.e. of the Nationalist Party] bowels, and it is no more a healthy body [...] It is impossible to enforce a de-Communisisation of the Nationalist government. The force of Red Russia's cell organisation is to be feared.[12]

In the conclusion of the same article, he urged the Japanese government to take effective countermeasures: «Everyone would acknowledge that, when a robber plunges into the next home, to pretend that this is not our home's business is against human feelings.»

10 «Kyūgunbatsu no sōkessan (Shina no sekka naru)». *GJ*, 530, 1/1/1927, pp. 102-114. For a study tracking changes in Ōnishi's views on China from the 1920s up to the Manchurian Incident, see Shimada, Daisuke. «Shinbun kisha ni okeru kokumin kakumei ninshiki to tai ManMō kyōkōron no keisei». *Rekishi hyōron*, 811, November 2017, pp. 57-70.

11 I am indebted to Shimada Daisuke for this observation.

12 «Shina kokumin undō no shinsō (rekkyō no toru beki kyōdōsaku)». *Gaikō jihō* (*GJ*), 532, 1/2/1927, pp. 65-74.

Equally charged with dramatic overtones was an interview to Akaike Atsushi in the *Fukuoka Nichinichi*, a newspaper that had close ties with the opposition party, the Rikken Seiyūkai. Akaike, a former bureaucrat from the Home Ministry who sat in the House of Peers, claimed that

> The Nationalist government is planning the reddening of China. [...] Last December in Hankou they have kidnapped the Chinese employed in Japanese banks and trading firms; they have formed trade unions and murdered the good workers. Japanese companies are oppressed. If the authority of the Southern army reaches to Shanghai, this will have grave consequences for our interests. The struggle for Shanghai is a matter of life or death for China.[13]

Nihon, which regularly featured satirical vignettes, published one with a raging Chinese struck by the «fever of sovereign rights' recovery», shown in the act of kicking away a man in tailcoat (likely a British capitalist). Below, a worried character in Japanese dress said, «If you rampage like that I'll be in trouble», while holding a sword for the «protection of the established rights». Uncle Sam stood aside with crossed arms.[14]

Other observers insisted that a wait-and-see policy was still the best option. The editor of the *Fukuoka Nichinichi* did not exclude that someday circumstances might force Japan to «take adequate action» towards China.[15] For the time being, however, he approved the government's decision to reject London's appeal for a joint expedition to Shanghai, which would only throw Japan «into the whirl of a useless conflict».[16] The director of *Gaikō jihō*, Hanzawa Gyokujō, believed that the «Communist faction» was losing both popular support and its hold on GMD leadership. Therefore, Japan and the other powers should «leave it to its natural course and let them take poison and antidote by themselves».[17] This approach, he clarified, would not prevent Japan from using any legitimate means to strike back at those violent groups that might harm her residents and their property.[18]

13 «Shina no dōran (ka). Shisōjō kara kansatsu shitaru». *FN*, 24/3/1927.

14 Untitled. *Nihon*, 117, 1/2/1927, p. 131. There was a pun on homophones, as *ken* means either 'sword' or 'right'.

15 Ed. «Jikyoku no shinten to Nihon». *FN*, 15/1/1927. See also Ikkisha. *Taiyō*, 33: 3, March 1927, pp. 9-14.

16 Ed. «Teikoku no kyōdō shuppei kyohi». *FN*, 27/1/1927.

17 «Shina ni okeru EiRo sensō». *GJ*, 532, 1/2/1927, pp. 1-13.

18 The same view is in Matsui, Hitoshi (professor at Kokugakuin University and former army lieutenant). «Shin Shina no yukue». *GJ*, 532, 1/2/1927, pp. 31-38.

After the Nanjing Incident

The looting and assaults on foreigners that followed the capture of Nanjing by the National Revolutionary Army on 24 March 1927 was widely reported in the press as a Communist plot to provoke retaliation by the powers and bring down Chiang Kai-shek, whose conflict with the Left had already become patent.[19] Both domestic and international pressure to suppress the Communists increased on Chiang in the following weeks, contributing to his ultimate decision to start the purge.[20] In Japan, the news from Nanjing ignited further debate about the red threat and Shidehara's policy.

The four big newspapers retained the opinion that direct intervention would be counterproductive.[21] However, they also criticised Japan's diplomacy for failing to prevent the incident, and casted doubts about the quality of Nationalist leadership. Even after the Shanghai coup, the *Mainichi* in particular remained pessimistic on the prospects for stable government under the GMD. *Nihon* complained that the government's policy of non-interference meant in practice «non-resistance» to any violence committed by the Chinese. Taking «adequate measures» to protect the lives and property of expatriates would be instead «a legitimate act in self-defence of the state».[22] The *Fukuoka Nichinichi* accused the authorities of irresponsible behaviour, as they had just «watched the growth of the Communist movement» without taking any preemptive measure.[23] Noting that «China, most clearly, is becoming a battlefield between capitalism and communism, worker-farmer Russia and the powers», the editor concluded that

19 See Revelant, Andrea. «Revolution Deconstructed...», *op. cit.*, p. 137. See also «Gaijin hogo o seigon shitemo Shō shi jishin no chii ga abunai». *FN*, 1/4/1927; «Shina no terorizumu to rekkyō (zai Shi EiBeijin no hikiage)», «Nankin jiken no shinsō». *GJ*, 537, 15/4/1927, pp. 158-161, 161-163; «Nankin kokujoku jiken to nanjaku muteikō gaikō». *Nihon*, 123, 15/4/1927, p. 3.

20 See Iechika, Ryōko. «Shō Kaiseki to Nankin kokumin seifu». Tokyo: Keiō gijuku daigaku shuppankai, 2002, chapter 3.

21 Revelant, Andrea. «Revolution Deconstructed...», *op. cit.*, pp. 137-138. See also editorials «Nanpō no naisō to rekkoku no taido», «Tanaka shushō no tai Shi tōben». *TN*, 31/3, 7/5/1927. In the magazines, see Ōi, Jirō. «Nankin jiken to Nihon no taisaku (gensei ni dankyo taru sochi o tore)». *GJ*, 537, 15/4/1927, pp. 22-30; Honda, Kumatarō (diplomat). «Tai Shi gaikō no hasan (zen naikaku no shittai to shin naikaku no kōryo subeki shoten)». *GJ*, 538, 1/5/1927, pp. 19-38; Nagano, Akira. «Nihon no tai Shi konponsaku». *Taiyō*, 33: 9, July 1927, pp. 31-54.

22 «Nankin kokujoku jiken to nanjaku muteikō gaikō». *Nihon*, 123, 15/4/1927, pp. 4-5. A vignette in the same issue (p. 126) depicted two scared Japanese men, whom Chinese soldiers had stripped to their underpants. They bore the captions «non-*interference*» and «*non-resistance*».

23 Ed. «Shina gaikō hinan». *FN*, 13/4/1927.

> [...] the time has come to shelve the loose policy of so-called non resistance. [...] In order to protect our interests, as well as peace in our neighbouring country of Korea, we must of course prevent the reddening of Manchuria-Mongolia. [...] To this purpose, we might at times have to support Zhang Zuolin [the leader of the Northern coalition]. If we are dissatisfied with Zhang Zuolin, we might have to rely directly on our strength.[24]

Japan's foreign policy took a turn shortly after, as the emperor's Privy Council took advantage of a banking crisis to force the resignation of the Kenseikai cabinet. On 20 April the Seiyūkai formed a new administration led by its president, retired army general Tanaka Giichi, who also occupied the post of foreign minister. The Tanaka cabinet adopted the principle of protecting expatriates on the spot, which soon justified a military expedition to the Chinese province of Shandong (May-August 1927). This move got harsh criticism from the *Asahi* and *Mainichi* groups. Both drew a parallel with the disastrous Siberian Intervention, recalling that at the time Tanaka had served as War minister.[25] The *Fukuoka Nichinichi*, on the contrary, warmly welcomed the government's initiative.[26] *Gaikō jihō*, which functioned as a forum for foreign policy debates, hosted articles both in favour and against the expedition.[27] The director's own opinion was one of prudent support, as was that of *Nihon*.[28] What seemed an unjustified delay in the withdrawal of troops later prompted criticism from the latter magazine.[29]

The eradication of Communist influence within the GMD that took place between April and July 1927 eventually led Moscow to order the CCP a change in strategy, which resulted in a series of desperate uprisings from August to

24 Ed. «Nanboku Shina ni taisuru Nihon no taido». *FN*, 14/4/1927.

25 Revelant, Andrea. «Revolution Deconstructed...», *op. cit.*, pp. 147-150.

26 Ed. «Nihon no Santō shuppei». *FN*, 29/5/1927.

27 For the first view, see Ōi, Jirō. «HokuShi shuppei wa jūzoku genshō nomi». *GJ*, 541, 15/6/1927, pp. 5-15; Yamamoto, Kumatarō. «Kinji no tai Shi gaikō rongi». *GJ*, 543, 15/7/1927, pp. 106-111; Ninagawa, Arata (professor of International Law). «Gōrisei no tai Shi shuppei». *GJ*, 545, 15/8/1927, pp. 19-26; Matsui, Iwane (army general). «Iwarenaki Santō shuppei hinan». *GJ*, 545, 15/8/1927, pp. 58-74. Negative opinions were in Kashiwada, Tadakazu (Lower House member for the Kenseikai). «Shuppei o chūshin toshite». *GJ*, 541, 15/6/1927, pp. 25-33; Kanda, Masao (*Asahi* editor, member of the Lower House for the Kenseikai). «Nuita katana no shimatsu». *GJ*, 542, 1/7/1927, pp. 51-60.

28 Ed. «Shuppei gaikō no shimatsu». *GJ*, 541, 15/6/1927, pp. 1-2; «Tai Shi sekkyoku gaikō to naikaku kaizō». *Nihon*, 127, 15/6/1927, pp. 2-6. *Nihon*, however, also featured an article that neatly opposed the sending of troops. See Kimura, Hanzō. «Tai Shi shuppei o ronzu». *Nihon*, 128, 1/7/1927, pp. 13-23.

29 «Gen naikaku no shissei to kōki bunran». *Nihon* , 130, 1/8/1927, pp. 2-6.

December of the same year.[30] Most of the publications examined responded with a sense of relief to the defeat of radicalism in China. Only a few leftist commentators attacked Chiang, whom they considered a traitor of the Chinese revolution.[31] Different opinions remained, however, on the outlook for a resurgence of «reddening».

Some observers feared that the CCP may still have enough popular support, and Soviet backing, to harass the GMD again in the future.[32] Others stressed instead that communism stood no chance of success in China.[33] A recurrent argument, among the latter writers, was that such an ideology was incompatible with Chinese culture. Suehiro Shigeo, professor of Law at Kyoto Imperial University, put the question in these terms:

> In short, to ask the Chinese to profess communism is an unreasonable request. For the Chinese, first comes money, second comes money, third comes money; from dawn to sunset, they don't care about anything else than money. To root communism in those people is like transplanting a tropical plant to the frigid zone. Hence the reddening campaign towards China will fail overall.[34]

The same author, though, continued by saying that, «However the smashing of imperialism and denunciation of the unequal treaties will likely succeed, because these are fine popular movements, they are patriotic movements».

30 These developments are explained in the light of factional strife in the Bolshevik party in Elleman, *Moscow and the Emergence...*, chapters 8-9. For an account of the dispute on China between Bucharin and Trotsky, see Sakakibara, Kazumi. «Aka Ro no tai Shi kakumei shidō no shippai». *GJ*, 547, 1/9/1927, pp. 120-132.

31 Revelant, Andrea. «Revolution Deconstructed...», *op. cit.*, pp. 142, 149. See also Inomata, Tsunao (economist, former member of the illegal Communist Party of Japan). «Kakumei Shina to Ei Bei to Nihon to». *Taiyō*, 33: 11, Sept. 1927, pp. 238-248; Mizutani, Chōzaburō (socialist lawyer). «Dai niji sekai sensō no kiki». *Taiyō*, 33: 12, Oct. 1927, pp. 61-71; Yamakawa, Hitoshi (former secretary of Japan's Communist Party). «Shakai jiji». *Taiyō*, 33: 13, Nov. 1927, pp. 71-84.

32 *Ibid.*, pp. 139-140; «Shō shi no kyōsantō dan'atsu. Zento wa utagawashii». *FN*, 29/4/1927 (evening); Inahara, Shōji. «Shidehara gaikō yori Tanaka gaikō e». *GJ*, 539, 15/5/1927, pp. 7-25; Funakoshi, Mitsunojō. *GJ*, 539, 15/5/1927, pp. 26-35; Ōnishi, Itsuki. «Shina kakumei no zento». *GJ*, 542, 1/7/1927, pp. 33-40; Sakakibara, «Aka Ro...».

33 Revelant, Andrea. «Revolution Deconstructed...», *op. cit.*, pp. 138-139, 143; editorials «Kyōsantō dan'atsu to sono go no eikyō», «Shina to Roshia», «Shitsuyō naru sekka». *FN*, 2/7, 21/7, 22/12/1927; Ogawa, Setsu. «Tai Shi kōgaikō no shin igi». *GJ*, 539, 15/5/1927, pp. 47-56; Shiosaki, Kanzō. «Unmeigeki toshite no kokumin kakumei». *GJ*, 543, 15/7/1927, pp. 11-16; Takayama, Kensuke. «Shina no kakumei wa sareri nari». *GJ*, 544, 1/8/1927, pp. 33-44; Sakanishi, Rihachirō (army general and member of the House of Peers). «Shina sekka bōatsu no kōki». *GJ*, 540, 15/5/1927, pp. 17-23.

34 «Shina no kokumin undō», part 2. *FN*, 30/6/1927.

Therefore, as another writer pointed out, Japan would still have to face the problem of how to deal with Chinese nationalism:

> [...] to consider it as simply based on agitation and support from Red Russia, and try to ignore the awakening of the Chinese people, is not a correct perception. I recognise the support from Russia, but more than that, it is rather international oppression against China that has boosted today's crisis. I cannot but conclude that the fundamental problem is the rebellion against the powers' international imperialism and capitalism.[35]

Conclusion

Documents presented in this paper indicate that 'reddening' was one of the major threads through which Japanese public opinion read the facts unfolding in China at the time of the Northern Expedition. The widespread inclination to overrate Moscow's influence, especially in the early phase of the campaign, is a telling sign of the fear for the spread of communism that many observers shared. At the same time, it shows that a major criterion for evaluating the GMD was that of its degree of autonomy from the Soviet Union. This is a key point to understand Chiang Kai-shek's determination to purge the Communists, as well as later relations between Nanjing and Tokyo. After 1927, China's «reddening» ceased to be a prime issue in public debates, as attention turned first towards the final fight between the Nationalists and Zhang Zuolin, then to Japan's negotiations with the new government in Nanjing. The legacy of the United Front, however, remained in the organisational skills that the GMD had developed with Communist assistance. As one contributor to *Gaikō jihō* pointed out, Comintern agent Mikhail Borodin had «succeeded in teaching organisation and control to the Chinese, who had no organisation and hated constraints.»[36] While this may well be an overstatement, it cannot be denied that not just the party, but also the wider Nationalist movement had learnt much from the Soviet model. Despite the failure of its policy in terms of fostering a socialist revolution, Moscow did play a major role in shaping the future course of both Chinese politics and China's international relations.

35 Okano, Ichirō. «Kokusai shihonshugi to Shina no teikō undō», part 2. *GJ*, 547, 15/9/1927, pp. 115-130. See also Shirayanagi, Shūko. «Shina wa Roshia o kanka shiezaru ka». *Taiyō*, 33: 5, pp. 48-50.

36 Takayama, «Shina no kakumei...», p. 43.

Cuando la amenaza llegó del cielo. Una aproximación al cine de ciencia ficción en Estados Unidos durante la guerra fría

Carolina Rúa Fernández
Escola Universitària ERAM (Girona)

Introducción

El pánico al holocausto nuclear o a la derrota del *american way of life* ante los soviéticos durante la guerra fría llevaría al cine a reaccionar ante estos temas de manera metafórica. La llegada de marcianos procedentes del espacio exterior sería el equivalente a una invasión rusa, mientras que sus mortíferos rayos y avanzada tecnología lo serían de la bomba atómica.

Como temas habituales en el género de la ciencia ficción encontramos el miedo a la invasión de extraterrestres hostiles (*Invasores de Marte, El enigma de otro mundo*), a la implantación de una sociedad tiránica (*La invasión de los ladrones de cuerpos*) o a las mutaciones provocadas por la energía nuclear (*La humanidad en peligro*, *Godzilla, El increíble hombre menguante*). En definitiva, miedo a la catástrofe y al fin del mundo tal y como lo conocemos (*La guerra de los mundos, Cuando los mundos chocan*), podría decirse.[1] Este trabajo consistirá, por tanto, en un estudio del contexto y de los personajes más comunes (el militar y el científico) de diversos filmes, al que seguirá un análisis más detallado. Las películas seleccionadas son las siguientes:

- *The invasion of the body snatchers* (*La invasión de los ladrones de cuerpos*), de Don Siegel, 1956.
- *Invaders from Mars* (*Invasores de Marte*), de William Cameron Menzies, 1953.
- *The war of the worlds* (*La guerra de los mundos*), de Byron Haskin, 1953.
- *The day the Earth stood still* (*Ultimátum a la Tierra*), de Robert Wise, 1951.
- *The thing from another world* (*El enigma de otro mundo*), de Howard Hawks y Christian Nyby, 1951.

1 Pinel, Vincent. *Los géneros cinematográficos. Géneros, escuelas, movimientos y corrientes en el cine*. Barcelona: Robinbook, 2009, p. 69.

Contexto histórico: miedo, miedo y más miedo

El 6 de agosto de 1945 explotaba la primera bomba atómica en Hiroshima y dejaba un balance de muertos y heridos estremecedor. El mismo procedimiento tuvo lugar tres días después en Nagasaki. Con un Japón más que hundido, no solo se ponía fin a la Segunda Guerra Mundial: también se inauguraba otro conflicto —la guerra fría—, con un nuevo antagonista —el comunista— que a partir de ahora iba a sustituir al nazi en el imaginario del enemigo. A la euforia desatada por la victoria aliada contra Hitler y el eje, le seguiría una época de desconfianza generalizada por el temor al poderío soviético y a un conflicto global que desencadenara la guerra nuclear. Muy especialmente, desde 1949, cuando la URSS consiguió la bomba, los ciudadanos eran conscientes de que un enfrentamiento de estas características implicaría el fin de la humanidad.[2]

La sensación de indefensión norteamericana se disparó cuando la ofensiva de Corea del Norte cruzó el paralelo 38 el 25 de junio de 1950. La invasión de Hungría en 1956 tampoco ayudó a calmar los ánimos, mientras que otro acontecimiento ocurrido el 4 de octubre de 1957 abriría un nuevo campo de batalla. La conquista del espacio inaugurada con el lanzamiento ruso del primer satélite artificial a la órbita terrestre, el *Sputnik 1*, despertó nuevos anhelos y mitos en la competición entre EE.UU. y la URSS.

Ante el precipicio de una nueva era potencialmente catastrófica, la preocupación por la radiación y los ataques aéreos hizo que el interés por la ciencia en general creciera de manera espectacular. Es entonces cuando, «de tanto mirar al cielo por si atacaban los rusos, se empiezan a ver los primeros platillos volantes», explica J. Memba.[3]

Puede establecerse, por tanto, una relación entre la época de la guerra fría y el *boom* del cine de ciencia ficción norteamericano. En concreto, el de platillos volantes y extraterrestres. Hasta entonces, el cine de ciencia ficción había quedado relegado a la serie B y a creaciones muy modestas. De hecho, se consideraba un género menor, orientado al público adolescente, mientras que la comedia o el *thriller* tenían mejor acogida entre los adultos. Sin embargo, el miedo al comunismo encontró en este lenguaje un nuevo y atractivo vehículo de expresión. Mucho más efectivo que la mera reproducción de la realidad, la alegoría conectaba con el público y permitía la posibilidad de adoctrinamiento patriótico y político. Del mismo modo que los comunistas querían liquidar el

2 Memba, Javier. *La década de oro de la ciencia ficción (1950-1960)*. Madrid: T&B Editores, 2005, pp. 70-71.

3 *Ibid.*, p. 67.

capitalismo, la invasión alienígena implicaba el fin del *american way of life*. Con su imponente y avanzada tecnología, el espectador podía entender la importancia de un buen ejército. Fácilmente, se daba el paso y se acababa justificando la carrera armamentística. Lo único que varía entre ellos —continúa Memba— es que «los alienígenas son verdes y los marxistas son rojos».[4]

Los primeros «platillos volantes»

A finales de junio de 1947, la prensa norteamericana documentaba el caso de un reputado hombre de negocios, piloto civil y «deportista», «perfectamente equilibrado» para más señas, llamado Kenneth Arnold, que aseguraba haber visto objetos volantes no identificados en Washington el día 24. Dada su descripción de persona formal, se le concedió una gran credibilidad.[5] Mientras Arnold colaboraba en las tareas de búsqueda de un avión militar perdido, afirmó haber avistado unas extrañas aeronaves que se balanceaban sobre el agua como «platillos volantes» («flying saucers»). La explicación de su avistamiento se convirtió en toda una sensación y su comparación con «platillos volantes» cuajó de inmediato en el imaginario colectivo, aunque él mismo dijera que los objetos voladores eran más parecidos a un «ala delta».[6] Las reacciones no se hicieron esperar. Por un lado, algunos creyeron ver una amenaza alienígena; otros más realistas se decantaron por el espionaje ruso, que, mediante el arte del disfraz, fotografiaba y obtenía información de Estados Unidos.

En *El enigma de otro mundo* se cita un boletín del Departamento de Defensa de 1949 donde el avistamiento de ovnis se atribuye fundamentalmente a tres factores: 1) malas interpretaciones de objetos convencionales, 2) una forma leve de histeria en masa o 3) bromas. En la web de la CIA se recopila el esfuerzo por parte del gobierno de demostrar la falsedad de los hechos. Después de no hallar ninguna evidencia de peso, el grupo de estudio de la CIA concluyó que no existía amenaza real alguna para la seguridad nacional. Muy al contrario, la proliferación de informes falsos sobre UFOS podía sobrecargar el sistema de alarma aéreo, perjudicar los canales de comunicación norteamericanos y debi-

4 *Ibid.*, p. 67.

5 La Torre, Jose M. «Años 50, años de paranoia. Un género sin lenguaje propio». *Nosferatu. Revista de Cine*, núm. 14, p. 4. riunet.upv.es/bitstream/handle/10251/40881/NOSFERATU_014015_001.pdf?sequence=4 (consultado el 7/6/2017).

6 Rodríguez, E. J. «Ciencia ficción: los orígenes (y II)». *Jot Down*, 2012. www.jotdown.es/2012/11/ciencia-ficcion-los-origenes-y-ii/ (consultado el 7/6/2017).

litarlos. Es más, se creía que la URSS podía haber fomentado los avistamientos fantasmas para que no se pudieran distinguir los elementos falsos de los objetivos reales e inducir un «comportamiento de masas histérico».[7]

Poco después, en Nuevo México, un granjero encontraba los restos de un artefacto. Muy cerca de allí había una base aérea militar, que se acabó encargando de recogerlo todo. Ciertas publicaciones quisieron ver una especie de complot en la forma de proceder de los militares, y ello dio pábulo a la versión más fantasiosa del suceso. Como en el caso anterior, algunos —deseosos de confirmar la existencia de otros mundos— creyeron que se había silenciado la existencia de cadáveres alienígenas.

La fiebre ovni creó un auténtico fenómeno cultural que la industria del ocio no pasó por alto. Ante una demanda en expansión, aprovechó el nuevo filón argumental que ya existía en las publicaciones seriadas. Literatura y cine se darán la mano en estos años, y su unión se materializará en el guion cinematográfico de algunas de las mejores películas del género.

La ciencia ficción en las revistas

Nacida formalmente en 1926, cuando Hugo Gernsback usa el término por primera vez en la portada norteamericana de la revista *Amazing Stories*, y casi paralizada durante la Segunda Guerra Mundial, la ciencia ficción iba a experimentar su máximo apogeo con la guerra fría. El *boom* tiene lugar en EE.UU., el único país donde se siguió consumiendo, con un público más maduro y mejores condiciones económicas. La detonación de la bomba despertó el interés de todo lo relacionado con las ciencias y el progreso tecnológico, pero también «una redoblada necesidad de evasión», comenta E. J. Rodríguez. «El planeta Tierra era un desastre, así que parte del público empezó a mirar hacia otros mundos deseando que no fuesen únicamente un producto de la imaginación y que en alguna parte hubiese esperanza de futuro».[8] A partir de 1947 aparece toda una serie de publicaciones (*Fantasy Reader, Other Worlds*, *Galaxy...*). La más destacada fue *Astounding Science Fiction*, que se volvió más académica y rigurosa y se alejó de las *pulp*, revistas también de ficción, pero más ligeras y destinadas a un público juvenil.

7 Central Intelligence Agency. Library. HAINES, Gerald K. *CIA's role on the study of UFOs, 1947-90.* https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/csi-studies/studies/97unclass/ufo.html (consultado el 20/6/2017).

8 Rodríguez, E. J. «Ciencia ficción...», *op. cit.*

Justamente, sus lectores y colaboradores debían de formar parte de ese grupo que en realidad sabía o podía llegar a intuir el alcance de la bomba atómica. Sus conocimientos sobre la bomba eran tan exactos que incluso el FBI se personó en su redacción.

Muestra de la popularidad de esta publicación será la atención que el cine le prestará, así como el salto a la televisión con *The twilight zone* (*La dimensión desconocida*). Desde bien temprano encontramos adaptaciones cinematográficas de relatos de ciencia ficción antes publicados en revistas de ciencia ficción: *Con destino a la luna, Ultimátum a la Tierra, El enigma de otro mundo, Planeta prohibido*... Ciertamente, no todo el celuloide merece la misma distinción. Algunas obras eran muy simples, con pocos medios y dirigidas a un público entregado que lo consumía sin grandes exigencias en las sesiones matinales. Pero, en forma metafórica, la ciencia ficción —con sus tramas y protagonistas— nos sirve como herramienta para reflexionar sobre el mundo.

Los personajes: el científico frente al militar

Una idea de fondo acompaña a las películas: el avance tecnológico y el debate sobre sus límites. La ciencia, depósito de los mayores logros de la humanidad y símbolo de nuestro progreso, no lo soluciona todo, porque o bien los extraterrestres son superiores, o bien ha creado otros problemas nuevos como la radiación. Por ello, aun mostrándose inteligentes, los personajes de científicos acaban siendo ingenuos y, a veces, inútiles. Será el militar, valiente y resuelto, quien la mayoría de las veces solvente la situación. En su versión más intelectual son vilipendiados con la representación del *mad doctor*. Responsables de la creación de la bomba, suelen insistir en proteger al extraterrestre para estudiarlo. En *El enigma de otro mundo,* la torpeza del científico queda encarnada en el personaje del doctor Arthur Carrington. Se empeña en contactar con el alienígena y empatizar con él: «Recuerde que es un forastero en un lugar desconocido. Despertó en un bloque de hielo y le dispararon. Solo se defiende», explica a los militares. En el acto final, está a punto de echar a perder la emboscada que ha de destruir al monstruo, con otro discurso: «Soy tu amigo, no tengo armas. Eres más listo que yo, tienes que entender lo que trato de decirte. No sigas, te matarán. Ellos creen que nos harás daño, pero yo quiero conocerte, ayudarte. Créeme, no soy tu enemigo, soy un científico que está tratando...», y ya no puede acabar la frase ante el ataque de la cosa. No en vano, los otros miembros del equipo no científico lo habían descrito como «un niño con un juguete nuevo, que quiere resolver el misterio, cómo funciona... No piensa como el resto»,

y así es como pone en riesgo a toda la expedición. A diferencia del Klaatu de *Ultimátum a la Tierra*, el *enigma* no viene en son de paz; al contrario, busca alimento y, aun así, el científico insiste en que «para la ciencia no hay enemigos, sólo fenómenos a estudiar» y que «la ciencia es más importante que la vida» porque «la razón de la existencia es saber, descubrir». La crítica al colectivo científico es demoledora. Nyby ve al intelectual con recelo y lo convierte sin reservas en enemigo del militar.[9]

Lejos de apostar por la vía diplomática como los tres desdichados personajes de *La guerra de los mundos* que intentan entablar un diálogo con los extraterrestres («Bienvenidos a California», saludan) y que mueren en el acto, o como el pastor Matthew Collins, que se aproxima a ellos con una Biblia y también es fulminado, en *Invaders from Mars* lo tienen claro: ante el pacifismo, la metralla es más práctica. En cuanto los militares toman el mando, el jefe de policía del pueblo le dice con ironía a su compañero que no le gustaría vérselas con el coronel Fielding: «A veces [estos militares] se ponen muy desagradables». A continuación, más de un minuto de metraje acompañado de música militar para ilustrar las maravillas armamentísticas del ejército norteamericano. Como si de un desfile se tratase, los planos de tanques marchando, *jeeps* armados y maniobras recuerdan a las victoriosas imágenes del ejército estadounidense desembarcando en Normandía. El espectador, en su butaca, no podía menos que experimentar un alivio, la tan necesaria catarsis, al ver a los extraterrestres sistemáticamente derrotados. La carrera armamentística funcionaba: el pueblo norteamericano podía dormir un poco más tranquilo.

El enigma de otro mundo, C. Nyby (1951)

La novela breve de John W. Campbell *Who goes there?*, de 1938, inspiró la adaptación cinematográfica de Christian Nyby y Howard Hawks trece años después de su publicación en la revista *Analog Science Fiction and Fact*. En el Polo Norte, unos exploradores hallan los restos de una nave que se desintegra dejando tan solo una especie de ser atrapado en un bloque de hielo. Por un error, se descongela y «la cosa» vuelve a la vida sedienta de sangre. En el film mata a los perros de la expedición y hiere a otros personajes. En la novela y en el *remake* de 1982 de J. Carpenter se hace hincapié en la usurpación de identidad, interesante giro de guion que aparece en otros filmes como *La invasión de los ladrones*

9 Memba, Javier. *La década...*, *op. cit.*, p. 99.

de cuerpos y que se puede aplicar al tópico de la infiltración del espía comunista. El alienígena puede adaptar cualquier forma humana, lo que desencadena la desconfianza entre los supervivientes: la persona que está a mi lado ¿es realmente quien dice ser?

Al final del film resulta muy significativa la alocución del periodista pidiendo «¡Vigilad los cielos!», lo mismo que se había pedido a los ciudadanos norteamericanos con el ataque a Pearl Harbor, cuando Estados Unidos fue a la guerra.[10]

Es entonces cuando surge el Cuerpo de Observadores de Tierra (Ground Observer Corps), una rama voluntaria de las Fuerzas Aéreas, creada para detectar a la aviación japonesa y alemana. Más de un millón y medio de voluntarios, los *skywatchers*, fueron entrenados durante sus dos décadas de vida. «Nadie vuela allí sin que lo sepamos», dice el narrador del cortometraje de propaganda del ejército *Eyes aloft!* de 1943.

Fue el primer sistema de alerta militar hasta la llegada, en 1959, del radar avanzado. Y, aunque no fue muy efectivo (hubo más errores que aciertos), ciudadanos de a pie informaban de todo lo que sucedía sobre sus cabezas, lo que generó un sentimiento de participación e inclusión, así como un gran impacto en la cultura popular.

En 1944 se clausura el Cuerpo, pero resurge con fuerza en 1950, ante el temor de ser bombardeados por la URSS en cualquier momento. En 1952, Truman autorizaba e impulsaba la Operación Skywatch. Se produjeron carteles y folletos y se publicó la revista *The Aircraft Flash*; también se concedieron medallas y cintas a los voluntarios por el servicio prestado. No obstante, a partir de 1956, el número de participantes en el programa irá descendiendo, al tiempo que la relación con Moscú se distiende, hasta cerrar definitivamente en 1959. Algunos nostálgicos seguirían vigilando los cielos durante los años sesenta, lo que, combinado con momentos puntuales de tensión y paranoia, daría lugar a la intensificación del tema ovni.

Ultimátum a la tierra, R. Wise (1951)

Oponiéndose a la corriente dominante en Hollywood, Robert Wise presenta con *Ultimátum a la Tierra* un mensaje diferente e inusual. En plena carrera

10 «Los ciudadanos cultivaron jardines de victoria, compraron bonos de guerra y las mujeres se incorporaron al mercado laboral de la mano del icono de Rosie la Remachadora» (Gault, Matthew. «When American citizens watched the skies». *War is boring*. warisboring.com/when-american-citizens-watched-the-skies/ [consultado el 20/6/2017]).

armamentística, más que alertar del peligro rojo, nos plantea un mensaje pacifista y una compleja reflexión sobre nuestra responsabilidad en el bienestar global. En vez de creer ciegamente en las élites políticas que nos están conduciendo al abismo, ¿por qué temer a lo desconocido?

El extraterrestre Klaatu llega a Washington acompañado del gigante Gort con la misión de que los terrícolas frenen la escalada atómica. Si no lo hacen inmediatamente, la especie humana será destruida. La escena inicial, en la que Gort pulveriza las metralletas en manos de los soldados y los tanques que acordonan la nave espacial, es ya una declaración de intenciones. En una conversación en el hotel donde se aloja Klaatu, de incógnito bajo la identidad de Charpenter (nótese la connotación religiosa de «carpintero»), uno de los huéspedes se queja de la tibieza de los políticos «demócratas», a lo que el extraterrestre replica destacando la importancia de conocer al otro antes de emprender una acción.

La guerra en Corea se desarrollaba justo en ese momento y el fantasma nuclear volvía a atemorizar a la población. Más que nunca, el ser humano debía ser cauto con el uso del arma potencialmente más letal de la historia. Sobre todo, si sus líderes se muestran reacios a colaborar por anteponer sus intereses personales, como señala el film. Ante la petición de Klaatu de entrevistarse con ellos, el secretario enviado por el presidente, Harley, le responde que nunca «accederían a sentarse en la misma mesa».

El infantilismo o egoísmo humano impacienta a Klaatu, que no entiende que el miedo guíe a los humanos por encima de la razón. Muy alejado de la figura del *mad doctor*, este ser, representación absoluta de la máxima racionalidad, se muestra bondadoso e inteligente. De manera fraternal, se presenta a sí mismo como un «vecino» de otro planeta, dispuesto a dialogar con los más sabios. Durante su visita al memorial de Abraham Lincoln, queda maravillado y se pregunta dónde puede entrevistarse con alguien de esas características. El film está lleno de alusiones a la paz que evidencian el sinsentido de la guerra.

En 2008, Scott Derrickson realizaba un *remake* con importantes efectos y medios, centrado en la alarma medioambiental, pero con una carga ideológica y filosófica mucho menor.

La guerra de los mundos, B. Haskin (1953)

Basada en la novela de H. G. Wells de 1898 y popularizada por la famosa emisión radiofónica de Orson Welles en Halloween de 1938, el film en tecnicolor reúne alrededor de la invasión alienígena elementos como la fe religiosa y el

miedo a lo desconocido. Su inicio, en forma de noticiario donde un locutor relata lo ocurrido al estilo del documental didáctico, aporta seriedad y credibilidad. Unos platillos volantes han aterrizado en el sur de California y un grupo de expertos se dispone a investigar. Por desgracia, todos los intentos fracasan. Los extraterrestres se muestran agresivos atacando a todo el que se acerca. Desesperados, los supervivientes se reúnen en una iglesia y rezan. La redención divina se manifiesta finalmente cuando los extraterrestres son derrotados por las bacterias, «las cosas más pequeñas que Dios, con toda su sabiduría, había creado sobre la Tierra»,[11] en una clara alusión al *deus ex machina*, es decir, a un elemento externo e inesperado que aparece para resolver la trama.

La capacidad del género para tomar el pulso al momento histórico y reflejar sus traumas o incertidumbres la vemos en el *remake* de Steven Spielberg de 2005. Rachel, la niña protagonista, pregunta a su padre si los alienígenas son terroristas. A lo largo del film se suceden escenas de multitudes que huyen y edificios que se derrumban, y fotografías de los desaparecidos empapelan la ciudad. En otra escena, Ray Ferrier, interpretado por Tom Cruise, corre cubierto de ceniza, en clara alusión a los atentados del 11S, cuando la idea de destrucción masiva volvió a recobrar fuerza. El guiño al clásico de los años cincuenta lo encontramos con el cameo de Gene Barry y Ann Robinson, protagonistas del film original, que en este caso ejercen de suegros de Cruise.

Invasores de Marte, W. C. Menzies (1953)

El pequeño David es testigo de la caída de un meteorito cerca de su casa, y su padre, ingeniero de profesión, acude a investigarlo. Después de horas desparecido, reaparece con un extraño comportamiento. Frío y cruel, no duda en golpear a su hijo, pero físicamente solo hay un cambio: una incisión en la nuca. David descubrirá que ha sido víctima de un implante y que los extraterrestres están transformando a todo el pueblo en seres inhumanos y sin sentimientos.[12] El símil con el lavado de cerebro al que los comunistas eran sometidos, según el bloque occidental, queda patente con esta conspiración alienígena para dominar el mundo.

De nuevo, vemos la defensa de la carrera armamentística en una escena donde el científico, el Dr. Kelston, muestra a David y a su maestra «el cohete más potente que se ha construido jamás». El doctor continúa su argumento

11 Sánchez, Sergi. *Películas clave del cine de ciencia-ficción*. Barcelona: Robinbook, 2007, p. 65.
12 Memba, Javier. *La década...*, *op. cit.*, p. 75.

preguntándoles qué harían si fuesen marcianos tratando de salvarse de la extinción —en busca de nuevos hábitats, como parece ser el caso— y alguien amenazase su espacio vital con poderosas armas. En realidad, los terrícolas solamente estarían defendiéndose. «Si alguna nación se atreviera a atacarnos, podría ser destruida con tan solo tocar un botón». El símil con la guerra fría parece evidente, el recado para la URSS también.

La invasión de los ladrones de cuerpos, D. Siegel (1956)

La acción transcurre en Santa Mira, localidad ficticia que se ubicaría en California. Parece un lugar casi perfecto, como una versión idealizada de EE.UU.; rodeada por colinas, sus calles están limpias, los vecinos son amistosos y trabajadores, y se aprecia la total ausencia de pobreza o de tensiones sociales y raciales (todos los personajes son blancos), lo que aumenta la sensación de insularidad y glorifica la pequeña comunidad norteamericana.[13]

Después de participar en un congreso, el doctor Miles Bennell anticipa su vuelta al pueblo para recibir a numerosos pacientes con un trastorno en común: muy alarmados, afirman que a sus familiares les pasa algo; externamente no hay cambios, pero en el fondo notan que no son ellos. El profesional lo achaca a una especie de «histeria colectiva», desencadenada por el estrés de «la situación del mundo», dicen otros médicos en el film. Sin embargo, ellos insisten en que sus parientes han sido suplantados por seres idénticos sin sentimientos. A medida que avance el film, el doctor irá descubriendo cómo los alienígenas llegados en una especie de vainas gigantes caídas del cielo han ido sustituyendo a los humanos mientras duermen.[14] Interesante metáfora del «lavado de cerebro» —recuérdese dicha estrategia en la guerra de Corea a manos del ejército chino— o de mantenerse alerta de manera continua (la idea de «no dormirse»), como pedía el patriotismo norteamericano más exaltado ante la posible infiltración comunista. De hecho, el actor que interpreta al Dr. Bennell,

13 Müller, Manfred Alexander. «It used to be a man's world: Manhood and masculinity in Don Siegel's Invasion of the Body Snatchers». En Georgi, S. y Loock, K. (eds.), *Of body snatchers and cyberpunks. Student essays on American science fiction film*. Göttingen: Universitätsverlag Göttingen, 2011, p. 88. Santa Mira ha aparecido en otros filmes como *Halloween II* (1982) o *Sharknado 2* (2014).

14 La relevancia del film de *El enigma*... se aprecia en *La invasión de los ladrones de cuerpos*, cuyas vainas recuerdan a los bulbos que el doctor Carrington alimenta con plasma humano. Mucho más tarde, en *Alien,* también veremos un depredador sediento de sangre que se alimenta de humanos (Memba, Javier. *La década*..., *op. cit.*, p. 98).

Kevin McCarthy, sugirió como título *Sleep no more* como una especie de «consejo benéfico». «Al dormirse, el ser humano corre el riesgo de perder su humanidad [...] nos recomienda que despertemos de un estado de anestesia que ha aniquilado nuestras emociones», dice S. Sánchez.[15] Ciertamente, la paranoia de la propaganda anticomunista era tal que la URSS era vista como una especie de comuna donde no había sentimientos, las familias estaban colectivizadas y los comunistas eran una especie de robots homogéneos. La desconfianza hacia cualquier ideología igualitaria se entendió de la peor manera. Atención a uno de los diálogos finales del film, cuando Miles y su amor de infancia, Becky Driscoll, son acorralados por sus antiguos vecinos y amigos, el Dr. Dan y Jack, ahora convertidos:

> Dan: Mientras estéis durmiendo, absorberán vuestros cerebros, vuestros recuerdos, y volveréis a nacer en un mundo sin preocupaciones.
> Miles: Donde todos serán iguales. Vaya un mundo *(reniega con la cabeza)*. Quiero a Becky. ¿Mañana sentiré lo mismo?
> Dan *(niega con el gesto)*: El amor no es necesario.
> Miles: ¿Ni la emoción? Entonces no tenéis sentimientos, solo el instinto de sobrevivir. No podéis amar ni ser amados, ¿me equivoco?

Dan resume en una frase el cambio y enumera diversos conceptos que bien podrían relacionarse con el *American way of life* o el *self made man* y que, a priori, chocarían con la doctrina comunista:

> Dan: Lo dices como si fuera algo terrible. Créeme, no lo es. Tú ya has amado antes y aquello no duró, nunca dura. El amor, el deseo, la ambición, la fe... Sin todo eso la vida es más sencilla, créeme.
> Miles: No deseo formar parte de ello.
> Dan: Has olvidado algo Miles: no puedes elegir.

El contexto en que fue rodada la película transmite un mensaje; de la misma manera que el poblado de Santa Mira es amenazado por un enemigo interno, los Estados Unidos reales deben hacer frente a una quinta columna: la infiltración comunista. El contrario es parecido a nosotros, pero lo delata su automatismo o falta de emoción. Su cuerpo ha sido apropiado por fuerzas ajenas después de sufrir un «lavado de cerebro» que lo ha convencido de las bondades del comunismo.

15 Sánchez, Sergi. *Películas clave...*, *op. cit.*, p. 77.

La solución pasará por las fuerzas de seguridad del Estado y será masculina, en contraposición a las ideas comunistas, que apostaban por la igualdad entre hombre y mujer. En la escena final, los oficiales y doctores que descubren la invasión por boca de Bennell y han de tomar cartas en el asunto son todos hombres. Si al principio del film Becky se muestra activa, independiente y confiada, se acaba convirtiendo en un ser pasivo, que necesita que la dirijan (Miles la carga porque ella se tropieza, cae), incapaz de aguantar la presión, y que acaba sucumbiendo al sueño.

Comentario aparte merece el *remake* de 1978 *La invasión de los ultracuerpos*. La fantástica obra de Philip Kaufman plantea el tema del temor en tres niveles interconectados a partir de su momento histórico: en primer lugar, la conciencia del poder del «otro». Vietnam había abierto la veda al ataque con todo tipo de gases; si EE.UU. lo hacía, nada impedía al resto de los países copiarlo (lo que además generaría un sentimiento de responsabilidad). En segundo término, los errores o vacíos éticos derivados del progreso científico. Siete años antes, en 1971, el cirujano Robert J. White era el primero en trasplantar una cabeza de mono a otro animal de la misma especie. En el film vemos el guiño en el plano de un perro con dos cabezas que cruza la calle. Por último, y relacionado con los dos anteriores, los efectos ecológicos provocados por el mal uso tecnológico. La guerra química y el uso de defoliantes en Vietnam estaba causando efectos imprevisibles en el ecosistema. La dioxina del agente naranja se filtró al suelo y a los suministros de agua, lo que contaminó la cadena alimentaria y acabó provocando malformaciones a los recién nacidos a través de sus madres.[16] En el film, esto se traduce en el hecho inesperado de que una planta, aparentemente corriente e incluso bonita, sea el origen de todo mal, y dé lugar a viscosos y terroríficos embriones alienígenas.[17]

Conclusión

A lo largo de las películas seleccionadas, hemos visto cómo la ciencia ficción es un género cinematográfico que trabaja, en apariencia, con dos elementos an-

16 La Cruz Roja Vietnamita calcula en torno a un millón de discapacitados por el agente naranja. En un informe de 2003 se estima que 650.000 aún sufren sus consecuencias (Spartacus Educational. *Chemical warfare*; https://spartacus-educational.com/VNchemical.htm [consultado el 21/6/2017]).

17 Ulonska, Benjamin Ryan. «Human monsters: The function of the horror motif in Don Siegel's Invasion of the Body Snatchers and its remakes». En Georgi, S. y Loock, K. (eds.). *Of body snatchers...*, *op. cit.*, pp. 168-170.

tagónicos. Por un lado, parte de disciplinas serias, realistas y de experimentación (la física, la astronomía, la química...); por otro, asume lo increíble (seres y mundos que desafían nuestros conocimientos). En cualquier caso, convenientemente manejada, la ciencia ficción intenta parecer lo bastante verosímil o coherente para que el espectador desee ver el desenlace y produzca en él un efecto catártico y de evasión ante el trauma atómico.[18] Aun siendo uno de los géneros más modestos en su planteamiento inicial, estas aventuras espaciales nos enfrentan a nuestros miedos más primarios. La identidad, el miedo al otro o al futuro son los interrogantes básicos de la filosofía. Cómo irán evolucionando dichos miedos y cómo los usa la ciencia ficción de manera metafórica sería tema de un nuevo estudio.

18 Véase Bassa, Joan y Freixas, Ramon. *El cine de ciencia ficción*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 15 y ss; y Pinel, Vincent. *Los géneros cinematográficos...*, *op. cit.*, p. 68 y ss.

La guerra civil russa a través del cinema de Nikita Mikhalkov

Francesc Sánchez Barba
Centre d'Investigacions Film-Història
Universitat de Barcelona

El cinema soviètic i la guerra civil russa (1918-1928)

La guerra civil russa (1918-1921) es produeix com a procés de reacció a la Revolució d'Octubre, però també com a resposta a la considerada traïció esdevinguda després de la Pau de Brest-Litovsk; amb tot, a diferència de la Primera Guerra Mundial, comportarà la victòria i consolidació de l'estat comunista amb l'Exèrcit Roig com a agent alhora militar i revolucionari. La primera part del documental *L'Armée Rouge*, d'Alain de Sedouy,[1] mostra el sagnant conflicte prenent l'Exèrcit Roig com a fil conductor dels quatre anys de guerra.

Independentment d'alguns experiments sovint reeixits, es pot qualificar aquest període de silent, però també aquell més afectat per les restriccions de material i més connectat directament amb els fets representats. Sobresurt també una certa capacitat d'experimentació, a més de la lògica recomposició dels equips tècnics i artístics i dels canvis en el mateix sistema de producció després de l'emigració forçada i la pèrdua de vides humanes.

Figura 1 (esquerra). Embarcament de tropes i famílies. **Figura 2** (centre). Repatriació d'unitats txeques. **Figura 3** (dreta). El general Wrangel i altres oficials. Totes les imatges són extretes del documental de 1999 d'Alain Sedouy.

1 Producció francesa (France 3) de 1999 amb el suport d'Euroimages (European Cinema Support Fund).

Amb el Decret sobre la transferència del comerç i la indústria fotogràfiques i cinematogràfiques de nacionalització, signat per Lenin el 17 d'agost de 1919, passen a estar sota el control estatal la fotografia i el cinema, que seran competència del Comissariat d'Educació del Poble (amb Anatoli Lunatxarski al capdavant), la qual cosa afectarà l'organització, el material, la distribució i l'exhibició, però també afavorirà l'aparició de les escoles cinematogràfiques.[2] Se'n deriven la facultat de nacionalitzar empreses particulars de fotografia i cinema d'acord amb el Consell Suprem d'Economia Nacional, la requisa de materials, la fixació de preus de les matèries primeres i manufacturades i també l'exercici del control del comerç i la indústria en aquests àmbits: «Sobre aquella base s'anava a organitzar l'època gloriosa del cinema de totes les Rússies. Les altres Repúbliques federals, una darrera l'altra, van fer el mateix tot seguint el model». A la pràctica s'establia una col·laboració entre les antigues societats productores i els nous comitès que tindran la iniciativa. Des dels primers moments es va assignar al cinema un paper clau en l'educació, però també en l'impuls dels *agitki*, ja que incloïa films propagandístics en els quals tingueren un paper bàsic homes com Vladímir Gardin (que donarà la primera oportunitat a Pudovkin) i Lev Kuleixov. A Moscou es crea l'Escola Cinematogràfica de l'Estat (l'actual V.G.I.K.), i els esforços de la nova política cinematogràfica resultant a partir de 1922 apleguen els joves Vertov, Kuleixov, Pudovkin, Dovjenko o Eisenstein amb veterans com el retornat Protazànov i també altres figures com Kózintsev, Trauberg i Iutkévitx.

A Ucraïna es produeixen films organitzats o bé per la Comissaria de Guerra del Poble o bé pel Comitè de Cinema Panucrania, que es dediquen a la propaganda i formació marxista tot i la invasió dels blancs i dels estrangers. Precisament a Jalta i a Odessa es refugien bona part dels elements conservadors del cinema de Petrograd i de Moscou, com es mostra en el film *L'esclava de l'amor* (1976), que s'analitzarà a la darrera part d'aquest text.

A l'altre bàndol, les companyies estrangeres fugen cap al sud, com també fan els efectius més importants del cinema prerevolucionari: Ermolieff, Drankov i Khanjónkov a Ialta i després a Odessa, també Protazànov, Volkov, Turjanski, Starewitch i Bukoveztxki, i els grans actors i actrius com ara la Kholodaia, la Lissenko o Mosjoukine, que passaren a França, a Alemanya o als Estats Units. Sobre alguna d'aquestes figures, Porter Moix explica:

> Quan Irmoliev i els seus seguidors van organitzar el famós tren que va conduir a bona part dels efectius del cinema rus a Jalta, Protazanov, com els personatges de

2 Porter Moix, Miquel. *Historia del cine ruso y soviético*, vol. 1. Barcelona: Cultura Popular, 1968, pp. 44-45.

> molts dels seus films posteriors, ha pres consciència però no s'ha decidit a actuar. Necessitarà els anys de l'exili per a adonar-se'n d'on és el seu veritable lloc.[3]

Per a Marc Ferro, Trotski es penedeix el 1923 de no haver utilitzat més l'eina del cinema, especialment com a instrument de propaganda i també com a forma d'educar les masses, reemplaçant la taverna o l'església.[4] Però a les fases inicials de la Revolució, aquest cinema està encara controlat pels realitzadors, i no pels polítics, amb un únic requisit: trencar amb els arguments corromputs de l'època precedent. Problema afegit: la procedència burgesa i culta de la majoria dels directors i guionistes del cinema soviètic, amb la seva actitud condescendent envers l'espectacle, tècnic i alhora popular. Lenin, s'explicava, sortia del cinema per anar a llegir. Anys després, *Txapaiev*,[5] dels germans Vassiliev (1934), per exemple, agradarà molt a les jerarquies comunistes i posarà en evidència els trets profundament tradicionalistes de la ideologia estaliniana.[6] Els militars blancs apareixen com a professionals, però no es parla de la presència dels anarquistes (com passa al film *Mariners de Kronstadt* (1936), d'Efim Dzigan). Amb tot, és ben cert que Trotski crida en contra dels qui fan un cinema argumental burgès quan «el carrer i el front ofereixen possibilitats d'un valor incalculable».[7] Però, tal com recorda Caparrós Lera, la contribució d'alguns d'aquests exiliats suposadament burgesos va continuar a l'Europa occidental:

> Amb la productora Albatros, sota l'impuls d'Ermoliev i Kamenka, els anomenats «russos blancs» van realitzar a París cintes tan importants com ara *Le brasier ardent* (1923), d'Ivan Mosjoukine i Aleksandr Vólkov, *Le lion des mogols* (1924), de Jean Epstein, o *Kean* (1924) i *Casanova* (1927), d'Aleksandr Vólkov, ambdues amb Mosjoukine i Nathalie Lissenko també com a protagonistes; entre altres títols de Vjaceslav Turjansky, com *Michel Strogoff* (1926) i *Volga, Volga* (1928).[8]

3 *Ibid.*, p. 83. Molts d'aquells refugiats van passar mesos d'hibernació a Odessa o en altres nuclis, però els contrarevolucionaris i els expedicionaris estrangers van començar a sortir corrents cap a Occident. La companyia cinematogràfica d'Ermolieff i els seus aparells i material van acabar a París després de passar per Istanbul.

4 Ferro, Marc. *Historia contemporánea y cine*. Madrid: Ariel, 1995, pp. 123-125.

5 Ferro analitza en profunditat el film en l'article «La ideología staliniana a través de un film: Chapaiev», escrit entre 1973-1974 i recollit a *Historia contemporánea y cine*, pp. 73-90.

6 Curiosament, la mort del soldat era silenciada sovint en projeccions davant els milicians republicans a la guerra civil espanyola, on al títol s'afegia el qualificatiu de «guerriller roig».

7 Porter Moix, Miquel. *Historia del cine ruso*, p. 41.

8 Caparrós Lera, José María. *El pasado como presente. 50 películas de género histórico*. Barcelona: UOC, 2017, p. 103.

Entre els films de l'època que específicament construeixen el relat en el marc de la guerra civil russa, es poden esmentar uns vuitanta curts propagandístics (*agitki*) en el període revolucionari inicial, entre els quals hi ha la sèrie de tretze pel·lícules fetes el 1919 per al Mos-kino-comitè. Així, trobem *El temerari*, de Turkin, col·laborador de Maiakovski, en què un pallasso s'allista a l'Exèrcit Roig i salva, gràcies a trucs de circ, els companys empresonats. També *El darrer cartutx*, narració dedicada a l'heroisme de l'exèrcit; *Estem per damunt de la revenja*, història romàntica de la filla d'un general blanc, perdonada pels rojos i que es converteix en infermera; *Camarada Abraham*, de Razumni, història d'un jueu sovint humiliat que es passa a l'Exèrcit Roig, i *Pare i fill*, de Perestiani, segons un relat d'A. Rublev, que crea una tipologia narrativa i dramàtica en què pare i fill lluiten en bàndols diferents però al final el pare comprèn el fill i es passa al seu bàndol.[9] La història i l'estat de conservació d'alguns d'aquests films són diversos i no sempre positius. Així, explica C. Valmaseda, per al cas d'*Estrella roja*, de Serguei Tsenin, el curt va ser estrenat a la regió d'Odessa el 23 de febrer de 1919, però el negatiu va ser destruït a la tardor del 1919 pels serveis del contraespionatge blanc.[10]

Cal esmentar el paper fonamental de Lev Kuleixov en la creació d'imatges durant la guerra civil. S'encarrega de supervisar les càmeres desplaçades al front, munta els diferents fragments que hi arriben, és nomenat cap d'actualitats cinematogràfiques i accedeix a arxius on es troben imatges rodades per altres operadors. Des de l'escola on ensenya torna al front, acompanyat dels operadors Eduard Tissé i Piotr Iermolov, i aconsegueix, amb alguns plans de batalles i altres d'arxiu o de ficció enregistrats pels seus alumnes, la que va ser la primera pel·lícula revolucionària, *En el front roig* (*Nakrasnom fronte*, 1919-1920), amb producció de la secció Kino del Soviet de Moscou i VFKO, que explica la peripècia d'un soldat que es trasllada del quarter general al front davant la impossibilitat d'emprar les línies telegràfiques, enfrontant-se a un espia i viatjant en trens controlats pels blancs. Per a Porter Moix, «aquesta mena de versió revolucionària de Miguel Strogov de Verne es distingeix precisament pel seu llenguatge revolucionari i renovador».[11] Malauradament, no n'existeix cap còpia, però transcendeix el desenvolupament d'una forma col·lectiva de treball: actors, guionistes i fotògrafs actuant en equip i, des del laboratori experimental, fabricant pel·lícula verge i muntant i reutilitzant fragments de cintes preexistents. En el testimoni del director es reconeix que el grup passava fred i gana

9 Porter Moix, Miquel. *Historia del cine ruso*, pp. 46-47.
10 Valmaseda, Carlos. *Cine soviético.* http://cinesovietico.com/?p=565 (darrera modificació: gener 2017).
11 Porter Moix, Miquel. *Historia del cine ruso*, pp. 97-98.

durant els anys 1920 i 1921, mentre aprenien a filmar gairebé sense pel·lícula, i projectaven les imatges en concerts o en activitats escolars. Porter qualifica aquests mètodes primitius de similars a d'altres emprats en moviments renovadors del cinema mundial.

El grup d'aprenentatge es consolida en el film *Les extraordinàries aventures de Mr. West al país dels bolxevics* (*Neobitxainie prikliutxenia mistera Vesta v strane Bolxevikov*, 1924), que, amb producció de Goskino, és signat per Kuleixov, Pudovkin, Khokhlova i Komarov. L'argument és el següent: el burgès West i el seu guardaespatlles Djaddi (*el cowboy*) viatgen a l'URSS. El segon és raptat i se li mostren els perills de caure en mans dels bolxevics, però en realitat es tracta d'una banda d'estafadors. Un cop alliberat, podran conèixer, acompanyats d'un representant soviètic, el veritable rostre amable de l'URSS. El mateix equip amb Obolenski presenta el mateix any un altre film d'aventures: *El raig mortal* (*Lutx smerti*), que funciona a les sales però rep crítiques institucionals. A *El canari alegre* (*Vesiolaia kanareika*, 1929) Lev Kuleixov torna a centrar-se en les aventures revolucionàries en una Odessa ocupada per forces estrangeres en els primers temps de la Revolució.

Per la seva banda, Dziga Vertov participa des de 1918 en el gran projecte del Comitè Cinematogràfic de preparar materials per a *Tren d'agitació*. Eduard Tissé roda seqüències i Vertov hi dona sentit muntant-les amb altres materials. El projecte s'engega el novembre de 1918 per a la celebració del primer aniversari de la Revolució d'Octubre. L'objectiu és explicar les dificultats del país i la necessitat de contribuir a l'agitació política i recórrer el país connectant i aplegant les diferents sensibilitats i regions, ciutats i viles. Així neixen *La Revolució d'Octubre* (1918), el primer llargmetratge de Vertov, i el muntatge dels quaranta-dos números de *Kinonedelia*, autèntica crònica històrica i social. Entre 1920 i 1923 Vertov ajuda en la filmació i difusió de documentals sobre l'actualitat militar i política del país: *Els combats a Tsaritsin*, *L'assumpte Muronov* i sobretot el film de muntatge *Història de la Guerra Civil* (*Istoria grajdanskoi voini*, 1921), o, més endavant, la sèrie *Kino-Pravda*, d'impuls col·lectiu, en què el número 21 (*Leninskaia kinopravda*), de 1924, recull i homenatja la figura de Lenin arran de la seva mort amb el funeral i el llegat per a tots els soviètics.

Cal esmentar el paper de Serguei Eisenstein en la filmografia soviètica tot i no estar centrat en la guerra civil, per bé que com a soldat era cartellista per a les representacions teatrals que al front intentaven animar l'Exèrcit Roig, del qual va ser desmobilitzat el 27 de setembre de 1920. Sempre reconeixerà l'empremta que li va deixar en l'impuls dels valors col·lectius i l'amistat i la relació de família entre els companys.

En el camp de la ficció, els films més destacats són *Els diables rojos* (*Krasnie diavoliata*, 1923), d'Ivan Perestiani, que descriu un llogarret d'Ucraïna, durant la guerra civil, assetjat per una banda dirigida per Nèstor Makhnò, que assassina l'obrer Petrov. Els seus fills adolescents lluiten contra els enemics del poder dels soviets, experimenten diferents aventures i trobades (una de les quals és amb un acròbata negre) i s'uneixen a la unitat roja de Budionni com a hàbils exploradors, i capturen Makhnò, que és lliurat. Porter Moix destaca que el film funciona com una «crida a l'adolescència i a la joventut en la lluita comuna dels pobles soviètics»[12] i que va ser un primer èxit popular que, a més, va instaurar una mena de subgènere d'aventures soviètic i va aplanar el camí de *Tempesta sobre Àsia* (*Potomok Txinguiskhana*, 1928), de Vsevolod Pudovkin. *La roda del diable* (*Txiortovo koleso*, 1926), producció de Leningradkino (abans Sevzapkino), de G. Kózintsev i L. Trauberg, explica com una banda de malfactors saqueja zones de Petrograd fins que hi intervenen unitats de marina que restableixen la situació. En aquest cas, la incorporació de l'operador Andrei Moskvin aporta trets heretats de l'expressionisme alemany. *La badia de la mort* (*Bukhta smerti*, 1926), d'Abraham Room, presenta una organització clandestina bolxevic amb mariners del vaixell *Lebed*, controlat pels blancs. Els partisans organitzen accions contra aquests en una regió del sud. Un soldat fill del mecànic del vaixell actua en connivència amb els bolxevics i, amb un escamot revolucionari, aconsegueix enfonsar el vaixell. Porter Moix subratlla:

> Tant el tractament com la intenció eren profundament originals i útils al cinema revolucionari. Els elements de contrast de generacions, unides finalment en la lluita revolucionària, es trobava en la línia que intentava captar als prerevolucionaris a la nova causa.[13]

Cal remarcar, a més, la contribució d'algunes dones al sector cinematogràfic, més enllà de la interpretació, atès que les condicions socials havien canviat. N'és un exemple Olga Preobrajénskaia, que dirigeix amb Ivan Pravov *Les bones dones de Riazan*, coneguda també com *El poble del pecat* (*Babi riazanskie*), de 1927, producció de Sovkino. La directora havia estat una actriu i ballarina de gran èxit en les cintes prerevolucionàries. Especialitzada en la realització de films per a la infància, en aquest cas s'endinsa en un argument melodramàtic que presenta un matrimoni entre una camperola i el fill d'uns antics hisendats que marxa a la guerra. La dona és violada pel sogre i arran d'això neix un fill. Torna

12 *Ibid.,* p. 53.
13 *Ibid.*, p. 58.

el soldat, abans classificat com a desaparegut, i repudia la dona, que acaba suïcidant-se. És la cunyada qui pren el testimoni i posa en evidència el nou paper de la dona soviètica i denuncia la situació anterior. La ucraniana Esther Shub, que s'inicia en el cinema com a muntadora, realitza el 1927 *La caiguda dels Romanov* (*Padenie dinasti Romanovikh*), amb un muntatge que incorpora diferents actualitats.

Quaranta-u (*Sorok pervi*, 1927), d'Iàkov Protazànov, refereix la història d'un destacament de l'Exèrcit Roig que retorna des del Cercle Polar Àrtic cap a la mar Mariuixka. Una hàbil tiradora de fusell que ha matat més de quaranta oficials blancs és l'encarregada de traslladar un presoner per mar, però després d'un naufragi arriben a una illa on estableixen una relació amorosa. Davant l'intent de rescat d'una barcassa dels blancs, la soldat acompleix el seu deure quan acaba matant el quaranta-unè oficial.

Esmentat per Carlos Valmaseda al seu blog sobre el cinema soviètic, *El creuer de Mr. Lloyd* (*Ivan Kozir i Tatiana Russkikh*), de Dmitri Smolin, es basa en una obra de teatre en què Ivan Kozir, antic soldat de les tropes blanques de Wrangler, fuig de la legió estrangera i intenta tornar a l'URSS en un vaixell on interaccionen diferents episodis més aviat encabits en la comèdia, el musical o el cinema d'aventures. Un altre film, *Cotxer nocturn* (*Notxnoi Izvoztxik*, 1928), és una producció de VUFKU d'Odessa. Realitzat per G. Tassin, presenta la història del cotxer Gordei, que a Odessa porta oficials blancs. La seva filla és una revolucionària que treballa per als bolxevics en una impremta i que és descoberta i executada. Gordei estimba el cotxe amb diferents oficials i salva un camarada a qui el cotxer havia posat en evidència.[14]

El cinema sonor sobre la guerra civil russa (1929-2011)

A partir de 1928 es van incorporant diferents innovacions tècniques al cinema, entre les quals hi ha les primeres experimentacions amb el so, però, a més de la gran aportació de grans directors, s'hi evidencia la intervenció cada cop més directa de l'Estat soviètic. Si en el període silent, especialment en la ficció, es fusionen determinades històries un xic naïfs quant al missatge i la presència d'elements típics de l'aventura de gust més popular, la dècada dels trenta, com

14 El mateix any es filma a Ucraïna *Zvenigora*, crònica històrica i poètica del país del segle XVII al XX, de l'ucraïnès Dovjenko, que aposta per defensar en els seus films la idea de l'home senzill abrandat pel sentit revolucionari i que aconseguirà que Odessa i la seva regió comptin en el nou cinema.

tota l'època marcada pel totalitarisme de Stalin, s'emmarca en una òptica propagandística unipersonal molt més evident. En aquesta línia, D.J. Youngblood quantifica en un 20% (d'un total de 308 films produïts a la Unió Soviètica durant la dècada dels trenta) els films que revisen l'origen de l'URSS especialment en el període comprès entre la Revolució d'Octubre i la guerra civil, però afirma que probablement l'objectiu d'aquests films no és tant l'estudi del període o la dramatització d'alguns fets concrets, sinó l'aposta per incrementar el culte a Lenin i mostrar l'etapa de Stalin com la continuació natural de la victòria subratllant el paper de la guerra presentada com a simple rerefons.[15] Guy Hennebelle qualifica el cinema soviètic des de la fi de la Segona Guerra Mundial de cinema en estat d'hibernació, tot i el fenomen de crítica a l'estalinisme.[16] La combinació de burocratisme i dogmatisme es fan presents, a pesar de la poca renovació posterior, fins ben bé a mitjan anys setanta, malgrat que s'utilitza el recurs d'apropar-se a la Gran Guerra patriòtica per introduir altres qüestions. L'aportació de Tarkovski, ja a la dècada dels seixanta, esdevé essencial i renovadora.

Figura 4 (esquerra). Cartell amb l'actriu Izolda Izvitskaia representada al *remake* de 1956 d'*El quaranta-u*. **Figura 5** (dreta). Cartell de *Txapaiev*.

El sol blanc del desert (*Béloe solntse pustini*, 1970), de Vladímir Motil, un dels films programats per la Filmoteca de Catalunya en el cicle «1917-2017: dels Romanov a Putin», que commemora el centenari de la revolució russa, torna a

15 Youngblood, Denise J. *Russian War Films. On the Cinema Front, 1914-2005*. Kansas: University Press of Kansas, 2007, p. 32.

16 Hennebelle, Guy. *Los cinemas nacionales contra el imperialismo de Hollywood*, vol. II. València: Fernando Torres, 1977, pp. 337-342.

incidir en aspectes extrets del gènere d'aventures, en aquest cas un xic exòtiques: al final de la guerra civil, el soldat de l'Exèrcit Roig Foodor Sukhov ha de fer-se càrrec de l'harem d'un líder guerriller de la zona del mar Caspi.

Nikita Mikhalkov

Nascut el 1945, uns mesos després de la fi de la Segona Guerra Mundial, fill i net d'artistes destacats en diferents camps, Nikita Mikhalkov és un dels realitzadors més importants que es va formar a l'Institut Estatal Pansoviètic de Cinematografia (VGIK) de Moscou. Com a treballs acadèmics (col·lectius), participa entre 1966 i 1968 en diferents curts, com ara *El primer mestre*, que dona protagonisme a un jove mestre bolxevic inconformista enfront de la burocràcia moscovita.

Segons Sauro Borelli, el realitzador es caracteritza principalment per la intenció d'unificar aspectes artesanals i industrials, el gust pel cinema de diferents èpoques i estètiques, l'estimació per la feina dels intèrprets, la utilització plàstica del color i de la fotografia, i un intens lirisme que el fa trencar amb una línia preponderant de realisme socialista impulsada a la dècada dels anys vint.[17] *Amics entre els seus enemics* (*Svoi sredi txujikh, txujoi sredi svoikh*, 1974), el seu primer llargmetratge, tria la guerra civil russa com a epicentre de la narració, però amb un marcat estil i tractament que l'etiqueten de «western del país dels soviets», en què els protagonistes són joves soldats d'un destacament de l'Exèrcit Roig que exemplifiquen una «entusiàstica camaraderia viril».[18] La barreja del cinema d'aventures amb trens, bandits blancs i cosacs, un segrest, espionatge i la persecució d'un botí (la recuperació d'un carregament d'or) amb la suplantació de Shilov, que fingeix la incorporació a la banda de Brilov, honora els inicis del cinema d'acció nord-americà ambientat a l'època de la colonització de l'Oest, però també les línies de la ficció de tots els temps que són presents al relat dels Argonautes, que, per a Jordi Balló i Xavier Pérez, inclou un viatge a la recerca d'un objecte preuat, un trajecte llarg i arriscat, un duel inevitable al lloc de destí i, per descomptat, ajuts inesperats, fugides accidentals i un retorn sovint victoriós,[19] elements tots presents en alguns dels films que hem comentat, especialment en els de l'etapa silent.

17 Borelli, Sauro. *Nikita Mikhalkov*. Florència: La Nuova Italia, 1981, p. 13.

18 *Ibid.*, p. 29.

19 Balló, Jordi; Pérez, Xavier. *La llavor immortal. Els arguments universals en el cinema*. Barcelona: Anagrama, 2015, pp. 21-32.

L'esclava de l'amor (*Raba liubvi*, 1976)

Juan Antonio Pérez Millán va publicar un llibre sobre el cineasta que repassa la seva trajectòria i que també incorpora declaracions fetes en diverses entrevistes ofertes durant la mostra. En forma part també un estudi força complet de la pel·lícula.

L'acció se situa en una Crimea encara en mans dels blancs, on un equip de rodatge, tot i les dificultats per aconseguir pel·lícula, que serà passada clandestinament des de Moscou, intenta tirar endavant un film d'Olga Veznet, autèntica estrella del cinema mut rus. El realitzador va defugir un text biogràfic, malgrat l'interès de la figura de Vera Kholodnaia, morta l'any 1920 a Odessa a l'edat de vint-i-sis anys i autèntic mite popular. Mikhalkov comenta la tendresa desfermada en visionar de primera mà una escena més típica de les «actualitats» d'aquella època:

> Vaig pretendre un himne al cinema, no com a ofici sinó com a ésser viu, com una mena de dinosaure. L'estímul per a allò ens va arribar a través d'un document absolutament genial de només quaranta segons de durada: uns plans realitzats durant l'enterrament de Vera Kolodnaia. Allí hi era tota Odessa, uns quants cents de milers de persones. La multitud que duia el fèretre apareixia en picat, davant la càmera, aquesta és la quinta essència pura del cinema. Anaven a enterrar un ídol del cinema i no podien evitar mirar la càmera per poder veure's l'endemà.[20]

Figura 6 (esquerra). Cartell de *Diables vermells*. **Figura 7** (centre). Cartell d'*Amics entre els seus enemics*. **Figura 8** (dreta). Cartell de *L'esclava de l'amor*.

20 Pérez Millán, Juan Antonio. *Nikita Mihalkov. En busca de la armonía.* Valladolid: 33 Semana Internacional de Cine de Valladolid, 1988, pp. 36-37.

Les filmacions s'aturen en espera de Maksakov, l'actor protagonista, retingut a Moscou. A l'inici de la cinta, precisament en una sala de cinema on s'està projectant un film titulat *L'esclava de l'amor*, es produeix una escena brutal de detenció d'un presumpte bolxevic per part del capità Nikolai Fedotov. En la primera part de la pel·lícula es recreen l'ambient i el món de glamur del que es pot qualificar de cinema prerevolucionari, amb la diva, un guionista i productor nostàlgic de la seva etapa a París, el director, més pendent del seu pes que del projecte, i l'operador misteriós que desapareix sovint per, suposadament, anar a pescar.

Es posen de manifest les tensions que el món del cinema va experimentar després de la minva d'equips i persones en el període revolucionari i de la guerra civil.

Per a Borelli, el film evoca la Revolució de manera metahistòrica i metafòrica, mostrant una Crimea poblada de presències fantasmagòriques, entre les quals hi ha les d'espies, aventurers, exiliats, bandits, treballadors i un seguit de figures d'un cinema que ha perdut l'energia vital que tenia en les dues primeres dècades de la seva existència.[21] El film es constitueix en memòria rovellada d'un procés de desaparició sovint cruel d'un món que vira cap a una nova realitat que encara no s'ha fet present, atès que es viu una situació sociopolítica un xic caòtica on el terror blanc exerceix una activitat cada cop més evident.

El mateix títol del film n'evoca d'altres de similars del cinema prerevolucionari, però no es vol transcriure fidelment alguns dels episodis reals. Aquests es relacionen amb l'actriu Vera Kholodnaja o amb el productor Ermolieff, tot i que es parteix de diferents incidents protagonitzats al litoral del mar Negre, camí d'una Ialta plena d'emigrats, amb actors conegudíssims, com ara Moszukin, Pangi o Ivan Mosjoukine, que va morir oblidat i en la misèria. Nikita Mikhalkov, en realitat, va partir d'un guió i d'un projecte que ja estaven en marxa, però va poder refer-los amb la col·laboració en el guió del seu germà Andrei, canviant especialment el final, en què nega la mort de l'actriu amb una escena realment sublim: tancada en un tramvia sense conductor, veu de lluny com s'apropa la cavalleria de l'Exèrcit Blanc, que acaba passant de llarg mentre la càmera enfoca cap al cel. Olga queda a la deriva en aquesta mena de gàbia daurada després que els raigs de sol entrin per totes les finestres.

21 Borelli, Sauro. *Nikita*, pp. 32-35.

Algunes reflexions

En la línia del que s'apunta a *El cine frente a la cámara*, el rodatge serveix de pretext per, a banda d'explicar les tensions laborals i creatives del plató, reflexionar sobre el procés de creació, com fan Fellini a *Otto e mezzo* (1963) i François Truffaut a *La nuit americaine* (1973), als quals es fa referència sense cap mena de dubte en el film.[22]

En el breu repàs de la filmografia soviètica, especialment de les primeres etapes, s'ha posat de manifest l'enginy d'aquests nous realitzadors que, amb pocs mitjans i amb un sistema de producció cada cop més encotillat, van poder incorporar elements de muntatge al servei d'un llenguatge cinematogràfic renovat. Però també es fa palès que el regust pels gèneres i temes clàssics persistia, tenint en compte el públic divers (generacions més o menys joves, homes i dones, camperols i gent de ciutat...) al qual es destinaven els films. Amb aquesta finalitat, es van emprar alguns relats gairebé «immortals» que Mikhalkov, amb els seus films, recupera per a atorgar el distintiu d'art més enllà del seu caràcter revolucionari o propagandístic. I, per sobre de tot, recupera l'estimació als actors i les actrius, i també a les petites i grans històries dels famosos i dels afamats que, al bell mig de la Revolució i la Guerra, van continuar fent el que volien fer: pel·lícules.

22 Sánchez Barba, Francesc. *El cine frente a la cámara*. Barcelona: UOC, 2011, pp. 70-75.

El canto de las sirenas. Influencia de la psicología en la construcción de un gusto musical soviético

Iván Sánchez-Moreno
Grup d'Història de Nou Barris

Cuando el cañón truena, las musas callan.

León Trotsky, 1924[1]

En la *Odisea* de Homero, los valientes argonautas de Ulises se dejaron seducir por el hipnótico canto de las sirenas, sin saber que estas los atraían hasta la muerte. Siglos más tarde, miles de almas anónimas vagaron errantes por un mar soviético agitado por el dictado que marcaron las sirenas de las fábricas, primero, de las alarmas antiaéreas, después, y, al final, de la policía secreta de Stalin.

Durante años, el decreto Zhdánov marcó los criterios estéticos de la música nacional y reformó el gusto cultural del pueblo soviético. Compositores como Prokofiev, Shostakovich y Jachaturian estuvieron a menudo en el punto de mira de la censura, algo que, sin embargo, también los obligó a explorar nuevos caminos para su propia expresión artística.

Nuestro trabajo prosigue el curso de varias investigaciones antecedentes que centraban su atención en la construcción de una sensibilidad musical bajo el adoctrinamiento de un gobierno totalitarista a través de los recursos argumentales expropiados de los discursos psicopatologistas de la época. Si bien en el pasado el foco de interés era el nazismo,[2] en esta ocasión orientaremos nuestro análisis hacia las justificaciones médico-sanitarias de corte neuropatológico que se esgrimieron para motivar una purga estética respecto a la música y las

1 Trotski, León. «El partido y los artistas». *Sobre arte y literatura*. Madrid: Alianza, 1974, p. 141.

2 Sánchez-Moreno, Iván. «La gramola de Hitler. Dispositivos mediacionales para la construcción de un gusto musical bajo el gobierno nacionalsocialista». *Estudios de Psicología*, vol. 33, núm. 3, 2012, pp. 293-309; Sánchez-Moreno, Iván. «El eco musical de una obra menor. Contribuciones a la psicología de la música en la obra de Vygotsky y la Academia Estatal de Ciencias Artísticas de Moscú (1921-1930)». *Estudios de Psicología*, vol. 32, núm. 3, 2011, pp. 443-458.

artes plásticas soviéticas, así como los argumentos científicos que se expusieron para imponer los distintos planes de censura cultural.

Para ello, introduciremos algunos de los fundamentos teóricos con los que inicialmente se trató de establecer un modelo estético para el nuevo arte soviético nacional tras la Revolución de 1917. La estrecha vinculación entre la política y la psicología institucional del momento propició una ruptura radical con el giro que habían dado el arte y la música hacia la abstracción y la atonalidad a principios de siglo. Tal criba en los ideales estéticos provocó también drásticos cambios en los planteamientos de la psicología del arte soviético. Para ejemplificarlo, revisaremos la influencia que ejerció la censura artística en la música soviética, así como la adopción de términos provenientes de la psicología por parte de la crítica musical.

La psicología del arte en los inicios de la Unión Soviética

Con el estallido de la Revolución de Octubre, todo el sistema de valores de la cultura oficial de la Unión Soviética se trastocó profundamente. Estos cambios no solo afectaron al ámbito científico, sino también al artístico, pues de una fértil vanguardia —a la que la investigación en el campo de la psicología contribuyó sobremanera— se pasó a una violenta represión e imposición de dogmas.

La psicología rusa de principios de siglo xx se sostenía sobre todo en los fundamentos de Iván Pavlov y Vladimir Bechterev, de cariz más bien psicofisiologista y centrados en los reflejos asociativos ante determinados estímulos externos. Esta fue la base que adoptaron muchos teóricos del ámbito del arte, formados en su mayoría en psicología o en ciencias afines.[3] La inquietud por el estudio de los procesos mentales implicados en el arte tenía un claro precedente en el caso de Iván Sechenov, considerado el fundador de la primera escuela de psicología rusa, quien fue un reputado melómano muy ligado al compositor Alexander Borodin antes de destacar en el campo científico.

El propio Lenin fue un entregado seguidor del modelo psicológico iniciado por Sechenov, quien sostenía que todos los actos del hombre son de naturaleza refleja. De hecho, el manual sobre *Reflejos del cerebro* de Sechenov era a menudo reivindicado por Lenin no solo como ensayo científico, sino también como un tratado político que explicaba las reacciones reflejas del hombre fren-

3 Sánchez-Moreno, Iván. «El eco musical de una obra menor...», *op. cit.*

te a los estímulos críticos del entorno. Gracias al afecto de Lenin por la obra de Sechenov, su discípulo Pavlov se convirtió en una destacada figura de la intelectualidad soviética, a pesar de su explícita oposición al régimen político del momento.[4]

Sin embargo, fueron las opiniones de Tolstoi, Marx y Lenin en materia musical los principales pilares esgrimidos para justificar los argumentos psicopatológicos al valorar la calidad de una obra musical. Marx[5] sería el primero, a mediados del siglo XIX, en lanzar una mirada patologista a ciertas producciones culturales desde su perspectiva materialista de la sociedad, de igual modo que, para Lenin, la música no era más que un placebo cultural cuya función principal era sedar la capacidad de razonamiento de las masas populares. No en vano, Lenin fue un melómano de gustos conservadores y poco dado a los experimentos vanguardistas, y llegó a afirmar que ciertas músicas le afectaban los nervios, según el testimonio de Anatoli Lunacharski en 1924[6] y de Máximo Gorki diez años más tarde.[7]

Siguiendo esta línea epistemológica en la psicología del arte, Trotsky también admitía una tendencia psicofisiologista, basándose en la pretensión de que ciertos estímulos provocan siempre las mismas reacciones en cualquier sujeto receptor, sea cual sea su época y cultura, su naturaleza o el medio de lenguaje expresivo articulado. Trotsky[8] entendía en 1938 que el arte respondía ante todo a una función catártica, es decir, a la promoción de una descarga nerviosa de energía emocional acumulada en el individuo. En este sentido, las afinidades de Trotsky con el psicoanálisis son evidentes cuando admite el arte como resultado de una sublimación contra posibles neurosis frente a una realidad social hostil, según se desprende del manifiesto que firmó junto a los artistas Diego Rivera y André Breton en 1938.[9] Trotsky entendía al hombre como una máquina reactiva ante estímulos, y la función primordial del arte era provocar al pueblo mediante la estimulación estética. Asimismo, Trotsky también aceptaba la idea de que la experiencia estética de cualquier objeto artístico

4 Ferré, Rosa. «El tiempo se acelera». En Ferré, Rosa (ed.), *La Caballería Roja. Creación y poder en la Rusia Soviética de 1917 a 1945.* Madrid: La Casa Encendida, 2011.

5 Marx, Karl. «La patología industrial». En Salinari, Carlo (ed.). *Karl Marx y F. Engels: Cuestiones de arte y literatura*. Barcelona: Península, 1975.

6 Lunacharsky, Anatol. «Lenin y la ópera». En Fréville, Jean (ed.). *V. I. Lenin: Escritos sobre la literatura y el arte*. Barcelona: Península, 1975.

7 Gorki, Máximo. «Lenin y la música». En Fréville, Jean (ed.). *V. I. Lenin: Escritos...*, *op. cit*.

8 Trotski, León. «El arte y la revolución». *Sobre arte...*, *op. cit*.

9 Rivera, Diego; Breton, André y Trotski, León. «Manifiesto por un arte libre y revolucionario». En Gómez, Juan José (ed.). *Crítica, tendencia y propaganda. Textos sobre arte y comunismo (1917-1954)*. Sevilla: Círculo de Cultura Socialista, 2004.

implicaba forzosamente el contagio emocional que se pretende transmitir. Con esto, Trotsky asumía de manera clara la influencia del modelo pavloviano en la psicología del arte:

> La cuestión acerca de cómo educar y regular, de cómo mejorar y completar la construcción física y espiritual del hombre, es un problema colosal que sólo puede entenderse sobre la base del socialismo [...]. Y para ello primero tenemos que averiguarlo todo sobre el hombre: su anatomía, su fisiología y esa parte de su fisiología que denominamos psicología.[10]

También Lev Vygotsky, uno de los autores más relevantes de la psicología soviética, advirtió sobre la peligrosidad del arte como fuente de contagio de intensas emociones en los sujetos que experimentaran los efectos de ciertas obras. Esta presunción no se alejaba demasiado de la definición que hacía del arte como dispositivo estimulante para la voluntad del hombre, como si fuera una «caja de resonancia, de amplificador o transmisor para la infección de sentimientos».[11] Vygotsky era consciente del poder intrínseco de la música para trastocar el ánimo del oyente, cuya experiencia estética tenía un resultado de cariz catártica o afectivamente tan purificadora como estimulante.

En la psicología del arte soviético también había lugar para una orientación similar a la *Völkerpsychologie* de Wundt.[12] En 1931, Vladimir Bonch-Bruevich recordaba a un Lenin jubiloso que proclamaba abiertamente su interés por el estudio de las canciones populares y el seguimiento de los gustos musicales a lo largo de la historia para constatar la evolución de ciertas formas melódicas: «¡Qué material tan interesante! [...]. Es una verdadera creación del pueblo y es tan importante, tan necesaria para estudiar la psicología del pueblo de hoy en día».[13]

Cercano a la propuesta de implementar una psicología del pueblo soviético, en 1924 León Trotsky sugerirá el estudio sistemático de las obras del pasado para entender los modos de pensamiento de toda una época y cultura determinadas.[14] En realidad, el primero en impulsar la idea de que sobre toda forma de arte se asienta un orden moral que define la mentalidad de cada época fue

10 Ferré, Rosa. «El tiempo...», *op. cit.*, p. 67.

11 Sánchez-Moreno, Iván. «El eco musical de una obra menor...», *op. cit.*, p. 451.

12 Wundt, Wilhelm. *Elementos de Psicología de los Pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución psicológica de la humanidad.* Madrid: Daniel Jorro, 1920.

13 Bonch-Bruevich, Vladimir. «Lenin y el folklore». En Fréville, Jean (ed.). *V. I. Lenin: Escritos...*, *op. cit.*

14 Trotski, León. *Sobre arte...*, *op. cit.*, pp. 127-143.

León Tolstoi a finales del siglo XIX.[15] Aplicada al ámbito político del arte soviético, la idea de Tolstoi era reconvertida en la necesidad de borrar la frontera clasista que separaba arte culto y arte popular.

Anatoli Lunacharski, designado comisario del pueblo para la Educación Cultural, había confiado plenamente en artistas de reconocido prestigio para la construcción de una nueva cultura soviética en materia musical. El informe que Lunacharski presentó en 1918 al Partido sobre los fundamentos que debían seguirse en el estudio para el desarrollo del arte soviético revivió los viejos prejuicios moralistas de Tolstoi, y se impuso finalmente como un importante filtro de censura:

> A nadie [...] se le ocurre negar las diferencias obvias entre el arte de las distintas épocas y pueblos. Nosotros, los marxistas, sabemos que estas diferencias no se explican a través de conceptos imprecisos tales como el espíritu nacional, la época o el clima, sino por el régimen social, determinado, a su vez, por la correlación entre las clases. El arte es [...] expresión pura de la ideología de tal o cual clase [...], todas las etapas de la evolución del arte de una clase dada están teñidas por la psicología de la clase en cuestión.[16]

Psicología y arte soviético: una alianza fructífera

La década posterior a la Revolución fue especialmente pródiga en cuanto a libertad creativa y experimentación, una época de grandes avances tecnológicos que propició en parte la influyente ayuda de la psicología y de otras disciplinas afines. Para la investigación de los procesos creativos se estrecharon sólidos vínculos colaborativos entre fisiólogos, diseñadores, ingenieros y especialistas psicotécnicos, que experimentaron con los sentidos perceptivos con el fin de entender los mecanismos de modificación de la conducta a través del estímulo estético.

La prolífica alianza entre psicólogos, músicos e ingenieros sonoros también dio pie a una fructífera era de experimentos sobre el procesamiento sintético de voces artificiales que emularan diversos estados emocionales del hombre. Al respecto, debemos mencionar los trabajos de León Theremin, Solomon Nikri-

15 Tolstoi, León. *¿Qué es el arte?* Valladolid: Maxtor, 2012.

16 Lunacharsky, Anatol. «Tesis del informe a la Primera Conferencia de Proletarskaya Kultura». En Gómez, Juan José (ed.). *Crítica, tendencia y propaganda. Textos sobre arte y comunismo (1917-1954)*. Sevilla: Círculo de Cultura Socialista, 2004.

tin, Arseni Avraámov, Denis Kaufman y Yevgeny Murzi, quienes labraron un próspero campo de cultivo para la psicología cognitiva posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Los trabajos más significativos de Solomon Nikritin, por ejemplo, se iniciaron cuando, siguiendo una línea similar a la que proponía Wilhelm Wundt,[17] trataba de medir la relación entre las aptitudes creativas de una nación y el flujo de conciencia aplicado al arte a lo largo de la historia. Vinculado a los Talleres de Enseñanza Superior de Arte y Técnica, Nikritin investigaba el modo de controlar la mente mediante complejas pautas sonoras que provocaran alteraciones en su ánimo. Al respecto, es destacable un estudio sobre las correspondencias psicofisiológicas implicadas en la interpretación pianística de los grandes virtuosos del país mediante lo que él llamó «partituras biomecánicas».[18]

También cabe mencionar las investigaciones de la Academia Estatal de Ciencias Artísticas de Moscú —GAKhN según las siglas rusas—, la cual integraba una amplia comunidad multidisciplinar conformada por artistas, científicos y expertos de todas las materias artísticas, como Lev Vygotsky, Georgy Chelpanov, Alexander Luria, Roman Jakobson, Serguéi Eisenstein y Konstantin Stanislavsky. El GAKhN reunía tres grandes áreas especializadas: un departamento de psicofisiología, dirigido por Vassily Kandinsky; otro de estética, organizado por Gustav Shpet, y, por último, un área para el estudio sociológico del arte, coordinado por Vladimir Friche.

Como se ve, durante los años posteriores a la Revolución muchos músicos soviéticos trabajaron codo con codo con ingenieros y psicólogos especializados en el campo estético. Pero la situación empezó a cambiar con el auge del «realismo socialista», cuyas rígidas consignas paralizaron la evolución del lenguaje musical.

La purga antiformalista

Con el fin de evitar de nuevo la dispersión estilística entre compositores que se había vivido en la década anterior, en 1932 se propuso desde el gobierno soviético imponer un canon homogéneo como fue el «realismo socialista». El objetivo de este nuevo programa cultural era vincular intelectual y emocionalmente al oyente con los acontecimientos sociales, ideológicos e históricos del

17 Wundt, Wilhelm. *Elementos de Psicología...*, *op. cit.*

18 Smirnov, Andréi y Pchólkina, Liubov. «Los pioneros rusos del arte del sonido en los años veinte». En Ferré, Rosa (ed.). *La Caballería Roja...*, *op. cit.*

país, lo que originó una tendencia que terminaría por designarse como el paradigma único de la estética musical durante varias décadas.

En el caso de la música, se constituyó la Unión de Compositores Soviéticos para asegurar la aplicación estética de los ideales del Partido y oponerse a cualquier forma de disidencia estética so pena de ser considerada una resistencia política. Es entonces cuando empezó a circular la palabra «formalismo» más allá del ámbito de la psicología académica. La censurada categoría formalista se atribuía a

> [...] cualquier obra en la que el compositor no persigue el fin fundamental de dar una nueva imagen de la sociedad, sino en la que consagra todos sus esfuerzos para lograr combinaciones sonoras hasta entonces desacostumbradas. El formalismo es el sacrificio del contenido social y emocional de la música en beneficio de la búsqueda de artificios con los elementos de la música: ritmos, timbres, combinaciones armónicas.[19]

Para evitar los males del formalismo, el comité de censura designado para filtrar y evaluar la música soviética exigía el empleo de ritmos reconocibles y, a ser posible, sostenidos sobre melodías elementales y de fácil recuerdo, un lenguaje musical claro y directo que obviara toda complejidad armónica o recurso disonante. Finalmente, en 1936 el Ministerio de Cultura soviético proclamó los principios oficiales de su dogma estético en materia de arte y música, con lo que daba una vuelta de tuerca a las bases del realismo soviético. Estos nuevos principios exigían que el arte reflejara con fidelidad los valores ideológicos del presente.

Si la música clásica compuesta durante el período zarista había sido calificada como decadente e infectada por los valores ideológicos de su momento, era porque se entendía consecuentemente que dichos valores podían transmitirse por la vía emocional a través de la experiencia estética. En conclusión, se consideraba que toda música, fuese de la época que fuese, era el resultado fenomenológico del sentimiento y del pensamiento de una clase social determinada y que, por tanto, nunca podía surgir de valores independientes, neutrales o apolíticos. Esta premisa parecía estar, de nuevo, legitimada en la psicología de los pueblos de Wundt.[20]

Como medida preventiva se sugería que el Estado se hiciera cargo de manera omnisciente del control regulado de toda producción musical. Se decidió aplicar la censura con prescripción de saneamiento; la crítica musical serviría

19 Lischké, André. *Prokofiev*. Madrid: Espasa Calpe, 1985, p. 59.
20 Wundt, Wilhelm. *Elementos de Psicología...*, *op. cit.*

para prevenir el malestar psicológico que ciertas obras pudieran generar en la población. En definitiva, la regulación de unas bases estéticas tendría como legítima función la de preservar la salud pública a través del arte nacional.

Stalin calificaba a todo artista como «ingeniero del alma», y por ello el gobierno tenía la obligación de vigilar toda creación artística con el fin de proteger los intereses del Partido y proteger al pueblo soviético de los males que pudiera infligir un arte insano. La necesidad de una dirección política de la música nacía de la consideración que los pioneros en la psicología del arte soviético se hacían respecto al arte entendido como un arma de transformación social con la que se podían mediar cambios en la mentalidad de la gran masa. La intención de la caza de brujas antiformalista era combatir cualquier conato de subjetivismo individualista entre los compositores que los situara por encima del gusto homogéneo del público. De tal criba surgió el largo listado en el que el Comité Central reunió un total de 42 obras bajo sospecha, encabezado por Serguéi Prokofiev y Dmitri Shostakovich. La polémica suscitada por la obra de este último fue la excusa para impugnar cualquier signo de desviación de la norma estética impuesta por el gobierno.

Andréi Zhdánov fue designado responsable de las cuestiones ideológicas ligadas al campo del arte. Su principal objetivo era poner fin a toda tentativa formalista. La elección no era nada baladí: Zhdánov había sido pianista antes de ingresar en el Partido y compartía con Stalin su afición por el canto coral. Una de las principales acusaciones del decreto Zhdánov contra muchos compositores era el abuso experimentalista de sus primeras obras, sobre todo las correspondientes a la década de 1920. Tildados de formalistas, estos compositores fueron apartados de sus cargos por desentenderse de los gustos oficiales del pueblo soviético y haber creado lo que Zhdánov calificaba como una música «falsa, vulgar, cuando no simplemente patológica» que recurría a ciertas complejidades estructurales o armónicas y que manifestaba sospechosas concomitancias con la vanguardia musical del mundo occidental.[21]

Zhdánov exigía que la nueva música soviética se escribiera con un lenguaje fácil, inspirado en melodías populares y reconocibles por un amplio sector de la población. Para adecuar la música a las formas estéticas que valoraba el Partido, esta debía subrayar los sentimientos positivos y rehuir cualquier conato de disonancia. Curiosamente, el modelo de referencia que se tomó como ejemplo era Serguéi Rachmaninov, quien años antes había decidido emigrar para no volver nunca más.

21 Huyn, Pascal. «Sinfonías de Octubre. Prokófiev, Shostakóvich y la propaganda estalinista». En Ferré, Rosa (ed.). *La Caballería Roja...*, *op. cit.*, pp. 494-511.

En lo referente a los contenidos temáticos, se potenciaban las atmósferas optimistas y se quería dar un mayor peso a los cantos corales, sobre todo mediante himnos y marchas triunfales. A partir de entonces, ópera, canciones, poemas sinfónicos y ballets pasaron a basar sus libretos en cuentos tradicionales, en la literatura nacional y en las gestas de los héroes patrióticos.

A tenor de todo lo dicho, el período estalinista supuso un retraso alarmante en cuanto a experimentación musical. La represión artística fue especialmente nefasta: algunos compositores perdieron la vida en campos de trabajo, otros consiguieron emigrar, y los que sobrevivieron a las duras condiciones de vida bajo el yugo estalinista optaron por hacer desaparecer de su currículum cualquier relación con actividades innovadoras que pudieran ser tachadas de antisoviéticas.

Psicología y arte soviético: una alianza polémica

En un polo opuesto a los planteamientos psicofisiologistas se situaba Lev Vygotsky. Como psicólogo interesado en el arte, Vygotsky abordaba este como un dispositivo artificial al servicio del hombre que fomentaba un mayor desarrollo en las facultades superiores de la mente. Entendiendo el arte como una herramienta de autoestimulación sensorio-cognitiva del ser humano, pretendía establecer nuevas leyes para fomentar un modelo superior de ciudadano soviético que hallase en el arte un instrumento psicológico de primer orden. Así, Vygotsky definía la actividad estética como una técnica de transformación dialéctica de la realidad.

Por otro lado, también evitaba el abuso positivista de los psicólogos formalistas del arte. Para Vygotsky, esta tendencia del estudio psicológico del arte corría el riesgo de enquistarse en la cómoda metodología de un análisis del objeto centrado únicamente en las correspondencias entre una burda reflexología y determinadas formas estéticas. El formalismo aplicado a la música enfocaba toda su atención en la ornamentación del objeto artístico, en la creencia de que dichas cualidades formales condicionaban los efectos causados por su recepción.

Con su modelo alternativo, Vygotsky rechazaba todo reduccionismo formalista de la psicología heredera de las premisas pavlovianas. En la propuesta mecanicista reducida al esquema estímulo-respuesta no habría lugar para un diálogo con la realidad simbólica del arte. Consecuentemente, tan solo podría validarse el estudio de las formas artísticas como una vía fácil de análisis psico-

lógico a partir de la asociación de categorías estéticas y el efecto que estas provocaban sobre la psique, según las premisas impuestas por la corriente psicofisiológica todavía vigente.

Por desgracia, el formalismo estético contra el que Vygotsky parecía atrincherarse fue ganando adeptos dentro de los círculos académicos, mientras rechazaba todo acercamiento subjetivista al arte y radicalizaba su particular cruzada contra toda posible alusión al sentimiento estético. Tal y como sospechaba Vygotsky, se acabó marginando toda explicación psicológica del arte más allá del establecimiento de relaciones entre las reacciones emocionales que determinadas características del objeto artístico pudieran provocar sobre el organismo. En el caso de la música, tan solo interesaba el modo en que las propiedades estéticas de algunos sonidos producían determinadas reacciones psicofisiológicas en el oyente.

Vygotsky, por el contrario, se mostraba muy cauto en cuanto a instaurar leyes científicas para intentar formalizar un «arte bello» como sinónimo de «arte sano». En el fondo, las críticas de Vygotsky estaban avisando de las consecuencias de poner demasiado celo en el estudio de ciertas reacciones del arte sonoro si se comprendía este desde un abordaje psicopatológico, lo cual se puso en práctica de forma sistemática bajo el mandato nacionalsocialista para justificar las cribas masivas del llamado «arte degenerado».

Sin embargo, pronto el legado de Vygotsky fue sepultado institucionalmente tras la prematura muerte de este. Con la clausura del GAKhN en 1930, muchos de sus archivos y cuadernos de notas fueron destruidos. El decreto Zhdánov, que se impuso oficialmente como purga cultural e intelectual que velaba por los intereses del Partido Comunista, no solo afectó a músicos, sino también a psicólogos y científicos que habían colaborado estrechamente con Vygotsky.

La música, enemiga del pueblo

Músicos prestigiosos como Prokofiev, Shostakovich o Jachaturian fueron amonestados a menudo. Los que se comprometieron con la lucha antisoviética se exiliaron poco antes o después de la Revolución de 1917: Rachmaninov lo hizo casi de inmediato; Prokofiev abandonaría el país algo más tarde —aunque regresará inmediatamente a la URSS—; Stravinsky ya había emigrado a Francia mucho antes.

La obra de los músicos exiliados fue declarada *non grata* por el régimen soviético, como ocurrió largamente con la música del citado Rachmaninov.

Atosigado por la presión de espías soviéticos que controlaban sus movimientos en el extranjero, el compositor ruso sufrió constantes crisis de ansiedad que acabaron afectando a su calidad pianística. Entre 1931 y 1934, su obra fue prohibida de forma terminante en la URSS por sus declaraciones anticomunistas. A ello cabe añadir las secuelas que dejó la profunda depresión que paralizó su capacidad creativa durante tres años consecutivos antes de su huida de la Rusia bolchevique.

Lo curioso es que, en los años inmediatamente posteriores a la Revolución, uno de los músicos modélicos fue Aleksandr Scriabin. La elección de este músico resultó un tanto controvertida, pues los giros experimentales de sus últimos años no fueron bien recibidos por la crítica, la cual subrayaba con insistencia las afectaciones nerviosas que provocaba en el público a su paso por las salas de conciertos del país. En una ocasión, fue acusado de inducir a la enajenación mental por medio de su música.[22] Sus crecientes crisis obsesivas truncaron una brillante carrera pianística, que terminó tal y como vaticinaba la crítica: sumido Scriabin en un profundo estado de alienación mental.

De hecho, las primeras voces críticas que empezaron a introducir elementos psicopatológicos sobre la música lo hicieron a través de la prensa especializada, como fue el caso de Scriabin. Tras su muerte, la opinión mayoritaria que se vertía sobre su obra era la misma que para un loco. «La cuestión es si esta música es producto de una mente sana o de una mente perturbada», llegó a rezar una crítica de 1919. En otros medios, se ubicaba la música de Scriabin a la misma altura que un narcótico como la morfina, el hachís, el peyote o el alcohol.[23]

Pese a los éxitos cosechados en años precedentes, Shostakovich recibiría el golpe de gracia en 1936 por la ópera *Lady Macbeth de Mtsenk*, la cual fue presentada en el Teatro Bolshói ante primeras figuras del Partido como Stalin, Zhdánov y Molotov. Dos días después, en el *Pravda* aparecía el titular que se convertiría casi en lápida mortuoria para Shostakovich: «Caos en lugar de música».[24] En dicho artículo se tildaba su música de neurasténica y se la acusaba de provocar efectos nocivos en los nervios del oyente.[25] La crítica hacía hincapié en los efectos neuropatológicos que ocasionaban los sonidos disonantes en diversos pasajes de la partitura. Finalmente, la ópera sería suspendida y nunca más volvería a representarse hasta pasados veinticinco años.

22 Slonimsky, Nicolas. *Repertorio de vituperios musicales.* Barcelona: Taurus, 2016.

23 *Ibid*.

24 Saslavski, David. «El caos substitueix la música». En Olivares, Juan Carlos (coord.), *Lady Macbeth de Msenk*. Barcelona: Fundació Gran Teatre del Liceu, pp. 70-75.

25 Slonimsky, Nicolas. *Repertorio...*, *op. cit.*

Paralelamente, a Prokofiev se lo llegó a citar como «un psicólogo de las emociones» porque era capaz de trastocar el estado de conciencia de algunos oyentes con sus estridencias disonantes, sus acusados cambios de ritmo y los acentos rítmicos de sus composiciones. Tales características fueron a menudo caricaturizadas por la prensa especializada. Y como muestra, un botón: «Las piezas del señor Prokofiev no son contribuciones al arte de la música, sino a las patologías y a las farmacopeas nacionales».[26]

En lo que a estética musical se refiere, la estela ideológica de Zhdánov siguió brillando durante el gobierno de Kruschev, quien volvió a desempolvar viejas doctrinas al emitir públicamente los «nuevos» juicios de valor a los que el arte soviético debía ajustarse. Muerto Kruschev, muchos compositores soviéticos volvieron a disfrutar del tratamiento negado en el pasado. Un tibio aperturismo musical ofreció cierta flexibilidad compositiva, lo que nutrió a una joven generación de músicos —Alfred Schnittke, Sofia Gubaidulina, Arvo Pärt, Leonid Desiatnikov— con un claro espíritu inconformista, rebelde y abiertamente desafiante. Por desgracia, muchos otros tuvieron que pagar con el silencio —el de su obra, su carrera, su recuerdo, su vida— hasta conseguir las ansiadas condiciones de libertad necesarias para expresar sus ideas. Décadas atrás, en 1938, Trotsky había vaticinado que finalmente se alcanzaría este sueño, aunque fuese a cambio de tal coste:

> [...] los músicos encontrarán por sí mismos sus propias vías y sus métodos [...]. La primera condición para tal renacimiento es el derrocamiento de la tutela asfixiante de la burocracia del Kremlin. Deseo a la revista de ustedes que encuentre su sitio en el ejército victorioso del socialismo, y no en un campo de concentración.[27]

26 *Ibid.*, p. 169.
27 Trotski, León. «El arte...», *op. cit.*, p. 211.

Diplomàcia i propaganda. El futbol com a eina al servei de la revolució russa

Carles Viñas Gracia
Universitat de Barcelona

La Guerra de Crimea. Crisi i declivi imperial

L'equilibri de forces que garantia les relacions entre les principals potències europees es va veure alterat per la Guerra de Crimea (1853-56).[1] En un context marcat per la debilitat de l'Imperi turc, el tsar Nicolau I reclamà, amb la disputa sobre l'accés als llocs sants de fons, protegir els drets dels súbdits ortodoxos del sultà, una reivindicació que va ser rebutjada pels aliats d'aquest darrer, Anglaterra i França, més interessats a evitar l'expansionisme rus a la zona.[2] Això precipità l'inici de les hostilitats. El conflicte acabà amb la signatura d'una pau negociada al Congrés de París celebrat el 1856, que posà fi a les aspiracions territorials russes.[3]

Les conseqüències per a Rússia foren notòries. Prop de la meitat dels seus efectius moriren en combat. Políticament, la desfeta es traduí en l'inici d'una crisi profunda de l'autocràcia tsarista que culminà amb l'abolició de la servitud el 1861 i l'eclosió del moviment revolucionari a finals d'aquella dècada.[4] L'Imperi evidencià que havia deixat de ser una potència decisiva i havia esdevingut un país inestable, dèbil i ineficaç. Les reformes afrontades per Alexandre II en els àmbits administratiu, educatiu i territorial tampoc no aconseguiren resoldre els problemes polítics i econòmics que arrossegava el país.

La derrota a Crimea constatà la necessitat de regenerar l'Imperi. El tsar atribuí la desfeta a l'endarreriment del sistema econòmic i social rus. Davant la lenta i insuficient industrialització del país, a les acaballes del segle XIX accelerà el restabliment dels contactes diplomàtics amb la Gran Bretanya per millorar i

1 Figes, Orlando. *Crimea. La primera gran guerra*. Barcelona: Edhasa, 2012.

2 Veiga, Francisco. *El turco. Diez siglos a las puertas de Europa*. Barcelona: Debate, 2006, p. 330.

3 Artola, Miguel; Pérez ledesma, Manuel. *Contemporánea. La historia desde 1776*. Madrid: Alianza, 2005, pp. 210-211.

4 Hobsbawm, Eric. *La era de la revolución (1789-1848). La era del capital (1848-1875). La era del Imperio (1875-1914)*. Barcelona: Crítica, 2012, p. 407.

ampliar les relacions comercials. Entre els emprenedors atrets per les possibilitats de fer negoci destacaren empresaris, gestors i tècnics vinculats a la indústria cotonera de Lancashire que no volien desaprofitar l'oportunitat d'invertir o treballar en un país en procés d'industrialització.

Així, a la darreria del segle XIX el govern rus va permetre l'entrada de capital estranger, principalment britànic i alemany. La industrialització comportà una transformació de la societat russa, que passà de tenir una base eminentment camperola a veure emergir un nou proletariat urbà. Això, però, provocà grans desequilibris en una estructura econòmica majoritàriament agrícola, com l'èxode massiu de les zones rurals cap a les grans ciutats com ara Moscou i la seva perifèria.

En aquest context d'industrialització incipient, s'establiren les primeres colònies de ciutadans forans al país. La comunitat més nombrosa fou, sense cap mena de dubte, la britànica, que s'assentà en els principals centres urbans, com Sant Petersburg, Moscou o Odessa, i en altres ciutats dominades per l'Imperi.[5] Entre els seus integrants predominaven els membres del cos diplomàtic i els propietaris de fàbriques i molins tèxtils, així com directius, enginyers, tècnics i operaris. Un cop a Rússia, aquests anglesos i escocesos (com també van fer els alemanys) reproduïen els seus antics hàbits de lleure, entre els quals hi havia òbviament, el futbol.

A més de modernitzar l'economia, també es va incidir en la preparació física dels súbdits del tsar. Per això, des de la dècada dels seixanta del segle XIX Rússia es va mostrar més receptiva a les noves formes de lleure i l'educació física que progressivament s'havien estès per Europa, com els *turnen* alemanys, els *sokol* txecs o el moviment gimnàstic suec.[6] L'aportació d'aquestes pràctiques a la regeneració del nivell de preparació física de la població interessà als membres de les classes benestants i al sector més liberal de la noblesa. Tot i així, van ser els estrangers que residien o treballaven al país els que van fundar els primers clubs privats a les grans ciutats (com l'English Club a Moscou) per practicar disciplines com el criquet, la gimnàstica, el patinatge, el tenis, el billar, la vela o l'esgrima. Els aristòcrates locals preferien anar a les curses de cavalls o ciclistes, als combats de boxa i a les exhibicions de lluita.

5 Baker, Keith. *Fathers of Football. Great Britons who Took the Game to the World*. Durrington: Pitch Publishing, 2015, p. 54.

6 L'ensenyament de l'educació física es va introduir a les escoles del país a la dècada dels setanta del segle XIX arran de la insistència de l'Exèrcit. De fet, la gimnàstica era percebuda com una mena d'entrenament militar. La realització d'exercicis disciplinats produiria individus disciplinats en temps de pau i ferotges en temps de guerra. Riordan, James. *Sport in Soviet Society. Development of Sport and Physical Education in Russia and the USSR*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977, p. 20.

Aleshores el futbol no era, ni de bon tros, l'esport més popular del país. La primera disciplina que va atreure l'atenció dels espectadors va ser la de les esmentades curses de cavalls.[7] De fet, s'erigiren en el primer passatemps nacional de la Rússia tsarista. Posteriorment, l'esport amb més seguiment entre les elits locals fou el tenis, la disciplina predilecta de la família Romanov juntament amb els escacs i el ciclisme, una de les grans passions de Nicolau II. En aquella època, les primeres societats esportives que es constituïren foren els clubs de iots i automobilisme, vinculats a les elits acabalades, i les entitats ciclistes promogudes per membres de la classe mitjana. La popularitat del ciclisme, sinònim de modernitat, es devia al preu assequible de les bicicletes i al fet que no requeria cap entrenament ni espai condicionat per practicar-lo. Fou molt popular entre les dones, els treballadors qualificats i fins i tot els clergues, fet que motivà que l'Església ortodoxa en desaprovés la pràctica en percebre indigne que els capellans es desplacessin en bicicleta.

Pel que fa al futbol, el paper dels forans (sobretot britànics, com els germans Charnock)[8] fou cabdal. És a dir, sense aquesta voluntat industrialitzadora que obrí Rússia als inversors i treballadors qualificats estrangers no es pot entendre la importació del futbol al país a les acaballes del segle XIX.

La connexió britànica

La pràctica del futbol tal com el coneixem actualment s'inicia a Rússia el 1887 amb els britànics que hi residien. Per accelerar el procés d'industrialització, els fabricants russos decidiren contractar enginyers i gerents qualificats procedents de la Gran Bretanya i països centreeuropeus com Alemanya. En aquells anys, els partits els jugaven únicament els britànics. Poc després s'hi incorporaren els russos, cosa que afavorí la disputa de partits on s'alinearen els primers equips mixtos. La majoria d'aquests pobladors locals atrets pel futbol eren estudiants, cadets militars o empleats d'empreses immobiliàries. L'hegemonia dels estrangers al futbol rus es prolongà fins al 1908, quan els jugadors locals qüestionaren el domini d'anglesos, escocesos i alemanys.

Aquests britànics que havien arribat a Rússia a la segona meitat del segle XIX per dirigir i treballar en el sector tèxtil conformaren les seves pròpies comunitats. Així, sovint residien als habitatges propers a les fàbriques que els facilitava l'empresa; un entorn on tenien escoles per als fills i fins i tot esglésies. A més a més,

7 McReynolds, Louise. *Russia at Play. Leisure Activities at the End of the Tsarist Era*. Nova York: Cornell University Press, 2003, p. 81.

8 Baker, Keith. *Fathers of Football*, pp. 53-68.

començaren a organitzar clubs socials i esportius, reproduint l'estructura comunitària i el teixit associatiu del seu país d'origen. Els seus membres, però, no foren els primers a disputar partits de futbol a Rússia. Anys abans, a la dècada dels seixanta del segle XIX, el port de Sant Petersburg i la base naval del mar Negre a Odessa foren la via d'entrada del futbol a l'imperi del tsar. Els mariners britànics dels vaixells que hi atracaven jugaven partits informals i espontanis als molls d'ambdues ciutats. El 1868 el diari *Samkat* es feia ressò d'un partit disputat a Sant Petersburg.

Les elits russes van considerar el futbol un «joc estrany i tosc» i un «esport extremament aspre». En aquesta mateixa línia, la premsa local el va descriure com «un joc anglès amb una pilota grossa. Usualment jugat per persones amb músculs sòlids i cames fortes, algú dèbil seria un desastre i només podria ser espectador».[9] Una percepció que no estranya gens si tenim en compte que el primer partit que els britànics van jugar a Rússia, organitzat el 1886 per William Hopper, va semblar més de rugbi que no pas de futbol. El matx fou interromput per la policia de la capital russa en considerar que era «brutal i susceptible d'incitar a manifestacions i aldarulls». Un temor comprensible si tenim present el context social del moment. L'èxode rural havia fomentat el sorgiment d'àrees suburbials a la perifèria de les grans ciutats, l'aparició de bosses de pobresa i l'extensió de la fam. Això, sumat a l'endeutament dels camperols arran de la reforma agrària, de vocació modernitzant però estèril, duta a terme pel tsar Alexandre II, l'augment de la inflació i la derrota a la guerra russojaponesa (1904-1905) arran de la desfeta a la batalla de Tsushima, esperonà que s'estengués el descontentament. Així, el 1905 se succeïren les primeres protestes. L'aixecament del Diumenge Sagnant de Sant Petersburg (9 de gener de 1905, segons el calendari julià), que demanava la intercessió del monarca per solucionar els problemes que assolaven la població (no debades, un dels lemes més corejats fou «llibertat i felicitat o la tomba»), acabà en un bany de sang a les portes del Palau d'Hivern. L'autocràcia fou qüestionada. Tot i contenir els aldarulls, allò només va ser un avís del que vindria després.

Temps convulsos. La Revolució de 1917

Malgrat que una de les poques aficions de Lenin era jugar a escacs, en realitat els bolxevics mostraren poc interès per l'esport. El motiu era la visió crítica que

9 *Ibid.*, p. 55.

tenien dels esports de competició, com el futbol, que percebien com simples espectacles capitalistes. Així, doncs, advocaren per l'amateurisme i l'anticomercialitat. Res de nou si tenim en compte que era una opinió compartida per bona part de l'esquerra arreu del món. En trobem un exemple en el Partit Laborista Independent Britànic, que el 1904 ja advertia que «estem en perill de produir una raça de treballadors que només obeeixin els seus amos i pensin en futbol».[10] Lluny de ser un posicionament isolat, aquesta percepció del futbol com a passatemps propi de les classes benestants que alienava la classe obrera era força estès a l'inici del segle xx. En el fons, però, tot plegat s'entén pels problemes que van tenir les organitzacions revolucionàries i socialistes en no anticipar-se a l'emergència de l'esport. La seva eclosió i popularització els va agafar, senzillament, a contrapeu. Per evitar que s'estengués un fenomen que no controlaven, van difondre proclames en què explicitaven que l'esport distreia els obrers de la seva militància política i els desviava de la lluita de classes. El futbol «anestesia el proletariat» i «despolititza els obrers», afirmaven.[11]

Pel que fa a la Rússia revolucionària, els bolxevics rebutjaren formar part del moviment olímpic perquè el consideraven una versió elitista i burgesa de l'amateurisme. Per això boicotejaren els Jocs Olímpics i organitzaren els seus propis certàmens esportius en clau obrerista, com l'Spartakiada,[12] la primera edició de la qual l'organitzà l'Sportintern el 1928 per disputar l'hegemonia del moviment esportiu obrer a la Internacional Esportiva Obrera Socialista, que organitzava des de 1921 les Olimpíades Obreres.

Els clubs de futbol també van notar a l'instant l'arribada al poder dels bolxevics. Per exemple, el novembre de 1917 la seu de l'Orekhovo, el darrer equip guanyador del campionat moscovita, fou confiscada i habilitada com a sala de lectura per als treballadors de les indústries tèxtils locals.

Guerra civil i aïllament internacional

Les potències estrangeres van sotmetre la Unió Soviètica a un aïllament. D'aquesta manera, tractant d'ofegar-la políticament i econòmicament, pretenien posar fi a la Revolució i evitar-ne l'extensió. Així, un cop finalitzada la Gran Guerra, els països vencedors decidiren intervenir contra la Rússia revolucionària. Els

10 Edelman, Robert. *Serious Fun. A History of Spectator Sports in the USSR*. Nova York: Oxford University Press, 1993, p. 7.

11 *Ibid.*, p. 4.

12 *Ibid.*, pp. 37-41.

aliats eren contraris al bolxevisme perquè havia claudicat davant els alemanys i, sobretot, pel perill de contagi a Europa que podia provocar l'existència d'un estat socialista. Això comportà fins i tot la presència de tropes nord-americanes, franceses, japoneses, britàniques i txecoslovaques a la guerra civil russa[13] i el bloqueig internacional que patí el país.

En aquest context, s'encarregà a Trotski la formació d'un Exèrcit Roig que fos capaç de fer front a les forces antirevolucionàries. L'enquadrament dels camperols, la forta disciplina, la formació militar que van rebre per part d'antics oficials tsaristes i la ingent quantitat de recursos que s'hi abocaren, foren cabdals perquè els bolxevics capgiressin el rumb de la guerra a partir de 1920. A aquests elements cal sumar-hi la retirada de les forces estrangeres, atesa la prolongació del conflicte, així com les divergències existents entre els comandaments de l'Exèrcit Blanc. També fou rellevant que els bolxevics decidissin controlar i estendre l'activitat física a la ciutadania, per així poder tenir soldats més ben preparats. La promoció de l'esport esdevingué una de les mesures que s'aplicaren per millorar la combativitat dels efectius de l'Exèrcit Roig. Per tant, els bolxevics passaren de menystenir l'esport a considerar-lo una eina essencial per guanyar la guerra. L'ofensiva final iniciada el 1921 va concloure amb èxit un any després. L'Exèrcit Roig es convertí, doncs, en l'arma que va salvar *de facto* la Revolució.[14]

La diplomàcia del futbol

El Consell Superior de Cultura Física, el màxim òrgan rector de l'esport soviètic, va ser creat el 1920 pel Servei General d'Instrucció Militar, regí l'educació física al país després de la Revolució d'Octubre i assentà les bases de la projecció exterior de l'esport. A partir de llavors, participar en competicions esportives en l'àmbit internacional perseguia trencar l'aïllament de la Unió Soviètica i, de retruc, a partir dels triomfs de la selecció i els clubs soviètics, fer evident la superioritat del comunisme respecte al capitalisme. Les victòries d'aleshores ençà foren interpretades i explotades en clau política. A més, les autoritats esperaven que el fet de competir internacionalment ajudés a millorar el nivell del futbol soviètic.

13 Respecte a aquesta qüestió, vegeu Mawdsley, Evan. *Blancos contra rojos. La Guerra Civil rusa*. Madrid: Desperta Ferro, 2017.

14 Edelman, Robert. *Spartak Moscow. A History of the People's Team in the Workers' State*. Nova York: Cornell University Press, 2009, p. 42.

Malgrat aquest desig, inicialment la selecció de futbol soviètica (la *sbórnaia*), atesa la reglamentació de la FIFA (Fédération Internationale de Football Association) que impedia jugar contra conjunts no associats a l'ens rector del futbol mundial, s'enfrontà únicament a seleccions obreres foranes. L'agost de 1923, només nou mesos després de l'establiment de la Unió Soviètica, una selecció de futbol de la República Socialista Federada Soviètica de Rússia (RSFSR) fou convidada per militants de l'antiga Unió Obrera Sueca (SvA) i el diari *Folkets Dagblad Politiken*, aleshores vinculat al Partit Comunista Suec liderat per Zeth Höglund i Ture Nerman, a disputar diversos partits amistosos. El primer d'aquests matxs, celebrat el 2 d'agost davant un combinat de jugadors d'Estocolm, acabà amb empat a cinc gols. Poc després, els soviètics derrotaren per quatre a tres el Fässbergs IF, un conjunt amateur de Göteborg que l'any següent va guanyar el campionat nacional suec.

La premsa soviètica es va fer ressò de les bones actuacions dels seus futbolistes. Així, el diari oficial del govern soviètic, l'*Izvestija*, explicà que «el rendiment dels nostres esportistes no només té un significat purament esportiu. Els jugadors de futbol russos són ben rebuts arreu, sobretot pels treballadors, amb un entusiasme que sovint adquireix el caràcter d'ovació en honor de la Rússia soviètica».[15] Per la seva banda, la premsa conservadora sueca criticà obertament les alineacions presentades pels conjunts locals, atès que, segons ells, facilitaren les victòries del conjunt soviètic, que serviren per «alimentar la propaganda comunista».[16] Davant d'aquests comentaris, el cap de la delegació soviètica, A. Medvedev, president aleshores del Comitè de la Cultura Física de Moscou, va fer arribar un escrit a la Federació Sueca de Futbol (SBF) en què assegurava que «no temien a ningú»[17] i es podien enfrontar a qualsevol equip suec. El gest, àmpliament difós per la premsa local, provocà que pocs dies després, el 21 d'agost, es jugués un nou partit a l'Estadi Reial d'Estocolm. Tot i que els mitjans anunciaren un Suècia-Rússia, els locals no presentaren la seva selecció nacional per evitar una possible sanció de la FIFA. En realitat, el rival dels soviètics fou un equip integrat pels millors futbolistes de la capital sueca. L'expectació fou màxima i les graderies s'ompliren amb prop de quaranta mil espectadors. Malgrat la pressió del públic i el nivell dels adversaris, els visitants aconseguiren vèncer els suecs per un a dos gràcies als gols marcats per Piotr Grigoriev i el capità i estrella de l'equip, Mikhaïl Butusov. Una victòria de pres-

15 Alessandro, Mario. *I piedi dei Soviet. Il futból dalla Rivoluzione d'Ottobre alla morte di Stalin*. Gènova: Il Melangono, 2010, p. 24.

16 *Ibid.*.

17 *Ibid.*, p. 25.

tigi per al novell combinat soviètic, integrat per jugadors procedents de clubs com el Krasnaia Presnia de Moscou i el Kolomiagui, l'Sport, el Mercur, l'Unitas i el Putilovski Krujov de Petrograd.

En aquest sentit, cal remarcar aquests partits jugats a Suècia pel conjunt soviètic, atès que aleshores ambdós països encara no mantenien relacions diplomàtiques. Per tant, el futbol fou emprat per trencar l'isolament que patia l'URSS, fomentar el seu reconeixement oficial i afavorir l'establiment de relacions bilaterals amb altres estats. És a dir, exercí com a eina de la diplomàcia soviètica.

Després d'aquesta breu gira per Suècia, l'equip fou acomiadat a l'estació de tren d'Estocolm amb les notes de *La Internacional*. El seu destí següent fou Noruega. El 30 d'agost, a Oslo, la selecció de la RSFSR derrotà un combinat format per jugadors de diversos clubs locals. Novament, la reglamentació de la FIFA impedí que, obertament, les seleccions de l'URSS i Noruega s'enfrontessin. La darrera aturada del periple fou a Estònia, on els soviètics també s'imposaren als seus contrincants.

El 1924, però, les autoritats soviètiques decidiren abandonar la seva posició refractària que vetava enfrontar-se a equips «burgesos». Respecte a aquesta qüestió, Nikolai Semaixko, primer president del Consell Superior de Cultura Física, explicità: «Si aquests partits són útils per a la Rússia Soviètica, llavors els hem d'afrontar».[18] Aquest canvi d'actitud topà amb un entrebanc important: aleshores l'URSS encara no formava part de la FIFA (no s'hi afilià fins al 1946), fet que impedia a la *sbornaia* i als clubs soviètics disputar partits contra altres equips o combinats nacionals, ja que aquests podien rebre sancions rellevants.

Un cop presa la decisió històrica d'enfrontar-se a altres seleccions del «món occidental capitalista» que tinguessin futbolistes professionals per superar l'aïllament internacional, calia trobar un rival adequat, una selecció que estigués disposada a córrer el risc de ser exclosa de la FIFA, que fos un estat afí i, si pogués ser, futbolísticament feble per evitar un debut amarg. Finalment, la solució més convenient als interessos soviètics fou jugar contra la República de Turquia, el nou estat presidit per Mustafà Kemal Atatürk, sorgit a recer de la Guerra d'Independència Turca (1919-1923) i la signatura del tractat de Lausana (1923).

En aquest sentit, cal tenir en compte també que els bolxevics es miraven amb bons ulls el moviment revolucionari turc liderat per Atatürk perquè el consideraven afí a les seves aspiracions ideològiques i geopolítiques. Una percepció compartida pels nacionalistes otomans, que recordaven com els sovi-

18 *Ibid.*, p. 34.

ètics havien renunciat a les reivindicacions històriques de l'Imperi rus envers Armènia occidental i els estrets de Turquia. També influí en aquesta bona sintonia entre ambdós governs l'oferta d'armament i or dels soviètics als revolucionaris turcs a inicis d'aquella dècada, cabdal per entendre el seu èxit. A tot això se sumà el fet que la RSFSR fou el segon estat a reconèixer el govern kemalista mitjançant la signatura del tractat de Moscou (16 de març de 1921), segons el qual els dos governs es comprometien a establir relacions fraternals.

Mentre això succeïa, la selecció de futbol turca es trobava de gira per Europa. Després de visitar Polònia, Finlàndia, Estònia i Letònia, es dirigí cap a l'URSS. Per poder jugar al país dels soviets, però, necessità un permís especial que la FIFA expedí a petició de la Federació Turca de Futbol (TFF), creada a l'abril d'aquell mateix 1923.

Els turcs havien programat la disputa de tres partits a l'URSS, dos contra un combinat de futbolistes moscovites i un darrer que els havia d'enfrontar a la selecció soviètica. Malgrat la bona sintonia entre ambdós governs, la presència dels turcs també desfermà reaccions irades. No tothom veia amb bons ulls que l'URSS jugués contra representants de l'esport burgès. Per contrarestar aquest corrent d'opinió, el diari *Pravda* assegurà:

> [...] els nostres partits amb esportistes burgesos són necessaris i rendibles. Representen un mitjà efectiu per trencar el bloqueig imposat pels capitalistes. Ens permetran aixecar la bandera del primer Estat d'obrers i camperols existent al món, no per alçar-la als edificis de les ambaixades, sinó a les ments i els cors del poble. Aquests partits representen la veritat viva del nostre país.[19]

Finalment, el 16 de novembre de 1924 la selecció de futbol de l'URSS disputà el seu primer partit oficial, avalat per la FIFA, davant Turquia. Prèviament, els turcs s'havien imposat, en el primer partit jugat en terres soviètiques, al combinat de Moscou per u a tres i havien perdut el segon per dos a zero.

Per al debut oficial davant un conjunt estranger, els futbolistes soviètics lluïren samarreta roja i pantalons blancs, un uniforme que es va perpetuar fins al col·lapse de l'URSS el 1991. El matx, que aixecà una gran expectació, es disputà davant quinze mil espectadors a l'estadi Vorovski de Moscou, l'antic camp del ZKS dedicat al diplomàtic i crític literari Vàtslav Vorovski, assassinat pocs mesos abans, quan representava el govern soviètic a la Conferència de Lausana, que es va cloure precisament amb la signatura de l'esmentat tractat de pau homònim que establí les fronteres de la Turquia moderna.

19 *Ibid.*, p. 36.

El partit, dirigit per l'àrbitre turc Hamdi Emin, evidencià la superioritat dels locals, els quals, gràcies a una millor tècnica individual, guanyaren per tres gols a zero, amb doblet inclòs de Butusov i un darrer gol al segon temps d'Aleksandr Xpakovski. L'onze soviètic, dirigit per Mikhaïl Kozlov, aquell dia l'integraren cinc futbolistes moscovites (Sokolov, Rusxinski, Selin, Isakov i Xapoixnikov), quatre de Leningrad (Filippov, Grigoriev, Iejov i Butusov) i dos procedents de Khàrkiv (Xpakovski i Privalov).

El 15 de maig de 1925, set mesos abans de l'acord d'un pacte de no agressió entre l'URSS i Turquia, la selecció soviètica tornà la visita als turcs. La delegació fou rebuda amb tots els honors. A ningú no se li escapava el rerefons polític de la presència de la *sbornaia*. La premsa d'Istanbul exposà que «el partit amb els futbolistes soviètics representa un clar exemple del reforçament de les relacions entre els nostres dos pobles».[20] Mentrestant, a l'Europa occidental alguns mitjans conservadors mostraven el seu malestar pel comportament de Turquia i reprenien la FIFA per haver permès que un dels seus membres s'oferís «impunement» a difondre «propaganda bolxevic». El dia del partit, la llotja de l'estadi Shtiklyal d'Ankara s'omplí d'autoritats. Hi assistiren, a banda dels cinc mil espectadors que omplien l'única graderia del camp, el president del Parlament turc, diversos ministres i l'ambaixador soviètic al país. Tots van presenciar com els visitants remuntaven el matx en els darrers minuts. Una victòria treballada, per un a dos, que fou molt celebrada pels aficionats soviètics, que van rebre els seus futbolistes com a herois nacionals. Fins i tot la premsa s'afegí a les lloances, com evidencia la crònica del diari *Krasni sport* ('Esport roig'):

> Definitivament es va esvair l'època en què, gràcies a la bona memòria del tsarisme, la tomba de totes les manifestacions culturals, el país soviètic era considerat un zero a l'esquerra en l'àmbit de l'esport [...]. El partit amb l'equip nacional de Turquia de l'any passat a Moscou i el d'aquesta primavera només confirmen l'alt nivell tècnic de la nostra cultura física.[21]

Malgrat el pas endavant que representaren aquests enfrontaments amb la selecció turca, el fet que les autoritats soviètiques rebutgessin abandonar la Internacional de l'Esport Roig (RSI), tal com els havia demanat la FIFA, comportà la prolongació de l'aïllament del futbol soviètic. De fet, després d'aquells dos partits, la FIFA amenaçà la Federació Turca amb greus sancions, i fins i tot l'exclusió, si continuava enfrontant-se amb l'URSS. Això explica per què

20 *Ibid.*, p. 40.
21 *Ibid.*, p. 42.

aquests dos partits davant Turquia, una «potència amiga», van ser els únics de la *sbornaia* reconeguts oficialment fins que el 1952 l'URSS participà en els Jocs Olímpics d'Hèlsinki.

Tot i les advertències, el 1931 ambdues seleccions es van tornar a enfrontar. Per defugir les represàlies de la FIFA, el matx es presentà com un partit entre dos equips universitaris. Fins al 1935 soviètics i turcs disputaren partits anuals, sempre emprant subterfugis, com la denominació Casa del Poble Turc, per no incórrer en infraccions. Uns partits que el registre històric d'estadístiques de la selecció turca recull com a jugats per la «selecció B».

Durant aquella dècada i la següent, el combinat soviètic continuà realitzant «missions» a l'estranger. La diplomàcia del futbol serví per establir vies d'enteniment amb altres països i trencar l'aïllament que patia la Unió Soviètica. Així, el 1927 una delegació soviètica viatjà a Leipzig (Alemanya), on s'enfrontà a una «selecció obrera alemanya». El matx acabà amb la derrota dels locals per vuit gols a dos, un marcador que alterà el clima de companyonia precedent. La crispació anà en augment i en els partits següents fins i tot es produïren topades al terreny de joc que provocaren que un futbolista soviètic es veiés obligat a abandonar el camp amb el cap obert. Lluny de reviure les escenes viscudes a Suècia, aquest cop les victòries dels forans foren rebudes amb un silenci significatiu.

En finalitzar el *tour*, els comunistes alemanys adreçaren una carta al Comitè Central de la Internacional de l'Esport Roig (RSI), altrament coneguda com a Sportintern, per mostrar el seu malestar per la conducta dels seus rivals. Segons els germànics, el joc rude i agressiu dels soviètics era més propi d'un club burgès que no pas d'un equip comunista; «no fan un bon servei a la causa de l'internacionalisme», reblaren amb contundència. A això s'hi sumaren els desordres generats pels jugadors soviètics a l'alberg on s'allotjaven. Molts s'emborratxaren i fins i tot colpejaren el guia de la delegació que els acompanyava d'ençà que havien arribat a Alemanya. Davant d'aquest comportament, els amfitrions recomanaren a les autoritats esportives soviètiques: «Per a futurs viatges a l'estranger dels esportistes russos, triïn com a cap de la delegació un company que en primer lloc sigui comunista i, després, jugador».[22] Les acusacions no acabaren aquí, atès que els alemanys qualificaren els «germans» russos de deslleials per haver enviat un equip de futbolistes professionals en comptes d'un equip d'obrers. Per la seva banda, les autoritats soviètiques únicament van reconèixer que, certament, pocs dels seus jugadors treballaven en fàbriques.

22 *Ibid.*, p. 29.

Malgrat la superioritat tècnica mostrada pels soviètics, en aquella gira van encaixar la primera derrota davant un conjunt format per obrers vienesos. Els austríacs guanyaren per tres gols a un. Paradoxalment, però, no van poder celebrar el triomf amb els seus companys perquè el govern austríac, per evitar infiltracions d'agents comunistes, havia prohibit l'entrada al país de la selecció de l'URSS. Per aquest motiu, el partit es va disputar a la localitat alemanya de Dresden.

Dos dies més tard es jugà un segon matx que acabà amb una victòria contundent dels soviètics per un a sis. Malgrat la golejada, quan la delegació tornà a l'URSS, el Consell Superior de la Cultura Física ordenà al seu cap, Sardakov, que es presentés davant seu per donar explicacions per la desfeta. El dirigent adduí el cansament dels futbolistes després de jugar diversos partits i l'esgotador viatge en cotxe des de Leipzig fins a Dresden.

El balanç esportiu final d'aquella primera experiència internacional de la selecció soviètica de futbol, el 1927, fou de nou victòries, cap empat i una derrota, amb un total de seixanta-un gols a favor i catorze en contra.

Els miralls del 1917: problemes historiogràfics i comparativa de les Revolucions de Febrer i Octubre

Elisabet Vives i Requena
Universitat de Barcelona

La revolució russa és un dels fets més determinants del segle xx, tot i que sovint, com passa amb les grans fites de la història, malgrat els esforços dels historiadors es fa impossible delimitar-ne les causes i els efectes, que s'escolen a través dels anys i fins i tot dels segles. Les interpretacions historiogràfiques han de maldar, doncs, per acostar-se i donar cos a uns esdeveniments en si mateixos conformadors de les dècades posteriors, sabent que la manera com els llegeixin els historiadors pot interferir de manera substancial en el curs de la història. És per això que es presenta gairebé com una necessitat fer un repàs de les formulacions historiogràfiques que ha pres el 1917 rus en els darrers anys, un 1917 excepcionalment revolucionari, testimoni no d'una, sinó de dues revolucions: la de Febrer i la d'Octubre. Sens dubte, l'anàlisi dels problemes i de la comparativa de les historiografies de l'una i l'altra revolucions pot esdevenir un punt de partida clau per compendre un esdeveniment, la revolució russa, que canvià el curs de la història, tal com s'espera de tota revolució.

Aquí tan sols pretenem presentar una primera aproximació a la qüestió, a partir d'alguns historiadors representatius de la historiografia de la revolució russa, però també provarem d'indicar quins són els patrons teòrics que els han guiat en els seus estudis i els problemes que planteja l'anàlisi de la revolució russa. I és que el concepte historiogràfic de revolució és un dels més complexos i controvertits per diversos motius. En primer lloc, tal com han apuntat diversos autors, el concepte de revolució ha estat definit i modificat progressivament a través de l'experiència revolucionària,[1] és a dir, el terme ha anat variant de significat amb els esdeveniments històrics i, per tant, no assenyala exactament

1 Mayer, Arno J. *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions.* Nova Jersey: Princeton University Press, 2002, p. 25, i Arendt, Hannah. *On Revolution*. Nova York: Compass Books, 1965, pp. 40-41. La pensadora alemanya Hannah Arendt ofereix una explicació etimològica del terme molt interessant a les pàgines 35 i 36 de l'obra citada.

el mateix ara que quan es parlava de revolució el 1790.[2] Així, entrem de ple en la pregunta que planarà persistentment sobre aquest article: què és *revolució*? Partint del que acabem de dir, veurem que les interpretacions de les revolucions de 1917 estan marcades per preconcepcions teòriques sobre el fet revolucionari, de manera que es farà imprescindible recórrer a obres més enllà del camp estricte de la historiografia que ajudin a emmarcar conceptualment la qüestió. Sense més preàmbuls, comencem.

Una revolució de *longue durée*?

Una de les línies que sembla haver pres més força darrerament en l'anàlisi de la revolució russa és la perspectiva de la *longue durée* plantejada per l'escola dels Annales francesa en el període d'entreguerres. Tot seguit veurem dues obres recents que emmarquen els fenòmens de 1917 en un període centenari: *El siglo de la revolución*, de Josep Fontana, i *Revolutionary Russia (1891-1991)*, d'Orlando Figes. Tanmateix, abans d'entrar-hi, a ningú no se li escapa que a primer cop d'ull plantejar una revolució com un fenomen distès en el temps suscita problemes importants. De fet, aquest va ser un dels temes que Marshall Berman, filòsof i humanista marxista nord-americà, i Perry Anderson, historiador britànic, professor a la Universitat de Califòrnia Los Angeles (UCLA), identificat amb el marxisme occidental i la Nova Esquerra, van tractar en la seva famosa discussió del 1984 entorn de la relació entre revolució i modernitat.

Pocs anys abans de la desintegració de la Unió Soviètica, el 1982, Berman va publicar *All That Is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity*, que es va convertir en la seva obra més coneguda i representativa. En aquest llibre, l'autor pretén desvincular la modernitat de la conjectura històrica, per tal de definir-la com una cosa més propera a la vida i a la psicologia, com una actitud davant del món contemporani, com el conjunt d'experiències que ens permeten habitar el nostre món. El marc conceptual marxista del text queda ben palès en el títol mateix, que correspon a una frase del primer capítol del *Manifest del Partit Comunista.* Alhora, conté una crítica profunda o, com a mínim, es qüestiona el concepte de revolució de la tradició marxista, en relació amb el procés de modernització: Berman considera que l'experiència de viure en la modernitat consisteix a viure la vida social i personal com una voràgine, trobar-se en un món en «perpètua desintegració i renovació, conflicte i contra-

2 Palmer, Robert. *L'era delle rivoluzioni democratiche.* Milà: Rizzoli, 1971, p. 210.

dicció, ambigüitat i angoixa».[3] Per tant, no hi ha cap garantia que una revolució comunista en la modernitat pugui donar lloc a una realitat estable, ja que les forces que permetrien la dissolució de la societat capitalista serien alhora potencialment disgregadores de la societat comunista:

> Encara que els treballadors construeixin un moviment comunista reeixit i encara que aquest moviment generi una revolució reeixida, com podran, enmig de les marees de la vida moderna, construir una societat comunista sòlida?[4]

Perry Anderson va intentar respondre els plantejaments del filòsof nordamericà amb una extensa crítica, titulada «Modernity and Revolution», publicada a la *New Left Review*, de la qual va ser editor en cap entre 1962 i 1982 i, posteriorment, entre 2000 i 2003. La crítica principal d'Anderson té a veure amb les diverses concepcions del terme revolució. Anderson considera que Berman (com «molts altres socialistes avui»)[5] té una noció contradictòria de revolució, és a dir, la concep com un procés distès en el temps, permanent, que consisteix en un canvi constant d'actituds, la demanda contínua de novetats i l'adaptació progressiva a la mobilitat de la societat. Anderson considera que aquesta idea de revolució implica una concepció homogènia de la història, basada en el «desenvolupament planar», això és, la idea que la història és un procés que flueix en un contínuum permanent, dins del qual tan sols es poden establir diferències en termes del que és anterior i el que és posterior, entre el que és vell i el que és nou.[6]

En canvi, per a Anderson, revolució té un significat clar i precís: és «el capgirament polític, des de baix, d'un règim, que és substituït per un de nou».[7] Es tracta, doncs, d'un esdeveniment puntual i no permanent, amb un principi i un final perfectament definits gràcies als canvis radicals que es donen en l'àmbit polític. Segons l'historiador anglès, per tal de mantenir aquesta idea de revolució cal tenir una concepció «diferencial» de la temporalitat i de la història, és a dir, cal concebre la història com una discontinuïtat heterogènia en què es poden establir diferències substancials (no només cronològiques) entre uns períodes i uns altres. Anderson acusa Berman d'impossibilitar la periodització de la història a través de l'estret lligam que estableix entre modernitat i

3 Berman, Marshall. *All that is solid melts into air: the experience of Modernity.* Nova York: Verso, 1983, p. 15.

4 *Ibid.*, p. 104.

5 Anderson, Perry. «Modernity and Revolution», *New Left Review*, 144, 1984, 96-113, esp. p. 111.

6 *Ibid.*, p. 101.

7 *Ibid.*, p. 112.

revolució,[8] ja que al final la segona queda reduïda a una mera actitud que defineix la primera. Dit d'una altra manera: ser revolucionari és ser modern, i viceversa, i al final ni l'una ni l'altra no volen dir res més que adaptació al canvi.

Així doncs, queda clar que els dos autors operen amb nocions diferents de revolució, malgrat que les anomenen igual. Anderson concep la revolució com un capgirament polític puntual inscrit en unes coordenades temporals, geogràfiques i històriques determinades, mentre que Berman entén la revolució com una actitud d'adaptació al canvi, d'il·lusió davant de la transformació, amb unes pretensions sociològiques i antropològiques concretes, com ara intentar que l'ésser humà recuperi la confiança en ell mateix i sigui conscient que la modernitat no és una amenaça, sinó una oportunitat.

La pregunta que cal fer-se, doncs, és si des d'un punt de vista historiogràfic es pot defensar el marc de la llarga durada per explicar la revolució russa, sense caure en una psicologització del fenomen revolucionari. Un dels autors que s'ha pres seriosament aquest problema i l'ha resolt amb solvència és Arno Mayer en l'obra *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions.* Aquest llibre, que Enzo Traverso ha comparat amb un fresc o un quadre de Delacroix,[9] es basa en una concepció dialèctica de les revolucions, és a dir, la característica teòrica i pràctica de les revolucions és que tenen una naturalesa contradictòria, donada per la inherència de la revolució en la contrarevolució.[10] La dimensió dialèctica de les revolucions explica que siguin fenòmens de llarga durada, amb un començament clar i un final indefinit, però la seva existència històrica es manifesta com a irreversible,[11] que no vol dir en absolut inevitable.[12] Mayer especifica que el procés revolucionari té com a mínim la durada d'una generació, perquè la quantitat de canvis que comporta no poden arrelar en un període més breu.[13] Per a l'historiador nordamericà, per tant, una revolució no es compon tan sols dels mesos o anys que duren els conflictes violents manifestos, sinó també dels anys en què es consoliden els canvis profunds. Seguint la distinció de Charles Peguy, doncs, les revolucions són èpoques, és a dir, moments històrics en què els fonaments de la civilització trontollen i sorgeix la violència (més o menys explícita), en oposició als períodes històrics, en els quals vivim en un règim establert i la violèn-

8 *Ibid.*, p. 101-102.

9 Traverso, Enzo. *La historia como campo de batalla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 85-86.

10 Mayer, Arno J. *The Furies*, p. 17.

11 *Ibid.*, p. 39.

12 *Ibid.*, p. 50.

13 *Ibid.*, p. 39.

cia no apareix com una opció inevitable.[14] Per això la revolució es pot entendre també com a hiatus entre el que ja no és i el que encara no és («the hiatus between the no-longer and the not-yet»).[15]

Després d'exposar els debats i els problemes entorn d'un plantejament de llarga durada per explicar les revolucions, ja podem passar a veure com Fontana i Figes aborden la qüestió. Josep Fontana la introdueix des de la primera pàgina del llibre, en la línia de Mayer, quan afirma que els fets produïts a Rússia el 1917 marcaren «la trajectòria dels cent anys» successius.[16] La Revolució no acabà, doncs, quan cessaren les hostilitats, sinó que es manté viva en la mesura que els seus efectes són encara avui detectables. El llarg abast de les seves conseqüències justifica el fet de situar-la, per tant, en un marc de llarg abast temporal. A més a més, el nou llibre de Fontana inclou esdeveniments històrics que depassen totalment les fronteres russes. En aquest sentit, l'historiador català veu la revolució russa, juntament amb la Primera Guerra Mundial (cal tenir-ho en compte), com la dinamita que va fer saltar el món tal com es coneixia fins al 1914 o 1917, i el ciment que va posar les bases del món que havia de començar a adquirir cos a partir dels anys vint.

Pel que fa a Figes, l'aproximació de *longue durée* és encara més agosarada, perquè, tal com declara en les primeres línies de *Revolutionary Russia*, té per objectiu explicar «cent anys d'història [russa] com un sol cicle revolucionari».[17] A diferència de l'historiador català, Orlando Figes es limita geogràficament a Rússia (i, a tot estirar, la seva àrea d'influència immediata) i quan proposa una interpretació de la revolució russa com a cicle centenari no només ho fa en termes de conseqüències per a l'ordre mundial, que seria la línia de Fontana, sinó que veu tot el segle XX rus com la successió de fases d'un període revolucionari que començà a finals del segle XIX. Tal com ell mateix reconeix, es fa complicat estirar una sola revolució al llarg d'una centúria. De fet, Figes, autor de nombrosos llibres sobre la qüestió, normalment situava els límits temporals de la Revolució Russa en un període màxim de vint-i-cinc o trenta anys, com en el cas de l'obra *A People's Tragedy. The Russian Revolution 1891-1924* (que, per cert, conté passatges pràcticament idèntics a d'altres de *Revolutionary Russia*). L'autor anglès justifica una dilatació tan significativa en el temps, que com ja s'ha vist comporta seriosos problemes per estudiar el fenomen com a revolució, basant-se en la creença que els líders soviètics van haver d'estar duent

14 *Ibid.*, p. 40.
15 *Ibid.*, p. 37.
16 Fontana, Josep. *El siglo de la revolución.* Barcelona: Crítica, 2017, p. 11.
17 Figes, Orlando. *Revolutionary Russia (1891-1991).* Nova York: Picador, 2015, p. 1.

a terme una revolució fins al final, és a dir, fins al 1991.[18] Això el porta a dividir la centenària Revolució en tres fases: la primera, protagonitzada pels «vells bolxevics», iniciada en el darrer quart del segle XIX i finiquitada per Stalin a partir de 1928; la segona, corresponent al mandat de Stalin i que bateja amb el nom de Revolució des de Dalt, i la tercera i darrera, iniciada quan Khrusxov va destapar els «crims de Stalin» el 1956 i va provocar una crisi de creença en la revolució que la va fer agonitzar fins al 1991.[19]

Tanmateix, aquest plantejament obliga a reflexionar sobre l'aparició d'una possible paradoxa: en el moment en què s'estableix un nou sistema i es consolida (en aquest cas, l'Estat soviètic), es pot seguir parlant de revolució? N'hi ha prou amb les possibles creences dels líders soviètics per sostenir que, efectivament, van estar duent a terme una revolució fins que l'URSS va desaparèixer? Aquests interrogants aboquen novament a la discussió entre Berman i Anderson, perquè sembla que Figes està proposant una concepció de la revolució propera a la del filòsof nord-americà, en què l'«actitud revolucionària» (tan complexa d'explicar en un *statu quo* que es defineix a si mateix com a revolucionari) és el factor clau per poder afirmar que la revolució russa va durar, efectivament, cent anys.

Les anàlisis morals de les revolucions

En la comparativa de la historiografia de la revolució russa de 1917, marcada per la diferenciació entre la Revolució de Febrer i la d'Octubre, no hi pot faltar un altre debat latent des dels anys més durs de la guerra freda, en què sobretot des d'àmbits nord-americans i liberals es va posar en marxa la distinció entre les bones revolucions i les males revolucions. Una de les autores que va contribuir a la definició moralitzada dels esdeveniments revolucionaris va ser la filòsofa alemanya jueva, resident als Estats Units des de 1941, Hannah Arendt. Fou en l'obra *On Revolution*, escrita el 1963, on plantejà, entre altres tesis, una comparativa entre la revolució americana i la revolució francesa que tindria una influència significativa en la historiografia de les revolucions.

Per a Arendt, existeix una diferència substancial entre les dues revolucions que estudia, l'Americana i la Francesa, que es deriva d'allò que ella anomena la qüestió social o, en altres paraules, introduir en la política el problema de la pobresa. La filòsofa alemanya creu que la gran ruptura que representà la revo-

18 *Ibid.*, p. 3.
19 *Ibid.*, pp. 4-5.

lució francesa respecte a qualsevol esdeveniment polític anterior fou l'adopció de la «qüestió social» com un dels temes fonamentals de la Revolució a partir de 1789.[20] Des d'un pla força reduït a la història de les idees, aquesta pensadora postula que la força revolucionària francesa s'explica sobretot per la participació en tromba de «la multitud dels pobres», la qual introduí una dimensió inaudita fins llavors en els processos polítics: la necessitat. A partir d'aquest moment, totes les revolucions han estat guiades per la qüestió social,[21] i l'objectiu de tota revolució ha esdevingut l'abundància material.[22] Així, la revolució francesa va subvertir les categories del pensament polític premodern i va sotmetre el govern revolucionari a la satisfacció de les necessitats humanes.[23]

Arendt creu que l'impacte que això va tenir en el pensament polític posterior (en Hegel i Marx, sobretot, com ja hem vist) va ser determinant per convertir la revolució francesa en el model revolucionari, un model, cal insistir-hi, regit per la qüestió social. En canvi, com que la revolució americana, guiada per la llibertat, no va tenir intèrprets capaços d'articular unes teoritzacions tan potents, el seu llegat es va perdre en la història.[24] Aquesta autora considera, per tant, que el problema que ha ocasionat establir l'experiència revolucionària francesa com a paradigma de les revolucions és que «tot intent de resoldre la qüestió social per mitjans polítics porta al terror».[25] Dit d'una altra manera, les revolucions que tenen per objectiu satisfer les necessitats materials de les persones han fracassat sempre, perquè el terror que desencadenen condemna el moviment revolucionari.[26] En canvi, les revolucions que han apostat per la consecució de la llibertat, com l'Americana, no han derivat en terror i han assolit els seus objectius.

Per això no és exagerat dir que Arendt estableix una distinció no només substancial, sinó fins i tot moral, entre un tipus i un altre de revolucions: el model americà, com que té uns objectius proporcionats i políticament assolibles, no condueix a una violència desenfrenada i, per tant, és millor, més positiu, que el model francès, perquè aquest darrer persegueix quelcom políticament inassolible (segons ella, només el progrés tecnològic aconseguirà resoldre el problema de la necessitat)[27] i deriva en terror. Molts autors marcadament liberals

20 Arendt, Hannah. *On Revolution*, p. 54.
21 *Ibid.*, p. 55.
22 *Ibid.*, p. 58.
23 *Ibid.*, p. 54.
24 *Ibid.*, p. 55.
25 *Ibid.*, p. 108.
26 *Ibid.*.
27 *Ibid.*, p. 110.

han adoptat aquesta divisió amb entusiasme, com és el cas de l'historiador francès François Furet.[28]

D'alguna manera, tal com passa amb la revolució francesa, dins de la revolució russa s'han volgut fer perioditzacions subtilment marcades pels plantejaments moralitzants que acabem d'explicar. Així, Orlando Figes situa la Revolució de Febrer dins del sac de les revolucions polítiques, mentre que la Revolució d'Octubre entraria en el grup de les revolucions socials. Com en el cas de la revolució americana, la Revolució de Febrer «va ser una revolució contra la monarquia» i la democràcia naixent es va definir en oposició al sistema tsarista.[29] Els objectius d'aquesta revolució política es van assolir ràpidament perquè el govern va dur a terme unes reformes que van fer de Rússia «el país més lliure del món».[30] Seguint els postulats d'Arendt, doncs, la revolució política va concloure's amb èxit.

Però des d'alguns sectors es començà a dir que no n'hi havia prou amb les reformes polítiques, sinó que calia introduir una reforma social que només es podria dur a terme amb una «revolució proletària».[31] Lenin va ser l'encarregat de posar per escrit aquesta perspectiva radical, a la qual ni tan sols la majoria del partit bolxevic donava suport. Però els qui sí que n'hi donaren foren molts obrers i soldats, fet que va ser determinant perquè esclatés la revolució social de l'octubre de 1917.[32] I quin fou el resultat d'aquesta Revolució d'Octubre, segons Figes? Una degeneració en forma de violència i dictadura. Per tant, en la línia de Hannah Arendt, l'historiador anglès implícitament accepta que les revolucions socials estan condemnades a ser engolides violentament per les seves pròpies forces.[33]

Els miralls de la revolució russa de 1917

En l'apartat anterior ja s'ha començat a entreveure la vinculació estreta que tant els protagonistes com els estudiosos de la revolució russa van establir i estableixen entre els fets que es produïren a Rússia el 1917 i la revolució francesa. El que provarem de fer tot seguit és analitzar de quina manera el mirall francès (és a dir, les interpretacions del 1789) va influir en el fenomen revolu-

28 Furet, François. *El pasado de una ilusión*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 22-23.
29 Figes, Orlando. *Revolutionary Russia*, p. 76.
30 *Ibid.*, p. 77.
31 *Ibid.*, p. 82.
32 *Ibid.*, p. 83.
33 Figes, Orlando. *A People's Tragedy. The Russian Revolution (1891-1924)*. Nova York: Penguin Books, 1998, p. xvi.

cionari rus, però sobretot com ha condicionat les perspectives historiogràfiques de la revolució russa.

Ningú no posa en qüestió la dimensió iniciadora que la revolució francesa va tenir per a Europa en tots els sentits: social, polític, cultural i filosòfic. Tanmateix, resulta sorprenent que els autors que han intentat teoritzar sobre la revolució, malgrat acceptar la variabilitat del concepte al llarg de la història, hagin atorgat sempre un pes infinitament superior a la revolució francesa i hi hagin supeditat, sense gaire explicacions, la russa. Aquest és el cas, per exemple, d'Arno Mayer: una de les premisses de la seva voluminosa obra ja citada, *The Furies*, és la possibilitat de comparar les revolucions francesa i russa, les quals inscriu sempre en els mateixos paràmetres conceptuals, de manera que la primera sempre fa de mirall de la segona; precisament per això, Mayer esmerça moltes més línies a explicar què va ser la revolució francesa, mentre que la russa sempre apareix com una segona part d'una dinàmica que s'originà el 1789.

Hannah Arendt considera també que la forma de revolució nascuda a França el 1789 va esdevenir un paradigma per als futurs moviments, especialment el rus. L'anàlisi de la filòsofa és el següent: l'esperit revolucionari francès, encarnat pel poble des del 14 de juliol de 1789, va néixer de la necessitat biològica, és a dir, de la misèria i la fam. Amb els primers governs revolucionaris, tanmateix, la situació de desesperació de la gent no es va alleugerir, fet que serví per constatar que el jou de què el poble es volia desfer no era pas la monarquia, sinó la pobresa. Així doncs, sorgí un grup de persones mogudes per la compassió i identificades amb el poble, entre les quals destacà Maximilien Robespierre, que van capgirar els continguts essencials de les revolucions anglosaxones.[34] A partir d'aquest moment, la felicitat va substituir la llibertat,[35] i la voluntat (general), el consentiment.[36]

Novament, trobem que Orlando Figes comparteix implícitament les tesis d'Arendt, ja que explica el pas de la Revolució de Febrer a la Revolució d'Octubre com un viratge de les reclamacions polítiques a les reclamacions socials. L'historiador anglès considera que el període «constitucional» rus, és a dir, el període en què es van dur a terme totes les reformes polítiques factibles, s'esgotà entre 1905 i 1917.[37] La Revolució de Febrer va inaugurar uns mesos en què es va fer evident que la revolució ja no es volia política, sinó social, cosa que es concretà a partir de l'octubre de 1917 amb el lideratge explícit dels bolxevics i,

34 Arendt, Hannah. *On Revolution*, p. 69.
35 *Ibid.*.
36 *Ibid.*, p.71.
37 Figes, Orlando. *Revolutionary Russia*, p. 78.

especialment, de Lenin. Per tant, Figes planteja un esquema paral·lel al que exposa Arendt per a la revolució francesa.

Segurament, bona part de la tendència gairebé irrefrenable de comparar la Rússia de 1917 amb la França de 1789 deriva del fet que els revolucionaris russos es consideraven a si mateixos els emuladors dels revolucionaris francesos. Així, després de l'abdicació del tsar Nicolau II, els membres del govern provisional comparaven la situació que estaven vivint, en plena Guerra Mundial i amb un dur enfrontament contra Alemanya, amb la que s'havien trobat els francesos el 1792 davant la guerra contra Àustria. Tal com havia passat a França el 1792, els russos confiaven que la guerra es convertís novament en una manera de crear un sentiment nacional revolucionari.[38] Aquest cas demostra que els dirigents russos feien servir la història de la revolució francesa com una guia per a les seves pròpies polítiques. Hi ha molts altres exemples de comparativa entre ambdues revolucions per part dels protagonistes de 1917, com ara que els bolxevics més radicals (cosa que angoixava la resta) es comparaven constantment amb els jacobins,[39] o que Trotski va canviar el títol de ministre pel de comissari del poble.[40] En definitiva, la revolució francesa va ser i és un dels referents constants per a la revolució russa, en tots els sentits.

Una de les diferències més significatives entre els revolucionaris francesos i els revolucionaris russos és, com ja hem vist, que els segons van utilitzar els primers de referent en tot moment. Però més important que això fou que la revolució russa es va anar forjant sobre uns fonaments teòrics inexistents a finals del segle XVIII. L'autor d'aquests fonaments fou principalment Karl Marx. Hannah Arendt considera que l'aportació més destacada que va fer en el camp polític el filòsof alemany, i que va marcar més profundament les dècades posteriors, fou arribar a la conclusió que la llibertat i la pobresa són incompatibles.[41] Per tant, Marx polititza la pobresa, la converteix en una potència política «de primer ordre».[42] El teòric del comunisme no va servir-se de la mística de la necessitat històrica per convertir els pobres en un actiu polític, sinó que ho aconseguí mitjançant la demostració que la pobresa no és una condició natural de l'ésser humà, sinó un fenomen sociopolític.[43] D'aquesta manera, Arendt considera que les tesis marxistes (igual que les hegelianes) es deriven

38 *Ibid.*, p. 84.

39 SERVICE, Robert. *The Bolshevik Party in Revolution 1917-1923.* Londres: The MacMillan Press, 1979, p. 23.

40 FIGES, Orlando. *Revolutionary Russia*, p. 95.

41 ARENDT, Hannah. *On Revolution*, p. 56.

42 *Ibid.*, p. 56.

43 *Ibid.*, pp. 56-57.

directament del desenvolupament de la revolució francesa, és a dir, són filles no tant dels pensadors i els actors de la Revolució com dels seus intèrprets posteriors.

Amb la revolució bolxevic, en canvi (sempre segons Arendt), la idea de necessitat històrica es va convertir en el motor teòric per justificar *a priori* les accions revolucionàries.[44] Dit d'una altra manera, tal com apunta Mayer, l'autoconsciència revolucionària fou molt més pronunciada en el cas rus, que tenia en la revolució francesa la mimesi i el referent en què reconèixer-se,[45] però sobretot va disposar d'un cos teòric a partir del qual va poder planificar i justificar els passos que s'anaven fent. La Revolució d'Octubre va ser propiciada en bona part perquè Lenin tenia una visió particular de les tesis de Marx i Engels, a la vista de les quals va interpretar la Revolució de Febrer i el que calia fer amb el govern provisional (burgès) que n'havia sorgit. Per al líder bolxevic, com que Rússia no tenia una burgesia prou sòlida, no tenia sentit mantenir una fase burgesa de la revolució, com pretenien els revolucionaris de febrer, sinó que calia apostar directament per la fase proletària.[46] D'aquesta manera, Lenin reproduïa els arguments que Marx havia emprat contra la via parlamentària a la *Crítica del programa de Gotha*, en la qual considerava que la societat comunista no s'assoliria mitjançant el parlamentarisme, sinó tan sols a través de la «dictadura revolucionària del proletariat».[47] Marx va ser, doncs, l'altre gran mirall en què es van voler reflectir els protagonistes de la revolució de 1917 i, especialment, els bolxevics.

Per tot el que acabem d'exposar, resulta xocant que, a l'hora d'elaborar una teorització sòlida del concepte de revolució, tants autors hagin prescindit d'aprofundir en la revolució russa, ja que aquesta conté un element, ja anunciat, que la fa interessantíssima: la consciència revolucionària. Sens dubte, la voluntat d'emular els revolucionaris francesos i de guiar-se per la seva història, d'una banda, i la de convertir-se en els materialitzadors de les idees de Marx, de l'altra, van conformar de manera significativa els esdeveniments i van convertir una revolució principalment política, la de Febrer, en la primera revolució social culminada de la història, la d'Octubre.

44 *Ibid.*, pp. 95-96.
45 Mayer, Arno J. *The Furies*, p. 28.
46 Figes, Orlando. *Revolutionary Russia*, p. 82.
47 Fontana, Josep. *El siglo*, pp. 62-63.

«El bolchevique ruso era un semidiós»: el anarcosindicalismo español ante la revolución rusa, 1917-1923

Arturo Zoffmann Rodríguez
Instituto Universitario Europeo, Florencia

La revolución rusa abrió una fase de agitación revolucionaria por toda Europa (y más allá), en una escala no vista, al menos desde 1848. España no fue ninguna excepción en este proceso, y en los años 1917-1920 fue sacudida por una imponente oleada de luchas sociales. El país presenció huelgas insurreccionales, combates de barricadas, rebeliones campesinas, un auge del terrorismo y del paramilitarismo, motines de subsistencias, e incluso conatos de amotinamiento en el ejército. La revolución rusa se convirtió en un poderoso ejemplo para el movimiento obrero español en un contexto de fuerte agitación. Los tumultos de estos años estremecieron al malogrado régimen de la Restauración, lo cual, como sucedió en diversos países europeos, dio pie a tendencias autoritarias entre las clases dominantes, y sentó las bases para el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923.

Lo que resulta peculiar del caso español en estos años es que, a diferencia de otros países europeos, donde los principales preconizadores del bolchevismo provenían del ala izquierda de la socialdemocracia, en España los heraldos de la revolución social no pertenecían a la tradición marxista, sino a la bakuninista. La Confederación Nacional del Trabajo (CNT), central sindical fuertemente influenciada por el anarquismo, se convirtió en una firme defensora de la revolución rusa, por lo cual se afilió a la III Internacional en 1919 y envió dos delegaciones oficiales a Moscú, una en 1920 y otra en 1921. Como explicó el teórico anarquista y secretario nacional de la confederación Manuel Buenacasa, «para muchos de nosotros —para la mayoría— el bolchevique ruso era un semidiós [...]; ¿quién en España, siendo anarquista [...], desdeñó de motejarse a sí mismo bolchevique?».[1] En parte gracias a su asociación con la revolución rusa, la CNT fue capaz de encauzar el entusiasmo revolucionario de estos años poniéndose al frente de las grandes luchas. Como resultado de ello experimen-

1 Buenacasa, Manuel. *El movimiento obrero español. Historia y crítica, 1886-1926*. París: Familia y Amigos del Autor, 1966, p. 50.

tó un crecimiento vertiginoso, pasando de unos 80.000 afiliados en julio de 1918 a 790.000 en diciembre de 1919, y superó con creces en tamaño e influencia a su rival histórico, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), y a la Unión General de Trabajadores (UGT). La inaudita luna de miel de los anarcosindicalistas españoles con los comunistas rusos fue tan intensa como breve, y para finales de 1921 la mayor parte de la militancia cenetista había dado la espalda al régimen soviético. En la conferencia de Zaragoza de junio de 1922, la CNT comenzó oficialmente el proceso de ruptura con Moscú y reafirmó su espíritu libertario y antiautoritario.

A pesar de la hondura de la pasión cenetista por la revolución rusa y del papel que esta desempeñó tanto en las luchas sociales de estos años en España como en el crecimiento sin precedentes de la CNT, y a pesar de las importantes consecuencias ideológicas y políticas que tendría para la confederación la brusca ruptura con el bolchevismo en 1921-1922, el «momento bolchevique» de la CNT no ha sido estudiado con demasiado detenimiento por la historiografía, con algunas excepciones. Una parte importante de la bibliografía sobre el tema ha minimizado la unión entre anarquistas y bolcheviques, achacándola a un simple malentendido —fruto de la falta de noticias fiables de Rusia— que permitió a los cenetistas crearse una imagen mitificada e ingenua de los comunistas rusos. Estos historiadores sostienen que, cuando empezaron a llegar a España informaciones inequívocas sobre el autoritarismo de los bolcheviques, la CNT decidió de manera lógica y natural romper con la revolución rusa. Este argumento ha caracterizado sobre todo a los historiadores con afinidades anarquistas, como José Peirats, Wayne Thorpe o Murray Bookchin, y, más recientemente, a Jason Garner.[2] Sin embargo, hasta cierto punto, esta línea de análisis también se puede encontrar en el trabajo de Antonio Bar, uno de los más reconocidos historiadores de la CNT de estos años. Bar, que dedica tan solo unas pocas páginas de su libro a la revolución rusa, concluye, tras un análisis bastante somero, que este era un período de gran confusión y de malinterpretaciones en el seno de la confederación.[3] Es notable también que, para historiar el flechazo entre cenetistas y bolcheviques, Bar utilizase casi en exclusiva documentos oficiales de la CNT y dos periódicos, el órgano oficial de la confede-

2 Peirats, José. *La CNT en la revolución española*. París: Ruedo Ibérico, 1971; Bookchin, Murray. *Los anarquistas españoles: los años heroicos (1868-1936)*. Barcelona: Grijalbo, 1980; Thorpe, Wayne. «*The workers' themselves*»: *Revolutionary syndicalism and international labour, 1913-1923*. Ámsterdam: International Institute of Social History, 1989; Garner, Jason. *Goals and means: Anarchism, syndicalism and internationalism in the origins of the Federación Anarquista Ibérica*. Chico: AK Press, 2016.

3 Bar, Antonio. *La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo*. Madrid: Akal, 1981, p. 442.

ración, *Solidaridad Obrera*, y el importante semanal anarcosindicalista *Tierra y Libertad*, que, además de ser editados por cuadros cenetistas experimentados, suspendieron su publicación a mediados de 1919 bajo los golpes de la represión.

Quizá el análisis más completo del impacto de la revolución rusa en la CNT se encuentra en el trabajo del hispanista estadounidense Gerald Meaker. Este sitúa la influencia de la revolución rusa en el movimiento obrero español en una coyuntura de entusiasmo generalizado, en la que la CNT pugnaba por desbordar al PSOE por la izquierda. Meaker explica cómo la CNT utilizó el ejemplo ruso para crecer a expensas del PSOE y cómo, dentro de la confederación, el bolchevismo fue usado por los sectores anarcosindicalistas más extremistas para desplazar a los llamados «sindicalistas puros», más cautos y pragmáticos. Sin embargo, pese a la habilidad extraordinaria de Meaker en el manejo de archivos, pues consigue acceso a una amplia gama de documentos en distintos idiomas, las restricciones imperantes cuando el libro fue publicado, en 1974, hacen que ciertos aspectos de este estén algo desfasados. Asimismo, como señala Chris Ealham, la obra de Meaker está influenciada por una visión típica de la guerra fría, que presenta la revolución rusa como un hecho excesivamente estático y el comunismo como un movimiento monolítico y totalitario, por lo que se pierden la emoción, la incertidumbre y la heterogeneidad que rodeaban al movimiento comunista y a la revolución en sus primeros años.[4]

Los historiadores que han presentado la simpatía de los cenetistas por la revolución rusa como una anomalía, fruto de la confusión, la falta de información y una temeraria euforia revolucionaria, ignoran el genuino acercamiento ideológico entre cenetistas y bolcheviques que se produjo en estos años y la revisión, por no decir el práctico abandono, del anarquismo por parte de importantes sectores de la CNT. El apoyo al régimen soviético iba más allá de lo emocional, y se tradujo en el respaldo a numerosos aspectos de la política bolchevique, desde la redistribución de la tierra a los campesinos a la retirada de la Primera Guerra Mundial, los intentos de crear una nueva internacional revolucionaria, el empoderamiento de los sóviets y —quizá el elemento más significativo— la aceptación de la dictadura del proletariado, concepto que anteriormente había sido un anatema para los anarquistas pero que la mayoría llegó a aceptar al calor de la Revolución de Octubre. El dictamen 48 del congreso nacional de la CNT de diciembre de 1919 llegó a respaldar «una dictadu-

4 Ealham, Chris. «An impossible unity: Revolution, reform, and counterrevolution and the Spanish left, 1917-192». En Smith, A. (ed.). *The agony of Spanish liberalism: From revolution to dictatorship, 1913-1923*. Basingstoke: Palgrave MacMillan, 2010, pp. 103-104.

ra proletaria transitoria a fin de asegurar la conquista de la revolución».[5] Aunque el congreso acabó aprobando una resolución más ambigua que enfatizaba que el objetivo de la CNT era el «comunismo libertario», no deja de ser asombroso que un congreso de la CNT presentase un dictamen que aprobaba la dictadura del proletariado.[6] Sin duda, es cierto que la falta de informaciones fiables sobre lo que realmente estaba sucediendo en Rusia facilitó este acercamiento, pero desde un primer momento quedaron claros elementos importantes: que los bolcheviques no eran anarquistas, y que no habían abolido el Estado y toda autoridad, sino que habían organizado un nuevo gobierno revolucionario para combatir a la reacción de manera despiadada. Y la mayor parte de los anarcosindicalistas españoles respaldaron este régimen de manera entusiasta.

Esta comunicación planteará sintéticamente una serie de factores nuevos para entender el impacto de la revolución rusa en la CNT entre 1917 y 1922. Para ello estudiará el entusiasmo inicial y la ruptura subsiguiente, teniendo en cuenta fuentes nuevas, las limitaciones de la historiografía existente y las innovaciones de la historiografía sobre el impacto global de la revolución rusa y sobre las relaciones entre los bolcheviques y el movimiento anarcosindicalista internacional.

En primer lugar, es importante analizar la comprensión de los anarquistas españoles del marxismo en 1917, y cuáles eran sus discrepancias con este. La CNT surge en oposición y competencia con el PSOE, un partido socialdemócrata reformista en la tradición de la II Internacional, que había abandonado los principios más radicales del marxismo para adoptar una visión pacífica y gradual de la ruta hacia el socialismo. Los anarquistas españoles se presentaban como la alternativa revolucionaria y militante al socialismo español.[7] Comprensiblemente, y como ha mostrado Álvarez Junco, la mayoría de las polémicas entre anarquistas y marxistas en España no giraban en torno a la cuestión de la dictadura del proletariado o de la autoridad, sino del reformismo, del parlamentarismo, del burocratismo y, a partir de 1914, de la guerra.[8] Cuando se produce la Revolución de Octubre, la dictadura del proletariado era un problema secundario en los debates del movimiento obrero español. Como señaló Francisco Jordán, secretario de la CNT y uno de los primeros anarcosindicalistas en tratar el tema de la dictadura crítica y sistemáticamente:

5 *Memoria del congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de diciembre de 1919.* Barcelona: Cosmos, 1932, p. 241.

6 *Ibid.*, p. 242.

7 Maurín, Joaquín. «Socialisme i anarquisme: Pau Iglesias i Anselm Lorenzo». *L'Opinió,* Barcelona, 14/4/1928.

8 Álvarez Junco, José. *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*. Madrid: Siglo XXI, 1976, pp. 441-442.

> Carlos Marx fue el primero que preconizó la dictadura del proletariado, pero semejante «idea» jamás fue recordada ni tenida en cuenta por sus discípulos, quienes, muy al contrario, se mostraron siempre partidarios de la legalidad y enemigos de toda transformación violenta de la sociedad. Ha sido la Tercera Internacional la que ha desempolvado ese «texto». ¡Le cabe esa gloria![9]

Acostumbrados al socialismo reformista del PSOE, los cenetistas tuvieron dificultades en situar ideológicamente a los bolcheviques. En las primeras semanas tras la insurrección de octubre, muchos cenetistas afirmaban que los revolucionarios rusos eran anarquistas, y que «las ideas del comunismo libertario han triunfado». Pronto quedó claro que los bolcheviques no eran anarquistas, sino marxistas, aunque su marxismo era muy distinto del de los socialistas españoles. Parecían estar haciendo todo lo que los anarquistas habían defendido en España contra la tibieza del PSOE: alzarse contra los republicanos y socialistas moderados convirtiendo la revolución «política» de febrero en una revolución social; dando la tierra a los campesinos y las fábricas a los obreros; empoderando a consejos de campesinos, soldados y trabajadores; haciendo un llamamiento para acabar la guerra mundial a través de la revolución, etc. Muchos extrapolaron las divisiones de la izquierda española al contexto ruso y presentaron a los bolcheviques, los maximalistas, como los homólogos rusos de los anarcosindicalistas y a los mencheviques, los minimalistas, como el equivalente de los socialistas del PSOE.[10]

> Los bolcheviqui —afirmaba *Tierra y Libertad* ya en diciembre de 1917— forman un partido de muchos millones de anarquistas, aunque —matizaban— en realidad no todos lo son, pues está integrado también por muchos socialistas fieles a su programa máximo y verdaderamente revolucionario.[11]

Embrollando las cosas aún más, los bolcheviques se llamaban a sí mismos comunistas, término que en España era patrimonio de los anarquistas, que se referían a sí mismos como comunistas libertarios. Asimismo, el término «bolchevique» era comúnmente traducido a maximalista, lo que ofuscaba aún más la ideología del régimen soviético. *El Estado y la Revolución* de Lenin, publicado en castellano en 1918, utilizaba un lenguaje que encajaba con el temperamento anarquista, y —en palabras de Joaquín Maurín— se convirtió en el «puente

9 Jordán, Francisco. *La dictadura del proletariado*. México: Imprenta Mundial, 1922, p. 9.

10 Romero Salvadó, Francisco. «The Comintern fiasco in Spain: the Borodin mission and the birth of the Spanish Communist Party». *Revolutionary Russia*, vol. 21, núm. 2, noviembre de 2008, p. 155.

11 Gomeri. «Los maximalistas y la prensa burguesa». *Tierra y Libertad*, Barcelona, 05/12/1917.

doctrinal» entre el marxismo y el anarquismo.[12] En definitiva, y como ha sugerido Reiner Tosstorff, quizá sea más útil entender las divisiones de estos años en el movimiento obrero (no solo en España, sino también internacionalmente) a través del eje de revolucionarios y reformistas, y no a través de las afinidades ideológicas formales.[13] El temperamento de un movimiento político, si era más o menos radical y combativo, era a menudo más importante a la hora de determinar su reacción ante la revolución rusa que sus posiciones doctrinales. Esta actitud la sintetizó el órgano de la federación comunista-libertaria de La Felguera, que afirmó:

> Maximalistas, bolcheviques, comunistas libertarios, espartaquistas, ¡qué más da, si lo importante son los principios! Nosotros fuimos los primeros en apoyar a la Revolución rusa, en venerarla desde el primer momento.[14]

Desde una perspectiva muy distinta, y en un detallado estudio sobre el impacto internacional de la revolución rusa, el diputado liberal y catedrático de Derecho Elorrieta y Artaza llegaba a una conclusión similar:

> Los partidos europeos que más relación guardan con los bolchevikis son los sindicalistas [...]. [Es] cierto que nadie ha criticado el marxismo con más acritud que los sindicalistas. Pero la experiencia nos demuestra que lo que realmente caracteriza a las agrupaciones sindicalistas no son sus posiciones relativas a la organización futura de la sociedad, sino el empleo de la organización directa y el odio de clase como únicas armas de combate, en lo que coinciden con los bolchevistas.[15]

Otro elemento fundamental para entender el entusiasmo cenetista por la revolución rusa era la tentación de sacar rédito político de esta a expensas del PSOE. Como ya se ha señalado, la CNT experimentó un crecimiento sorprendente en estos años, hasta convertirse en una verdadera fuerza de masas a escala nacional, y esta evolución estaba relacionada con la asociación de la confederación a la revolución rusa. El nivel de simpatía popular en España hacia el régimen soviético ha sido objeto de debate, aunque no cabe duda de que levan-

12 Maurín Julià, Joaquín. «Hombres e Historia. La CNT y la III Internacional». *España Libre*, Nueva York, 21/10/1960.

13 Tosstorff, Reiner. *The Red International of Labour Unions (RILU), 1920-1937*. Leiden: Brill, 2016, pp. 93-122.

14 *El Comunista*. La Felguera, 19/06/1920. Reproducido en Meaker, Gerald. *The revolutionary left in Spain, 1914-1923*. Stanford: Stanford University Press, 1974, p. 222.

15 Elorrieta y Artaza, Tomás. *El movimiento bolchevista*. Madrid: Jaime Ratés, 1919, p. 28.

tó esperanzas y coadyuvó a la radicalización al menos de un sector sustancial de la población trabajadora, y que la CNT fue capaz de sacar provecho de este entusiasmo, de crecer gracias a él y de fomentarlo para agudizar las agitaciones de estos años.[16] El cenetista Jesús Ibáñez describió esta asociación entre la confederación y el bolchevismo:

> La onda cálida de la Revolución Rusa llegaba a España. Frente a la UGT y el PSE [...], la Confederación Nacional del Trabajo, movimiento sindicalista, tuvo un gran acierto de levantar la bandera, francamente simpatizante, en defensa del hecho soviético... Y la CNT fue una verdadera aplanadora del espíritu reformista.[17]

Esta asociación no escapaba a las autoridades. Un informe enviado desde Barcelona al presidente Romanones en 1919, tras la huelga de La Canadiense, señalaba:

> Es indudable que el Sindicalismo total es un hecho. Podrá gustar más o menos, pero es un hecho social de realidad y fuerza incontrastables [...]. Tiene hondas raíces y cuenta con las simpatías de la mayoría. No es cierto que los obreros se sindiquen a la fuerza [...]. Tras esta fuerza, hasta cierto punto legítima, se esconde una pasión revolucionaria, cuya osadía será mayor o menor según ocurra en Rusia [...].[18]

Por otra parte, la revolución rusa desempeñó un papel importante en la política interna de la CNT. En estos años, el sector sindicalista más moderado, unido en torno a Salvador Seguí, entró en pugna con las corrientes anarcosindicalistas más radicales, cuyo exponente más importante era quizá Manuel Buenacasa. Los extremistas, comportándose como «verdaderos bolcheviques», como reconoció el propio Buenacasa, fueron capaces de desplazar a los moderados y hacerse con el control del comité nacional en septiembre de 1918.[19] Su creciente influencia estaba relacionada con el impacto de la revolución rusa y con el uso que los radicales hacían de esta azuzándola contra los moderados, que mantenían una posición más tibia hacia el hecho soviético. Es irónico que las facciones extremistas pro bolcheviques fueran también las más orgullosa-

16 El mejor documento sobre las simpatías populares hacia la revolución sigue siendo Díaz del Moral, Juan. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid: Alianza, 1973, pp. 283-284. Una visión más escéptica sobre el impacto de la revolución se puede encontrar en Purkiss, Richard. *Democracy, trade unions, and political violence in Spain: The Valencian anarchist movement, 1918-1936*. Sussex: Sussex Academic Press, 2011, p. 57.

17 Ibáñez Rodríguez, Jesús. *Memorias de mi cadáver*. México: El libro perfecto, 1946, p. 283.

18 Real Academia de Historia. Fondo Romanones. «El sindicalismo y las huelgas», 96: 8.

19 Buenacasa, Manuel. *El movimiento obrero...*, *op. cit*., p. 70.

mente anarquistas; pero, de nuevo, el eje divisorio fundamental en estos años es entre revolucionarios y reformistas, entre radicales y moderados, y no entre marxistas y bakuninistas.[20]

Sin embargo, el factor más importante para entender el apoyo cenetista a la revolución rusa son las condiciones de agudo conflicto social que España (y toda Europa) atravesaba en estos años y el contexto de represión violenta al que se enfrentaba la confederación, sobre todo a partir de 1919. Por una parte, el optimismo revolucionario de estos años generó un sentimiento de unidad y de fraternidad entre las distintas fuerzas de la izquierda radical y ofuscó las divergencias ideológicas. Como comentó el cenetista Gastón Leval, «la CNT estaba dominada por la lucha de clases inmediata [...]. No se ocupaba de cuestiones de teoría o de doctrina, lo cual atenuó el sentido crítico de la masa militante ante la realidad y el futuro del bolchevismo».[21] Santi Fedele, investigando el impacto de la revolución rusa en el anarcosindicalismo italiano, ha subrayado que fueron las agrupaciones libertarias más implicadas en las luchas sociales de estos años las que más enfáticamente defendieron la revolución rusa, mientras que los grupos de zonas más tranquilas o donde el anarquismo tenía menor implantación en el movimiento obrero se mantenían más escépticos.[22] Esta observación es útil para entender el caso español, donde la CNT usó la revolución rusa como recurso enardecedor, inspirándose en las victorias bolcheviques en un momento en extremo conflictivo y violento.

En concreto, las condiciones de represión y de violencia facilitaron la aceptación del concepto de dictadura del proletariado por parte de numerosos cenetistas. Cuando en España centenares de militantes obreros eran asesinados y miles eran encarcelados o deportados, cuando países como Hungría o Finlandia se veían sacudidos por revoluciones y contrarrevoluciones y en Rusia se libraba una guerra civil encarnizada, la noción de que tras la victoria del proletariado se había de implantar una dictadura para proteger la revolución se aceptó con bastante naturalidad. En efecto, en estos años la propaganda y la prensa anarcosindicalista se caracterizó por su lenguaje violento y autoritario. *Tierra y Libertad*, una de las publicaciones más leídas y reconocidas del movimiento, incluso llegaba a afirmar, pisoteando sus supuestos principios libertarios:

20 Meaker, Gerald. *The revolutionary left...*, *op. cit.*, pp. 222-224.

21 Leval, Gaston. «Mémoires». Ámsterdam: International Institute of Social History, s. f., p. 73.

22 Fedele, Santi. *Una breve illusione: gli anarchici italiani e la Rivoluzione russa*. Padua: Franco Angeli, 1996, p. 81.

> La Anarquía sólo podrá afirmarse después de una formidable revolución mundial, y esta no se hará en veinticuatro horas [...] sino que requerirá un largo período revolucionario de años durante los cuales los anarquistas deberán constituirse en Autoridad y ejercer de jefes para asegurar el triunfo de la revolución, que será la GUERRA entre el mundo viejo y el nuevo, y es indudable que toda guerra necesita de jefes y de autoridad.[23]

El órgano oficial de la CNT, *Solidaridad Obrera*, defendía de igual manera las medidas autoritarias del régimen soviético y la censura de la prensa hostil al gobierno, afirmando que, si en España se «iniciara un movimiento que derrocara el régimen, como hacen ahora en Rusia y como nos enseña la historia, también suspenderíamos toda la prensa enemiga de la libertad y el derecho».[24] A este punto cabe añadir que, a diferencia de lo que afirman historiadores como Bookchin o Garner, los anarquistas españoles estaban bastante bien informados de lo que sucedía en Rusia, pues —como ha explicado Juan Avilés— la prensa burguesa española, reproduciendo informes de corresponsales extranjeros en Rusia (reales o ficticios), describía detalladamente las medidas dictatoriales del nuevo gobierno y la crueldad de la guerra civil.[25] La cuestión es que los cenetistas daban poca legitimidad a la prensa de la clase enemiga, con la que estaban enzarzados en una dura batalla en cuyo transcurso el sindicato de artes gráficas de Barcelona llegó a ejercer la «censura roja» contra la prensa de derechas.[26] El dirigente anarcosindicalista Eusebio Carbó explicó bien la situación:

> Estábamos también convencidos de que aquello que la prensa llamaba dictadura del proletariado, combatiéndola a sangre y fuego, no era otra cosa que lo que el pueblo ruso, dueño ya de sus destinos por completo, decidía en las grandes asambleas.[27]

Si las publicaciones más insignes del movimiento, como *Tierra y Libertad* o *Solidaridad Obrera*, defendían la dictadura y hacían gala de un lenguaje violento e intransigente, esta pasión dictatorial llegó a su cénit en los periódicos y

23 «Revolución y anarquía». *Tierra y Libertad*. Barcelona, 26/12/1917.

24 «Por la Rusia liberadora». *Solidaridad Obrera*. Barcelona, 5/ 7/1918.

25 Avilés Farré, Juan. *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.

26 Pestaña, Ángel. *Conferencia Sindicalista dada por Ángel Pestaña en el teatro la Comedia de Madrid el día 3 de octubre de 1919 y organizada por el Ateneo Sindicalista*. Madrid, 1919, p. 6.

27 Carbó, Eusebio. «Intermezzo de Carbó». En Peirats, José. *Figuras del movimiento libertario*. Barcelona: Picazo, 1978, p. 133.

la propaganda de agrupaciones anarcosindicalistas locales, generalmente de calidad precaria y editados por militantes jóvenes, poco formados en el anarquismo pero altamente radicalizados.[28] Hay numerosos ejemplos de este tipo de publicaciones, muy poco estudiadas por la historiografía: *Bandera Roja*, *El Libertario*, *El Maximalista*, *El Soviet*, *El Comunista*, etc., que se deleitaban ante la perspectiva de la destrucción violenta de la civilización burguesa que a sus ojos auguraba la revolución rusa. Baste citar un fragmento de *Bandera Roja* de Barcelona, que se definía como «una hoja anarquista revolucionaria»:

> [S]i para conquistar nuestros derechos precisamos romper cráneos y abrir panzudas barrigas de tiranos empedernidos, si para libertar a los esclavos de todos los siglos se nos lleva al extremo de formar barricadas de cadáveres triturados con la metralla de sus cañones y los cascos de nuestras bombas y las llamas de los incendios enrarecen los aires, seguiremos nuestro camino sin vacilaciones ni desmayos, no cediendo ni un palmo del terreno conquistado al enemigo de la libertad al fragor de la batalla. Le diremos que en el trabajo se canse lo menos posible a fin de restar negocio a la burguesía y que conserve la fuerza para emplearla luego en la batalla, cual lo hacen hoy los obreros de la Rusia libertadora.[29]

El flechazo de los anarcosindicalistas españoles por los comunistas rusos fue intenso pero breve. Como ya se ha señalado, para el otoño de 1921 el ambiente en la confederación había cambiado visiblemente, y el entusiasmo inicial daba lugar al escepticismo y la hostilidad. En junio de 1922 la confederación abandonaba la Internacional Sindical Roja de Moscú y cerraba de manera definitiva la puerta a la revolución rusa. Comenzaba una fase de marcada reafirmación ideológica que apuntalaría la identidad libertaria y antiestatista del movimiento.[30] Distintos factores explican el brusco giro contra la revolución rusa. De nuevo, gran parte de la historiografía ha explicado este viraje como un asunto empírico, arguyendo que fueron decisivos los informes detallados que empezaban a llegar de Rusia sobre el autoritarismo bolchevique, y sobre todo sobre la represión contra la izquierda disidente. El documento crítico del primer delegado cenetista a Moscú, Ángel Pestaña, publicado en el otoño de 1921, tuvo un papel importante, pues no cabe duda de que estas noticias desconcertaron y desanimaron a la militancia cenetista. Sin embargo, cabría añadir que estas noticias llegaban a España en un contexto de desmoralización generaliza-

28 Nin, Andreu. *La revolución rusa*. Barcelona: Fontamara, 1979, p. 121.

29 «Allá vamos». *Bandera Roja*. Barcelona, 14/ 12/1918.

30 Tosstorff, Reiner. «The syndicalist encounter with Bolshevism». *Anarchist Studies*, vol. 17, núm. 2, septiembre de 2009, p. 10.

da para el movimiento obrero y, en particular, para la CNT, que tras años de crecimiento y de victorias entró en una fase de disgregación, declive y derrotas. La confederación perdió aproximadamente dos tercios de su militancia en un par de años, y la represión diezmó a sus cuadros dirigentes. Otros movimientos revolucionarios en Europa se enfrentaban a situaciones similares. El pesimismo y la amargura se adueñaron del movimiento, que buscó amparo en sus tradicionales doctrinas libertarias.[31]

Por otra parte, hay que subrayar la importancia del surgimiento del Partido Comunista de España (PCE), que aparece como partido unificado en noviembre de 1921. A pesar de ser una fuerza con poca implantación, se convirtió en un contrincante inoportuno para la CNT, que hacía alarde de sus vínculos con la revolución rusa y la III Internacional.[32] El comunismo español fue un movimiento exiguo durante los años veinte, por lo que es comprensible que la historiografía haya infravalorado su importancia para la política de la CNT. En 1922-1924, la prensa cenetista no se mordía la lengua en sus feroces ataques al PCE, lo que reflejaba el temor, en un momento de dificultad, a ser desplazados por los comunistas. La presencia de la corriente pro bolchevique de *La Batalla* en la confederación reforzaba esta mentalidad de sitio. El antagonismo con el PCE obligó a la CNT a «deslindar campos», como expresó el dirigente cenetista Galo Díez, y a reafirmar su identidad e ideología independiente ante el comunismo.[33]

En definitiva, los años 1917-1920 se caracterizaron por un enorme entusiasmo revolucionario. Parecía que todo era posible, la izquierda radical daba muestras de enorme permeabilidad, y el desenlace de la revolución rusa y del proceso revolucionario en Europa no estaba claro en absoluto. En este período de euforia, la división entre moderados y revolucionarios mostró ser más importante que las filiaciones ideológicas formales, y produjo una sorprendente afinidad entre los anarquistas españoles y los bolcheviques rusos. El reflujo que comenzó en 1921, sin embargo, generó pesimismo, desilusión y división, y restableció (y agudizó) las viejas divisiones entre libertarios y marxistas.

31 Ealham, Chris. «An impossible unity...», *op. cit.*, pp. 106-108.

32 Tosstorff, Reiner. *The Red International...*, *op. cit.*, pp. 119-121. Sobre el anarcosindicalismo italiano y el PCI, merece la pena leer a Antonioli, Maurizio. *Armando Borghi e l'Unione Sindacale Italiana*. Manduria: Piero Lacaita, 1990, pp. 110-112.

33 Díez, Galo. «Deslindando campos». *Redención*, Alcoy, 15/10/1921.

El segle XX va ser, sens dubte, el de les revolucions, i en especial el de la revolució russa. A partir del 1917, els esdeveniments que van tenir lloc a l'antic imperi tsarista van traspassar fronteres i van sacsejar els fonaments de tota mena de societats, independentment de la identitat nacional, el credo religiós, l'estructura econòmica i la forma política. Els fets d'octubre van servir tant de model com de fantasma per combatre, inspirant i encoratjant els conflictes, les reformes, les revolucions i les contrarevolucions del curt segle xx. Amb motiu de la commemoració del centenari de l'inici de la revolució el 2017, el Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la Universitat de Barcelona va recopilar aportacions historiogràfiques que posen de manifest com la revolució russa va contribuir a configurar el món tal com el coneixem.

UNIVERSITAT DE BARCELONA
Edicions